Todas las Historias de la Biblia

escritas y narradas por John Walsh

BibleTelling.org

BTStories.com

info@BTStories.com

Advertencia para los padres y profesores:
Este icono indica una historia que contiene material que podría resultar desagradable para los niños pequeños. Te recomendamos leer la historia personalmente antes de leerla en voz alta a los niños.

© Copyright 2020 por John Walsh, BibleTelling. Marzo de 2021, Versión 3.3

Se concede permiso para utilizar estas historias a particulares y ministerios para fines no comerciales. Sin el permiso del autor, ningún material de este libro puede reproducirse con fines de promoción comercial, publicidad o venta de un producto o servicio. Todos los derechos reservados.

Nuestra Misión

Compartir la historia de Dios para el discipulado usando todas las historias de la Biblia.

Nuestro Sitios web

BibleTelling.org - todas las noticias, eventos y servicios de BibleTelling (incluidos seminarios en Israel, capacitación y descarga gratuita de *Todas las Historias de la Biblia*)

BTStories.com - acceso gratuito en línea a audios, videos, textos, cronogramas, mapas y perspectivas para *Todas las Historias de la Biblia*

LanguageOlympics.org - alfabetización y capacitación en inglés como segundo idioma

utilizando 30 Historias de la Biblia

Suscripción a la historia del día

Recibe un correo electrónico cada día de la semana con los enlaces al video, audio y la narración de la historia del día.

Envía tu solicitud de suscripción por correo electrónico a info@BibleTelling.com .

Facebook

Busca “BibleTelling

Aplicación para dispositivos móviles

Busca “BT Stories” en las Apps Stores de Apple, Android y Windows

Contáctanos

Envíanos un correo electrónico a info@BibleTelling.com con cualquier preguntas.

Publica comentarios o preguntas en nuestra página de Facebook

Envíanos una nota o visítanos en:

BibleTelling
211 S. Prospect Road, Suite 15A
Bloomington, Illinois 61704

Tabla de Contenidos

Comienzos

1. La Creación
2. Adán y Eva
3. Desobediencia del hombre
4. Caín y Abel
5. Los descendientes de Adán
6. La maldad de los hombres

Abraham

7. Dios llama a Abraham
8. Melquisedec bendice a Abraham
9. Agar e Ismael
10. Promesa del nacimiento de Isaac
11. Abraham intercede por Sodoma
12. Destrucción de Sodoma y Gomorra
13. Las dos hijas
14. Abraham y Abimelec
15. Nacimiento de Isaac
16. Dios ordena a Abraham que sacrifique a Isaac
17. Muerte y sepultura de Sara

Isaac

18. Abraham busca esposa por Isaac
19. Los descendientes de Abraham y Cetura
20. Isaac en Gerar
21. El cavador de pozos

Jacob

22. Jacob obtiene la bendición de Isaac
23. Las dos esposas de Jacob
24. Moteado, manchado y rayado
25. Jacob huye de Labán
26. Jacob se prepara para el encuentro con Esaú
27. La deshonra de Dina vengada

José

28. José es vendido por sus hermanos
29. Judá y Tamar
30. José interpreta dos sueños
31. Los hombres de José vienen por alimentos
32. Jacob y su familia en Egipto

Moisés

33. Nacimiento de Moisés
34. Encuentra una esposa
35. Llamamiento de Moisés
36. Séfora
37. Moisés y Aarón ante el Faraón
38. Las plagas del Faraón
39. La pascua
40. El mar rojo
41. ¿Qué es eso?
42. El Señor, mi estandarte
43. La ley
44. El becerro de oro
45. La obra del tabernáculo
46. Fuego profano
47. Tumbas de los codiciosos
48. Escupirle en la cara
49. Misión de los doce espías
50. La rebelión de Coré
51. Habla con la roca
52. El ángel y el asna de Balaam
53. La profecía de Balaam
54. La muerte de Moisés

Josué

55. Rahab
56. El paso del Jordán
57. La toma de Jericó
58. El pecado de Acán
59. El sol se detuvo
60. La despedida de Josué

Job

61. Los tres amigos de Job

Jueces

62. Otoniel y Ehud
63. Débora y Barac derrotan a Sísara
64. Llamamiento de Gedeón
65. Trescientos hombres
66. Reinaldo de Abimelec
67. El voto de Jefté
68. El nacimiento de Sansón
69. Sansón y la mujer filistea de Timnat
70. Los zorros y la quijada
71. Sansón y Dalila
72. El nieto de Moisés
73. Preludio a guerra
74. Mujeres para los Benjamitas
75. Rut y Noemí
76. Rut y Booz en la era
77. La llamada de Samuel
78. Los filisteos capturan el Arca
79. Los filisteos devuelven el arca
80. Ebenezer

Saúl

81. Saúl es elegido rey
82. Saúl derrota a los amonitas
83. Sin pasar la prueba
84. La victoria de Jonatán
85. Saúl desobedece y es desechado

David

86. Samuel unge a David
87. David mata a Goliat
88. David gana una esposa
89. Protegiendo a David
90. Tres flechas
91. David huye de Saúl
92. David perdona la vida a Saúl en En-gadi
93. David y Abigail
94. David perdona la vida a Saúl en Zif
95. Quedándose con las provisiones
96. Saúl y la adivina de Endor
97. Muerte de Saúl y sus hijos
98. Joab y Abner
99. David es proclamado rey de Israel
100. Los valientes de David
101. David intenta llevar el arca a Jerusalén
102. Construcción de un imperio
103. Amonitas
104. Betsabé
105. La historia de Natán

106. Tamar
107. El regreso de Absalón
108. La rebelión de Absalón
108B. Corriendo hacia el rey
109. La derrota de Absalón
110. El reino de David restaurado
111. Mujer sabia de Abel
112.Limpieza étnica
113.David censa al pueblo
114.Transferencia de fuerza
115.Muerte de David y Joab

Salomón
116.Sabiduría de Salomón
117.Construcción del templo
118.Reina de Sabá

Los primeros reyes
119. Reino dividido
120. El pecado de Jeroboam
121. El viejo profeta
122. Roboam y Jeroboam
123. Abías y Asa

Elías
124. Elías y la viuda
125. Elías en el Monte Carmelo
126. Elías en el Monte Horeb
127. El profeta herido
128. La viña de Nabot
129.Josafat y Acab
130.La victoria de Josafat
131.Capitán de 50
132.Elías en el torbellino

Eliseo
133.Las zanjas de agua
134.Aceite, estofado, pan y hacha
135.La mujer sunamita
136.Naamán
137.Giezi
138.Soldados ciegos
139.Los cuatro leprosos
140.El llanto de Eliseo
141.Jehú
142.Jezabel
143.Atalía
144.Joás
145. La muerte de Eliseo

Reyes Posteriores
146. Jonás y el pez
147. Jonás y la vid
148. El cardo y el cedro
149. Uzías
150.Acaz
151.Gomer
152.Israel en el exilio
153.Ezequías
154. Rey de Asiria
155. Quince años
156. El rey malvado que se arrepintió
157.Hallazgos del libro de la ley
158. Las reformas de Josías
159. La vasija rota
160. La quema del libro
161. Dos cestas de higos
162. Jerusalén bajo el asedio
163. Pozo de lodo
164. La emigración a Egipto

Daniel
165. El valle de los huesos secos
166. La decisión de Daniel
167. El sueño de Nabucodonosor
168.Rescatados del horno de fuego
169.Convirtiéndose en una animal salvaje
170. La escritura en la pared
171. El foso de los leones

Esdras y Nehemías
172.Reconstrucción del templo
173.Esdras
174. Reconstrucción de los muros

Ester
175. Ester se convierte en reina
176. Ester salva a su pueblo

Jesús – Los primeros años
177. Los anuncios de Gabriel
178. El nacimiento de Jesús
179. Regalos para el rey
180. Doce años

Jesús – Los comienzos de su ministerio
181. El bautismo y la tentación
182. El agua se convierte en vino
183. Nuevo nacimiento
184. La mujer en el pozo

Jesús – Su ministerio en Galilea
185. Rechazado en Nazaret
186. Pesca de hombres
187. Sermón de la montaña
188. Perdona los pecados
189. Elección de los doce apóstoles
190. Un romano y un funeral
191. Perdonado y agradecido
192. Cuatro tipos de suelo
193. Enseñando con historias
194. Calmando dos tormentas
195. Doce años
196. El estanque de Betesda
197. Juan decapitado
198. Comida y una caminata
199. Pan de vida
200. Alimentación de los 4.000
201. Transfiguración
202. Pagos del impuesto del templo
203. Setenta veces siete

Jesús - de regreso al sur
204. Atrapados en la inmoralidad
205. El hombre ciego de nacimiento
206. Los leprosos, el juez y el orgullo
206B. El joven rico
207. El buen samaritano
207B. El rico insensato
208. Un gran banquete
209. La oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo
210. El hombre rico y Lázaro
211. La resurrección de Lázaro
212. Los grandes, los ricos y los pobres

Jesús – La última semana
213. La entrada triunfal
214. La última semana del ministerio
215. La última cena
216.Getsemaní
217.Juicio ante los judíos
218.Juicio ante los romanos
219.Crucifixión y entierro

Jesús – después de la resurrección
220.Resurrección
221.El camino a Emaús
222.Recuperando a dos discípulos
223.Comisión y ascensión

Pedro – Jerusalén
224.La venida del espíritu santo
225.Un hombre lisiado sanado
226.Ananías y Safira
227.Apóstoles y Diáconos
228.Esteban, el primer mártir cristiano

Pedro – Judea y Samaria
229.Ministerio de Felipe
230.Conversión de Saulo
231.La curación de Dorcas
232.Cornelio
233.Cristianos en Antioquía
234.Fuga de la cárcel

Pablo – Primer viaje misionero
235.Primer viaje misionero
236.De la adoración a la lapidación
237.Manteniendo las leyes judías
238.Libertad para servir – Gálatas

Pablo – Segundo viaje misionero
239.Cantando en la cárcel
240.Disturbios y risas
241.Juicios y persecuciones – 1 Tesalonicenses
242.Día del Señor – 2 Tesalonicenses
243.Multitud en Corinto

Pablo – Tercer viaje misionero
244.Disturbios en Éfeso
245.Peleas en la Iglesia – 1 Corintios (a)
246. Dones espirituales – 1 Corintios (b)
247. Las preocupaciones del amor – 2 Corintios (a)
248.El gozo de dar – 2 Corintios (b)
249.La vida sin Cristo – Romanos (a)
250.La visa con Cristo – Romanos (b)
251.Viaje a Jerusalén
252.Disturbios en Jerusalén

Pablo – Camino a Roma
253.Conspiración para matar
254.Félix, Festo y Agripa
255.Tormenta en el mar
256.Naufragio y Roma
257.Onésimo – Filemón

Libro del Apocalipsis
258. Las visiones de Juan
259. El nuevo cielo y la nueva tierra
260. La nueva Jerusalén

Resumen de las historias

Resumen – 10 historias
2 - Adán y Eva
3 - Desobediencia del hombre
16 - Dios ordena a Abraham que sacrifique a Isaac
43 - La ley
178 - El nacimiento de Jesús
194 - Calmando dos tormentas
219 - Crucifixión y entierro
220 - Resurrección
224 - La venida del espíritu santo
230 - Conversión de Saulo

Resumen – 20 historias
1 - La Creación
2 - Adán y Eva
3 - Desobediencia del hombre
7 - Dios llama a Abraham
16 - Dios ordena a Abraham que sacrifique a Isaac
39 -La pascua
43 - La ley
56 - El paso del Jordán
86 - Samuel unge a David
159 - La vasija rota
167 - El sueño de Nabucodonosor
178 - El nacimiento de Jesús
194 - Calmando dos tormentas
215 - La última cena
218 - Juicio ante los romanos
219 - Crucifixión y entierro
220 - Resurrección
224 - La venida del espíritu santo
230 - Conversión de Saulo
239 - Cantando en la cárcel

Resumen – 30 historias
1 - La Creación
2 - Adán y Eva
3 - Desobediencia del hombre
7 - Dios llama a Abraham
16 - Dios ordena a Abraham que sacrifique a Isaac
28 - José es vendido por sus hermanos
30 - José interpreta dos sueños
31 - Los hombres de José vienen por alimentos
38 - Las plagas del Faraón
39 - La pascua
43 - La ley
56 - El paso del Jordán
86 - Samuel unge a David
102 - Construcción de un imperio
113 - David censa al pueblo
130 - La victoria de Josafat
159 - La vasija rota
167 - El sueño de Nabucodonosor
172 - Reconstrucción del templo
178 - El nacimiento de Jesús
194 - Calmando dos tormentas
211 - La resurrección de Lázaro
215 - La última cena
218 - Juicio ante los romanos
219 - Crucifixión y entierro
220 - Resurrección
224 - La venida del espíritu santo
230 - Conversión de Saulo
232 - Cornelio
239 - Cantando en la cárcel

Resumen – 40 historias
1 - La Creación
2 - Adán y Eva
3 - Desobediencia del hombre
5 - Los descendientes de Adán
7 - Dios llama a Abraham
10 - Promesa del nacimiento de Isaac
16 - Dios ordena a Abraham que sacrifique a Isaac
28 - José es vendido por sus hermanos
30 - José interpreta dos sueños
31 - Los hombres de José vienen por alimentos
38 - Las plagas del Faraón
39 - La pascua
43 - La ley
56 - El paso del Jordán
86 - Samuel unge a David
87 - David mata a Goliat
92 - David perdona la vida a Saúl en En-gadi
102 - Construcción de un imperio
113 - David censa al pueblo
125 - Elías en el Monte Carmelo
130 - La victoria de Josafat
155 - Quince años
159 - La vasija rota
167 - El sueño de Nabucodonosor
172 - Reconstrucción del templo
178 - El nacimiento de Jesús
184 - La mujer en el pozo
194 - Calmando dos tormentas
198 - Comida y una caminata
211 - La resurrección de Lázaro
215 - La última cena
218 - Juicio ante los romanos
219 - Crucifixión y entierro
220 - Resurrección
221 - El camino a Emaús
223 - Comisión y ascensión
224 - La venida del espíritu santo
230 - Conversión de Saulo
232 - Cornelio
239 - Cantando en la cárcel

1 La creación

Génesis 1

En el principio, Dios creó los cielos y la tierra. La tierra estaba sin vida, vacía y oscura. Entonces el Espíritu de Dios se movió sobre la inmensa vacuidad. Él dijo: “Hágase la luz”. De repente, la luz brilló alrededor de toda la esfera de la tierra. Dios miró la luz y vio que era buena.

Luego separó la luz de la oscuridad. Llamó a la luz “día” y a la oscuridad “noche”. Así, con el día y la noche, se completó el primer día.

El segundo día, Dios miró las aguas y dijo: “¡Separaos!”.

Inmediatamente, las aguas comenzaron a separarse. Algunas subieron y el resto permaneció abajo. Dios miró las aguas que estaban arriba y miró las aguas que estaban abajo. Luego miró el espacio que había entre ambas y dijo: “Te llamaré Cielo”.

El tercer día, Dios se centró en las aguas que estaban debajo del cielo. Dijo: “Reúnanse en mares, ríos y lagos. Que aparezca la tierra seca". De repente, la tierra se elevó de las aguas. Los ríos fluyeron de la tierra separando las colinas y formando valles. Había lagos y mares por todas partes. Dios miró la tierra seca y miró los mares y vio que era bueno.

Entonces dijo a la tierra: "¡Produce vegetación! Que haya hierbas, verduras, hierbas aromáticas y árboles. Todos ellos tendrán semillas, para que la vida pueda continuar". Inmediatamente comenzaron a crecer plantas por toda la tierra. Había hierbas, flores y verduras. Había árboles de muchos tipos diferentes. Algunos se harían altos, mientras que otros permanecerían cerca del suelo. Algunos de los árboles producirían diferentes tipos de frutos. Toda esta vegetación creció desde ese día en adelante, y todas tenían semillas para que la vida pudiera continuar. Dios vio que era bueno.

El cuarto día, Dios miró a los cielos y dijo: "Que haya luces: una luz mayor para gobernar el día y una luz menor para dominar la noche. Dividirán el día y la noche, y servirán de señales y estaciones, días y años".

Inmediatamente, el sol comenzó a moverse por el cielo, dando luz y calor a la tierra. La luna y las estrellas llenaron la noche de esplendor y brillo. Dios miró el sol, la luna y las estrellas y vio que era bueno.

El quinto día, Dios miró el cielo y las aguas que había debajo. Dijo: "¡Que haya vida! Que haya aves en los cielos, y peces y criaturas marinas en el agua".

Inmediatamente, las criaturas marinas comenzaron a moverse en los mares, lagos y ríos. Algunas eran grandes y otras muy pequeñas. Había peces de todos los tamaños, formas y colores. Las aves aparecieron en los cielos. Algunas volaban alto en el aire, mientras que otras se mantenían cerca del suelo. Tenían diferentes formas, colores y sonidos.

Dios miró a los animales marinos, a los peces y a las aves, y vio que era bueno. Los bendijo y les dijo que se multiplicaran y llenaran los mares y los cielos.

El sexto día, Dios dijo a la tierra: "Produce seres vivos. Que haya animales salvajes y otros que puedan ser domesticados". Inmediatamente, los animales se levantaron de la tierra y comenzaron a caminar por ella. Algunos eran enormes y otros muy pequeños. Dios los miró y vio que era bueno.

Entonces Dios dijo: "Hagamos al ser humano. Lo haremos a nuestra imagen y semejanza. Dominará sobre los peces del mar, las aves del cielo y los animales que se mueven por la tierra".

Así que Dios creó al hombre y a la mujer, los bendijo y les dijo que se multiplicaran y llenaran la tierra. Les dijo que dominaran sobre todo lo que había creado. Luego les dio frutas, granos, verduras y plantas verdes para comer.

Entonces Dios miró todo lo que había creado y vio que era muy bueno.

Dios descansó el séptimo día. Por eso lo bendijo y lo hizo especial.

Así es como Dios creó los cielos y la tierra... y trajo la vida en la primera semana del tiempo.

2 Adán y Eva

Génesis 2

Imagina la Tierra cuando era nueva, antes de que surgieran las plantas. En aquellos días, Dios aún no había permitido que lloviera sobre la Tierra, sino que cada día enviaba una niebla para regar la tierra.

Durante ese tiempo, Dios tomó un poco de tierra y formó al primer hombre. Sopló en su nariz y Adán cobró vida.

Dios plantó un jardín en un lugar llamado Edén. Tenía todo tipo de árboles y había un río que fluía desde el jardín.

En el centro había dos árboles especiales. Uno se llamaba Árbol de la Vida y el otro Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal.

Dios le dijo a Adán que cuidara del jardín. Le dijo: «Puedes comer de todos los árboles excepto del que está en medio, el Árbol del Conocimiento del Bien y del Mal. No debes comer de ese árbol. Si comes de él, morirás».

Dios dijo: «No es bueno que el hombre esté solo. Le haré una ayuda idónea». Entonces llevó todos los animales a Adán y le dijo que les pusiera nombre. Así que Adán nombró a todos los animales, y el nombre que les dio fue el que se les quedó.

Mientras los nombraba, se dio cuenta de que todos los animales venían en parejas, macho y hembra. Sin embargo, al mirar a su alrededor, se dio cuenta de que no había una hembra para él.

Dios hizo que un sueño profundo cayera sobre Adán, y él durmió profundamente y durante mucho tiempo. Entonces Dios abrió la carne del costado de Adán y le quitó una costilla. Con cuidado, cerró la carne. De esa costilla, Dios hizo a la mujer.

Cuando Adán despertó, Dios le trajo a la mujer. Adán dijo: «Esta es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Se llamará mujer, porque fue tomada del hombre». Esta es la razón por la que el hombre deja a sus padres y forma una relación con su esposa, y se convierten en una sola carne.

Adán llamó a su esposa Eva porque ella se convertiría en la madre de todos los hombres.

3 Desobediencia del hombre

Génesis 3

Dios creó a Adán y Eva y les proporcionó todo lo que necesitaban en el Jardín del Edén. Al igual que los animales, no necesitaban ropa, pero no se avergonzaban.

La serpiente era el más astuto de todos los animales. Un día le dijo a Eva: «¿Es cierto que Dios no te deja comer de todos los árboles del jardín?».

Oh, podemos comer de todos los árboles. Es decir, excepto del que está en el centro. Dios dijo que no debemos comer ese fruto... ni siquiera tocarlo. Dice que si lo hacemos, moriremos».

«¡No es cierto! No moriréis. Dios os dijo eso porque sabe que si coméis ese fruto, seréis como él: conoceréis el bien y el mal».

La mujer miró el fruto. Era hermoso y parecía delicioso. Pensó: «Si como este fruto, me hará sabia». Así que tomó el fruto y lo comió. Luego le dio un poco a Adán y él también lo comió. De repente, se dieron cuenta de que estaban desnudos. Así que cosieron unas hojas de higuera para hacerse cubiertas.

Al caer la tarde, oyeron a Dios caminando por el jardín. De repente, se dieron cuenta de que tenían miedo de Dios, así que se escondieron entre los árboles.

«Adán, ¿dónde estás?».

Adán sabía que tenía que responder. Dijo: «Señor, te oí caminando por el jardín y tuve miedo porque estaba desnudo. Así que me escondí».

«¿Quién te dijo que estabas desnudo? ¿Comiste del árbol del que te dije que no comieras?».

«Fue la mujer que tú me diste. Ella me dio el fruto y... sí, lo comí».

Dios se volvió hacia Eva: «¿Por qué hiciste esto?».

«¡La serpiente! ¡La serpiente me engañó para que lo comiera!».

Dios se volvió hacia la serpiente y le dijo: «Por haber hecho esto, serás maldita entre todos los animales. De ahora en adelante, te arrastrarás sobre tu vientre. Habrá hostilidad entre tú y la mujer, y habrá una batalla entre tu descendencia y la de ella. Él te aplastará la cabeza, mientras que tú solo le magullarás el talón».

Mirando a la mujer, Dios dijo: «Tu dolor será grande cuando des a luz a tus hijos, y tener bebés estará asociado con el dolor. Querrás controlar a tu marido, pero a partir de ahora, los hombres te dominarán».

Dios le dijo a Adán: «Te dejé muy claro que no debías comer de ese árbol. Como has desobedecido, la tierra está maldita. A partir de ahora, trabajarás para ganarte el sustento, y la tierra luchará contra ti. Brotarán espinas y malas hierbas. El trabajo duro marcará tu vida hasta que regreses a la tierra de donde viniste».

Dios vistió al hombre y a su mujer con ropas hechas de pieles de animales. Luego los expulsó del jardín, donde trabajaban la tierra para obtener su alimento.

Dios dijo: «Ahora los hombres conocen tanto el bien como el mal. Intentarán llegar al árbol de la vida para poder vivir para siempre». Por lo tanto, Dios puso un guardia celestial fuera del jardín. Desde ese día, los hombres quedaron separados del árbol de la vida.

4 Caín y Abel

Génesis 4

Adán y Eva tuvieron un hijo y lo llamaron Caín . Con el tiempo tuvieron otro hijo llamado Abel.

Abel se convirtió en pastor, trabajando con animales. Caín se convirtió en agricultor, cultivando la tierra. suelo.

Adán y Eva tuvieron un hijo y lo llamaron Caín. Con el tiempo, tuvieron otro hijo llamado Abel.

Abel se convirtió en pastor y trabajaba con animales. Caín se convirtió en agricultor y labraba la tierra.

Un día, cuando llegó el momento de ofrecer un sacrificio al Señor, Caín decidió llevar frutas y verduras en lugar de un cordero. Abel también llevó una ofrenda, pero era el mejor cordero de su rebaño. El Señor se complació con la ofrenda de Abel, pero no con la de Caín.

Caín se enojó cuando vio que Dios no aceptaba su sacrificio. Comenzó a hacer pucheros. Dios dijo: «Caín, ¿por qué estás enojado? Si simplemente haces lo correcto, serás aceptado y serás feliz. Pero si no lo haces, el pecado te está esperando. Está agazapado a tu puerta, listo para saltar y convertirse en tu amo. En cambio, ¡tú debes controlarlo!».

Unos días más tarde, Caín y Abel estaban hablando en un campo. Caín se volvió, atacó a su hermano y lo mató.

Más tarde ese mismo día, Dios le preguntó a Caín: «¿Dónde está tu hermano?».

«¡No lo sé! ¿Acaso tengo que vigilarlo todo el tiempo?».

«Oh, Caín, ¿qué has hecho? ¡Escucha! La sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra. Has amado esta tierra, pero a partir de ahora está maldita porque contiene la sangre de tu hermano. Oh, seguirás trabajando el campo, pero ya no te responderá ni te dará lo mejor de sí. Te convertirás en un vagabundo inquieto».

Caín cayó al suelo y gritó: «¡Oh, Dios, tu castigo es demasiado severo! ¡Me estás quitando mi tierra y tu presencia! Estaré sin rumbo y separado de todos los demás. Al final, me perseguirán y me matarán».

Entonces Dios puso una marca en Caín y dijo: «¡Cualquiera que mate a Caín sufrirá por ello siete veces más!».

Con eso, Caín se alejó de la presencia del Señor.

5 Los descendientes de Adán

Génesis 6 – 9:17

Después de que las personas desobedecieran a Dios y cayeran en el pecado, se volvieron extremadamente malvadas. Todos sus pensamientos y acciones eran malvados. Dios sabía que tenía que destruir a las personas que había creado.

Sin embargo, un hombre llamado Noé caminaba con Dios. El Señor le dijo: «Voy a destruir toda la tierra con un diluvio porque las personas son malvadas. Por lo tanto, voy a hacer un pacto contigo para preservar la vida en la tierra. Construye un arca. Te daré las dimensiones exactas que quiero que uses. Cuando termines, un diluvio matará a todas las personas y animales de la tierra. Tú y tu familia se salvarán, así como los animales que lleves contigo».

Dios le dio instrucciones para la construcción, y Noé hizo exactamente lo que Dios le dijo. Él y sus tres hijos construyeron el arca. Cuando terminaron, Dios dijo: «Noé, entra en el arca con tu familia. Después de siete días, el agua caerá sobre la tierra y todas las personas y animales serán destruidos, excepto los que estén dentro del arca».

Así que Noé y su esposa, sus hijos y sus esposas se mudaron al arca. Una vez allí, los animales y las aves comenzaron a llegar en parejas, machos y hembras. Había siete parejas de animales limpios, siete parejas de aves y solo una pareja de todos los demás. Cuando tuvieron todos los tipos de animales y aves, Dios cerró la puerta.

Al séptimo día, las aguas que estaban sobre el cielo comenzaron a caer sobre la tierra. Al mismo tiempo, la tierra entró en erupción, lanzando fuentes de agua desde debajo del suelo. Las aguas fluyeron por las colinas y llenaron los valles. Finalmente, cubrieron toda la tierra. Todas las personas y los animales fueron destruidos.

Esas mismas aguas elevaron el arca de Noé por encima de la destrucción. Las personas, los animales y las aves que estaban en el arca se salvaron mientras toda la tierra era destruida. Este diluvio duró cuarenta días y cubrió todo el mundo. Y luego... se detuvo.

El arca de Noé flotó en el agua durante 110 días después de que dejara de llover. Hubo vientos que soplaron sobre la tierra para secarla.

Finalmente, el arca aterrizó en una montaña llamada Ararat. Noé esperó otros cuatro meses y luego abrió la ventana para ver qué había en la tierra.

Envió un cuervo, pero nunca regresó. Luego envió una paloma, que voló alrededor pero no pudo encontrar un lugar para anidar. Pronto regresó al arca y Noé la acogió.

Después de siete días, volvió a enviar a la paloma. Regresó esa noche con una hoja de olivo en el pico. Entonces Noé supo que las plantas volvían a crecer. Esperó siete días más y volvió a enviar a la paloma. Esta vez, no regresó.

Un mes después, Noé quitó la escotilla del arca y vio que la tierra estaba seca. Dios dijo: «Tu familia y los animales pueden salir del arca».

Una vez que salieron del arca, Noé construyó un altar para que pudieran adorar a Dios. El Señor olió el sacrificio y dijo: «Nunca más destruiré la tierra con un diluvio. Siempre habrá siembra y cosecha, calor y frío, verano e invierno, día y noche.

«De ahora en adelante, los animales te temerán, pero tú sigues siendo responsable de ellos.

«Ahora puedes comer animales y plantas. Pero no matarás a las personas, porque están hechas a imagen de Dios.

«Debes multiplicarte y volver a llenar la tierra de personas».

Dios dijo a Noé y a su familia: «Mirad las nubes y ved el arco iris. Cuando yo lo mire y cuando vosotros lo miréis, recordaremos esta promesa. Nunca más un diluvio destruirá toda la tierra. Esta es mi promesa para vosotros».

6 La maldad de los hombres

Génesis 9:20 – 11:26

Después del diluvio, Noé plantó un viñedo. Con el tiempo, bebió parte del vino de su cosecha y se emborrachó. Se fue a su tienda y se quedó dormido en el suelo sin ropa.

Su hijo menor vio a su padre allí tumbado y fue a contarles a sus hermanos lo que había visto. Sus hermanos cogieron una capa, entraron en la tienda caminando hacia atrás y la colocaron sobre su padre.

Cuando Noé se despertó, se enteró de lo que había sucedido. Entonces maldijo a la familia de su hijo menor y bendijo a las familias de los otros dos.

Los tres hijos tenían familias numerosas, con muchos hijos y nietos. Entre todas estas personas había un hombre llamado Nimrod. Se convirtió en el primer dictador. Era conocido por su habilidad para cazar y su reino se llamaba Babilonia.

El pueblo de Babilonia se dio cuenta de que su potencial era mayor si permanecían juntos. Consideraron que era mejor no dispersarse por todo el mundo como Dios les había dicho. Así que construyeron una torre que se elevaba hacia el cielo, lo suficientemente alta como para que todos pudieran verla. Pensaron que eso los mantendría unidos.

Dios miró la torre y dijo: «La gente está desobedeciendo mi mandato. Si permanecen juntos, nada les será imposible. Por lo tanto, haré que hablen idiomas diferentes».

De repente, la gente empezó a hablar muchos idiomas diferentes. Estaban confundidos porque no se entendían entre sí. No sabían qué les estaba pasando. Inmediatamente, se detuvo la construcción de la torre. Formaron grupos según sus idiomas y se trasladaron a otras partes del mundo. La torre pasó a conocerse como la torre de la confusión, o la Torre de Babel.

El hijo mayor de Noé era Sem. Uno de sus descendientes era un hombre llamado Peleg. Su nombre significa división, porque en el momento de su nacimiento, la tierra se dividió. Su tataranieto era Abraham.

7 Dios llama a Abraham

Génesis 12

Había un hombre llamado Taré que vivía en un lugar llamado Ur. Tenía tres hijos, y uno de ellos era Abraham. Abraham estaba casado con su media hermana Sarai, pero no tenían hijos.

Taré se llevó a Abraham, a Sarai y a su nieto Lot (que era huérfano) y se trasladó al norte, a un lugar llamado Harán. Allí permanecieron hasta que Taré murió.

Cuando Abraham tenía setenta y cinco años, el Señor le dijo: «Abraham, quiero que dejes a tu familia y tu país y vayas a un lugar que he elegido para ti. Te convertiré en una nación y tu nombre será grande. Te bendeciré y también bendeciré a todos los que te bendigan. Y maldeciré a cualquiera que te maldiga. Todas las familias de la tierra serán bendecidas por ti».

Así que Abraham tomó a su esposa Sarai y a su sobrino Lot y se fue de Harán. Cuando llegaron a un lugar llamado Canaán, Dios dijo: «Te doy esta tierra a ti y a tus hijos». Abraham creyó en Dios, aunque no tenía hijos. Sabía que Dios cumpliría su promesa. Así que construyó un altar allí y adoró al Señor.

Algún tiempo después, una grave hambruna azotó la tierra. Entonces Abraham tomó todo lo que tenía y se fue a Egipto. Le dijo a Sarai: «Los egipcios verán que eres una mujer hermosa. Me matarán para quedarse contigo. Así que diles que eres mi hermana».

Tenía razón. Los egipcios vieron que Sarai era hermosa. Cuando el faraón se enteró de que no estaba casada, la llevó a su casa. Trató bien a Abraham, pensando que era su hermano.

Abraham se hizo rico en Egipto. Su riqueza incluía ovejas, ganado, burros, camellos y siervos.

Dios se enojó con el faraón porque tenía a Sarai en su casa. Las plagas azotaron a su familia y todos se enfermaron gravemente. Finalmente, el faraón le dijo a Abraham: «¿Por qué me hiciste esto? Dijiste que era tu hermana. ¡Ahora descubro que es tu esposa! ¡Tómala y vete de aquí!».

Así que Abraham tomó a Sarai y a Lot y regresó a Canaán. Se establecieron cerca de un lugar llamado Betel. Allí adoró al Señor.

8 Melquisedec bendice a Abraham

Génesis 13 – 15

Tanto Abraham como Lot eran prósperos. Pronto sus pastores comenzaron a discutir sobre los derechos de pastoreo. Abraham dijo: «No deberíamos pelearnos. Al fin y al cabo, somos familia. Aquí hay mucha tierra. Tú eliges. Tú ve por un lado y yo iré por el otro».

Lot sabía qué dirección quería tomar. El valle del Jordán tenía mucha agua y le recordaba a Egipto. A menudo se decía a sí mismo: «Es como el jardín del Señor». Así que eligió todo el valle del Jordán. Montó su tienda cerca de Sodoma, a pesar de que los hombres de allí eran extremadamente malvados.

Entonces el Señor le dijo a Abraham: «Mira hacia el norte y hacia el sur. Mira hacia el este y hacia el oeste. Te lo doy todo a ti y a tus descendientes. ¡Levántate! Recorre toda esta tierra. Es tuya».

Algún tiempo después, una alianza de cuatro reinos-ciudades entró en guerra con las cinco ciudades alrededor de Sodoma. La alianza ganó la batalla y se llevó todas sus posesiones, alimentos y a mucha gente, incluido Lot.

Cuando Abraham se enteró de esto, tomó a sus 318 siervos entrenados y persiguió a la alianza. Los atacó durante la noche y los derrotó por completo. Luego llevó a Lot, a todo el pueblo y sus posesiones de vuelta a Sodoma.

Abraham se encontró con Melquisedec cuando llegó allí. Melquisedec era el rey de Salem, pero también era sacerdote del Dios Altísimo. Él dijo: «Abraham es bendecido por el Dios Altísimo, que creó el cielo y la tierra. Alaba al Dios Altísimo, porque es él quien te ha dado la victoria sobre tus enemigos».

Abraham le dio a Melquisedec la décima parte de todo.

El rey de Sodoma le dijo a Abraham: «Dame a la gente y tú quédate con todas las posesiones».

Abraham respondió: «No, no tomaré nada. Te lo devolveré todo, excepto lo que comieron los siervos durante la campaña. No quiero que digas: «Yo hice rico a Abraham»».

Con eso, Abraham y sus siervos se fueron a casa. Poco después, el Señor se le apareció en una visión y le dijo: «Yo soy tu escudo y tu gran recompensa».

Abraham respondió: «Señor, todavía no tengo un hijo, pero tengo un siervo que es como un hijo para mí. Que él herede tus promesas para mí».

«¡No! Tendrás un hijo, y él será tu heredero. Abraham, mira las estrellas en el cielo. Tus descendientes serán tan difíciles de contar como esas estrellas». Esto le parecía imposible a Abraham, pero lo creyó, ¡y Dios se complació!

9 Agar e Ismael

Génesis 16

Después de que Abraham hubiera vivido en Canaán durante diez años, Sarai comenzó a preocuparse porque aún no había tenido un hijo, tal y como le había prometido el Señor. Le dijo a su marido: «Tengo una solución para este problema. Acuéstate con mi esclava Agar. Cuando dé a luz, será como si yo hubiera tenido al niño».

Abraham estuvo de acuerdo e hizo lo que ella le dijo. Pero tan pronto como Agar quedó embarazada, comenzó a actuar como si fuera mejor que Sarai.

Esto enfureció a Sarai. Ella le dijo a Abraham: «¡Tú eres el causante de todos mis problemas! Dejaste embarazada a mi esclava y ahora ella se cree mejor que yo».

Abraham respondió: «Es tu esclava. Haz con ella lo que quieras».

Así que Sarai comenzó a golpear a Agar y a humillarla de todas las formas posibles. Finalmente, la esclava huyó. Llegó a un manantial de agua y se derrumbó junto a él.

El ángel del Señor le dijo: «Agar, ¿adónde vas?».

«Oh, Señor. Estoy huyendo de Sarai, mi señora».

«No, no, no debes hacer eso. Dios ha escuchado tu llanto de dolor. Vuelve y sométete a Sarai, aunque te golpee. Tendrás un hijo y lo llamarás Ismael. Será un hombre luchador y estará en conflicto con todos. Multiplicaré tanto tus descendientes que no podrás contarlos».

Agar se asombró y dijo: «He visto al Dios que me ve». Así que llamó al manantial «El pozo del Dios viviente que me ve».

Luego regresó y se sometió a Sarai. Abraham tenía ochenta y seis años cuando Agar dio a luz a su hijo. Llamó al niño Ismael, que significa «Dios oye».

10 Promesa del nacimiento de Isaac

Génesis 17 – 18:15

Cuando Abraham tenía noventa y nueve años, el Señor le dijo: «Serás padre de muchas naciones y algunos de tus descendientes serán reyes. Por eso cambiaré tu nombre por el de Abraham, que significa «padre de muchas naciones». Estaré contigo y te daré esta tierra a ti y a tus descendientes. Como señal de estas promesas, debes circuncidar a todos los varones de entre vosotros».

Luego el Señor le dijo: «De ahora en adelante, tu esposa se llamará Sara. La bendeciré y ella te dará un hijo».

Abraham se rió y dijo: «¿Cómo es posible que un hombre de cien años y una mujer de noventa tengan un hijo? Quizás Ismael pueda heredar todas las promesas que me has hecho».

Dios dijo: «No, Sara tendrá un hijo y le llamarás Isaac. Le daré mis promesas a él y a sus descendientes, y seré su Dios. Y toda la tierra será bendecida por ellos.

Pero también bendeciré a Ismael. También haré de él una gran nación. De él saldrán doce tribus».

Algún tiempo después, Abraham estaba sentado a la puerta de su tienda. De repente, vio a tres hombres de pie cerca y se dio cuenta de que uno de ellos era el Señor. Corrió hacia ellos y les dijo: «Señores, por favor, sentaos bajo este árbol. Os daré agua para que os lavéis los pies. Luego podéis descansar mientras preparo la comida. Después de comer, podéis continuar vuestro camino».

Ellos respondieron: «Sí, nos quedaremos un rato».

Abraham entró corriendo en la tienda y le dijo a Sara que hiciera pan para sus invitados. Luego fue al campo, escogió un ternero de primera calidad y se lo dio a sus siervos para que lo prepararan. Tan pronto como la comida estuvo lista, Abraham la sirvió a sus invitados y luego se apartó y los observó comer.

Mientras comían, el Señor le dijo a Abraham: «¿Dónde está Sara, tu esposa?».

«Está en la tienda».

El Señor dijo: «Volveré dentro de un año. Para entonces, Sara habrá dado a luz un hijo».

Sara estaba escuchando esto desde dentro de la tienda. Tenía noventa años, por lo que se rió para sus adentros cuando oyó que iba a dar a luz un hijo. Dijo: «Eso es imposible. Soy demasiado mayor para dar a luz un hijo».

El Señor le preguntó a Abraham: «¿Por qué se rió Sara? ¿Hay algo demasiado difícil para el Señor? ¡Volveré y ella habrá dado a luz a un hijo!».

Cuando Sara oyó esto, salió corriendo y dijo: «¡Señor, yo no me reí!».

«¡Ah, pero tú te reíste!».

Pronto Sara descubrió que estaba esperando un hijo.

11 Abraham intercede por Sodoma

Génesis 18:16-33

Abraham tenía tres invitados. Uno de ellos era el Señor. Les sirvió una comida a la sombra de un árbol. Después se levantaron y comenzaron a caminar hacia Sodoma. Abraham caminó con ellos durante un rato.

De repente, el Señor se detuvo y les dijo a los demás: «Voy a decirle a Abraham lo que voy a hacer. Después de todo, él se convertirá en una nación grande y poderosa. Todas las naciones de la tierra serán bendecidas a través de él. Sé que enseñará a sus hijos a honrar a Dios y a hacer lo correcto».

Volviéndose hacia Abraham, el Señor dijo: «El pecado de Sodoma y Gomorra es grande. Oigo constantemente los gritos de sus víctimas. Voy a la ciudad para verlo por mí mismo. Si descubro que es cierto, los destruiré».

Mientras Abraham y el Señor seguían hablando, los otros dos hombres los dejaron y se dirigieron hacia Sodoma. Abraham dijo: «¿Es cierto que realmente acabarías con los justos junto con los malvados? Supongamos que hay cincuenta justos en la ciudad. ¿Realmente destruirías el lugar, sabiendo que estás matando a esos justos junto con los malvados? No creo que lo hicieras. El Juez de toda la tierra es siempre justo».

El Señor dijo: «Si encuentro cincuenta justos en Sodoma, entonces por ellos no destruiré la ciudad».

Abraham dijo: «Ahora me doy cuenta de que no debí haberme apresurado a hablarte de esa manera. No soy más que polvo en el camino. Pero supongamos que a la ciudad le faltaran solo cinco personas para completar las cincuenta que tú buscas. ¿Vas a destruir toda la ciudad solo porque faltan cinco justos?».

El Señor dijo: «No destruiré la ciudad si encuentro cuarenta y cinco justos allí».

«Eh, Señor, ¿podríamos reducirlo a cuarenta justos?».

«No destruiré el lugar si encuentro cuarenta justos allí».

«Señor, no te enfades conmigo por volver a hablar. ¿Qué harías si solo encontraras treinta justos allí?».

«No destruiré el lugar si encuentro treinta justos allí».

«Señor, ya que me he atrevido a hablarte de esto, ¿podríamos reducirlo a veinte justos?».

«No destruiré el lugar si encuentro veinte justos allí».

«Eh, Señor, por favor, no te enfades conmigo. Te prometo que es la última vez que te hablo de esto. ¿Qué harías si solo encontraras allí a diez justos?».

«No destruiré ese lugar si encuentro allí a diez justos».

Con eso, la conversación terminó. El Señor se marchó y Abraham regresó a su tienda.

12 Destrucción de Sodoma y Gomorra

Génesis 19:1-29

Al atardecer, dos ángeles entraron en Sodoma. Encontraron a Lot sentado a la puerta de la ciudad. En cuanto los vio, se acercó y se inclinó ante ellos. Les dijo: «Soy vuestro humilde siervo. Por favor, venid a mi casa para que pueda haceros sentir cómodos. Os lavaré los pies y os daré un lugar donde pasar la noche. Luego os despertaré temprano para que podáis seguir vuestro camino».

Ellos respondieron: «No, pasaremos la noche aquí, en la plaza del pueblo».

«¡Oh, no, mis señores! Debéis venir conmigo ahora mismo. Por favor, seguidme».

Los llevó a su casa y su familia les preparó una comida. Mientras se preparaban para acostarse, se reunió una multitud fuera. Eran todos los hombres de la ciudad, tanto jóvenes como viejos. Rodearon la casa y gritaron: «Lot, danos a esos hombres que están en tu casa. Envíanoslos para que podamos tener relaciones sexuales con ellos».

Lot salió y cerró la puerta tras de sí. Dijo: «Por favor, hermanos míos, no cometáis esta maldad. Estos hombres son huéspedes en mi casa. En lugar de ellos, tomad a mis dos hijas. Son vírgenes. Haced con ellas lo que queráis, pero no toquéis a estos hombres».

La multitud se enfureció. «¡Apártate! ¿Quién te crees que eres, nuestro juez? Ni siquiera eres uno de los nuestros».

Con eso, lo empujaron a un lado y comenzaron a derribar la puerta. Los ángeles abrieron la puerta, agarraron a Lot, lo metieron dentro y cerraron la puerta de golpe. Luego hicieron que todos los hombres que estaban fuera se quedaran ciegos. La multitud se dispersó mientras intentaban encontrar el camino.

Los ángeles se volvieron hacia Lot. «¡Estamos aquí para destruir esta ciudad! Las voces de sus víctimas están gritando a los oídos de Dios. Rápido, ve a buscar a tus parientes que viven en la ciudad: hijos, hijas, yernos, cualquiera que te pertenezca. Tráelos y sal de esta ciudad».

Lot corrió a la casa de sus futuros yernos. «¡Despertad! ¡Venid conmigo! ¡Tenemos que salir de la ciudad! El Señor está a punto de destruirla». Pero ellos lo ignoraron porque pensaban que estaba bromeando.

Lot aún no había salido de la ciudad por la mañana, cuando salía el sol. Los ángeles gritaron: «¡Deprisa! ¡Tú y tu familia salid de aquí! Estáis a punto de morir en el juicio».

Aun así, se tomaron su tiempo para prepararse para partir. Ante eso, el Señor se compadeció de ellos. Los ángeles agarraron físicamente a Lot, a su esposa y a sus hijas y los sacaron rápidamente de la ciudad. Una vez allí, los ángeles dijeron: «¡Corran por sus vidas! ¡No miren atrás! No se detengan hasta que estén en las montañas».

Lot dijo: «Oh, Señor, has sido misericordioso conmigo. Pero no puedo llegar a la montaña. Por favor, hay un pequeño pueblo cerca. Déjame ir allí».

El ángel dijo: «Ve allí y apartaré el juicio de ese pueblo. ¡Pero date prisa! No puedo hacer nada hasta que estés a salvo». El Señor mostró misericordia a Lot por causa de Abraham. Desgraciadamente, la mujer de Lot miró atrás hacia la ciudad mientras huían, por lo que se convirtió en una estatua de sal.

El sol ya había salido por completo cuando Lot llegó al pequeño pueblo. Tan pronto como entró, el Señor hizo caer fuego del cielo y destruyó Sodoma y Gomorra, y todas las demás ciudades del valle, excepto ese pequeño pueblo.

Abraham salió al lugar donde Dios había hablado con él. Miró en dirección a Sodoma, pero lo único que vio fue humo elevándose hacia el cielo.

13 Las dos hijas

Génesis 19:18-38

Tras la destrucción de Sodoma, Lot y sus dos hijas abandonaron la pequeña ciudad donde vivían porque Lot temía lo que pudiera sucederles allí. Se fueron a las montañas y vivieron en una cueva.

Un día, la hija mayor le dijo a su hermana: «Nuestro padre es viejo y no tenemos esperanzas de encontrar marido y tener hijos. Por lo tanto, depende de nosotras preservar el linaje de nuestro padre para las generaciones futuras. Tengo un plan. Emborrachemos a nuestro padre hasta que ya no sepa lo que hace. Entonces tendremos relaciones sexuales con él».

La hermana estuvo de acuerdo, así que esa noche emborracharon a su padre. La hija mayor se acostó con él. Él no se enteró de nada de lo que pasó.

Al día siguiente, la hija mayor le dijo a su hermana: «Esta noche te toca a ti. Recuerda que hacemos esto para preservar el linaje de nuestro padre». Así que emborracharon a su padre y la hija menor se acostó con él. Una vez más, Lot no se enteró de nada de lo que pasó.

Ambas hijas quedaron embarazadas de su padre. La hermana mayor dio a luz a un hijo que se convirtió en el padre de los moabitas. La hermana menor dio a luz a un hijo que se convirtió en el padre de los amonitas.

14 Abraham y Abimelec

Génesis 20

Abraham viajó a una zona donde reinaba Abimelec. Le dijo a la gente de allí: «Sara es mi hermana». Entonces Abimelec envió a unos hombres a buscar a Sara y la trajeron a su casa. Una vez allí, el Señor impidió que el rey tuviera relaciones sexuales con ella.

Dios se apareció a Abimelec en un sueño y le dijo: «Vas a morir porque la mujer que has traído a tu casa está casada».

El rey dijo: «¡Señor, soy inocente! El hombre me dijo que era su hermana, y ella dijo lo mismo. Señor, debes creer que lo hice con la conciencia tranquila. Además, no la he tocado».

El Señor dijo: «Sí, sé que dices la verdad. Te mantuve alejado de ella. Ahora, esto es lo que debes hacer. Ese hombre es un profeta. Devuélvele su esposa y pídele que ore por ti. Si lo hace, te dejaré vivir. Pero ten cuidado. Si no haces esto, tú y toda tu familia morirán».

A la mañana siguiente, Abimelec llamó a todos sus siervos. Cuando les contó lo que Dios había dicho, el terror se apoderó de todos los hombres. De repente, las mujeres de la casa se dieron cuenta de que no podían tener hijos.

Abimelec mandó llamar a Abraham. Cuando llegó, el rey le dijo: «¿Por qué nos has hecho esto? ¿Qué te he hecho para que me trates así? Todo mi reino está sumido en una tremenda culpa. ¡Nadie en el mundo debería tratar así a otra persona! ¿En qué estabas pensando?».

Abraham respondió: «Mi esposa y yo tenemos el mismo padre. Así que ella es realmente mi hermana. Solo que no tenemos la misma madre. Cuando llegamos a tu tierra, no sabía que aquí se temía a Dios. Estaba seguro de que me matarían para que pudieras quedarte con mi esposa. Así que ella accedió a demostrarme su lealtad diciéndole a la gente que yo era su hermano».

Abimelec devolvió a Sara a Abraham, junto con ovejas, ganado, esclavos y mil piezas de plata. Dijo: «Puedes ir libremente a cualquier lugar de mi reino. Establece tu residencia donde quieras. Nadie te molestará».

Entonces Abraham oró por el rey. Así que el Señor sanó a Abimelec y permitió que todas las mujeres volvieran a tener hijos.

15 Nacimiento de Isaac

Génesis 21

Cuando Abraham tenía cien años, Sara dio a luz un hijo. Lo llamaron Isaac, que significa «risa», porque Sara dijo: «Dios ha puesto risa en mi corazón. Y todos los que oigan que he dado a luz un hijo se reirán conmigo. ¿Quién hubiera pensado que yo podría amamantar a un bebé?».

Cuando Ismael era joven, Sara lo vio burlarse de Isaac. Ella se enfureció y le dijo a Abraham: «Echa a esa mujer y a su hijo. No quiero que hereden nada de lo que pertenece a Isaac».

Abraham no quería hacerlo porque quería a Ismael. Pero Dios le dijo: «Haz lo que Sara quiere. Mis promesas para ti se transmitirán a través de Isaac. Y no te preocupes por Ismael y su madre. Como es tu hijo, también haré de él una nación».

Así que, a la mañana siguiente, Abraham le dio pan y agua a Agar y la despidió junto con su hijo. Vagaron por el desierto, donde permanecieron hasta que se les acabó el agua. Pronto, Agar perdió toda esperanza de vivir. No podía soportar ver morir a su hijo, así que lo dejó debajo de un arbusto y se alejó un poco. Luego se tiró al suelo y se puso a llorar.

Ismael gritó y Dios oyó su voz. El ángel del Señor le dijo a Agar: «No temas. Dios ha oído la voz de tu hijo. Levántate y ve a él. Necesita tu ayuda. Cuídalo, porque él será el padre de una gran nación».

Con eso, Dios le abrió los ojos y ella vio un pozo de agua cerca. Corrió hacia él, llenó su recipiente con agua y se lo llevó a su hijo.

Así creció Ismael y Dios estaba con él. Se convirtió en un gran arquero y se estableció en el desierto. Con el tiempo, Agar fue a Egipto y le consiguió una esposa.

El rey Abimelec fue a ver a Abraham y le dijo: «Podemos ver claramente que Dios está contigo en todo lo que haces. Así que hagamos un acuerdo para que haya paz entre tu pueblo y el mío».

Abraham dijo: «Estoy de acuerdo, pero hay un problema que debemos discutir. Tu pueblo se ha apoderado de uno de mis pozos».

El rey dijo: «No sabía nada de esto. ¿Por qué no me lo dijiste antes? Me encargaré de ello».

Así que hicieron un acuerdo y Abraham lo selló regalando a Abimelec ganado y ovejas. Pero apartó siete corderas.

Abimelec le preguntó por qué. Abraham respondió: «Debes aceptar estas siete corderas como prueba de que este pozo me pertenece».

El rey aceptó las siete corderas, y Abraham llamó al lugar Beerseba, que significa «pozo del juramento». Plantó allí un tamarisco y adoró al Señor, el Dios eterno.

16 Dios ordena a Abraham que sacrifique a Isaac

Génesis 22

Cuando Isaac era joven, Dios se apareció a Abraham y le dijo: «Abraham, toma a Isaac, el hijo que tanto amas, y ve al lugar que te mostraré. Allí lo sacrificarás como ofrenda quemada».

A la mañana siguiente, Abraham se levantó temprano y cortó leña para el sacrificio. Ensilló un burro, tomó a dos siervos y emprendió el viaje.

Tres días después, Abraham vio el lugar que Dios había elegido. Les dijo a sus siervos: «Quedaos aquí con el asno. Isaac y yo iremos a adorar al Señor. Volveremos después del sacrificio».

Le dijo a Isaac que llevara la leña. Abraham tomó las brasas y el cuchillo. Isaac miró a su alrededor y preguntó: «Padre, tenemos la leña y el fuego, pero ¿dónde está el cordero para el sacrificio?». Abraham miró a su hijo y finalmente dijo: «Dios se proveerá de un cordero para el sacrificio».

Cuando llegaron al lugar que Dios había elegido, Abraham construyó un altar y colocó la leña encima. A continuación, ató a su hijo y lo puso encima de la leña. Luego tomó el cuchillo para matar a su hijo.

En ese momento, el ángel del Señor lo llamó desde el cielo. «¡Abraham, Abraham! ¡No mates a tu hijo! ¡No le hagas nada! ¡Ahora sé que temes a Dios, ya que estabas dispuesto a entregarme a tu hijo!».

Abraham miró hacia un lado y vio un carnero con los cuernos enredados en un arbusto. Tomó el carnero y lo utilizó como sacrificio en lugar de su hijo. Abraham llamó a ese lugar «El Señor proveerá».

Después, Dios le dijo a Abraham: «Porque me has obedecido, te bendeciré a ti y a tus descendientes. Haré que tus descendientes sean tan numerosos como las estrellas. Serán tan difíciles de contar como la arena de la orilla del mar. Además, los haré prominentes, ¡incluso en las ciudades de sus enemigos! Y toda la tierra será bendecida gracias a ellos».

Entonces Abraham regresó al lugar donde esperaban los sirvientes y juntos se fueron a casa.

17 Muerte y sepultura de Sara

Génesis 23

Sara murió a los 127 años. En aquel momento, su campamento estaba cerca de Hebrón, por lo que Abraham acudió a los hititas y les dijo: «Ambos vivimos juntos en esta tierra. Por favor, permítanme comprar un lugar donde pueda enterrar a mis muertos».

Ellos respondieron: «Tú eres el elegido de Dios, y te consideramos un príncipe poderoso. Toma la mejor de nuestras tumbas y úsala para enterrar a tus muertos. Nadie te impedirá usarla».

Abraham se levantó y se inclinó ante ellos. «Uno de ustedes es dueño de una cueva particular al final de un campo. Hablen con él y persuádalo para que me la venda a su precio completo».

Ese hombre estaba sentado entre ellos. Inmediatamente se levantó y dio un paso adelante. Dijo: «Yo soy ese hombre, y puedo decirte que eres libre de enterrar a tus muertos allí sin cargo alguno».

Abraham le respondió: «Por favor, permíteme comprar esta cueva a su precio completo».

El hombre dijo: «Escucha, la cueva vale 400 siclos de plata, pero ¿qué es eso entre tú y yo? Entierra a tu difunta libremente en la cueva».

Así que Abraham pesó 400 siclos y se los pagó al hombre delante de todos. Abraham enterró a Sara en la cueva de Hebrón, y desde ese día pasó a ser de su propiedad.

18 Abraham busca esposa para Isaac

Génesis 24

Cuando Sara murió, Abraham se dio cuenta de que tenía que encontrar una esposa para su hijo Isaac. Le dijo a su sirviente: «Te envío de vuelta a mi tierra natal para que encuentres una esposa para mi hijo. Prométeme que no elegirás a una mujer de entre la gente de aquí. Asegúrate de que sea de entre mis parientes».

El siervo estaba preocupado. «¿Y si encuentro una mujer y ella no está dispuesta a dejar su hogar y venir aquí? Quizás debería llevar a Isaac allí para que se case con ella».

«¡Por supuesto que no! ¡No debes llevar a Isaac de vuelta a ese país! Escucha, el Señor enviará a su ángel delante de ti. Él preparará el camino. Pero si la mujer no está dispuesta a volver contigo, entonces quedarás liberado de esta tarea».

Después de un largo viaje, el siervo llegó a la ciudad donde vivían los parientes de Abraham. Se detuvo en un pozo a las afueras de la ciudad y oró: «Oh Dios, ayúdame a encontrar a la mujer adecuada para Isaac».

De repente, tuvo una idea. «Señor, le pediré a una mujer que me dé de beber. Sabré que es la adecuada si me da de beber y luego se ofrece a sacar agua para los diez camellos».

Pronto, una joven llamada Rebeca se acercó al pozo. Era hermosa... y virtuosa... y... no estaba casada.

Llenó su jarra y comenzó a alejarse. El sirviente se adelantó y le pidió un poco de agua. Ella se la dio y luego se ofreció a sacar agua para todos sus camellos. Mientras ella hacía esto, el sirviente le pidió a Dios que le ayudara a saber con certeza que esa era la mujer para Isaac.

Cuando Rebeca terminó, el siervo le dio varias joyas y le preguntó: «¿Quiénes son tus familiares? ¿Hay sitio en la casa de tu padre para que mis hombres y yo pasemos la noche?». Ella le dijo al siervo los nombres de su padre y su abuelo, y el siervo supo que eran parientes de Abraham. Rebeca dijo que había mucho sitio para que pasaran la noche.

Luego dejó al siervo y corrió a casa para contarle a su familia sobre esta conversación. Su hermano era Labán, y cuando vio las valiosas joyas, se apresuró a ir al pozo para ver quién le había dado esas cosas. Le preguntó al siervo: «Ven, hemos preparado un lugar para ti y tus siervos, ¡así como para tus camellos!».

Una vez que llegaron a la casa, invitaron al siervo a sentarse y comer con ellos. Pero él dijo: «Antes de comer, debo contarles mi historia».

Les contó la misión que Abraham le había encomendado. Luego dijo: «Oré y le pedí a Dios que me mostrara a la mujer adecuada para Isaac. Como señal, pedí que ella estuviera dispuesta a darme de beber y también a sacar agua para todos los camellos. Rebeca hizo exactamente eso. Creo que ella es la mujer que Dios ha elegido para ser la esposa de Isaac».

Labán y su padre se quedaron asombrados al oír esta historia. Estuvieron de acuerdo con él y le dieron su bendición inmediatamente. A la mañana siguiente le preguntaron a Rebeca si estaba dispuesta a ir con el sirviente de Abraham y casarse con Isaac. Ella dijo que estaba dispuesta a ir. Así que bendijeron a Rebeca y la enviaron con el sirviente.

Isaac estaba en el campo cuando vio, a lo lejos, la caravana de camellos del siervo. Así que empezó a caminar hacia ella. Rebeca lo vio venir hacia ellos. Le preguntó al siervo: «¿Quién es ese hombre?».

«Oh, ese es mi amo, Isaac». Entonces Rebeca se cubrió con un velo.

Entonces el siervo le contó toda la historia a Isaac. Isaac tomó a Rebeca por esposa, y el amor entre ellos fue grande.

19 Los descendientes de Abraham y Cetura

Génesis 25

Después de la muerte de Sara, Abraham se casó con una mujer llamada Cetura. Juntos tuvieron seis hijos. Años más tarde, cuando Abraham supo que iba a morir, le dio regalos a Cetura y a sus hijos, y los envió a la tierra del Oriente. Luego le dio todo lo que poseía a Isaac.

Abraham murió a los 175 años. Isaac e Ismael lo enterraron en la misma cueva donde estaba enterrada Sara.

Después de veinte años de matrimonio, Isaac oró por su esposa porque ella no podía tener hijos. Dios respondió a su oración y Rebeca quedó embarazada de gemelos.

Cerca del final de su embarazo, sintió como si hubiera una pelea dentro de su vientre. Tenía tanto dolor que oró: «Oh Dios, ¿qué me está pasando?».

El Señor dijo: «Tú tienes dos naciones dentro de ti. Dos pueblos saldrán de tu vientre. Uno será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor».

En el momento del nacimiento, el bebé mayor era rojo y estaba cubierto de pelo. Lo llamaron Esaú, que significa «peludo».

Su hermano nació agarrado al talón de Esaú. Lo llamaron Jacob, que significa «talón». Isaac tenía sesenta años cuando nacieron los niños.

De adulto, Esaú se convirtió en un experto en actividades al aire libre, entre ellas la caza. Jacob era tranquilo y prefería quedarse en casa. Rebeca amaba a Jacob, pero Isaac amaba el sabor de la caza, por lo que favorecía a Esaú.

Un día, Esaú llegó a casa agotado de un viaje. Encontró a Jacob cocinando un guiso. Le dijo: «Estoy cansado y hambriento. Dame un poco de ese guiso rojo».

Jacob dijo: «Hagamos un trato: mi guiso por tu primogenitura».

«¡Trato hecho! Mi primogenitura no me servirá de nada si muero de hambre. Ahora dame el guiso, quiero toda la olla».

Jacob dijo: «No. Primero debes jurar que me darás tu primogenitura».

«Te lo juro. La primogenitura es tuya».

Con eso, Jacob le dio a su hermano una comida completa con pan, guiso y bebida. Esaú comió y bebió con ganas, y luego se levantó y se fue.

Desde entonces, se decía de Esaú: «Despreció su primogenitura». Además, la gente se refería a él como «Edom», que significa «Rojo». Esto se debía al valor que le daba a ese guiso rojo.

20 Isaac en Gerar

Génesis 26:1-11

Una gran hambruna azotó el lugar donde vivía Isaac, por lo que se dio cuenta de que tenía que trasladarse a otra zona. El Señor se le apareció y le dijo: «No vayas a Egipto. Quédate en esta tierra, aunque seas extranjero aquí. Te bendeciré y te daré todas las promesas que le hice a tu padre Abraham. Tus descendientes serán tan numerosos como las estrellas. Les daré toda esta tierra, y a través de ellos serán benditas todas las naciones de la tierra».

Así que Isaac no fue a Egipto, sino que se estableció en la tierra de Abimelec, rey de los filisteos. Cuando los hombres de allí vieron que Rebeca era una mujer hermosa, le preguntaron a Isaac por ella. Él inmediatamente se preocupó por su vida, pensando que lo matarían por ella. Así que dijo: «Es mi hermana».

Cuando Isaac llevaba ya un tiempo allí, el rey miró por la ventana y vio a Isaac abrazando y besando a Rebeca. El rey lo mandó llamar y le dijo: «¡Esta mujer es tu esposa! ¿Por qué le dijiste a todo el mundo que era tu hermana?».

Isaac le explicó que temía que lo mataran por su culpa. El rey dijo: «Nos has puesto a todos en peligro. Uno de nuestros hombres podría haber tenido relaciones sexuales con ella fácilmente. Entonces todos habríamos sufrido por ello».

Así que Abimelec envió una advertencia a todo su pueblo: «Si alguien hace daño a Isaac o a su esposa, esa persona morirá».

21 El cavador de pozos

Génesis 26:12-33

Isaac era granjero mientras vivía entre los filisteos. El Señor bendijo tanto sus cosechas que se hizo cada vez más rico. Con el tiempo, su riqueza era tan grande que los filisteos se pusieron celosos. Decidieron tapar algunos pozos que Abraham había cavado. Al cabo de un tiempo, Abimelec le pidió a Isaac que abandonara su país. Le dijo: «Te has vuelto demasiado poderoso. Sentimos que eres una amenaza para nosotros».

Isaac se mudó a otro valle y sus siervos destaparon algunos de los pozos de Abraham. También cavaron otros nuevos. De repente, encontraron un precioso manantial de agua. Los pastores de la zona dijeron: «Esa agua nos pertenece». Así que los siervos de Isaac fueron y cavaron otros pozos, y volvieron a encontrar agua. Una vez más, los pastores dijeron: «Esa agua es nuestra».

Se trasladaron a otra zona y cavaron más pozos. Esta vez, nadie discutió por el agua que encontraron. Isaac dijo: «¡Por fin! El Señor nos ha dado espacio. Ahora podemos prosperar en este lugar». Llamó a ese lugar “Ample Space o Amplio Espacio en español”.

Abimelec y una delegación de los filisteos fueron a ver a Isaac. Cuando los vio, les dijo: «Me echasteis enfadados. ¿Por qué habéis venido ahora a verme?».

Abimelec respondió: «Nos queda claro que el Señor ha estado contigo todo este tiempo. Queremos firmar un tratado contigo. Fuimos buenos contigo cuando vivías entre nosotros. Sí, te echamos, pero fue en paz. Ahora, acordemos que nos tratarás de la misma manera y no nos harás daño».

Entonces Isaac preparó un banquete, y todos comieron y bebieron juntos. A la mañana siguiente, cada uno juró que vivirían en paz unos con otros.

Cuando Abimelec y su delegación se marcharon, los sirvientes vinieron y le contaron a Isaac sobre su nuevo pozo. Le dijeron: «Hemos encontrado agua». Entonces él llamó al lugar Beerseba, que significa «Pozo del Juramento».

22 Jacob obtiene la bendición de Isaac

Génesis 27

A medida que Isaac envejecía, se quedó ciego y pensó que pronto moriría. Por eso, decidió dar la bendición familiar a Esaú. Le dijo: «Ve a cazar animales salvajes y prepáralos como a mí me gustan. Después de comer, te daré la bendición familiar».

Rebeca escuchó esto y se lo contó a Jacob. Ella dijo: «Ve a buscar dos cabritos. Yo los prepararé como comida para tu padre, y los haré de la manera que le guste. Tú se los servirás y obtendrás la bendición».

Jacob dijo: «Esaú es un hombre peludo, y yo tengo la piel suave. Si mi padre me toca, sabrá que estoy tratando de engañarlo. ¡Me maldecirá en lugar de bendecirme!».

Rebeca dijo: «¡Que tu maldición recaiga sobre mí! Ve y haz lo que te he dicho».

Así que Jacob fue, trajo los dos cabritos y se los dio a su madre. Ella le dio la ropa de caza de Esaú para que se la pusiera. Después de preparar la comida, cubrió los brazos y la nuca de Jacob con pieles de cabra.

Jacob llevó la comida a la tienda de su padre. Dijo: «Padre».

Isaac volvió sus ojos ciegos hacia él. «Sí, hijo, ¿quién eres tú?».

«Soy Esaú. Por favor, siéntate y come para que puedas darme la bendición».

Isaac dijo: «¡Me sorprende que hayas vuelto tan rápido!».

«Tu Dios estaba conmigo y me dio éxito».

Isaac dijo: «Acércate a mí para que pueda asegurarme de que realmente eres Esaú». Entonces Jacob se acercó y Isaac extendió la mano y le tocó el brazo. Era peludo como el brazo de Esaú. Isaac entonces le tocó la nuca a Jacob. Una vez más, descubrió que era peluda.

Dijo: «Hijo, estoy confundido. Tu voz suena como la de Jacob, pero tu piel se siente como la de Esaú. ¿Eres realmente Esaú?».

«Sí, padre, soy Esaú».

«Bueno... eh... por favor, sírveme la comida».

Jacob sirvió la comida a su padre. Sabía exactamente como la habría preparado Esaú.

Isaac seguía sin estar convencido. Así que le pidió a su hijo que se acercara y le diera un beso. Cuando Jacob se inclinó para besar a su padre, Isaac olió la ropa que llevaba su hijo. Olía a aire libre. Dijo:

«El olor de mi hijo es como el
olor de un campo bendecido por Dios.
Que Dios te dé el rocío del cielo
y la riqueza de la tierra:
¡abundancia de grano y vino nuevo!
Que las naciones te sirvan
y los pueblos se inclinen ante ti.
Serás el amo de tus hermanos
Los hijos de tu madre
se inclinarán ante ti.
Que los que te maldigan sean malditos,
y benditos sean los que te bendigan».

Poco después de que Jacob saliera de la tienda, Esaú entró con la carne que había preparado. «Padre, siéntate y come la comida que te he preparado. Entonces podrás darme la bendición».

Isaac levantó la vista. «¿Quién eres tú?».

«¡Soy Esaú, tu hijo primogénito! Por favor, siéntate».

Isaac comenzó a temblar. «Entonces, ¿quién me trajo la comida de caza? Yo le di la bendición. Y... en efecto, la bendición es suya».

Esaú se sorprendió. Gritó: «¡Bendíceme también a mí, padre mío!».

«Ah, tu hermano me engañó y se llevó tu bendición. Lo he convertido en tu señor. Todos sus parientes le servirán. Le he dado todo: todo nuestro grano y nuestro vino nuevo. ¿Qué más puedo darte?».

Cuando Esaú salió de la tienda de su padre, dijo: «¡Cuando mi padre muera, mataré a Jacob!».

Rebeca oyó esto y corrió a contárselo a Jacob. «Debes irte. ¡Ve a la casa de mi hermano! Te mandaré a buscar cuando Esaú se calme. Ve rápido. ¡No quiero perderos a los dos en un mismo día!».

Entonces obtuvo el permiso de Isaac para el viaje de Jacob. Isaac estuvo de acuerdo en que Jacob fuera al país de Rebeca y buscara una esposa.

23 Las dos esposas de Jacob

Génesis 28 – 29:30

Jacob comenzó su viaje hacia el país de su madre. Su padre le había dicho: «No te cases con una mujer cananea. Vuelve con la familia de tu madre y busca allí una esposa. ¡Que Dios te conceda las bendiciones que prometió a Abraham!».

Jacob viajó todo el día. Esa noche durmió en el suelo, usando una roca como almohada.

Durante la noche soñó que veía una escalera que llegaba hasta el cielo. ¡Había ángeles que subían y bajaban! Vio al Señor de pie sobre la escalera diciendo: «Yo soy el Señor Dios de Abraham y de tu padre Isaac. Te doy esta tierra a ti y a tus descendientes. ¡Toda la tierra será bendecida por ellos! Estoy contigo y te cuidaré en tu camino. Te traeré de vuelta a esta tierra».

De repente, Jacob se despertó y se asustó. Dijo: «¡Oh, Dios está aquí y yo no lo sabía! ¡Esta es la casa de Dios y la puerta del cielo!».

Tomó la piedra que había usado como almohada y la utilizó para construir un altar. Derramó aceite sobre él y llamó al lugar Betel, que significa «la casa de Dios». Dijo: «Si Dios me cuida, me provee y me lleva de vuelta a esta tierra, entonces él será mi Dios, y le daré la décima parte de todo lo que me dé».

Jacob siguió su camino hasta la casa del hermano de su madre. Su tío Labán lo recibió con alegría.

Labán tenía dos hijas. La mayor se llamaba Lea, y la menor, Raquel, que era muy hermosa.

Al cabo de un mes, Labán le dijo a Jacob: «Trabaja para mí y te daré tu salario. ¿Cuál es tu precio?».

Jacob respondió: «Trabajaré para ti siete años por tu hija menor, Raquel».

Labán aceptó y dijo: «¡Trato hecho!».

Así que Jacob trabajó para Labán siete años, y le parecieron pocos días debido al gran amor que sentía por Raquel.

Al final de ese tiempo, Labán invitó a la gente a una fiesta de bodas. En el momento oportuno, trajo a su hija y se la entregó a Jacob. No fue hasta la mañana siguiente cuando Jacob se dio cuenta de que su tío le había dado a Lea, la hija mayor.

¡Estaba furioso! Fue a ver a Labán y le dijo: «¿Por qué me has engañado? ¡Sabes que amo a Raquel! Te he servido siete años por ella».

Labán respondió: «En nuestro país, una hija menor no puede casarse hasta que la mayor se haya casado. Pero esto es lo que podemos hacer. Cumple la semana nupcial de Lea y luego te daré a Raquel y ella también podrá ser tu esposa. Solo te costará otros siete años de trabajo».

Jacob aceptó y, al cabo de siete días, se casó también con Raquel.

24 Moteado, manchado y rayado

Génesis 29:31 – 31:3

Jacob trabajó para su tío Labán durante catorce años para conseguir a sus dos esposas. Era evidente que amaba más a Raquel que a Lea.

El Señor vio que Lea no era amada, por lo que impidió que Raquel tuviera hijos. Después de que Lea tuviera cuatro hijos, Raquel se puso tan celosa que le gritó a Jacob: «¡Dame un hijo o moriré!».

Él respondió: «Yo no soy Dios. Yo no te hice estéril».

Con esto, Raquel le dio su sierva. Ella dijo: «Acuéstate con mi sierva. Ella puede tener hijos por mí». Jacob aceptó y pronto la sierva comenzó a tener hijos.

De repente, Lea no pudo tener hijos. Así que le dio su sierva a Jacob. Pronto, con tres mujeres, Jacob tuvo diez hijos y una hija. En ese momento, Dios permitió que Raquel diera a luz a un hijo. Ella lo llamó José. Era el undécimo hijo.

En ese momento, Jacob fue a ver a Labán y le dijo: «Quiero volver a mi casa. Dame la libertad de llevarme a mis esposas e hijos y marcharme».

Labán dijo: «Oh Jacob, sé bondadoso conmigo y no te vayas. He aprendido que el Señor me ha bendecido gracias a ti. Te pagaré lo que quieras».

Jacob dijo: «No tienes que pagarme nada. En cambio, permíteme acumular riqueza quedándome con una parte del rebaño».

«Yo supervisaré tus rebaños, pero me quedaré con todas las cabras y ovejas que nazcan moteadas, manchadas o rayadas. Tú te quedas con el resto. De esta manera, sabrás si te estoy robando. Simplemente revisa mis rebaños y comprueba si todos tienen las marcas correctas».

Labán aceptó estas condiciones, pero inmediatamente separó del rebaño a todos los animales moteados, manchados o rayados. Los envió con su hijo, por lo que Jacob comenzó este nuevo acuerdo sin nada más que los rebaños de Labán.

Jacob tenía una forma de hacer que los corderos nacieran moteados, manchados y rayados. Mediante este proceso, se aseguró de que todos los más fuertes del rebaño fueran suyos y todos los más débiles fueran de Labán. Frustrado, Labán cambió su acuerdo diez veces para obtener ventaja. Aun así, Jacob se hizo muy rico con el paso de los años.

Un día, escuchó una conversación entre sus cuñados. Decían: «Jacob ha amasado su fortuna tomando lo que en realidad pertenece a nuestro padre». También notó que la actitud de Labán hacia él había cambiado.

El Señor le dijo a Jacob: «Vuelve a la tierra que di a tus padres, y yo estaré contigo».

25 Jacob huye de Labán

Génesis 31:4 – 55

Jacob quería tener una conversación privada con sus dos esposas, así que se reunieron en el campo. Les dijo: «He trabajado duro para vuestro padre, aunque él cambió nuestro acuerdo diez veces. El Señor me protegió, y cada vez que Labán cambió nuestro acuerdo, Dios cambió la forma en que nacían los corderos. Ahora vuestro padre está enfadado conmigo. Por eso, el ángel de Dios me ha dicho que regrese a la tierra de mis padres».

Ambas mujeres estuvieron de acuerdo con él. Dijeron: «Haz lo que Dios te ha dicho que hagas. Nuestro padre nos vendió a ti y luego se gastó el dinero. No has obtenido nada de él que no nos pertenezca ya a nosotras y a nuestros hijos».

Así que, sin decírselo a Labán, Jacob tomó todo lo que tenía y comenzó a conducir sus rebaños hacia Canaán. Antes de partir, Raquel robó el ídolo familiar de su padre.

Tres días después, Labán se enteró de que Jacob se había ido. Inmediatamente reunió a un grupo de hombres y salió en persecución de Jacob. Tardó siete días en alcanzarlo. La noche anterior, Dios se le apareció a Labán y le dijo: «¡Ten cuidado! No le hagas nada a Jacob, ni bueno ni malo».

Al día siguiente, Labán se encontró con Jacob y le dijo: «¿Por qué me has hecho esto? Te has ido como un ladrón en la noche y te has llevado a mis hijas y nietos como si fueran prisioneros. Si me lo hubieras dicho, habría organizado una gran fiesta y te habría despedido con estilo».

«Ahora me has deshonrado, y si quisiera, podría destruirte aquí mismo. Pero anoche, el Dios de tus padres me dijo que no te hiciera nada.

Supongo que puedo entender que sientas nostalgia y quieras volver a casa. Pero ¿por qué robaste el ídolo de mi familia?

Jacob dijo: «Yo no robé tu ídolo. Búscalo tú mismo. Adelante. Registra nuestras tiendas. Si lo encuentras, mataré a la persona que lo haya tomado». Él no sabía que Raquel lo había tomado.

Labán registró las tiendas de Jacob, Lea y las dos siervas. Luego entró en la tienda de Raquel. Ella estaba sentada en su asiento de camello, donde había puesto el ídolo. Ella dijo: «Padre, por favor, perdóname por no levantarme. Estoy con mi período». Labán buscó por toda la tienda y no encontró su ídolo.

En ese momento, Jacob se enojó. Dijo: «Me has perseguido hasta aquí como si fuera un criminal. Has registrado todo lo que tengo. ¿Has encontrado algo que te pertenezca? Sácalo y ponlo delante de tus hombres.

¡No, no has encontrado nada! Trabajé para ti durante veinte años. Soporté el calor extremo durante el día y la escarcha durante la noche. Trabajé sin dormir mucho para que tú pudieras prosperar. Soporté estas penurias, y tú aún así me maltrataste durante todo ese tiempo.

Luego me hiciste cargar con todas las pérdidas por cualquier cosa que saliera mal. Tenía que pagarte si alguien robaba una oveja. Si un animal mataba a un cordero, de repente era mi cordero».

«Cambiaste nuestro acuerdo diez veces. Estaría aquí sin un centavo si Dios no hubiera arreglado las cosas. Ahora él me está protegiendo de ti».

Labán dijo: «Todo lo que tienes me pertenece. ¡Esas son mis hijas! ¡Esos son mis nietos! ¡Esos son mis rebaños! Pero, ¿qué puedo hacer ahora? Hagamos un acuerdo firme que no se pueda cambiar. Todos los aquí presentes serán testigos de ello».

Así que todos los hombres tomaron piedras y las apilaron en un montículo. Jacob y Labán acordaron que ninguno de los dos cruzaría jamás al otro lado del montículo. Labán dijo: «Estas rocas son un acuerdo entre nosotros. No maltratarás a mis hijas ni tomarás otras mujeres».

Jacob ofreció entonces un sacrificio a Dios y después todos se sentaron a comer. A la mañana siguiente, Labán besó a sus hijas y nietos, y los bendijo. Luego regresó a su casa.

26 Jacob se prepara para el encuentro con Esaú

Génesis 32 – 33

Jacob y su familia regresaban a su tierra natal. De repente, los ángeles de Dios se le aparecieron. Al verlos, supo que no estaba solo, por lo que llamó a ese lugar «Dos Campamentos».

Desde allí envió mensajeros a su hermano Esaú diciéndole: «Vuelvo a casa con todas mis posesiones y espero que me aceptes».

Los mensajeros regresaron y le dijeron: «Tu hermano viene con cuatrocientos hombres». Esto llenó de temor el corazón de Jacob. Inmediatamente dividió todo en dos campamentos, diciendo: «Si Esaú ataca un campamento, el otro podrá escapar».

Oró: «Oh, Dios de Abraham y de Isaac, tú me dijiste que regresara a mi país. Dijiste que aquí prosperaría. No soy digno de la bondad que me has mostrado. Dejé esta tierra con solo mi bastón. Ahora tengo dos campamentos.

Por favor, rescátame de mi hermano. Dijiste que mis descendientes serían tan difíciles de contar como la arena de la orilla del mar».

Luego preparó regalos para su hermano, que incluían cabras, ovejas, camellos, vacas y burros. Los dividió en tres grupos y los envió por delante. Les dijo a sus siervos: «Cuando Esaú llegue al primer grupo, decidle: «Tu esclavo Jacob te envía esto. Mira, puedes verlo allí atrás». Les dijo lo mismo al segundo y al tercero. Esperaba que estas cosas ayudaran a Esaú a ser más indulgente.

Luego pasó la noche esperando la llegada de su hermano por la mañana. Como no podía dormir, se fue a estar solo.

De repente, apareció un hombre y lo agarró. Jacob se defendió y los dos lucharon toda la noche. Al amanecer, el desconocido vio que Jacob estaba decidido a no perder la lucha. Entonces, el hombre golpeó a Jacob en el costado y le dislocó la cadera. Le dijo: «Tengo que irme. Está amaneciendo».

Jacob respondió: «No te dejaré ir hasta que me bendigas».

El hombre dijo: «¿Cómo te llamas?».

«¡Me llamo Jacob!».

El hombre dijo: «No, ese ya no es tu nombre. Te llamarás Israel, que significa «el que lucha con Dios». Has luchado con Dios y has vivido para contarlo».

Jacob dijo: «¿Cómo te llamas?».

El hombre dijo: «No te diré mi nombre». Con eso, bendijo a Jacob.

Jacob llamó a ese lugar «La cara de Dios». Dijo: «He visto la cara de Dios y sigo vivo».

Jacob regresó cojeando a su campamento. A lo lejos, pudo ver a Esaú y a sus cuatrocientos hombres acercándose. Dividió a cada una de sus familias en diferentes grupos y luego se adelantó. Se inclinó siete veces mientras cojeaba hacia su hermano.

Esaú corrió hacia él y lo abrazó. Ambos hombres lloraron. Esaú señaló entonces a las personas que estaban detrás de Jacob. «¿Quiénes son estas personas que están contigo?».

Después de que Esaú conociera a la familia de Jacob, dijo: «¿Por qué pusiste todos esos animales en el camino?».

«Oh, te los di con la esperanza de ganarme tu perdón».

Esaú dijo: «No, no. Tengo suficiente. Quédatelos».

Pero Jacob insistió: «Por favor, acepta mis regalos. Me haría muy feliz». Así que Esaú aceptó.

Entonces Esaú y sus hombres se fueron a casa ese mismo día. Jacob se dirigió a una zona cercana a una ciudad llamada Siquem. Allí construyó un altar y lo llamó «Dios, el Dios de Israel»

27 La deshonra de Dina vengada

Génesis 34 – 35

Jacob tenía once hijos, pero solo una hija. Se llamaba Dina. Un día, salió a reunirse con algunas jóvenes de la zona. Mientras estaba allí, un príncipe llamado Siquem la vio y la violó.

Después de hacerlo, sintió afecto por ella y le habló con ternura. Le dijo a su padre: «Amo a esta chica y quiero que hables con su padre para que sea mi esposa».

Jacob se enteró de la violación de su hija mientras sus hijos estaban fuera cuidando el ganado. Antes de que regresaran, el padre de Siquem vino y habló con Jacob sobre la posibilidad de una boda.

Los hermanos de Dina se enfurecieron cuando se enteraron de todo esto. Consideraron que era una afrenta para toda la familia de Israel.

El padre del joven dijo: «Por favor, piensen en lo bueno que puede salir de esto. Mi hijo ama a su hija. Dejen que se casen. Entonces les daremos nuestras hijas para que se casen y nos convertiremos en un solo pueblo».

Siquem dijo: «Haré lo que me pidan si me permiten casarme con Dina».

Los hijos de Jacob pensaron en un plan para vengarse. Dijeron: «No podemos darte a nuestras mujeres porque tus hombres no están circuncidados. Eso sería una deshonra para nosotros. La única forma en que podríamos aceptar tus condiciones es si todos los hombres de tu ciudad se circuncidan. Si aceptas esto, te daremos a Dina y tomaremos a tus hijas como nuestras esposas. Pero si te niegas a hacerlo, nos llevaremos a Dina y nos iremos».

Siquem y su padre estaban contentos con estas condiciones. Regresaron a la ciudad y se reunieron con todos los hombres. Les explicaron el acuerdo y luego dijeron: «Este es un gran negocio para nosotros. Tienen muchas posesiones. Con el tiempo, todo será nuestro. Lo único que tenemos que hacer es circuncidarnos».

Todos los hombres estuvieron de acuerdo y se circuncidaron inmediatamente. Tres días después, todavía sentían mucho dolor. Dos de los hermanos de Dina, Simeón y Leví, entraron en la ciudad y tomaron por sorpresa a los hombres. Los mataron sistemáticamente a todos con espadas. También mataron a Siquem y a su padre y se llevaron a Dina de su casa.

Después, los otros hermanos fueron y saquearon la ciudad. Saquearon todas las casas y todos los campos. Se llevaron a las mujeres y a los niños, sus posesiones y todo el ganado.

Jacob se sorprendió cuando se enteró de esto. Les dijo a Simeón y a Leví: «Han hecho que toda esta tierra se vuelva contra nosotros. Una vez que se difunda la noticia, todas las ciudades vecinas vendrán contra nosotros con una fuerza poderosa y nos destruirán por completo».

Ellos respondieron: «¿Qué otra opción teníamos? No pueden tratar a nuestra hermana como a una prostituta».

Dios le dijo a Jacob: «¡Date prisa! Ve a Betel. Construye un altar en el lugar donde te aparecí cuando huías de Esaú».

Entonces Jacob dio instrucciones a su familia y a todo el pueblo que lo acompañaba. Les dijo: «Purificad vuestros corazones y deshaceos de todos vuestros ídolos. Vamos a Betel, y allí construiré un altar a Dios. Él siempre me ha ayudado dondequiera que he ido».

Así que el pueblo le entregó todos sus dioses falsos y sus pendientes. Jacob los escondió debajo de una encina cerca de la ciudad de Siquem.

Luego fueron a Betel, donde Jacob construyó un altar. Dios envió terror sobre las ciudades que los rodeaban, por lo que tuvieron miedo de atacar a Jacob y a sus hijos. Dios se reunió con él y le dio todas las promesas de Abraham.

Después dejaron Betel y se trasladaron al sur. En el camino, Raquel murió al dar a luz a su hijo Benjamín. Fue enterrada cerca de Belén.

28 José es vendido por sus hermanos

Génesis 37 y 39

Jacob tenía doce hijos, pero su favorito era José. Para demostrarle su amor, Jacob le regaló a José una túnica especial de muchos colores. Esto provocó los celos de los demás hijos.

José empeoró las cosas al contarles a sus hermanos sus extraños sueños. «En uno de ellos, estábamos atando fardos de grano. ¡De repente, mi fardo se puso de pie y los vuestros se inclinaron ante él!». Esto enfureció a sus hermanos. No podían imaginar que José los gobernara.

«En otro sueño, el sol, la luna y once estrellas se inclinaban ante mí». Incluso su padre le preguntó al respecto. «¿Tu madre y yo, así como tus hermanos, nos inclinaremos ante ti?». Aun así, Jacob lo tuvo en cuenta.

Algún tiempo después, los diez hermanos mayores llevaron los rebaños a pastar a un campo lejano. Jacob decidió enviar a José a ver cómo estaban.

Cuando los hermanos lo vieron venir, dijeron: «Aquí viene ese «soñador». Matémoslo y arrojémoslo a un pozo profundo. ¡Entonces veremos qué pasa con sus sueños!».

Rubén era el hermano mayor y dijo: «¡No lo matéis! Solo arrojadlo al pozo». Su plan era rescatar al niño más tarde y enviarlo de vuelta con su padre. Así que los hermanos estuvieron de acuerdo y arrojaron a José al pozo.

Rubén se fue a hacer un recado mientras los demás comían. Mientras comían, pasó por allí un grupo de mercaderes que se dirigían a Egipto. De repente, a uno de los hermanos, llamado Judá, se le ocurrió una idea. «¿Por qué hemos de matar a José? Al fin y al cabo, es nuestro hermano. ¡Vendámoslo!». Así que lo vendieron a los mercaderes.

Rubén regresó más tarde y se sorprendió al ver que el niño había desaparecido. Los hermanos le contaron lo que habían hecho.

Juntos pensaron en una historia para contarle a su padre. Mataron una cabra y mojaron el abrigo de José en la sangre. Cuando llegaron a casa, le mostraron el abrigo a su padre.

Jacob lo agarró y gritó: «¡José ha sido asesinado por animales salvajes!». Se rasgó las vestiduras y comenzó a llorar por su hijo. Los demás trataron de consolarlo, pero él lloraba por José desde lo más profundo de su corazón. Dijo: «Lloraré su muerte por el resto de mi vida».

Una vez que José llegó a Egipto, fue vendido a un hombre llamado Potifar. José se adaptó a su vida como esclavo y Dios prosperó todo lo que hacía. Creció en sus habilidades y se ganó el respeto de su amo.

Finalmente, Potifar puso a José a cargo de toda la casa, incluidas las finanzas. Potifar ni siquiera sabía lo que poseía, excepto la comida que se le ponía delante.

Un día, la esposa de Potifar le pidió a José que se acostara con ella. Él se negó, diciéndole que eso sería un pecado contra su amo y contra Dios. Pero ella era una mujer decidida y no aceptaba un no por respuesta. Lo perseguía cada vez que tenía oportunidad, pero él siempre la rechazaba.

Un día, vio una oportunidad cuando su marido no estaba en casa. Esperó a que José entrara en la casa y entonces lo agarró. Él intentó zafarse, pero ella lo sujetó por la capa y no lo soltaba. Finalmente, él dejó la capa en sus manos y huyó.

Esto la enfureció, por lo que decidió vengarse. Gritó y los sirvientes de la casa acudieron corriendo. Les dijo que José había entrado en su habitación y había intentado meterla en la cama. Dijo: «Salió corriendo cuando grité». Les mostró su abrigo como prueba de lo que decía.

Cuando su marido llegó a casa, le contó la misma historia. Él se enfadó y mandó encarcelar a José.

29 Judá y Tamar

Génesis 38

Judá era el cuarto hijo de Jacob. Llegó un momento en que dejó a sus hermanos para vivir por su cuenta. Se casó con una mujer cananea, que le dio tres hijos. Cuando llegó el momento oportuno, Judá encontró una esposa para su hijo mayor. Se llamaba Tamar.

Desgraciadamente, el hijo mayor era malvado, y el Señor lo mató. Judá le dijo a su segundo hijo que tuviera relaciones sexuales con Tamar para que su hermano mayor tuviera un heredero y el nombre de la familia continuara.

El segundo hijo se acostó con Tamar, pero no le gustaba la idea de tener un hijo para su hermano. Así que, en el último momento durante el acto sexual, se retiró para que ella no pudiera quedarse embarazada. Esto enfureció al Señor, que mató al segundo hijo.

Judá le dijo entonces a Tamar: «Vuelve y vive como viuda en la casa de tu padre. Te daré a mi hijo menor cuando crezca». Ella hizo lo que le dijo.

Pasaron los años y Judá no le dio a Tamar a su hijo menor. Le preocupaba que su último hijo muriera como sus hermanos. Sin embargo, ella veía que el menor ya tenía edad suficiente para casarse.

Por esa misma época, murió la esposa de Judá. Después, él y su amigo viajaron a un lugar para esquilar ovejas. Alguien se lo contó a Tamar. Ella se cambió inmediatamente de ropa para no parecer viuda. Luego se cubrió el rostro con un velo.

Se sentó junto al camino, por donde su suegro pasaría ese día. Él la vio y supuso que era una prostituta porque llevaba un velo sobre el rostro. No sabía que era su nuera.

Le dijo: «Déjame acostarme contigo».

«¿Qué me darás a cambio?».

Él respondió: «Cuando llegue a mi rebaño, te enviaré un cabrito».

Ella dijo: «Tendré relaciones sexuales contigo, pero debes dejarme algo para asegurarme de que me enviarás el cabrito».

«¿Qué quieres?».

Ella respondió: «Quiero tu bastón y el anillo que llevas en el cordón alrededor del cuello».

Él le dio esas cosas, y luego se acostó con ella, y ella quedó embarazada.

Cuando terminaron, ella se fue a su casa, se quitó el velo y volvió a ponerse sus ropas de viuda.

Cuando Judá llegó a su rebaño, le pidió a un amigo que llevara el cabrito a la prostituta. Le dijo: «Asegúrate de recuperar las cosas que le dejé».

Cuando el amigo llegó allí, no la encontró. Preguntó a algunos hombres que vivían en esa zona: «¿Dónde está la prostituta que se sienta junto a este camino?».

Ellos respondieron: «Nunca ha habido una prostituta sentada junto a este camino».

El amigo regresó y le contó todo esto a Judá. Él se rió y dijo: «Entonces que se quede con las cosas que le di. Yo intenté cumplir mi parte del trato».

Tres meses después, alguien le dijo a Judá: «Tu nuera actuó como una prostituta y ahora está embarazada».

Judá se enfureció. Gritó: «¡Traedla aquí! La quemaremos».

Mientras la traían, ella envió un mensaje a su suegro. Decía: «Puedo identificar al hombre que me dejó embarazada. Estas cosas le pertenecen. ¿Las reconoces?».

En cuanto vio su anillo y su bastón, supo lo que había pasado. Dijo: «Ella es mejor persona que yo. Prometí darle a mi hijo menor, pero no lo hice». Nunca volvió a acostarse con ella.

Ella dio a luz a dos niños gemelos. Cuando nacían, uno de los niños sacó la mano. La comadrona le ató un hilo rojo alrededor y dijo: «Este es el primogénito».

De repente, la mano se retiró y nació el otro niño. Así que llamaron a ese niño Pérez, que significa «romper». Luego nació su hermano. Debido al hilo rojo brillante que tenía en la muñeca, lo llamaron Zerah, que significa «brillante».

30 José interpreta dos sueños

Génesis 40 – 41

La vida en prisión era dura para José, pero Dios estaba con él y lo bendijo. Su carcelero llegó a respetarlo y finalmente comenzó a utilizarlo como asistente. Con el tiempo, José se hizo cargo de toda la prisión.

Un día, el faraón encarceló a su mayordomo y a su panadero. Mientras estaban allí, cada uno tuvo un sueño. José pidió que se los contaran.

El mayordomo dijo: «Vi tres ramas en una vid. Florecieron y luego dieron uvas. Exprimí las uvas en la copa del faraón y se la serví».

«Ah», dijo José, «las tres ramas son tres días. En tres días, el faraón te sacará de la cárcel y te devolverá tu antiguo trabajo. Por favor, acuérdate de mí y pídele al faraón que me libere de esta prisión. No he hecho nada para merecer esto».

Después de escuchar esto, el panadero estaba ansioso por contarle su sueño a José. «Tenía tres cestas con el pan del faraón sobre mi cabeza. Los pájaros volaron y se comieron todo el pan de las cestas».

«Oh», dijo José, «las tres cestas también son tres días. En tres días, el faraón te sacará de la cárcel y te cortará la cabeza. Colgará tu cuerpo de un árbol y los pájaros se comerán tu carne».

¡Todo sucedió tal y como José había dicho! El faraón devolvió al copero a su antiguo puesto y colgó al panadero de un árbol. Por desgracia, el copero pronto se olvidó de José.

Dos años más tarde, el faraón tuvo dos sueños. Se despertó después del primero, pero volvió a dormirse. Entonces tuvo un segundo sueño, pero esta vez estaba tan preocupado que no pudo volver a dormirse.

Llamó a sus consejeros y les contó sus dos sueños. No pudieron descifrar su significado. De repente, el jefe de los coperos se acordó de José. Le habló al faraón del hombre que estaba en la cárcel y que había interpretado su sueño y el del panadero.

El faraón envió a sus guardias a buscar a José inmediatamente. Lo trajeron, lo lavaron y lo llevaron ante el faraón. Este le contó sus sueños a José.

«En el primero, vi siete vacas gordas que salían del río y pastaban a lo largo de sus orillas. De repente, siete vacas flacas salieron del río y se comieron a las gordas. Sin embargo, seguían estando tan flacas como antes».

En mi segundo sueño vi siete espigas gordas que crecían en una planta. De repente, siete espigas secas brotaron en una planta junto a ella. Las espigas delgadas se tragaron a las sanas. Sin embargo, seguían estando tan delgadas y secas como antes».

José dijo: «Dios te está diciendo lo que va a hacer. Las siete vacas buenas y las siete espigas buenas son siete años de gran abundancia. Después de eso, habrá siete años de hambruna. Será tan severa que los años buenos serán olvidados».

«Por lo tanto, busca a un hombre sabio para que se encargue de la tierra. Haz que organice la recolección de alimentos durante los años buenos y los almacene para los años malos. Si no haces esto, el país será arruinado por la hambruna».

El faraón dijo a sus funcionarios: «¿Podemos encontrar a alguien mejor que José para este trabajo? Él tiene el espíritu de Dios dentro de sí».

Se volvió hacia José. «El pueblo se someterá a tus órdenes. Después de mí, serás el hombre más poderoso de Egipto».

Durante los siguientes siete años, José viajó por todo el país, recolectando y almacenando alimentos. Entonces, tal y como Dios le había mostrado, comenzaron los siete años de hambruna. Esta hambruna también afectó a todos los países vecinos.

Cuando el pueblo de Egipto comenzó a sentir la hambruna, José abrió los almacenes y les vendió grano. Pronto, todos los países vecinos de Egipto acudieron a José para comprarle grano.

31 Los hermanos de José vienen por alimentos

Génesis 42 – 46

Jacob se enteró de que había grano en Egipto, así que envió a sus diez hijos mayores a comprar comida. No envió a Benjamín porque temía perderlo.

Cuando llegaron a Egipto, se presentaron ante el gobernador del país. No sabían que era José. Él los reconoció, pero fingió no conocerlos. Quería ponerlos a prueba para ver si habían cambiado.

«¿De dónde sois?». Cuando respondieron, los miró con ira. «¡Sois espías!».

Los hermanos se quedaron sorprendidos: «No, somos hombres honestos, todos hijos de un hombre que vive en Canaán. Uno de nuestros hermanos se quedó en casa y el otro... eh... ha fallecido».

José dijo: «Demostrádmelo. Me quedaré con uno de vosotros aquí. El resto volved a casa y traed a vuestro hermano menor. Entonces sabré si decís la verdad».

Se quedó con Simeón y envió a los demás a casa con sacos de grano. Sin que ellos lo supieran, había puesto su dinero en los sacos de grano.

Le contaron a Jacob lo que había pasado. Le dijeron: «Tenemos que llevar a Benjamín de vuelta a Egipto para sacar a Simeón de la cárcel».

Fue entonces cuando descubrieron el dinero en sus sacos de grano. Se asustaron, y Jacob les dijo: «¡No me vais a quitar a Benjamín! José se ha ido, y ahora Simeón también. ¡Benjamín es todo lo que me queda! Si lo pierdo, moriré de pena».

Con el tiempo, se acabó el grano de Egipto. Jacob dijo a sus hijos que volvieran a comprar más. Judá le recordó que no podían volver a menos que llevaran a Benjamín con ellos. Dijo: «Envíalo conmigo. Yo garantizaré su seguridad. ¡Vamos! ¡Necesitamos comida!».

Finalmente, Jacob accedió y los hermanos volvieron a Egipto con Benjamín. Llevaron el doble de dinero para poder devolver el que habían encontrado en sus sacos.

Cuando José los vio, le dijo a su sirviente que los llevara a su casa para la comida del mediodía. Los hermanos intentaron devolver el dinero que habían encontrado, pero los sirvientes dijeron que no les faltaba ningún pago.

A la mañana siguiente, los hermanos fueron enviados de vuelta a Canaán con sus sacos llenos de grano. José hizo que su siervo pusiera una copa de plata en el saco de Benjamín. Cuando los hombres habían avanzado un poco, los siervos de José los alcanzaron y les dijeron: «¡Uno de vosotros ha robado la copa de plata de nuestro amo!».

Los hermanos se quedaron horrorizados. «Nosotros no haríamos tal cosa. Si descubrís que alguno de nosotros la tiene, esa persona morirá y el resto nos convertiremos en esclavos de vuestro amo».

Cada uno de los hermanos abrió su saco, y encontraron la copa en el de Benjamín. Los hermanos se horrorizaron. Regresaron a la ciudad con los guardias y se postraron ante José. Él les preguntó: «¿Por qué habéis hecho esto?».

Judá respondió: «¿Cómo podemos demostrar nuestra inocencia? Ahora todos seremos tus esclavos».

«¡No! Solo el culpable será mi esclavo. El resto de vosotros podéis volver a casa con vuestro padre».

Judá dijo: «Le prometí a nuestro padre que garantizaría la seguridad de Benjamín. Así que permíteme ser tu esclavo en lugar de él. No puedo soportar ver el dolor de mi padre cuando el niño no regrese con él».

Cuando José oyó esto, comenzó a llorar. Les dijo a sus hermanos: «¡Yo soy José!».

Los hombres estaban aterrorizados y no podían responderle. Él dijo: «¡Venid! ¡Acérquense y vean! ¡Soy vuestro hermano, el que vendieron como esclavo! Dios me envió aquí para salvarles la vida. ¡Aún quedan cinco años de hambruna, y Dios me trajo aquí para preparar un lugar para ustedes!».

Luego les dijo que regresaran y trajeran a su padre y a sus familias a Egipto. El faraón oyó esto y le dijo a José: «¡Lo mejor de Egipto será suyo!».

Jacob se quedó atónito cuando sus hijos le contaron lo que había sucedido. Pero su espíritu revivió cuando oyó lo que José había dicho y hecho. Finalmente, él, sus hijos y todos sus nietos se fueron a Egipto. Allí, el faraón les proporcionó lo necesario gracias a José.

32 Jacob y su familia en Egipto

Génesis 45:17 – 50:21

El faraón le dijo a José: «Dile a tus hermanos que regresen a Canaán y traigan a tu padre. Deben traerlo aquí, junto con sus familias. Haz que tomen carros de Egipto para que sus esposas e hijos puedan viajar cómodamente. No te preocupes por sus pertenencias, porque yo les daré lo mejor de Egipto.

Cuando los hombres regresaron a Canaán, Jacob se quedó atónito al contarles todo lo que había sucedido. Al principio no creía que José estuviera realmente vivo. Pero finalmente se emocionó al escuchar las historias sobre José y todo lo que había hecho.

Así que todo el clan de Jacob emprendió el viaje a Egipto. En el camino, se detuvo y ofreció un sacrificio al Señor. Esa noche, Dios se le apareció en una visión. Le dijo: «Yo soy Dios, el Dios de tu padre. No temas ir a Egipto. Yo iré contigo y haré de ti una gran nación. Con el tiempo, los traeré de vuelta a esta tierra».

Finalmente, Jacob, sus hijos y todos sus nietos llegaron a Egipto. El faraón les proporcionó todo lo que necesitaban gracias a José. Les dieron las mejores tierras para sus familias y sus rebaños.

Jacob vivió otros diecisiete años. Cuando estaba a punto de morir, llamó a José a su lado. «Tus dos hijos son ahora míos. Manasés y Efraín son mis hijos tanto como Rubén y Simeón. Tendrán parte de mi herencia y serán contados como hijos de Israel».

José llevó a ambos hijos junto a su padre para recibir la bendición. Puso a Manasés junto a la mano derecha de Jacob porque era el mayor. Pero Jacob extendió la mano y puso su mano derecha sobre Efraín.

José trató de corregir esto moviendo la mano de su padre, diciendo: «Padre, Manasés es el mayor y debe recibir la bendición de tu mano derecha».

Jacob respondió: «Hijo, sé lo que hago. Sí, Manasés será padre de una gran tribu, pero los descendientes de Efraín tendrán una población más numerosa».

Jacob llamó entonces a todos sus hijos y les dio una bendición a cada uno. Dijo que Judá sería la tribu real y que la promesa se transmitiría a través de sus descendientes.

Jacob estuvo con sus hijos un poco más y luego murió. Una gran multitud llevó su cuerpo de vuelta a Canaán, incluyendo a su familia y muchos egipcios. Fue enterrado en la misma cueva que Abraham y Sara, Isaac y Rebeca, y su esposa Lea.

Tras la muerte de Jacob, los hermanos de José se llenaron de temor. Dijeron: «José ha sido bondadoso con nosotros solo por nuestro padre. Ahora recordará cómo lo maltratamos. Ha llegado el momento de que se vengue de nosotros».

Enviaron un mensaje a José diciendo: «Tu padre te pidió que nos perdonaras por el gran pecado que cometimos contra ti. Por lo tanto, por favor, perdónanos».

José se derrumbó y lloró cuando escuchó este mensaje. Entonces sus hermanos se presentaron ante él, se inclinaron y dijeron: «Somos tus esclavos».

José dijo: «No temáis por mí. No puedo actuar en lugar de Dios. Es cierto que queríais hacerme daño, pero Dios tenía el control en todo momento. Lo planeó para salvar la vida de todo nuestro clan. Escuchadme y no temáis. Cuidaré de vosotros y de vuestros hijos».

José pronunció palabras de consuelo a sus hermanos. Les aseguró su amor y su cuidado.

33 Nacimiento de Moisés

Éxodo 1 –2:10

Los descendientes de Jacob eran llamados hebreos o israelitas. Con el paso de los años, su número aumentó considerablemente en Egipto.

Fueron bien tratados hasta que un nuevo faraón llegó al poder. Este no recordaba a José ni nada de lo que había hecho. El nuevo faraón sintió que debía hacer algo con respecto a los hebreos, ya que su población estaba creciendo y se estaban volviendo poderosos.

Su primer plan fue esclavizar al pueblo y obligarlo a fabricar ladrillos y construir ciudades. Aun así, los israelitas siguieron creciendo en número. Por lo tanto, los egipcios aumentaron su carga de trabajo y los golpearon. A pesar de esto, la población hebrea siguió creciendo.

El faraón pensó en una idea para detener esto. Les dijo a las parteras: «Cuando ayuden a una mujer israelita a dar a luz, maten a todos los niños varones tan pronto como nazcan. Solo se permite vivir a las niñas».

Las parteras no obedecieron al faraón. En cambio, temían a Dios y permitieron que los niños vivieran al igual que las niñas. Le dijeron al faraón: «Las mujeres hebreas son mucho más fuertes que las egipcias. Dan a luz a sus hijos antes de que lleguemos». Dios bendijo a estas mujeres porque se negaron a matar a los niños.

La población israelita siguió aumentando, por lo que el faraón promulgó una nueva ley para la nación: «Todos los niños hebreos deben ser arrojados al río Nilo».

Durante este tiempo de persecución, nació un niño en una de las familias hebreas. Su madre lo escondió durante tres meses, pero cada semana que pasaba se hacía más difícil.

Finalmente, se dio cuenta de que tenía que hacer algo diferente. Así que hizo una cesta impermeable, metió al niño dentro y la colocó en el río Nilo, entre los juncos cerca de la orilla. La hermana del niño era Miriam. Se escondió cerca para ver qué le pasaba a su hermano.

Pronto, la hija del faraón bajó al río para bañarse. Vio la cesta flotando entre los juncos y envió a sus sirvientes a recogerla. Cuando abrió la cesta, el bebé comenzó a llorar y ella sintió lástima por él. Dijo: «Este debe ser uno de los niños hebreos».

Miriam salió de su escondite y habló. «¿Quieres que vaya a buscar a una madre hebrea que pueda amamantar a este niño?».

«Sí. Me gustaría eso. Ve a buscar a una madre lactante».

Así que la joven fue y trajo a su propia madre, la madre del bebé. La hija del faraón le dijo: «Amamanta a este niño por mí y yo te pagaré».

Cuando el niño tuvo la edad suficiente, su madre lo llevó de vuelta a la hija del faraón y el niño se convirtió en su hijo. Ella lo llamó Moisés (que significa «sacado»), diciendo: «Yo lo saqué del agua».

34 Encuentra una esposa

Éxodo2:11-22

La hija del faraón crió a Moisés como si fuera su propio hijo. Cuando creció, salió al encuentro de su pueblo y vio cómo eran maltratados como esclavos.

De repente, vio a un egipcio golpeando a uno de los suyos. Moisés miró a su alrededor para ver si alguien lo estaba observando. Entonces golpeó al egipcio y lo mató. Rápidamente escondió el cuerpo en la arena.

Al día siguiente, volvió a salir, pero esta vez vio a dos hebreos peleándose. Los detuvo y les dijo: «Con todos los problemas que tenéis, ¿por qué os peleáis entre vosotros?».

Ellos se apartaron y gritaron: «¿Quién te ha nombrado nuestro líder? ¡Tú no eres nuestro juez! ¿Acaso piensas matarnos como mataste ayer al egipcio?».

¡Moisés se quedó impactado! Se dio cuenta de que su crimen ya no era un secreto. Pronto, el faraón se enteró y envió a unos hombres para matar a Moisés. Así que huyó y escapó por los pelos de Egipto con vida.

Terminó en el desierto, en un lugar llamado Madián. Una vez allí, se sentó junto a un pozo. Pronto llegaron siete mujeres al pozo para sacar agua para sus ovejas. Eran las hijas de Jetro, el sacerdote de Madián.

De repente, llegaron unos pastores y comenzaron a ahuyentar a las mujeres. Moisés intervino y las defendió. Después de la pelea, ayudó a las mujeres a sacar agua para sus ovejas.

Cuando regresaron a casa, Jetro se sorprendió de que sus hijas hubieran vuelto tan pronto. Ellas le dijeron: «Un egipcio nos protegió de los pastores e incluso nos ayudó a sacar agua para el rebaño».

«¿Y dónde está? ¿Qué? ¿Lo dejasteis en el pozo? Id a buscarlo e invítadlo a comer con nosotros».

Moisés se quedó con Jetro y su familia, y finalmente se casó con una de sus hijas, una mujer llamada Séfora. Juntos tuvieron dos hijos.

35 Llamamiento de Moisés

Éxodo 3 –4:18

Después de que Moisés se casara con Séfora, se convirtió en pastor para su suegro, Jetro. Cuarenta años más tarde, cuando Moisés tenía 80 años, llevó a su rebaño cerca de una montaña en particular.

De repente, a lo lejos, vio que una zarza estaba en llamas, pero no se consumía. Se acercó para poder verla mejor. Cuando estuvo cerca, Dios lo llamó desde la zarza. «Moisés, Moisés».

Él dio un paso atrás. «Sí, aquí estoy».

«No te acerques más. Quítate los zapatos. Estás pisando tierra santa».

Cuando Moisés se quitó las sandalias, el Señor dijo: «Yo soy el Dios de tus padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Moisés se cubrió el rostro porque tenía miedo de mirar a Dios.

«Mi pueblo está sufriendo en la tierra de Egipto. Es hora de liberarlos de su esclavitud. Te he elegido a ti para que los lleves de vuelta a la tierra de Canaán. Por lo tanto, vuelve a Egipto y habla con el faraón».

«¡Oh, Señor, yo no! No soy la persona adecuada para sacar a los israelitas de Egipto. No soy capaz de hablar con el faraón».

Dios fue paciente con Moisés. «Yo estaré contigo. Cuando pienses en esta montaña, recordarás que yo te envié. Ve a Egipto y trae a mi pueblo aquí para que me adore».

Moisés dijo: «Pero si me presento ante el pueblo y les digo: «El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros», ellos dirán: «¿Qué Dios? ¿Cómo se llama?». ¿Qué les digo?».

Dios dijo: «¡Yo soy el que soy! Diles que «YO SOY» te ha enviado. Yo soy el Dios de Abraham. Yo soy el Dios de Isaac. Yo soy el Dios de Jacob.

El pueblo te escuchará, pero el faraón no. Por lo tanto, lo golpearé con fuerza. Cuando haya terminado, finalmente dejará ir a mi pueblo».

Moisés seguía dudando. Entonces Dios le dijo: «¿Qué tienes en la mano?».

«Oh... es un cayado de pastor».

«Tíralo al suelo».

Lo tiró al suelo y se convirtió en una serpiente venenosa. Moisés dio un salto hacia atrás, asustado. Entonces Dios dijo: «Acerca la mano y coge la serpiente por la cola». Moisés la agarró por la cola y, al instante, la serpiente volvió a convertirse en un bastón de pastor.

Dios dijo: «Mete la mano dentro de tu camisa». Moisés lo hizo y, cuando la sacó, estaba cubierta de lepra. «Vuelve a meter la mano en tu camisa». Lo hizo y, cuando la sacó, la lepra había desaparecido.

Dios dijo: «Muestra estas señales al pueblo y ellos creerán en ti».

«Oh, Señor, nunca he sido capaz de hablar bien. Tengo un problema de habla».

«Moisés, ¿quién hizo tu boca? ¡Yo soy quien hace que una persona sea sorda, muda, ciega o vea! Ve y haz lo que te digo. Te ayudaré a hablar y te enseñaré lo que debes decir».

Moisés inclinó la cabeza. «Señor, es que no quiero ir. Por favor, envía a otra persona».

Al oír esto, el Señor se enfadó. «Tu hermano Aarón va a venir a verte. Él habla con fluidez. ¡Llévatelo y ve a Egipto!».

Así que Moisés fue a ver a Jetro y le pidió permiso para volver a Egipto.

36 Séfora

Éxodo 4:18-31 y 18:2

Moisés le dijo a Jetro, su suegro: «Quiero volver a Egipto para ver si mi familia sigue viva». Jetro estuvo de acuerdo y le dio su bendición para el viaje.

El Señor le dijo a Moisés: «Vuelve a Egipto. Los que intentaban matarte ya están muertos».

Así que Moisés hizo los preparativos para el viaje. Luego tomó a su esposa y a sus hijos y juntos salieron de Madián. Se aseguró de llevar consigo el bastón de Dios.

Al mismo tiempo, Dios le dijo a Aarón: «Ve al desierto a encontrarte con Moisés». Así que salió de Egipto y se dirigió hacia Madián.

Mientras Moisés viajaba, el Señor le dio instrucciones sobre lo que debía hacer una vez que regresara a Egipto. Dios dijo: «Haz todas las maravillas que te he enseñado, pero no te sorprendas. ¡El faraón no te escuchará! He endurecido su corazón, por lo que no dejará ir al pueblo voluntariamente.

Este es mi mensaje para él: «Israel es mi hijo primogénito. Tú te niegas a dejar que mi hijo vaya a adorarme. Por lo tanto, mataré a tu hijo primogénito»».

Por la tarde, Moisés y su familia acamparon para pasar la noche. De repente, el Señor atacó a Moisés porque sus hijos no estaban circuncidados.

Rápidamente, Séfora se levantó y agarró un cuchillo. Circuncidó a sus hijos y arrojó sus prepucios a los pies de su marido. Con eso, el Señor dejó ir a Moisés.

Séfora miró toda la sangre y le gritó a Moisés: «¡Eres un novio sangriento para mí!».

Al día siguiente, Moisés vio a Aarón que venía hacia él. Los dos hermanos se saludaron con alegría. Moisés le contó a Aarón todo lo que el Señor había dicho. Le habló de las señales que Dios le había dado y de lo que debía hacer. Juntos regresaron y reunieron a los ancianos de Israel.

Aarón se presentó ante el pueblo y les contó lo que el Señor le había dicho a Moisés. Les mostró las señales de Dios.

El pueblo quedó asombrado con lo que oyó y vio. Creyeron a Moisés y a Aarón, y se postraron y adoraron a Dios.

Moisés se dio cuenta de que lo mejor era enviar a su familia de vuelta a Madián. Allí estarían bajo la protección de Jetro, su suegro.

37 Moisés y Aarón ante el Faraón

Éxodo 5 –7:13

Moisés y Aarón fueron a ver al faraón y le dijeron: «Esto es lo que dice el Señor, Dios de Israel: «Deja que mi pueblo vaya al desierto durante tres días para que me adore»».

El faraón se sorprendió y dijo: «¿Quién se cree que es el Dios de los hebreos para decirme lo que tengo que hacer? No lo conozco y, desde luego, no voy a dejar que mis esclavos vayan al desierto».

Luego se dirigió a Moisés y Aarón: «Todas vuestras palabras sobre la adoración están impidiendo que mis esclavos hagan su trabajo. ¡Dejad de hablar y volved al trabajo!».

A continuación, llamó a sus capataces: «¡Mis esclavos son unos vagos! Tienen tanto tiempo libre que hablan de ir al desierto a adorar a Dios.

Bueno, yo me encargaré de eso. A partir de ahora, dejad de darles paja para hacer ladrillos. Que vayan a buscarla ellos mismos. Aun así, deben fabricar tantos ladrillos como antes. ¡Eso les enseñará a no quedarse parados escuchando a estos tontos!».

Los capataces fueron y le dijeron a los capataces israelitas lo que había dicho el faraón. «No te daremos más paja. Tienes que conseguirla tú mismo. Aun así, debes producir tantos ladrillos como antes».

Así que el pueblo se dispuso inmediatamente a recorrer Egipto recogiendo paja. Debido a esto, no pudieron cumplir con la cuota asignada para la fabricación de ladrillos. Por lo tanto, los capataces golpearon a los capataces. Les dijeron: «No están haciendo su trabajo. No están fabricando suficientes ladrillos».

Los capataces fueron a ver al faraón. «¿Por qué tratas así a tus esclavos? Si no tenemos paja, no podemos fabricar la misma cantidad de ladrillos que antes».

El faraón les gritó: «¡Sois unos vagos, vagos, os digo! Tenéis tiempo para estar parados y decir: «Queremos ir a adorar al Señor». Así que ahora es hora de trabajar. Id a buscar vuestra propia paja, y quiero la misma cantidad de ladrillos que antes».

Moisés estaba esperando a los capataces cuando salieron de la presencia del faraón. Le dijeron: «Nos has hecho quedar mal ante el faraón. Le has puesto una espada en la mano, y él nos va a matar con ella».

Moisés fue al Señor y le dijo: «¿Por qué me enviaste aquí? No has liberado al pueblo. Solo les has causado más problemas».

El Señor dijo: «Oh, Moisés. Estás a punto de ver lo que voy a hacer con el faraón. Cuando haya terminado, te suplicará que te lleves a este pueblo.

Ve y dile al pueblo que yo soy el Señor. He escuchado sus gemidos y estoy a punto de llevarlos de vuelta a la tierra que prometí a Abraham, Isaac y Jacob».

Moisés fue al pueblo y les dio este mensaje, pero no le escucharon. Estaban derrotados y desanimados.

Entonces el Señor le dijo a Moisés que fuera a hablar con el faraón otra vez. «Dile que deje que mi pueblo salga de esta tierra».

Moisés dijo: «No soy bueno en esto. Si el pueblo de Israel no me escucha, ¿por qué lo haría el faraón?».

El Señor dijo: «Moisés, te he hecho como un dios para el faraón, y a Aarón tu profeta. Ve y yo te daré las palabras que debes decir».

Así que Moisés y su hermano Aarón se presentaron ante el faraón y le pidieron que permitiera al pueblo de Israel ir al desierto a adorar. El faraón pidió una señal, así que Aarón arrojó su vara al suelo y se convirtió en una serpiente. Los magos y hechiceros de la corte arrojaron sus varas al suelo y también se convirtieron en serpientes. De repente, ¡la serpiente de Aarón se comió al resto de las serpientes! Aun así, el faraón no les escuchó.

38 Las plagas del Faraón

Éxodo 7 –9

El Señor dijo a Moisés y Aarón que fueran a ver al faraón por la mañana, cuando estuviera paseando junto al río Nilo. Moisés dijo: «Como te niegas a liberar a nuestro pueblo, las aguas de Egipto se convertirán en sangre. Los peces morirán y el agua no se podrá beber». Aarón golpeó entonces el agua con su bastón y esta se convirtió en sangre.

Los magos de la corte también convirtieron parte del agua en sangre. Por lo tanto, el faraón ignoró a Moisés y Aarón. Pronto, el agua de toda la tierra se convirtió en sangre y no se podía beber. El pueblo tuvo que cavar pozos para encontrar agua fresca.

Después de siete días, Moisés le dijo al faraón: «Debido a tu obstinación, las ranas infestarán tu tierra».

Entonces Aarón extendió su vara y las ranas comenzaron a salir de los ríos y lagos. Los magos también hicieron aparecer algunas ranas. Pronto había ranas por todas partes. Llegaron a todas las calles de la ciudad. Entraron en las casas de la gente y en su comida, ¡incluso en sus camas!

El faraón le dijo a Moisés: «He cambiado de opinión. Tu pueblo puede ir al desierto y adorar a su Dios. Pídele que elimine las ranas».

Moisés preguntó: «¿Cuándo quieres que se vayan las ranas?». El faraón dijo: «Mañana».

Al día siguiente, las ranas murieron y la gente las reunió en grandes montones. ¡Pronto comenzaron a apestar! Entonces el faraón cambió de opinión y se negó a dejar ir al pueblo.

A continuación, Aarón golpeó el suelo con su vara y el polvo se convirtió en piojos. Pronto, toda la gente y los animales de Egipto se vieron infestados de piojos. Los magos del faraón fueron incapaces de hacer esto. Le dijeron al faraón: «¡Esto es obra de Dios!». Aun así, él no dejó marchar al pueblo.

A continuación, Dios envió enjambres de moscas para cubrir la tierra. Pero no había moscas en la parte de Egipto donde vivían los hebreos.

El faraón accedió a dejar marchar al pueblo. Moisés dijo que las moscas desaparecerían al día siguiente, pero añadió: «Ten cuidado. ¡No cambies de opinión otra vez!». Sin embargo, eso fue precisamente lo que hizo. Una vez que las moscas desaparecieron, el faraón se negó obstinadamente a dejar marchar al pueblo.

Dios envió una plaga sobre el ganado, pero nuevamente no afectó al ganado de Israel. El faraón se volvió más obstinado y se negó a dejar ir a los hebreos.

Moisés tomó un puñado de cenizas y lo arrojó al aire. Se convirtió en un polvo fino que se esparció por todo Egipto causando úlceras en todas las personas y animales. ¡Los magos no podían presentarse ante el faraón debido a sus úlceras!

El faraón se enfadó y se negó a escuchar a Moisés. Dios le había dicho a Moisés que el faraón actuaría así.

Moisés fue a ver al faraón con un mensaje especial de Dios. Le dijo: «Hasta ahora he refrenado mi mano contra ti. Ahora, mis plagas se dirigirán contra ti y tu pueblo. Cuando haya terminado, todas las naciones de la tierra sabrán que yo soy el Señor.

Mañana enviaré una granizada como nunca antes has visto. Todas las personas y los animales deben permanecer bajo refugios, o morirán».

Al día siguiente, cayó un granizo feroz mezclado con fuego y arruinó los cultivos que estaban en los campos. Sin embargo, el granizo no cayó en la tierra donde vivían los israelitas.

Algunos egipcios hicieron lo que Moisés les dijo. Pusieron a sus animales y esclavos bajo refugios. Pero otros no lo hicieron, y su ganado y sus esclavos murieron en la tormenta.

El faraón llamó a Moisés y a Aarón. «Sé que he pecado. Yo estoy equivocado y Dios tiene razón. Por favor, oren y pídanle que detenga esta tormenta. Dejaré ir a su pueblo».

Moisés dijo: «Esta tormenta cesará tan pronto como me vaya de aquí». Empezó a marcharse, pero luego se volvió hacia el faraón. «Sé que tú no temes a Dios».

Y era cierto. Tan pronto como el faraón vio que la tormenta y el granizo cesaban, se volvió obstinadamente contra Dios y el pueblo de Israel.

39 La Pascua

Éxodo 10 – 13

Moisés fue a ver al faraón y le dijo: «Si no dejas ir a los israelitas, Dios enviará langostas como nunca has visto. Cubrirán la tierra y se comerán todo lo que no haya sido destruido por el granizo».

Los funcionarios del faraón le suplicaron: «Por favor, déjalos ir. ¡Egipto ya está destruido!». Entonces el faraón le dijo a Moisés: «Los hombres pueden ir a adorar».

Moisés dijo: «Cuando nos vayamos, nos llevaremos a todos con nosotros: hombres y mujeres, jóvenes y ancianos. También nos llevaremos nuestros animales».

El faraón se enfadó: «¡De ninguna manera!». Entonces los echó de su corte.

Al día siguiente, Moisés extendió su vara y llegaron las langostas. Nunca antes había invadido Egipto una plaga de langostas tan grande. Se comieron todo lo verde que había en la tierra. Estaban por todas partes e incluso invadieron las casas.

El faraón llamó rápidamente a Moisés. Le dijo: «Lamento mi pecado. Por favor, pídele a Dios que aleje a las langostas». Moisés oró a Dios, y un viento llevó a las langostas al mar Rojo. No quedó ni una sola. Cuando se fueron, el faraón volvió a rebelarse contra Dios y los israelitas.

Entonces Dios le dijo a Moisés que extendiera su mano hacia el cielo. Cuando lo hizo, la oscuridad cubrió la tierra de Egipto. Era tan espesa que la gente podía sentirla y no podían ver nada. Duró tres días. Sin embargo, los israelitas tenían luz en sus hogares.

El faraón llamó a Moisés y le dijo: «Permitiré que tu pueblo vaya a adorar al desierto, pero dejad vuestros rebaños y manadas».

Moisés negó con la cabeza. «¡No! Nos llevaremos a todos y todo, incluso los animales». El faraón se enfadó de nuevo. «No voy a dejar marchar al pueblo. ¡Ahora vete de aquí y no vuelvas nunca más! Recuerda mis palabras. Si vuelvo a ver tu rostro, morirás».

El Señor le dijo a Moisés: «Traeré una plaga más sobre los egipcios, y entonces el faraón dejará marchar al pueblo. ¡Insistirá en que te vayas!

«Da estas instrucciones a mi pueblo. Cada familia debe elegir un cordero macho de un año sin defectos. Deben matarlo y untar su sangre en la parte superior de la puerta y en los postes. El pueblo debe permanecer dentro de sus casas. No estarán seguros fuera de ellas.

«Asad la carne del cordero y comedla con vuestras capas y sandalias puestas, como si tuvierais prisa. Si es demasiado para que una familia se lo coma todo, invita a otra familia a compartir el cordero.

«A medianoche recorreré toda la tierra de Egipto y mataré al primogénito de cada familia, desde la casa del faraón hasta el esclavo más humilde. Pero cuando vea la sangre en vuestras casas, pasaré por alto vuestras casas y no mataré a vuestros primogénitos».

Los israelitas hicieron exactamente lo que Dios les había ordenado. Esa noche, el Señor recorrió toda la tierra de Egipto y mató al primogénito de cada familia. Incluso mató al primogénito de su ganado. Hubo grandes llantos y gritos durante la noche, porque ninguna familia escapó el juicio de Dios. Sin embargo, el Señor pasó por alto las casas de los israelitas cuando vio la sangre en los dinteles de sus puertas.

El faraón llamó a Moisés y a Aarón y les gritó: «¡Id! ¡Id! Llevad a vuestro pueblo, llevad vuestros rebaños y marchaos».

Todos los egipcios querían que el pueblo se marchara porque temían que todos murieran. Les dieron objetos de oro y plata. Así que el pueblo se marchó, mientras aún era de noche.

A partir de ese día, los israelitas debían celebrar la Pascua del Señor cada año. Debía ser un recordatorio de lo que Dios había hecho por ellos aquella noche.

40 El Mar Rojo

Éxodo 13:17–15:21

Dios sacó a los israelitas de Egipto mediante lo que parecía ser una columna de fuego. El fuego se convirtió en una columna de nube durante el día. Dios no los llevó directamente a Canaán por la ruta más directa, sino que los llevó al desierto hacia el Mar Rojo.

Le dijo a Moisés que hiciera acampar al pueblo en un lugar determinado junto al mar. Dijo: «Voy a endurecer el corazón del faraón una vez más, y él los perseguirá. Después de eso, los egipcios sabrán que yo soy el Señor».

El faraón vio que los hebreos habían llegado al Mar Rojo y que estaban acorralados y vulnerables. Les dijo a sus siervos: «¿Por qué dejamos ir a nuestros esclavos? Deberían estar aquí, sirviéndonos». Así que tomó a su ejército y los persiguió.

El pueblo de Israel vio esto y gritó a Moisés: «¿Por qué nos has traído aquí para morir? Si siguiéramos sirviendo a los egipcios, nos dejarían vivir. Pero ahora, por tu culpa, estamos a punto de morir».

Moisés dijo al pueblo: «¡No temáis! Mirad y ved lo que Dios está a punto de hacer. Él peleará vuestra batalla por vosotros. ¡Mirad a los egipcios! Nunca más los volveréis a ver después de hoy».

Dios dijo a Moisés: «Levanta tu vara de pastor al aire y señala con la mano sobre el mar. El pueblo de Israel va a pasar al otro lado, por tierra firme».

Entonces la columna de nube que estaba delante de los israelitas se movió detrás de ellos, entre ellos y los egipcios. Permaneció allí el resto del día y toda la noche.

Moisés extendió su mano hacia el mar. Y cuando lo hizo, Dios hizo que un fuerte viento barriera las aguas, de modo que formaron un muro a la derecha y a la izquierda. Y luego el viento sopló sobre el camino entre los dos muros durante el resto del día y hasta bien entrada la noche, hasta que la tierra se secó.

Esa noche, Dios le dijo a Moisés y a los israelitas que cruzaran al otro lado, utilizando el camino entre las paredes de agua. El pueblo cruzó el mar durante toda la noche.

Una vez que cruzaron, Dios permitió que los egipcios los persiguieran, utilizando el mismo camino. Cuando estaban en medio del mar, Dios los confundió por completo y las ruedas de sus carros comenzaron a romperse.

De repente, el ejército egipcio se dio cuenta de la gravedad de su situación. Gritaron: «¡Corred! ¡El Señor está luchando por los israelitas!». Se dieron la vuelta e intentaron huir para ponerse a salvo.

Dios le dijo a Moisés: «Extiende tu mano sobre el agua». Así que Moisés extendió su mano hacia el mar justo cuando el sol estaba a punto de salir. De repente, las paredes de agua se estrellaron entre sí, cubriendo a todo el ejército egipcio. ¡Ninguno de ellos sobrevivió!

Los israelitas contemplaron el poder de Dios desde el otro lado del mar. Y cuando salió el sol esa mañana, vieron los cadáveres arrastrados hasta la orilla. Entonces el pueblo adoró al Señor con cánticos. Habían visto el poder de Dios y creyeron en Él, y creyeron en su siervo Moisés.

41 ¿Qué es eso?

Éxodo 15:22 – 16:36

El pueblo de Israel cruzó el Mar Rojo por tierra firme. Entonces Dios mató al ejército egipcio cuando intentó cruzar. Desde allí, Moisés condujo al pueblo al desierto, hacia el monte Sinaí. Viajaron durante tres días sin encontrar agua. Finalmente llegaron a un estanque, pero el agua no era potable. El pueblo se quejó y dijo: «¿Qué vamos a beber?».

El Señor le dijo a Moisés: «Corta ese pequeño árbol y tíralo al agua». Moisés tiró el árbol al agua y, al instante, el agua se volvió potable.

Dios dijo: «Si me obedecéis y seguís mis mandamientos, no enfermaréis como los egipcios. Yo soy el Señor que os cura».

Desde allí, los israelitas se fueron y acamparon en un lugar que tenía doce manantiales. Permanecieron allí poco más de un mes y luego se marcharon y se dirigieron hacia el monte Sinaí.

Mientras viajaban, comenzaron a quejarse: «Deberíamos haber muerto en Egipto. Sí, éramos esclavos, pero al menos teníamos comida en abundancia. Todas las noches teníamos una olla de carne y todo el pan que queríamos. Aquí no tenemos nada».

El Señor le dijo a Moisés: «Voy a hacer llover pan del cielo para el pueblo. Pero lo usaré para ver si siguen mis instrucciones».

Moisés le dijo al pueblo: «No se están quejando contra mí y contra Aarón. Se están quejando contra el Señor. Aun así, Él los ha escuchado. Esta noche tendrán carne y por la mañana tendrán pan».

Esa noche, una bandada de codornices vino y se posó en el campamento. Esto proporcionó carne para que el pueblo comiera. Por la mañana, vieron que el suelo estaba cubierto de un espeso rocío. Cuando se evaporó, había algo en el suelo que parecía escarcha. El pueblo se acercó a verlo. Dijeron: «¿Qué es esto?». Lo probaron y era como una oblea ligera, endulzada con miel.

Moisés dijo: «Dios os dará este pan del cielo seis días a la semana. Durante los primeros cinco días, recogeréis solo lo necesario para un día. El sexto día, podréis recoger lo necesario para dos días. De esta manera, tendréis comida para el sábado. No aparecerá el sábado».

Algunas personas desobedecieron las instrucciones de Dios y recogieron más de lo necesario para un día. A la mañana siguiente, apestaba y estaba lleno de gusanos. Esto no sucedió cuando recogieron más el sexto día. Todavía estaba bueno para comer en el sábado. Algunas personas salieron a recoger pan en el sábado, pero descubrieron que no había ninguno.

El pueblo llamó al pan maná, que significa «¿Qué es esto?». Dios les proporcionó maná durante los cuarenta años que estuvieron en el desierto.

42 El Señor, mi estandarte

Éxodo 17–18

Mientras el pueblo de Israel continuaba avanzando hacia el monte Sinaí, acamparon en un lugar donde no había agua. Una vez más se quejaron a Moisés: «¿Por qué nos has traído aquí para morir? Al menos en Egipto teníamos agua. ¿De verdad está el Señor con nosotros?».

Moisés gritó al Señor: «¡Qué voy a hacer con esta gente! Los traigo aquí y ahora están a punto de apedrearme».

El Señor le dijo a Moisés: «Toma tu vara y ponte delante del pueblo. Lleva contigo a algunos de los ancianos. Yo me pondré delante de la roca. Golpea la roca y saldrá agua para que el pueblo pueda beber».

Moisés hizo lo que el Señor le mandó y golpeó la roca. El agua brotó. Fue suficiente para todo el pueblo y el ganado.

Mientras estaban en ese mismo lugar, el pueblo de Amalec los atacó. Moisés le dijo a Josué que organizara a los hombres para la batalla. Moisés se puso de pie al lado de la colina y levantó las manos al aire. Mientras sus manos estaban en alto, Josué salía victorioso. Pero cuando bajaba las manos, el pueblo de Amalec comenzaba a ganar.

Los brazos de Moisés se cansaron y se le hicieron pesados, por lo que se sentó en una piedra con Aarón y Hur a cada lado. Ellos le sostuvieron las manos para que pudiera mantenerlas en alto. Los tres hombres permanecieron allí hasta que se puso el sol. Josué venció a Amalec. Moisés construyó entonces un monumento y lo llamó «El Señor, mi estandarte».

Jetro era el suegro de Moisés. Había cuidado de su hija y sus dos hijos mientras Moisés estaba en Egipto. Los trajo de vuelta cuando los israelitas acamparon en el monte Sinaí.

Moisés salió a recibir a su familia. Le contó a Jetro lo que el Señor había hecho por el pueblo de Israel, cómo la mano de Dios se había levantado contra el faraón y los egipcios. También le habló de algunas de sus penurias y de cómo el Señor los había liberado. Entonces Jetro dirigió al pueblo en un sacrificio a Dios.

Al día siguiente, Moisés se sentó a hacer su trabajo como juez del pueblo. Jetro observó cómo la gente acudía con todas sus disputas, grandes y pequeñas. Dependía de Moisés decidir quién tenía razón en cada caso. Esto continuó durante todo el día. Mientras juzgaba, Moisés también enseñaba las leyes de Dios al pueblo.

Esa noche, Jetro dijo: «Lo que estás haciendo no es bueno. Te estás agotando, al igual que el pueblo. Debes darte cuenta de que esta es una tarea demasiado grande para que la realice un solo hombre. Aquí tienes un consejo, y creo que es la voluntad de Dios para ti.

Tu trabajo es enseñar al pueblo acerca del Señor y sus mandamientos. También debes presentar sus necesidades ante Dios. Debes mantenerte libre para hacer esto.

Así que selecciona a algunos hombres buenos que teman a Dios. Asegúrate de que no acepten sobornos. Si lo hacen, el pueblo no confiará en ellos. Colócalos en diferentes niveles unos por encima de otros. Su trabajo a tiempo completo debe ser juzgar al pueblo.

Ellos se ocuparán de los problemas cotidianos, mientras que los conflictos más difíciles te los llevarán a ti. El pueblo estará contento con esto, pero sobre todo te liberará para hacer la voluntad de Dios».

Moisés escuchó este consejo y lo siguió. Eligió a hombres cualificados y los colocó en diferentes niveles de responsabilidad. Estos hombres se dedicaron a su nueva tarea. Aun así, todos los casos difíciles se llevaban ante Moisés.

Una vez hecho todo esto, Moisés se despidió de su suegro y Jetro regresó a su casa.

43 La ley

Éxodo 19 – 20 y 24

Los israelitas llegaron al monte Sinaí tres meses después de salir de Egipto. Acamparon al pie de la montaña y Moisés subió a hablar con Dios. El Señor dijo: «Dile al pueblo: «Si me obedecéis y guardáis mis mandamientos, seréis mi pueblo preciado. Seréis mi pueblo santo entre todas las naciones»».

Cuando Moisés le dijo esto al pueblo, todos estuvieron de acuerdo y dijeron: «¡Haremos todo lo que Dios diga!».

Entonces Moisés volvió a subir a la montaña y le dijo a Dios que el pueblo había aceptado sus condiciones. Entonces el Señor dijo: «Quiero que me oigan hablar contigo para que siempre confíen en ti. Diles que pasen tres días purificando sus corazones y lavando sus ropas. Entonces bajaré de la montaña y hablaré con ellos».

El pueblo hizo lo que se le había dicho. Lavaron sus ropas y se consagraron al Señor. De repente, al tercer día, la montaña se incendió. La tierra tembló y una nube cubrió toda la montaña. Hubo truenos y relámpagos, y el pueblo oyó lo que parecía el sonido de trompetas que se hacían cada vez más fuertes.

Entonces Dios dijo: «Yo soy el Señor tu Dios, que te saqué de Egipto con mano poderosa.

No adoraréis a otros dioses.

No haréis ídolos de ningún tipo.

Santificaréis mi nombre y no lo usaréis en vano.

No trabajarás en el séptimo día, sino que lo santificarás.

Honra a tus padres y vivirás mucho tiempo sobre la tierra.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No mentirás a los demás ni sobre los demás.

No desearás nada que pertenezca a otra persona».

El pueblo gritó: «Dile a Dios que deje de hablarnos. ¡Moriremos si sigue hablando! Deja que te hable a ti y luego nos dirás lo que ha dicho. Te escucharemos a ti».

Moisés dijo: «No temáis. Dios quiere que le temáis, para que os mantengáis alejados del pecado». Entonces Moisés subió a la montaña para hablar con Dios.

Dios le dio instrucciones detalladas sobre cómo debía vivir el pueblo y cómo debían tratarse unos a otros. Dios le dijo cómo ofrecer sacrificios para el perdón de los pecados. También le dio instrucciones sobre cómo construir el Arca de Dios, para que pudiera vivir entre su pueblo. Finalmente, Dios le dio a Moisés dos tablas de piedra con sus leyes escritas por el dedo de Dios.

44 El becerro de oro

Éxodo 32

Moisés permaneció con Dios durante cuarenta días y cuarenta noches. El pueblo se inquietó y finalmente acudieron a Aarón y le dijeron: «No sabemos qué le ha pasado a Moisés. Haznos un dios que podamos ver, uno que esté con nosotros».

Así que le dieron a Aarón sus pendientes de oro, y él los fundió. Luego moldeó el oro en forma de becerro. El pueblo se alegró y dijo: «¡Este es el dios que nos sacó de Egipto!». Le ofrecieron sacrificios y celebraron una fiesta. Después celebraron con una fiesta desenfrenada.

En la montaña, Dios le dijo a Moisés: «Baja a tu pueblo, al que sacaste de Egipto. Se han corrompido y se han apartado de lo que les mandé hacer. Han hecho un ídolo y se han postrado ante él con sacrificios. Apártate y no me detengas. Los destruiré y haré de tus descendientes una gran nación».

Moisés suplicó a Dios: «No te enfades tanto con tu pueblo, al que sacaste de Egipto con mano poderosa. Si los destruyes ahora, los egipcios se reirán y dirán que los trajiste aquí para matarlos. Recuerda tu promesa a Abraham, Isaac y Jacob. Dijiste que sus descendientes heredarían la tierra y serían tan numerosos como las estrellas del cielo». Así que el Señor escuchó a Moisés y no destruyó al pueblo.

Moisés bajó entonces de la montaña con las dos tablas de piedra que Dios le había dado. Se enfadó cuando vio el becerro y los bailes. Tiró las dos tablas al suelo y las hizo añicos. Quemó el becerro de oro en el fuego, lo redujo a polvo, lo mezcló con agua y se lo hizo beber a los israelitas.

Entonces Moisés dijo a Aarón: «¿Por qué has hecho este becerro de oro? ¡Mira al pueblo! Mira cómo les ha llevado a caer en un pecado grave».

Aarón dijo: «Por favor, no te enfades conmigo. Ya sabes lo malvado que es este pueblo. Me dijeron: «Haznos un dios». Les pedí que me dieran su oro. Lo eché al fuego y... ¡salió este becerro!».

Moisés se paró entonces a la entrada del campamento. Vio que el pueblo seguía fuera de control. Gritó: «¡Los que están del lado del Señor, vengan y pónganse de mi lado!». Los hijos de Leví se separaron del resto del pueblo y se pusieron del lado de Moisés. El Señor les ordenó entonces que se ciñeran sus espadas y lucharan contra los que se negaban a ponerse del lado de Moisés. Tres mil hombres murieron ese día.

Después, Moisés reunió al pueblo y les dijo: «Habéis cometido un gran pecado. Iré ante el Señor y tal vez pueda expiar vuestra culpa». Dicho esto, volvió a subir a la montaña.

45 La obra del Tabernáculo

Éxodo 33–40

Debido a que el pueblo de Israel había adorado al becerro de oro, Moisés subió a la montaña y le rogó al Señor que los perdonara. Él dijo: «Oh Señor, tu pueblo ha pecado contra ti. Si tú perdonas sus pecados...». No pudo continuar, pero finalmente dijo: «Si no puedes perdonarlos, borra mi nombre de tu libro».

El Señor dijo: «No borraré tu nombre de mi libro, pero borraré los nombres de las personas que han pecado contra mí». Entonces Dios castigó al pueblo con una plaga y muchos murieron.

Después de eso, el Señor le dijo a Moisés: «Lleva a tu pueblo a la tierra que les prometí. No iré contigo, pero enviaré a mi ángel para que te guíe. Si viviera entre este pueblo obstinado, aunque fuera por un momento, lo destruiría».

Moisés bajó y le dijo al pueblo que Dios no viviría entre ellos. El pueblo se derrumbó y lloró. Se afligieron porque su pecado les había costado tanto.

Moisés salió del campamento y montó una tienda de reunión para poder hablar con el Señor. Mientras el pueblo observaba, la nube de Dios descendió y se detuvo frente a la tienda. Allí, Moisés y Dios hablaron.

Moisés dijo: «Si soy tu amigo y si estás complacido conmigo, entonces vive entre nosotros. Queremos que nos guíes. Si te niegas, nos quedaremos aquí. No nos hagas irnos. Sin ti entre nosotros, ¡no somos diferentes de los demás!».

El Señor respondió: «Tú eres mi amigo y estoy complacido contigo. Por lo tanto, haré lo que me has pedido».

Entonces el Señor le dijo a Moisés que tallara dos tablas de piedra más y las llevara a la montaña. Una vez allí, el Señor dijo: «Este es mi acuerdo contigo y con tu pueblo. Expulsaré al pueblo de Canaán con grandes milagros, pero tú debes obedecer mis mandamientos».

Moisés se quedó en la montaña y escribió todas las leyes y mandamientos de Dios. También escribió los Diez Mandamientos en las dos tablas de piedra. Permaneció allí durante cuarenta días y cuarenta noches, sin comer pan ni beber agua.

Después, regresó al pueblo con los mandamientos de Dios. No se dio cuenta de que su rostro resplandecía por todo el tiempo que había pasado con el Señor. Esto asustó a los israelitas, por lo que Moisés se puso un velo cuando habló con el pueblo. Les contó todos los mandamientos que el Señor le había dado.

Dijo: «Es hora de construir el Tabernáculo, la morada de Dios. Por lo tanto, aquellos que estén dispuestos a dar una ofrenda al Señor deben traer oro, plata, bronce, hilo especial, lino fino, pieles de animales, maderas, aceites, especias, piedras y gemas. Necesitamos artesanos expertos que se dediquen a construir el Tabernáculo, la tienda que lo rodeará y los muebles que habrá en su interior».

Al día siguiente, la gente comenzó a traer las cosas necesarias para construir el Tabernáculo. Artesanos expertos vinieron a hacer el trabajo. Día tras día, la gente traía sus ofrendas hasta que finalmente Moisés mandó decir: «Dejen de traer ofrendas. ¡Hay más que suficiente!».

La gente tuvo cuidado de construir el tabernáculo exactamente como Dios le había dicho a Moisés. Se terminó exactamente dos años después de que salieran de Egipto, el mismo día. Moisés inspeccionó el trabajo y vio que habían hecho tal y como el Señor había mandado, por lo que los bendijo.

Entonces vino una nube y se posó sobre la tienda. Mientras el pueblo observaba, la gloria del Señor llenó el Tabernáculo. Así que, desde ese día en adelante, en todos sus viajes, el Señor estuvo con ellos.

46 Fuego profano

Levítico 10:1-7 y Números 9 – 11:3

Dios dio instrucciones precisas al pueblo de Israel sobre cómo debían adorarlo. Aarón, el hermano de Moisés, fue elegido sumo sacerdote, y sus hijos debían servir con él. Cuando Aarón muriera, ellos lo reemplazarían como sumos sacerdotes.

La congregación se reunió en el Tabernáculo para la ordenación de estos hombres. Moisés los ungió con aceite e hizo sacrificios al Señor. Les dijo a Aarón y a sus hijos que su ordenación duraría siete días y que no debían abandonar el Tabernáculo hasta que terminara.

Los dos hijos mayores de Aarón eran Nadab y Abiú. Durante este tiempo de ordenación, decidieron por su cuenta quemar incienso ante el Señor. Pero pusieron carbones de un fuego común en sus incensarios.

Tan pronto como entraron en la presencia del Señor, el fuego se encendió y mató a ambos hombres.

Todos quedaron conmocionados, pero no se podía decir nada. Moisés hizo que algunos hombres sacaran los cuerpos del campamento. Le dijo a Aarón y a sus otros hijos que debían continuar con la ordenación, ya que ya habían sido ungidos con aceite ante el Señor.

Esto significaba que no podían llorar adecuadamente su pérdida. Así que el resto de Israel lloró la muerte de los dos hombres, mientras que su padre y sus hermanos continuaron en el Tabernáculo.

En el segundo aniversario de la salida de Egipto, el pueblo de Israel celebró la Pascua. Todavía estaban en el monte Sinaí.

Una nube se cernía sobre el Tabernáculo durante el día y parecía fuego por la noche. Dios les había dicho que mientras la nube se cerniera allí, debían permanecer donde estaban. Pero si la nube se levantaba, sabían que era hora de continuar su viaje.

Un mes más tarde, después de celebrar la Pascua, llegó el momento de partir hacia la tierra de Canaán. Mientras el pueblo observaba, la nube se levantó y partieron de la montaña de Dios. Viajaron hacia el lugar donde iban a entrar en la tierra de Canaán.

En poco tiempo, el pueblo comenzó a quejarse abiertamente de sus penurias. Esto enfureció al Señor, que envió un fuego entre ellos, especialmente alrededor de los límites del campamento. Muchas personas murieron. Entonces los demás corrieron a pedir ayuda a Moisés. Él oró por ellos y el fuego se detuvo. Llamaron a ese lugar “Burning o Ardiente”.

47 Tumbas de los codiciosos

Números 11:4-35

Empezaron a quejarse de la comida. Decían: «Solo tenemos este maná para comer. Echamos de menos la carne, el pescado y las verduras que comíamos en Egipto». Las quejas se extendieron de familia en familia, hasta que Moisés podía oírlas desde todas las tiendas.

Frustrado, oró: «Señor, ¿qué he hecho para merecer este dolor? ¿Por qué me has hecho esto? Yo no di a luz a estas personas, entonces, ¿por qué tengo que cuidarlas? ¡No puedo más! Si esto es lo que tú quieres para mí, entonces mátame ahora mismo».

El Señor le dijo a Moisés: «Elige a setenta líderes del pueblo y tráelos ante mí. Tomaré parte del Espíritu que está sobre ti y lo pondré sobre ellos. Ellos te ayudarán a llevar la carga del pueblo».

También dijo: «Dile al pueblo que se prepare. Mañana tendrán carne para comer. Siguen anhelando y añorando Egipto, así que comerán carne hasta que se hartarán de ella».

Moisés fue y le dijo esto al pueblo, y luego llamó a los setenta líderes para que se presentaran ante el Señor. Cuando llegaron, solo había 68 hombres. Dos de ellos aún estaban en el campamento.

El Señor tomó parte del Espíritu que estaba sobre Moisés y lo puso sobre los setenta hombres, sobre todos ellos. Inmediatamente, los hombres comenzaron a profetizar, incluso los dos que aún estaban en el campamento.

Josué le dijo a Moisés: «¡Dile a esos dos hombres que se detengan!».

Moisés respondió: «Oh, Josué, no seas celoso por mí. Ojalá el Espíritu de Dios descendiera sobre todo su pueblo».

Al día siguiente, el Señor envió un viento que trajo codornices desde el mar. Estas descendieron hasta unos tres pies del suelo y cubrieron un área en todas direcciones tan grande como la que un hombre podía recorrer en un día.

La gente salió y las atrapó. Trabajaron todo el día y parte de la noche. La persona que recogió la menor cantidad de codornices, aún así recogió treinta y tres canastas llenas. Cada familia pudo obtener una gran cantidad de carne para su familia.

Aun así, Dios estaba enojado con ellos porque añoraban Egipto y no confiaban en su cuidado por ellos. Así que, mientras el pueblo comía la carne, aún entre sus dientes, Dios los golpeó con una plaga. Muchos murieron en ese lugar y fueron enterrados allí. Por eso, el pueblo lo llamó «Tumbas de los Codiciosos».

48 Escupirle en la cara

Números 12

Miriam era la hermana de Moisés y Aarón. Un día, ella y la esposa de Moisés tuvieron una discusión. Debido a esto, Miriam y Aarón comenzaron a criticar a Moisés, llamando a su esposa «mujer árabe», ¡una cusita!

Dijeron: «Moisés no es el único a través del cual Dios habla. Él también habla a través de nosotros».

El Señor escuchó esta queja y sabía que Moisés era un hombre tranquilo y humilde. De repente, Dios dijo: «Moisés, Aarón, Miriam, ¡venid a la tienda de reunión!».

Una vez allí, la nube de Dios descendió y se detuvo como una columna ante ellos. Él dijo: «Aarón y Miriam, dad un paso adelante».

Cuando lo hicieron, el Señor dijo: «Cuando hablo contigo o con uno de los profetas dentro del campamento, lo hago en sueños y visiones. Pero no es así como hablo con Moisés. Él y yo nos reunimos como miembros de una familia y hablamos abiertamente. Nos miramos el uno al otro y hablamos con un lenguaje sencillo. ¡Cómo os atrevéis a hablar contra mi siervo Moisés!».

Con eso, Dios se apartó de ellos con ira y se marchó. Aarón miró a Miriam y vio que su piel estaba blanca por la lepra. Gritó a Moisés: «Por favor, mi señor, no nos castigues por nuestras palabras insensatas. Por favor, no dejes que nuestra hermana sea como un bebé que nace muerto, cuya carne se está pudriendo».

Moisés clamó a Dios: «¡Oh, mi Señor! Por favor, sana a mi hermana».

Dios dijo: «La sanaré. Sin embargo, si su padre le escupiera en la cara, viviría en desgracia durante siete días. Por lo tanto, permanecerá fuera del campamento durante siete días».

Así que Miriam fue llevada fuera del campamento y permaneció allí durante siete días. El pueblo de Israel permaneció en ese lugar hasta que Miriam fue autorizada a volver al campamento. Luego se trasladaron al lugar donde iban a entrar en la tierra de Canaán.

49 Misión de los doce espías

Números 13 – 14

Cuando los israelitas llegaron a la frontera de Canaán, Dios le dijo a Moisés: «Envía a doce hombres a explorar la tierra». Así que Moisés seleccionó a un hombre de cada tribu de Israel. Les dijo que entraran en la tierra y trajeran información sobre el pueblo y sus ciudades. También les dijo que trajeran algunos de los frutos que crecían en la tierra.

Los hombres permanecieron en Canaán durante cuarenta días. Cuando regresaron, dos de ellos llevaban un gran racimo de uvas en un palo entre ellos.

Cuando los hombres dieron su informe, diez de ellos dijeron: «Es cierto, la tierra es grande y mana leche y miel. Pero el pueblo es grande y poderoso y vive en ciudades con altas murallas».

Los otros dos hombres eran Caleb y Josué. Ellos dieron un informe diferente. Dijeron: «Debemos subir y tomar esta tierra. ¡Podemos hacerlo!».

Los otros diez gritaron: «¡No, no podemos atacar a este pueblo! Son más fuertes que nosotros. ¡Nos sentimos como saltamontes a su lado!».

Los israelitas se asustaron cuando oyeron este informe. Se volvieron contra Moisés y dijeron: «¿Nos ha traído Dios aquí para que nos maten? ¡Podríamos haber muerto en Egipto! Los hombres de esta tierra nos matarán y esclavizarán a nuestras mujeres e hijos. Vamos a elegir un nuevo líder y volver a Egipto».

Josué y Caleb corrieron delante del pueblo y rasgaron sus vestiduras. Gritaron: «¡Esta tierra es muy buena, y el Señor está a punto de dárnosla! No se rebelen contra él por miedo. El Señor está con nosotros. ¡Nos tragaremos a esta gente!».

El pueblo de Israel atacó a Josué y Caleb, pero de repente la gloria del Señor apareció en el Tabernáculo. Dios le dijo a Moisés: «¿Hasta cuándo este pueblo se negará a creer en mí? Vieron las maravillas que hice en Egipto. Vieron los muchos milagros que hice entre ellos. Sin embargo, siguen poniéndome a prueba.

Por lo tanto, este pueblo no verá la tierra que prometí a sus padres. Los enviaré de vuelta al desierto, y permanecerán allí durante cuarenta años hasta que todos mueran. Todos los que tengan veinte años o más no verán la tierra, excepto mis siervos Caleb y Josué. Ellos entrarán en Canaán porque me siguieron sin vacilar. Como este pueblo se preocupó por sus hijos, yo llevaré a sus hijos a la tierra de Canaán y se la daré».

Moisés contó a los israelitas lo que el Señor había dicho, y ellos se echaron a llorar. Los diez hombres que habían traído el mal informe fueron repentinamente alcanzados por una plaga y murieron. A la mañana siguiente, el pueblo dijo: «Ahora nos damos cuenta de que hemos pecado. Entraremos en la tierra como el Señor nos ha mandado».

Moisés dijo: «¡No! El Señor os envía de vuelta al desierto. No le desobedecéis de nuevo. Si entráis en la tierra, seréis derrotados porque Dios no irá con vosotros».

Sin embargo, entraron en Canaán en contra de la voluntad de Dios. Y tal y como dijo Moisés, fueron derrotados en la batalla. Muchos murieron y el resto regresó cubierto de vergüenza.

Así que el pueblo de Israel regresó al desierto, donde permaneció durante los siguientes cuarenta años. Todos los adultos que salieron de Egipto morirían allí. Aun así, el Señor estaba con ellos y satisfacía sus necesidades. Sus ropas y zapatos no se desgastaban, y Dios les proporcionaba su comida diaria.

50 La rebelión de Coré

Números 16–17

Cuando Israel regresó al desierto, cuatro hombres decidieron aclarar las cosas con respecto a Moisés y Aarón. El líder era Coré, de la tribu de Leví. Formaron un grupo de doscientos cincuenta hombres prominentes y fueron a ver a Moisés. Le dijeron: «Has abusado de tu autoridad. Somos una nación santa. El Señor está con todos nosotros. Las cosas no tienen que pasar siempre por ti».

Moisés le dijo a Coré: «Sé de qué se trata esto. Los levitas han sido elegidos para servir al Señor. Ahora tú también quieres el sacerdocio. Dios ha elegido a la familia de Aarón, por lo que te estás rebelando contra Dios. Mañana, todos nos presentaremos ante el Señor con incensarios llenos de fuego e incienso. El Señor elegirá a quien quiera para guiar al pueblo».

Dos de los organizadores dijeron: «¡No vamos a ir! Nos has traído de vuelta al desierto para morir. Ahora nos dices lo que tenemos que hacer como si fueras un rey. ¡Pues no vamos a ir!».

Esto enfureció a Moisés. Le dijo al Señor: «Nunca he maltratado a este pueblo. No les he quitado nada. Sin embargo, me odian».

Al día siguiente, Moisés, Aarón y los doscientos cincuenta hombres se presentaron ante el Señor con sus incensarios llenos de fuego e incienso. Toda la congregación estaba allí para verlos.

La gloria del Señor se manifestó, y Dios dijo a Moisés y a Aarón: «Apartaos de aquí, porque voy a destruir a toda la congregación».

Moisés se postró y suplicó: «Oh, Dios, no castigues a todos por lo que han hecho unos pocos».

Dios dijo: «Dile al pueblo que se aleje de las tiendas de los hombres que se negaron a venir a esta reunión». Así que todos se alejaron de esas tiendas. Los dos hombres salieron y se pararon junto a la puerta de sus tiendas, junto con sus esposas, hijos y bebés. Coré se acercó y se paró con ellos.

Moisés habló a la congregación: «Si estos hombres envejecen y mueren de muerte natural, sabréis que el Señor no me envió a hacer estas cosas. Pero si les sucede algo inusual, sabréis que hablaban contra Dios».

De repente, la tierra se abrió y estos hombres y sus familias cayeron en el agujero. El suelo se cerró a su alrededor como si la tierra los hubiera tragado. La gente gritó y corrió pensando que también podrían ser tragados. Entonces vino el fuego y mató a los doscientos cincuenta hombres que sostenían los incensarios con incienso.

El Señor dijo a Moisés: «Recoge los doscientos cincuenta incensarios de entre las cenizas de los hombres. Martéalos hasta convertirlos en láminas y úsalas para recubrir el altar. Esto recordará al pueblo que el sacerdocio es solo para Aarón y sus descendientes».

A pesar de todo esto, al día siguiente el pueblo seguía hablando del sacerdocio. Una multitud se reunió alrededor de Moisés y Aarón para hablar de los que habían muerto. Dijeron: «Tú has matado al pueblo de Dios».

Moisés se volvió y vio que la ira de Dios ardía contra la multitud. Le dijo a Aarón: «Rápido, ve a buscar un incensario y llénalo de incienso y fuego. Corre entre el pueblo y expía sus pecados. La ira de Dios se está derramando y los está castigando con una plaga». Mientras Aarón hacía esto, vio que la plaga había comenzado. Expía por el pueblo, interponiéndose entre los muertos y los vivos. La plaga se detuvo, pero ese día murieron 14.700 personas.

Para resolver el problema del sacerdocio, el Señor le dijo a Moisés: «Que cada tribu traiga un bastón. Pon el nombre de Aarón en el bastón de Leví. Colócalos en el Tabernáculo. Haré que uno de ellos brote. ¡Esto hará que el pueblo deje de quejarse de ti!».

Moisés siguió las instrucciones del Señor. Al día siguiente, el bastón de Aarón no solo había brotado, sino que había formado capullos, florecido y producido almendras. El pueblo lo vio y se asombró. A partir de ese día, ni siquiera quisieron acercarse al Tabernáculo, por miedo a morir. El bastón de Aarón fue devuelto al Tabernáculo para su custodia.

51 Habla con la roca

Números 20–21

Los israelitas llegaron a un lugar donde no había agua. El pueblo se acercó a Moisés y le dijo: «Ojalá hubiéramos muerto con nuestros hermanos bajo la mano de Dios. Tú nos trajiste aquí con muchas promesas, pero no vemos ninguna granja, ni higueras, ni viñedos. Además, no hay agua para nosotros ni para nuestro ganado».

El Señor le dijo a Moisés: «Reúne al pueblo y ponte delante de ellos con tu vara. Habla a la roca, y ella te dará agua. Habrá suficiente para el pueblo y su ganado».

Entonces Moisés se puso delante del pueblo y les dijo: «Sois un grupo de rebeldes. ¿Tengo que sacaros agua de esta roca?». Dicho esto, golpeó la roca dos veces con su vara. El agua brotó a borbotones y todos tuvieron suficiente.

Pero el Señor no estaba contento con Moisés y Aarón. Dijo: «No habéis confiado en mi poder. Este pueblo os ha visto desobedecer mi mandato. Por lo tanto, no llevaréis a este pueblo a la tierra que les prometí».

Mientras el pueblo de Israel seguía su camino, llegaron a la frontera de Edom. Moisés envió un mensaje al rey pidiendo permiso para atravesar su tierra. Le aseguró al rey que no causarían ningún disturbio y que pagarían por el agua que bebieran.

El rey se negó a dejarlos pasar por su tierra. Incluso envió a su ejército a la frontera y amenazó con la guerra si los israelitas cruzaban su territorio. Así que Moisés se dio la vuelta.

Poco después, el Señor le dijo a Moisés: «Aarón está a punto de morir. Por lo tanto, quítale las vestiduras de sumo sacerdote y pónselas a Eleazar, su hijo».

Moisés lo hizo, y Aarón murió poco después. El pueblo de Israel lloró su muerte durante treinta días.

Mientras los israelitas rodeaban Edom, el pueblo comenzó a quejarse de nuevo. Decían: «No teníamos que haber venido aquí a morir. Podríamos haberlo hecho en Egipto. No tenemos agua y odiamos esta comida horrible».

Entonces el Señor envió serpientes venenosas al campamento. La gente fue mordida y muchos murieron. Corrieron hacia Moisés y le dijeron: «¡Hemos pecado! No debimos haber hablado en contra de ti y del Señor. Por favor, habla con Dios y pídele que quite estas serpientes». Entonces Moisés oró por el pueblo.

El Señor le dijo a Moisés: «Haz una serpiente de bronce y colócala en un poste. Las personas se curarán de las mordeduras de serpiente si miran a la serpiente de bronce».

Mientras el pueblo de Israel viajaba, llegó a la frontera de los amorreos. Enviaron un mensaje al rey preguntándole si podían atravesar su tierra. Le aseguraron que no tomarían nada y que no harían ningún daño.

El rey de los amorreos se negó. En cambio, tomó su ejército y atacó a Israel. Entonces el pueblo de Israel luchó contra ellos y los derrotó por completo. Tomaron todas sus ciudades y vivieron en ellas. Controlaban toda la tierra hasta la frontera con los amonitas.

52 El ángel y el asna de Balaam

Números 22:1-35

Los israelitas acamparon en el valle de Moab, junto al río Jordán, frente a Jericó.

El rey de Moab era un hombre llamado Balac. Se asustó mucho cuando vio la gran multitud que había en su valle. Había oído lo que habían hecho a otros reyes. Les dijo a los madianitas: «Este pueblo es más poderoso que nosotros. Me temo que nos destruirán por completo».

Juntas, las dos naciones decidieron enviar a buscar a Balaam, un profeta que vivía en el este, junto al río Éufrates. Le enviaron regalos con un mensaje: «Ven pronto. Una gran multitud ha salido de Egipto y ahora está en nuestro valle. Son más fuertes que nosotros, así que queremos que los maldigas para que podamos derrotarlos y expulsarlos. Sabemos que eres profeta, y que quienquiera que maldigas es maldito, y quienquiera que bendigas es bendito».

Balaam dijo: «Pasen la noche aquí. Por la mañana les diré lo que Dios me ha dicho que haga».

Durante la noche, Dios le dijo a Balaam: «¿Quiénes son estos hombres que se alojan contigo?».

«Son del rey de Moab. Él dice que hay una gran multitud que ha salido de Egipto y quiere que vaya a maldecirla».

El Señor dijo: «No, no debes ir con ellos. No debes maldecir a esa gente, porque está bendecida».

A la mañana siguiente, Balaam dijo a la delegación: «Volved a vuestro rey. El Señor no me deja ir con vosotros».

La delegación regresó y le dio este mensaje a Balac. Entonces el rey envió una delegación de personas más importantes. A través de ellos dijo: «No dejéis que nada os impida venir a mí. Si maldices a este pueblo, os haré rico».

Balaam dijo: «Aunque el rey llenara mi casa de oro, solo puedo decir lo que el Señor me diga que diga. Aun así, pasad la noche aquí. Veré si el Señor dice algo diferente».

Esa noche, el Señor le dijo a Balaam: «Puesto que estos hombres han venido a ti por segunda vez, puedes ir con ellos. Pero ten cuidado. Solo di lo que yo te diga que digas». Así que, a la mañana siguiente, Balaam ensilló su asno, tomó a sus dos siervos y emprendió el viaje a Moab.

Mientras viajaba, el ángel del Señor se interpuso en su camino con una espada en la mano. El asno levantó la vista y vio al ángel, por lo que se desvió y se adentró en un campo. Balaam la golpeó hasta que volvió al camino.

El ángel bajó por el camino y se detuvo en un lugar donde había un muro a ambos lados. El asno levantó la vista y vio al ángel con la espada desenvainada. Se empujó contra el muro, atrapando el pie de Balaam. Él la golpeó de nuevo.

El ángel bajó por el camino, pero esta vez se detuvo en un lugar donde no había espacio a ambos lados. El asno levantó la vista y vio al ángel, así que se acostó debajo de Balaam.

Balaam se enfureció. Tomó un palo y comenzó a golpear a su asno. Con eso, Dios permitió que el asno hablara. Ella dijo: «¿Por qué me has golpeado tres veces?».

Balaam le gritó: «Porque me has hecho quedar como un tonto. Si esto fuera una espada en lugar de un palo, te mataría aquí mismo».

El asno dijo: «¿No te he servido desde que naciste? ¿Alguna vez he hecho esto antes?».

Balaam dijo: «No, nunca lo has hecho».

De repente, sus ojos se abrieron y vio al ángel del Señor de pie en el camino con su espada desenvainada. Balaam se postró ante él.

El ángel dijo: «Has golpeado a tu asno tres veces. Sin embargo, si no hubiera sido por él, te habría matado y lo habría dejado vivo».

Balaam dijo: «Si no quieres que vaya a Moab, daré media vuelta y me iré a casa».

El ángel dijo: «No, puedes ir. Pero ten cuidado. Solo di las palabras que yo te diga». Y con eso, Balaam se dirigió a Moab.

53 La profecía de Balaam

Números 22:36– 25:18y31:7-16

Cuando Balaam llegó a Moab, el rey Balac le dijo: «¿Por qué has tardado tanto? Te dije que te haría rico. ¿No me creíste?».

Balaam respondió: «Ya estoy aquí, pero entiende que solo puedo decir lo que Dios me diga».

Entonces Balac llevó a Balaam a un alto precipicio desde donde se veía todo el campamento de Israel. Balaam hizo que el rey construyera altares al Señor, y le ofrecieron sacrificios. Balaam le dijo al rey que se quedara allí mientras él subía más arriba en la montaña para ver qué quería Dios que dijera. Dios le dio un mensaje. Así que regresó al lugar donde lo esperaban el rey Balac y los ancianos de Moab.

Balaam miró al pueblo y dijo: «El rey Balac me ha mandado llamar. Me ha dicho: «Ven y maldice a Jacob. Ven y denuncia a Israel». Pero ¿cómo puedo maldecir a quienes Dios no maldice? ¿Cómo puedo denunciar a quienes Dios no denuncia? Estoy aquí, en este precipicio, mirando a este pueblo. No hay otra nación como esta. Ojalá tuviera el privilegio de morir como mueren estos justos».

El rey Balac se sorprendió. «¡Te traje aquí para maldecir a este pueblo, no para bendecirlo!».

Balaam dijo: «Lo dejé claro. Solo puedo decir lo que Dios me dice que diga».

Balac dijo: «Ven conmigo a otro lugar. Desde allí solo verás a parte del pueblo. Quizás así puedas maldecirlo». Fueron al segundo lugar y, de nuevo, construyeron altares y ofrecieron sacrificios al Señor.

Balaam le dijo al rey: «Quédate aquí mientras voy a hablar con Dios». El Señor se reunió con Balaam y le dio las palabras que debía decir. Él regresó y dijo: «Oh, rey Balac, escucha atentamente lo que voy a decirte. Dios no es como las personas. Él no cambia de opinión. Me dijo que bendijera al pueblo porque el Señor vive entre ellos. Él es su rey, y ellos están felices por eso. Los sacó de Egipto con mano poderosa. Por lo tanto, no hay maldición para ellos. Serán conocidos por las grandes cosas que Dios ha hecho por ellos».

El rey dijo: «Si no puedes maldecirlos, al menos deja de bendecirlos». Una vez más, el rey llevó a Balaam a un lugar desde donde podía ver al pueblo. Le dijo: «Inténtalo una vez más y ve si hay maldición para este pueblo».

Balaam volvió a construir un altar y sacrificaron al Señor. Pero no subió a la montaña. Mientras miraba al otro lado del valle, el Espíritu de Dios vino sobre él. «Oh, las tiendas de Israel son hermosas. Son como un jardín que ha sido plantado por Dios. Quien bendiga a este pueblo será bendecido. Quien maldiga a este pueblo será maldecido».

Balac se enfureció. «Te he traído aquí para que maldigas a este pueblo. ¡Ahora vete a tu casa! El Señor te ha robado las riquezas que yo te iba a dar».

Balaam dijo: «Tengo un mensaje más. Alguien viene. No puedo ver quién es. Es como una estrella celestial. Será el rey de Israel. Vencerá a todos sus enemigos».

Con eso, Balaam se fue, y el rey Balac regresó a su lugar. Más tarde, Balaam fue al rey y le dijo: «No puedo maldecir a este pueblo, pero tú puedes hacer que Dios los maldiga». Y le dio un plan.

Poco después, las mujeres de Moab bajaron al campamento de Israel. Tuvieron relaciones sexuales con los hombres y luego los invitaron a una fiesta en honor a sus ídolos. Los hombres fueron y pronto se encontraron adorando a los ídolos.

¡Dios se enfureció! Envió una plaga y murieron 24.000 personas. Uno de los israelitas llevó a una mujer madianita a la tienda de su familia. Pasaron junto a Moisés y los ancianos de Israel. El hijo del sumo sacerdote tomó una lanza y entró en la tienda. Atravesó a ambos con la lanza, matándolos en el acto.

Con eso, Dios detuvo la plaga. Entonces el Señor le dijo a Moisés: «Toma tu ejército. Ve y mata a los moabitas y a los madianitas por lo que han hecho». El ejército israelí salió y derrotó a ambas naciones. Entre los muertos estaba el cuerpo de Balaam, por el consejo que le había dado a Balac.

54 La muerte de Moisés

Números 27:12-23y
Deuteronomio 30 – 34

El Señor dijo a Moisés: «Sube a esta montaña. Allí te mostraré la tierra que voy a dar a Israel. No podrás entrar con ellos debido a tu pecado de golpear la roca. Pero te dejaré ver la tierra, y después morirás».

Moisés dijo: «Señor, elige a un hombre para que guíe a este pueblo, alguien que pueda presentarse ante ellos y tomar decisiones que sean buenas para ellos. Si no lo haces, serán como ovejas sin pastor».

Dios dijo: «Josué tiene el espíritu de la sabiduría en él. Haz que se presente ante el sacerdote Eleazar mientras toda la congregación lo observa. Asegúrate de que todos puedan oírte darle la autoridad para dirigir a la nación. Dile al pueblo que le obedezca como te han obedecido a ti. Dile a Josué que debe pedir consejo a Eleazar».

Así que Moisés hizo lo que el Señor le mandó. Tomó a Josué y lo hizo ponerse delante de Eleazar y de todo el pueblo. Luego Moisés puso sus manos sobre Josué y lo comisionó para dirigir a la nación.

Luego dijo al pueblo: «Tengo un mandato para ti. Está dentro de tus posibilidades obedecerlo. Si lo haces, tendrás vida y prosperidad. No obedecerlo te traerá dolor y muerte.

El mandato es simplemente este: Ama al Señor tu Dios y haz lo que Él dice. Si lo haces, Él te bendecirá cuando entres en la tierra. Si no lo haces, Él te quitará todo lo que amas».

Pido al cielo y a la tierra que sean testigos de lo que digo. Pongo delante de ti la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Por lo tanto, elige la vida. Ama al Señor tu Dios. Obedécele y sé fiel a él, porque él es tu vida».

Entonces Moisés dijo a Josué: «Sé fuerte y valiente. El Señor estará contigo y te precederá. No temas ni te desanimes».

Después de decir esto, Moisés subió a la montaña que estaba frente a Jericó. Allí, Dios le mostró la tierra de Israel. Pudo verla toda, de norte a sur, de este a oeste. El Señor dijo: «Esta es la tierra que prometí dar a Abraham, Isaac y Jacob. Te he permitido verla, pero no puedes cruzar a ella».

Así murió Moisés, siervo del Señor, y el Señor lo enterró en la tierra de Moab. Tenía 120 años cuando murió. Sin embargo, su vista seguía siendo buena y estaba en buena forma física.

El pueblo lloró durante treinta días tras la muerte de Moisés. Nunca ha habido otro profeta en Israel como Moisés. Sin embargo, Dios prometió al pueblo que algún día vendría un gran profeta que sería como Moisés..

55 Rahab

Josué 1 – 3:6

El Señor dijo a Josué: «Mi siervo Moisés ha muerto. Ahora tú guiarás al pueblo a la tierra que les he prometido. Estaré contigo como estuve con Moisés.

Así que sé fuerte y valiente. Obedece las instrucciones que le di a Moisés. No te apartes de ellas en modo alguno. Si sigues esas instrucciones, estaré contigo en todo lo que hagas».

Con eso, Josué comenzó a organizar al pueblo para su campaña en Canaán. Comenzó enviando a dos hombres al otro lado del río para espiar la tierra. Entraron en la ciudad de Jericó y se alojaron en la casa de una prostituta llamada Rahab.

El rey de Jericó se enteró de que estaban en la ciudad, así que envió un mensaje a Rahab: «Saca a esos hombres que se alojan en tu casa. Son espías del pueblo de Israel».

Los hombres estaban en el tejado, donde ella los había escondido bajo unos fardos de lino. Ella le dijo al rey: «Sí, estaban aquí, pero no sabía de dónde venían. Justo antes del anochecer, se marcharon antes de que se cerraran las puertas de la ciudad. No me dijeron hacia dónde iban, pero tú podrás alcanzarlos si te das prisa». Así que el rey envió a unos hombres para que los persiguieran.

Rahab dijo a los espías: «¡Todos aquí os temen porque sabemos que Dios os ha dado esta tierra! Oímos cómo el Señor abrió el Mar Rojo cuando salisteis de Egipto. Vuestro Dios es el Dios del cielo arriba y de la tierra abajo. Ha hecho grandes cosas por vosotros.

«¡Os he protegido! Ahora jurad por vuestro Dios que seréis bondadosos con mi familia. ¡Perdonad nuestras vidas!».

Entonces los espías dijeron: «Te perdonaremos la vida cuando el Señor nos entregue tu ciudad, pero solo si no le cuentas nada al rey sobre nosotros. Ata este cordón escarlata a tu ventana. Tu familia estará a salvo si se queda en tu casa. Si alguien sale de la casa, no nos haremos responsables de lo que le suceda».

La casa de Rahab estaba en la muralla de la ciudad, así que ella sacó una cuerda por la ventana y ayudó a los hombres a escapar. Se escondieron en las colinas hasta que los hombres de Jericó dejaron de buscarlos.

Una vez que fue seguro, cruzaron el río. Le contaron a Josué todo lo que había sucedido. Dijeron: «¡Es verdad! Dios nos ha dado la tierra. El pueblo nos teme».

Entonces Josué condujo al pueblo hacia el río Jordán, donde permanecieron durante tres días. Al tercer día, los líderes de Israel recorrieron el campamento y le dijeron al pueblo: «Mañana por la mañana levantad el campamento. Luego observad a los sacerdotes. Van a recoger el arca de Dios y se dirigirán hacia el río Jordán. Seguidlos, porque vosotros no habéis ido por este camino antes.

Mañana, el Señor hará cosas maravillosas por vosotros. Sabréis que Dios vive con vosotros y que planea expulsar a vuestros enemigos de delante de vosotros».

Josué les dijo que seleccionaran a doce hombres, uno de cada tribu, y que se los enviaran. Luego les dijo a los sacerdotes lo que debían hacer al día siguiente.

56 El paso del Jordán

Josué 3 – 5:12

Por la mañana, Dios le dijo a Josué: «Hoy te exaltaré ante los ojos del pueblo, para que sepan que estoy contigo, tal como estuve con Moisés».

Josué dijo a los sacerdotes: «Llevad el arca de Dios y dirigíos al río Jordán». Así que los sacerdotes llevaron el arca de Dios al río, que estaba crecido. Cuando llegaron a la orilla, siguieron avanzando hasta que el agua les cubrió los pies.

¡De repente, el río se detuvo! Se formó una pared de agua a diez millas río arriba. El resto del agua siguió fluyendo hacia el mar. Al ver esto, los sacerdotes caminaron hasta el centro del lecho del río y se pararon en tierra firme. Entonces el pueblo comenzó a cruzar el río.

Josué dijo entonces a los doce hombres que Israel había seleccionado: «Cada uno de vosotros recoja una piedra grande del lugar donde están los sacerdotes. Ponedla sobre vuestros hombros y llevadla al otro lado del río». Josué tomó entonces otras doce piedras y construyó un monumento en medio del río, junto al lugar donde estaban los sacerdotes.

El pueblo miró a Josué, y él fue exaltado a sus ojos. Sabían que Dios estaba con él, tal como había estado con Moisés.

Cuando todos hubieron cruzado el río, Josué dijo a los sacerdotes: «Salid del medio del lecho del río». Tan pronto como los sacerdotes estuvieron en la orilla del río, las aguas se precipitaron por el lecho y volvieron a su estado de inundación, tal como había sido antes.

Josué llevó al pueblo a un lugar llamado Gilgal, donde acamparon. Luego les hizo construir un monumento con las doce piedras. Dijo: «En el futuro, los niños verán este monumento y preguntarán: «¿Por qué están aquí estas piedras?». Sus padres les contarán acerca de este día, cuando Dios detuvo el río Jordán para que su pueblo pudiera cruzarlo en tierra seca. Todas las naciones de la tierra sabrán que la mano de Dios, el Señor de toda la tierra, es poderosa».

El pueblo de Canaán oyó cómo Dios detuvo el río Jordán para que el pueblo de Israel pudiera cruzarlo en seco. El terror se extendió por todas las ciudades de la tierra.

Josué dijo a todos los hombres de Israel que debían circuncidarse. Esto no se había hecho durante los cuarenta años que el pueblo había estado en el desierto.

Poco después, el pueblo celebró la Pascua. Al día siguiente, el maná dejó de aparecer y nunca volvió. A partir de ese día, el pueblo debía comer los alimentos de la tierra de Canaán.

57 La toma de Jericó

Josué 5:13-6:27

Mientras el pueblo aún estaba en Gilgal, Josué miró hacia Jericó y vio a un hombre de pie cerca de allí con una espada en la mano. Josué se acercó a él y le preguntó: «¿Estás con nosotros o con nuestros enemigos?».

El hombre respondió: «Soy el capitán del ejército del Señor. Acabo de llegar».

Josué se postró y lo adoró. El capitán le dijo: «Quítate los zapatos, porque pisas tierra santa».

El Señor le dijo a Josué: «Te he entregado Jericó, su rey y su ejército». Luego le dio órdenes precisas sobre cómo conquistar Jericó.

Cuando llegó el día, Josué organizó al pueblo. Puso a parte del ejército al frente. Detrás de ellos, colocó a siete sacerdotes que debían tocar trompetas de cuerno de carnero. El arca de Dios estaba detrás de ellos. El resto del ejército seguía al arca. Josué dijo al pueblo: «No digáis ni una palabra mientras marcháis alrededor de la ciudad».

Mientras marchaban alrededor de la ciudad, los sacerdotes tocaban las trompetas, pero el pueblo permanecía en silencio. Una vez que habían dado la vuelta a la ciudad, regresaron a su campamento y pasaron la noche allí.

Hicieron lo mismo el segundo y el tercer día. Repitieron esta marcha alrededor de la ciudad durante seis días.

Temprano en el séptimo día, Josué le dijo al pueblo que siguiera el mismo procedimiento, excepto que ese día debían dar siete vueltas alrededor de la ciudad. Él dijo: «Después de que hayamos marchado alrededor de la ciudad siete veces, les diré que griten. Entonces el Señor les dará la ciudad. Todas las personas y animales en la ciudad deben morir, excepto Rahab y su familia.

«Debéis quemarlo todo, excepto el oro, la plata y las cosas hechas de bronce y hierro. Estas deben reservarse para el Señor. ¡Tened cuidado! No toméis nada de lo que está reservado para el Señor, o seréis reservados para la destrucción».

Así que ese día el pueblo marchó en silencio alrededor de la ciudad siete veces mientras los sacerdotes tocaban las trompetas. Después de la séptima vez, todos se detuvieron.

De repente, los sacerdotes tocaron las trompetas una vez más y Josué gritó: «¡Gritad!». El pueblo gritó y los muros de la ciudad se derrumbaron delante de ellos. El ejército de Israel entró directamente en la ciudad y la destruyó. Los dos espías que Rahab había protegido fueron inmediatamente a su casa. La sacaron a ella y a su familia de la ciudad con vida. Todos los demás habitantes de la ciudad fueron asesinados y todo fue quemado, excepto el oro, la plata y los objetos de bronce y hierro.

Josué proclamó entonces una maldición sobre la ciudad de Jericó. Dijo: «Cualquier hombre que reconstruya esta ciudad perderá tanto a su hijo primogénito como a su hijo menor».

Así que el Señor estaba con Josué y su fama se extendió por toda la tierra.

Rahab y su familia fueron llevados a un lugar seguro fuera del campamento de Israel. Finalmente, ella se casó con un israelita de la tribu de Judá. Con el tiempo, tuvieron un hijo llamado Booz.

58 El pecado de Acán

Josué 7 - 8

Antes de conquistar Jericó, Josué dejó claro al pueblo: «¡Tened cuidado! No toméis nada de lo que está reservado para el Señor, o seréis reservados para la destrucción».

Uno de los soldados que entró en Jericó ese día era un hombre llamado Acán. Allí vio una bolsa de monedas de plata, una barra de oro y un hermoso abrigo de Babilonia. Los tomó y los escondió dentro de su tienda. Esto enfureció al Señor.

Después de la victoria en Jericó, Josué envió exploradores para espiar una ciudad llamada Ai. Regresaron y dijeron: «Solo hay unas pocas personas en Ai. No necesitaremos enviar allí a todas nuestras fuerzas, posiblemente solo dos o tres mil hombres».

Así que Josué envió a 3000 hombres a conquistar Ai. Para su sorpresa, ¡los hombres de la ciudad ganaron la batalla! Mataron a treinta y seis israelitas y ahuyentaron al resto.

El pueblo quedó horrorizado ante esta derrota. Josué rasgó sus vestiduras. Él y los ancianos se postraron ante el arca de Dios con el rostro en tierra. Se echaron polvo sobre la cabeza y permanecieron allí todo el día.

Josué dijo: «¡Oh, Señor! ¿Por qué nos hiciste cruzar el río? Los cananeos se enterarán de esta derrota. Nos rodearán y nos borrarán de la faz de la tierra. ¿Qué será entonces de tu gran nombre?».

El Señor dijo: «¡Levántate del suelo y ponte de pie! Israel ha perdido hoy porque hay pecado en el campamento. Desobedecieron mi mandato y tomaron lo que debía ser apartado. Mientras tengas esas cosas, perderás todas las batallas porque yo ya no estaré contigo».

A la mañana siguiente, Josué hizo que todo Israel se presentara ante él. Cada tribu pasó delante de él. El Señor seleccionó a la tribu de Judá. Todos los clanes de Judá pasaron delante de él. El Señor seleccionó a uno de ellos. Todas las familias de ese clan pasaron delante de él. El Señor seleccionó a uno de ellos. De esa familia, fue seleccionado Acán.

Josué le dijo: «Hijo, ¿qué has hecho? No me ocultes nada».

Acán se derrumbó y dijo: «Es cierto. He pecado contra el Señor. Vi una bolsa de monedas de plata, una barra de oro y un hermoso abrigo de Babilonia. Los quería, así que los tomé y los escondí en mi tienda».

Josué envió hombres a la tienda de Acán para que trajeran las cosas que había tomado. Luego las extendió ante el Señor y todo Israel.

El pueblo reunió entonces todo lo que pertenecía a Acán: sus hijos e hijas, su ganado, su tienda y las cosas que había tomado de Jericó. Los apedrearon hasta matarlos y luego quemaron sus cuerpos. Pusieron un montón de piedras sobre sus cenizas.

El Señor ya no estaba enojado con su pueblo. Entonces le dijo a Josué: «Toma todo tu ejército y ataca a Ai. Te los he entregado a ti. Una vez que los conquistes, el pueblo podrá quedarse con todo lo que encuentre allí».

Josué envió a un grupo de hombres por la noche. Les dijo: «Id detrás de la ciudad y escondeos». Les dio instrucciones precisas sobre lo que debían hacer.

A la mañana siguiente, envió una tropa a luchar contra Ai. Los hombres de la ciudad los vieron venir y salieron a luchar contra ellos. En el fragor de la batalla, Israel comenzó a huir, como lo había hecho antes. Los hombres de Ai los persiguieron, dejando la ciudad desprotegida.

Una vez que los hombres se alejaron de la ciudad, los soldados israelitas salieron de su escondite, entraron en Ai y le prendieron fuego. Los hombres de Ai se volvieron y vieron su ciudad en llamas. Se dieron cuenta de que ahora estaban entre dos partes del ejército israelita. Intentaron escapar, pero no pudieron. Todos ellos murieron en la batalla.

Se permitió al pueblo quedarse con todo lo que encontraran en la ciudad, incluido el ganado. Luego destruyeron la ciudad.

Después de todo esto, el pueblo ofreció sacrificios al Señor. A continuación, Josué leyó toda la ley a todo el pueblo, incluidos los hombres, las mujeres y los niños.

59 El sol se detuvo

Josué 9 – 10

La noticia de la destrucción de Jericó y Ai se extendió por todo Canaán. La mayoría de las ciudades formaron alianzas para protegerse de Israel. Pero una ciudad decidió hacer algo diferente.

Un grupo de hombres de la ciudad de Gabaón se vistieron con ropa vieja y sandalias gastadas. Pusieron sacos viejos en sus burros, empacaron pan seco rancio y llevaron odres viejos.

Fueron a Josué y le dijeron: «Vivimos lejos, pero hemos oído lo que el Señor tu Dios ha hecho por ti. Nuestros ancianos nos enviaron a este largo viaje. Nos dijeron: «Id y haced un tratado con ellos». Mira, sacamos nuestro pan del horno. Ahora está seco y duro. El viaje fue tan largo que nuestra ropa y nuestras sandalias se han desgastado y envejecido».

Los hombres de Israel miraron sus provisiones, pero no buscaron la guía del Señor. Así que Josué hizo un tratado con ellos. Los ancianos de Israel juraron que las dos naciones serían aliadas.

Tres días después del tratado, Israel descubrió que los gabaonitas vivían en Canaán, cerca de allí. Josué los mandó llamar y les dijo: «¿Por qué nos habéis engañado?».

Ellos respondieron: «Oímos que Dios os había dado toda esta tierra. Le dijo a Moisés que matara a todos los que vivían aquí. Temíamos por nuestras vidas, así que os engañamos. Ahora podéis hacer lo que os parezca correcto. Lo aceptaremos».

Josué dijo: «Viviréis gracias a la promesa que os hicimos. No podemos tocaros, pero a partir de ahora seréis nuestros esclavos. Cortaréis leña y acarrearéis agua para nosotros, y serviréis en la casa del Señor».

Los demás reyes de la tierra oyeron que el pueblo de Gabaón había hecho las paces con Israel. Se unieron y marcharon contra su ciudad. Los hombres de Gabaón enviaron un mensaje a Josué diciendo: «Somos tus esclavos. ¡Ven pronto y ayúdanos!».

Así que Josué marchó con su ejército durante toda la noche y sorprendió a los que luchaban contra Gabaón. Intentaron defenderse, pero el ejército israelita era demasiado fuerte para ellos. El Señor también envió sobre ellos grandes granizos, y murieron más personas por el granizo que por la espada.

Josué necesitaba más tiempo, así que miró hacia arriba y dijo: «¡Sol, detente sobre Gabaón!». El Señor escuchó su orden y la cumplió. El sol dejó de moverse por el cielo. Nunca antes, ni desde entonces, ha habido un día como aquel.

Cinco reyes huyeron y se escondieron en una cueva, pero alguien se lo dijo a Josué. Él dijo: «Rodad una piedra para tapar la entrada de la cueva». Luego colocó hombres para vigilarla. Una vez que Israel selló su victoria, Josué sacó a los reyes de la cueva. Les dijo a sus comandantes que pusieran sus pies sobre los cuellos de los reyes. Dijo: «Sed fuertes y valientes. El Señor hará esto con todos vuestros enemigos». Luego ejecutó a los cinco reyes.

Josué condujo a su ejército de ciudad en ciudad, y el Señor le dio la victoria dondequiera que iba.

60 La despedida de Josué

Josué 14-15 y 23-24

Después de que Josué expulsara a muchas de las naciones de Canaán, la tierra fue dividida entre las distintas tribus. Caleb se acercó a Josué y le dijo: «Tenía cuarenta años cuando tú y yo exploramos esta tierra. Trajimos un informe sincero, pero nuestros hermanos infundieron miedo en los corazones del pueblo. Recuerda que Moisés prometió que heredaríamos la tierra que vimos aquel día.

Ahora tengo ochenta y cinco años, pero sigo siendo tan fuerte como hace cuarenta y cinco años. Todavía voy a la batalla y hago mis tareas diarias. Ahora dame estas colinas. Los cananeos todavía viven allí, pero yo los expulsaré».

Así que Josué le dio la región alrededor de Hebrón. Caleb organizó a su pueblo y expulsó a los cananeos de cada ciudad. Cuando llegó a una ciudad, dijo: «Quien conquiste esta ciudad podrá casarse con mi hija».

Un hombre aceptó el reto y la conquistó. Entonces Caleb mandó llamar a su hija. Tan pronto como ella llegó, le dijo a su futuro marido: «Pídele a mi padre ese campo. Tiene un manantial natural de agua».

Ella se bajó de su burro y se enfrentó a su padre. Él le dijo: «¿Qué quieres?».

«Tú nos diste esta ciudad, ahora danos también el manantial de agua». Así que él le dio lo que ella quería.

Años más tarde, Josué supo que estaba a punto de morir, así que llamó al pueblo de Israel para que se reuniera con él. Cuando se reunieron, les dijo: «Habéis visto todo lo que el Señor ha hecho por vosotros. Tenéis tierra donde pueden vivir vuestras familias porque él luchó por vosotros.

Sed fuertes y seguid obedeciendo la Ley de Moisés. No os apartéis de ella. No comencéis a adorar a los dioses de los pueblos que aún viven en esta tierra. En cambio, permaneced fieles al Señor vuestro Dios. Si no lo hacéis, él os sacará de esta tierra».

Josué repasó entonces toda la historia de Israel. Terminó diciendo: «Dios envió avispas delante de vosotros y expulsó a los pueblos que vivían en esta tierra. Os dio campos que no comprasteis, casas que no construisteis y viñedos que no plantasteis.

«Decidid hoy a quién vais a adorar. Podéis servir a los ídolos a los que se postraban vuestros padres. Podéis adorar a los dioses de los pueblos que viven en esta tierra. O podéis adorar y servir al Señor, que os trajo aquí con su mano poderosa. En cuanto a mí y a mi familia, serviremos al Señor».

El pueblo respondió: «No adoraremos a los dioses de esta tierra. Permaneceremos fieles al Señor nuestro Dios. Hemos visto sus poderosas obras, por lo que nosotros también serviremos al Señor».

Josué dijo: «No os creo. Le daréis la espalda al Señor, por lo que él tendrá que destruiros. ¿Cómo podéis hacer eso después de todo lo bueno que ha sido con vosotros?».

El pueblo gritó: «¡No! Adoraremos y serviremos al Señor».

Josué dijo: «Sois testigos de lo que habéis dicho. Estas piedras también son testigos de lo que habéis dicho. Deshaceos de todos los ídolos estúpidos y confiad plenamente en el Señor vuestro Dios».

Poco después, Josué murió a los 110 años. El pueblo adoró al Señor durante todo el tiempo que él los guio en la tierra. También sirvieron al Señor durante toda la vida de los ancianos que sirvieron con Josué.

Pero luego creció otra generación que no conocía al Señor. No habían visto lo que él había hecho.

61 Los tres amigos de Job

Libro de Job

Job era un gran hombre de gran integridad que temía a Dios y se mantenía alejado del mal. Tenía siete hijos y tres hijas. Era un hombre rico con muchos sirvientes. Su ganado incluía un gran número de ovejas, camellos, bueyes y burros.

Un día, Satanás se presentó ante el Señor cuando todos los ángeles estaban allí. El Señor le dijo: «¿Dónde has estado?».

«Oh, paseando por aquí y por allá por la tierra».

El Señor dijo: «¿Has notado a mi siervo Job? No hay nadie más en la tierra como él. Es un hombre íntegro y se mantiene alejado del mal».

Satanás dijo: «Bueno, claro que lo es. Ha descubierto que ser justo es un buen negocio. Tú lo proteges a él y a todo lo que posee. Lo bendices y le das todo lo que quiere. Pero intenta quitarle todas sus posesiones. Entonces verás lo que pasa. Te maldecirá en tu cara».

El Señor dijo: «Ya veremos. Te doy permiso para quitarle todo lo que posee, pero no puedes tocarlo a él personalmente».

Poco después, un sirviente corrió hacia Job y le dijo: «Han venido unos matones y se han llevado todos tus bueyes y burros. Han intentado matar a todos los sirvientes, y solo yo he escapado. He venido inmediatamente a contarte lo que ha pasado».

Mientras aún hablaba, otro sirviente corrió hacia él y le dijo: «Ha soplado una gran tormenta. Un rayo ha caído y ha matado a todas tus ovejas y sirvientes. Solo yo he sobrevivido, así que he corrido aquí para contarte lo que ha pasado».

Mientras aún hablaba, otro siervo llegó corriendo. «Un ejército vino y se llevó todos tus camellos y mató a los siervos. Yo escapé y vine a contarte lo que pasó».

Mientras aún hablaba, otro siervo llegó corriendo. «Tus hijos e hijas estaban comiendo juntos, cuando de repente un tornado azotó la casa y todos murieron. Yo soy el único que sobrevivió. Así que vine aquí para contarte lo que pasó».

Job cayó al suelo abrumado por el dolor. Rasgó sus vestiduras y se afeitó la cabeza. Luego inclinó la cabeza y dijo: «Llegué a este mundo desnudo. Me iré de esta vida desnudo. El Señor da y el Señor quita. ¡Alabado sea el nombre del Señor!». A pesar de todo lo que había sucedido, Job no pecó ni culpó a Dios.

Una vez más, Satanás se presentó ante el Señor cuando todos los ángeles estaban allí. El Señor dijo: «¿Dónde has estado?».

«Oh, caminando por aquí y por allá por la tierra».

El Señor dijo: «¿Te has fijado en mi siervo Job? No hay nadie más en la tierra como él. Es muy íntegro y se mantiene alejado del mal, incluso después de que yo te permitiera, sin ninguna razón, destruir todo lo que tenía».

«Oh, pero no me permitiste tocar su piel. Un hombre hará cualquier cosa para salvar su vida. Golpea su carne y sus huesos, y te maldecirá a la cara».

El Señor dijo: «Ya veremos. Te doy permiso para golpearlo, pero no puedes quitarle la vida».

Poco después, Job se cubrió de úlceras, de la cabeza a los pies. Se sentó en cenizas, tomó un trozo de cerámica rota y se rascó. Su esposa le dijo: «¿Cómo puedes pasar por todo esto y seguir manteniendo tu integridad? ¡Maldice a Dios y muere!».

Él respondió: «¡Estás diciendo tonterías! Estoy dispuesto a aceptar todo lo que Dios me dé, sea bueno o malo». Y así, con todo esto, Job no pecó ni culpó a Dios.

Tres amigos de Job se enteraron de lo que había sucedido y fueron a visitarlo. No podían creer lo que veían cuando lo vieron sentado allí.

Continúa en la siguiente página.

Continuación de la página anterior

Gritaron y se echaron polvo en la cabeza. Los tres se sentaron junto a Job y no dijeron nada durante siete días.

Finalmente, Job gritó: «¡Ojalá nunca hubiera nacido!».

Sus amigos intentaron entonces ayudarle a comprender lo que le estaba pasando. Uno de ellos le explicó que las personas justas no sufren así, solo los pecadores. Job estuvo de acuerdo con él, pero no sabía qué había hecho para merecer aquello.

Su segundo amigo fue un poco más audaz. Le dijo: «¡Job, eres un hipócrita! Debes confesar tu pecado, y entonces Dios será misericordioso».

Job volvió a insistir en su inocencia. Dijo: «Recuerdo haber visto a los justos sufrir, mientras que los malhechores prosperaban».

Su tercer amigo fue el más audaz de todos. Le dijo: «¡Job, eres un mentiroso! Eres un hombre pecador y mereces el juicio de Dios». Entonces Job se enfureció por su inocencia.

Un joven llegó con una perspectiva diferente. Quería animar a Job. Le dijo: «Dios quiso que este sufrimiento fuera educativo. Sí, el Señor está tratando de corregir tu pecado, pero también te está restaurando a la justicia».

De repente, Dios le habló a Job. Le dijo: «Mis caminos están muy por encima de lo que tú puedes entender. Mi propósito para el sufrimiento es un asunto individual para cada persona. Job, escucha. Yo siempre sé lo que te pasa y siempre estoy contigo. Simplemente quiero que llegues al final de ti mismo y confíes totalmente en mí».

Entonces el Señor se volvió hacia los amigos de Job. «Estoy enojado contigo. Todos tus consejos son falsos. Solo Job dijo la verdad». Dios les dijo que hicieran un sacrificio quemado y le pidieran a Job que orara por ellos.

Luego, Dios le devolvió a Job el doble de todo lo que tenía antes. Obtuvo el doble de ovejas y camellos. Obtuvo el doble de bueyes y burros. Dios también le dio siete hijos más y tres hijas más.

Job vivió hasta una edad avanzada. Murió a los 140 años después de vivir una vida plena.

62 Otoniel y Ehud

Jueces 2 – 3

Después de la muerte de Josué, el pueblo siguió sirviendo a Dios. Pero con el tiempo, creció otra generación que no conocía al Señor y comenzó a adorar a Baal.

El Señor se enojó con su pueblo, por lo que permitió que un rey extranjero viniera y los gobernara durante ocho años.

El pueblo finalmente le rogó a Dios que los ayudara, y él tuvo misericordia de ellos. Les envió a Otoniel para que fuera su juez. El Espíritu del Señor estaba sobre él, y pudo ir a la batalla y matar al rey extranjero. Dios liberó a su pueblo y vivieron en paz durante cuarenta años.

Después de la muerte de Otoniel, el pueblo de Israel volvió a enfadar al Señor con todos sus pecados. Esta vez, Dios los entregó a Eglón, el rey de Moab, que era extremadamente gordo. Este pidió ayuda a otras naciones y juntos derrotaron a Israel. Moab gobernó al pueblo durante dieciocho años.

Una vez más, suplicaron al Señor que tuviera misericordia y los ayudara. Esta vez, Dios envió a un juez llamado Ehud, que era zurdo.

Cuando llegó el momento de que el pueblo de Israel enviara dinero al rey Eglón, Él decidió llevárselo él mismo. Fabricó una espada de doble filo que solo medía cuarenta y cinco centímetros. Se la ató debajo de la ropa, en el lado derecho. Llevó consigo a varios hombres y le entregó el dinero al rey.

Después de hacer su presentación al rey, se dieron la vuelta para marcharse. Ehud les dijo a sus hombres que se fueran sin él y regresó a la corte. Dijo: «Rey Eglón, tengo un mensaje secreto para ti».

El rey se alegró, así que despidió a sus guardias y llevó a Ehud por las escaleras hasta una terraza cerrada donde hacía fresco. Allí se sentó en su trono.

Ehud dijo: «El mensaje que te traigo es del Señor». El rey se levantó, y Ehud metió la mano izquierda en su ropa y sacó la espada de su costado derecho. La clavó en el estómago de Eglón. La grasa del rey la rodeó, por lo que Ehud no pudo sacarla. Cuando el rey cayó al suelo, su estómago se abrió y sus entrañas se derramaron.

Ehud salió por la puerta y la cerró tras de sí. Cuando llegaron los sirvientes, vieron que la puerta estaba cerrada, por lo que supusieron que el rey la había cerrado para poder ir al baño.

Esperaron hasta que finalmente se dieron cuenta de que algo iba mal. Encontraron una llave, abrieron la puerta y encontraron a su señor muerto en el suelo.

Este retraso le dio tiempo a Ehud para escapar. Cruzó el río Jordán y dio la alarma. Los israelitas llegaron listos para luchar. Él dijo: «¡Seguidme! El Señor nos ha entregado a los moabitas».

Con Ehud a la cabeza, atacaron a los moabitas y mataron a más de 10 000 guerreros. Debido a esa batalla, los moabitas tuvieron que servir a Israel, y el pueblo vivió en paz durante ochenta años.

63 Débora y Barac derrotan a Sísara

Jueces 4 – 5

Después de la muerte de Ehud, Israel volvió a pecar contra Dios. Entonces el Señor los entregó en manos de un rey cananeo. Este rey los gobernó durante veinte años. Era severo y cruel. Su ejército contaba con 900 carros de hierro, y el nombre de su comandante era Sísara.

La persona que juzgaba a Israel en ese momento era una profetisa llamada Débora. Cuando el pueblo tenía problemas entre sí, acudía a un lugar llamado «la palmera de Débora». Ella se sentaba allí, escuchaba sus quejas y luego resolvía sus desacuerdos.

Un día llamó a un hombre llamado Barac y le dijo: «El Señor tiene un mensaje para ti. Él dice: «Toma 10 000 hombres y ve al monte Tabor. Haré que Sísara venga a ti con sus carros y su ejército. Él vendrá a luchar contra ti, pero yo te lo entregaré»».

Barac le dijo a Débora: «Iré y haré lo que dice el Señor, pero solo si tú vas conmigo. Si tú no vas, yo no iré».

Ella respondió: «Iré contigo, pero si lo hago, no serás tú quien reciba el mérito por matar a Sísara. El Señor le dará ese honor a una mujer». Barac aceptó, así que Débora fue con él.

Barac reunió a diez mil hombres y subió al monte Tabor. Sisera se enteró de esto, así que tomó sus novecientos carros y su ejército y se dirigió hacia el monte Tabor. Débora le dijo a Barac: «¡Ahora es el momento! Toma a tus hombres y ataca a Sisera».

Así que Barac bajó con sus hombres de la montaña y atacó al ejército cananeo. El Señor estaba con él e hizo que los hombres de Sísara se confundieran. Estos dieron media vuelta y huyeron. Cuando Sísara vio esto, abandonó su carro e intentó escapar a pie. Barac persiguió al ejército hasta que todos los hombres estaban muertos.

Sísara corrió hasta llegar a la tienda de Jael. Su marido estaba aliado con el rey cananeo. Ella vio venir a Sísara, salió y le dijo: «Entra aquí y estarás a salvo».

Él entró y ella lo escondió bajo una manta. Él dijo: «Por favor, dame agua para beber». Ella le dio leche, y él se sentó y la bebió. Él dijo: «Quédate en la puerta de la tienda. Si alguien pregunta si hay un hombre aquí, diles que no».

Luego lo cubrió de nuevo y, como él estaba agotado, cayó en un sueño profundo.

Jael fue a buscar una estaca de tienda y un martillo. Se arrodilló silenciosamente junto a Sísara y colocó la estaca en la sien de su cabeza. Luego, con golpes firmes, la clavó a través de su cabeza y en el suelo.

Pronto llegó Barac a su tienda en busca de Sísara. Ella salió y dijo: «Ven y te mostraré al hombre que buscas». Barac entró en su tienda y vio a Sísara muerto en el suelo con una estaca clavada en la sien.

Israel siguió luchando contra el rey cananeo hasta que salió victorioso. Entonces vivieron en paz durante cuarenta años.

64 Llamamiento de Gedeón

Jueces 6

Durante siete años, los madianitas invadieron Israel como una plaga de langostas. Recorrieron todo el país, llevándose todo lo que encontraban a su paso: todas las cosechas y los animales de granja. No dejaron nada para que los israelitas pudieran comer. El pueblo se desesperó y tuvo que buscar refugio en las cuevas de las montañas.

Un hombre llamado Gedeón también se escondía de los madianitas. Tenía que trillar su trigo en un lagar en lugar de en una era abierta. El ángel del Señor vino y se sentó bajo un roble cercano. Dijo: «El Señor está contigo, oh valiente guerrero».

Gedeón dijo: «¡Oh, Señor mío! Si Dios está con nosotros, ¿por qué permite que nos sucedan todas estas cosas malas? ¿Dónde están todos los maravillosos milagros de los que nos hablaron nuestros padres? Dios ya no lucha por nosotros».

El ángel dijo: «Te envío a liberar a Israel de los madianitas».

Gedeón se sorprendió. «Señor, ¿cómo puedo liberar a Israel? No soy nadie».

El Señor dijo: «Sí, pero yo estaré contigo y obtendrás la victoria».

Gedeón dijo: «Señor, necesito una señal de que realmente me estás hablando. Por favor, quédate aquí mientras preparo un sacrificio».

El Señor dijo: «Me quedaré aquí hasta que regreses».

Gedeón se apresuró y preparó un sacrificio para él. Cuando estuvo listo, lo puso sobre una roca. El ángel del Señor se acercó y tocó el sacrificio con la punta de su bastón. El fuego salió de la roca y lo quemó. Y entonces el Señor desapareció.

Gedeón gritó: «¡Señor Dios! ¡Estoy a punto de morir! ¡He visto al ángel del Señor cara a cara!».

El Señor dijo: «No temas. No vas a morir. Haz lo que te digo. Tu padre tiene un altar a Baal. Derríbalo y construye un altar a Dios. Luego ofrece un holocausto al Señor».

Gedeón obedeció, pero lo hizo de noche. Tenía miedo de su familia y de los hombres que vivían en su ciudad.

Por la mañana, la gente encontró el altar de Baal derribado. Vieron el altar al Señor construido en su lugar, y las cenizas del holocausto encima de él. Pronto se enteraron de que Gedeón había hecho esto.

Los hombres de la ciudad fueron a la casa de su padre y le dijeron: «¡Entréguenos a su hijo! Lo mataremos porque derribó el altar de Baal».

El padre de Gedeón les dijo: «Mostradme al hombre que defiende a Baal. ¡Por la mañana estará muerto! Si Baal es realmente un dios, que se defienda a sí mismo».

Una vez más, los madianitas entraron en Israel y acamparon en un valle. El Espíritu del Señor llenó a Gedeón, y él envió mensajes para que la gente viniera, lista para luchar.

Entonces Gedeón oró: «Señor, dame una señal». Luego puso un vellón de lana en la era y le dijo a Dios: «Sabré que tú nos librarás si por la mañana el rocío está solo sobre el vellón y toda la tierra está seca».

Se levantó temprano por la mañana y vio que el vellón estaba empapado, pero el suelo estaba seco.

Gedeón dijo: «Señor, no te enfades conmigo. Permíteme una prueba más. Esta vez, deja que el vellón permanezca seco y que el rocío cubra todo el suelo». Por la mañana, el vellón estaba seco y el rocío cubría todo el suelo.

65 Trescientos hombres

Jueces 7 – 8

Gedeón reunió un ejército de 32 000 hombres. Los llevó y acampó al sur de los madianitas. El Señor le dijo a Gedeón: «Tienes demasiados hombres contigo. Si ahora te entrego a los madianitas, Israel dirá: «Hemos ganado esta victoria por nuestro propio poder». Diles: «Si tienen miedo, váyanse a casa»».

Gedeón dijo esto al pueblo, y 22 000 personas se marcharon, quedando 10 000 hombres.

El Señor dijo a Gedeón: «Todavía hay demasiados hombres. Llévalos al agua. Observa con atención. Fíjate en los que usan las manos para llevarse el agua a la boca. Sepáralos de los que se arrodillan y beben como perros».

Había 300 hombres que bebían usando las manos. El Señor dijo: «Te daré la victoria sobre los madianitas con estos 300 hombres. Envía al resto a casa». Así que Gedeón los envió a casa.

Los que quedaron acamparon sobre el valle donde estaban los madianitas. El pueblo de Madian era como una nube de langostas, y sus camellos eran como la arena del mar.

Esa noche, el Señor le dijo a Gedeón: «Entra sigilosamente en el campamento de los madianitas. Si tienes miedo, llévate a tu siervo contigo. Escucha lo que dicen los soldados». Así que Gedeón se llevó a su siervo y entró en el campamento de los madianitas.

Oyó a un hombre contarle a un amigo un sueño. Le dijo: «Vi una hogaza de pan rodando hacia nuestro campamento. Golpeó una tienda y la destruyó por completo».

Su amigo respondió: «Sé lo que significa. Esa hogaza de pan es la espada de Gedeón, el israelita. Dios ha entregado todo el campamento de los madianitas en sus manos».

Gedeón regresó al campamento de Israel y dijo: «Levantaos, porque el Señor ha entregado a los madianitas en vuestras manos». Dividió a los trescientos hombres en tres compañías de cien. Dio a cada uno una trompeta y una vasija con una antorcha dentro.

Dijo: «Miradme y seguid mi ejemplo. Cuando estemos todos al borde de su campamento, nuestro grupo tocará las trompetas. Vosotros haréis lo mismo. Todos gritarán: «¡La espada del Señor y de Gedeón!»».

Luego los colocó en tres lados del campamento. Cuando todos estuvieron en sus puestos, el grupo de Gedeón tocó las trompetas y rompió las jarras. Los otros dos grupos hicieron lo mismo. Sostuvieron las antorchas en la mano izquierda y las trompetas en la derecha, y gritaron: «¡La espada del Señor y de Gedeón!».

¡Esto sorprendió totalmente al ejército madianita! Entraron en pánico y comenzaron a correr, gritando mientras huían. Los hombres de Gedeón tocaron sus 300 trompetas. Con esto, los soldados madianitas desenvainaron sus espadas y comenzaron a matarse unos a otros.

Gedeón envió entonces a buscar al resto de los hombres de Israel. Juntos persiguieron a los madianitas mientras estos intentaban huir de Israel. Dios les concedió una gran victoria ese día sobre Madián, y estos dejaron de ser una amenaza para Israel.

Después de la batalla, el pueblo quiso nombrar rey a Gedeón, pero él se negó. Simplemente volvió a vivir a su casa. Entonces Israel disfrutó de cuarenta años de paz.

66 Reinado de Abimelec

Jueces 9

Gedeón y sus muchas esposas tuvieron setenta hijos. También tuvo un hijo con una concubina en la ciudad de Siquem. Su nombre era Abimelec.

Después de la muerte de Gedeón, Abimelec fue a ver a sus tíos en Siquem. Les dijo: «Hablen con los oficiales de la ciudad y pregúntenles: "¿Quieren que los setenta hijos de Gedeón los gobiernen? En lugar de ellos, elíjanme a mí. Yo soy hijo de Gedeón, pero también soy pariente vuestro».

Los hombres de Siquem aceptaron nombrarlo rey de Israel. Le dieron setenta monedas de plata del templo de Baal.

Con ellas, contrató a una banda de matones como ejército privado. Lo primero que hicieron fue matar a los setenta hijos de Gedeón. Pero se les escapó uno, el más joven, un hombre llamado Jotam.

Los hombres de Siquem celebraron una fiesta en honor a Abimelec. De repente, oyeron gritos en la distancia. Era Jotam. «¡Escuchadme! Los árboles decidieron tener un rey. Fueron al olivo y le dijeron: «Sé nuestro rey». El olivo respondió: «No tengo tiempo para tonterías. Produzco un aceite precioso que honra a Dios y al hombre».

Entonces fueron a la higuera y le dijeron: «Sé nuestro rey». La higuera respondió: «No tengo tiempo para tonterías. Produzco frutos dulces que todos disfrutan».

Fueron a la vid y le dijeron: «Sé nuestro rey». La vid respondió: «No tengo tiempo para tonterías. Produzco vino que da felicidad a la gente».

Finalmente, los árboles se dirigieron al espino. Le dijeron: «Sé nuestro rey». El espino respondió: «Sí, seré vuestro rey. Pero a partir de ahora, estaréis bajo mi sombra protectora. Si alguno de vosotros se rebela, el fuego saldrá de mis espinas y os reducirá a cenizas».

Mi padre arriesgó su vida por vosotros. ¿Y cómo le recompensasteis? ¡Matasteis a sus hijos! Ahora habéis hecho rey al hijo de una esclava.

Si esto es correcto, os deseo lo mejor. Pero si es incorrecto, pido que salga fuego de Abimelec y os queme». Luego huyó para salvar su vida, porque sabía que su medio hermano intentaría darle caza.

Abimelec gobernó Israel durante tres años. Entonces Dios puso un espíritu maligno entre él y los hombres de Siquem. Esto fue para hacer justicia por lo que les hicieron a los hijos de Gedeón.

Los hombres iniciaron una rebelión contra el rey que habían puesto. En un momento dado, hicieron una gran fiesta y se emborracharon. Comenzaron a maldecir a Abimelec y a alardear de cómo iban a derrocarlo.

El alcalde de la ciudad se enfadó por estas palabras y mandó llamar a Abimelec. El alcalde accedió a ayudar a su ejército a tender una emboscada a los hombres de Siquem.

Esa noche, Abimelec escondió a sus hombres fuera de la ciudad para poder atacar por la mañana. Al amanecer, uno de los hombres de Siquem estaba en la puerta con el alcalde. De repente, vio algo que se movía. Dijo: «¡Mirad! ¿Qué es eso? ¿Son hombres que vienen a atacarnos?».

El alcalde respondió: «No. Son solo sombras de la montaña».

Unos momentos después, el hombre vio varias unidades de hombres que se acercaban a la ciudad. Corrió hacia la ciudad y gritó: «¡Nos están atacando!».

La batalla duró varios días. Finalmente, la ciudad fue capturada y la gente escapó a una torre. Abimelec y sus hombres colocaron ramas de árboles alrededor de la torre y la quemaron. Más de mil hombres y mujeres murieron allí ese día. La maldición de Jotam sobre los hombres de Siquem se había cumplido.

Abimelec destruyó completamente la ciudad y la derribó. Esparció sal sobre ella para que nada pudiera crecer allí.

Cuando terminó, él y sus hombres fueron a destruir otra ciudad rebelde. Una vez más, la gente escapó a una torre. Abimelec y sus hombres fueron a buscar madera para prenderle fuego. Mientras la colocaban, una mujer miró hacia abajo y vio a Abimelec justo debajo de ella. Entonces dejó caer un trozo de piedra de molino sobre su cabeza.

Abimelec llamó a uno de sus soldados. «¡Rápido, mátame con tu espada! ¡No quiero que me conozcan como el hombre que fue asesinado por una mujer!

67 El voto de Jefté

Jueces 10:6 – 11:40

La madre de Jefté era una prostituta, pero su padre era un hombre prominente en Israel. Jefté se crio en la casa de su padre, pero cuando sus medio hermanos tuvieron la edad suficiente, le dijeron: «¡Fuera de aquí! No eres hijo de nuestra madre y no vas a heredar nada de nuestro padre».

Así que Jefté abandonó la zona. Se convirtió en un gran guerrero y organizó una banda de matones.

Durante ese tiempo, el pueblo de Israel se rebeló una vez más contra el Señor y comenzó a adorar a otros dioses. Dios permitió que los amonitas los conquistaran. Los amonitas eran extremadamente crueles, e Israel sufrió bajo su crueldad durante dieciocho años.

El pueblo clamó al Señor y dijo: «¡Líbranos!».

El Señor dijo: «¡No! No lo haré. Os he liberado una y otra vez. No lo volveré a hacer. Id a pedir a vuestros ídolos que os liberen».

Así que los israelitas se deshicieron de sus dioses falsos y comenzaron a adorar al Señor. Dijeron: «Haz lo que quieras con nosotros. Sabemos que hemos pecado. Pero, por favor, ¡sácanos de este lío!». Con eso, Dios volvió a tener misericordia de ellos.

Los amonitas se trasladaron a la tierra para luchar contra Israel. Los israelitas salieron a su encuentro, pero no tenían líder. Enviaron a buscar a Jefté y le dijeron: «Ven y lidera a nuestras tropas en la batalla contra los amonitas».

Él les envió un mensaje diciendo: «¡Sois los mismos que me echasteis! ¿Y ahora venís a pedirme ayuda?».

Ellos respondieron: «Es cierto. Lo hicimos, pero si vienes y nos das la victoria, serás nuestro líder. Escucha, el Señor es nuestro testigo. Haremos lo que hemos dicho».

Entonces el Espíritu de Dios vino sobre Jefté, y él condujo al pueblo a la batalla. Hizo un voto ante el Señor y dijo: «Oh Dios, si me das la victoria sobre los amonitas, cuando vuelva a casa te daré lo primero que salga de mi casa. Te lo sacrificaré como ofrenda quemada».

El Señor dio la victoria a Jefté. Derrotó por completo al ejército amonita e incluso destruyó veinte de sus ciudades.

Jefté solo tenía una hija. Cuando regresó a casa, ella salió a su encuentro bailando. Estaba muy orgullosa de su victoria. Cuando Jefté la vio, rasgó sus vestiduras y se postró en tierra. Gritó: «¡Oh, hija mía! ¡Qué he hecho! He hecho un voto a Dios y no puedo retractarme».

Ella dijo: «Padre, debes cumplir tu palabra al Señor. Él cumplió su parte del trato al darte una gran victoria. Ahora tú debes cumplir la tuya. Solo te pido una cosa. Como nunca me casaré, permíteme ir a las colinas con mis amigas durante dos meses. Juntas lamentaremos el hecho de que nunca me casaré».

Su padre accedió, así que ella y sus amigas se fueron a las colinas. Durante dos meses, lamentaron el hecho de que ella nunca tendría una relación íntima con un hombre ni disfrutaría de la alegría de amamantar a sus hijos.

Luego regresó a casa y Jefté cumplió su promesa. Después de eso, se convirtió en una costumbre en Israel. Cada año, las jóvenes salían y pasaban cuatro días recordando a la hija de Jefté.

68 El nacimiento de Sansón

Jueces 13

Había un hombre de la tribu de Dan cuya esposa no podía tener hijos. Esto sucedió durante la época en que los filisteos habían tomado el control de Israel. El ángel del Señor se le apareció a la mujer y le dijo: «Pronto quedarás embarazada. El niño que llevarás en tu vientre tendrá el voto de nazareo desde el momento en que nazca. Así que ten cuidado. No bebas alcohol ni comas nada que vaya en contra de la Ley de Moisés. Y nunca le cortes el pelo a tu hijo. Él salvará a Israel de los filisteos».

La mujer no se dio cuenta de que estaba hablando con el ángel del Señor. Corrió hacia su marido y le dijo: «Un hombre de Dios vino y me dijo que tú y yo vamos a tener un bebé. Me dijo que no bebiera alcohol ni comiera nada que fuera contra la Ley de Moisés. No debo cortarle el pelo porque nuestro hijo va a mantener el voto nazareo desde su nacimiento».

Su esposo oró inmediatamente y le pidió a Dios que volviera a enviarles al hombre de Dios. Quería más instrucciones sobre lo que debían hacer exactamente cuando naciera el niño.

Más tarde, la mujer estaba sentada en el campo, cuando de repente el ángel del Señor se le apareció de nuevo. Corrió rápidamente a buscar a su esposo. Le dijo: «Ese mismo hombre de Dios está en el campo».

El marido corrió a su encuentro. Le dijo: «¿Eres tú el hombre que habló con mi mujer?».

«Sí, soy yo».

El ángel le dio entonces las mismas instrucciones que le había dado a la mujer. El hombre dijo: «Por favor, quédate aquí mientras preparamos una comida para ti».

El ángel dijo: «Me quedaré, pero no comeré con vosotros. En su lugar, presentad un holocausto a Dios».

El hombre y su esposa aún no sabían que estaban hablando con el ángel del Señor. El hombre dijo: «¿Cómo te llamas? Queremos honrarte cuando todo lo que dices se haga realidad».

El ángel dijo: «No te diré mi nombre. Es demasiado maravilloso para ti».

Entonces el hombre preparó un holocausto y lo sacrificó sobre una roca. Las llamas se elevaron hacia el cielo. De repente, mientras el hombre y su esposa observaban, el ángel del Señor subió entre las llamas.

La pareja cayó inmediatamente al suelo. El hombre dijo: «¡Vamos a morir! ¡Hemos visto a Dios!».

La mujer dijo: «No creo que vayamos a morir. Él aceptó nuestro holocausto. Además, dijo que íbamos a tener un bebé».

La mujer siguió las instrucciones que le dieron y, en el momento señalado, dio a luz a un niño. Lo llamaron Sansón.

69 Sansón y la mujer filistea de Timnat

Jueces14

Cuando Sansón era joven, vio a una mujer filistea en particular. Fue a ver a sus padres y les dijo: «Arreglad un matrimonio entre esa mujer y yo».

Ellos se sorprendieron. «Los filisteos son paganos. Tienes que encontrar una mujer del pueblo de Israel».

«No. Ella es la que quiero. Ve a hacer los arreglos». Sus padres no sabían que el Señor quería que esto sucediera para ofender a los filisteos.

Sansón y sus padres fueron a hacer los preparativos finales. Por el camino, Sansón se apartó del camino por su cuenta. De repente, un león joven lo atacó. El Espíritu de Dios llenó a Sansón y él agarró al león y lo destrozó como si fuera un animal pequeño. Después, volvió con sus padres, pero no les contó lo del león. Continuaron su viaje y juntos finalizaron los preparativos de la boda.

Cuando llegó el gran día, Sansón y sus padres regresaron por la misma ruta. Cuando llegaron al lugar donde había matado al león, Sansón se apartó una vez más sin sus padres.

Encontró el león muerto y se sorprendió al ver que las abejas habían hecho una colmena en él. Metió la mano, cogió un poco de miel y se la comió. Luego llevó un poco a sus padres, pero no les dijo dónde la había conseguido.

Treinta jóvenes filisteos acudieron a la fiesta de bodas, que duró siete días. Sansón dijo: «Tengo un acertijo. Si lo resolvéis durante estos siete días, os daré treinta mudas de ropa, incluyendo la ropa interior. Pero si no lo resolvéis, debéis darme treinta mudas de ropa, incluyendo la ropa interior».

Ellos dijeron: «Estamos de acuerdo. Dinos el acertijo».

Él dijo: «Del que come salió algo para comer. Del fuerte salió algo dulce».

Durante tres días, los jóvenes trabajaron en el acertijo. Al cuarto día, fueron a ver a la esposa de Sansón y le dijeron: «Nos trajiste aquí para robarnos. No lo vamos a tolerar. Tú eres su esposa. Averigua la respuesta a su acertijo o quemaremos todo lo que pertenece a tu padre».

Entonces ella fue a ver a Sansón y le preguntó por su significado. Él respondió: «No te lo voy a decir. Ni siquiera se lo he dicho a mis padres».

Ella empezó a llorar. «No me quieres». Siguió llorando y suplicando hasta que él no pudo soportarlo más. El último día de la fiesta, le reveló el significado del acertijo. Ella corrió inmediatamente a contárselo a los hombres.

Esa noche, justo antes de que se acabara el tiempo, los hombres le dijeron a Sansón: «¿Qué es más dulce que la miel? ¿Qué es más fuerte que un león?».

Él supo inmediatamente lo que habían hecho. Dijo: «No habrían podido arar ese campo sin mi vaca joven».

Fue a una ciudad filistea cercana y Dios le dio el poder de matar a treinta hombres. Tomó sus ropas y se las dio a los invitados a la boda. Estaba tan enojado que regresó a la casa de su padre sin su esposa.

70 Los zorros y la quijada

Jueces15

El suegro de Sansón entregó a su hija a un hombre que asistió a la fiesta de bodas. Pensó que Sansón ya no la quería, ya que se había ido a casa sin ella.

Más tarde, Sansón volvió a visitar a su esposa con un regalo. Su suegro le dijo: «¿Qué quieres?».

«He venido a visitar a mi esposa en su habitación».

El hombre dijo: «Oh, no puedes hacer eso. Pensé que odiabas a mi hija, así que se la di a otro hombre. Pero no te preocupes. Tengo una hija menor. Puedes quedarte con ella. Todo el mundo sabe que es más hermosa que su hermana».

Sansón se enfadó y dijo: «Voy a hacer daño a algunos filisteos, a muchos de ellos, y voy a disfrutarlo».

Atrapó 300 zorros y los puso por parejas, y ató una antorcha a la cola de cada pareja. Luego encendió las antorchas y soltó a los zorros en diferentes campos filisteos.

Los zorros corrieron, quemando todo lo que encontraban a su paso. Esto no solo destruyó el grano en pie, sino también las pilas de grano que ya se habían cosechado. Incluso destruyeron viñedos y olivares. Los filisteos descubrieron que había sido Sansón quien había hecho esto. Culparon a su suegro porque había enfadado a Sansón al regalarle a su esposa.

Lo llevaron a él y a su hija y los quemaron vivos. Esto enfureció aún más a Sansón. Encontró a cada uno de los hombres que habían participado en esto y los desmembró, miembro a miembro. Muchas personas murieron. Una vez que terminó, abandonó Filistea, regresó y se escondió en una cueva en Israel.

Los filisteos invadieron Israel con un ejército. Los israelitas dijeron: «¿Por qué nos atacáis?».

«Estáis protegiendo a Sansón. Debe ser castigado por lo que ha hecho».

Tres mil israelitas fueron a la cueva donde se escondía Sansón. Le dijeron: «Te llevaremos de vuelta a los filisteos. Ellos nos han gobernado en paz, pero ahora tú los has provocado».

Él respondió: «Iré con vosotros si me juráis que no me mataréis».

Ellos dijeron: «No te mataremos, pero te ataremos». Lo ataron con dos cuerdas nuevas y se lo llevaron. Una vez que los filisteos lo tuvieron, gritaron de alegría.

Al instante, el Espíritu del Señor lo llenó y él rompió las cuerdas de sus manos. Agarró la quijada de un asno y corrió hacia la multitud filistea, matando a mil de ellos.

Después de su victoria, tiró la quijada. Levantó la vista y gritó: «Señor, tú me diste la victoria. He matado a mil hombres. Ahora, ¿vas a dejar que muera de sed?».

De repente, una roca se partió y brotó agua. Sansón bebió hasta refrescarse.

Fue juez de Israel durante veinte años, aunque los filisteos seguían gobernando la tierra.

Una vez, fue a una ciudad filistea para acostarse con una prostituta. Cuando se enteraron de que estaba en su ciudad, cerraron las puertas para poder capturarlo al amanecer.

Hacia la medianoche, Sansón se levantó para irse a casa. Cuando llegó a la puerta, la arrancó del suelo y se la llevó. La llevó a la cima de una colina israelí y la dejó allí, todavía cerrada y con el cerrojo puesto.

71 Sansón y Dalila

Jueces16

Con el tiempo, Sansón se enamoró de una mujer llamada Dalila. Cuando los filisteos se enteraron de esto, un grupo de sus líderes se reunió con ella. Le dijeron: «Cada uno de nosotros te pagará mil cien piezas de plata si logras descubrir el secreto de su fuerza. Una vez que lo sepamos, podremos matarlo».

Entonces ella le preguntó a Sansón: «¿Cómo se te puede atar de manera que quedes impotente?».

«Oh», dijo él, «seré como cualquier otro hombre si alguien me ata con siete cuerdas de arco nuevas».

Los filisteos le dieron siete cuerdas de arco nuevas y escondieron a algunos guardias en su habitación. Ella ató a Sansón con las cuerdas de arco y luego gritó: «¡Sansón, los filisteos están aquí!». Él saltó y rompió las cuerdas de arco como si fueran trozos de hilo tocados por el fuego.

Dalila dijo: «¡Me has mentido! ¿Por qué te burlas de mí así? Por favor, dime cómo se te puede atar».

Él respondió: «La clave son las cuerdas nuevas, pero solo las que no se hayan utilizado para nada más. Si me atan con cuerdas nuevas, seré como los demás».

Así que ella tomó unas cuerdas nuevas y lo ató. Los guardias seguían en su escondite. Ella gritó: «¡Sansón, rápido! ¡Los filisteos están aquí!». Él saltó y rompió las cuerdas como si fueran trozos de hilo.

Ella dijo: «No soy más que una broma para ti. ¿Por qué sigues mintiéndome? Ahora dime cómo puedes ser atado».

Él dijo: «Es mi cabello. Si tejes mis siete trenzas con la tela de un telar, seré tan débil como cualquier otro hombre».

Así que ella esperó hasta que él se durmió y cuidadosamente entrelazó sus siete trenzas en el telar. Luego gritó: «¡Sansón! Los filisteos están aquí». Él se despertó y sacó su cabello del telar.

Dalila dijo: «¿Cómo puedes decir que me amas si no confías en mí? Ya son tres veces que te ríes de mí diciéndome mentiras. ¿Por qué no puedes confiarme el secreto de tu fuerza?».

Ella siguió así día tras día. Le rogó y le insistió hasta que lo agotó. Finalmente, él le dijo la verdad. Le dijo: «Soy lo que nuestro pueblo llama un nazareo. Lo soy desde que nací. Nunca me han cortado el cabello, y ese es el secreto de mi fuerza. Si alguien me afeita la cabeza, seré como cualquier otro hombre».

Dalila se dio cuenta de que él finalmente le había dicho la verdad. Mandó llamar a los gobernantes filisteos. «Vengan. Finalmente le saqué la verdad. Asegúrense de traer mi dinero con ustedes». Así que vinieron con su dinero.

Esa noche, él se quedó dormido con la cabeza en su regazo. Un hombre salió de su escondite y le cortó las siete trenzas. Al hacerlo, Sansón perdió su fuerza. Entonces ella gritó: «¡Sansón, los filisteos están aquí!».

Él se levantó de un salto para defenderse, pero no sabía que el Señor no estaba con él.

Los filisteos lo agarraron y no pudo liberarse. Lo sujetaron en el suelo y le sacaron los ojos. Luego lo llevaron a la cárcel, donde lo obligaron a empujar una piedra de molino.

Mientras estaba en prisión, el cabello de Sansón comenzó a crecer de nuevo. Con el tiempo, los filisteos se reunieron para adorar en el templo de su dios. Comieron y bebieron hasta emborracharse. Alguien gritó: «Traed a Sansón. Eso nos dará una buena risa».

El lugar estaba abarrotado cuando un niño llevó a Sansón al templo. Él le dijo al niño: «Llévame a los pilares que sostienen el templo».

Sansón clamó a Dios: «Oh, Señor Dios. Dame fuerzas solo una vez más. Permíteme vengarme de los filisteos por haberme quitado los ojos. Moriré con ellos».

Luego agarró las dos columnas de soporte y empujó con todas sus fuerzas. Estas cedieron y el templo se derrumbó sobre los filisteos, incluyendo todos sus líderes. Murieron más personas con la muerte de Sansón que las que él había matado en toda su vida. Había sido juez en Israel durante 20 años.

72 El nieto de Moisés

Jueces 17 – 18

Durante la época de los jueces, un hombre llamado Miqueas robó 1100 piezas de plata a su madre. Luego descubrió que ella había maldecido a quien se las hubiera llevado. Así que se las devolvió.

Ella dijo: «Oh, hijo mío. No sabía que eras tú. Iba a dártelo de todos modos». Pero él se negó a quedárselo. Entonces ella tomó parte del dinero y fabricó un ídolo para que su hijo lo colocara en su casa. Con el resto, Miqueas confeccionó algunas vestimentas especiales para el culto y provisiones para un sacerdote.

Un joven llamado Jonatán era un levita de Belén. Se fue de casa en busca de un lugar donde establecerse. Pasó la noche en la casa de Miqueas y los dos se hicieron amigos. Finalmente, Miqueas le dijo: «Quédate aquí y te nombraré sacerdote de mi ídolo. Te daré todo lo que necesites: ropa, comida, un lugar donde quedarte, e incluso te daré un salario». Jonatán aceptó y pronto se convirtió en uno más de la familia.

En ese mismo momento, la tribu de Dan buscaba un lugar permanente para su pueblo. En todos los años transcurridos desde Josué, no habían encontrado un lugar propio. Decidieron enviar a cinco soldados como espías.

Los espías acamparon cerca de la casa de Miqueas, y Jonatán salió a visitarlos. Le dijeron: «Tú tienes acento de Belén. ¿Qué haces aquí?».

Él les contó sobre su trabajo y lo bien que lo trataba Miqueas. Cuando se enteraron de que era levita y sacerdote, le dijeron: «Por favor, pregúntale a Dios si tendremos éxito».

Él respondió: «No se preocupen por nada. El Señor está con ustedes».

Los hombres se marcharon y continuaron su búsqueda. Finalmente encontraron un lugar maravilloso, donde la gente era pacífica y estaba desprotegida. Los espías regresaron a su tribu y dijeron: «¡Hemos encontrado un lugar donde vivir! Es una buena tierra y será fácil conquistar a su gente».

Así que el pueblo de Dan envió a 600 hombres a conquistar la ciudad. Cuando llegaron a la casa de Miqueas, los cinco espías dijeron a los demás: «El dueño de esa casa tiene un ídolo, ropas para el culto e incluso un sacerdote. Podríamos usar esas cosas en nuestra nueva ciudad».

Así que los 600 hombres fueron a la casa de Miqueas. Jonatán salió a recibirlos. Mientras él estaba allí, los cinco espías entraron en la casa y se llevaron el ídolo y todas las cosas que lo acompañaban.

Jonatán dijo: «¿Qué estáis haciendo?».

Ellos respondieron: «Cállate y escucha con atención. Tú tienes una opción. Puedes quedarte aquí y ser sacerdote de un solo hombre, o puedes venir con nosotros y ser sacerdote de toda una tribu. Tú puedes decirnos lo que Dios quiere que hagamos».

Jonatán pensó que era una buena oportunidad, así que aceptó ir con ellos. Incluso les ayudó a llevarse todas las cosas de culto de la casa de Miqueas.

Cuando Miqueas se enteró de lo que había pasado, reunió a algunos hombres y persiguió a los danitas. En cuanto los vio, les gritó. Inmediatamente se detuvieron, se dieron la vuelta y se enfrentaron a los hombres que los seguían. Les gritaron: «¿Por qué nos seguís?».

Miqueas dijo: «¿Cómo pueden decir eso? Se llevaron a mi dios y a mi sacerdote. No me queda nada».

Los hombres de Dan dijeron: «Deja de gritarnos o te quitaremos algo más. Te quitaremos la vida y mataremos a tu familia».

Miqueas vio que no podía hacer nada. Así que se dio la vuelta y se fue a casa.

Los danitas continuaron con su campaña militar. Atacaron a la gente pacífica y los mataron a todos. Quemaron su ciudad y construyeron una nueva. La llamaron Dan, y se convirtió en su hogar permanente.

Jonatán y sus descendientes fueron sacerdotes de los danitas durante cientos de años. Les ayudaron a adorar a ese ídolo hasta que los asirios los llevaron cautivos. Jonatán era nieto de Moisés.

73 Preludio a guerra

Jueces 19

Una vez, durante la época de los jueces, estalló una guerra civil en toda la nación de Israel. Todas las tribus se unieron contra la tribu de Benjamín y casi la eliminaron. Todo comenzó cuando una mujer abandonó a un hombre.

Un levita consiguió que una mujer se convirtiera en su concubina. Un día ella lo abandonó y regresó a la casa de sus padres. Después de cuatro meses, el hombre decidió ir a tratarla bien con la esperanza de que ella regresara a su casa.

Cuando llegó allí, el padre de ella le dio la bienvenida a su casa. Los dos hombres se hicieron amigos, por lo que el levita se quedó tres días.

El cuarto día se levantó temprano para volver a casa. El padre de la joven le dijo: «Desayuna bien antes de irte. Te ayudará a tener un mejor día durante el viaje».

Así que comieron juntos y disfrutaron de su amistad. Pasó el tiempo y finalmente llegó la tarde. El padre dijo: «Ya es demasiado tarde para partir. Espera hasta mañana por la mañana, cuando podrás salir temprano».

El levita pasó la noche allí y, por la mañana, el padre de la joven le dijo: «Desayuna bien antes de partir. Te ayudará a tener un mejor día durante el viaje». Una vez más, comieron y conversaron hasta bien entrada la tarde. El padre dijo: «Ya es demasiado tarde para partir. Espera hasta mañana por la mañana, cuando puedas salir temprano».

Esta vez, el hombre estaba decidido a partir. Se puso en camino con su concubina, pero no habían avanzado mucho cuando se dieron cuenta de que necesitaban pasar la noche en algún lugar.

Viajaron hasta una ciudad controlada por la tribu de Benjamín. Se quedaron allí esperando que alguien los invitara a su casa. Al principio, nadie respondió, pero finalmente un anciano los vio y los invitó a su casa.

Estaban disfrutando de la compañía mutua esa noche, cuando de repente una banda de hombres rodeó la casa del anciano. Golpearon la puerta y dijeron: «Envía a ese hombre que se aloja contigo. Queremos tener relaciones sexuales con él».

El anciano les gritó: «Este hombre es un invitado en mi casa. No dejaré que abusen de él. Les enviaré a mi hija virgen y a la concubina del hombre. Hagan lo que quieran con ellas, pero no pueden tener al hombre».

Los hombres que estaban afuera no quisieron escuchar. Se volvieron más violentos e insistieron en tener relaciones sexuales con el hombre. Finalmente, el levita agarró a su concubina y la empujó fuera de la puerta.

La banda de hombres se turnó para violarla durante el resto de la noche. A primera hora de la mañana, la dejaron marchar. Ella se arrastró de vuelta a la casa y se derrumbó fuera de la puerta.

El levita se despertó y se preparó para continuar su viaje. Vio a su concubina en la puerta. «Levántate. Es hora de irse». Ella no se movió, así que la subió a su burro y se fue a casa.

Cuando llegaron, se dio cuenta de que estaba muerta. Cortó su cuerpo en doce pedazos y los envió a todas las regiones de Israel. Cuando el pueblo vio esto, dijo: «Nunca ha sucedido nada parecido en la nación de Israel».

Se convirtió en tema de conversación en todas las ciudades. Finalmente, el pueblo supo que tenía que tomar medidas contra la tribu de Benjamín.

Continúa en la siguiente historia

74 Mujeres para los benjamitas

Jueces 20 – 21

Continuación del historia anterior

Toda la nación de Israel se preparó para la guerra civil. Todas las tribus se unieron contra la tribu de Benjamín. Declararon que ninguna ciudad quedaría exenta de esta guerra. Cualquiera que violara esta norma sería destruida. También juraron que ningún hombre daría a su hija en matrimonio a un benjamita.

Ambos bandos reunieron ejércitos masivos. Los comandantes de Israel fueron a Betel y buscaron la guía de Dios. Por la mañana, comenzó la guerra. Al final del día, los benjamitas habían matado a muchos israelitas y habían ganado la batalla.

Los comandantes de Israel se presentaron ante el Señor angustiados. Dijeron: «¿Debemos continuar esta batalla contra nuestros hermanos?».

El Señor dijo: «Luchad contra ellos».

Al día siguiente, los benjamitas volvieron a matar a muchos israelitas y ganaron la batalla. Esta vez, todo el ejército se presentó ante el Señor en Betel. Ofrecieron sacrificios y clamaron angustiados. Dijeron: «¿Debemos volver a enfrentarnos a Benjamín o debemos detenernos?».

El Señor dijo: «Id y combatid contra ellos. Mañana os daré la victoria».

El ejército israelita se preparó para combatir por la mañana, pero esta vez escondieron a algunos de sus hombres detrás de la ciudad. Los benjamitas salieron a combatir y, una vez más, parecía que iban a ganar. Los israelitas se retiraron y los benjamitas corrieron tras ellos. Gritaban: «¡Siempre ganamos todas las batallas!».

Pronto la ciudad quedó desprotegida. Los que estaban escondidos entraron en la ciudad y la destruyeron por completo, matando a todos. Cuando el ejército de Israel vio el humo que salía de la ciudad, dio media vuelta y volvió a la batalla. El ejército de Benjamín también vio el humo y supo que habían sido engañados.

El Señor luchó contra Benjamín, y pronto estos se aterrorizaron e intentaron huir, pero Israel los tenía rodeados. Los únicos que sobrevivieron fueron 600 hombres que se escondieron en una fortaleza. Todos los demás miembros de la tribu fueron asesinados y sus ciudades destruidas.

Una vez que todo terminó, el pueblo de Israel se dio cuenta de lo que había hecho. Fueron a Betel y se sentaron ante el Señor. Lloraron y se lamentaron. «Oh, Señor Dios. ¿Qué hemos hecho? Ahora nos falta una de nuestras doce tribus».

Permanecieron ante el Señor todo el día y ofrecieron sacrificios. Dijeron: «¿Qué podemos hacer? Solo nos quedan 600 hombres de Benjamín y todas sus mujeres han muerto». Sabían que era importante que la tribu se repoblara.

No podían darles a sus hijas debido al juramento que habían hecho. De repente, se les ocurrió una idea. «¿Hubo alguna ciudad que no acudiera a la batalla como se le había ordenado?».

Una ciudad había desobedecido la orden de luchar. Así que el ejército de Israel fue y mató a todos los que estaban allí. La única excepción fueron las mujeres vírgenes. Cuando terminó la batalla, tenían 400 vírgenes de esa ciudad.

Israel hizo las paces con los 600 hombres de la fortaleza y les dio las 400 mujeres para que fueran sus esposas. Aún necesitaban 200 mujeres.

Entonces tuvieron otra idea. Les dijeron a los benjamitas: «Silo tiene un festival anual. En un momento dado, las jóvenes salen bailando de la ciudad. Escóndanse en la viña junto al camino. Cuando sea el momento adecuado, cada uno de ustedes salte y coja una esposa para sí mismo. Llévenlas a su propia tierra. No se preocupen por sus padres y hermanos. Se quejarán a nosotros, pero les explicaremos la situación».

Así que los benjamitas se escondieron en la viña junto al camino. Esperaron hasta que las jóvenes salieron bailando de Silo. En el momento oportuno, saltaron y se llevaron esposas para ellos.

Los padres y hermanos de las mujeres se quejaron, pero los hombres de Israel dijeron: «Sed amables y dejad que se queden con vuestras hijas. Necesitan esposas y nosotros no tenemos suficientes para darles. No os preocupéis por la maldición, porque en realidad vosotros no les habéis dado a vuestras hijas. ¡Ellos se las han llevado!».

75 Rut y Noemí

Rut 1-2

Durante la época de los jueces, un hombre decidió abandonar su hogar en Belén. Se llevó a su esposa Noemí y a sus dos hijos y se fue al país de Moab.

Las cosas no le fueron bien allí. Vivieron en Moab durante diez años. Durante ese tiempo, el hombre murió, los dos hijos se casaron con mujeres moabitas y luego los hijos murieron. Noemí se quedó sola con sus dos nueras.

Ella decidió regresar a Belén. Así que las tres mujeres se prepararon para el viaje y se marcharon. En el camino, Noemí se volvió hacia sus nueras y les dijo: «Regresen a sus hogares. Que el Señor las bendiga, como ustedes han sido una bendición para mí. Ruego al Señor que les dé a cada una de ustedes un buen esposo y muchos hijos». Luego las besó para despedirse.

Las tres mujeres lloraron, y ambas nueras insistieron en que querían quedarse con Noemí. Ella dijo: «No, tenéis que ir a casa. Ya no tengo más hijos que daros. Aunque me quedara embarazada esta noche, ¿esperaríais a que mi bebé creciera para poder casaros con él? No, es mejor que volváis a casa. La vida conmigo va a ser amarga». Con eso, una de las nueras besó a Noemí y se fue a casa.

La segunda nuera era Rut. Ella dijo: «¡No te dejaré! No me hagas volver. Voy contigo. Dondequiera que vivas, allí viviré yo. Tu pueblo será mi pueblo. Tu Dios es ahora mi Dios. El lugar donde mueras es donde moriré y seré enterrada. Solo la muerte nos separará».

Noemí vio que no podía discutir con Rut. Así que ambas regresaron a Belén.

Cuando llegaron, todo el pueblo se emocionó al ver que Noemí había regresado a casa. Ella les dijo: «No me llaméis más Noemí. Eso significa «agradable», y la vida ya no es agradable. Llamadme Mara, que significa «amarga». El Señor ha amargado mi vida».

Así que Noemí y Rut establecieron su hogar en Belén. La vida era dura porque las dos mujeres eran pobres.

Afortunadamente, era época de cosecha. A los pobres se les permitía ir al campo y recoger el grano que se caía durante la cosecha. Así que Rut fue al campo a recoger comida para las dos. Fue a un campo propiedad de un hombre llamado Booz.

Más tarde, por la mañana, Booz llegó a su campo. Vio a Rut y le dijo al capataz: «¿Quién es esa joven?».

«Oh, es la moabita que vino aquí con Noemí. Es muy trabajadora».

Booz se acercó a Rut y le dijo: «No vayas a ningún otro campo. Quédate aquí y trabaja junto a mis sirvientas. Obsérvalas y ve adonde ellas vayan. Los hombres no te harán daño. Ya les he dicho que se mantengan alejados de ti. De hecho, bebe de su agua cuando tengas sed».

Rut inclinó la cabeza y le dio las gracias a Booz. Ella dijo: «¿Por qué eres tan amable con una extranjera?».

Él respondió: «Todos hemos oído lo bien que has tratado a Noemí. Dejaste a tus padres y tu país para venir aquí y cuidar de ella. ¡Que el Señor te bendiga abundantemente!».

Luego regresó y les dijo a sus hombres que dejaran grano extra en su camino. Además, debían proporcionarle comida cuando se detuvieran a comer.

Esa noche, Rut regresó a casa con todo lo que había recogido. Incluso le sobró comida. Noemí se sorprendió al ver todo esto. Rut le contó la bondad de Booz, el dueño del campo.

Naomi respondió cuando oyó el nombre de Booz. Dijo: «¡Que el Señor lo bendiga! Oh, Rut, es un pariente cercano de nuestra familia. Quédate en su campo, tal como él ha dicho. Allí estarás a salvo».

Así que Rut siguió trabajando con las siervas de Booz. Recogió grano durante toda la cosecha de cebada y la cosecha de trigo.

Continúa en la siguiente historia

76 Rut y Booz en la era

Rut 3-4

Continuación de la historia anterior

Al final de la cosecha, Noemí le dijo a Rut: «Voy a asegurarme de que te cuiden bien. Esto es lo que debes hacer. Date un baño y ponte perfume. Ponte tus mejores ropas. Booz y sus hombres trabajarán hasta tarde esta noche en la era. Cuando terminen, comerán y beberán, y luego dormirán en la era para proteger el grano.

Ve allí, pero no dejes que los hombres te vean. Observa con atención y fíjate dónde se acuesta Booz. Cuando todos estén dormidos, descubre sus pies y acuéstate junto a ellos. Cuando se despierte, te explicará lo que tienes que hacer».

Así que Rut fue al lugar donde los hombres estaban trabajando y se escondió en las sombras. Observó con atención hasta que vio a Booz y a los demás acostarse en la era. Tenían la cabeza hacia el grano y los pies apuntando hacia fuera. Una vez que se durmieron, ella descubrió silenciosamente los pies de Booz y se acostó.

Durante la noche, Booz se dio cuenta de que había una mujer acostada a sus pies. Él dijo: «¿Quién eres tú?».

Ella respondió: «Soy Rut. Extiende tu protección sobre mí, porque tú eres mi pariente más cercano».

Él dijo: «¡Que el Señor te bendiga! No viniste a nuestro pueblo en busca de un marido, rico o pobre. En cambio, demostraste ser una mujer íntegra.

Sin embargo, hay un pariente más cercano que yo. Por la mañana hablaré con él y le daré la oportunidad de redimirte. Si él no lo hace, lo haré yo. Por ahora, no es seguro que vuelvas a casa por la noche. Te enviaré allí por la mañana».

Ella se acostó a sus pies hasta la mañana siguiente y se levantó cuando aún estaba oscuro. Booz le dio grano para que se lo llevara a Noemí.

Rut le contó a su suegra todo lo que había sucedido. Noemí le dijo: «Ahora debes esperar. Booz no descansará hasta que este asunto se resuelva».

Ese día, Booz concertó una reunión con el pariente más cercano y los ancianos de la ciudad. Dijo: «Noemí ha regresado de Moab y está vendiendo la tierra de su marido. Tú eres el pariente más cercano. Cómprala en presencia de estos ancianos. Y si no lo haces, yo la compraré».

El hombre respondió rápidamente: «¡La compraré!».

Booz continuó explicando: «Bueno, cuando la compres, también debes casarte con Rut, la mujer moabita. Así se mantendrá el nombre de la familia con la propiedad».

El hombre dijo: «No puedo casarme con esta mujer. Arruinaría el nombre de mi propia familia. Tienes mi permiso para comprar la propiedad». Con eso, el hombre se quitó una de sus sandalias y se la entregó a Booz. Eso hizo que el trato fuera legalmente vinculante.

Booz mostró la sandalia a los ancianos. «Sois testigos de que acabo de comprar la propiedad que pertenecía al marido y a los hijos de Noemí. Y por eso, Rut se convertirá en mi esposa».

La gente se había reunido alrededor y estaba observando todo esto. Los ancianos dijeron: «Sí, lo hemos visto todo. Que el Señor te bendiga y que el Señor bendiga a esta mujer que se convertirá en tu esposa».

Así que Booz tomó a Rut como esposa y, con el tiempo, ella dio a luz a un hijo llamado Obed. Él tuvo un hijo llamado Isaí, que se convirtió en el padre de un pastorcillo llamado David. ¡Él se convirtió en el gran rey de Israel!

77 La llamada de Samuel

1 Samuel 1 – 3

Hannah no podía tener hijos. Esto la atormentaba tanto que fue al Tabernáculo y le rogó a Dios que le diera un hijo. Ella dijo: «Oh Señor, si me das un hijo, te lo devolveré y él te servirá por el resto de su vida».

Eli, el sumo sacerdote, notó que Hannah movía la boca, pero no decía nada. Pensó que estaba borracha. «¡Mujer, deja el vino!».

«¡Oh, señor! No estoy borracha. Estoy orando a Dios».

«Oh, bueno... eh... vete. El Señor responderá a tu oración».

Efectivamente, el Señor respondió a su oración. En menos de un año, dio a luz a un niño y lo llamó «Samuel», que significa «Dios me ha escuchado».

Cuando el niño tuvo la edad suficiente, su madre lo llevó de vuelta al Tabernáculo y se lo presentó a Elí. Ella dijo: «Oré por un hijo y el Señor me respondió. Ahora entregaré a mi hijo al Señor y él le servirá por el resto de su vida».

Cada año, Ana venía de visita y traía ropa nueva para Samuel. El sacerdote oraba para que Dios le diera más hijos a Ana. Después de eso, ella tuvo tres hijos y dos hijas.

Elí le dio trabajo a Samuel en el Tabernáculo. A medida que crecía físicamente, también crecía en gracia ante el Señor y ante el pueblo.

Los hijos de Elí eran todo lo contrario. Eran malvados y no honraban a Dios de ninguna manera. Muchos de sus pecados los cometían en la casa del Señor. Elí les hablaba de esto, pero no hacía nada al respecto.

Una noche, mientras Samuel dormía, el Señor lo llamó: «Samuel, Samuel».

Él se despertó y corrió hacia donde Eli dormía. Dijo: «¡Sí, aquí estoy!».

Eli se despertó y miró al niño. «Yo no te llamé, Samuel. Vuelve a tu cama».

Samuel regresó y se acostó. Cuando estaba a punto de dormirse, el Señor lo llamó de nuevo: «Samuel, Samuel».

Esta vez supo que no estaba soñando. Se levantó y corrió hacia Elí. «¡Aquí estoy!».

Elí volvió a decir: «Hijo, yo no te he llamado. Ahora, vuelve a dormirte». Así que Samuel regresó y se acostó.

Una vez más, el Señor lo llamó: «Samuel, Samuel».

En ese momento de su vida, Samuel no conocía a Dios, y el Señor no le había hablado. Así que el niño hizo lo único que sabía hacer. Por tercera vez, corrió hacia Elí. «Estoy aquí porque tú me llamaste».

Esta vez, Elí se dio cuenta de lo que estaba pasando. Sabía que el Señor estaba llamando a Samuel, así que le dijo: «Vuelve y acuéstate. Si oyes que alguien te llama de nuevo, di: «Habla, Señor, que tu siervo escucha»».

Samuel volvió a su cama y se acostó. El Señor lo llamó una vez más: «¡Samuel! ¡Samuel!».

Samuel dijo en voz baja: «Habla, que tu siervo escucha».

Dios dijo: «No me agrada cómo Eli permite que sus hijos hagan el mal en mi casa. Voy a juzgarlo a él y a sus hijos».

Samuel se recostó en su cama. Por la mañana, Eli lo llamó: «Samuel, ¿qué te ha dicho el Señor?».

El niño tenía miedo de contarle el mensaje de Dios. Eli dijo: «Hijo, no me lo ocultes». Entonces Samuel le contó todo.

Elí dijo: «¡Él es el Señor! Que haga lo que le parezca bien».

El Señor estuvo con Samuel desde ese día en adelante, y Dios siguió revelándole sus palabras. Samuel obedeció al Señor, y todo lo que él decía se cumplía. Todo Israel reconoció que era un profeta del Señor.

78 Los filisteos capturan el arca

1 Samuel 4

Dios no estaba contento con Elí. El sumo sacerdote sabía que sus dos hijos estaban pecando en el santuario del Señor. Ni siquiera intentaban ocultarlo. Aun así, Elí no los había detenido. Dios le dijo que su familia sería juzgada. El Señor dijo: «Haré algo que hará que la gente se estremezca cuando lo oiga».

Cuando Elí tenía 98 años, los filisteos hicieron la guerra a Israel. El ejército salió a defender su nación, pero perdieron la batalla y murieron 4000 hombres.

Los ancianos de Israel estaban confundidos. «¿Por qué permitió el Señor que esto sucediera?». De repente, a uno de ellos se le ocurrió una idea. «¡Vamos a buscar el arca del Señor! La llevaremos con nosotros a la batalla y nos dará la victoria». Así que mandaron a buscar el arca de Dios, y los hijos de Elí la llevaron al campamento. Cuando los israelitas la vieron, gritaron de alegría. El grito fue tan fuerte que parecía que la tierra temblaba.

Los filisteos oyeron el grito y pensaron que era un grito de guerra. Enviaron espías para ver qué estaba pasando y descubrieron que el arca de Dios había sido llevada al campamento. Los filisteos entraron en pánico. Dijeron: «Sus dioses están ahora en su campamento. ¡Estamos condenados! Son dioses magníficos. Son los que mataron a los egipcios con plagas».

Los líderes filisteos se presentaron ante las tropas. «¡Sed fuertes y actuad como hombres! Sois poderosos filisteos, no débiles hebreos. Ahora es el momento de luchar como nunca antes lo habéis hecho. Si no lo hacéis, seréis sus esclavos».

Así que los filisteos lucharon como si lo fueran a perder todo. Israel fue aplastado y sus soldados masacrados. Murieron 30 000 hombres, incluidos los dos hijos de Elí. Los filisteos capturaron entonces el arca de Dios y la llevaron a su campamento.

En Israel, Elí estaba sentado en una silla junto al camino esperando noticias de la batalla. Estaba preocupado por el arca de Dios. Un hombre llegó corriendo desde el campo de batalla para contarles a todos lo que había sucedido. Toda la ciudad comenzó a gritar de dolor. Elí era ciego y tenía dificultades para oír. Escuchó el ruido, pero no pudo oír lo que se decía. «¿Qué está pasando?».

El hombre se acercó al anciano sacerdote y le dijo: «Hoy han matado a nuestros hombres. Tus dos hijos han muerto y han capturado el arca de Dios». Cuando Elí oyó lo del arca de Dios, se cayó de espaldas de la silla. Era un hombre corpulento, por lo que la caída le rompió el cuello y murió.

La nuera de Elí estaba a punto de dar a luz. Ella se enteró de lo del arca de Dios y de la muerte de su marido. Luego se enteró de que su suegro también había muerto. De repente, entró en trabajo de parto y dio a luz a un hijo. Los que la ayudaban le dijeron: «Ahora tienes algo por lo que alegrarte. ¡Has dado a luz a un hijo!».

Al principio no respondió, pero finalmente dijo: «La gloria se ha apartado de Israel porque el arca de Dios ha sido capturada». Justo antes de morir, llamó al niño Icabod, que significa «La gloria ha partido».

Continúa en la siguiente historia

79 Los filisteos devuelven el arca

1 Samuel 5 – 6

Continuación de la historia anterior

Después de que los filisteos capturaron el arca de Dios, la colocaron en el templo de su dios. A la mañana siguiente, encontraron a su ídolo boca abajo frente al arca. Lo volvieron a colocar en su sitio, pero a la mañana siguiente estaba de nuevo en el suelo. Esta vez, la cabeza y las manos estaban rotas.

De repente, la ciudad se llenó de ratones y la gente tenía grandes tumores cubriendo sus cuerpos. Los hombres dijeron: «Esto lo está causando el arca del Dios de Israel». Así que la trasladaron a otra ciudad.

Inmediatamente, el juicio de Dios cayó sobre esa ciudad. Se llenó de ratones y la gente desarrolló grandes tumores dolorosos. Esto causó pánico entre la gente. Los hombres enviaron el arca de Dios a otra ciudad, pero la gente de allí les gritó: «¡Estáis intentando matarnos! ¡No queremos esa arca en nuestra ciudad!».

Trasladaron el arca de ciudad en ciudad durante siete meses. El miedo y la muerte la seguían allá donde iba. Finalmente, los filisteos preguntaron a sus sacerdotes: «¿Cómo podemos enviar el arca del Señor de vuelta a Israel?».

Ellos respondieron: «Si enviáis el arca de vuelta a Israel, debéis enviar con ella una ofrenda por la culpa. Entonces Dios retirará su mano de juicio y seréis sanados. Haced cinco imágenes de oro de vuestros tumores y cinco imágenes de oro de los ratones que están destruyendo la tierra. Dad gloria al Dios de Israel y él dejará de aplastaros. Pero si os obstináis, seréis como el faraón cuando este pueblo salió de Egipto. Él enviará más plagas sobre vosotros hasta que devolváis el arca a Israel.

Esto es lo que debéis hacer. Preparad un carro nuevo y colocad el arca de Dios sobre él. Poned los objetos de oro en una caja junto a ella. Seleccionad dos vacas lecheras que nunca hayan sido yugadas y atadlas al carro. Separa los terneros de las vacas y ponlos en un corral cercano. Luego, aléjate y observa lo que hacen las vacas. Si ignoran a sus terneros y suben por el camino hacia Israel, sabrás que fue el Señor quien nos atormentó durante siete meses. Pero si las vacas van hacia sus terneros, sabremos que todo esto fue solo algo que sucedió por casualidad. No fue el juicio de Dios».

Los hombres hicieron exactamente lo que se les había ordenado. Cogieron dos vacas lecheras y las separaron de sus terneros. Engancharon las vacas a un carro, aunque nunca antes habían estado en un yugo. Pusieron el arca en un carro nuevo, junto con las cinco imágenes de oro de sus tumores y los ratones.

Cuando todo estuvo listo, se quedaron atrás y observaron. Las vacas se dirigieron directamente por el camino hacia Israel. Se mantuvieron en ese camino con la cabeza gacha, mugiendo mientras avanzaban. Los gobernantes filisteos caminaron detrás de ellas hasta llegar al territorio de Israel.

El pueblo de Israel estaba cosechando trigo cuando vio que el arca se acercaba. Gritaron de alegría. Mientras observaban, las vacas tiraron del carro hasta un campo cerca de una gran roca y se detuvieron. El pueblo de Israel puso el arca sobre la roca. Luego utilizaron la madera del carro para ofrecer las vacas como holocausto al Señor. Cuando los gobernantes filisteos vieron esto, regresaron a su país.

Había 70 hombres de una ciudad cercana que sentían curiosidad por saber qué había dentro del arca de Dios, así que la abrieron y miraron dentro. Los 70 hombres murieron por mano de Dios. Esto causó temor entre el pueblo, pero fue el comienzo del retorno del corazón de la nación de Israel hacia Dios.

80 Ebenezer

1 Samuel 7 – 8

El pueblo de Israel volvió poco a poco a Dios. Fue un proceso que duró veinte años. Finalmente, Samuel dijo: «Si es verdad que queréis servir a Dios, deshaceos de todos vuestros ídolos. Dedicaos al Señor y servid solo a él. Haced esto y él os dará la victoria sobre los filisteos».

El pueblo hizo lo que Samuel dijo y se deshizo de sus ídolos. Entonces él les dijo que se reunieran para celebrar un servicio de dedicación. Dijo: «Venid, y yo oraré por vosotros». El pueblo se reunió y se consagró a Dios. A partir de entonces, Samuel fue su juez.

Los filisteos oyeron que los israelitas se habían reunido en un solo lugar. Pensaron que se trataba de un acto de guerra, por lo que marcharon hacia la tierra y se prepararon para atacar a Israel. El pueblo se asustó al ver el enorme ejército filisteo.

Samuel dijo: «No miréis a vuestro enemigo. En lugar de eso, concentraos en Dios y oradle. El Señor nos salvará de los filisteos». Luego presentó un sacrificio a Dios y le pidió ayuda.

El Señor respondió a la oración de Samuel. De repente, se oyó un fuerte trueno en todo el campamento filisteo. Se confundieron y comenzaron a huir. Los hombres de Israel los persiguieron y mataron a muchos de ellos.

Samuel erigió una gran piedra como monumento de lo que había sucedido ese día. La llamó Ebenezer, que significa «Roca de la ayuda». Dijo: «El Señor nos ha ayudado hasta aquí».

El Señor luchó contra los filisteos mientras Samuel vivió. Cada año, el profeta realizaba una gira para poder juzgar mejor al pueblo. El resto del tiempo, los juzgaba desde su ciudad natal.

Cuando envejeció, nombró a sus hijos jueces. Desgraciadamente, ellos no tenían su integridad. Aceptaban sobornos y juzgaban en consecuencia.

El pueblo acudió a Samuel y le dijo: «Tus hijos no son justos. Por lo tanto, queremos ser como todas las demás naciones y tener un rey. Elige uno para nosotros antes de morir».

Samuel se quedó sorprendido. No podía entender por qué querían tal cosa. Oró a Dios, pero el Señor le dijo: «No te ofendas. No te han rechazado a ti, sino a mí. Haz lo que te piden, pero primero diles cómo será tener un rey».

Samuel se presentó ante el pueblo y describió con detalle cómo un rey abusaría de ellos y se aprovecharía de ellos. Les dijo: «Un rey os quitará a vuestros hijos y ellos trabajarán para él en lugar de para vosotros. Servirán en su ejército o trabajarán para él personalmente. Se llevará a tus hijas y las pondrá a trabajar. Se llevará tus mejores campos, viñedos y huertos. Te cobrará impuestos para poder vivir en el lujo. Te convertirás en su siervo y trabajarás para satisfacer todos sus caprichos. Cuando eso suceda, te quejarás al Señor, pero él no te ayudará».

El pueblo rechazó esta advertencia. Insistieron: «¡Aún queremos un rey! Él nos juzgará y luchará nuestras batallas por nosotros».

El Señor dijo: «Haced lo que piden. Dadles un rey».

Así que Samuel les dijo que se fueran a casa y que él les buscaría un rey.

81 Saúl es elegido rey

1 Samuel 9 – 10

Saúl era de la tribu de Benjamín. Era alto y apuesto, y destacaba por encima de todos los demás. Un día, su padre le pidió que fuera a buscar los asnos que se habían perdido, así que se llevó a algunos sirvientes y se puso a buscarlos. Después de una larga búsqueda, estaban a punto de darse por vencidos y volver a casa. Entonces, uno de los sirvientes señaló hacia un pueblo cercano y dijo: «Hay un hombre de Dios en ese pueblo. Vamos a preguntarle si sabe dónde están los asnos».

Entraron en la ciudad y vieron a un hombre que venía hacia ellos. No sabían que era Samuel. La noche anterior, Dios le había dicho que Saúl vendría al día siguiente. El Señor le dijo: «Él será el rey que gobernará Israel».

Saúl le dijo a Samuel: «¿Sabes dónde vive el profeta?».

«Yo soy el profeta. Ven conmigo a un sacrificio. Después comeremos juntos y te diré muchas cosas. Ah, en cuanto a las asnas que buscas, ya las han encontrado. Tienes cosas más importantes de las que preocuparte. El futuro de Israel está en tus manos».

Saúl se sorprendió. Dijo: «El futuro de Israel no puede estar en mis manos. Soy de la tribu más pequeña de Israel. E incluso en esa tribu, nuestra familia no es importante».

Samuel llevó a Saúl a un banquete con treinta personas importantes y le dio el lugar de honor. El chef trajo una comida especial para Saúl y dijo: «Esta comida se ha reservado, esperando este día. Ahora te la sirvo a ti».

Saúl y sus siervos fueron a la casa de Samuel para pasar la noche. Le dieron un lugar en la azotea, donde hacía fresco. Por la mañana, el profeta le dijo a Saúl: «Envía a tus siervos a casa. Quiero que te quedes un poco más. Te contaré un mensaje que tengo de Dios».

Después de que los siervos de Saúl se marcharon, Samuel tomó un poco de aceite y ungió a Saúl. Le dijo: «Dios te ha ungido príncipe sobre su pueblo».

A continuación, el profeta le contó a Saúl lo que le sucedería en los próximos días, los lugares a los que iría y las personas que conocería. Le dijo: «Cuando sucedan todas estas cosas, el Espíritu de Dios vendrá sobre ti. Te transformarás y te convertirás en una persona completamente nueva. En ese momento, sabrás qué hacer porque Dios estará contigo».

Todo sucedió tal y como Samuel había dicho. Así que se fijó un día para que Samuel presentara al nuevo rey a todas las tribus de Israel. Cuando llegó el momento exacto, Samuel miró a su alrededor, pero no encontró a Saúl. Le preguntó a Dios: «¿Dónde está?».

El Señor dijo: «Mira allí. Está escondido entre el equipaje».

Samuel envió a algunos hombres para que trajeran a Saúl ante el pueblo. Luego Samuel se volvió hacia los demás y gritó: «Aquí está el hombre que será vuestro rey, que luchará vuestras batallas y gobernará sobre vosotros».

El pueblo gritó: «¡Viva el rey!». Desde ese día, el Señor estuvo con Saúl y le permitió desempeñar todas las funciones de un rey.

82 Saúl derrota a los amonitas

1 Samuel 11

Saúl regresó a su ciudad natal después de ser coronado rey y de que terminara la ceremonia. Dios movió a varios guerreros para que lo acompañaran. Otros se burlaron de la idea de que él fuera su rey. Mostraron su disgusto negándose a darle un regalo. Saúl ignoró esto y volvió a trabajar en la granja familiar.

Al mismo tiempo, el ejército amonita fue a luchar contra una ciudad de Israel. Los líderes de la ciudad le dijeron al rey amonita: «Estamos dispuestos a rendirnos ante ti. ¿Cuáles son tus condiciones?».

El rey respondió: «Estas son mis condiciones. Voy a utilizaros para insultar a todo Israel. Lo haré sacando el ojo derecho a todos los que viven en vuestra ciudad».

Los líderes de la ciudad enviaron un mensaje de vuelta: «Danos siete días para considerar tus demandas. Usaremos ese tiempo para ver si alguien en Israel puede ayudarnos. Si no, nos someteremos a tus condiciones».

Los líderes de la ciudad enviaron mensajeros a todo Israel. Cuando la noticia llegó a la ciudad de Saúl, la gente comenzó a gemir y llorar. Saúl llegó a la ciudad con sus bueyes después de terminar un día de trabajo en el campo. Miró a su alrededor y dijo: «¿Por qué llora todo el mundo?».

Le contaron las condiciones del rey amonita. La ira ardió en Saúl cuando oyó estas palabras, y el Espíritu de Dios se apoderó de su espíritu. Se volvió y mató a sus propios bueyes. Los cortó en pedazos y los envió por todo Israel con este mensaje. «Mirad este trozo de carne. Así quedarán vuestros bueyes si no venís inmediatamente a luchar. Todos los hombres deben marchar detrás de Saúl y Samuel. No hay excepciones».

Tan pronto como el pueblo oyó este mensaje, el temor del Señor los llenó. 330 000 hombres se unieron para seguir a Saúl a la batalla.

Envió un mensaje a la ciudad que estaba bajo la amenaza de los amonitas. «Estamos trayendo un ejército para defenderos. Estaremos allí antes del mediodía».

La gente de la ciudad se llenó de alegría. Enviaron un mensaje al rey amonita y le dijeron: «Mañana saldremos a tu encuentro. Entonces podrás hacer con nosotros lo que quieras».

Antes del amanecer, el ejército de Saúl atacó el campamento amonita. Los israelitas siguieron matando amonitas durante toda la mañana y hasta bien entrada la tarde. Solo unos pocos escaparon.

Después de esta gran victoria, el pueblo le dijo a Samuel: «¿Quiénes son esos hombres que estaban disgustados porque Saúl fuera nuestro rey? Danos sus nombres y los mataremos».

Saúl intervino: «¡No! ¡No los matéis! Hoy es un día especial. Hoy, el Señor ha liberado a Israel».

Samuel dijo: «Tengo una idea mejor. Unámonos y volvamos a nombrar a Saúl nuestro rey». Así que el pueblo se unió y se regocijó al nombrar a Saúl su rey.

83 Sin pasar la prueba

1 Samuel13

Cuando Saúl se convirtió en rey de Israel, el pueblo tenía que acudir a los filisteos para comprar herramientas agrícolas de hierro. Cuando estas herramientas se desafilaban, el pueblo tenía que volver a los filisteos para que las afilaran, ya que no se les permitía tener herreros. Pero los filisteos no vendían armas de guerra al pueblo de Israel. Los únicos que tenían espadas y lanzas modernas eran Saúl y su hijo Jonatán.

Como rey, Saúl organizó un ejército de 3000 hombres. Él mismo supervisaba a 2000 de ellos y le dio 1000 a su hijo. Jonatán tomó a sus hombres y atacó un puesto avanzado filisteo. Saúl sabía que se trataba de un acto de guerra, por lo que rápidamente trató de reunir sus fuerzas para prepararse.

Los filisteos reaccionaron a este ataque con fuerza. Marcharon hacia Israel con 3000 carros, 6000 jinetes y un gran número de tropas.

Los hombres de Israel se aterrorizaron cuando vieron llegar a su tierra este enorme ejército. La mayoría de los hombres del ejército de Saúl huyeron para salvar sus vidas. Se escondieron donde pudieron. Se escondieron en cuevas, entre rocas y en pozos. Algunos incluso abandonaron el país. ¡Otros se unieron al ejército filisteo!

Samuel le dijo al rey que no fuera a la batalla hasta que hubieran sacrificado al Señor. Le dijo a Saúl que fuera a un lugar concreto y lo esperara allí. El rey fue a ese lugar, pero Samuel no estaba allí. Esperó tres días, cuatro días. Samuel seguía sin aparecer. Esperó cinco días, seis días. Samuel no apareció.

Saúl vio cómo sus hombres seguían desertando del ejército. Finalmente, al séptimo día, sintió que no podía esperar más. Consiguió lo necesario para el holocausto y lo ofreció.

Justo cuando terminó, llegó Samuel. Saúl salió a recibirlo. El profeta le dijo: «¿Qué has hecho?».

Saúl respondió: «Los filisteos están a punto de atacar y mi ejército me está abandonando. No sabía si contaría con la ayuda del Señor. Te esperé, pero no viniste. No tenía otra opción, así que decidí actuar por mi cuenta. Ofrecí el holocausto al Señor».

Samuel dijo: «¡Oh, has actuado como un necio! ¿No te diste cuenta de que esto era una prueba? ¡La has fallado! Si hubieras confiado en Dios, el Señor habría establecido tu reino sobre Israel para siempre. Ahora tu reino no durará mucho. El Señor ya ha encontrado a un hombre según su corazón. Él se convertirá en rey y Dios establecerá su reino para siempre».

Samuel se dio la vuelta y se alejó del rey. Saúl contó a sus hombres y descubrió que solo tenía 600 soldados. Los filisteos habían acampado en lo alto de un acantilado para poder controlar el importante paso que había debajo. Así que Saúl tomó su pequeño ejército y acampó en lo alto de los acantilados, en el lado opuesto del paso.

Continúa en la siguiente historia

84 La victoria de Jonatán

1 Samuel14

Continuación de la historia anterior

Jonathan miró el campamento de los filisteos al otro lado del paso. Le dijo a su escudero: «Vamos allí y matemos a algunos filisteos. Quizás el Señor nos ayude. Él no está limitado por el número de personas que somos».

El hombre respondió: «Si vas, yo iré contigo».

Jonatán dijo: «Este es mi plan. Cruzaremos hasta la parte trasera del campamento filisteo. Dejaremos que nos vean al pie de sus acantilados. Si nos dicen que nos detengamos, volveremos aquí. Pero si nos dicen que subamos, lo consideraremos una señal de Dios. Sabremos que el Señor nos dará la victoria».

Decidieron no decirle al rey adónde iban. Cuando llegaron a los acantilados, los filisteos los vieron. Dijeron: «¡Mirad, los hebreos están saliendo de sus escondites!». Gritaron a Jonatán: «¡Subid y os daremos una lección!».

Jonatán se rió: «Seguidme. El Señor nos los ha entregado». Los dos hombres subieron a los acantilados y mataron a veinte filisteos.

La noticia se extendió rápidamente por el resto del campamento filisteo. Esto causó pánico. Dijeron: «Los israelitas nos han atacado por la espalda». De repente, la tierra tembló y su pánico se convirtió en terror. Corrieron en todas direcciones.

Los hombres del campamento de Saúl vieron esto y se lo contaron al rey. Él miró a su alrededor. «Hagan un recuento y averigüen quién falta». Descubrieron que Jonatán y su escudero habían desaparecido.

Mientras Saúl reunía a sus tropas, el pánico en el campamento filisteo se intensificó. Cuando el ejército de Saúl marchó a la batalla, descubrió que los filisteos estaban luchando entre ellos.

Los israelitas que se habían unido a los filisteos ahora se reunían alrededor de Saúl. Los que se habían escondido entre las rocas y las cuevas salieron y se unieron a la batalla.

Saúl quería que sus hombres se concentraran por completo en ganar la batalla, así que gritó: «Maldigo a cualquiera que coma antes de que ganemos esta victoria». Sus hombres obedecieron, pero pronto tuvieron hambre y se cansaron.

Jonatán no sabía lo que había dicho su padre. Encontró miel en el bosque y la comió. Otros le informaron inmediatamente de la orden del rey. Él dijo: «El rey no debería haber dicho eso. Miradme a mí. He comido miel y ahora estoy listo para volver a luchar. Nuestros hombres deberían comer toda la comida que han dejado los filisteos. Así lucharían con más fuerza».

¡Saúl finalmente se dio cuenta de que su ejército estaba hambriento! Mandó preparar una comida y permitió que sus hombres comieran. El rey quiso volver a la batalla, pero de repente se dio cuenta de que algo andaba mal. Llamó a todos y les dijo: «Algo anda mal, y voy a averiguar quién está detrás de esto. Una vez que sepa quién es, lo mandaré a matar, aunque sea mi propio hijo».

Entonces echó suertes, y la suerte recayó en Jonatán. El rey le preguntó: «¿Qué has hecho?».

«He comido miel. Si por eso tengo que morir, estoy dispuesto a morir».

Saúl le dijo a su hijo: «He hecho un juramento, por lo tanto, tú debes morir».

El pueblo gritó: «¡Jonatán no morirá! Dios lo ha utilizado para darnos la victoria hoy. Por la vida del Señor Dios, ni un solo cabello de su cabeza caerá al suelo».

Así que el pueblo salvó la vida de Jonatán. Con eso, la batalla terminó y los filisteos regresaron a su propio territorio.

85 Saúl desobedece y es desechado

1 Samuel 15

Un día, Samuel fue a ver a Saúl con instrucciones de Dios. «Los amalecitas atacaron a mi pueblo cuando los saqué de Egipto. Por lo tanto, ve a la batalla contra ellos y destrúyelos por completo. Mata a toda la gente y todo su ganado. No dejes nada con vida».

Así que Saúl tomó su ejército y atacó a los amalecitas. Los derrotó, pero no los mató a todos. Los hombres de Saúl se quedaron con el mejor ganado para ellos. También capturaron al rey Agag y no lo mataron.

El Señor le dijo a Samuel: «Me arrepiento de haber hecho rey a Saúl sobre Israel. Él no me sigue y no hace lo que yo le digo».

Samuel se entristeció en su espíritu y oró toda la noche. A la mañana siguiente, fue y encontró a Saúl. Cuando el profeta se acercó, el rey dijo: «Que el Señor te bendiga. He hecho lo que Dios me pidió que hiciera».

Samuel lo miró. «Entonces, ¿por qué oigo el sonido de ovejas y ganado?».

«Oh, los hombres guardaron el mejor ganado para que pudiéramos sacrificarlo al Señor. Pero destruimos el resto».

Samuel dijo: «¡Deja de hablar! Te diré lo que Dios piensa de lo que has hecho. Cuando eras humilde, Dios te convirtió en líder de su pueblo. Luego te dio una tarea que cumplir. Te dijo: «Ve y mata a este pueblo extremadamente pecador. No dejes vivir a ninguna persona ni animal». ¿Por qué lo enfadaste al no hacer lo que te dijo?».

Saúl respondió: «Yo le obedecí. Maté a todos excepto a Agag, su rey. Y luego maté a todos los animales excepto a estos pocos. Guardamos los mejores para el sacrificio».

Samuel dijo: «¿Crees que el Señor quiere sacrificios más que obediencia? ¡No! Obedecer es mejor que un sacrificio. La rebelión es como el pecado de la brujería. La terquedad es tan mala como adorar ídolos. Tú rechazaste el mandato de Dios. Por lo tanto, él te ha rechazado como rey de Israel».

Saúl dijo: «¡He pecado! Ahora veo claramente que ignoré el mandato del Señor y no te escuché. Tenía miedo del pueblo y les obedecí a ellos en lugar de a Dios. Por favor, perdona mi pecado. Ven. Adoremos juntos al Señor».

Samuel se dio la vuelta y dijo: «No, no iré contigo. Tú rechazaste al Señor. Ahora él te rechaza como rey».

Saúl agarró el manto de Samuel y se rasgó cuando él se dio la vuelta. Samuel se detuvo y miró el desgarro. Dijo: «El Señor te ha arrancado hoy el reino de Israel. Se lo ha dado a tu vecino, que es mejor que tú. Dios no es como los hombres. No cambiará de opinión».

Saúl gritó: «¡He pecado! Solo te pido que me honres delante del pueblo. Ven, adora conmigo».

Así que Samuel fue con él y le permitió inclinarse ante el Señor. Entonces el profeta dijo: «Tráeme a Agag, rey de los amalecitas».

Agag se presentó ante Samuel, sin saber qué esperar. Samuel tomó una espada y dijo: «Has dejado sin hijos a muchas mujeres. Ahora tu madre quedará sin hijos». El profeta mató entonces a Agag y lo cortó en pedazos.

Luego Samuel regresó a su casa. Nunca más volvió a visitar a Saúl mientras vivió. Aun así, lo lamentó constantemente.

86 Samuel unge a David

1 Samuel 16

Samuel no podía dejar de pensar en cómo Dios había rechazado a Saúl como rey de Israel. El Señor le dijo a Samuel: «¡Deja de darle vueltas a lo de Saúl! Toma un poco de aceite de la unción y ve a la casa de Isaí en Belén. He elegido a uno de sus hijos para que sea rey».

Samuel respondió: «Señor, el rey Saúl me matará si se entera».

El Señor dijo: «Lleva un ternero a Belén y di que vienes a ofrecer un sacrificio al Señor. Invita a Isaí y a sus hijos a que te acompañen. Yo te mostraré a cuál de ellos debes ungir».

Así que Samuel fue a Belén. Los líderes de la ciudad se asustaron cuando lo vieron. Se reunieron con él y le dijeron: «¿Vienes en paz?». El profeta respondió: «Sí, he venido a ofrecer un sacrificio al Señor. Ve a buscar a Isaí y a sus hijos y diles que se unan a mí».

Cuando llegaron, Samuel quedó inmediatamente impresionado con el hijo mayor de Isaí. «Ah», pensó, «este es el que el Señor elegirá».

Dios dijo: «Samuel, no te fijes en la apariencia exterior. No importa cuán alto sea un hombre o cuán fuerte. Yo veo cosas que tú no puedes ver. Él no es el elegido».

Entonces Isaí presentó a Samuel a su segundo hijo. Una vez más, no era el elegido del Señor. Isaí presentó a siete de sus hijos al profeta. Al conocer a cada uno de ellos, el Señor dijo: «No es él».

Finalmente, Samuel le dijo a Isaí: «¿No tienes más hijos?».

«Oh, sí. Tengo uno más, el más joven. Está fuera cuidando las ovejas».

«Manda a buscarlo. No comeré contigo hasta que lo vea».

Tan pronto como David entró en la habitación, Samuel pudo ver que era un joven llamativo, sano y guapo. El Señor dijo: «Este es el elegido. Levántate y úngelo». Así que Samuel lo ungió con aceite. Después de eso, el Espíritu de Dios se apartó del rey Saúl y descendió sobre David de manera poderosa.

Desde ese día, el rey Saúl estuvo atormentado por la depresión. Sus siervos tuvieron una idea. Le dijeron: «Permítenos buscar a un hombre que sea hábil tocando el arpa. Entonces su música te alegrará cuando estés deprimido».

Cuando Saúl aceptó, uno de los siervos dijo: «He oído hablar de un joven que es muy hábil con el arpa. Es hijo de Isaí, de Belén. Además de ser bueno con el arpa, es un buen luchador y tiene la capacidad de hablar delante de la gente. También es un hombre que camina con Dios».

Así que Saúl envió un mensaje a Isaí, diciendo: «Envíame a David, tu hijo, el que cuida las ovejas». Isaí envió a David a Saúl, junto con regalos para el rey.

Saúl quedó inmediatamente impresionado con él. David se convirtió en el escudero de Saúl, pero también tocaba el arpa cada vez que el rey caía en una profunda depresión. El sonido de su arpa calmaba el espíritu del rey y le traía paz.

87 David mata a Goliat

1 Samuel 17

Los filisteos invadieron Israel una vez más. Ambos ejércitos se enfrentaron a través de un barranco. De repente, un filisteo de gran estatura se adelantó. Se llamaba Goliat y medía 2,95 metros.

Gritó: «¿Por qué os preparáis para la batalla? Dejad que dos de nosotros resolvamos esto. Enviad a alguien y lucharemos. Si vuestro hombre me mata, seremos vuestros esclavos. Pero si yo mato a vuestro hombre, vosotros seréis nuestros esclavos. Vamos, enviad a alguien y luchemos».

Nadie aceptó su desafío, así que él salía y gritaba a Israel cada mañana y cada tarde. Esto continuó durante cuarenta días. Saúl ofreció una recompensa a cualquiera que pudiera derrotar a este gigante. Dijo: «Lo haré rico y podrá casarse con mi hija».

Mientras esto sucedía, Isaí le dijo a David: «Ve a visitar a tus hermanos y llévales algo de comida. Trae noticias de cómo va la batalla».

Así que David se levantó temprano y fue al campo de batalla. Vio a los hombres alineados en formaciones de batalla. Le dio la comida al intendente y corrió a ver qué estaba pasando.

De repente, Goliat comenzó a gritar su desafío. «Vamos. Enviad a alguien aquí y luchemos, hombre a hombre. El ganador se lo lleva todo». Todos retrocedieron.

David se sorprendió. Dijo: «¿Quién se cree que es este filisteo impío? Está desafiando a los ejércitos del Dios viviente».

El hermano mayor de David se enfadó. «¿Por qué estás aquí? Vuelve con tus ovejas. La guerra es para los hombres».

David le respondió: «No he hecho nada malo. Solo he hecho una pregunta». Se volvió y volvió a hacer la pregunta: «¿Quién se cree que es este filisteo impío?».

Saúl se enteró de la pregunta de David y mandó llamarlo. David dijo: «No te preocupes por este filisteo. Yo lucharé contra él».

El rey dijo: «Es un guerrero, un luchador experimentado. Tú eres joven y no tienes experiencia».

David dijo: «Cuido las ovejas de mi padre. Cada vez que un oso o un león ha venido y ha intentado llevarse un cordero, he agarrado a la bestia y la he matado. El Señor siempre ha estado conmigo y me ha dado la victoria. Este filisteo impío no es más que otro león u oso. El Señor me lo entregará».

Saúl dijo: «Ve, y que el Señor esté contigo».

Luego le dio a David su armadura, pero él no podía caminar porque era demasiado pesada. Dijo: «No puedo llevar esto. Me impedirá moverme».

David cogió su cayado de pastor y su honda. Bajó al arroyo, seleccionó cinco piedras lisas y las puso en su bolsa de pastor. Luego comenzó a caminar hacia el gigante.

Goliat vio venir a David. Gritó: «¿Acaso soy un perro para que vengas a mí con palos? Ven, y daré tu carne a las aves».

David le gritó: «Tú vienes a mí con una espada y una lanza, pero yo vengo a ti en el nombre del Señor. Lo has insultado. Por lo tanto, te cortaré la cabeza y daré tu cuerpo a las aves. Esta batalla es del Señor, y él te ha entregado a mí».

Goliat comenzó a caminar hacia David, pero David corrió hacia el gigante. Metió la mano en su bolsa de pastor y puso una piedra en su honda. Con una precisión mortal, la piedra golpeó a Goliat y se hundió en su frente. Cayó al suelo boca abajo. David corrió, sacó la espada de Goliat y le cortó la cabeza al gigante.

Ambos ejércitos se quedaron impactados al ver esto. Los filisteos dieron media vuelta y huyeron. Los israelitas gritaron un grito de victoria y los persiguieron. Muchos filisteos murieron ese día.

Saúl preguntó a Abner, su general: «¿Quién es ese joven?».

«No lo sé».

Saúl mandó llamar a David. Este se presentó ante el rey con la cabeza del gigante aún en sus manos. Saúl le dijo: «¿Quién eres tú? ¿Quién es tu padre?».

David respondió: «Soy hijo de Isaí, de Belén».

Saúl no dejó que David regresara a su casa, sino que lo nombró comandante del ejército. David tuvo éxito en todo lo que Saúl le encargó.

88 David gana una esposa

1 Samuel 18

Tras la muerte de Goliat, Jonatán, el hijo de Saúl, se convirtió en un amigo íntimo de David. El amor entre estos dos hombres era grande. Jonatán le proporcionó a David todo lo que necesitaba para luchar en el campo de batalla, así como lo necesario para trabajar en la corte del rey.

David tuvo éxito como comandante del ejército. Todo el pueblo lo admiraba y sus hombres le eran leales. Un día, cuando Saúl y su ejército regresaron de la batalla, las mujeres de varias ciudades los recibieron con bailes y cantos. Su canción decía: «Saúl ha matado a miles. David ha matado a decenas de miles».

Esto enfureció a Saúl. Dijo: «Escuchadlas. Le dan más crédito que a mí. ¿Qué harán después? ¿Le darán el reino?». A partir de ese día, Saúl se volvió cada vez más celoso de David.

Al día siguiente, Dios permitió que un espíritu maligno se apoderara de Saúl. Este comenzó a actuar como un loco. David seguía teniendo la tarea de tocar el arpa cuando el rey estaba en uno de esos estados de ánimo. Mientras David tocaba, Saúl se dijo a sí mismo: «Voy a acabar con esto ahora mismo. Lo clavaré a la pared». Cuando llegó el momento oportuno, agarró una lanza y se la lanzó a David. David la esquivó justo a tiempo y siguió tocando el arpa. Saúl esperó y, una vez más, cuando llegó el momento oportuno, agarró otra lanza y se la lanzó a David. De nuevo, David la esquivó justo a tiempo.

Con eso, Saúl se dio cuenta de que el Espíritu del Señor lo había abandonado y ahora estaba con David. La ira del rey se convirtió en miedo.

Puso a David al mando de mil soldados y lo envió a la batalla. David tuvo éxito en todas las campañas que dirigió. Esto aumentó el amor que el pueblo le tenía, pero hizo que Saúl le temiera aún más.

Una de las hijas del rey, llamada Mical, amaba a David. Cuando Saúl se enteró de esto, se le ocurrió una idea. Pensó en un plan para que los filisteos mataran a David. El rey mandó a sus siervos a David y les dijo: «El rey te quiere tanto que está dispuesto a que te conviertas en su yerno».

Cuando David oyó esto, dijo: «No soy un hombre rico. No puedo ofrecerle nada al rey por su hija».

«Oh, el rey no quiere que le pagues dinero. Lo único que quiere es que te vengues de sus enemigos. Quiere que mates a cien filisteos y que le traigas pruebas de que están muertos».

A David le complacieron estas condiciones. Así que él y sus hombres salieron y mataron a doscientos filisteos y le llevaron a Saúl la prueba de que estaban muertos. Saúl no tuvo más remedio que dar a su hija Mical a David.

Ahora más que nunca, Saúl consideraba a David su enemigo. Aun así, el Señor le daba la victoria a David cada vez que salía a la batalla. Tenía más éxito que todos los demás oficiales militares y su nombre se hizo cada vez más famoso.

89 Protegiendo a David

1 Samuel 19

Saúl quería matar a David. Así que ordenó a sus siervos y a Jonatán que lo encontraran y lo mataran. Jonatán corrió a avisar a David: «Vete y escóndete. Yo hablaré con mi padre para ver si puedo convencerlo. Te avisaré si lo consigo».

Jonatán habló con su padre y le dijo que David era un siervo leal y que no haría nada para dañar al rey. Saúl escuchó a su hijo y prometió dejar vivir a David. Así que David regresó a la corte del rey y lo sirvió. Una vez más estalló la guerra con los filisteos y David llevó al ejército a la victoria contra ellos.

Una vez más, el Señor permitió que un espíritu maligno entrara en el rey. Mientras David tocaba el arpa, Saúl agarró una lanza y se la lanzó. Él saltó para esquivarla y salió corriendo de la habitación.

Saúl llamó a sus guardias y les dijo que fueran a la casa de David por la mañana y lo mataran. Mical se enteró de esto y advirtió a su marido: «Debes marcharte esta noche. Vendrán por la mañana a matarte».

Él salió por la ventana y ella le ayudó a bajar al suelo. Colocó una imagen en su cama y puso pelo de cabra encima. Luego la cubrió con una manta. Por la mañana, dijo a los guardias: «Está enfermo en la cama».

Ellos fueron y se lo dijeron al rey. Él dijo: «¡Id! Traedme la cama con David en ella, y yo mismo lo mataré».

Cuando fueron a la cama, encontraron la imagen con el pelo de cabra. Saúl gritó a Mical: «¿Cómo has podido mentirme y dejar escapar a mi enemigo?».

Ella dijo: «Él me obligó a hacerlo. Dijo que me mataría si no lo hacía».

David fue a ver a Samuel y le contó todo lo que había sucedido. Saúl se enteró de que David estaba con Samuel, así que envió guardias a buscarlo. Cuando llegaron allí, vieron a Samuel sentado con algunos profetas. De repente, los guardias se sentaron y comenzaron a profetizar.

Saúl se enteró de esto, así que envió más guardias. Les sucedió lo mismo. Se sentaron y comenzaron a profetizar. Entonces Saúl envió un tercer grupo de guardias, y de nuevo se sentaron y comenzaron a profetizar.

Finalmente, Saúl fue él mismo. Cuando se acercó al lugar donde estaban, el Espíritu de Dios vino sobre él y comenzó a profetizar mientras caminaba. Cuando entró en la casa, el rey se quitó la ropa mientras profetizaba. Luego se derrumbó y permaneció desnudo el resto del día y toda la noche.

90 Tres flechas

1 Samuel 20

David dijo: «Jonatán, ¿por qué tu padre quiere matarme? ¿Qué he hecho?».

Él respondió: «El rey no quiere matarte. Si fuera así, yo lo sabría. Él no me oculta nada».

David dijo: «Tan cierto como que Dios existe y como que tú estás vivo, tu padre quiere matarme. No te lo dice porque sabe que somos mejores amigos».

Jonatán dijo: «¿Qué quieres que haga? Dímelo y lo haré».

David dijo: «Mañana tengo previsto asistir a un banquete de tres días con el rey. Si se da cuenta de que no estoy allí, dile que tú me has dado permiso para ir a Belén a un sacrificio anual. Dile que era importante que estuviera allí porque involucra a todo mi clan.

Si tu padre acepta esa respuesta, sabremos que todo está bien y que él no me odia. Pero si se enoja, entonces ambos sabremos que quiere matarme.

Jonatán, si descubres que él tiene una buena razón para odiarme, entonces ven... y mátame tú mismo».

Jonatán dijo: «Iré y averiguaré exactamente lo que mi padre piensa de ti. Si tienes razón y él quiere matarte, te enviaré lejos en paz. Pero recuerda que hicimos un voto el uno al otro ante el Señor. Si muero y Dios te bendice, cuida de mi familia. Ama a mi familia como si fuera la tuya.

Este es mi plan. Escóndete junto a la gran roca del campo. Averiguaré qué piensa mi padre de ti. Luego vendré aquí y dispararé tres flechas hacia la roca. Enviaré a mi criado a recogerlas. Cuando se vaya, le gritaré algo. Si digo: «Están a este lado de la roca», esa será tu señal de que todo va bien y puedes volver.

Pero si le grito: «Están al otro lado de la roca», esa será tu señal de que debes huir para salvar tu vida, porque mi padre está tratando de matarte».

Durante el primer día del banquete, Saúl notó que David no estaba en su lugar, pero no dijo nada. Al segundo día, Saúl le dijo a Jonatán: «¿Dónde está ese hijo de Isaí? Ha faltado los dos días hasta ahora».

«Oh, le di permiso para ir a Belén. Su familia está celebrando un gran sacrificio anual y sus hermanos insistieron en que estuviera allí».

Saúl le gritó a su hijo: «¡Hijo de una prostituta! Sé lo que estás haciendo. Estás de su lado. ¿No te das cuenta de que te va a quitar el reino? Eres una vergüenza para nuestra familia. Ahora ve a buscarlo y tráelo aquí para que pueda matarlo».

Jonatán le gritó: «¿Qué ha hecho? ¿Por qué quieres matarlo?».

Saúl agarró una lanza y se la lanzó a su hijo. Jonatán se levantó de la mesa y se marchó. No comió en todo el día porque estaba avergonzado de su padre.

Por la mañana, fue al campo con su sirviente. Disparó tres flechas más allá de la roca. Mientras el sirviente corría a buscarlas, Jonatán gritó: «Están al otro lado de esa roca. Date prisa. Ve tan rápido como puedas».

El criado encontró las flechas y las trajo de vuelta. Jonatán le dijo entonces que cogiera el equipo y volviera a la ciudad.

Después de que se marchara, David salió de su escondite. Los dos hombres se abrazaron y lloraron. Jonatán dijo: «Tienes razón. Mi padre está decidido a matarte. Vete. Pero recuerda nuestra promesa mutua, y la promesa entre tus hijos y los míos». Con eso, David se marchó y Jonatán volvió a la ciudad.

91 David huye de Saúl

1 Samuel 21 –22

David escapó de Saúl con solo unos pocos hombres para ayudarlo. Fueron a ver a Ahimelec, el sacerdote que estaba a cargo del arca de Dios. El sacerdote dijo: «¿Por qué estás aquí?».

«El rey me envió en una misión especial. Me dijo que no le dijera a nadie adónde iba. Salí tan rápido que no tenemos nada para comer. Por favor, danos un poco de pan».

Ahimelec dijo: «El único pan que tenemos es el pan de la proposición viejo que se ha quitado del lugar santo. Solo los sacerdotes pueden comerlo».

Era pan viejo que habían quitado del altar cuando pusieron allí pan nuevo. El sacerdote dijo: «Supongo que puedes tomar el pan viejo, pero solo si tus hombres se han mantenido puros ante el Señor».

David dijo: «Todos estamos en una misión para el rey, así que, por supuesto, todos nos hemos mantenido santos ante el Señor».

Así que Ahimelec les dio el pan viejo. David se dio cuenta de que Doeg, el edomita, lo había visto todo. Era el pastor principal de Saúl.

David le dijo a Ahimelec: «Me fui tan rápido que olvidé traer mis armas. ¿Tienes una lanza o una espada que pueda usar?».

«La única espada que tengo es la que le quitaste a Goliat. Puedes quedarte con ella. Es todo lo que tengo».

David tomó la espada y continuó su huida de Saúl. Se dirigió a Gat, una ciudad de los filisteos. Allí estaría fuera del alcance de Saúl. Pero la gente le dijo al rey de los filisteos: «Este es David, aquel de quien cantan: «Saúl ha matado a miles, pero David ha matado a decenas de miles»».

Cuando David oyó esto, inmediatamente fingió estar loco. La gente de aquella época no hacía daño a los locos porque temían que tuvieran un espíritu maligno dentro. David se tiró al suelo y empezó a arañar los postes de la puerta. Dejó que la baba le cayera por la barba. Cuando el rey vio esto, dijo: «Este hombre está loco. ¡Sacadlo de aquí!».

David salió de Gat y se escondió en una cueva. Sus hermanos le llevaron a todos sus parientes para que estuvieran a salvo de Saúl. David llevó a sus padres a Moab y los dejó bajo la protección del rey de allí.

Pronto empezaron a llegar hombres para unirse a David. Eran hombres que tenían algún tipo de problema o estaban abrumados por las deudas. Finalmente, se reunieron 400 hombres en torno a David, y él se convirtió en su líder.

Mientras tanto, Doeg, el edomita, fue a ver a Saúl y le dijo: «Vi a Ahimelec darle comida a David y la espada de Goliat».

Saúl mandó llamar a Ahimelec y a los 85 sacerdotes que estaban con él. «¿Por qué ayudasteis a este hijo de Isaí? Sabéis que quiere matarme».

Ahimelec respondió: «Pensé que era tu fiel servidor. Después de todo, es tu yerno. No sabía que había problemas entre vosotros».

Saúl se volvió hacia sus guardias. «Matad a estos hombres, a todos ellos. Están del lado de David».

Los guardias se quedaron sorprendidos. No se movieron porque no estaban dispuestos a matar al sacerdote del Señor.

Entonces Saúl se volvió hacia Doeg, el edomita. «Mata a todos estos hombres y todo lo que poseen». Así que Doeg mató a todos los sacerdotes, a sus esposas, a sus hijos e incluso a su ganado. Solo uno de los hijos de Ahimelec pudo escapar. Corrió y le contó a David todo lo que había sucedido.

92 David perdona la vida a Saúl en En-gadi

1 Samuel 24

Saúl comenzó a perseguir a David de un lugar a otro. En un momento dado, llegaron a una gran formación rocosa. David y sus hombres estaban a un lado, y el ejército de Saúl al otro. Si Saúl hubiera avanzado un poco más, habría visto a David y habría podido atraparlo.

Justo entonces, un mensajero se acercó a Saúl y le dijo: «¡Date prisa! Tienes que volver. ¡Los filisteos han invadido nuestra tierra!». Así que Saúl tuvo que retirarse para salvar a la nación de los filisteos. Después de eso, esa formación rocosa se llamó «Roca del Escape».

David trasladó a sus hombres a los cañones de En-gedi. Cuando Saúl terminó de luchar contra los filisteos, se enteró de que David estaba en En-gedi. Seleccionó a 3000 de sus mejores soldados y los llevó hacia En-gedi.

En el camino, Saúl se detuvo y entró en una cueva para hacer sus necesidades. No sabía que David y su ejército estaban en la parte trasera de esa cueva. Sus hombres estaban emocionados porque el Señor había entregado a Saúl a David. Susurraron: «¡Mátalo!».

En cambio, David se acercó silenciosamente y cortó la esquina del manto de Saúl. Al instante, se sintió culpable por haberlo hecho. Les dijo a sus hombres: «Escuchad lo que os digo. Dios ungió a Saúl para que fuera rey de Israel. Ni siquiera mi dedo meñique le hará daño». Retuvo a sus hombres para que Saúl pudiera salir de la cueva en paz.

Mientras el rey se alejaba, David salió y gritó: «¡Mi señor el rey!». Cuando Saúl se detuvo y miró hacia atrás, David se inclinó. Dijo: «¿A quién estás escuchando? ¿Quién te dijo que yo quería hacerte daño? Mira la esquina de tu manto. Falta porque la tengo en mi mano. Dios me entregó tu vida cuando entraste en esta cueva. Mis hombres me dijeron que te matara, pero no lo hice porque tú eres mi rey. Tú eres el ungido del Señor, y yo nunca te haría daño.

Escucha lo que te digo. Yo no he pecado contra ti. Sin embargo, tú estás tratando de matarme. Le pido al Señor que juzgue entre nosotros, y sé que él hará lo correcto. Pero yo nunca te haré daño».

Cuando Saúl oyó esto, se derrumbó y lloró. Dijo: «Oh, hijo mío David, tú eres más justo que yo. Solo has devuelto bien por todo el mal que te he hecho. ¿Cómo es que el Señor me entregó en tus manos y tú no me mataste? ¿Quién ha oído cosa semejante?

Ahora sé que es verdad. Tú serás rey de Israel. Oh, David, hijo mío, júrame por el Señor que, cuando seas rey, no matarás a mis descendientes. No borres el nombre de mi padre de nuestra tribu».

Así que David hizo ese voto a Saúl. El rey tomó entonces a sus hombres y regresó a su casa. David condujo a sus hombres hasta la fortaleza.

Por esas mismas fechas, murió el profeta Samuel, y todo Israel lloró su muerte.

93 David y Abigail

1 Samuel 25

David y sus hombres vivían en la misma zona que un rico pastor llamado Nabal, descendiente de Caleb. Era conocido por ser mezquino y severo, pero tenía una hermosa esposa que era mucho más práctica en su trato con los demás. Se llamaba Abigail.

La presencia del ejército de David en la zona era una gran ventaja para Nabal, ya que los saqueadores extranjeros no venían a robarle sus rebaños. Aun así, Nabal no invitó a David y a sus hombres a su fiesta anual de esquila de ovejas. Entonces David envió a diez jóvenes con un mensaje. «Paz para ti y los tuyos. Te respeto como a mi propio padre. Tus pastores te dirán que hemos protegido tus rebaños durante todo el tiempo que hemos vivido en esta zona. En lugar de que vayamos a tu fiesta, por favor, envía algo de comida y provisiones con estos jóvenes».

Nabal respondió: «No conozco a David. Desde luego, no soy su padre. Los esclavos siempre huyen de sus amos. Dile que vuelva por donde ha venido. No voy a quitarles la comida a mis siervos para dársela a unos desconocidos».

Los jóvenes regresaron y le contaron a David todo lo que se había dicho. David dijo a sus hombres: «Cargad vuestras espadas. Yo he protegido los bienes de este hombre, y él me paga con insultos. Ningún hombre de su campamento quedará vivo por la mañana».

Mientras tanto, uno de los siervos de Nabal fue y le contó a Abigail lo que se había dicho y hecho. Le dijo: «Los hombres de David fueron como un muro para nosotros mientras estábamos en el campo. Nos protegieron día y noche. No perdimos ni un solo animal durante ese tiempo. Sin embargo, tu marido los insultó y se negó a ayudarlos. Debes pensar en algo, porque tu marido ha ofendido a un ejército que puede matarnos a todos».

Sin decírselo a su marido, Abigail reunió provisiones para los hombres de David. Consiguió 200 panes, 2 odres de vino, 5 ovejas sacrificadas, un almud de grano tostado, 100 racimos de pasas y 200 tortas de higos prensados. Puso todas estas cosas en unos burros y se puso en camino.

Al doblar una esquina, vio a los hombres de David que venían hacia ella. Bajó del burro y corrió hacia él. Se arrodilló con la cara en el suelo y dijo: «Es culpa mía que tus hombres hayan sido maltratados. Los habría tratado bien si hubiera sabido que venían. Perdona a mi marido. Su nombre significa «necio», y así es como actúa. Por favor, acepta estos regalos de comida.

Es el Señor quien te ha impedido vengarte hoy. Él siempre ha luchado tus batallas por ti, y siempre lo hará. Cuando te haga rey, querrás tener la conciencia tranquila sobre este día».

David dijo: «Fue Dios quien te envió aquí hoy. Tu sabiduría me ha impedido derramar sangre y vengarme de un hombre que me ofendió. Si no hubieras venido, todos los hombres de tu campamento habrían muerto». Entonces aceptó los regalos de Abigail.

Ella regresó a casa y encontró a Nabal festejando como un rey. No le contó lo que había sucedido. Él se emborrachó y se quedó dormido.

Por la mañana, ella esperó hasta que él estuviera sobrio y entonces le contó lo que había hecho el día anterior. Él sufrió inmediatamente un derrame cerebral y permaneció en coma durante diez días. Entonces el Señor lo mató.

David se enteró de su muerte y dijo: «¡Alabado sea el Señor! Dios me impidió hacer el mal y castigó a Nabal por el mal que había hecho».

David envió entonces un mensaje a Abigail preguntándole si quería ser su esposa. Ella aceptó y se fue con él.

Mientras tanto, Saúl entregó a su hija Mical para que fuera la esposa de otro.

94 David perdona la vida a Saúl en Zif

1 Samuel 26 –27

Saúl volvió a reunir a tres mil de sus mejores guerreros y salió en busca de David. Esa noche acamparon junto al camino. David se enteró de dónde estaban, así que fue allí durante la noche.

Saúl dormía en medio del campamento, rodeado por sus hombres. A su lado estaba Abner, el comandante del ejército. El Señor hizo que todos cayeran en un sueño profundo.

David tomó a Abisai y se acercó al lugar donde dormían Saúl y Abner. Abisai dijo: «Hoy Dios te ha entregado a tu enemigo. Solo tienes que decir la palabra y yo lo atravesaré con esta lanza y lo clavaré al suelo».

David respondió: «No. Dios lo ungió rey de Israel. Solo Dios puede quitarle ese título. Él ha fijado el momento de la muerte de Saúl, y nosotros lo aceptaremos. Nunca tocaré a un hombre ungido por Dios».

David tomó la jarra de agua del rey y la lanza que estaba clavada en el suelo junto a la cabeza de Saúl. Salieron del campamento sin que nadie se despertara.

Cuando estuvieron a una distancia segura, en la cima de la siguiente colina, David gritó al campamento de Saúl: «Abner, escúchame».

Abner se despertó y le gritó: «¿Cómo te atreves a despertar al rey? ¿Quién eres tú?».

David dijo: «Abner, tú eres el mejor soldado de Israel. Sin embargo, no has protegido al rey, el ungido de Dios. Unos hombres entraron en el campamento mientras tú dormías. Mira a tu alrededor. ¿Dónde están la lanza y la jarra de agua del rey? Deberías ser ejecutado».

Saúl gritó: «Hijo mío David, ¿es tu voz la que oigo?».

«Sí, mi rey. Es mi voz. ¿Qué he hecho para que me persigas como a un criminal? Quienquiera que te haya vuelto en mi contra debería ser maldecido. Me están obligando a abandonar la tierra bendecida por Dios».

Saúl dijo: «Oh, mi hijo David. Una vez más tuviste la oportunidad de matarme y no lo hiciste. Ahora tengo claro que he pecado. He sido un necio. Vuelve conmigo. No te haré daño».

David dijo: «Sí, es cierto. El Señor te entregó en mis manos, pero yo sabía que no debía tocar a su rey ungido. Que Dios valore mi vida y me perdone, igual que yo valoro la tuya. Quiero que vea que soy justo y leal. Envía a un joven para que recoja tu lanza».

Saúl dijo: «Hijo mío, tú eres bendecido por Dios. Harás grandes cosas para el Señor». Con eso, el rey Saúl regresó a su casa.

David dijo a sus hombres: «Eventualmente Saúl me encontrará, y cuando lo haga, me matará. Debo ir a un lugar que esté fuera de su alcance. Qué mejor lugar que con el rey de los filisteos».

Así que David llevó a sus seiscientos hombres a Gat. Todos ellos se llevaron a sus familias con ellos. David le dijo al rey: «Por favor, dame una pequeña ciudad cercana. No merezco vivir en la misma ciudad que un rey tan grande». Así que le dio a David la ciudad de Siclag. David y sus hombres permanecieron allí durante un año y cuatro meses. El rey de los filisteos aprendió a confiar en David como uno de sus compatriotas.

95 Quedándose con las provisiones

David

1 Samuel 29–30

Cuando los filisteos comenzaron a hacer planes para invadir Israel, su rey le dijo a David: «Marcharás conmigo. Quiero que tú y tus hombres sean mis guardaespaldas personales».

David respondió: «Bien, ahora podrás ver lo que mis hombres y yo somos capaces de hacer».

Todas las unidades militares se dirigieron a un lugar donde pudieran presentarse en revista mientras se preparaban para la guerra. Los comandantes filisteos se sorprendieron cuando vieron a David y a sus hombres. Le dijeron al rey: «¡No puedes traer a esos hebreos a luchar con nosotros!».

Él respondió: «David desertó de Israel y desde entonces me ha sido fiel. No tengo motivos para dudar de su lealtad».

Los comandantes se enfadaron. «¡Despídalo! Él es aquel de quien cantan: «Saúl ha matado a sus miles; David a sus decenas de miles». Podría volverse contra nosotros de repente en medio de una batalla. Esa sería una buena manera de recuperar el favor de Saúl».

El rey fue a ver a David. «Eres un hombre honorable y personalmente quiero que estés a mi lado en la batalla. Pero los comandantes no confían en ti. Por lo tanto, tengo que enviarte de vuelta a Siclag».

David dijo: «¿Qué he hecho para merecer esto? Te he sido fiel desde el primer día que llegué aquí».

El rey dijo: «Sé que lo has sido, pero tengo las manos atadas. Debes marcharte por la mañana».

Así que David y sus hombres se marcharon. Cuando regresaron a Siclag, descubrieron que unos invasores extranjeros habían llegado y quemado la ciudad. No habían matado a nadie, sino que simplemente se habían llevado a toda la gente con ellos. Esto incluía a todas las esposas, hijos e hijas de David y sus hombres.

Los hombres lloraron hasta que ya no pudieron llorar más. Algunos querían apedrear a David, pero Dios lo defendió. Él oró al Señor: «¿Debo perseguir a estos invasores? ¿Los atraparé?».

El Señor dijo: «Ve tras ellos. Los atraparás y recuperarás todo lo que te quitaron».

Así que David tomó a sus 600 hombres y fue tras los invasores. En un momento dado, se detuvieron porque 200 de sus hombres estaban demasiado agotados para seguir adelante. Así que los 400 dejaron sus provisiones con los 200 y continuaron.

Se encontraron con un esclavo que había pertenecido a los saqueadores, pero que había sido abandonado porque se había enfermado. No había comido nada en tres días. Los hombres de David le dieron comida y agua y lo ayudaron a recuperarse.

David le dijo: «¿Nos llevarás hasta los invasores?».

Él respondió: «Os llevaré hasta ellos si juráis que no me mataréis y que no me devolveréis a ellos». David aceptó.

El esclavo llevó a los hombres de David directamente hasta los invasores. Estos estaban celebrando todo el botín que habían obtenido de los filisteos y los israelitas. Sin previo aviso, los hombres de David atacaron y mataron rápidamente a la mayoría de ellos. Solo unos pocos lograron escapar. Los hombres de David recuperaron todo lo que habían perdido, además de todo el botín que los saqueadores habían tomado de otras ciudades.

Cuando regresaron con los 200 hombres, algunos de los 400 dijeron: «Ellos no fueron con nosotros a la batalla. Por lo tanto, solo recuperarán a sus esposas e hijos. No recibirán nada del botín adicional que tomamos».

David dijo: «¡No! Eso está mal. Dios nos ha dado una gran victoria hoy. Compartiremos por igual con los que se quedaron atrás con nuestros suministros». Así que eso se convirtió en la ley de Israel desde ese día en adelante.

David y sus hombres regresaron a Siclag. Luego envió parte del botín a varias ciudades de Israel.

96 Saúl y la adivina de Endor

1 Samuel 28

Los filisteos comenzaron su invasión masiva de Israel. Entraron en el país y establecieron su campamento. Saúl reunió a su ejército y se preparó para la guerra. Su cuerpo temblaba de miedo cuando vio lo grande que era el ejército filisteo.

Pidió consejo al Señor, pero Dios no le habló. Todo estaba en silencio. No hubo ningún sueño, ni ningún sacerdote o profeta que le transmitiera un mensaje del Señor.

Quería hablar con Samuel, pero este había muerto y Saúl había eliminado a todos los que decían poder hablar con los muertos. Aun así, quería desesperadamente hablar con Samuel. Les dijo a sus siervos: «Buscad una mujer que pueda hablar con los espíritus de los muertos. Necesito saber qué va a pasar».

Ellos le respondieron: «Hay una mujer en Endor que dice que puede hablar con los muertos».

Esa noche, Saúl se disfrazó, tomó a dos siervos y fue a la casa de la mujer. Le dijo: «Quiero que me traigas un espíritu».

Ella dijo: «¿Me estás tendiendo una trampa? Sabes que el rey Saúl matará a cualquiera que haga eso».

Él dijo: «Escúchame con atención. Tan cierto como que Dios vive, no sufrirás por hacer esto».

Ella dijo: «¿A quién quieres que resucite de entre los muertos?».

«Resucita a Samuel. Quiero hablar con él».

De repente, la mujer vio a Samuel. Gritó y luego se volvió y le gritó al rey: «¡Me has engañado! ¡Eres el rey Saúl!».

Él dijo: «No te preocupes por eso. Ahora dime, ¿qué ves?».

«Veo un espíritu que sale de la tierra».

«¿Cómo es?».

«Es un anciano vestido con una túnica».

Saúl supo que era Samuel, así que se postró con la cara en tierra. El profeta dijo: «¿Por qué me molestas? ¿Qué quieres?».

«Oh, estoy en apuros y no sé qué hacer. Dios no me habla y los filisteos han invadido la tierra con un ejército enorme. Por eso te he llamado. Por favor, dime qué debo hacer».

Samuel dijo: «El Señor es ahora tu enemigo, ¿por qué crees que te ayudaría? Ya te dije lo que iba a hacer. Bueno, finalmente lo está haciendo. Te está quitando la realeza y se la está dando a tu vecino David. No obedeciste a Dios. Te negaste a hacer lo que te dijo que hicieras. Por lo tanto, mañana tú y tus hijos se unirán a mí. Israel será entregado a los filisteos».

Saúl se aterrorizó al oír esto y se quedó en el suelo. Estaba débil porque no había comido nada en más de un día. La mujer dijo: «Prepararé algo de comida. Necesitas recuperar fuerzas antes de partir».

Al principio, el rey se negó, pero sus sirvientes estuvieron de acuerdo con la mujer. Finalmente, se levantó y se sentó en la cama mientras ella preparaba la comida. Ella mató un ternero cebado, lo cocinó y horneó pan. Saúl y sus sirvientes comieron y luego se marcharon en medio de la noche.

97 Muerte de Saúl y de sus hijos

1 Samuel 31 y 1 Crónicas 10

La guerra entre los filisteos e Israel fue feroz. Muchos israelitas murieron y los demás huyeron del campo de batalla. Tres de los hijos de Saúl fueron asesinados, incluido Jonatán.

Una flecha alcanzó a Saúl y él supo que estaba a punto de morir. Se volvió hacia el hombre que llevaba su armadura. «Saca tu espada y mátame. Si estos paganos me encuentran vivo, me torturarán hasta matarme».

El portador de la armadura se negó a matar a su rey, por lo que Saúl se arrojó sobre su propia espada y murió. Cuando el portador de la armadura vio esto, se arrojó sobre su espada y murió.

Llegó un hombre que era soldado de Israel, pero de otro país. Vio que Saúl estaba muerto, así que le quitó la corona del rey de la cabeza para llevársela a David.

Cuando los habitantes de aquella zona vieron la destrucción total del ejército de Saúl, abandonaron sus ciudades y huyeron para salvar sus vidas. Los filisteos entraron en aquellas ciudades y se apoderaron de ellas.

Al día siguiente, volvieron al campo para saquear los cadáveres. Fue entonces cuando encontraron a Saúl y a sus hijos. Cortaron la cabeza de Saúl y colgaron su cuerpo de la muralla de la ciudad. Luego colgaron los cuerpos de sus hijos junto a él. Enviaron su armadura a su país y la colocaron en el templo de sus dioses. La noticia de la muerte de Saúl se extendió por todo su país.

Cuando Saúl se convirtió en rey, su primera acción fue rescatar una ciudad amenazada por los amonitas. Estos habían dicho que iban a sacar el ojo derecho a todos los habitantes de la ciudad. Cuando los habitantes de esa ciudad se enteraron de que el cuerpo de Saúl estaba colgado de una muralla, viajaron toda la noche para llegar hasta allí. Lo bajaron de la muralla, junto con los cuerpos de sus hijos. Una vez que los enterraron, ayunaron durante siete días.

El hombre que llevaba la corona de Saúl fue a Siclag para informar a David de la muerte del rey Saúl y de sus hijos. David dijo: «¿Cómo sabes que Saúl y Jonatán han muerto?».

Un hombre respondió: «Estaba caminando por el campo de batalla cuando el rey me vio. Gritó: «Ven aquí y mátame con tu espada. Estos perros impíos estarán aquí en unos minutos. Si me encuentran vivo, me torturarán». Así que hice lo que me dijo. Tomé mi espada y lo maté. Luego te traje su corona».

David rasgó sus vestiduras y gritó de dolor. Él y sus hombres lloraron la muerte de Saúl y Jonatán. Entonces David le dijo al hombre que había traído la noticia: «Has admitido que mataste al ungido del Señor». Se volvió hacia uno de sus hombres y le dijo: «Saca tu espada y mata a este hombre».

David siguió llorando la muerte del rey Saúl y Jonatán.

98 Joab y Abner

2 Samuel 2 y 1 Crónicas 2:16, 12:22

Mientras David vivía en la ciudad filistea de Siclag, hombres de todas las tribus de Israel seguían llegando para unirse a sus fuerzas. Venían día tras día hasta que reunió un gran ejército. Tras la muerte de Saúl, David preguntó al Señor si debía regresar a una ciudad de Judá. El Señor le dijo: «Ve a Hebrón».

Así que David y sus hombres tomaron a sus familias y se trasladaron a todas las ciudades alrededor de Hebrón. Los hombres de Judá fueron a David y lo hicieron rey de su tribu.

Todas las demás tribus siguieron el liderazgo de Abner, el comandante del ejército de Saúl. Él tomó a Isboset, un hijo del rey Saúl, y lo hizo rey sobre todo Israel, excepto Judá.

Esto provocó una guerra entre ambos bandos. Abner condujo a sus hombres a enfrentarse al ejército de David, liderado por Joab, hijo de la hermana de David. Los dos ejércitos se encontraron a ambos lados de un estanque. Abner le gritó a Joab: «Enviemos cada uno a doce hombres para que luchen por nosotros». Así que cada bando envió a doce hombres a la batalla. Los veinticuatro hombres eran expertos en la lucha, por lo que cada uno mató a su oponente. Los veinticuatro hombres murieron.

Con eso, ambos bandos entraron en batalla y Joab salió victorioso. Tras la feroz lucha, Abner y sus hombres huyeron. Uno de los hermanos de Joab persiguió a Abner. El joven era un corredor extremadamente rápido, pero no era tan hábil en la lucha como Abner.

Abner vio que el hermano de Joab se le acercaba. Le gritó: «Ve tras uno de mis soldados que sea más como tú. Lucha contra él y verás qué pasa».

Pero el joven no escuchó este consejo. Siguió acercándose a Abner. Este le advirtió de nuevo: «No me obligues a hacerlo. Si te mato, nunca podré volver a mirar a la cara a tu hermano».

Aun así, el joven se negó a escuchar y siguió adelante. Cuando estaba justo detrás de Abner, el hábil guerrero se giró y le clavó la lanza en el estómago. El joven cayó al suelo y murió.

El ejército de Joab siguió persiguiendo a los hombres de Abner. Al atardecer, llegaron refuerzos y se unieron a los hombres de Abner. Este le gritó a Joab: «Acabemos con esta batalla. Si seguimos luchando, solo aumentaremos el rencor. Dile a tus hombres que dejen de perseguir a sus hermanos».

Joab le respondió gritando: «¡Tienes razón! Habríamos luchado toda la noche si no hubieras dicho nada». Entonces tocó el cuerno de carnero y sus hombres se detuvieron. Ambos ejércitos regresaron a sus ciudades, y Joab enterró a su hermano en la tumba familiar en Belén.

La guerra continuó entre Judá e Israel. El pueblo de Judá siguió a David como su rey, e Isboset fue rey sobre todas las demás tribus. Fue una lucha larga y amarga. El reinado de David se hizo cada vez más fuerte, y el de Isboset cada vez más débil.

99 David es proclamado rey de Israel

2 Samuel 3 – 4 y 1 Crónicas 11:1-3

El reino de Isboset seguía debilitándose. Sin embargo, la influencia de Abner se hacía cada vez más fuerte. Un día, el rey le dijo: «¿Por qué te acostaste con la concubina de mi padre?».

Abner se enfadó y respondió: «¡Cómo te atreves! Mi lealtad hacia tu padre es lo único que me ha impedido entregarte a David. Ahora me acusas de haber pecado con esta mujer. ¡Ya está bien! Voy a proclamar a David rey de todo Israel». Isboset se quedó sin palabras.

Abner envió un mensaje a David: «Estoy dispuesto a entregarte el reino de Israel. Lleguemos a un acuerdo».

David respondió: «Hay algo que debe suceder antes de que lleguemos a ningún acuerdo. Si vienes, debes traer a mi esposa Mical, la hija de Saúl. No vengas sin ella».

Los guardias fueron a buscar a Mical y la llevaron lejos de su nuevo marido. Mientras caminaban por el camino, el marido los seguía llorando. Finalmente, Abner se volvió y le gritó: «¡Vete a casa!». Entonces el hombre se volvió y se fue a casa.

Abner consiguió que los ancianos de Israel aceptaran que David fuera rey de Israel. Luego fue a decírselo a David. Juntos celebraron un banquete para celebrar la noticia.

Abner dijo entonces: «Iré a hacer los últimos preparativos para tu coronación. Entonces serás rey de toda la nación». David lo despidió en paz.

Joab había estado ausente mientras sucedía todo esto. Regresó justo después de que Abner se marchara. Se acercó a David y le dijo: «¿Por qué has dejado escapar a Abner? ¿No te das cuenta de que todo esto es solo una trampa para atraparte?».

Entonces, sin que el rey lo supiera, Joab envió un mensaje a Abner: «Por favor, vuelve a Hebrón». Cuando Abner regresó, Joab le pidió que se apartara para poder tener una conversación privada. Una vez que lo hicieron, Joab apuñaló a Abner en el estómago. Este cayó al suelo y murió.

David quedó devastado cuando se enteró de lo que había sucedido. Maldijo a Joab y a sus descendientes. El rey sabía que Joab había matado a Abner para vengar la muerte de su hermano. Aun así, les obligó a él y a sus hombres a rasgar sus ropas, ponerse cilicio y llorar la muerte de Abner.

David caminó detrás del cortejo fúnebre y lloró abiertamente junto a la tumba. No comió nada durante el resto del día. Les dijo a sus soldados: «Hoy ha muerto un gran líder de Israel».

Todo Israel tomó nota de lo que hizo David y se convencieron de que él no tenía nada que ver con la muerte de Abner.

Dos hombres entraron en la casa de Isboset y lo mataron mientras dormía la siesta. Le cortaron la cabeza y se la llevaron al rey David diciendo: «Tu enemigo ha muerto».

David dijo: «Cuando estaba en Siclag, vino un hombre y me dijo que había tenido misericordia del rey Saúl matándolo antes de que los filisteos lo torturaran. Él pensó que me traía buenas noticias, pero yo lo mandé matar. Ahora venís y me decís que matasteis al rey de Israel mientras dormía en su cama». David mandó matar a ambos hombres. Luego les cortó las manos y los pies y colgó sus cuerpos cerca del estanque de Hebrón.

Todas las tribus de Israel se reunieron en Hebrón y nombraron rey a David. Tenía 37 años.

100 Los valientes de David

2 Samuel 5, 23:13-23 y 1 Crónicas 11

David había formado un grupo de 30 hombres que constituían el núcleo de su fuerza de combate. El hermano de Joab, Abisai, lideraba el grupo debido a su valentía.

Los 30 combatientes eran guerreros probados, dotados de habilidad y coraje. Pero los más poderosos de ellos eran una inspiración para todo el ejército: se les llamaba «los Tres». Uno de los Tres mató personalmente a 800 soldados en una batalla. Otro se mantuvo firme cuando el resto del ejército se retiró. Mientras ellos retrocedían, él se volvió y atacó a los filisteos por su cuenta. Luchó con tanta fuerza y durante tanto tiempo que su mano se pegó a la espada. Los demás finalmente regresaron, pero solo para saquear los cadáveres que lo rodeaban.

Antes de que David se convirtiera en rey, hubo un tiempo en que él y sus hombres vivían escondidos. Tenía sed y dijo: «¡Oh! ¡cómo anhelo el agua del pozo de Belén!». En aquel momento, Belén estaba en manos de los filisteos.

Los Tres oyeron a David anhelar esa agua. Se escabulleron del campamento y fueron a Belén. Se colaron en la ciudad y sacaron agua del pozo. Luego pudieron salir sanos y salvos del territorio filisteo.

Cuando le llevaron el agua a David, este se sorprendió por lo que habían hecho. Dijo: «¡No beberé esta agua! Es tan preciosa como la sangre de los hombres que arriesgaron sus vidas para conseguirla». Se puso de pie ante el Señor y la derramó como ofrenda a Dios.

Todos los hombres de David le siguieron siendo leales después de que se convirtiera en rey. Dios estaba con él y estableció su reino sobre Israel.

Jerusalén era una ciudad amurallada en el monte Sion controlada por los jebuseos. David dijo a sus hombres: «Quien sea capaz de conquistar esta ciudad se convertirá en el comandante de mi ejército». Joab la conquistó entrando dentro de las murallas a través de los túneles de agua. Así que se convirtió en el comandante del ejército.

David renombró la ciudad como «La ciudad de David» y, a partir de ese momento, fue el centro de su gobierno.

Cuando los filisteos se enteraron de que él se había convertido en rey de Israel, decidieron luchar contra él. David le preguntó al Señor: «¿Debo ir a luchar contra ellos?».

El Señor le respondió: «Ve. Yo los entregaré en tus manos». Así que David fue y los derrotó.

Más tarde, invadieron Israel de nuevo. Entonces él le preguntó al Señor: «¿Debo ir a luchar contra ellos?».

El Señor dijo: «Ve, pero esta vez rodea por detrás. Acampa en un bosquecillo. Espera hasta que oigas el sonido de una marcha en las copas de los árboles. Entonces sabrás que yo he marchado delante de ti».

David hizo exactamente lo que el Señor le dijo que hiciera. Derrotó a los filisteos y los expulsó por completo de la tierra.

101 David intenta llevar el arca a Jerusalén

2 Samuel 6 y 1 Crónicas 13, 15 – 17

El arca de Dios había sido ignorada durante el reinado de Saúl como rey. Por eso, David decidió llevarla a su nueva capital. Envió un mensaje a todo Israel invitándoles a unirse a él para este gran acontecimiento.

El pueblo estuvo de acuerdo en que era lo correcto. Desgraciadamente, no siguieron las instrucciones de Dios sobre cómo debía transportarse el arca. En su lugar, la colocaron en un carro nuevo y la tiraron con una yunta de bueyes.

Mientras el carro se dirigía hacia Jerusalén, el rey y el pueblo caminaban junto a él celebrando. Cantaban canciones y tocaban instrumentos.

De repente, uno de los bueyes tropezó y sacudió el carro. Un hombre llamado Uza extendió la mano para estabilizar el arca. En el momento en que la tocó, Dios lo golpeó y cayó al suelo y murió.

David se quedó sorprendido y confundido. No sabía por qué Dios había hecho eso. Necesitaba tiempo para pensar qué hacer, así que puso el arca de Dios en una casa cercana. Permaneció allí durante tres meses. Durante ese tiempo, el Señor bendijo a la familia que vivía allí.

David se enteró de cómo Dios estaba bendiciendo a la familia, así que decidió una vez más llevar el arca a Jerusalén. Esta vez les dijo a los levitas que se purificaran y siguieran las instrucciones que Moisés había dado sobre cómo debía transportarse el arca de Dios.

El pueblo de Israel se emocionó cuando entró en Jerusalén. Ofrecieron sacrificios al Señor, gritaron de alegría y tocaron trompetas. David se quitó el abrigo y bailó con todas sus fuerzas. Todos se regocijaron juntos.

Mical miró por la ventana y se sorprendió al ver a su marido saltando delante del arca. Le pareció repugnante.

David colocó el arca en una tienda especial que había preparado para ella. Se hicieron sacrificios y ofrendas quemadas al Señor. David bendijo al pueblo y les dio de comer.

Mical se enfrentó a su marido cuando él regresó a casa. Ella le dijo: «Lo que hiciste fue vergonzoso. Te quitaste tu manto real y saltaste como un tonto delante de las esclavas comunes».

David respondió: «Me humillé ante el Señor. Y sí, lo volveré a hacer. Esa gente común de la que hablas me honrará por el resto de sus vidas».

Mical vivió toda su vida sin tener hijos.

102 Construcción de un imperio

2 Samuel 7 – 9 y 1 Crónicas 17 – 18

David estableció su reino y lo defendió de las naciones que lo rodeaban. Finalmente, hubo paz en Israel. Entonces comenzó a pensar en construir un templo para el Señor. Un día le dijo al profeta de Dios: «¡Yo vivo en un hermoso palacio, mientras que el arca de Dios permanece en una tienda!».

El profeta estuvo de acuerdo: «Adelante, construye el templo. Dios estará complacido».

Esa noche, Dios habló al profeta y le dio un mensaje para David. El Señor dijo: «Tú estabas pastoreando ovejas cuando te hice rey de Israel. He estado contigo todos estos años y te he dado la victoria sobre tus enemigos. Ahora estableceré tu nombre entre los hombres más grandes que jamás hayan existido. Tu linaje real durará para siempre.

Sin embargo, no te permitiré construir mi casa. Te he hecho un hombre de guerra y muchos han muerto por tu causa. Tu hijo será un hombre de paz y él construirá mi casa. Yo seré un padre para él y estableceré su reino».

El rey David se alegró al oír este mensaje y se humilló ante el Señor. A partir de ese día, comenzó a fijarse en las naciones que le rodeaban. Invadió a los filisteos y recuperó las ciudades y las tierras que estos habían arrebatado a Israel. Luego se volvió contra los moabitas y los edomitas y los sometió a Israel.

Dirigió sus ejércitos hacia el norte y derrotó a una nación tras otra. Jerusalén prosperó gracias al oro, la plata, el bronce y los caballos que llegaron a la ciudad. David estableció guarniciones en todos estos países para mantener el control sobre ellos. Utilizó a sus hombres para construir su ejército. Su nombre se convirtió en temido y honrado en toda esa parte del mundo.

David dedicó al Señor todo lo que había ganado. Trajo justicia al pueblo y les enseñó la rectitud.

Un día, David preguntó a sus siervos: «¿Queda algún miembro de la familia de Saúl con vida? Quiero mostrarles bondad, tal como Jonatán me mostró bondad a mí».

Un siervo llamado Ziba tomó la palabra y le habló de Mefiboset, que era hijo de Jonatán. Tenía cinco años cuando su nodriza se enteró de la muerte de Saúl y Jonatán. Ella entró en pánico y corrió con el niño sobre sus hombros. Él se cayó al suelo y se lastimó los pies. Desde entonces, había quedado cojo de ambos pies.

David mandó a buscarlo. Él entró y se postró en tierra. Dijo: «Soy tu siervo».

David le dijo: «No temas. Te devolveré la bondad que tu padre me mostró. Te daré todos los campos que pertenecían a Saúl. Además, de ahora en adelante, comerás en mi mesa».

Mefiboset se postró una vez más y dijo: «No soy más que un perro muerto. ¿Por qué te preocupas por mí?».

El rey dijo a Ziba: «Tú y tus hijos trabajarán las tierras que acabo de dar a Mefiboset. Ahora son sus siervos».

Así que Mefiboset vivió en Jerusalén y comía en la mesa del rey. Se convirtió en uno de los hijos de David.

103 Amonitas

2 Samuel 10 y 1 Crónicas 19 – 20

En todas las conquistas de David, él no atacó a los amonitas porque el rey había sido amable con él cuando huía de Saúl. Un día, el rey de los amonitas murió y su hijo reinó en su lugar.

David envió a un grupo de hombres con un mensaje de consuelo al nuevo rey. Cuando los hombres llegaron allí, los líderes amonitas le dijeron a su rey: «Estos hombres no están aquí para mostrar la preocupación de David por ti. No están aquí para mostrar respeto por tu padre. Nos están espiando. Están explorando nuestra ciudad para ver dónde estamos débiles».

Entonces el nuevo rey tomó a los hombres y les afeitó la mitad de la barba. Luego les cortó las túnicas, dejando al descubierto la mitad inferior de sus cuerpos. Los hombres regresaron a Israel profundamente humillados.

David se enteró de este gran insulto y envió un mensaje a sus hombres: «Quedaos en Jericó hasta que os vuelva a crecer la barba. Luego regresad con nosotros».

Los amonitas finalmente se dieron cuenta de lo que habían hecho. Habían enfurecido a David. Así que comenzaron a formar su ejército. Incluso contrataron a 33 000 soldados de otros países.

David envió a Joab y a su ejército a luchar contra los amonitas. Cuando estuvieron en posición, el ejército amonita se movió a una posición en la que estaban a un lado de los israelitas, con los soldados extranjeros al otro. Joab se dio cuenta de que estaba en medio de los dos, con líneas de frente a ambos lados. Por lo tanto, dividió el ejército. Seleccionó a sus mejores tropas para luchar con él y atacar a los soldados extranjeros. Todos los demás debían luchar contra los amonitas bajo el mando de su hermano.

Joab le dijo a su hermano: «Los dos estaremos listos para ayudarnos mutuamente si es necesario. Sé valiente y lucha con fuerza. Debemos proteger a nuestro pueblo y las ciudades de Dios. Que se haga la voluntad del Señor».

La batalla fue decisiva. Joab y sus tropas de élite golpearon tan fuerte a los ejércitos extranjeros que estos dieron media vuelta y huyeron. Cuando los amonitas vieron esto, se retiraron a sus ciudades amuralladas. Con esto, Joab llevó a su ejército de vuelta a Jerusalén.

El ejército extranjero se reorganizó y volvió a luchar. Esta vez, David fue con sus hombres y los derrotó por completo, matando a más de 40 000 hombres. Los que escaparon regresaron a su país y nunca volvieron. David esperó hasta la primavera para acabar de derrotar a los amonitas.

104 Betsabé

2 Samuel 11

Cuando llegó la primavera, era el momento de volver a atacar a los amonitas. Normalmente, David habría ido con sus hombres, pero decidió quedarse en casa.

Después de echarse una siesta una tarde, salió a pasear por la terraza que había en la azotea del palacio. Desde allí, vio a una mujer hermosa que se estaba bañando. Llamó a un sirviente y le preguntó: «¿Quién es esa mujer?».

«Oh, se llama Betsabé. Es la esposa de Urías, uno de tus treinta guerreros».

David mandó llamarla, y ella acudió al palacio. Esa noche se acostó con ella. Con el tiempo, ella se dio cuenta de que estaba embarazada y supo que era fruto de la noche que pasó con el rey. Envió un mensaje a David para decirle que estaba embarazada.

Él decidió que tenía que ocultar lo que había hecho. Así que inmediatamente envió un mensaje a Joab: «Envíame a Urías».

El soldado llegó y el rey le preguntó: «¿Cómo va la batalla? ¿Está bien Joab?». Después de que Urías le informara, el rey le dijo que podía ir a casa con su esposa antes de volver a la batalla. Incluso envió un regalo para la pareja.

Urías se despidió del rey, pero no se fue a casa. Pasó la noche durmiendo a la puerta del palacio con todos los siervos del rey. Por la mañana, el rey lo llamó y le preguntó: «¿Por qué no te fuiste a casa?».

«No, no lo haría. El arca de Dios está en el campo de batalla. El ejército de Israel duerme en tiendas de campaña. Joab y sus oficiales están en el campo. No puedo ir a mi casa y vivir cómodamente. No puedo comer y beber con mi esposa mientras ellos están sacrificándose por nuestra nación».

David dijo: «Quédate aquí un día más y luego te enviaré de vuelta a la batalla».

Luego, el rey invitó a Urías a comer y beber con él. Durante la velada, David lo emborrachó. Aun así, él no se fue a casa, sino que durmió en un catre a las puertas del palacio.

A la mañana siguiente, David escribió una carta a su comandante: «Pon a Urías en primera línea, donde la lucha es más encarnizada. En el momento señalado, haz que tus hombres se retiren, dejándolo morir».

El rey le dio la carta sellada a Urías y le dijo que se la llevara a Joab. Este regresó al campo de batalla y le entregó la carta a su comandante. Joab obedeció la orden y colocó a Urías en el lugar más peligroso. En el momento señalado, todos los demás se retiraron y Urías murió. Betsabé se enteró de que su marido había muerto en la batalla y lloró su muerte.

Joab continuó su batalla contra la capital amonita. Finalmente, logró abrirse paso y capturó su suministro de agua. Envió un mensaje a David: «¡Ven rápido! Dirige al ejército hacia la ciudad y captúrala para que obtengas la gloria».

David fue y condujo al ejército a la victoria sobre las ciudades amonitas. Hizo que el pueblo amonita derribara por completo sus murallas y todos sus edificios. Se llevó todo lo que tenía valor y puso al pueblo a trabajar fabricando ladrillos.

David regresó entonces a Jerusalén. Una vez que terminó el período de luto de Betsabé, la tomó por esposa. Poco después, ella dio a luz a su hijo. Solo Dios sabía de su pecado, y no le agradó.

105 La historia de Natán

2 Samuel 12 y Salmo 51

Solo Dios sabía del pecado de David con Betsabé. Envió al profeta Natán, quien se presentó ante el rey y le contó esta historia: «Había dos hombres que vivían en la misma ciudad. Uno era rico. Tenía un gran rebaño de ganado y una gran manada de ovejas. El otro era pobre. Solo tenía una pequeña oveja, pero era como una hija para él. La oveja creció con sus hijos como una mascota. Comía de sus platos, bebía de sus copas e incluso dormía con ellos por la noche.

El hombre rico recibió la visita de un amigo que venía de una ciudad lejana. Cuando llegó la hora de comer, el hombre rico no quiso usar una de sus propias ovejas. En su lugar, tomó el cordero del hombre pobre y lo preparó para su invitado».

David se enfadó. Se levantó y gritó: «¡Eso es repugnante! ¿Cómo puede ser tan despiadado? Se merece morir. Le dará al pobre cuatro corderos por lo que ha hecho».

Natán señaló a David y dijo: «¡Tú eres ese hombre! El Señor dice: «Yo te hice rey sobre Israel y te di todo lo que tienes. Te habría dado más si me lo hubieras pedido. Entonces, ¿por qué me has despreciado y has hecho este mal? Mataste a Urías con una espada amonita y te quedaste con su mujer. Por eso, la espada nunca se apartará de tu casa. Hiciste todo esto en secreto, pero yo te juzgaré públicamente»».

David se derrumbó ante Natán. «He pecado contra el Señor».

Más tarde, escribió esta oración:

«Oh Dios, ten piedad de mí.
Sujétame con fuerza en tu amor.
En tu compasión, elimina mi rebelión.
Lava mi culpa y elimina
la mancha de mi pecado.
Sé que soy rebelde.
Mi pecado me persigue día y noche.
Tú eres contra quien luché.
Este mal es contra ti.
Tienes razón en estar enojado y rechazarme.
He sido así toda mi vida.
Pero sé que quieres enseñarme.
Ve a lo más profundo de mí y pon sabiduría allí.
Usa limpiadores fuertes hasta que
todo esté absolutamente limpio.
Reemplaza mi depresión con alegría.
Quita mi pecado y dame
un corazón nuevo y limpio.
Dame un espíritu decidido
y restaura el gozo de mi salvación.
Si haces estas cosas, enseñaré a otros tus caminos».

Natán fue a David y le dijo: «El Señor ha escuchado tu oración y ha quitado tu pecado. No morirás, pero el niño morirá por cómo trataste al Señor».

De repente, el niño enfermó. David suplicó a Dios que lo perdonara. El rey no comía, sino que pasaba día y noche en el suelo suplicando a Dios. Sus siervos intentaban que comiera, pero él se negaba.

Al séptimo día, el niño murió. Los siervos temían decírselo a David. Lo habían visto agonizar mientras el niño aún vivía. Pensaban que haría algo desesperado cuando se enterara de que el niño había muerto.

Él los vio susurrando entre ellos. Les preguntó: «¿Ha muerto el niño?».

«Sí, ha muerto».

Entonces David se levantó del suelo, se bañó y se puso ropa limpia. Adoró en la casa del Señor y luego mandó traer algo de comer.

Los sirvientes estaban asombrados. Él se lo explicó. «Mientras el niño aún vivía, le supliqué al Señor para que tuviera misericordia y le permitiera vivir. Pero ahora que ha muerto, no hay nada que pueda hacer. Él no puede volver a mí, pero yo puedo ir a él».

Más tarde, Betsabé dio a luz a otro hijo, y David lo llamó Salomón. El Señor amaba a Salomón y dijo que él sería el próximo rey de Israel.

106 Tamar

2 Samuel 13

Amnón era el hijo mayor de David, y su favorito. Amnón tenía todo lo que quería, excepto una cosa. Quería a su hermanastra Tamar. Ella era hermosa y virgen. Pensaba en ella todo el tiempo. Literalmente se enfermó deseando poder acostarse con ella.

Tenía un primo que era conocido por ser astuto. Una vez que se enteró de cómo se sentía Amnón, ideó un plan. Le dijo: «Acuéstate en tu cama como si estuvieras enfermo. Cuando el rey pregunte por ti, dile que quieres que Tamar venga a hacer pan a tu habitación. Dile que quieres que ella te lo dé de comer».

Amnón siguió este plan, por lo que el rey pidió a Tamar que fuera a ayudar a su hermano con la comida. Mientras ella estaba allí, Amnón echó a todos los sirvientes de la habitación. Cuando ella le entregó la comida, él la agarró y le dijo: «¡Acuéstate conmigo!».

Ella le suplicó: «No, por favor. Detén esto. Es un pecado horrible. Me estás avergonzando. Pídele al rey y él me dará a ti. Te dará cualquier cosa».

Pero Amnón no la escuchó. La empujó a la cama y la violó. Tan pronto como terminó, ya no la quería. De hecho, la odiaba. Le dijo: «¡Fuera de aquí!».

Ella gritó: «¡No! No me eches. Lo que has hecho está mal, pero echarme es peor».

Él llamó a gritos a su sirviente: «Saca a esta mujer de aquí y cierra la puerta tras ella».

Después de que Tamar fuera expulsada, rasgó sus vestiduras, las que demostraban que era virgen. Se echó ceniza sobre la cabeza y lloró mientras caminaba.

Su hermano era Absalón. Tan pronto como se enteró de lo sucedido, juró matar a Amnón. Pero sabía que tenía que planearlo cuidadosamente. Así que hizo que su hermana se mudara a su casa. Le dijo: «Por ahora, intenta olvidarlo. No digas nada al respecto».

Desde ese día, Tamar estaba triste y de mal humor, y Absalón dejó de hablarle a Amnón por completo. El rey se enfureció cuando se enteró de la violación. Aun así, no hizo nada al respecto.

Dos años más tarde, Absalón celebró una fiesta de esquila de ovejas e invitó a todos los hijos de David. Se aseguró de que Amnón estuviera allí. Absalón ofreció un gran banquete para la ocasión. Todos comieron y bebieron en abundancia.

Absalón les dijo a los sirvientes que vigilaran cuidadosamente a Amnón. Les dijo: «Esperen hasta que haya bebido lo suficiente, luego mátenlo. No tengan miedo. No se meterán en problemas. Simplemente están siguiendo mis órdenes».

Hicieron exactamente lo que se les dijo. Cuando llegó el momento adecuado, mataron a Amnón. Los otros hijos huyeron para salvar sus vidas.

La noticia llegó rápidamente al rey. Le dijeron que Absalón había matado a todos los hijos del rey. David rasgó sus vestiduras y se postró en tierra. Finalmente, alguien le dijo que no era cierto. Solo Amnón había muerto. Le dijeron: «Absalón ha estado planeando esto desde que violaron a su hermana».

Finalmente, los otros hijos de David llegaron y se presentaron ante el rey. Todos lloraron juntos.

Absalón huyó a un país vecino para esconderse de su padre. David lloró la muerte de Amnón durante tres años.

107 El regreso de Absalón

2 Samuel 14

Después de tres años, David finalmente dejó de llorar la muerte de Amnón. Entonces comenzó a extrañar a su hijo Absalón. Sin embargo, no le pedía que regresara de su escondite.

Joab se dio cuenta de esto, así que contrató a una mujer que era buena actuando. Le dijo que fuera a ver al rey y le dio las palabras que debía decir. Ella se presentó ante David vestida con ropas de luto. Se inclinó ante él y dijo: «Ayúdame, mi rey».

David dijo: «Cuéntame tu problema».

«Solo tuve dos hijos después de que muriera mi marido. Hace poco se pelearon y nadie los detuvo. Al poco tiempo, uno mató al otro. Ahora mi familia dice que debo entregarle al único hijo que me queda. Dicen que debe morir porque es un asesino. Mi rey, esto borraría el nombre de mi marido de la faz de la tierra».

David dijo: «Puedes irte a casa. Yo me encargaré de esto por ti. Si alguien dice que esto no está bien, tráemelo».

Ella dijo: «Oh, por favor, jura por Dios que mi hijo no será asesinado por lo que hizo».

David dijo: «Lo juro por el Señor que vive. Tu hijo no morirá por esto».

Ella dijo: «¿Puedo hacerte una pregunta más?».

«Sí, ¿cuál es?».

«Sabía que me darías un juicio justo porque la sabiduría de Dios está en ti. Tú ves claramente lo que es bueno y lo que es malo. Por eso este juicio fue bueno.

Entonces, ¿por qué no sigues tus propios juicios? Estás perjudicando a la nación de Dios al no traer de vuelta a tu hijo. Todos vamos a morir algún día, pero Dios es el Dios de la vida. Él quiere que nos reconciliemos unos con otros».

David dijo: «Tú me hiciste una pregunta, ahora yo tengo una para ti. Escúchame con atención. Debes decirme la verdad. ¿Te envió Joab aquí para hablar conmigo?».

Ella respondió: «Mi señor el rey tiene la sabiduría de un ángel del Señor. Nadie puede engañarlo. Sí, tu siervo Joab me dijo lo que debía decir, pero solo porque te ama y quiere lo mejor para ti».

El rey llamó a Joab y le dijo: «Ve y trae a Absalón de vuelta en paz, pero no quiero verlo». Así que Joab fue y trajo a Absalón de vuelta a Jerusalén. Se le permitió vivir en su propia casa.

Pasaron dos años y todavía no se le permitía ver al rey. Finalmente, decidió pedirle a Joab que organizara una reunión entre él y su padre. Mandó llamar a Joab, pero él no vino. Lo mandó llamar por segunda vez, pero él siguió sin venir. Finalmente, Absalón envió a sus siervos a prender fuego al campo de cebada de Joab.

Joab fue y le gritó a Absalón: «¿Por qué prendiste fuego a mi campo?».

Tenía que llamar tu atención. Ahora dime: ¿por qué me trajiste de vuelta a Jerusalén? Estaba mejor donde estaba. Ve al rey y organiza una reunión entre nosotros dos. Quiero verlo, aunque me mate».

Así que Joab organizó un momento en el que el rey y su hijo pudieran reunirse. Absalón se presentó ante su padre y se postró con la cara en el suelo. David se levantó, se acercó y besó a su hijo.

108 La rebelión de Absalón

2 Samuel 15 –17:23

Absalón era un hombre apuesto con un hermoso cabello espeso. También era ambicioso y quería ser rey. Para impresionar a la gente, iba en un carruaje con cincuenta hombres corriendo delante de él.

Por la mañana, se paraba junto al camino que llevaba a la puerta de la ciudad. Honraba a cualquiera que se inclinara ante él. Si veía a alguien que iba a ver al rey por un problema, le preguntaba: «¿De qué ciudad eres?». Si eran de una de las tribus del norte, les decía: «Entiendo tu problema. Es una lástima que el rey no te escuche. Si yo fuera rey, me aseguraría de que te escucharan».

Pronto, las tribus del norte de Israel se volvieron leales a Absalón. Cuando llegó el momento oportuno, les envió mensajeros diciendo: «Escuchen el cuerno de carnero. Cuando lo oigan, griten: «¡Absalón es rey!»».

La conspiración se extendió rápidamente. Cada vez más personas comenzaron a apoyar a Absalón. Él abandonó la ciudad y solicitó la ayuda de Ahitofel, uno de los consejeros de David. Tanto David como Absalón sabían que la sabiduría de Ahitofel era un don del Señor.

David no se enteró de esto hasta que fue demasiado tarde. Para entonces, sabía que su vida corría peligro, así que él y sus siervos abandonaron rápidamente la ciudad. Se quitó los zapatos, se cubrió la cabeza y lloró abiertamente mientras subía al Monte de los Olivos. La gente se acercaba y lloraba a lo largo del camino.

Una vez que llegó a la cima del monte, vio a Husai, uno de sus amigos y consejeros. David le dijo: «No vengas conmigo. Ve a decirle a Absalón que le servirás como me has servido a mí. Si puedes, aconseja a mi hijo en contra del consejo de Ahitofel».

Entonces establecieron una forma en que Husai pudiera enviar a David información sobre los planes de Absalón. Hushai regresó a Jerusalén justo cuando Absalón y una gran multitud entraban en la ciudad. Ahitofel estaba a su lado. Hushai se inclinó ante Absalón y dijo: «¡Larga vida al rey!».

Absalón dijo: «¿Por qué no fuiste con tu amigo?».

Hushai respondió: «Serviré al que el Señor y el pueblo hayan elegido. Te serviré igual que serví a tu padre».

Cuando David se marchaba, pasó por delante de la casa de un hombre llamado Simei, que era de la familia de Saúl. Simei comenzó a lanzarle piedras a David y a gritarle: «¡Te lo mereces, asesino asqueroso! Dios te está juzgando por lo que le hiciste al rey Saúl. Ve a esconderte en un agujero, que es donde debes estar».

Abisai sacó su espada y dijo: «¡Este perro asqueroso está muerto! ¡Le cortaré la cabeza!».

David se volvió hacia él y le dijo: «¿Por qué harías eso? Fue el Señor quien le dijo: «Simei, ve y maldice a David». ¿Por qué lucharíamos contra Dios en un momento como este? Quizás el Señor vea lo que estoy pasando y tenga piedad de mí».

Así que David y sus hombres continuaron por el camino con Simei en una colina sobre ellos. Él seguía gritando maldiciones y lanzando piedras y tierra a David.

Una vez que Absalón estuvo en el palacio, Ahitofel dijo: «Permíteme llevar a 12 000 hombres y perseguir a David esta noche. Lo atacaré mientras está débil y cansado. Esto causará pánico entre su gente y se dispersarán. Solo mataré al rey y traeré a todos los demás de vuelta contigo. Tendremos paz cuando la gente vea que solo has matado al rey y has dejado vivir a todos los demás».

Esta propuesta le pareció bien a Absalón, pero dijo: «Envía a buscar a Husai. Quiero escuchar su consejo».

Cuando Husai escuchó este plan, dijo: «¡Oh, no! No hagas eso. Tú conoces a tu padre y a sus hombres. Son guerreros. Ahora mismo son como una osa salvaje a la que le han robado sus cachorros. Tu padre sabe luchar. Probablemente se esté escondiendo en una de las cuevas, esperando a que salgan tus hombres. Si actúas ahora, algunos de tus hombres morirán. Cuando la gente se entere, dirán que David está masacrando a tus fuerzas. Todos lo creerán porque saben que tu padre es un guerrero experto.

Esto es lo que debes hacer. Reúne un gran ejército de todo Israel. Llévalos personalmente a la batalla. Ataca a David dondequiera que lo encuentres. Con un ejército masivo, puedes asegurarte de que no escape. Si alguna ciudad lo esconde, destrúyela por completo y no dejes piedra sobre piedra».

Continúa en la siguiente página

108B Corriendo hacia el rey

2 Samuel 17:15-29

Al principio, Husai no sabía si Absalón seguiría su consejo o el de Ahitofel. Por eso, decidió preparar a David para el peor de los resultados. Se había acordado que dos mensajeros le entregarían a David cualquier comunicación de Husai. Así que les envió un mensaje a través de una sirvienta que decía: «Corran hacia el rey y díganle: "No pases la noche a este lado del río Jordán. En cambio, cruza al otro lado. Si no lo haces, tú y toda la gente que está contigo serán destruidos». Así que los hombres comenzaron a correr hacia David.

Desafortunadamente, un niño vio a la sirvienta entregar su mensaje. Inmediatamente fue y le contó a Absalón lo que había visto. Absalón envió guardias para capturar a los dos hombres.

Los corredores llegaron a una familia que tenía un pozo en su patio. El hombre de la casa les ayudó a bajar al pozo, y su esposa lo cubrió y esparció grano encima.

Cuando llegaron los guardias, le preguntaron a la mujer: «¿Dónde están los dos hombres que vinieron aquí?».

«Oh, pasaron por aquí y se dirigieron hacia el agua».

Los guardias se apresuraron a buscar a los dos mensajeros, pero no pudieron encontrarlos. Pronto se dieron por vencidos y regresaron a Jerusalén.

Después de que los guardias se hubieran ido, los dos hombres salieron del pozo y continuaron su camino. Encontraron al rey David y le dijeron: «¡Levántate inmediatamente y cruza el río!». Luego le contaron el consejo que les había dado Ahitofel. Así que David y todo el pueblo que lo acompañaba cruzaron el Jordán. Al amanecer, habían cruzado sanos y salvos.

Luego viajaron hacia el norte hasta llegar a la ciudad de Mahanaim, que significa «dos campamentos». Allí los recibió un grupo de hombres prominentes liderados por un anciano de 80 años llamado Barzilai. Los hombres dijeron: «La gente que está contigo debe estar hambrienta, agotada y sedienta. Te hemos traído camas, palanganas y utensilios de cerámica». También habían traído trigo, cebada, harina, grano tostado, frijoles, lentejas, miel, cuajada, ovejas y queso del rebaño. Así que David y la gente que lo acompañaba fueron recibidos en la ciudad y se atendieron sus necesidades.

109 La derrota de Absalón

2 Samuel 17:24–19:8

Continuación de la página anterior

El Señor hizo que Absalón ignorara el consejo de Ahitofel, aunque era mejor. Entonces Absalón dijo: «Seguiremos el consejo de Husai».

Cuando Ahitofel oyó esto, supo que David ganaría la guerra. Así que se fue a su ciudad natal, puso sus asuntos en orden y se ahorcó.

Gracias al consejo de Husai, David estaba preparado para la guerra cuando Absalón reunió un gran ejército y lo persiguió. La gente de esa zona le había dado provisiones y Joab había organizado el ejército.

David trazó un plan de acción para luchar contra el ejército de Absalón. Les dijo a sus hombres: «Yo los guiaré a la batalla».

Ellos respondieron: «¡No! Quédate en la ciudad. Si uno de nosotros muere, a nadie le importará. La mitad de nosotros podría morir y nadie se daría cuenta. Pero tú vales por 10 000 soldados. Quédate en la ciudad».

Así que el rey se quedó junto a la puerta mientras sus tropas marchaban. Le dijo a Joab, en voz alta para que todos pudieran oírlo: «Por mi bien, ten misericordia de mi hijo Absalón».

El ejército de David marchó a la batalla y derrotó al ejército de Israel. Se convirtió en una masacre, con más de 20 000 hombres muertos.

Absalón se alejaba de la batalla montado en una mula. De repente, su cabello se enredó en las ramas de un gran árbol. Esto lo tiró de la mula y quedó colgado en el aire. Algunos de los hombres de David lo vieron colgado allí y fueron a decírselo a Joab.

Él dijo: «¿Qué? ¿Lo visteis colgado allí y no lo matasteis? ¡Os habría pagado diez piezas de plata si lo hubierais matado!».

Ellos respondieron: «No mataríamos al hijo del rey, aunque nos dieras mil piezas de plata. Oímos lo que dijo. Quiere que perdonemos la vida a su hijo. Si lo hubiéramos matado, el rey se enteraría... y tú nos harías cargar con la culpa».

Joab dijo: «¡Estoy perdiendo el tiempo hablando contigo!». Tomó tres lanzas y fue al lugar donde estaba colgado Absalón. Él y varios de sus guardias rodearon a Absalón y lo mataron.

Joab tocó entonces el cuerno de carnero, y sus tropas dejaron de perseguir al ejército de Israel. Absalón fue bajado del árbol y arrojado a un gran pozo. Con eso, todos los hombres de Israel se fueron a casa.

Un joven le dijo a Joab: «Correré a contarle al rey cómo el Señor le ha dado la victoria».

Joab respondió: «No, enviaré a otra persona». Así que envió a otro mensajero.

El joven le rogó a Joab que le dejara correr también. Finalmente, le dieron permiso para ir. El joven corrió, pero era más rápido que el otro mensajero y llegó primero al rey.

David estaba sentado justo dentro de la puerta, esperando noticias de la batalla. Un centinela en la muralla le gritó y le dijo que venía un corredor.

Cuando el joven se acercó, el centinela le gritó a David que venía otro corredor. El joven se inclinó ante el rey y dijo: «La batalla ha ido bien. ¡Has ganado! El Señor te ha dado la victoria».

David dijo: «¿Qué hay de Absalón? ¿Está vivo?».

«No lo sé. Oí mucho ruido, pero no supe de qué se trataba».

«Quédate ahí y espera».

El segundo corredor se acercó y dijo: «Tengo buenas noticias. Dios te ha dado la victoria hoy».

David dijo: «¿Qué hay de Absalón? ¿Está vivo?».

El corredor dijo: «Que todos tus enemigos terminen como él».

Continúa en la siguiente página

110 El reino de David restaurado

2 Samuel 19

Continuación del anterior página

El rey se sintió profundamente afligido al enterarse de la muerte de Absalón. Subió a la sala de la puerta y gritó angustiado: «¡Hijo mío, Absalón! ¡Hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Ojalá hubiera muerto yo en tu lugar, Absalón, hijo mío, hijo mío!».

La noticia llegó al ejército. De repente, su alegría por la victoria se convirtió en tristeza. Era como si hubieran perdido la batalla.

Joab fue a ver a David. «Tus hombres arriesgaron sus vidas por ti. No solo salvaron tu vida, sino también las vidas de tu familia. Ahora se avergüenzan de lo que han hecho. Creen que tú querías que murieran en lugar de tu hijo.

Levántate ahora mismo. Sal y anima a tus hombres. Si no lo haces, todos te abandonarán y tus problemas serán peores que nunca».

Así que David se levantó y se sentó a la puerta. Pronto todos sus hombres vinieron y se sentaron con él.

Después de que Absalón fuera asesinado y su ejército derrotado, sus hombres huyeron del campo de batalla y regresaron a sus hogares. En ese momento, el pueblo de Israel comenzó a recordar todas las cosas buenas que David había hecho por ellos a lo largo de los años. Juntos hicieron un llamamiento a David, pidiéndole que volviera a ser su rey.

La tribu de Judá no estaba representada en esta llamada, por lo que David les envió un mensaje. «¿Por qué no me pedís que vuelva? Al fin y al cabo, soy uno de vosotros».

Inmediatamente le enviaron un mensaje: «Vuelve y sé nuestro rey». Luego se apresuraron al río Jordán y lo escoltaron a él y a su familia para cruzarlo.

Tan pronto como David cruzó el río, Simei corrió hacia él y se postró ante él. Le dijo: «Sé que pecé contra ti cuando te fuiste de Jerusalén. Por favor, no me lo tengas en cuenta. Como puedes ver, soy el primero en darte la bienvenida».

El hermano de Joab, Abisai, se adelantó y dijo: «Déjame matarlo. Tú eres el ungido del Señor, y él te ha deshonrado».

David dijo: «Guarda tu espada. Hoy es un día especial. Una vez más soy rey. Nadie morirá hoy en Israel». Luego se volvió hacia el hombre que tenía delante. «Simei, no morirás por lo que hiciste».

Inmediatamente, se produjo una discusión entre las tribus de Israel. Las otras tribus dijeron a Judá: «¿Por qué no nos incluisteis cuando trajisteis al rey al otro lado del río?».

Judá respondió: «Somos sus parientes».

Los demás dijeron: «Él es rey de todo Israel, no solo de Judá. Por lo tanto, es diez veces más nuestro rey que el vuestro». Esto volvió a dividir a la nación y la lucha entre las tribus se intensificó.

Un hombre llamado Seba se adelantó y tocó un cuerno de carnero. Dijo: «David no es rey de Israel. Que Judá se quede con él. Vámonos a casa».

Con eso, el pueblo de Israel se marchó. Solo la tribu de Judá llevó a David a Jerusalén.

111 Mujer sabia de Abel

2 Samuel 20 y 1 Crónicas 2:16-17

David destituyó a Joab del mando del ejército. Lo sustituyó por Amasa, que también era su sobrino. Le dijo a Amasa: «Reúne a mis tropas en tres días para que puedas dar caza a Seba».

Amasa comenzó a reunir un ejército, pero le llevó demasiado tiempo. No regresó en tres días. David le dijo al hermano de Joab, Abisai: «Debemos actuar rápido si queremos derrotar a Seba. Si le damos tiempo, será un peligro mayor que el que jamás representó Absalón. Ve tras él inmediatamente».

Joab se unió a su hermano y juntos organizaron rápidamente un ejército. Luego salieron de Jerusalén para capturar a Seba.

En el camino, Amasa finalmente los alcanzó. Joab se acercó a él y le dijo: «Amasa, primo mío. ¿Cómo estás?». Luego extendió su mano derecha como para acercar a Amasa y saludarlo con un beso. Amasa no vio el cuchillo en la mano izquierda de Joab.

Joab apuñaló a Amasa en el estómago. Este cayó al suelo, moribundo, pero aún con vida. Joab se dio la vuelta y se marchó para continuar su búsqueda de Seba. Un soldado se colocó junto a Amasa y gritó: «Seguid a Joab si sois leales al rey David».

Mientras el ejército seguía a Joab, iban reduciendo la marcha al pasar junto a Amasa, que gemía de dolor. Algunos incluso se detuvieron a mirarlo. Finalmente, un soldado apartó a Amasa a un lado del camino y le echó una manta por encima. Entonces el ejército siguió su marcha rápidamente.

Persiguieron a Seba por todo el país. Finalmente, él llevó a sus hombres a una ciudad llamada Abel. Las tropas de Joab sitiaron la ciudad y construyeron una rampa contra sus murallas. El objetivo era derribar las murallas y destruir la ciudad.

Mientras trabajaban, una mujer les gritó. Era conocida en la zona como la mujer sabia. Dijo: «Id a buscar a Joab para que pueda hablar con él».

Joab se acercó a esa parte de la muralla y gritó: «¿Qué quieres?».

Ella le respondió gritando: «¿Eres Joab?».

«Sí, ¿qué quieres?».

Ella dijo: «La gente dice: «Ve a Abel para obtener el mejor consejo». Eso es porque sabemos cómo resolver problemas. Entonces, ¿por qué querrías destruir un recurso tan valioso como Abel? Nuestra ciudad es como una madre para Israel».

Él dijo: «No estamos aquí para destruir tu ciudad. Estamos persiguiendo a Seba, que se ha rebelado contra David, nuestro rey. Si nos entregas a este hombre, dejaremos tu ciudad en paz».

La mujer dijo: «Te tomaré la palabra. Te arrojaremos la cabeza de Seba».

La mujer fue y habló con los oficiales de la ciudad. Ellos confiaron en su sabiduría, así que capturaron a Seba, le cortaron la cabeza y se la lanzaron a Joab.

Cuando Joab la vio, tocó el cuerno de carnero y su ejército regresó a casa. Joab volvió a Jerusalén, donde una vez más fue nombrado comandante del ejército de David.

112 Limpieza étnica

2 Samuel 21

Una hambruna azotó la tierra de Israel. Al principio, David pensó que se trataba de un fenómeno natural, hasta que duró tres años. Entonces se dio cuenta de que la hambruna provenía de Dios. Así que le preguntó al Señor al respecto. Dios le dijo: «Es por lo que Saúl hizo a los gabaonitas».

El tabernáculo de Dios estaba en Gabaón. El arca de Dios estaba en Jerusalén, pero el tabernáculo se había instalado en Gabaón. Así que había dos lugares de culto.

Los gabaonitas hicieron un pacto con Israel en los días de Josué. Saúl decidió ignorar esos pactos y eliminar a la población gabaonita. Intentó aniquilar por completo su existencia.

David fue a ellos y les dijo: «Nuestro pueblo os ha hecho daño. ¿Cómo podemos reconciliarnos de nuevo con vosotros?».

Ellos respondieron: «El dinero no puede pagar por la muerte de nuestros hermanos y hermanas. Y no tenemos el poder para vengarnos de Israel. Sin embargo, nuestra queja no es contra Israel. Es solo contra el hombre que intentó exterminarnos de la tierra».

David dijo: «Entonces, ¿qué podemos hacer por vosotros?».

Ellos respondieron: «Danos a siete descendientes de Saúl. Los colgaremos en su ciudad natal, cerca de donde el pueblo adora al Señor».

David aceptó. Seleccionó a dos de los hijos de Saúl y a cinco de sus nietos. Perdonó a Mefiboset debido a su promesa a Jonatán.

Los gabaonitas mataron a los siete hombres y colgaron sus cuerpos en una colina cerca de donde la gente iba a adorar. Debían permanecer colgados allí desde abril, que era el comienzo de la cosecha, hasta octubre, que era el comienzo de la temporada de lluvias.

La esposa de Saúl fue al lugar donde estaban colgados sus hijos y nietos. Se quedó allí día y noche para proteger los cuerpos de las aves durante el día y de los animales salvajes durante la noche.

Cuando terminó el tiempo asignado, David fue a la ciudad donde estaban enterrados Saúl y Jonatán y recogió sus huesos. Luego los enterró en la tumba familiar, junto con los siete hombres. Después de todo esto, Dios volvió a escuchar las oraciones de David con respecto a la tierra.

Años más tarde, los filisteos volvieron a declarar la guerra a Israel. David fue con sus hombres a librar una batalla. De repente, se sintió agotado durante la lucha. Un pariente de Goliat vio esto como una oportunidad para matar a David. El filisteo era un hombre enorme y muy fuerte. Se dispuso a matar a David. Uno de los hombres de David detuvo al gigante y lo mató.

David fue sacado del campo de batalla y sus hombres hicieron un juramento. Dijeron: «Nunca más volverás a luchar con nosotros. Tú eres la lámpara de Israel y no debes apagarla en el campo de batalla». Así que David nunca volvió a ir a la guerra.

113 David censa al pueblo

2 Samuel 24 y 1 Crónicas 21

El rey David llamó a Joab y le dijo: «Recorre todo el país y haz un recuento de todo el pueblo». Lo hizo para ver qué tamaño podía alcanzar su ejército.

Joab sabía que esto no era la voluntad de Dios para David. Le dijo: «No desobedezcas al Señor. Dios te dará tanta gente como necesites para cualquier situación». Pero David insistió, así que Joab utilizó su ejército para ir a todas las partes de Israel y contar al pueblo. Cuando terminaron, le dijo a David que había más de 1 300 000 hombres que podían ir a la guerra si fuera necesario.

Después de escuchar este informe, David supo que al Señor no le había agradado lo que había hecho. Oró: «Oh Dios, he actuado neciamente y he pecado contra ti. Perdona mi pecado».

El Señor envió a un profeta para darle un mensaje a David. «Debes elegir uno de estos tres castigos por este pecado:

• una hambruna que devastará la tierra durante tres años,

• un ejército invasor al que perderás batalla tras batalla durante tres meses,

• o una epidemia que arrasará la tierra durante tres días».

David dijo: «¡Los tres me aterrorizan! Aun así, elijo sufrir bajo la mano de Dios, en lugar de a manos de los hombres. Sé que el Señor es misericordioso».

Entonces Dios envió al ángel del Señor, que arrasó la tierra con una grave epidemia. ¡Murieron 70 000 hombres! El ángel se centró entonces en Jerusalén. Cuando la muerte se abatió sobre la ciudad, Dios dijo: «¡Basta! ¡Ya es suficiente!».

El ángel se detuvo inmediatamente. Se encontraba sobre una era propiedad de un jebuseo llamado Arauna. Era el lugar exacto donde Abraham había ofrecido a su hijo al Señor.

David alzó la vista y vio al ángel con una espada extendida sobre la ciudad. Arauna también vio al ángel, por lo que corrió y se escondió.

David se postró con el rostro en tierra. «¡Oh Señor, yo soy el que ha pecado! No es este pueblo. Son como ovejas. ¿Qué han hecho? Castígame a mí y a mi familia».

El profeta se acercó a David con un mensaje de Dios. «Construye un altar al Señor en esa era». David se dirigió inmediatamente hacia allí. Cuando Arauna vio esto, corrió hacia el rey y se postró.

David dijo: «Véndeme tu era, para que pueda construir un altar al Señor. Entonces él detendrá la plaga del pueblo. Te pagaré el precio completo por ella».

Arauna dijo: «Oh, rey, te lo daré. Por favor, tómalo y construye tu altar. Usa mis bueyes para el holocausto y mi leña para el fuego. Te lo doy todo. Confío en que el Señor te escuchará».

David dijo: «No, amigo mío, lo compraré todo por su precio completo. No ofreceré sacrificios al Señor utilizando algo que no me cuesta nada». Así que David compró la era, los bueyes y la leña. Luego construyó el altar y ofreció sacrificios al Señor.

Dios escuchó la oración de David y envió fuego del cielo para quemar la ofrenda. Luego ordenó al ángel: «¡Guarda tu espada!». Con eso, la epidemia terminó.

Desde ese día, David utilizó ese altar cada vez que ofrecía sacrificios a Dios. Dijo: «Esta es la casa del Señor».

Luego organizó a la gente y compró los materiales necesarios para construir el templo. Años más tarde, Salomón construyó el templo del Señor en ese mismo lugar.

114 Transferencia de fuerza

David

1 Reyes 1

Cuando David se hizo viejo y frágil, siempre tenía frío. Cubrirlo con mantas no servía de nada. Finalmente, decidieron proporcionarle una enfermera que durmiera con él. Encontraron a una hermosa virgen y ella se convirtió en su enfermera constante. Dormía con él, pero no tenían relaciones sexuales.

Adonías era el cuarto hijo de David, hermano menor de Absalón. Era tan guapo como su hermano. David nunca disciplinó a Adonías, ni siquiera lo corrigió.

Como David era viejo y estaba postrado en cama, Adonías dijo: «Yo seré el próximo rey». Contrató a 50 guardaespaldas para que corrieran delante de él mientras recorría las calles en un carruaje. Le pidió ayuda a Joab y también contó con la ayuda del sumo sacerdote. Otros se negaron a ayudarlo, incluido el profeta Natán.

Adonías organizó un banquete e invitó a quienes lo apoyaban. También invitó a sus hermanos, a los siervos de David y a los oficiales de Judá. Pero no invitó a quienes se oponían a él, ni invitó a Salomón.

Betsabé era la madre de Salomón. Natán fue y le contó lo que estaba sucediendo. Le dijo: «El rey no sabe lo que está haciendo Adonías. Si no detenemos esto, tú y tu hijo moriréis». Luego le dijo exactamente cómo debían decírselo al rey.

Ella fue al dormitorio de David, donde su nodriza lo estaba sirviendo. Betsabé dijo: «Mi señor, tú dijiste que Salomón sería rey después de ti. Pero ahora Adonías se ha hecho rey sin que tú lo sepas. Todo Israel espera que tú les digas exactamente quién debe ser rey. Si mueres sin decírselo, Salomón y yo seremos asesinados como criminales».

En ese preciso momento, Natán entró y dijo: «Mi señor rey, ¿has nombrado rey a Adonías? Hoy está celebrando un banquete con los oficiales de Israel. Están comiendo y bebiendo y diciendo: «Larga vida al rey». A muchos de nosotros no nos han invitado. Me sorprende que hayas autorizado esto sin decírmelo».

David dijo a Betsabé: «Tan cierto como que vive el Señor, tu hijo Salomón será rey después de mí. Esto sucederá hoy mismo».

A continuación, dio una orden a ciertos sacerdotes, oficiales y al profeta Natán: «Llevad a Salomón en mi mula personal al lugar donde lo ungiréis rey. Después, tocad los cuernos de carnero y gritad: «¡Viva el rey Salomón!». Luego, haced que se siente en mi trono. Decid a todos que él es a quien he elegido para ser rey después de mí».

Los hombres siguieron las instrucciones de David. Tan pronto como Salomón fue proclamado rey, el pueblo salió a las calles gritando, tocando flautas y celebrando.

Los invitados al banquete de Adonías oyeron el ruido y se preguntaron qué estaba pasando. Los hombres entraron corriendo y les dijeron: «¡El rey David ha nombrado a Salomón rey de Israel! En este momento está sentado en el trono real».

Todos abandonaron rápidamente el banquete y se fueron a casa. Adonías estaba aterrorizado por lo que Salomón podría hacerle. Fue al Tabernáculo y se agarró a los cuernos del altar. Envió un mensaje a Salomón diciendo: «Soy tu esclavo. Por favor, prométeme que no me matarás».

Salomón le respondió: «No te mataré si actúas como un hombre de carácter. Pero si no lo haces, mandaré que te maten». Entonces Adonías fue, se postró ante Salomón y le honró como nuevo rey.

115 Muerte de David y Joab

1 Reyes 2

Antes de morir, David le dio instrucciones a Salomón sobre cómo debía gobernar como rey. Le dijo: «Para tener éxito, debes ser fuerte y valiente, y seguir siempre los caminos de los mandamientos de Dios.

Mata a Joab cuando sea el momento adecuado. Él asesinó a dos comandantes de Israel: Abner, el comandante de Saúl, y Amasa, su primo. No los mató en el campo de batalla. Ambos hombres confiaban en él porque era una época de paz. No dejes que envejezca en paz.

«Recuerda que Simei me maldijo cuando huía de Absalón. Me suplicó clemencia y le dije que podía vivir. Depende de ti castigarlo. Trátalo según tu sabiduría».

Poco después, David murió y lo enterraron en Jerusalén. Había sido rey durante cuarenta años.

Más tarde, Adonías fue a ver a Betsabé y le dijo: «Tú sabes que todo Israel esperaba que yo fuera rey. Acepto a Salomón como rey, porque es la voluntad de Dios para Israel. Solo tengo una petición».

«¿Cuál es?».

«El rey no te negará nada si se lo pides. Así que, por favor, ve y pregúntale si puedo tener como esposa a la nodriza de David».

Así que Betsabé fue a ver a Salomón. Él se levantó, la saludó y pidió que le trajeran un trono para colocarlo a su derecha.

Ella se sentó y dijo: «Tengo una pequeña petición. Por favor, no me la niegues».

«Madre, pídeme lo que quieras y te lo daré».

Ella dijo: «Por favor, deja que Adonías tenga como esposa a la nodriza de David».

Salomón se sorprendió. Dijo: «Esto es lo mismo que pedir que lo nombren rey. Esta petición le costará la vida a Adonías. Morirá antes de que termine el día». Entonces Salomón dio la orden y Adonías fue asesinado.

El sumo sacerdote había apoyado a Adonías, por lo que el rey le quitó su cargo. Era el último sacerdote de la línea de Elí. Esto cumplió la profecía que se había dado sobre él.

Joab sabía que había llegado su hora, así que fue al tabernáculo y se agarró a los cuernos del altar. Salomón se enteró de esto y le dijo a un guardia: «Ve y mátalo».

El guardia fue y le dijo a Joab: «Sal de ahí».

Él respondió: «No, moriré aquí».

El guardia regresó y se lo contó al rey. Salomón dijo: «Haz lo que te ha pedido. ¡Mátalo allí! Merece morir por haber asesinado a dos hombres buenos que eran mejores que él». Así que Joab fue asesinado en el altar y enterrado cerca de su casa.

Entonces Salomón llamó a Simei. El rey le dijo: «Construye una casa en Jerusalén y vive allí. No salgas de esta ciudad por el resto de tu vida. Si sales, morirás. Así que tu vida está en tus manos».

Simei dijo: «Esto es justo. Haré lo que tú has dicho».

Vivió en Jerusalén durante tres años. Un día, dos de sus esclavos huyeron, por lo que Simei fue tras ellos y los trajo de vuelta.

Salomón lo hizo traer. «Ignoraste la orden que te di. Ahora pagarás por lo que le hiciste a mi padre. Lo maldijiste, pero su reino durará para siempre». Con eso, Simei fue asesinado.

Así, Salomón se estableció como rey de Israel.

116 Sabiduría de Salomón

1 Reyes 3-4 y 2 Crónicas 1

Salomón amaba al Señor y trataba de seguir el ejemplo de su padre David. Un día, fue a Gabaón y sacrificó mil holocaustos sobre el altar. Esa noche, Dios se le apareció en un sueño. «¿Qué quieres que te dé?».

Sin dudarlo, respondió: «Señor, mi padre fue un gran rey, pero yo me siento como un niño que no sabe nada. Dame sabiduría y entendimiento para gobernar a tu pueblo».

El Señor se complació con la respuesta de Salomón. «Has pedido sabiduría en lugar de larga vida, riquezas o paz. Por lo tanto, te daré sabiduría. Superará lo que nadie ha tenido ni tendrá jamás. También te daré grandes riquezas y honores. Y te daré larga vida, pero solo si me sigues como lo hizo David».

Poco después de esta promesa, dos prostitutas fueron a la sala de juicio y se presentaron ante el rey. Una dijo: «Esta mujer y yo vivimos en la misma casa. Cada una de nosotras dio a luz a un hijo. Mientras dormíamos, ella accidentalmente se dio la vuelta sobre su hijo y lo mató. Así que, durante la noche, tomó a mi hijo y puso a su hijo muerto en su lugar. Me desperté por la mañana para amamantar a mi hijo, pero el niño estaba muerto. Entonces me di cuenta de que no era mi hijo, sino el suyo. Ella tiene a mi hijo».

La otra mujer dijo: «¡No, el niño vivo es mío y el muerto es suyo!». Las dos comenzaron a discutir delante del rey.

Salomón se volvió hacia un guardia y le dijo: «Ven aquí con una espada». Señalando al niño, dijo: «Corta al niño en dos y dale a cada madre la mitad».

Una mujer gritó: «¡No! ¡No mates a mi hijo! ¡Que se lo quede ella! Por favor, déjalo vivir».

La otra mujer dijo: «Sí, córtalo por la mitad, para que ambas tengamos una parte».

El rey se volvió hacia el guardia y le dijo: «Entrega el niño a la primera mujer. Ella es la madre porque su corazón clama por el niño». El pueblo de Israel se maravilló de su sabiduría.

Salomón gobernó sobre todas las naciones desde el río Éufrates, en el norte, hasta Egipto, en el sur. Toda esa región vivió en paz mientras él vivió. Había tanta gente en Israel que eran como la arena de la orilla del mar. Todos vivían en paz y sin temor a la guerra.

Salomón adquirió conocimientos sobre muchos temas. Tenía conocimientos sobre plantas, aves y animales. Su sabiduría era mayor que la de cualquier otra persona en el mundo. Los reyes de todo el mundo enviaban a personas para que lo escucharan y aprendieran de él.

117 Construcción del templo

1 Reyes 5 – 9 y 2 Crónicas 2 – 7

Salomón sabía que era su responsabilidad construir el Templo del Señor. Por lo tanto, reunió una gran fuerza de trabajo y les proporcionó todos los materiales que necesitaban. Obtuvo cedro del rey Hiram del Líbano, que había sido amigo de David, su padre.

La construcción completa tardó siete años en completarse. Durante ese tiempo, no se oía el ruido de las herramientas en el lugar del templo porque todo se montaba en otro lugar. Las paredes interiores estaban totalmente cubiertas de cedro. Las paredes del Lugar Santísimo estaban cubiertas de oro puro. Todos los utensilios, muebles y herramientas para el culto también eran de oro. También hizo un lugar para los gentiles que querían venir al templo a orar.

Una vez terminado el templo, el rey Salomón reunió a los líderes de todas las tribus de Israel. Los sacerdotes fueron a buscar el arca de Dios. Lo único que había en ella en ese momento eran las dos tablas de piedra que Moisés había puesto allí. Mientras los sacerdotes llevaban con cuidado el arca hacia el templo, se ofrecían sacrificios a lo largo del camino. Finalmente llegaron y el arca de Dios fue colocada en el Lugar Santísimo.

De repente, la gloria del Señor llenó el templo como una nube. Era tan densa que los sacerdotes tuvieron que detener lo que estaban haciendo.

El rey dio gracias a Dios. Luego se volvió hacia el pueblo y les dio una bendición y una oración de dedicación. Finalmente, se puso de pie ante el altar del Señor y oró. Le pidió a Dios que escuchara a su pueblo cuando confesaran sus pecados y pidieran perdón. También le pidió a Dios que escuchara a los gentiles que oraban en el templo.

Juntos, toda la nación de Israel ofreció sacrificios a Dios y dedicó el templo al Señor. Esta celebración duró catorce días. Una vez que terminó, el pueblo regresó a sus hogares con el corazón lleno de felicidad.

Entonces Dios se reunió con Salomón por segunda vez. Le dijo: «He escuchado tu oración y he apartado esta casa para mí. Si caminas conmigo como lo hizo tu padre, estableceré tu reino para siempre. Pero si tú o tus descendientes desobedecen mis mandamientos y comienzan a adorar a otros dioses, me alejaré de esta casa y se convertirá en una desgracia. Entonces sacaré al pueblo de Israel de esta tierra».

Durante los siguientes trece años, Salomón construyó una casa para sí mismo. Después de eso, construyó varias ciudades. Estableció una gran fuerza de trabajo para todos sus proyectos de construcción. No había otro rey en todo el mundo como Salomón.

118 Reina de Sabá

1 Reyes 10 – 11:25 y 2 Crónicas 9

La reina de Saba oyó hablar de la gran sabiduría del rey Salomón. No podía creer que fuera verdad. Así que decidió ir a ponerlo a prueba con una lista de preguntas difíciles. Organizó un gran grupo de sirvientes para que la acompañaran y seleccionó regalos para ofrecer al rey. Llegó a Jerusalén con una gran caravana de camellos cargados de oro, joyas y especias.

Se reunió con el rey y le hizo su lista de preguntas. Él fue capaz de responder a todas y cada una de ellas. Ninguna le resultó demasiado difícil de explicar. Ella quedó asombrada al ver el palacio que había construido, la variedad de alimentos en cada comida, la forma en que vestían sus sirvientes y los holocaustos que ofrecía en el templo. Dijo: «Todo lo que había oído sobre ti es cierto, pero no podía creerlo hasta que lo vi con mis propios ojos. Ahora me doy cuenta de que no me contaron ni la mitad de lo que es verdad sobre ti. Que tu Dios te siga bendiciendo mientras llevas a cabo la justicia y la rectitud».

Ella le dio media tonelada de oro y más especias de las que jamás habían llegado a Jerusalén. Salomón también le dio muchos regalos antes de que ella y sus sirvientes regresaran a casa.

Cada año, Salomón recibía 25 toneladas de oro, además del comercio normal. Por eso, cubrió muchas cosas con oro: adornos, copas, platos y su trono. No utilizaba plata porque no le parecía valiosa.

Salomón fabricó 200 escudos grandes, cada uno con 15 libras de oro martillado. También hizo 300 escudos más pequeños con 4 libras de oro cada uno. Ningún otro rey en el mundo era tan rico y sabio como Salomón.

Acumuló una gran manada de caballos para su ejército. Estos fueron importados de muchos países de esa parte del mundo.

Desgraciadamente, Salomón también acumuló muchas mujeres, lo que era una violación directa de la ley de Dios. Tenía 700 esposas, todas ellas hijas de reyes. Cada una adoraba a los dioses de su país. También tenía 300 concubinas.

Cuando Salomón envejeció, estas mujeres lo convencieron de que construyera un santuario para cada uno de sus dioses. Finalmente, cada colina alrededor de Jerusalén tenía un santuario en su honor, en honor a sus muchos dioses. Salomón comenzó a quemar incienso en estos lugares y a ofrecer sacrificios. Finalmente, se apartó de la adoración al Señor y se unió a sus esposas en la adoración a sus dioses. La maldad llenó su corazón.

Dios se enojó con Salomón porque se apartó de seguir los caminos de David. El Señor dijo: «Voy a dividir tu reino en dos y daré una parte a uno de tus siervos. Pero no lo haré durante tu vida, debido a la promesa que le hice a David. Tu hijo perderá la mayor parte de tu reino».

Entonces Dios permitió que los enemigos de Salomón se organizaran contra él, de modo que ya no hubo paz en la tierra. Finalmente, Salomón murió. Había sido rey de Israel durante cuarenta años.

119 Reino dividido

1 Reyes 11:26– 12:24 y
2 Crónicas 10 – 11:4

Cuando Salomón estaba vivo, ascendió a uno de sus siervos, llamado Jeroboam. Tenía una habilidad única para hacer las cosas.

Un día, Jeroboam se encontró con un profeta que llevaba un abrigo nuevo. El profeta dijo: «Aquí hay un mensaje de Dios».

Luego se quitó el abrigo y lo rasgó en doce pedazos. Le entregó diez de ellos a Jeroboam y le dio este mensaje del Señor: «Salomón me abandonó y se volvió hacia la adoración de ídolos. Por lo tanto, voy a arrancar el reino de sus manos. Tú gobernarás sobre las diez tribus del norte de Israel. No voy a quitar todas las tribus por causa de David y Jerusalén. Por lo tanto, el hijo de Salomón gobernará sobre Judá.

Sígueme y obedece mis mandamientos. Si lo haces, estaré contigo. Estableceré tu reino y tendrás una dinastía duradera, tal como le di a David».

Salomón se enteró de esta profecía e intentó matar a Jeroboam. Pero él huyó y se escondió en Egipto hasta que Salomón murió.

Uno de los hijos de Salomón era Roboam, cuya madre era una mujer amonita. Después de la muerte de su padre, fue a Siquem para que las tribus del norte de Israel lo coronaran rey.

Antes de reunirse con él, los ancianos de Israel mandaron llamar a Jeroboam. Una vez que llegó, le dijeron a Roboam: «Tu padre nos impuso un yugo muy duro. Prométenos que aligerarás nuestra carga y reducirás nuestros impuestos. Si lo haces, te serviremos con gusto».

Roboam dijo: «Dadme tres días para pensarlo».

Después de que Jeroboam y los ancianos de Israel se marcharan, Roboam pidió consejo a los consejeros más ancianos de la corte de su padre. Ellos le dijeron: «Sirve a este pueblo con todo tu corazón. Sé bondadoso con ellos y te servirán durante el resto de tu vida».

Roboam pidió entonces consejo a sus consejeros más jóvenes, aquellos con los que había crecido. Ellos le dijeron: «Dile a esos rebeldes: «Mi padre fue indulgente con vosotros en comparación conmigo. Mi dedo meñique será más pesado que la pierna de mi padre. Él os golpeaba con látigos. Yo os golpearé con escorpiones»».

Roboam escuchó este consejo y rechazó el consejo de los ancianos. Dijo a los líderes de Israel: «Mi padre fue indulgente con vosotros en comparación conmigo. Él os golpeaba con látigos. Yo os golpearé con escorpiones». Eso era exactamente lo que el Señor quería que dijera.

Cuando Jeroboam y el pueblo de Israel oyeron esto, dijeron: «¡No queremos tener nada que ver con la casa de David! No somos de Judá».

Así que el pueblo de Israel se fue a sus casas y Roboam regresó a Jerusalén. Envió a uno de sus oficiales para restaurar el orden entre las tribus del norte. El pueblo lo apedreó hasta matarlo.

Las diez tribus se separaron de Judá y se llamaron a sí mismas Israel. Le pidieron a Jeroboam que fuera su rey.

Roboam reunió un ejército de las tribus de Judá y Benjamín. Se prepararon para invadir Israel y obligarlos a volver bajo el control de Roboam.

En ese momento, un hombre de Dios se les acercó con un mensaje del Señor. «No vayan a luchar contra sus hermanos. Vuelvan a casa. Yo soy quien los ha llevado a rebelarse contra ustedes». Todos escucharon al Señor y se fueron a casa.

120 El pecado de Jeroboam

1 Reyes 12:25– 13:10y 13:33-34

Jeroboam eligió la ciudad de Siquem como capital de Israel. La fortificó y construyó allí su palacio.

Se dio cuenta de que su pueblo tenía una tendencia natural a ser leal a la familia de David. Les dijo a sus consejeros: «El pueblo sigue yendo a Jerusalén para adorar en el templo. Al final, decidirán que su verdadera lealtad es hacia el rey de la línea de David. Me matarán y se reunirán con Judá».

Para resolver este problema, hizo dos becerros de oro. Puso uno en el sur, en Betel, y el otro en el norte, en Dan. Le dijo al pueblo: «Es muy difícil viajar a Jerusalén varias veces al año. Aquí está tu dios, el que te sacó de Egipto».

Jeroboam construyó santuarios para estos ídolos y nombró sacerdotes para ellos. Los sacerdotes no eran de la tribu de Leví, sino cualquier persona que quisiera ser sacerdote. Luego estableció celebraciones anuales similares a las de Jerusalén.

Cuando llevó el becerro de oro a Dan, la gente se alineó detrás de él mientras avanzaba. Una vez allí, Jeroboam ofreció sacrificios a este nuevo ídolo. Luego se dirigió al sur, a Betel, para ofrecer sacrificios en el altar que había construido allí.

Un joven de Dios de Judá se acercó a Jeroboam mientras estaba junto al altar. El profeta gritó: «¡Altar, altar! Escucha lo que el Señor Dios te dice. «Nacerá un rey en Judá llamado Josías. En este altar sacrificará a los sacerdotes que queman incienso en él»».

El joven profeta se volvió entonces hacia el pueblo y dijo: «El Señor me ha dado una señal de que estas cosas sucederán. Este altar se partirá en dos y las cenizas se derramarán por el suelo».

El rey Jeroboam se enfadó y señaló al profeta. «¡Agarrad a ese hombre!». Tan pronto como pronunció esas palabras, la mano que había extendido se quedó paralizada y no pudo retirarla. De repente, el altar se partió en dos y las cenizas se derramaron por el suelo.

Al ver esto, el rey suplicó al hombre de Dios: «Por favor, ora al Señor y pídele que me devuelva la mano».

Entonces el hombre de Dios oró y la mano de Jeroboam volvió a estar como antes. El rey dijo: «Ven conmigo al palacio y come algo. Luego te daré un regalo».

El joven profeta dijo: «No iría contigo, aunque me dieras la mitad de todo lo que posees. El Señor dijo que no debo comer ni beber nada mientras esté aquí. Y debo regresar a Judá por un camino diferente al que vine». Con eso, se marchó.

A pesar de esta advertencia, Jeroboam no se arrepintió de lo que estaba haciendo. Continuó promoviendo la adoración de los dos becerros y nombrando sacerdotes para ellos. Debido a este pecado, su reino no continuó después de su muerte y no tuvo descendientes.

121 El viejo profeta

1 Reyes 13:11-32

Había un viejo profeta que vivía en Betel. Sus hijos le hablaron del joven de Dios que venía de Judá y de lo que había hecho en el altar de Jeroboam. El viejo profeta preguntó: «¿Por dónde se fue?».

Luego les dijo a sus hijos que ensillaran su burro. Cabalgó por el camino hasta que encontró al hombre de Dios sentado bajo una encina.

«¿Eres tú el hombre de Dios que viene de Judá?».

Sí, soy yo».

El viejo profeta dijo: «Ven a mi casa y te daré de comer».

«No, no puedo ir contigo. El Señor me dijo que no comiera ni bebiera nada mientras estuviera aquí».

El anciano dijo: «Sí, lo sé. Yo también soy profeta, como tú. El Señor me envió un ángel que me dijo que viniera a buscarte y te diera comida y agua. Así que ven a mi casa».

Era mentira, pero el hombre de Dios fue con él y comió pan en su casa y bebió agua. Mientras estaban sentados a la mesa, el Señor habló a través del viejo profeta, diciendo: «Te has rebelado contra mi mandato. Te dije que no comieras ni bebieras nada en este lugar. Por haberme desobedecido, morirás y no serás enterrado en la tumba de tu familia».

Cuando los dos hombres terminaron de comer, el viejo profeta ensilló el asno del joven. Se marchó y, por el camino, un león saltó sobre el hombre de Dios y lo mató. Su cuerpo cayó al suelo, pero el asno no huyó. Simplemente se quedó junto al cuerpo del joven profeta. El león se quedó al otro lado.

Algunos viajeros lo vieron y se lo contaron a la gente del pueblo. Cuando el viejo profeta lo oyó, dijo: «Sé quién es. Es el hombre de Dios que desobedeció al Señor».

Les dijo a sus hijos que le ensillaran otra vez un burro. Fue y encontró el cuerpo. El león seguía junto a él, al igual que el burro. Sin embargo, el león no se había comido el cadáver ni había atacado al burro.

El viejo profeta puso el cuerpo del hombre de Dios sobre el asno que estaba allí. Lo llevó de vuelta a casa y lo enterró en su propia tumba. Lloró la muerte del joven diciendo: «Oh, hermano mío».

Luego les dijo a sus hijos: «Cuando muera, entiérrenme donde está enterrado este hombre de Dios. Pongan mis huesos junto a los suyos. Él pronunció las palabras de Dios contra estos ídolos y el pecado de Israel. Todo lo que dijo se hará realidad».

122 Roboam y Jeroboam

1 Reyes 14 y 2 Crónicas 12

Uno de los hijos de Jeroboam enfermó. El rey le dijo a su esposa: «Cuando era siervo de Salomón, un profeta me dijo que yo sería rey de las diez tribus del norte de Israel. Él vive en Silo. Llévale regalos de comida y pregúntale qué le sucederá a nuestro hijo. Disfrázate para que no sepa que eres mi esposa».

El profeta ya era viejo y ciego. El Señor le dijo: «La esposa de Jeroboam viene disfrazada. Te va a preguntar por su hijo, que está enfermo». Entonces el Señor le dijo lo que debía responder.

Pronto el profeta oyó los pasos de la mujer. Dijo: «Entra, esposa de Jeroboam. ¿Por qué vas disfrazada? Escucha, Dios tiene un mensaje para tu marido, ¡un mensaje horrible!».

El Señor dice: «Te elegí cuando eras un hombre común. Arranqué parte del reino de la familia de David y te lo di a ti. Pero mira lo que has hecho. No me has seguido. No has guardado mis mandamientos. En cambio, me has insultado con dos becerros de oro y te has vuelto más malvado que nadie.

Así que escucha lo que voy a hacerte. Todos los varones de tu familia morirán de una muerte horrible. El nombre de la familia de Jeroboam no continuará después de que tú mueras. Los perros se comerán a los que mueran en la ciudad, y las aves se comerán a los que mueran en el campo.

Solo habrá una excepción a esto. Tu hijo, que ahora está enfermo, es un buen hombre, el único de tu familia. Morirá de muerte natural. Pero morirá tan pronto como llegues a casa. Tú lo enterrarás, y todo Israel llorará su muerte. Pero él será el único de tu familia que será enterrado.

Todo esto sucederá por lo que Jeroboam le hizo a Israel. Su pecado me obligará a golpear a Israel tan fuerte que sus raíces serán arrancadas de esta tierra. Serán llevados y dispersados entre las naciones».

La esposa de Jeroboam regresó a casa y su hijo murió tan pronto como ella entró en la casa. Fue enterrado y todo Israel lloró su muerte.

Jeroboam reinó durante veintidós años y luego murió. Su hijo se convirtió en rey después de él. Siguió el ejemplo de su padre, pero solo reinó durante dos años. Fue asesinado y toda la familia de Jeroboam fue destruida. Todo sucedió tal y como dijo el profeta.

Mientras Jeroboam gobernaba Israel en el norte, Roboam gobernaba Judá en el sur. Él también enfureció al Señor al guiar al pueblo por caminos malvados. Judá se volvió tan malvada como todas las naciones vecinas.

Durante el quinto año del reinado de Roboam, Egipto vino y saqueó Jerusalén. Se llevaron todo el oro del templo y del palacio real. Se llevaron los escudos de oro que Salomón había hecho.

Después de que se marcharon, Roboam sustituyó los escudos por otros hechos de bronce. Cada vez que el rey salía del palacio y se dirigía al templo, los guardias lo acompañaban llevando los escudos de bronce.

Hubo guerra entre Judá e Israel mientras vivieron Roboam y Jeroboam. Roboam murió después de gobernar Judá durante 17 años, y su hijo se convirtió en rey después de él.

123 Abías y Asa

1 Reyes 15 y 2 Crónicas 13 – 16

Jeroboam seguía siendo rey de Israel cuando murió Roboam. Tras su muerte, Abías se convirtió en rey de Judá. Poco después, Jeroboam y el ejército de Israel invadieron Judá.

Cuando los dos ejércitos se enfrentaron, el ejército de Israel era el doble de grande. Aun así, Abías se paró en una colina y gritó al ejército de Israel. Dijo: «Hombres de Israel, ustedes han abandonado a la familia de David para servir a un siervo de Salomón. Además, han abandonado al Dios de Israel para adorar a los dos becerros de oro de Jeroboam. Y sus sacerdotes no son de la tribu de Leví».

Siguió predicando a los hombres sin cesar. No se dio cuenta de que, mientras hacía esto, Jeroboam estaba enviando a la mitad de sus hombres a la retaguardia del ejército de Abías. De repente, el ejército de Judá se dio cuenta de que estaba rodeado. Clamaron al Señor y los sacerdotes tocaron las trompetas. Dios luchó contra Israel y ellos huyeron del campo de batalla. Muchos de sus soldados murieron ese día.

Jeroboam nunca se recuperó de esta gran derrota y murió poco después. Abías se hizo más fuerte porque confió en el Señor.

Después de la muerte de Abías, su hijo Asa se convirtió en rey de Judá. Gobernó durante 41 años. El Señor le concedió 10 años de paz porque devolvió a la nación a los caminos de David. Destruyó los ídolos que Salomón había erigido. Le dijo al pueblo de Judá que buscara al Señor Dios.

De repente, un vasto ejército de Etiopía invadió desde el sur. El ejército de Judá era muy inferior en número. Asa oró: «¡Oh Señor, solo tú puedes ayudarnos ahora!».

Así que el Señor le ayudó a derrotar al ejército etíope. Muchos de ellos murieron mientras intentaban huir. Cuando todo terminó, su ejército fue aplastado ante el Señor. Los hombres de Judá recogieron todas las posesiones de los cuerpos que yacían en el campo de batalla. También se llevaron todas sus ovejas y camellos.

Cuando Asa y sus hombres regresaban a Jerusalén, un profeta se le acercó y lo desafió a continuar su camino con Dios. Entonces el rey decidió comenzar a destruir los ídolos de todas las demás ciudades de Judá. Incluso destituyó a su abuela como reina madre debido a su lealtad a un ídolo.

Muchas personas del reino del norte de Israel se mudaron a Judá porque adoraban al Señor. Un día, todos se reunieron y juraron servir siempre a Dios. Entonces Asa tomó plata y oro y lo puso en el tesoro del templo. Así, el Señor dio paz a Judá frente a todos sus enemigos.

Desgraciadamente, Asa llegó a un punto de inflexión en su vida. El nuevo rey de Israel declaró la guerra a Judá e invadió el país. Tomó el control de una ciudad clave.

En lugar de confiar en el Señor, Asa pensó en otra forma de obtener ventaja sobre Israel. Sacó el oro y la plata del templo y se lo envió a Ben-hadad, el rey de Siria, que estaba al norte de Israel. Le envió un mensaje diciendo: «Te envío oro y plata para que rompas tu tratado con Israel y establezcas un tratado entre nuestras dos naciones».

Ben-Hadad tomó el oro y la plata e hizo un tratado con Asa. Luego invadió Israel y capturó varias de sus ciudades. Rápidamente, el ejército de Israel abandonó Judá para poder defenderse de Siria.

Parecía que el plan de Asa había funcionado. Pero entonces, un profeta fue al rey Asa y le dijo: «¡Debiste haberle pedido al Señor que luchara por ti, no a Siria! ¿No recuerdas lo que Dios hizo con el enorme ejército de Etiopía? El Señor está buscando a aquellos que confían en Él. Fuiste necio al hacer esto. Por lo tanto, estarás en guerra hasta que mueras».

Asa se enojó con el profeta y llamó a un guardia. «¡Encierren a este hombre en la cárcel!». Después de eso, se volvió cruel con su propio pueblo. De repente, desarrolló una enfermedad en los pies, que empeoró cada vez más. Aun así, no buscó la ayuda del Señor, ni siquiera cuando la enfermedad se volvió mortal. En cambio, confió en que los médicos lo ayudarían. Finalmente, murió después de dos años de mucho dolor.

124 Elías y la viuda

1 Reyes 17

Israel tuvo muchos reyes malvados. Todos ellos siguieron el ejemplo de Jeroboam.

Mientras Asa aún era rey de Judá, Acab se convirtió en rey de Israel. Era extremadamente malvado, más que cualquiera de los reyes que le precedieron. Se casó con una mujer llamada Jezabel, que adoraba a Baal. Por influencia de ella, Acab construyó un templo a Baal en la capital, Samaria.

El profeta Elías se presentó ante el rey y le dijo: «Tengo un mensaje de Dios. ¡No habrá rocío ni lluvia hasta que yo lo diga!».

El Señor le dijo a Elías: «Vete de aquí y ve a un arroyo determinado. Él te proporcionará agua, y ya le he dicho a los cuervos que te traigan comida».

Así que Elías fue y vivió junto a ese arroyo. Y tal como dijo el Señor, los cuervos le traían pan y carne cada mañana y cada tarde. Pero con el tiempo, el arroyo se secó porque no había llovido.

El Señor dijo: «Ve a una ciudad gentil llamada Sarepta. He elegido a una viuda para que te provea allí». Cuando Elías entró en la aldea, vio a una mujer recogiendo leña. Él le dijo: «Por favor, tráeme un poco de agua». Mientras ella iba a buscarla, él le dijo: «Y tráeme también un poco de pan».

Ella se volvió y lo miró. «No tengo pan. Solo tengo un puñado de harina en el frasco y un poco de aceite en la jarra. Estaba recogiendo estos palos para hacer pan para mi hijo y para mí. Íbamos a comerlo y luego morir».

El profeta dijo: «No temas hacer lo que te digo. Ve y haz tu pan, pero cuando esté listo, dame primero un poco. El Señor Dios de Israel ha dicho: «El frasco siempre tendrá harina y la jarra siempre tendrá aceite hasta el día en que Dios envíe la lluvia»».

Una vez más, ella lo miró y luego fue e hizo lo que él le pidió. Hizo el pan y le dio un poco primero a él. Efectivamente, desde ese día en adelante, el frasco siempre tenía harina y la jarra de aceite nunca se secó.

Ella preparó un lugar para el profeta en la habitación superior de su casa. Tenía una cama, una mesa y una silla.

Algún tiempo después, el hijo de la mujer enfermó. Pronto su enfermedad se agravó y finalmente murió. La mujer fue a ver a Elías y le dijo: «Hombre de Dios, ¿por qué viniste a mi casa? ¿Fue para exponer mi culpa, para poder matar a mi hijo?».

Elías dijo: «Dame a tu hijo». Llevó al niño a la habitación superior donde se alojaba. Lo acostó en la cama y luego oró: «Oh Señor Dios, ¿por qué me trajiste a la casa de esta mujer y luego mataste a su hijo?

Luego se inclinó sobre el niño y oró: «Oh Señor, Dios mío, ¡por favor, devuelve la vida a este niño!».

Se inclinó sobre el niño por segunda vez. «Oh Señor, Dios mío, ¡por favor, devuelve la vida a este niño!».

Se inclinó sobre el niño por tercera vez. «¡Oh Señor Dios mío, por favor, devuelve la vida a este niño!».

De repente, el niño comenzó a respirar. Elías lo llevó de vuelta a la casa y se lo entregó a su madre. Le dijo: «Aquí está tu hijo. Está vivo».

La mujer se postró ante el profeta y dijo: «Ahora sé que tú eres un hombre de Dios, y que su palabra está en tu boca».

125 Elías en el monte Carmelo

1 Reyes 18

La hambruna en Israel era grave y duró tres años. Finalmente, el Señor le dijo a Elías: «Ve y dile al rey Acab que voy a enviar lluvia a la tierra».

El encargado de la corte de Acab era un hombre llamado Abdías. Era fiel a Dios e incluso escondió a cien profetas del Señor cuando Jezabel intentaba darles caza.

Él y el rey salieron a buscar pasto para el ganado del palacio. Se separaron para poder buscar en más terreno.

Abdías caminaba, Elías se le acercó de repente. Abdías se postró inmediatamente en tierra y dijo: «Oh, mi señor Elías».

El profeta dijo: «Ve a decirle al rey que estoy aquí».

Abdías se sorprendió. Dijo: «¿Qué he hecho para que quieras que me maten? El rey te ha buscado por toda la nación, e incluso en otros países. Tan pronto como le diga que estás aquí, el Señor te llevará a otro lugar. Entonces Acab me matará cuando venga y descubra que no estás aquí. Por favor, no me hagas esto».

El profeta respondió: «No te preocupes. Por la vida del Señor, hoy me reuniré con Acab».

Así que Abdías fue y se lo contó a Acab. En cuanto el rey vio a Elías, dijo: «Así que ahí está el hombre que ha destruido a Israel».

Elías respondió: «No, no soy yo, sino tú quien ha destruido a Israel. Le has dado la espalda al Señor y estás sirviendo a Baal. Dile a Israel que se reúna conmigo en el monte Carmelo. Trae a los profetas de Baal y Asera, los que comen en la mesa de Jezabel».

Así que Acab dijo a los israelitas que se reunieran en el monte Carmelo, junto con los profetas. Una vez que todos estuvieron allí, Elías dijo al pueblo: «¿Hasta cuándo vais a seguir dudando? Si el Señor es Dios, seguidle. Si Baal es Dios, seguidle». El pueblo no dijo nada, sino que se limitó a mirar al profeta.

Él dijo: «Yo estoy aquí como único profeta del Señor, pero mirad, hay 450 profetas de Baal. Dadnos dos novillos. Ellos tomarán uno, lo prepararán para el sacrificio y lo pondrán encima de la leña. Pero no encenderán fuego en la leña. Yo haré lo mismo. Ellos invocarán el nombre de su dios, y yo invocaré el nombre del Señor. El Dios que encienda el fuego, ese es Dios».

El pueblo dijo: «Sí. Eso suena justo».

Elías dijo a los profetas de Baal: «Vosotros primero».

Así que prepararon el toro e invocaron el nombre de Baal. Oraron toda la mañana hasta el mediodía. Bailaron alrededor del altar, pero no pasó nada.

Elías comenzó a burlarse de ellos. «¡Quizás deberíais gritar más fuerte! ¡Quizás vuestro dios esté durmiendo y tengáis que despertarlo! ¡Quizás haya ido al baño!». Gritaron con fuerza y se cortaron hasta que brotó la sangre. Continuaron así toda la tarde, pero no pasó nada.

Finalmente, Elías construyó un altar con doce piedras, una por cada tribu de Israel. Cavó una zanja alrededor del altar y colocó la leña encima. Luego colocó el novillo sobre la leña.

Le dijo al pueblo: «Id a buscar agua y echadla sobre el sacrificio». Una vez que lo hicieron, les dijo que lo volvieran a hacer.
Después de hacerlo por segunda vez, les dijo que lo hicieran por tercera vez. Cuando terminaron, el altar estaba completamente mojado y la zanja llena de agua.

Entonces Elías se acercó al altar y oró: «Señor Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Haz que todos sepan que tú eres Dios y que yo soy tu siervo. ¡Respóndeme para que este pueblo vuelva a ti!».

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

De repente, cayó fuego del cielo y quemó el sacrificio, la leña y las doce piedras. Incluso lamió el agua que había en la zanja. El pueblo se postró y gritó: «¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!».

Elías ordenó: «¡Agarren a los profetas de Baal! No dejen escapar a ninguno». El pueblo agarró a los profetas de Baal, y Elías los mató a todos.

Se volvió hacia Acab y le dijo: «Come algo. Se acerca una tormenta».

Luego subió a la cima de la montaña para orar. Le dijo a su criado: «Mira hacia el mar. ¿Qué ves?».

El criado respondió: «No veo nada».

Elías le dijo siete veces que fuera a mirar. Finalmente, a la séptima vez, su criado le dijo: «Veo una pequeña nube, del tamaño de la mano de un hombre, que viene del mar».

Elías dijo: «Rápido, ve a decirle a Acab: «Corre a casa lo más rápido que puedas para que la lluvia no te detenga»». Acab se subió a su carruaje y se apresuró a volver a casa.

En poco tiempo, el cielo se oscureció y comenzó a soplar el viento. De repente, cayó un aguacero. El poder de Dios se apoderó de Elías, que corrió más rápido que el carruaje de Acab y llegó a Jezreel antes que él.

126 Elías en el monte Horeb

1 Reyes19

Acab le contó a Jezabel lo que Elías había hecho en el monte Carmelo. Le contó cómo habían matado a todos los profetas de Baal. Jezabel envió un mensajero a Elías. Ella le dijo: «¡Te voy a matar! Recuerda mis palabras. Estarás muerto antes de que termine la noche de mañana».

Esto llenó de temor el corazón de Elías. Huyó para salvar su vida. Abandonó Israel y se dirigió a la parte sur de Judá. Dejó allí a su criado y se adentró en el desierto. Caminó durante otro día y finalmente se detuvo y se sentó bajo un enebro.

Gritó: «¡Qué he hecho! No soy mejor que mis padres. Señor, quítame la vida». Luego se acostó y se durmió.

Después de dormir un rato, un ángel lo tocó. «Levántate y come». Elías se despertó y vio una jarra de agua y pan horneándose sobre brasas. Comió el pan, bebió el agua y volvió a dormirse.

Más tarde, el ángel del Señor lo despertó de nuevo y le dijo: «Levántate y come. Tienes un largo viaje por delante».

Elías se despertó y volvió a encontrar pan y agua. Así que se levantó, comió el pan y bebió agua. Luego caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta Horeb, la montaña de Dios, también llamada monte Sinaí. Una vez allí, entró en una cueva y pasó la noche.

Por la mañana, el Señor le dijo: «Elías, ¿qué haces aquí?».

Él respondió: «Señor, he trabajado para ti con todo mi corazón. Pero Israel ha olvidado su pacto contigo. Han derribado tus altares. Han matado a tus profetas. Yo soy el último, y están tratando de matarme».

El Señor dijo: «Sal y ponte en la montaña». De repente, un viento poderoso golpeó las montañas y destrozó las rocas. Pero el Señor no estaba en el viento.

Luego hubo un terremoto. Pero el Señor no estaba en el terremoto.

Después de eso, hubo una explosión de fuego. Pero el Señor no estaba en el fuego.

Entonces Elías oyó un suave susurro. Se cubrió el rostro con su manto, salió de la cueva y se paró a la entrada.

La voz le dijo: «Elías, ¿qué haces aquí?».

«Señor, he trabajado para ti con todo mi corazón. Pero Israel ha olvidado su pacto contigo. Han derribado tus altares y han matado a tus profetas. Yo soy el último, y están tratando de matarme».

El Señor dijo: «Oh, Elías, vuelve a casa. Tengo 7000 hombres en Israel que no se han postrado ante Baal». Luego le dio al profeta instrucciones detalladas sobre lo que debía hacer, lo que incluía ungir a Eliseo para que lo sustituyera y seleccionar un nuevo rey para Israel.

Elías regresó a Israel, donde encontró a Eliseo arando un campo. El profeta se acercó a él, le echó su manto por encima y siguió caminando. Eliseo dejó los bueyes y corrió para alcanzar al profeta. Le dijo: «Por favor, déjame despedirme de mi padre y mi madre. Luego te seguiré».

Elías se volvió y le dijo: «Puedes volver, pero no olvides el llamado que ahora es tuyo».

Con eso, Eliseo tomó el yugo de madera y el arado y encendió un fuego. Mató a los bueyes y preparó una comida para su familia. Cuando terminaron de comer, los dejó y siguió a Elías.

127 El Profeta herido

1 Reyes 20

El rey de Siria invadió Israel y marchó con su ejército contra Samaria. Envió un mensaje al rey Acab diciendo: «Dame tu plata y tu oro. También quiero a tus esposas y a tus hijos».

Acab le respondió: «Te lo daré todo. Incluso me entregaré a ti».

El rey de Siria envió otro mensaje: «Hay una cosa más. Mañana enviaré gente a registrar tu palacio y todas las mejores casas. Se llevarán todo lo que tenga valor».

Acab se lo contó a los líderes de Israel. Ellos dijeron: «No lo hagas. Lucharemos contra él».

Acab envió este mensaje al rey de Siria, y este se enfadó. Dijo: «¡Destruiré Samaria por completo! Cuando termine, solo quedará un montón de escombros». Dicho esto, se emborrachó con otros reyes que estaban con él.

Mientras Acab se preparaba para la batalla, un profeta se le acercó y le dijo: «El ejército de Siria es mucho más grande que el tuyo, pero el Señor te ayudará a derrotarlos. Debes liderar personalmente a tus hombres en la batalla para que veas de primera mano que el Señor tiene el control».

El rey de Siria todavía estaba borracho cuando se enteró de que Acab estaba sacando a su ejército de Samaria. Les dijo a sus soldados: «Capturen vivos a los hombres de Israel. Los quiero como esclavos».

El ejército de Israel golpeó tan fuerte a los sirios que estos huyeron del campo de batalla. Fue una derrota aplastante para el ejército sirio. Incluso su rey escapó por los pelos.

El profeta se acercó a Acab y le dijo: «Prepárate. Volverán la próxima primavera».

Los oficiales de Siria se reunieron con su rey y le dijeron: «Su dios es el dios de las montañas. Fuiste derrotado porque luchaste contra ellos en las colinas. Ganarás si luchas contra ellos en terreno llano».

Así que, en primavera, invadió Israel una vez más. El ejército de Acab era como un pequeño rebaño de cabras junto a un vasto ejército.

El profeta le dijo a Acab: «Ellos piensan que el Señor es un dios de las colinas y que no tiene poder en terreno llano. Por lo tanto, los derrotarás y entonces sabrás que el Señor tiene el control».

La batalla comenzó y el ejército sirio sufrió una derrota aplastante. Murieron 100 000 de sus hombres. Se apresuraron a regresar a su ciudad, pero de repente se derrumbó un muro y mató a otros 27 000.

El rey de Siria huyó y se escondió en un armario. Finalmente, sus oficiales decidieron humillarse y pedirle a Acab que tuviera misericordia de su rey. Acab dijo: «Oh, ¿mi hermano aún está vivo? Traedlo aquí». Los dos reyes se reunieron y llegaron a un acuerdo.

Cuando el profeta se enteró de esto, se volvió hacia un amigo y le dijo: «Dios quiere que tú me golpees».

El amigo se sorprendió. Dijo: «No voy a golpearte».

El profeta dijo: «Has desobedecido al Señor. Por lo tanto, un león te matará». Sucedió tal y como él había dicho. Poco después de que el amigo se marchara, un león saltó sobre él y lo mató.

El profeta le dijo a otro hombre: «Dios quiere que tú me golpees». Así que el hombre lo golpeó. El profeta se cubrió las heridas con vendas y se quedó junto al camino.

Pronto pasó por allí Acab, pero no sabía quién era ese hombre. El profeta gritó: «Majestad. Durante la batalla, me pagaron para vigilar a un prisionero. Me dijeron que me matarían si se escapaba. Oh, me distraje y el prisionero escapó».

El rey dijo: «¡Necio! Recibirás exactamente lo que dijiste que recibirías».

Entonces el profeta se quitó las vendas y Acab vio quién era. Le dijo: «El Señor te dijo que mataras al rey de Siria, y tú no lo hiciste. ¡Así que ahora morirás en su lugar! Y tu pueblo morirá en lugar de su pueblo».

Acab dejó al profeta y regresó a Samaria, pero ya no estaba contento con su victoria. En cambio, se enfadó y se deprimió.

128 La viña de Nabot

1 Reyes 21

En la ciudad de Jezreel, un hombre llamado Nabot era dueño de un viñedo junto al palacio del rey Acab. El rey le dijo a Nabot que quería comprar el viñedo y convertirlo en un huerto. Le dijo: «Te pagaré su valor total en plata o, si lo prefieres, te daré un viñedo mejor en otro lugar».

Nabot respondió: «No. No puedo vender este viñedo. Ha pertenecido a nuestra familia durante varios cientos de años».

Al principio, esto enfureció al rey. Se fue a casa y se negó a comer nada. Finalmente, se deprimió y se acostó en su cama mirando hacia la pared.

Jezabel, la esposa del rey, le preguntó qué le pasaba. Él respondió: «Le pedí a Nabot que me vendiera su viña y me dijo que no. Incluso le ofrecí una viña mejor a cambio de la suya».

Jezabel dijo: «¿Eso es todo? Bueno, ven a comer algo y no te preocupes por la viña de Nabot. Yo te la conseguiré».

Ella escribió una carta a los funcionarios de la ciudad. Decía: «Id a buscar a Nabot y haced que se presente ante vosotros. Traed a dos mentirosos que juren que ha maldecido a Dios y al rey. Luego sacadlo y apedreadlo hasta que muera». Firmó la carta con el nombre de Acab y la selló con el sello oficial.

Los líderes de la ciudad hicieron exactamente lo que se les ordenó. Trajeron a Nabot y lo condenaron a muerte. Después de apedrearlo, enviaron un mensaje a Jezabel diciendo: «Nabot está muerto».

Ella fue a ver a su marido y le dijo: «Ahora eres dueño de la viña que querías. Ve y disfrútala, porque Nabot está muerto». Cuando el rey escuchó esta buena noticia, fue a ver su viña.

En ese mismo momento, el Señor le dijo a Elías: «El rey Acab acaba de robar la viña de Nabot. Ve y dile esto: «Tú has asesinado a Nabot y los perros han lamido su sangre del suelo. Los perros lamerán tu sangre en ese mismo lugar»».

Elías fue y encontró a Acab en la viña de Nabot. Cuando el rey vio venir al profeta, dijo: «Vaya, mira por dónde mi enemigo me ha encontrado».

Sí, te he encontrado. Y tú has encontrado todas las formas posibles de hacer las cosas que Dios odia. Ahora es el momento del juicio. Tu castigo será igual al del rey Jeroboam. No tendrás descendientes. Primero, los perros se comerán el cuerpo de tu esposa Jezabel. Después de eso, toda tu familia será eliminada de la tierra. Los perros se comerán a todos tus parientes que mueran en la ciudad. Las aves se comerán a los que mueran en el campo».

Esto conmovió el corazón de Acab. Rasgó sus vestiduras con dolor. Ayunó y vistió cilicio día y noche. Finalmente, el Señor le dijo a Elías: «Acab está verdaderamente arrepentido de lo que hizo. Por lo tanto, no destruiré a su familia hasta después de su muerte. Todo lo que dije sucederá cuando su hijo sea rey».

129 Josafat y Acab

1 Reyes 22 y 2 Crónicas 17 – 18

Después de la muerte de Asa, su hijo Josafat se convirtió en rey de Judá. El Señor estaba con él, y siguió el ejemplo del rey David.

Lo primero que hizo fue hacer que la nación fuera más segura. También estableció un programa educativo para que la gente pudiera comprender las leyes de Dios. El Señor hizo que las naciones vecinas temieran a Josafat, por lo que no quisieron entrar en guerra con él.

El rey decidió formar una alianza con el reino de Israel. Así que arregló un matrimonio entre su hijo y la hija del rey Acab.

Josafat fue entonces a Samaria para fortalecer la alianza. Acab le dijo: «Voy a librar una batalla. Ven conmigo y la libraremos juntos».

Josafat respondió: «Estoy dispuesto a ir si es la voluntad de Dios, así que consultemos a un profeta».

Acab mandó llamar a sus cuatrocientos profetas y les preguntó: «¿Debemos ir a la batalla?».

Ellos respondieron: «¡Sí! Ve a luchar, porque Dios te dará la victoria».

El rey Josafat dijo: «Quiero escuchar a un profeta del Señor. ¿No hay ninguno en Israel?».

Acab respondió: «Sí, hay uno. Pero no me gusta llamarlo porque solo dice cosas malas de mí. Siempre habla del juicio».

Josafat dijo: «Aun así, quiero escucharlo».

Entonces Acab dijo a sus guardias: «Id a buscar a Micaías y traedlo aquí».

Cuando los guardias trajeron al profeta, le dijeron: «Todos los demás están diciendo cosas buenas sobre los planes del rey. Así que haz lo mismo que ellos».

Él respondió: «Como hay un Dios en el cielo, diré lo que el Señor me diga que diga».

Cuando el rey Acab vio a Micaías, le dijo: «Dime, ¿debo llevar a mi ejército a esta batalla o debo quedarme en casa?».

Micaías respondió: «Oh, definitivamente debes ir. Tendrás éxito».

Acab lo miró con ira y le dijo: «Te lo he dicho una y otra vez. Dime siempre la verdad. ¿Qué dice realmente el Señor acerca de esta batalla?».

Micaías dijo: «Veo a Israel disperso como ovejas sin pastor. Su amo ha muerto».

Acab se volvió hacia Josafat: «¿Ves? Te lo dije. Solo dice cosas malas de mí».

Micaías dijo: «Escucha la palabra del Señor. Vi a Dios sentado entre sus ángeles. Dijo: «¿Cómo haré para que el rey Acab vaya a esta batalla?». Los ángeles tenían varias ideas. Entonces un espíritu dijo: «Yo puedo hacer que vaya. Me convertiré en un espíritu mentiroso en la boca de sus profetas. Él les creerá y entrará en la batalla». Así que eso es lo que hizo. Escucha, el Señor te quiere en esa batalla".

Uno de los profetas de Acab se acercó y abofeteó a Micaías. Acab gritó a sus guardias: "Metan a este hombre en la cárcel. No le den nada más que pan y agua hasta que yo regrese de la batalla».

Micaías gritó a la multitud: «Escuchen todos y recuerden. No soy profeta de Dios si el rey regresa de esta batalla».

Ambos reyes fueron al campo de batalla. Una vez allí, Acab le dijo a Josafat: «Tú puedes llevar tus ropas reales, pero yo me disfrazaré de soldado común».

La batalla fue feroz. El ejército enemigo se centró en matar a Acab, pero no pudieron encontrarlo. En un momento dado, pensaron que el rey Josafat era Acab. Pero cuando se dieron cuenta de que se habían equivocado, se alejaron de él.

Finalmente, un hombre disparó una flecha al aire sin apuntar. La flecha alcanzó a Acab en una junta de su armadura. Él gritó: «Sáquenme del campo de batalla. Estoy herido».

Acab observó la batalla apoyado en su carruaje. Murió cuando el sol se ponía por el oeste.

Llevaron su cuerpo de vuelta a Samaria y lo enterraron. Alguien lavó su carruaje junto a un estanque. Los perros lamieron su sangre, tal y como había dicho el Señor.

130 La victoria de Josafat

Elías

2 Crónicas 19 –20

Josafat tenía 35 años cuando se convirtió en rey de Judá. Gobernó durante 25 años. Estableció un sistema educativo, instauró la justicia en el país y reformó el sistema legal.

Las cosas iban bien en Judá, hasta que de repente las naciones de Moab, Amón y Edom decidieron unirse y luchar contra Josafat. Un ejército enorme se desplazó desde el lado este del mar Muerto hasta En-gedi, en el lado oeste.

Josafat tuvo miedo, por lo que buscó la ayuda del Señor. Envió un edicto diciendo que todos debían ayunar y buscar el favor de Dios. El pueblo respondió y muchos fueron a Jerusalén para estar con su rey y orar con él. Una gran multitud fue al templo y se presentó ante el Señor. Los hombres llevaron a sus esposas e hijos, por lo que familias enteras oraron juntas y buscaron la ayuda de Dios.

Josafat se puso delante de todo el pueblo y oró a Dios. Dijo: «Oh Señor, tú eres el Dios del cielo. Tú eres quien le dio esta tierra a tu amigo Abraham. Tú controlas todo el poder y la fuerza. Tú dijiste que debemos confiar en ti cuando estamos en problemas. ¡Mira! Los moabitas y los amonitas han reunido un ejército enorme y han venido a destruirnos. No tenemos poder para luchar contra ellos. No sabemos qué más hacer sino mirar hacia ti».

De repente, el Espíritu de Dios vino sobre un profeta. Él dijo: «Escucha lo que Dios te dice: "No temas a esta gran multitud. Esta no es tu batalla, sino la mía. Mañana, ve contra ellos. Los verás venir, pero no tendrás que luchar contra ellos. Ponte en posición, pero quédate quieto y ve la salvación del Señor. No temáis, yo estoy con vosotros».

Josafat se inclinó y puso su rostro en tierra. Todo el pueblo hizo lo mismo y adoró al Señor. De repente, los levitas se levantaron y comenzaron a alabar al Señor Dios con voz fuerte.

Por la mañana, los hombres se levantaron temprano y salieron al encuentro de sus enemigos. Josafat les dijo: «Creed en el Señor y tendréis éxito». Luego designó a algunas personas para que cantaran al Señor. Salieron delante del ejército cantando: «Dad gracias al Señor, porque su misericordia es eterna».

Mientras el pueblo gritaba y alababa al Señor, de repente sus enemigos se confundieron. Los amonitas y los moabitas se volvieron contra los edomitas y los aniquilaron por completo. Luego se volvieron unos contra otros y siguieron matando hasta que todos los hombres murieron. Cuando el ejército de Judá llegó al campo de batalla, no había más que cadáveres tirados en el suelo. Nadie había escapado.

Josafat dijo a su pueblo que recogiera todo lo que tuviera valor de los cadáveres. Descubrieron que sus enemigos habían llevado una gran cantidad de objetos valiosos al campo de batalla. Había tanto que el pueblo estuvo recogiendo durante tres días. Finalmente, no pudieron llevar más.

Se reunieron al cuarto día, solo para alabar a Dios. Luego regresaron a Jerusalén con Josafat a la cabeza. Todos se reunieron en el templo para alabar una vez más al Señor con gran regocijo.

Todas las naciones vecinas de Judá se enteraron de la gran victoria que Dios había dado a su pueblo. Todos temían al Señor, y ninguno de ellos atacó a Josafat mientras vivió. Así que hubo paz en la tierra y todo quedó en calma.

131 Capitán de 50

2 Reyes 1

Después de la muerte de Acab, su hijo Ocozías se convirtió en rey de Israel. Poco tiempo después, se rompió una barandilla de madera y cayó al suelo desde el segundo piso de su casa. Estaba gravemente herido, por lo que dijo a sus siervos: «Id a preguntar al dios Baal-zebub si me recuperaré de esto».

Elías detuvo a los siervos en el camino y les dijo: «Hay un Dios en Israel. ¿Por qué lleváis esta pregunta a Baal-zebub? Aquí está la respuesta del Señor para el rey. No te levantarás de tu lecho de enfermo. En cambio, vas a morir».

Los siervos regresaron y le dieron este mensaje al rey Ocozías. El rey dijo: «¿Cómo era el hombre que os dijo esto?».

«Era un hombre peludo con un cinturón de cuero alrededor de la cintura».

«Oh, sé quién es. Es Elías».

Entonces el rey Ocozías envió a cincuenta soldados a buscar a Elías. Cuando llegaron al lugar donde se alojaba, el profeta estaba sentado en lo alto de una colina. El capitán de los hombres le gritó: «¡Hombre de Dios, baja! Tengo órdenes de llevarte ante el rey».

Elías dijo: «Si soy un hombre de Dios, el fuego bajará del cielo y te matará a ti y a tus cincuenta hombres». De repente, una bola de fuego cayó del cielo y mató al capitán y a sus hombres.

Entonces el rey envió a otros 50 soldados a buscar a Elías. Cuando llegaron al lugar donde se alojaba, el profeta seguía sentado en lo alto de la colina. El capitán de los hombres le gritó: «¡Hombre de Dios, baja! Tengo órdenes de llevarte ante el rey».

Elías respondió: «Si soy un hombre de Dios, el fuego bajará del cielo y os matará a ti y a tus 50 hombres». Otra bola de fuego cayó del cielo y mató al capitán y a sus hombres.

Una vez más, el rey envió a 50 soldados a buscar a Elías. Cuando llegaron al lugar donde se alojaba, el capitán de los hombres se arrodilló delante de Elías. Le dijo: «Hombre de Dios, ten compasión de nosotros. Perdona mi vida y la vida de estos 50 siervos tuyos».

El ángel del Señor le dijo a Elías: «Ve con ellos. Estarás a salvo». Así que se levantó y fue con ellos.

Cuando vio al rey Ocozías, le dijo: «Este es un mensaje del Señor. Podrías haberme pedido lo que quisieras y yo te habría respondido. Pero no lo hiciste. Enviaste mensajeros a Baal-zebub. Por eso, no te levantarás de tu lecho de enfermo, sino que morirás».

Y sucedió tal como Elías había dicho. El rey Ocozías murió. Como no tenía hijos, su hermano Joram se convirtió en rey de Israel.

132 Elías en el torbellino

2 Reyes 2

Llegó el momento en que el Señor llevó a Elías al cielo. Entonces el viejo profeta le dijo a Eliseo: «Quédate aquí. El Señor me envía a Betel».

Eliseo respondió: «Tan cierto como que vive el Señor, no te dejaré». Así que fueron a Betel.

Había un grupo de profetas en Betel. Le dijeron a Eliseo: «¿Sabes que el Señor va a quitarte hoy a tu maestro?».

«Sí, lo sé. Ahora callaos».

Elías dijo: «Eliseo, quédate aquí. El Señor me envía a Jericó».

Eliseo dijo: «Tan cierto como que vive el Señor, no te dejaré». Así que fueron a Jericó.

Los profetas de Jericó le dijeron a Eliseo: «¿Sabes que hoy el Señor va a quitarte a tu maestro?».

«Sí, lo sé. Ahora callaos».

Elías le dijo: «Quédate aquí. El Señor me envía al río Jordán».

Eliseo respondió: «Tan cierto como que vive el Señor, no te dejaré». Así que siguieron juntos.

Cuando llegaron al Jordán, Elías se enrolló el manto y golpeó el agua. Inmediatamente, las aguas se separaron y los dos hombres cruzaron el río por tierra firme. Cincuenta profetas observaban desde la distancia.

Una vez que los dos hombres estuvieron al otro lado, Elías le dijo a Eliseo: «¿Qué quieres que haga por ti antes de que me lleven?».

Eliseo no dudó. «Por favor, quiero una doble porción de tu espíritu».

Elías se sorprendió. Dijo: «¿Qué? Tu petición es difícil. Pero la tendrás si me ves ser llevado de tu lado. Si no, no la obtendrás».

Mientras continuaban su camino, de repente apareció un carruaje de fuego con caballos de fuego y los separó a los dos. Entonces Elías fue llevado al cielo en un torbellino... y desapareció.

Eliseo lo vio todo. Rasgó sus vestiduras y gritó: «¡Padre mío, padre mío, los carruajes y jinetes de Israel!».

Entonces vio el manto de Elías, que cayó cuando el profeta subió al aire. Eliseo se acercó y lo recogió. Se dio la vuelta, regresó y se paró a la orilla del río Jordán. Levantó el manto en alto y luego golpeó el agua. Dijo: «¿Dónde está el Señor Dios de Elías?». Las aguas se separaron y él cruzó por tierra firme.

Los cincuenta profetas vieron todo esto. Dijeron: «El espíritu de Elías vive en Eliseo». A partir de ese día, lo honraron como su nuevo líder.

Cuando regresó a Jericó, la gente de la ciudad le dijo: «Jericó es un buen lugar para vivir, pero el manantial es malo. Incluso impide que crezcan nuestros cultivos».

Él dijo: «Pongan un poco de sal en un cuenco nuevo y tráiganmelo».

Se lo trajeron y él fue al manantial. Arrojó la sal al agua y dijo: «El Señor ha purificado esta agua. Ahora podéis cultivar y nadie pasará hambre».

Salió de Jericó para volver a Betel. Por el camino, unos muchachos empezaron a burlarse de él. Le dijeron: «¡Fuera de aquí, calvo!».

El profeta se volvió y los maldijo. Inmediatamente, dos osos salieron corriendo del bosque y mataron a 42 de los niños y los destrozaron.

133 Las zanjas de agua

2 Reyes 3

Durante muchos años, Moab estuvo bajo el control de Israel y le pagaba elevados impuestos. Cuando Acab murió, el rey de Moab se negó a seguir pagando impuestos a Israel.

El hijo de Acab, el rey Joram, organizó su ejército y se preparó para marchar contra Moab. Envió un mensaje a Josafat, rey de Judá: «Únete a mí en nuestra campaña contra el rey de Moab. Se ha rebelado contra mí».

Josafat aceptó y los dos ejércitos marcharon al sur del mar Muerto y entraron en Edom. El ejército edomita se unió a ellos. Así que los tres continuaron su marcha hacia Moab.

Pronto se dieron cuenta de que no había suficiente agua en ese desierto para todos sus hombres y animales. Joram dijo: «Creo que el Señor nos ha traído aquí para que todos seamos capturados por los moabitas».

Josafat dijo: «¿Tenemos algún profeta de Dios con nosotros?».

Uno de los oficiales dijo: «Sí, Eliseo está aquí».

Los tres reyes fueron a verlo. Cuando vio a Joram, dijo: «¿Por qué vienes a mí? ¿Por qué no hablas con uno de tus ídolos?».

Joram dijo: «Por favor, creo que el Señor tu Dios nos ha traído aquí para que seamos capturados por los moabitas».

Eliseo dijo: «Si fueras solo tú, no te prestaría atención. Pero tengo un gran respeto por el rey Josafat, así que envía a alguien con un arpa».

Mientras tocaban el arpa, el Señor le dio a Eliseo un mensaje para Joram. «Cava zanjas en este lecho seco del río. No verás una tormenta, pero este lecho del río se llenará de agua en abundancia. Habrá suficiente para ti y tus animales. Esto es algo fácil para el Señor. Él también te ayudará a derrotar al ejército moabita, y podrás capturar sus ciudades».

A la mañana siguiente, el agua comenzó a fluir de repente, tanto que inundó la tierra. El ejército moabita se levantó temprano y miró en dirección a los tres reyes. El sol brillaba sobre el agua y la hacía parecer roja. Gritaron: «Mirad toda esa sangre. Los ejércitos de los tres reyes se han vuelto unos contra otros y se han matado entre ellos. ¡Venid! Vamos a recoger el botín de sus campamentos».

Cuando llegaron al campamento de Israel, el ejército israelita los atacó. Los persiguieron hasta Moab y comenzaron a tomar una ciudad tras otra. Finalmente, solo quedaba una que no había sido derrotada.

Israel la rodeó. El rey de Moab intentó escapar llevándose a 700 de sus soldados más importantes y rompiendo las líneas del frente. El plan fracasó, así que agarró a su hijo mayor y lo sacrificó como ofrenda en la muralla de la ciudad. La visión era tan horrible que los soldados moabitas entraron en un frenesí de ira. Al ver esto, los tres ejércitos se retiraron y se fueron a casa.

134 Aceite, estofado, pan y hacha

2 Reyes 4:1-7, 4:38-44 y 6:1-7

Eliseo estaba a cargo de la escuela de los profetas. Hay varios milagros asociados con ese grupo de jóvenes:

Uno de los profetas murió. Su esposa fue a ver a Eliseo y le dijo: «Tú sabes que mi esposo seguía al Señor y lo honraba. Cuando murió, le debía dinero a un hombre. Ahora ese hombre viene a cobrar. Va a llevarse a mis dos hijos y venderlos como esclavos».

El profeta dijo: «Déjame pensar. Seguro que puedo ayudarte. Dime, ¿tienes algo valioso en tu casa?».

Ella respondió: «No, no tengo nada de valor en casa. Bueno, sí tengo una pequeña jarra de aceite».

Eliseo dijo: «Ve a todos tus vecinos y pide prestados todos los recipientes que tengan. No te detengas con solo unos pocos. Una vez que los tengas, entra en tu casa con tus hijos y cierra la puerta. Vierte aceite en todos esos recipientes. Cada vez que uno esté lleno, déjalo a un lado y llena el siguiente».

Ella y sus hijos fueron a todas las casas y pidieron prestados tantos jarros como pudieron. Los llevaron a su casa y cerraron la puerta. Entonces ella comenzó a vertir el aceite en cada jarro. Sus hijos le traían los jarros vacíos. Cuando todos estuvieron llenos, se volvió y dijo: «Hijo, tráeme otro recipiente».

Él respondió: «Madre, no hay más». Con eso, el aceite se detuvo.

Ella corrió y le contó al hombre de Dios lo que había sucedido. Él dijo: «Ve y vende el aceite. Paga tu deuda y vive de lo que sobre».

En otra ocasión, hubo una hambruna tan grave que había muy poco para comer. Cuando Eliseo regresó de un viaje, los profetas se reunieron a su alrededor para escuchar sus enseñanzas. Él le dijo a un sirviente: «Prepara una olla grande de estofado para estos hombres».

Uno de los jóvenes fue al bosque a buscar hierbas para el guiso. Encontró una enredadera de calabazas silvestres y no sabía que eran venenosas. Recogió todas las que pudo llevar, las cortó y las puso en el guiso.

Una vez que estuvo listo, algunos hombres lo probaron y se dieron cuenta de lo que había sucedido. Gritaron: «Hombre de Dios, cuidado. Hay muerte en la olla. No comas».

Eliseo dijo: «Traedme harina». Le dieron la harina y él la echó en la olla.

Luego dijo: «Venid, comed». Todos comieron y el guiso no tenía nada de malo.

Una vez, un hombre vino a Eliseo con veinte panes pequeños de cebada. Era el primer pan de la cosecha. El hombre de Dios dijo: «Sirve esto a los profetas para que lo disfruten».

«Señor, hay cien hombres y solo tenemos veinte panes. No hay suficiente para todos».

Eliseo dijo: «Dáselo. El Señor dice que habrá suficiente y que nos sobrará».

Así que se sirvió el pan a los hombres, y fue tal y como el Señor había prometido. Hubo suficiente para todos y sobró.

Llegó un momento en que los profetas se dieron cuenta de que sus instalaciones eran demasiado pequeñas para ellos. Eliseo les dio permiso para ir al río Jordán y cortar algunos troncos para un nuevo edificio. Incluso accedió a ir con ellos.

Uno de los hombres tomó prestado un hacha de hierro y la estaba usando para cortar un árbol. De repente, la cabeza del hacha se desprendió y cayó al agua. El hombre gritó: «¡Maestro! Tomé prestado esa hacha y ahora está arruinada».

Eliseo dijo: «¿Dónde cayó al agua?».

El hombre señaló el lugar. Eliseo cortó entonces un palo y lo arrojó al agua en el lugar que le había indicado el hombre. La cabeza del hacha flotó hasta la superficie. El hombre la recogió y arregló el hacha.

135 La mujer sunamita

2 Reyes4:8-37

Eliseo viajó a una ciudad llamada Sunem. Una mujer prominente le ofreció una comida. Luego le invitó a comer en su casa cada vez que visitara la ciudad.

Algún tiempo después, la mujer le dijo a su esposo: «El hombre que viene aquí es un hombre santo. Preparemos una pequeña habitación para él en el piso de arriba. Le proporcionaremos una cama, una mesa, una silla y una lámpara. Podrá quedarse allí cada vez que venga a nuestra ciudad». Prepararon la habitación y Eliseo la utilizaba cada vez que estaba en Sunem.

Un día, el profeta se detuvo en la casa y subió a su habitación. Le dijo a Giezi, su sirviente: «La mujer sunamita ha hecho todo esto por nosotros. Ve a preguntarle qué puedo hacer por ella. Quizás le gustaría que hablara con el rey en su nombre, o con un comandante del ejército».

Gehazi fue y habló con ella, pero ella dijo que su familia le proporcionaba todo lo que necesitaba. Eliseo entonces le preguntó a su criado: «¿Tú tienes alguna idea de lo que podemos hacer por ella?».

«Bueno, ella no tiene hijos y su marido es viejo».

Eliseo dijo: «Dile que venga y se pare en la puerta».

La mujer subió las escaleras y se paró en la puerta de la habitación del profeta. Él le dijo: «El año que viene por estas fechas, tendrás un hijo».

Ella le suplicó: «Oh, hombre de Dios, no me digas eso a menos que sea verdad».

Un año después, dio a luz a un niño, tal como Eliseo había prometido. El niño creció y, con el tiempo, tuvo la edad suficiente para ayudar a su padre con la cosecha.

Un día, en el campo, se quejó de un fuerte dolor de cabeza. Su padre le dijo a un sirviente que llevara al niño con su madre. El sirviente lo llevó allí y ella lo sentó en su regazo. Aun así, murió alrededor del mediodía. Ella lo llevó a la habitación de Eliseo y lo acostó en la cama del profeta.

Luego envió un mensaje a su marido: «Por favor, envíame un asno y un criado. Tengo que ir rápidamente a ver al hombre de Dios. Volveré tan pronto como pueda».

El marido accedió y le envió un asno y un criado. Ella le dijo al criado: «Llévame al hombre de Dios en el monte Carmelo. No reduzcas la velocidad a menos que yo te lo diga».

Eliseo la vio venir desde lejos, pero el Señor no le dijo por qué venía. Envió a Giezi a preguntarle por qué, pero ella no se lo quiso decir.

Cuando llegó al profeta, corrió hacia él, se postró y le agarró los pies. Giezi empezó a apartarla, pero el profeta dijo: «¡No lo hagas! Está muy angustiada y Dios aún no me ha dicho por qué».

La mujer levantó la vista y gritó: «¡Te dije que no me dijeras que tendría un hijo a menos que fuera verdad!».

El profeta se volvió hacia Giezi. «Corre a su casa. No hables con nadie por el camino. Toma este bastón y ponlo sobre el rostro del niño».

Gehazi tomó el bastón y se fue. Eliseo le dijo entonces a la mujer que ella y su sirviente podían irse a casa. Ella dijo: «Escúchame con atención. Tan cierto como que Dios vive, y tan cierto como que tú vives, no te dejaré hasta que mi hijo esté vivo». Así que Eliseo fue con ellos a su casa.

Gehazi llegó primero y colocó el bastón sobre el rostro del niño. No pasó nada. Cuando Eliseo llegó, entró solo en la habitación y cerró la puerta con llave. Oró al Señor y luego se acercó y se tendió sobre el cuerpo del niño, con los ojos sobre los ojos del niño, la boca sobre la boca del niño y las manos sobre las manos del niño. Pronto, la carne del niño se calentó de nuevo, pero no empezó a respirar.

El profeta se levantó y comenzó a caminar de un lado a otro. Luego, una vez más, se tendió sobre el cuerpo del niño. De repente, el niño estornudó... y luego estornudó de nuevo... y luego estornudó otra vez. Estornudó un total de siete veces. Después de eso, el niño abrió los ojos y miró al profeta.

Eliseo se levantó y llamó a Giezi. «Ve a buscar a la mujer sunamita».

Cuando ella entró en la habitación, el profeta le dijo: «Toma a tu hijo». Sin decir una palabra, ella se arrodilló a los pies del hombre de Dios. Luego tomó a su hijo y se marchó.

136 Naamán

2 Reyes 5:1-14

Naamán era el comandante del ejército sirio. Era un guerrero valiente y llevó a sus hombres a conseguir muchas victorias. Su rey lo consideraba un gran hombre. Durante una de sus guerras con Israel, capturó a una joven y la llevó consigo para que fuera sirvienta de su esposa.

Con el tiempo, Naamán se dio cuenta de que tenía lepra, una enfermedad incapacitante de la piel. La joven esclava dijo: «Ojalá mi amo pudiera ir a Israel. Allí hay un profeta que puede curar a la gente, incluso a los que tienen lepra».

Naamán se lo contó al rey. Inmediatamente, el rey hizo los preparativos para enviar a Naamán al rey de Israel. Envió regalos de oro, plata y ropa fina, junto con una carta que decía: «Te envío a mi siervo Naamán para que lo cures de la lepra».

El rey de Israel se sorprendió cuando leyó la carta. Rasgó sus vestiduras y gritó: «¿Quién se cree que soy yo? No soy Dios. ¡No puedo curar a la gente de la lepra! Está tratando de iniciar una guerra conmigo».

Eliseo se enteró de esto y envió un mensaje al rey: «¿Por qué estás rasgando tus vestiduras? Envíame a ese hombre para que sepa que hay un profeta en Israel».

Así que Naamán y sus hombres cabalgaron hasta la casa del profeta y se quedaron fuera. Eliseo envió a su sirviente Giezi con este mensaje: «Baja al río Jordán y lávate siete veces. Cuando hayas terminado, estarás curado de la lepra».

Naamán no podía creer lo que estaba oyendo. Se enfureció y se marchó indignado. Dijo: «Un verdadero profeta saldría y se presentaría ante mí. Oraría al Señor y pasaría su mano sobre mi piel. Si pensara que bañarme en un río me ayudaría, me bañaría en uno de los hermosos ríos de Siria, no en un río sucio como el Jordán».

Sus siervos le dijeron: «Padre, si el profeta te hubiera pedido algo difícil, lo habrías hecho. Pero te ha pedido algo fácil: que te laves y quedes limpio».

Así que Naamán fue al río Jordán y se sumergió en él siete veces. De repente, su piel se curó tal y como había dicho el profeta. De hecho, quedó como la piel de un niño pequeño.

Continúa en la siguiente historia

137 Giezi

2 Reyes 5:15-27

Continuación de la historia anterior

Después de que Naamán fuera sanado en el río Jordán, él y sus hombres regresaron a la casa del profeta y se presentaron ante él. Naamán dijo: «Hoy he aprendido y ahora sé que no hay otro dios en la tierra excepto el Dios de Israel. Por favor, acepta mi humilde regalo».

Eliseo dijo: «Tan cierto como que Dios vive, no aceptaré un regalo de ti». Naamán insistió, pero el profeta siguió negándose.

Entonces el comandante dijo: «Por favor, déjame llevar tanta tierra como puedan cargar dos mulas. Ya no adoraré a ningún otro dios. En cambio, me arrodillaré sobre esta tierra de Israel y adoraré al Señor Dios».

Luego pidió algo más. «Cuando mi rey entra en el templo de su dios, yo tengo que acompañarlo porque soy su comandante. Mientras estoy allí, tengo que arrodillarme delante del ídolo. Pido que el Señor me perdone por hacerlo».

Eliseo dijo: «Vete en paz a tu casa y no te preocupes por eso».

Poco después de que Naamán se marchara, Giezi empezó a pensar: «Mi amo ha dejado marchar a este sirio demasiado fácilmente. Debería haber pagado algo. Voy a alcanzarlo y pedirle un regalo para mí».

Así que Giezi fue tras el comandante sirio. Pronto, Naamán lo vio venir y detuvo su carruaje. Bajó y saludó al sirviente. «¿Va todo bien?».

Giezi respondió: «Sí, todo está bien. Mi amo acaba de enterarse de que esta noche tendremos dos jóvenes huéspedes. Son de la escuela de los profetas. Se preguntaba si tú querrías ayudar con los gastos, tal vez con 75 libras de plata y un par de conjuntos de ropa».

«¡Por supuesto! Toma, te daré 150 libras de plata en dos bolsas, así como dos conjuntos de ropa». El comandante le dio todo esto a un par de sus hombres para que se lo llevaran al siervo.

Giezi hizo que los hombres llevaran la plata y la ropa a su propia casa. Una vez que todo estuvo guardado, despidió a los hombres. Luego se acercó y se paró junto a su amo.

Eliseo dijo: «Giezi, ¿adónde fuiste?».

«No fui a ningún lado».

Eliseo dijo: «Oh, mi querido amigo. Mi espíritu estaba allí cuando Naamán detuvo su carruaje y bajó para saludarte. No te correspondía aceptar dinero, ropa, olivos, viñedos, animales o esclavos. Por lo tanto, la lepra de Naamán ahora se está adhiriendo a tu piel».

Con eso, Giezi se dio la vuelta y salió de la casa. Miró sus brazos y ya estaban blancos por la lepra.

138 Soldados ciegos

2 Reyes 6:8-23

El rey de Siria invadió la tierra de Israel. Reunió a sus líderes militares y les reveló sus planes: dónde iba a establecer su campamento y cómo iba a atacar a los israelitas. Tan pronto como pronunció esas palabras, Eliseo fue a ver al rey de Israel. «Estás planeando llevar a tu ejército a través de cierto paso. ¡Ten cuidado! El ejército sirio te estará esperando allí». Le contó al rey exactamente lo que los sirios estaban planeando. El ejército de Israel se preparó y ganó la batalla.

Esto sucedió varias veces hasta que el rey de Siria finalmente se dio cuenta de que los israelitas siempre sabían exactamente lo que él estaba planeando. Les dijo a sus comandantes: «¿Cuál de ustedes es espía de Israel?».

«Mi señor, todos somos leales a ti. Es Eliseo, el profeta. Él es quien le cuenta a su rey tus planes. Sabe lo que dices, incluso cuando estás en tu dormitorio».

«Id a averiguar dónde vive este profeta».

Pronto regresaron sus hombres. «Vive en Dotán, mi señor».

Entonces el rey envió un gran ejército con caballos y carruajes a Dotán. Llegaron por la noche y rodearon la ciudad.

El criado de Eliseo se levantó temprano y salió. De repente vio ese enorme ejército. Corrió hacia dentro y gritó: «El ejército sirio ha rodeado la ciudad. ¿Qué vamos a hacer?».

Eliseo se sorprendió. «¿Por qué tienes miedo? Nuestro ejército es mucho más grande que el suyo».

Luego oró: «Señor, abre los ojos de este hombre para que pueda ver». Entonces el Señor le abrió los ojos. Miró hacia afuera y vio que la montaña estaba cubierta de caballos y carruajes de fuego. Todos ellos eran para Eliseo.

En ese momento, los sirios comenzaron a avanzar hacia la ciudad. El profeta oró: «Señor, por favor, ciega a todos estos hombres». De repente, el Señor los cegó.

El profeta se acercó a ellos y les dijo: «De alguna manera te has equivocado de camino. Estás en la ciudad equivocada. Te guiaré y te llevaré al lugar correcto».

Luego los llevó a Samaria, la capital de Israel. Una vez que estuvieron dentro de la puerta, oró: «Señor, abre los ojos de estos hombres para que puedan ver». Los hombres miraron a su alrededor y se dieron cuenta de que estaban en Samaria.

El rey de Israel vio esto y le dijo a Eliseo: «¿Debo matarlos? ¡Sí, los mataré!».

«No. No puedes matar a estos hombres. No los capturaste en batalla. Son tus invitados. Dales de comer y beber, y déjalos regresar con su señor».

Así que el rey preparó un gran banquete para sus invitados. Cuando todos hubieron comido y bebido lo suficiente, regresaron con el rey de Siria. Desde entonces, los invasores sirios no volvieron a entrar en Israel.

139 Los cuatro leprosos

2 Reyes 6:24 – 7:20

El rey de Siria invadió Israel una vez más. Su ejército rodeó Samaria y acampó justo fuera de las murallas de la ciudad. Cortaron todos los suministros que entraban en la ciudad. Al final, no había comida y la gente empezó a pasar hambre. La situación era tan grave que la cabeza de un burro se vendía por dos libras de plata y un pequeño cuenco con excrementos de paloma se vendía por dos onzas de plata.

Una mujer vio al rey caminando por lo alto de la muralla de la ciudad. Le pidió que la ayudara. Él le respondió: «No sé si podré hacerlo. ¿Cuál es tu problema?».

Ella le dijo: «Mi amiga no cumple su promesa. Acordamos que nos comeríamos a nuestros dos hijos, el mío el primer día y el suyo el segundo. Así que cocinamos y nos comimos a mi hijo, pero ahora ella ha escondido al suyo».

Cuando el rey oyó esto, rasgó sus vestiduras. Dijo: «Por esto mataré a Eliseo, aunque sea lo último que haga». Envió a un guardia para que cortara la cabeza del profeta.

Eliseo estaba sentado en su casa con varios ancianos de Israel. Dijo: «Nuestro rey asesino ha enviado a un guardia para cortarme la cabeza. El rey viene justo detrás de él».

En ese momento entró el rey. Gritó al profeta: «Tú dijiste que todos estos problemas vienen de Dios. Entonces, ¿por qué debería servirle si actúa así?».

Eliseo dijo: «Tengo un mensaje de Dios. Él dice que este desastre está a punto de terminar. Mañana a esta hora, la gente comprará un saco de harina fina por unas pocas monedas. Comprarán un saco grande de cebada por el mismo precio».

El consejero principal del rey dijo: «¡Imposible! No podríamos tener tanta comida por aquí, aunque Dios abriera las ventanas del cielo».

El hombre de Dios dijo: «Lo verás con tus propios ojos, pero no comerás nada de eso».

Durante la noche, el ejército sirio oyó un ruido fuerte, como si un gran ejército marchara hacia ellos. El ruido se hizo más fuerte y parecía que el ejército tenía muchos caballos y carruajes.

Los soldados sirios pensaron que Israel había contratado a otras naciones para que vinieran a ayudarlos. Gritaron: «¡Salgamos de aquí!». Se levantaron y huyeron, dejando todo atrás.

Antes del amanecer del día siguiente, cuatro leprosos estaban sentados a las afueras de las puertas de la ciudad. Uno les dijo a los demás: «¿Por qué estamos aquí sentados muriéndonos lentamente de hambre?».

Otro dijo: «Bueno, en la ciudad no es mejor. Si entramos allí, seguiremos muriendo de hambre».

«Bueno, eso es cierto, pero no podemos quedarnos aquí. Entremos en el campamento sirio. Si nos matan, bueno, de todos modos, estamos a punto de morir. Pero tal vez tengan piedad de nosotros y nos den comida».

Así que los cuatro hombres se levantaron y se dirigieron al campamento, sin saber que estaba vacío. Entraron en la primera tienda y encontraron comida, oro, plata y ropa cara. Lo primero que hicieron fue comer. Luego se llevaron las otras cosas y las escondieron. Volvieron y escondieron lo que habían encontrado en la siguiente tienda.

Finalmente dijeron: «Lo que estamos haciendo no está bien. Hay gente muriéndose de hambre al otro lado de la muralla. Dios nos castigará si no les contamos esto».

Así que fueron a la puerta de la ciudad y le gritaron al portero, contándole exactamente lo que habían encontrado. Cuando el rey se enteró de esto, pensó que era una trampa. Dijo: «El ejército sirio se esconde fuera de nuestra vista, esperando a que salgamos de la ciudad».

Así que envió a unos soldados a explorar el terreno. Los hombres encontraron la ruta que habían tomado los sirios. Estaba llena de ropa y equipo que el ejército había tirado para poder correr más rápido.

Los soldados regresaron y le contaron al rey lo que habían encontrado. Con eso, la gente salió en masa de la ciudad para saquear el campamento sirio. El precio de los alimentos bajó inmediatamente.

El rey encargó a su consejero principal que controlara a la multitud en la puerta. Pronto, fue pisoteado hasta morir. Todo esto cumplió lo que había dicho el profeta.

140 El llanto de Eliseo

2 Reyes8 :1-15

Eliseo fue a ver a la mujer sunamita y le dijo: «Toma a tu familia y sal de Israel tan pronto como puedas. Una hambruna azotará la tierra y durará siete años».

Ella hizo lo que le dijo el hombre de Dios. Su familia salió de Israel y se mudó a la tierra de los filisteos, donde permaneció siete años. Cuando regresó a Israel, fue a ver al rey para pedirle que le devolviera la casa y las tierras de su familia.

Cuando llegó, se encontró con que el rey estaba escuchando a Giezi, quien hablaba de algunas de las grandes cosas que Eliseo había hecho. Sucedió que el siervo estaba contando la vez que el profeta resucitó al niño muerto.

En ese momento, entró la mujer sunamita. Giezi dijo: «Mi señor, esta es la mujer de la que le estaba hablando. Fue su hijo quien resucitó de entre los muertos».

El rey le pidió que contara la historia desde su punto de vista. Después de que ella contara la historia, él le dijo a un funcionario de la corte: «Asegúrate de que esta mujer recupere todo lo que le pertenece. Además, dale todo el dinero que se ganó con sus campos mientras ella estuvo fuera».

Algún tiempo después, Eliseo fue a la capital de Siria. El rey sirio estaba enfermo. Cuando se enteró de que Eliseo estaba en la ciudad, envió a su siervo Hazael al profeta. «Lleva algunos regalos al hombre de Dios y pregúntale si me recuperaré de esta enfermedad».

Hazael llevó cuarenta camellos cargados con todo tipo de bienes como regalo. Le dijo al profeta: «El rey de Siria quiere saber si se recuperará de su enfermedad».

Eliseo dijo: «Ve y dile que se recuperará de su enfermedad. Pero eso no es cierto. El Señor me ha dicho que morirá».

Entonces Eliseo miró fijamente a Hazael. Lo miró tanto tiempo que Hazael se sintió avergonzado. Entonces el profeta se derrumbó y lloró. Hazael dijo: «Hombre de Dios, ¿por qué lloras?».

«Oh, por las cosas horribles que harás al pueblo de Israel. Quemarás sus ciudades y matarás a sus jóvenes. Aplastarás las cabezas de los bebés y destrozarás a las mujeres embarazadas».

Hazael dijo: «¿Cómo puedo hacer estas cosas terribles? Solo soy un siervo».

«Oh, el Señor me ha mostrado que tú vas a ser el rey de Siria».

Hazael dejó al profeta y regresó con su señor. El rey le preguntó: «¿Qué te ha dicho Eliseo?».

«Ha dicho que te recuperarás de tu enfermedad».

Al día siguiente, Hazael mojó un paño grueso en agua y lo utilizó para asfixiar al rey. Tras su muerte, Hazael ocupó su lugar como rey de Siria.

141 Jehú

2 Reyes 9:1-29

Eliseo seleccionó a uno de los jóvenes profetas. Le dijo: «Toma esta botella de aceite y ve a ver a Jehú. Estará con sus amigos, así que pide hablar con él a solas. Úngelo rey de Israel. Una vez que hayas terminado, abre la puerta y huye».

El joven profeta encontró a Jehú reunido con los demás comandantes del ejército. El joven le dijo: «Tengo un mensaje para ti».

Los dos entraron en la casa. El joven profeta derramó aceite sobre la cabeza de Jehú y dijo: «Este es el mensaje del Señor: «Yo te unjo rey sobre Israel. Debes matar a toda la familia de Acab. Todos los varones de su familia deben morir. Jezabel será devorada por los perros»». Dicho esto, el joven abrió la puerta y huyó.

Jehú regresó con sus amigos. Ellos le preguntaron: «¿Qué quería ese profeta loco?».

«Ya sabes cómo son. No paraba de hablar de tonterías».

Ellos le dijeron: «No estás diciendo la verdad. ¿Qué te dijo?».

«Bueno, dijo una cosa interesante. Dijo: «Te unjo rey de Israel»».

Los demás se levantaron de un salto y extendieron sus mantos ante él. Tocaron el cuerno de carnero y gritaron: «¡Jehú es rey!». Inmediatamente comenzaron a planear cómo derrocar a Joram, rey de Israel. Él era hijo de Acab y Jezabel.

Joram estaba en su palacio en Jezreel. Su sobrino, que era rey de Judá, había ido a visitarlo. Jehú reunió a sus hombres y fue a Jezreel.

El centinela lo vio venir con sus hombres y le dijo al rey: «Hay un grupo de soldados que viene hacia aquí».

Joram dijo: «Envía un jinete a ver si vienen en son de paz».

Un hombre cabalgó hacia Jehú y le dijo: «El rey quiere saber si vienes en son de paz».

«Él no sabe nada de paz. Ponte detrás de mis hombres».

El centinela dijo al rey: «El jinete llegó allí, pero no regresa. Ahora está cabalgando detrás de los demás».

Entonces el rey envió a otro jinete. Este cabalgó hasta Jehú y le dijo: «El rey quiere saber si vienes en son de paz».

«Él no sabe nada de paz. Ponte detrás de mis hombres».

El centinela dijo al rey: «El segundo jinete también se ha unido a ellos. Mi señor, sé quién viene. Es como si un hombre salvaje condujera el carruaje principal. Así es como Jehú conduce un carruaje».

Joram dijo: «¡Traed nuestros carruajes!». Ambos reyes salieron al encuentro de los soldados, cada uno en su propio carruaje. Joram gritó: «Jehú, ¿vienes en paz?».

Él le gritó: «¿Cómo puede haber paz cuando Jezabel practica la brujería y hace que todos adoren ídolos?».

Joram dio la vuelta a su carruaje y le gritó a su sobrino: «¡Corre! Es una trampa».

Jehú disparó una flecha y mató a Joram, alcanzándole entre los omóplatos. El comandante gritó: «Coged su cuerpo y tiradlo al campo que le fue robado a Nabot».

Luego persiguió al joven rey de Judá, porque era nieto de Acab. Una vez que estuvo a su alcance, Jehú disparó una flecha al rey.

Así, en un solo día, Jehú mató tanto al rey de Israel como al rey de Judá.

Continúa en la siguiente historia

142 Jezabel

2 Reyes 9:30–10:36

Continuación de la historia anterior

Después de que Jehú mató a los dos reyes, regresó a Jezreel para buscar a Jezabel. Ella sabía que él venía, así que se maquilló, se peinó y se sentó junto a la ventana del segundo piso.

Cuando él llegó, ella le gritó: «¿Por qué estás aquí, para seguir matando a gente que es mejor que tú?».

Él la miró y gritó: «¿Hay alguien ahí arriba que esté de mi lado?». Algunos hombres que trabajaban para la reina se asomaron por la ventana. Jehú gritó: «¡Tírenla por la ventana!».

Levantaron a Jezabel y la arrojaron por la ventana. Ella cayó al suelo, salpicando sangre en la pared. Jehú pasó varias veces con su carruaje por encima de ella. Luego entró a comer algo.

Después de la comida, dijo: «Bueno, supongo que deberíamos enterrarla. Después de todo, es una reina».

Envió a algunos hombres para que se encargaran de ello, pero solo pudieron encontrar su cráneo, sus pies y las palmas de sus manos. Se lo contaron a Jehú, y él dijo: «Dios habló a través de Elías cuando dijo: «Los perros comerán a Jezabel en el campo de Nabot, y ella será abono»».

Jehú envió entonces un mensaje a los ancianos de Samaria: «Las murallas de vuestra ciudad son fuertes, y tenéis muchos caballos, carruajes y armas. Los setenta hijos de Acab viven bajo vuestra protección. Por lo tanto, elegid a uno para que sea vuestro rey y preparaos para la batalla».

Los ancianos se aterrorizaron cuando recibieron esta carta. Le enviaron un mensaje diciendo: «No queremos que ninguno de estos hijos de Acab sea nuestro rey. Somos tus siervos y haremos todo lo que tú digas».

Él les envió un mensaje de vuelta: «Si eso es cierto, poned las cabezas de esos setenta hijos en cestas y enviádmelas». Así que los setenta hijos de Acab fueron asesinados y sus cabezas enviadas a Jehú. Luego se aseguró de que ningún otro pariente de Acab siguiera vivo.

Una vez hecho todo esto, Jehú hizo un anuncio en Samaria. Dijo: «Acab sirvió un poco a Baal, pero yo le soy totalmente dedicado. Por lo tanto, voy a ofrecer un gran sacrificio a Baal. Todos los verdaderos adoradores de Baal deben estar allí. Mataré a cualquiera que falte a esta reunión».

Este anuncio se hizo en todo Israel. Los adoradores de Baal vinieron de todas partes de la nación. Llenaron el templo de Baal. No faltaba nadie. Jehú dijo: «Mirad a vuestro alrededor y ved si hay algún siervo del Señor entre nosotros. Si veis a alguno, echadlo inmediatamente. Solo los siervos de Baal son bienvenidos aquí».

Una vez hecho esto, el pueblo comenzó a hacer sus holocaustos. Jehú salió y dijo a sus hombres: «Entrad y matad a todos. Si alguno escapa, daréis vuestra vida por la suya».

Así que los hombres entraron y mataron a todos. Luego derribaron el templo de Baal y lo convirtieron en un gran retrete.

El Señor dijo: «Has seguido mis instrucciones con entusiasmo. Por lo tanto, tus hijos serán reyes de Israel durante cuatro generaciones». Así que Jehú reinó sobre Israel durante veintiocho años.

143 Atalía

2 Reyes 8:16-29, 9:14-29, 11:1-21
2 Crónicas 21 – 23

Josafat, rey de Judá, quería establecer una buena relación con el reino de Israel. Para ello, casó a su hijo mayor con Atalía, hija de Acab, rey de Israel. Desgraciadamente, Atalía influyó en su marido para que siguiera los caminos pecaminosos de Israel.

Tan pronto como Josafat murió, su hijo se convirtió en rey y colocó ídolos por todo Judá, y construyó un templo a Baal en Jerusalén. Mató a sus seis hermanos para asegurarse de que no le quitaran el reino.

Eliseo le envió un mensaje: «Has hecho que el pueblo adore ídolos y ahora has matado a tus hermanos. Todos ellos eran mejores hombres que tú. Por lo tanto, todos tus hijos serán asesinados y tú morirás de una muerte lenta y agonizante».

Inmediatamente, Judá comenzó a perder batallas. El rey desarrolló una grave enfermedad estomacal. Todos sus hijos fueron asesinados, excepto el más joven. La enfermedad del rey le causó un dolor extremo durante dos años.

Cuando finalmente murió, nadie lloró su muerte.

Su hijo menor se convirtió en rey y siguió las instrucciones de su madre Atalía. Fue a visitar a su tío, el rey de Israel. Mientras estaba allí, Jehú los mató a ambos.

Cuando se enteró de que su hijo había muerto, Atalía decidió convertirse en rey, a pesar de ser mujer. Sin embargo, sabía que el pueblo de Judá siempre elegía a sus reyes entre los descendientes de David. Eso significaba que el pueblo podía matarla y nombrar rey a uno de sus nietos. Por lo tanto, decidió matarlos. Llamó al guardia y le dijo que fuera al palacio y los matara a todos.

La hija de Atalía se enteró de esto y corrió al palacio. Ella adoraba al Señor y estaba casada con Joiada, el sumo sacerdote. En el palacio, tomó al bebé Joás y a su nodriza y se marchó, justo antes de que llegaran los guardias. Escondió al niño en el templo del Señor. Mientras tanto, los guardias mataron a todos los demás descendientes reales de David.

Atalía estaba segura de que los había matado a todos. Así que se convirtió en reina de Judá y gobernó la nación durante seis años.

Joiada escondió a Joás en el templo hasta que cumplió siete años. Finalmente, el sacerdote supo que era hora de actuar. Organizó una reunión con líderes militares de confianza y los jefes de varios grupos familiares. Les preguntó: «¿Qué harían ustedes si tuvieran un descendiente del rey David?».

«¡Lo haríamos rey!».

Entonces Joiada trajo a Joás ante ellos y dijo: «Aquí está su próximo rey».

Juntos, fijaron una fecha para presentarlo ante el pueblo. Organizaron el ejército, las actividades del templo y el control de la multitud. El gran día, el pueblo de Judá acudió al templo.

Joás fue llevado y colocado en el lugar reservado para el rey. Joiada lo ungió con aceite y le colocó una corona en la cabeza. Sonaron las trompetas, el coro cantó y el pueblo gritó: «¡Viva el rey!».

Atalía oyó todos los gritos, así que salió a ver qué pasaba. La gente corría por las calles, celebrando y hablando del rey. Entró en el templo y vio a Joás en el lugar reservado para el rey, con una corona en la cabeza. Rasgó sus vestiduras y gritó: «¡Traición! ¡Traición!».

Joiada la señaló y dijo: «Sacad a esa mujer, porque no es correcto matar a alguien en el templo».

Así que sacaron a Atalía del templo y la mataron en el corral de los caballos. El pueblo recorrió la ciudad y derribó todo lo que tenía que ver con Baal. El sumo sacerdote restableció una vez más el culto al Señor en el templo. Todos se regocijaron porque el reinado de terror de Atalía había terminado.

144 Joás

2 Reyes 12 y 2 Crónicas 24

Joás tenía siete años cuando se convirtió en rey de Judá. El sumo sacerdote Joiada enseñó al rey y le ayudó a llevar una vida piadosa. Mientras Joiada vivió, Joás siguió los caminos del Señor.

Cuando el rey fue mayor, decidió hacer reparaciones en el templo del Señor. Atalía había sacado todo lo de valor para utilizarlo en el culto a Baal.

Joás asignó a sacerdotes y levitas la tarea de recorrer toda la nación y recaudar dinero para las reparaciones del templo y su mantenimiento anual. Muchos años antes, Moisés había previsto esto imponiendo un impuesto.

Comenzaron a recaudar el dinero, pero las reparaciones no comenzaron. El rey finalmente se dio cuenta de que el dinero se estaba utilizando para gastos administrativos y para otras cosas que los sacerdotes consideraban importantes.

Estaba claro que los sacerdotes y levitas no eran las personas adecuadas para supervisar la reparación del templo. Joás decidió utilizar un método diferente. Ordenó a los hombres que hicieran una gran caja y la colocaran a la entrada del templo. Luego anunció que la gente debía traer su dinero para el templo y depositarlo en la caja.

Al pueblo de Judá le gustó la idea, así que trajeron sus ofrendas y las pusieron en la caja. Cuando se llenó, el dinero se entregó a los hombres que realizaban las reparaciones. Esto les permitió continuar con su trabajo sin retrasos. Eran hombres íntegros, por lo que el rey no les exigió que rindieran cuentas del dinero y de cómo se gastaba.

Las ofrendas siguieron llegando incluso después de que se terminara el trabajo. Así que el dinero extra se utilizó para fabricar diversas herramientas de culto. El pueblo de Judá se volvió fiel en acudir al templo y adorar a Dios.

Todo esto se hizo mientras Joiada aún vivía. Murió a los 130 años, después de haber vivido una buena vida. Había servido a su rey, a su Dios y al pueblo de Judá.

Después de su muerte, Joás escuchó a varios líderes de Judá que querían una dirección diferente para la nación. Les permitió hacer cambios, y pronto el pueblo dejó de ir al templo a adorar a Dios. En su lugar, se volvieron hacia los ídolos y las diosas del sexo.

El Señor envió profetas para predicar contra esto. El hijo de Joiada era ahora sacerdote. Dios le hizo presentarse ante el pueblo y decir: «Si tú abandonas al Señor, él te abandonará a ti».

El pueblo rechazó este mensaje y quiso matar al sacerdote. Finalmente, Joás ordenó que lo apedrearan, a pesar de que era el hijo de Joiada, quien había sido un amigo y consejero fiel.

Poco después, Dios permitió que un pequeño ejército sirio conquistara al ejército superior de Judá y tomara Jerusalén. Muchos de los líderes judíos fueron asesinados, el rey resultó gravemente herido y los sirios se llevaron todo lo de valor. Después de que se marcharan, varios hombres entraron en la habitación del rey y lo mataron.

Joás había sido rey durante cuarenta años. El pueblo no lo enterró en las tumbas de los reyes por lo que le había hecho al hijo de Joiada.

145 La muerte de Eliseo

2 Reyes 13

Después de la muerte de Jehú, su hijo se convirtió en rey de Israel. Desgraciadamente, no fue un buen rey. Sin embargo, hubo un momento que necesitaba desesperadamente la ayuda de Dios, y el Señor le ayudó.

Después de su muerte, su hijo Joás se convirtió en rey. Durante su reinado, Eliseo enfermó y estaba a punto de morir. El rey se arrodilló junto a la cama del profeta y lloró. Dijo: «¡Padre mío, padre mío, los carruajes y jinetes de Israel!».

Eliseo le dijo: «Ve a buscar tu arco y algunas flechas».

El rey fue a buscarlos. Cuando regresó, el profeta le dijo: «Toma el arco». Entonces el rey tomó el arco. El hombre de Dios puso su mano sobre la mano de Joás y le dijo: «Ahora abre la ventana».

El rey abrió la ventana. Eliseo le dijo: «Dispara una flecha por la ventana». Entonces Joás disparó una flecha por la ventana.

Eliseo dijo: «Esa fue la flecha de la victoria del Señor. Tú vencerás a Siria. Ahora toma un puñado de flechas y golpéalas contra el suelo».

Joás tomó algunas flechas y las golpeó contra el suelo tres veces y se detuvo. El profeta le gritó: «¿Por qué solo golpeaste el suelo tres veces? Debiste haberlo golpeado cinco o seis veces. Entonces habrías derrotado totalmente a Siria y habrías acabado con ellos. Ahora solo los derrotarás tres veces».

Eliseo murió y fue enterrado en una tumba. La primavera siguiente, algunos israelitas estaban celebrando un funeral. De repente vieron venir a unos hombres y se dieron cuenta de que eran saqueadores moabitas. Los hombres de Israel arrojaron el cuerpo a la tumba de Eliseo y huyeron. Tan pronto como el cuerpo tocó los huesos de Eliseo, el muerto volvió a la vida y se levantó.

146 Jonás y el pez

Jonás 1 – 2

El Señor le dijo al profeta Jonás: «Sal ahora mismo y ve a Nínive. Diles que voy a juzgarlos por su maldad».

Jonás sabía que Dios era misericordioso y que perdonaría a Nínive si se arrepentían. No quería eso, así que huyó de la voluntad de Dios y se fue a la ciudad portuaria llamada Jope. Compró un billete y se subió a un barco que iba a Tarsis. Quería alejarse de la voluntad de Dios para que no hubiera posibilidad de que Nínive se arrepintiera.

Una vez que el barco estuvo en alta mar, Dios envió una violenta tormenta para azotarlo. Los marineros estaban aterrorizados porque la tormenta estaba a punto de destruir su barco y ahogarlos. Tiraron la carga por la borda para aligerar el barco. Cuando eso no sirvió de nada, rezaron a sus diversos dioses. Mientras todo esto sucedía, Jonás dormía profundamente en la bodega del barco.

El capitán lo despertó y le dijo: «¿Cómo puedes dormir? Estamos a punto de morir. Levántate y reza a tu dios».

Finalmente, los marineros se dieron cuenta de que esta tormenta estaba dirigida solo a una persona en el barco. Echaron suertes para ver quién era. Los resultados mostraron que Jonás era la razón de sus problemas. Le dijeron: «¿Quién eres tú y qué has hecho?».

Él respondió: «Sirvo al Señor Dios, que creó el mar y la tierra firme. Pero estoy huyendo de él».

De repente, ¡la tormenta empeoró! Los hombres le gritaron a Jonás: «¿Qué debemos hacer contigo para calmar la tormenta?».

Jonás les gritó: «Dios solo quiere una cosa, y la tormenta no cesará hasta que la consiga. Debéis agarrarme y arrojarme por la borda».

Los hombres no querían matar a un hombre inocente, así que se esforzaron aún más por luchar contra la tormenta y llegar a tierra. Finalmente, se dieron cuenta de que no podían luchar contra Dios. Clamaron al Señor y le pidieron misericordia por lo que estaban a punto de hacer. Entonces agarraron a Jonás y lo arrojaron por la borda.

¡Inmediatamente, la tormenta cesó! Los hombres quedaron impresionados por el poder de Dios. Se postraron en la cubierta, adoraron al Señor y juraron servir solo a Él.

Dios tenía un gran pez esperando a Jonás cuando este cayó al agua. El pez lo tragó inmediatamente y Jonás permaneció en su estómago durante tres días.

Jonás oró y reconoció que era Dios quien lo había puesto en el pez. Finalmente dijo: «Te daré lo que quieres. Te daré gracias por tu voluntad y haré lo que tú quieres que haga».

Con eso, el Señor habló al pez. Este se dirigió a tierra y vomitó a Jonás en la orilla.

Continúa en la siguiente historia

147 Jonás y la vid

Jonás 3 – 4

Continuación de la historia anterior

Una vez más, Dios le dijo a Jonás: «Sal ahora mismo y ve a Nínive. Diles que voy a juzgarlos por su maldad». Esta vez, Jonás se levantó inmediatamente y se fue a Nínive.

La ciudad de Nínive era extremadamente grande. Se tardaba tres días en recorrerla de un extremo a otro. Así que Jonás comenzó su caminata por la ciudad. Gritaba: «¡Dios va a destruir esta ciudad en cuarenta días!».

La gente de la ciudad lo escuchó predicar y creyó que lo que decía era cierto. Aprobaron una ley que decía que todos debían ayunar, sin excepciones. Todos debían pasar sin comer y vestirse con ropa de tela áspera. Oraron y le pidieron a Dios que fuera misericordioso con ellos.

El rey bajó de su trono y se quitó sus ropas reales. Se vistió con ropa de tela áspera y se sentó sobre un montón de cenizas. Promulgó otra ley que decía: «Nadie debe probar ningún alimento ni agua. Eso incluye también a los animales. Todos deben vestirse con ropa de tela áspera y dejar de hacer el mal. Quizás Dios cambie de opinión y nos permita vivir».

El Señor vio todo lo que estaban haciendo. Sabía que se habían apartado de su maldad, así que detuvo el juicio que estaba a punto de matarlos y destruir su ciudad.

Jonás se enfureció cuando se enteró de esto. Dijo: «¡Te dije que esto pasaría! Sabía que eras un Dios misericordioso. Sabía que eras rápido para perdonar. Por eso precisamente no quería venir aquí. Por eso hui. Mátame ahora mismo. No quiero vivir».

El Señor dijo: «¿Crees que es correcto estar tan enojado por esto?».

Jonás no respondió, sino que se dirigió al lado este de la ciudad. Construyó un pequeño refugio para poder sentarse y ver exactamente lo que Dios iba a hacer con la ciudad.

Mientras estaba sentado allí, Dios hizo que creciera una enredadera junto a él. La enredadera tenía hojas grandes que le proporcionaban sombra del sol abrasador. Jonás estaba contento con la planta y disfrutaba de la sombra que le proporcionaba.

A la mañana siguiente, Dios hizo que un gusano atacara la parra y la matara. A medida que el sol se calentaba, la planta se marchitó. Entonces Dios hizo que un viento cálido del este soplara sobre Jonás. A medida que pasaba el día, el sol y el viento se volvían cada vez más calientes, y no había ninguna parra que lo protegiera. Jonás gritó: «¡No quiero seguir viviendo! ¡Quiero morir!».

Dios le dijo: «¿Es correcto enfadarse por la enredadera?».

«Sí, es correcto que me enfade. Estoy tan enfadado que quiero morir».

El Señor dijo: «Estás enfadado por una simple enredadera. Tú no la plantaste. Tú no la regaste. Apareció un día y murió al siguiente.

«¿No debería yo también preocuparme por la gente de esta ciudad? Si no por otra razón, hay más de 120 000 niños viviendo aquí, por no hablar de todos los animales».

148 El cardo y el cedro

2 Reyes 14:1-22, 2 Crónicas25

Después de la muerte de Joás, Amasías se convirtió en rey de Judá. Al principio fue un buen rey y siguió al Señor durante muchos años.

Con el tiempo, decidió atacar Edom y someterlo a su control. Organizó un ejército de 300 000 soldados. Luego contrató a otros 100 000 soldados de Israel y les pagó cuatro toneladas de plata.

Un hombre de Dios vino con un mensaje: «No uses soldados de Israel. Si lo haces, Dios se asegurará de que pierdas la batalla».

El rey dijo: «Pero, ¿qué pasa con el dinero que ya les pagué?».

El profeta dijo: «No te preocupes por ese dinero. Dios puede darte mucho más que eso».

Así que el rey dijo a los soldados de Israel que se fueran a casa. Estos se enfadaron. Por el camino saquearon varias ciudades de Judá y mataron a más de 3000 personas.

Mientras esto sucedía, el ejército de Judá marchó hacia el sur, hacia Edom. Ganaron la batalla y recuperaron el control sobre ellos. Desgraciadamente, Amasías trajo los dioses de Edom a Judá. Los instaló y comenzó a adorarlos.

El Señor se enojó y envió a un profeta para que hablara con el rey. «¿Por qué adoras a dioses que no pudieron proteger a su propio pueblo de tu ejército?».

Antes de que pudiera decir nada más, Amasías dijo: «¡Deja de hablar! Tú no eres uno de mis consejeros. Vete o haré que te maten».

El profeta dijo: «Como no escuchas el mensaje de Dios, él te castigará».

Entonces el Señor puso en el corazón de Amasías el deseo de ir a la guerra contra Israel. El rey envió un mensaje al rey Joás diciendo: «Sal y enfréntate a mí en batalla».

Joás envió una historia a Amasías. Dijo: «Un cardo envió un mensaje al cedro. Dijo: «Quiero concertar un matrimonio entre mi hijo y tu hija». De repente, un animal pisó accidentalmente el cardo y lo aplastó».

No seas como el cardo. Tú obtuviste una gran victoria contra Edom. Disfrútala, pero no dejes que el orgullo te enaltezca. Quédate en casa, porque si vienes tras de mí, Judá caerá».

Dios se aseguró de que Amasías no escuchara esto. Los dos ejércitos entraron en batalla y Judá fue totalmente derrotado. Su ejército huyó del campo de batalla.

Joás capturó a Amasías y luego tomó Jerusalén. Israel derribó 600 pies de la muralla de Jerusalén. Se llevaron todo el oro y la plata del templo y del palacio del rey.

Joás dejó a Amasías en Jerusalén y regresó a Samaria. Un grupo de hombres intentó matar a Amasías, pero él escapó a otra ciudad. Lo persiguieron y lo mataron allí.

149 Uzías

2 Reyes 15, 2 Crónicas 26– 27

Cuando Amasías murió, el pueblo nombró rey a su hijo Uzías. Tenía 16 años y reinó durante 52 años. Dios le concedió un gran éxito porque siguió al Señor y quiso complacerlo.

Uzías realizó muchas obras maravillosas. Derrotó a los enemigos de Judá y era conocido en todas partes como un rey poderoso. Restauró Jerusalén y fortaleció las demás ciudades de Judá. Amaba la tierra, por lo que destacaba en las actividades agrícolas. Proveía a su ejército para que todos los hombres estuvieran bien equipados para la batalla. Inventó la catapulta, para poder lanzar grandes piedras desde las murallas de Jerusalén.

Un día, el rey Uzías se sentía orgulloso de sus logros y de su dedicación a Dios. Decidió entrar en el templo y quemar el incienso él mismo, en lugar de dejar que lo hiciera el sacerdote. El sumo sacerdote se dio cuenta de repente de lo que estaba a punto de hacer. Reunió a otros 80 sacerdotes y entró en el templo para impedir que el rey lo hiciera.

Le dijo: «¡Uzías, esto está mal! Dios dejó claro que solo un descendiente de Aarón puede ofrecer incienso al Señor. ¡Por favor, sal ahora mismo! No estás honrando a Dios con esto».

Uzías se enfadó mientras estaba de pie junto al altar con el incensario en la mano. No podía creer que todos los sacerdotes fueran tan atrevidos como para enfrentarse a él por esto. De repente, le apareció lepra en la frente. Todos los sacerdotes lo vieron y lo sacaron rápidamente del templo. Él los siguió de buena gana porque sabía que el Señor lo estaba castigando.

Uzías tuvo lepra por el resto de su vida. Tuvo que mantenerse alejado de otras personas, por lo que vivió aislado. Debido a la lepra, no se le permitía entrar al templo. Ni siquiera podía entrar a su propio palacio. Su hijo Jotam vivía allí y gobernaba al pueblo en lugar del rey.

Jotam se convirtió en rey tras la muerte de su padre. Siguió el ejemplo de los primeros años de su padre. Continuó construyendo el reino de Judá. Hizo lo correcto y se convirtió en un rey poderoso.

150 Acaz

2 Reyes 16, 2 Crónicas 28, Isaías 7

Acaz tenía 20 años cuando se convirtió en rey de Judá. A diferencia de su padre y su abuelo, no siguió al Señor. Comenzó a adorar a Baal en Jerusalén e incluso practicó el ritual del sacrificio de niños.

El Señor se enojó y permitió que los reyes de Israel y Siria marcharan contra Judá. Durante esta invasión, el profeta Isaías fue al rey Acaz con un mensaje del Señor. «Busca al Señor y pídele una señal». ¡Acaz se negó! El Señor le dio una señal de todos modos para demostrar que Dios protegería la casa de David. Dijo que llegaría un día en que una virgen quedaría embarazada y daría a luz a un hijo. Se llamaría «Dios con nosotros».

La invasión contra Judá fue intensa, pero el Señor no permitió que Israel y Siria capturaran Jerusalén. Aun así, sus ejércitos mataron a 120 000 hombres, y el ejército de Israel tomó como esclavos a 200 000 mujeres y niños. Los llevaron de vuelta a Israel.

Cuando llegaron a Samaria, un profeta del Señor salió a su encuentro. Les dijo: «El Señor dio la victoria a Israel sobre Judá porque estaba enojado con ellos. Pero Dios no está contento contigo porque fuiste demasiado lejos. Masacraste a su pueblo y llevaste a sus mujeres y niños como esclavos. ¡Llévalos de vuelta a Judá ahora mismo! Si no lo haces, el Señor te castigará con ira, tal como lo hizo con Judá».

Esto asustó al pueblo de Israel. Sus líderes dijeron al ejército: «¡No traigáis a esa gente aquí! No queremos que Dios se enfade más con nosotros de lo que ya está».

Así que el pueblo de Israel utilizó el botín de Judá para proveer a sus cautivos. Les dieron ropa y atendieron sus necesidades médicas. Les dieron comida y bebida a todos. Una vez que los cautivos estuvieron atendidos, los llevaron a Jericó e incluso proporcionaron burros a los que estaban débiles. Después de que los cautivos estuvieran a salvo al cuidado de su propio pueblo, los israelitas regresaron a Samaria.

Acaz envió oro y plata al rey de Nínive, la capital de Asiria. Le dijo: «Seré tu siervo leal si tú nos rescatas de Siria e Israel».

Asiria respondió atacando a Siria, destruyendo totalmente su nación y enviando a la mayoría de su pueblo al exilio. Acaz fue a Siria para reunirse con el rey de Nínive. Mientras estaba allí, vio un altar especial que le gustó y envió los planos a Jerusalén para que sus artesanos pudieran construir uno igual.

Estaba terminado cuando el rey regresó a Jerusalén. Tomó muchas de las cosas que había dentro del templo y comenzó a usarlas con su nuevo altar. Luego cerró las puertas del templo para que nadie pudiera entrar a adorar.

Los problemas de Acaz continuaron. Todas las naciones que lo rodeaban atacaron Jerusalén y se llevaron todo lo que quisieron. Una vez más pidió ayuda a Asiria, pero ellos se negaron.

Acaz aún no se volvió al Señor. En cambio, siguió tratando de encontrar otro dios que lo ayudara. Finalmente, murió y su hijo Ezequías se convirtió en rey.

Con el tiempo, Ezequías se convirtió en uno de los reyes más grandes de Judá.

151 Gomer

Oseas 1 – 3

Dios le dijo al profeta Oseas: «Ve, busca una prostituta y cásate con ella».

Entonces Oseas fue al lugar donde vivían las prostitutas y eligió a una llamada Gomer. Ella aceptó ser su esposa. Pero después de la boda, siguió viendo a sus muchos amantes.

Pronto Gomer quedó embarazada de uno de esos hombres. Dio a luz un hijo, y Dios le dijo a Oseas: «Acepta a este niño como tuyo».

Así que Oseas aceptó al niño y lo llamó «Jezreel». Predicó al pueblo de Israel y dijo: «Dios os eligió y os hizo suyos. Pero tú eres infiel y corres tras otros dioses. Ahora él te dice: «Recuerda Jezreel y lo que Jehú hizo allí. De la misma manera yo te juzgaré y dejarás de ser una nación en el valle de Jezreel»».

Gomer tuvo otro hijo de uno de sus amantes. Esta vez, era una niña. A Oseas se le dijo que la aceptara, así que la llamó «Sin misericordia».

Después de que Sin Misericordia fue destetada, Gomer se fue con sus amantes. Dio a luz a otro hijo. Dios dijo: «Acepta a este niño en tu hogar, pero llámalo «No es mío»».

Oseas predicó al pueblo de Israel: «Te has alejado mucho de Dios. No sabes a quién perteneces, y Dios dice: «No eres mío».

Pero llegará el día en que eso cambiará. Dios dirá con orgullo: «Tú eres mi pueblo, y yo soy tu Dios»».

«Jezreel le dirá a su hermano: «Tienes un nuevo nombre. En lugar de No es mío, ahora te llamas Tú eres mío». Le dirá a su hermana: «En lugar de Sin misericordia, ahora te llamas Misericordia abundante»».

Gomer se cansó de vivir con Oseas y sus hijos. Se fugó con uno de sus amantes. Fue entonces cuando descubrió que él era un traficante de esclavos y la convirtió en esclava.

Anhelaba volver con su marido. «¡Oh, volver a casa! Oseas me dio tanto, pero yo le di la espalda». Sabía que era imposible recuperar lo que había perdido.

Dios le dijo a Oseas: «Ve al mercado de esclavos y compra a tu esposa entre los esclavos».

El profeta tomó su dinero y fue al mercado de esclavos. Vio a todos los esclavos desnudos ante todos. Entre ellos estaba Gomer. Oseas se acercó y pagó el precio requerido. Luego se quitó el abrigo y lo usó para cubrir a su esposa. Juntos regresaron a su casa.

Él dijo: «Yo te elegí y me casé contigo. Ahora te he comprado. Nunca más me dejarás y te irás con tus amantes». Oseas la amaba y la cuidaba con ternura.

Le dijo a Israel: «Has abandonado a tu Dios y te has vendido a los ídolos. Ellos te han tratado con desprecio y abusado de ti, dejándote desnuda y abandonada. Pero llegará el día en que Dios te comprará de nuevo y te mostrará su abundante misericordia, y te dirá: «Tú eres mía»».

152 Israel en el exilio

2 Reyes 17

Israel había sido un reino separado de Judá durante muchos años. Su primer rey estableció dos becerros de oro para adorarlos. Ninguno de sus reyes destruyó los becerros, y ninguno de ellos siguió al Señor. Algunos de los profetas más grandes que jamás hayan existido fueron enviados a Israel. Aun así, el pueblo se negó a volverse hacia Dios.

Así que, después de muchas advertencias, Dios finalmente permitió que fueran conquistados. Fueron sacados de su tierra y obligados a vivir en otras ciudades.

Todo comenzó cuando el rey de Asiria atacó el reino de Israel y tomó el control. El pueblo tuvo que pagar fuertes impuestos. De repente, el rey de Egipto dijo que ayudaría a Israel a liberarse de su esclavitud a Asiria. El pueblo creyó esto y dejó de pagar los impuestos.

Los ejércitos de Asiria invadieron Israel, capturaron a su rey y lo encarcelaron. Luego rodearon Samaria e impidieron que nadie entrara o saliera. Esto duró tres años, hasta que finalmente Samaria se rindió.

Los asirios fueron crueles. Utilizaron al pueblo de Israel como advertencia para que otras naciones no se rebelaran contra su autoridad. Los que sobrevivieron fueron sacados de la tierra y enviados al exilio.

Otras personas fueron traídas para vivir en la tierra de Israel. Se establecieron en las ciudades y llamaron a su nueva nación Samaria.

Los nuevos habitantes no sabían nada del Señor, por lo que continuaron adorando a los ídolos que habían traído consigo. Dios envió leones entre ellos y muchos murieron.

Un consejero del rey de Asiria dijo: «Los samaritanos no conocen al Dios de la tierra. Él envió leones para matarlos porque no saben cómo adorarlo correctamente».

Entonces el rey dijo: «Selecciona a algunos sacerdotes del pueblo de Israel y envíalos de vuelta a Samaria. Haz que enseñen al pueblo cómo adorar al Dios de la tierra».

Se seleccionó a algunos sacerdotes y se les envió de vuelta. Enseñaron a los samaritanos acerca del Señor y cómo adorarlo. El pueblo comenzó a adorar a Dios, pero también conservó sus antiguos ídolos. Mezclaron las dos cosas. Esto continuó durante muchos años.

153 Ezequías

2 Reyes 18:1-12, 2 Crónicas 29 –31

Ezequías se convirtió en rey cuando tenía 25 años. Siguió al Señor más que cualquier otro rey desde David.

Lo primero que hizo fue abrir el templo que su padre había cerrado. Les dijo a los sacerdotes y levitas: «Todos sabemos que Dios se ha vuelto contra nosotros por nuestro pecado. Somos casi como el reino de Israel y estamos casi sin esperanza. Pero voy a hacer un pacto con el Señor para que tal vez apague su ira contra nosotros. Necesito vuestra ayuda porque vosotros habéis sido elegidos por Dios para estar en su presencia y servirle».

Los sacerdotes y levitas se unieron en torno a su rey. Lo primero que hicieron fue purificarse ante el Señor. Luego entraron en el templo y comenzaron a limpiarlo. Sacaron las cosas que estaban contaminadas y limpiaron todo lo demás.

Después de eso, el rey Ezequías y los funcionarios de la ciudad fueron y ofrecieron sacrificios al Señor. Luego hicieron preparativos para que todo el pueblo de Jerusalén pudiera venir y adorar a Dios. Los sacerdotes y levitas se colocaron en sus lugares. Los levitas músicos prepararon sus instrumentos. Los coros se prepararon para cantar los cánticos de David.

El pueblo vino y ofreció sacrificios a Dios. Cantaron al Señor mientras sonaban las trompetas. Todos se regocijaron, se postraron y adoraron. Se trajeron tantos holocaustos que los sacerdotes no pudieron hacerlo todo. Los levitas tuvieron que ayudarles hasta que terminaran el trabajo.

Cuando llegó el momento de la Pascua, Ezequías envió un mensaje a todo Judá e Israel. Invitó a todos a venir y celebrar juntos la Pascua en Jerusalén.

Los mensajeros fueron a todas las ciudades de toda la región. Dios movió los corazones del pueblo de Judá, y vinieron a celebrar la Pascua con su rey.

La mayoría del pueblo de Israel había sido llevada a otros países, pero aún quedaban algunos en la tierra. Se sorprendieron cuando Ezequías los invitó a volver y adorar al Señor en Jerusalén. Algunos se burlaron de los mensajeros, pero otros se humillaron e hicieron el viaje a Jerusalén.

Se reunió una multitud extremadamente grande. Lo primero que el rey les pidió que hicieran fue recorrer la ciudad y derribar todos los altares paganos. También les pidió que destruyeran la serpiente de bronce que Moisés había hecho, porque la gente le quemaba incienso.

Luego ofrecieron los corderos pascuales ante el Señor. Muchas de las personas de Israel no eran consideradas limpias ante Dios. Desafortunadamente, no había tiempo suficiente para llevar a cabo ese procedimiento. El rey Ezequías oró y le pidió al Señor que hiciera una excepción con ellos, ya que habían venido a buscar al Señor. Dios escuchó su oración y purificó al pueblo para que pudieran comer la Pascua.

Esta celebración duró siete días. Luego, toda la multitud decidió prolongarla otros siete días. Todos se regocijaron juntos, tanto los de Judá como los de Israel. Incluso los samaritanos se regocijaron con ellos. No se había visto una fiesta así en Jerusalén desde los días de David y Salomón.

Cuando todo terminó, el pueblo regresó a sus casas. Lo primero que hicieron fue derribar todos los altares de dioses falsos y objetos de idolatría. Comenzaron a enviar sus diezmos y ofrendas al templo para que los sacerdotes y levitas pudieran continuar su servicio a tiempo completo a las leyes de Dios.

En toda la historia de Judá, no hubo ningún rey como Ezequías. Reinó durante veintinueve años.

154 Rey de Asiria

2 Reyes 18:13–19:37
2 Crónicas32:1-23

El ejército asirio invadió Judá cuando Ezequías era rey. Ya habían conquistado Israel unos años antes.

Cuando llegaron a Jerusalén, el comandante del ejército asirio convocó una reunión con los oficiales judíos fuera de las murallas de la ciudad. Dijo: «Senaquerib, el gran rey de Asiria, envía este mensaje a Ezequías: ¿Por qué te resistes a mi gran ejército? ¿Crees que otras naciones vendrán a ayudarte? Escucha. ¡No vendrán! Nos temen.

Oh, ¿confías en el Señor tu Dios? ¿Por qué? ¡Fue tu Dios quien nos envió aquí para destruirte!».

Mientras el comandante hablaba, el pueblo de Jerusalén estaba en las murallas de la ciudad, escuchando todo lo que decía. Hablaba en hebreo y lo suficientemente alto como para que pudieran oírlo. Los oficiales judíos dijeron: «Por favor, habla en tu idioma. Lo entendemos».

El comandante se rio y gritó más fuerte: «¡No! Este mensaje no es solo para vuestro rey. También es para el pueblo llano. Ellos son los que sufrirán cuando os aplastemos».

Señaló a los hombres que estaban en la muralla. «¡Escuchadme! No confiéis en vuestro rey. ¡No confiéis en vuestro Dios! ¡Confiad en Senaquerib, el gran rey de Asiria! Él os cuidará bien. Hemos conquistado muchas naciones y sus dioses no pudieron protegerlas. ¡Vuestro Dios no puede detener al gran rey de Asiria!».

Cuando el rey Ezequías oyó este informe, rasgó sus vestiduras y entró en el templo para orar. Envió mensajeros al profeta Isaías para pedirle que orara por el pueblo de Dios.

Isaías envió un mensaje a Ezequías: «Tengo un mensaje del Señor. Él dice: “He oído a este hombre. No le temáis. Le susurraré al oído y él regresará apresuradamente a su país. Una vez allí, alguien lo matará”».

De repente, el comandante se enteró de que había problemas en Asiria. Sabía que su rey lo necesitaba. Todo el ejército se marchó.

Algún tiempo después, Senaquerib volvió a mover su ejército hacia Jerusalén. En el camino, envió un mensaje a Ezequías: «¿Te ha dicho tu Dios que estás a salvo de mí? ¡No le creas! He conquistado a los dioses de muchas otras naciones y los he quemado con fuego. No pudieron proteger a sus naciones. ¿Qué te hace pensar que tu Dios te protegerá?».

Ezequías llevó la carta al templo. La extendió ante Dios y oró. Isaías envió un mensaje a Ezequías, pero no estaba dirigido a él. Era la respuesta de Dios a Senaquerib.

Decía: «¿Quién te crees que eres? Le he dicho a Jerusalén que te escupa. ¿A quién crees que estás burlando? Yo soy quien te puso en el poder para que pudieras juzgar a otras naciones. ¿Ahora eres tan arrogante que me gritas? Esto es lo que voy a hacerte. Te pondré un gancho en la nariz y un bocado en la boca. ¡Luego te llevaré de vuelta al granero de donde viniste!

«Ezequías, no te preocupes por Senaquerib. Ni una sola flecha alcanzará las murallas de Jerusalén. Antes de que su ejército llegue aquí, darán media vuelta y regresarán a su país. ¡Yo soy tu defensa! Yo libraré esta batalla y salvaré la ciudad».

Esa noche, el ejército de Asiria acampó. Se puso el sol y los hombres se sentaron alrededor de las hogueras hasta que llegó la hora de dormir. Cuando salió el sol a la mañana siguiente, 185 000 soldados yacían muertos donde habían dormido. ¡El rey de Asiria tenía un ejército de hombres muertos!

Rápidamente regresó a su hogar en Nínive y se arrodilló ante su ídolo. Dos de sus hijos entraron y lo mataron. Senaquerib, el gran rey de Asiria, estaba muerto, y Jerusalén estaba en paz.

155 Quince años

2 Reyes 20, 2 Crónicas32:24-33

El rey Ezequías enfermó gravemente. El profeta Isaías fue a verle y le dijo: «Dios me ha dicho que esta enfermedad te matará. Así que prepárate para morir». Luego se dio la vuelta y salió de la habitación.

Ezequías clamó a Dios: «¡Oh, Señor! He caminado contigo y he vivido según tus mandamientos. Por favor, perdona mi vida». Volvió la cabeza hacia la pared y lloró amargamente.

Una vez más, Dios habló a Isaías: «Ve y dile al rey Ezequías que he escuchado su oración y he visto sus lágrimas. Por lo tanto, añadiré quince años a su vida. También le daré una señal para que sepa que esta promesa es verdadera. Haré que la sombra del reloj de sol retroceda diez grados».

Ezequías observó la sombra en el reloj de sol y vio que retrocedía diez grados. Inmediatamente su enfermedad comenzó a abandonarlo hasta que se recuperó por completo. Cantó ante el Señor y le dio gracias.

Después de su recuperación, llegó una delegación de Babilonia con regalos. Le entregaron una carta de su rey en la que decía que se alegraba de la recuperación de Ezequías.

Ezequías se alegró por ello y honró a la delegación con una visita a su palacio y a los edificios del gobierno. Los llevó a la casa del tesoro y les mostró todos los tesoros de la nación, incluyendo oro, plata, especias y aceite precioso.

Después de que los hombres de Babilonia se marcharon, el profeta Isaías preguntó: «¿Quiénes eran esos hombres y qué te dijeron?».

El rey respondió: «Son de un país lejano, un lugar llamado Babilonia».

«¿Qué les mostraste?».

«Les mostré todo. No les oculté nada de valor».

El profeta dijo: «Escucha las palabras del Señor: “Llegará el día en que Babilonia invadirá Judá y se llevará todo lo que han visto a su país. Tus descendientes se convertirán en esclavos personales del rey de Babilonia”».

Ezequías inclinó la cabeza y finalmente dijo: «Este mensaje del Señor es bueno. Nada de esto sucederá mientras yo viva. Mientras yo viva, habrá paz y seguridad».

156 El rey malvado que se arrepintió

2 Reyes 21, 2 Crónicas 33

Ezequías fue uno de los mejores reyes de todos los descendientes de David. Sin embargo, su hijo Manasés fue uno de los más malvados de todos. Se convirtió en rey cuando tenía 12 años y gobernó durante 55 años.

Actuó peor que los reyes de Canaán antes de que los israelitas llegaran allí. Su padre había destruido todos los altares a los dioses falsos, pero Manasés los mandó reconstruir. Colocó varios dentro del propio templo. Llevó a toda la nación a practicar la brujería e incluso sacrificó a sus propios hijos a los dioses falsos.

Dios habló a Manasés y a la nación de Judá, pero ellos no le escucharon. Finalmente, el Señor permitió que los comandantes militares de Asiria capturaran al rey. Le pusieron un anillo en la nariz y se lo llevaron encadenado con cadenas de bronce. Lo encarcelaron en Babilonia.

Este fue el momento más oscuro de la vida de Manasés. Entonces se humilló y clamó a Dios. El Señor escuchó su oración y le mostró su misericordia.

Llegó el momento en que Dios le permitió regresar a Jerusalén y volver a ser rey. Una vez allí, Manasés supo que el Señor había hecho esto por él, y se sintió agradecido.

Quitó todos los ídolos y altares del templo. Restauró el altar de Dios y lo utilizó para dar gracias al Señor. Construyó los muros de Jerusalén e hizo que la ciudad fuera más segura. Gracias a su liderazgo, el ejército se hizo más fuerte.

Cuando Manasés murió, su hijo Amón se convirtió en rey. Gobernó solo dos años, pero fue tan malvado como lo había sido su padre en sus primeros años. Sin embargo, a diferencia de su padre, no se volvió al Señor.

Sus siervos conspiraron contra él y finalmente lo mataron. Una multitud de personas en Judá persiguió a esos hombres y los ejecutó.

Luego tomaron al hijo de Amón y lo hicieron rey. Se llamaba Josías y era solo un niño de ocho años. Aun así, Josías se convirtió en un gran rey de Judá.

157 Hallazgo del libro de la ley

2 Reyes 22, 2 Crónicas 34:1-32

Josías tenía ocho años cuando se convirtió en rey de Judá. Caminó con el Señor desde el día en que se convirtió en rey hasta el día de su muerte, 31 años después. Fue el último gran rey antes de que el pueblo de Judá fuera llevado al cautiverio.

Cuando tenía 26 años, contrató a unos hombres para restaurar el templo. Se había dado dinero para ese propósito, así que se lo dio a los obreros y les dijo: «Habéis demostrado ser hombres íntegros. Por lo tanto, no tenéis que llevar cuenta de este dinero».

Un día, el sumo sacerdote encontró el Libro de la Ley, escrito por Moisés. Se lo envió al rey, quien lo hizo leer en voz alta. Cuando Josías oyó lo que estaba escrito en el libro, rasgó sus vestiduras y dijo: «¡Ciertamente la ira del Señor es grande contra nosotros! Nuestros antepasados hicieron un pacto con Dios y luego lo rompieron una y otra vez. Su juicio sobre nosotros debe estar cerca. Id y buscad a alguien que pueda preguntar al Señor sobre esto».

El sacerdote fue a cierta sección de la ciudad, a la casa de Hulda, una mujer profeta. Le preguntaron sobre lo que estaba escrito en el libro. Ella dijo: «Tengo un mensaje de Dios para el hombre que te envió aquí. Dios dice: “El pueblo de esta tierra se ha vuelto totalmente contra mí. Sirven a ídolos y dioses falsos. Estoy a punto de cumplir el juicio escrito en el libro que encontraste. Pronto caerá el desastre sobre este lugar y sobre todos los que viven aquí. Nada puede evitar el juicio que se avecina».

Hulda dijo entonces: «Tengo otro mensaje para el rey de Judá. El Señor dice: “Cuando oíste las palabras de este libro, tu corazón se entristeció, rasgaste tus vestiduras y lloraste. Me has buscado con humildad, y yo te he escuchado. Por lo tanto, no verás el desastre que voy a traer sobre este lugar. Esperaré hasta que mueras y seas enterrado».

El sacerdote llevó estas palabras a Josías. Cuando las oyó, reunió a todos los ancianos de Jerusalén y de Judá. Estos, a su vez, fueron a buscar al resto del pueblo. Todos fueron al templo, donde escucharon al rey leer la Ley de Moisés. Escucharon acerca de los acuerdos que su nación tenía con Dios.

Una vez terminada la lectura de la Ley, Josías se puso de pie en el lugar reservado para el rey. Delante de todos, hizo los mismos compromisos con el Señor. Juró que seguiría los mandamientos de Dios con todas sus energías y todo su poder. Todo el pueblo acordó hacer lo mismo.

158 Las reformas de Josías

2 Reyes 23, 2 Crónicas 34:32–35:27

El rey Josías y la nación de Judá renovaron su compromiso con las leyes de Dios. El rey quitó todos los altares falsos del templo y los quemó. El pueblo también recorrió Jerusalén y destruyó todos los ídolos que había en la ciudad.

Una vez hecho esto, el rey recorrió personalmente toda la tierra de Judá y supervisó la destrucción de la adoración de ídolos en todas las ciudades. A continuación, recorrió toda la tierra de Israel y destruyó todos los ídolos y altares que había allí. Cuando encontraba un lugar pagano importante, profanaba el altar para que el pueblo nunca más lo volviera a utilizar.

Fue al altar que Jeroboam había construido en Betel. Josías destruyó por completo todo lo que había a su alrededor. Vio algunas tumbas cerca, así que envió a unos hombres a buscar huesos humanos. Los quemó sobre el altar para profanarlo.

Entonces Josías vio un monumento cerca. Dijo: «¿Qué es eso?».

Los hombres de la zona dijeron: «Es la tumba del profeta que vino de Judá. El Señor lo envió aquí para hablar contra Jeroboam cuando dedicó este altar a sus becerros de oro. Él profetizó y le dijo al pueblo lo que tú harías con este altar. Hoy has cumplido su profecía. También es la tumba de un viejo profeta de Samaria».

Josías dijo: «No perturben estos huesos». Luego regresó a Jerusalén.

El rey organizó una fiesta de Pascua como ninguna otra. Él y los hombres prominentes de Judá dieron generosamente para que todos pudieran ofrecer un sacrificio.

En toda la historia de Judá, nunca había habido un rey como Josías, que amara y sirviera al Señor con toda su mente, su corazón y sus fuerzas. Siguió totalmente los caminos de Dios.

Aun así, el Señor planeaba destruir Jerusalén. Iba a enviar al pueblo de Judá al exilio, tal como había hecho con Israel. Pero no permitió que eso sucediera hasta después de la muerte de Josías.

Cuando el rey tenía 39 años, el faraón de Egipto condujo a su ejército más allá de Judá en su camino para ayudar a Asiria. Josías sacó a su ejército para detenerlos. El faraón dijo: «Mi batalla no es contigo. Voy a luchar contra otra persona. No interfieras, o Dios me usará para destruirte».

Josías no escuchó este consejo. Entró en batalla, pero se disfrazó para que el enemigo no supiera que era el rey. De repente, una flecha lo alcanzó y cayó desplomado en su carruaje. Sus siervos lo llevaron rápidamente de regreso a Jerusalén, donde murió.

Todo Judá lloró la muerte de Josías. El profeta Jeremías escribió una canción que se cantó en su funeral.

159 La vasija rota

Jeremías 1 y 18–20
2 Reyes 23:28-37, 2 Crónicas 36

Las historias 159-164 tuvieron lugar durante la vida y el ministerio del profeta Jeremías.

Durante el reinado del rey Josías, el profeta Jeremías fue llamado por Dios para predicar al pueblo de Judá. El Señor le dijo: «Diles que son malvados y que Babilonia vendrá y los llevará cautivos. Será inútil resistirse a esta invasión, porque soy yo quien la está provocando».

Jeremías dijo: «Señor, no quiero este trabajo. Soy demasiado joven y no soy bueno hablando en público».

El Señor dijo: «Te elegí para este trabajo antes de que nacieras. Te diré exactamente qué decir. Aun así, el pueblo no te escuchará e intentará matarte. Pero no te preocupes. Estaré contigo y te protegeré».

Durante años, en la época del rey Josías, el Señor le dijo a Jeremías todas las razones por las que Judá sería castigada y enviada al exilio. Jeremías estaba preocupado por la nación, así que lloró y oró por ellos. Dios dijo: «¡Basta ya! Este pueblo se dirige hacia el desastre y no hay nada que tú puedas hacer al respecto. ¡Ni siquiera escucharía si Samuel y Moisés se presentaran ante mí y suplicaran por ellos! Esta situación va más allá de los actos religiosos y las oraciones».

El Señor envió a Jeremías a la casa del alfarero. Allí vio al alfarero trabajando con una vasija de barro en el torno. De repente, encontró un defecto en la vasija. Así que simplemente aplastó el barro y volvió a empezar.

El Señor dijo: «Oh, Israel, esto es lo que te estoy haciendo. Tú eres como arcilla en mis manos y te aplastaré para poder convertirte en aquello que tendrá mi bendición y mi alegría».

El Señor le dijo a Jeremías que comprara una vasija de barro y fuera a ver a los gobernantes de Judá. El profeta compró la vasija y se presentó ante los líderes del pueblo. La levantó en el aire y dijo: «El pueblo ha abandonado al Señor para adorar ídolos. Por lo tanto, ¡escuchen lo que Dios les dice!».

Arrojó la vasija al suelo y se hizo añicos. Dijo: «Jerusalén será como esta vasija de barro. Destruiré totalmente la ciudad. Vuestros enemigos matarán al pueblo. La ciudad quedará en ruinas, igual que esta vasija de barro».

Uno de los sacerdotes se enojó y mandó golpear a Jeremías y ponerlo en el cepo. Al día siguiente, el sacerdote fue a liberarlo. Jeremías le dijo: «El Señor ha cambiado tu nombre. Ahora es “Terror”. Con terror, verás a tus amigos muertos en las calles. Con terror, verás cómo destruyen la ciudad. Te llevarán a Babilonia, donde morirás, y allí te enterrarán».

El rey Josías murió cuando luchó contra el ejército de Egipto. El pueblo de Judá nombró rey a su hijo. Tres meses después, el faraón de Egipto conquistó Jerusalén y se llevó al nuevo rey a Egipto, donde murió. El faraón nombró rey de Judá a otro hijo de Josías. Su nombre era Joacim.

160 La quema del libro

Jeremías 26 y 36, 2 Reyes 24:1-7
2 Crónicas 36

Las historias 159-164 tuvieron lugar durante la vida y el ministerio del profeta Jeremías.

Jeremías llevaba 23 años profetizando cuando Joacim se convirtió en rey. Judá estaba bajo el control de Egipto y el rey les pagaba altos impuestos año tras año.

Dios le dijo a Jeremías que fuera al templo y le dijera al pueblo que se arrepintiera o el templo se convertiría en ruinas. Después de terminar su predicación, los sacerdotes y los profetas lo agarraron y le dijeron: «Te vamos a matar. ¡Cómo te atreves a venir y decir estas cosas en nombre del Señor!».

Los oficiales de Judá defendieron a Jeremías diciendo: «Él tiene derecho a hablar en nombre del Señor. Libérenlo». Lo dejaron ir, pero le dijeron que no podía volver al templo.

El Señor le dijo a Jeremías: «Escribe un libro con todas las cosas que te he dicho acerca del juicio que vendrá sobre Judá y Jerusalén».

Jeremías mandó llamar a Baruc, su escriba, y le dictó todo lo que el Señor le había dicho. Cuando terminaron, el profeta dijo: «No se me permite ir al templo, así que ve allí y lee este libro al pueblo».

Baruc fue y leyó el libro en el templo. Los funcionarios del rey se enteraron del libro y le pidieron que se lo leyera. Cuando terminó, los funcionarios se asustaron. Dijeron: «El rey tiene que oír esto».

Le dijeron al escriba: «Vamos a llevar este libro al rey. Tú y Jeremías escóndanse y no le digan a nadie adónde han ido».

Llevaron el libro al rey Joacim, y él permitió que se lo leyeran. Como era invierno, estaba sentado frente al fuego. Cada vez que se leía una parte del libro, la cortaba y la arrojaba al fuego. Sus oficiales le pidieron que no lo hiciera, pero él siguió haciéndolo hasta que todo el libro desapareció.

Todos los que estaban en la sala escucharon el libro, pero nadie rasgó sus vestiduras ni se asustó. Joacim ordenó entonces que encarcelaran a Jeremías y a su escriba, pero Dios los protegió.

El Señor le dijo a Jeremías: «Escribe otro libro, igual al que fue quemado. Además, dale este mensaje al rey Joacim: "Tú quemaste el libro porque no querías que nadie hablara de cómo Babilonia destruirá Jerusalén. Esto es lo que te sucederá a ti: tu cadáver no será enterrado, sino que se pudrirá al sol. Además, el trono de David será quitado de tus descendientes"».

Jeremías dictó el libro una vez más y Baruc lo escribió. Con el paso del tiempo, añadió más cosas.

Jeremías dijo al pueblo de Judá: «Babilonia vendrá y destruirá esta ciudad y os llevará cautivos. Estaréis allí durante setenta años. Después de eso, Dios traerá a vuestros hijos de vuelta a esta tierra».

Dios envió un mensaje especial a Baruc: «Estás preocupado por lo que te va a pasar. Llevas la carga de ser escriba del profeta de Dios. No te preocupes. Te perdonaré la vida cuando destruya esta ciudad. Estaré contigo dondequiera que vayas».

161 Dos cestas de higos

Jeremías 24, 2 Reyes24:8-17
2 Crónicas 36

Las historias 159-164 tuvieron lugar durante la vida y el ministerio del profeta Jeremías.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, invadió Judá. El rey Joacim renunció a su lealtad a Egipto y juró lealtad a Babilonia. Varios años después, Babilonia y Egipto se enzarzaron en una feroz batalla. Joacim volvió a jurar lealtad a Egipto. Jeremías le advirtió que no lo hiciera, pero él no le hizo caso.

Una vez más, Nabucodonosor invadió Judá, pero esta vez capturó Jerusalén. Joacim fue encadenado y llevado a Babilonia, donde murió. Su hijo Joaquín se convirtió en rey.

Nabucodonosor se llevó objetos del templo para colocarlos en los templos de sus dioses. También se llevó a los mejores jóvenes a Babilonia para que le sirvieran de consejeros. Entre ellos se encontraba Daniel.

Joaquín fue rey durante solo tres meses, cuando también se rebeló contra Babilonia. Jeremías le advirtió que, si lo hacía, lo llevarían lejos, igual que a su padre. El joven rey no le hizo caso.

El ejército de Nabucodonosor regresó y, esta vez, se llevó todos los tesoros y el oro del Templo. Despojaron a la ciudad de todo lo que tenía valor, incluyendo los artesanos, los militares y los eruditos. Diez mil personas fueron llevadas a Babilonia. Entre ellas estaba Ezequiel.

Solo quedaron los pobres para cuidar la tierra. Nabucodonosor se llevó a Joaquín a Babilonia y lo encarceló. Su tío, Sedequías, fue nombrado rey de Judá.

Después de que se marcharan, Dios le dio una visión a Jeremías. El Señor le dijo: «¿Qué ves?».

El profeta respondió: «Veo dos cestas llenas de higos. Una está llena de los frutos más deliciosos que jamás he visto. La otra tiene higos podridos que huelen muy mal».

El Señor dijo: «El pueblo cautivo es como los higos buenos. Yo los cuidaré y los protegeré. Sus hijos volverán a esta tierra y tendrán en sus corazones el deseo de conocerme. Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo».

Pero estas personas aquí en Judá son como los higos podridos. Son corruptas y podridas, y las trataré como tales. Enviaré dolor, plagas y hambrunas. Cuando haya terminado, arrojaré a Sedequías y a su pueblo a la basura».

El Señor hizo que Jeremías enviara una carta a los exiliados. Les dijo: «Construyan casas en Babilonia y planten jardines. Cásense, tengan hijos y ayuden a sus hijos a casarse. Participen en su comunidad y ayuden a su ciudad a prosperar. No crean a nadie que les diga que no estarán allí por mucho tiempo. No es cierto. Estarán en el exilio durante 70 años, así que siéntanse como en casa.

Yo cuidaré de vosotros. Podéis llamarme cuando queráis, y yo os escucharé. Cuando termine vuestro exilio, os traeré de vuelta aquí y os devolveré todo lo que dejasteis atrás.

La gente de aquí es como higos podridos. Después de enviarles dolor, plagas y hambruna, los arrojaré a la basura».

162 Jerusalén bajo el asedio

Jeremías 37, 2 Reyes 24:18–25:2
2 Crónicas36

Las historias 159-164 tuvieron lugar durante la vida y el ministerio del profeta Jeremías.

Nabucodonosor había nombrado rey de Judá a Sedequías. Después de nueve años como rey, este se rebeló contra Babilonia. Pensaba que Egipto le ayudaría. Jeremías le dijo: «Si haces esto, el rey de Babilonia destruirá totalmente Jerusalén».

Sedequías no escuchó al profeta, por lo que Nabucodonosor trajo a su ejército y rodeó la ciudad, sin permitir que nadie entrara ni saliera. Sedequías le pidió a Jeremías que orara y le pidiera ayuda a Dios. De repente, el ejército egipcio llegó desde el sur. Con eso, el ejército de Babilonia se alejó de Jerusalén.

El Señor envió un mensaje a Sedequías: «Esto es lo que voy a hacer. El ejército del faraón regresará a Egipto. Babilonia volverá y quemará esta ciudad hasta los cimientos. Tú no puedes detenerlos. Incluso si tu ejército saliera y los derrotara, dejando vivos solo a unos pocos hombres heridos, esos pocos hombres se levantarían, entrarían en la ciudad y la quemarían hasta los cimientos».

Jeremías decidió salir de las murallas de la ciudad y ver algunas propiedades que poseía. Un guardia lo vio salir por la puerta de la ciudad. Le dijo: «Vas a reunirte con el ejército babilónico».

El profeta respondió: «No, nunca haría eso». Pero el guardia no le creyó y lo llevó ante los oficiales de la ciudad. Estos se enfurecieron con él, lo golpearon y lo metieron en un calabozo. Allí permaneció mucho tiempo.

Pronto regresaron los babilonios y volvieron a rodear la ciudad. Sedequías mandó llamar en secreto a Jeremías y lo llevó al palacio. El rey le dijo: «¿Tienes algún mensaje del Señor?».

Jeremías respondió: «Sí, lo tengo. Él dice: «Serás derrotado por los babilonios»».

Entonces el profeta le dijo al rey: «No me envíes de vuelta a ese calabozo. Si lo haces, moriré. ¿Qué he hecho? Todo lo que he dicho se ha cumplido. ¿Dónde están los profetas que dijeron que Babilonia no volvería? Te lo ruego. No me envíes de vuelta».

Entonces el rey Sedequías ordenó que Jeremías no volviera al calabozo. Lo mantuvieron en la prisión del palacio, donde recibió mejores cuidados.

Pronto no hubo comida en la ciudad porque los babilonios habían impedido que entrara o saliera nada. Los gobernantes de Jerusalén enviaron un mensaje a Jeremías: «¡Por favor, ora y pide a Dios que nos libre! Quizás él nos conceda un milagro como los que ha hecho en el pasado».

El Señor les envió un mensaje: «¡No! No os libraré. Yo soy quien lucha contra vosotros. Os he entregado al rey de Babilonia. Sufriréis hambre, enfermedades y plagas. Morirán personas y animales. Los que sobrevivan serán entregados a los babilonios».

163 Pozo de lodo

Jeremías 32, 33, 38, 39, 40:1-6, 52:1-30
2 Reyes 25:3-21, 2 Crónicas 36

Las historias 159-164 tuvieron lugar durante la vida y el ministerio del profeta Jeremías.

El Señor le dio a Jeremías un mensaje para el pueblo. Él dijo: «La elección es tuya. Puedes elegir entre la vida o la muerte. Si te quedas en Jerusalén, sufrirás hambre, enfermedades y muerte. Si te rindes al ejército babilónico, vivirás. Les he entregado esta ciudad y ellos la destruirán por completo».

Cuando los oficiales de Judá oyeron esto, fueron al rey y le dijeron: «Este hombre debe morir. Es un traidor. Le está diciendo a la gente que nos abandone».

Así que Sedequías les permitió hacer lo que quisieran con Jeremías. Le ataron cuerdas y lo bajaron a un pozo vacío. No había agua en él, sino que el fondo no era más que barro. Pronto el profeta se hundió en el barro.

Otro funcionario corrió hacia el rey y le dijo: «¡Esto está mal! El profeta morirá en ese pozo. No tiene comida ni agua».

El rey dio permiso para que el hombre sacara a Jeremías del pozo. Así que reunió a otros treinta hombres para que le ayudaran. Arrojaron trapos viejos al pozo y le dijeron al profeta que se los pusiera debajo de los brazos para protegerse de las cuerdas. Luego lo sacaron del pozo y lo llevaron de vuelta a la prisión del palacio.

Los babilonios mantuvieron la ciudad sitiada durante dos años y medio. Finalmente, rompieron las murallas y tomaron la ciudad. Cuando Sedequías se enteró de esto, salió de Jerusalén durante la noche e intentó escapar.

Los babilonios persiguieron al rey y pronto lo atraparon. Lo llevaron de vuelta a Nabucodonosor. Este tomó a Sedequías y lo obligó a ver cómo mataban a sus hijos delante de él. Luego le sacaron los ojos, lo encadenaron y se lo llevaron a Babilonia.

Los babilonios destruyeron totalmente la ciudad para que nunca más pudiera resistirse a ellos. Destruyeron el templo, quemaron todas las casas y derribaron las murallas. La ciudad quedó totalmente demolida. El ejército babilónico se llevó al resto de la población a Babilonia, dejando solo a unos pocos para cuidar la tierra.

Nabucodonosor oyó hablar de Jeremías, por lo que le dijo a su capitán: «Encuentra a este hombre y asegúrate de que no le hagan daño. Hay que cuidarlo y darle todo lo que quiera».

El capitán fue y encontró al profeta. Estaba encadenado junto con los demás que eran enviados al exilio. El capitán le quitó las cadenas a Jeremías y le dijo: «Eres libre de irte. Si vienes a Babilonia con nosotros, te cuidaremos y satisfaremos tus necesidades por el resto de tu vida. Pero si lo deseas, puedes quedarte aquí en Judá. La decisión es tuya».

Jeremías dijo que se quedaría en Judá, así que le permitieron a él y a Baruc regresar a sus hogares. El Señor también protegió al funcionario que había ayudado al profeta a salir del pozo.

El Señor le dijo a Jeremías: «Llegará el día en que levantaré un renuevo justo de la descendencia de David, y él traerá justicia y rectitud a la tierra. Se le llamará: “El Señor, nuestra justicia”».

164 La emigración a Egipto

Jeremías 40 – 44, 52:31-34
2 Reyes 25:22-30

Las historias 159-164 tuvieron lugar durante la vida y el ministerio del profeta Jeremías.

Nabucodonosor, rey de Babilonia, destruyó totalmente a Jerusalén. Dejó a unas pocas personas para que cuidaran la tierra y nombró a Gedalías gobernador de Judá.

Los soldados rebeldes aún vivían en las colinas de Judá. Gedalías se reunió con ellos y les dijo: «El rey de Babilonia quiere hacer las paces contigo. Así que deja de luchar. Mira lo que la gente dejó atrás cuando se exilió. Puedes cosechar sus uvas, aceitunas y frutas de verano. Elige una ciudad y ve a vivir allí. Yo te representaré ante los babilonios».

Los soldados siguieron este consejo y se quedaron a vivir en la tierra. Los judíos que vivían en otros países regresaron y aceptaron a Gedalías como su gobernador. En total, tuvieron una gran cosecha ese año.

El rey de Amón contrató a diez judíos para que mataran a Gedalías. El pueblo de Judá advirtió al gobernador sobre este complot. Le dijeron: «Aquí estamos bien. No queremos que estos traidores lo arruinen para el resto de nosotros». Pero Gedalías no les creyó. Pensó que simplemente estaban tratando de obtener una ventaja sobre sus compatriotas.

Gedalías invitó a los diez traidores a comer con él. Durante la comida, los hombres desenvainaron sus espadas y mataron al gobernador. Después de arrojar su cuerpo a un gran pozo, regresaron a Amón. Los hombres de Judá los persiguieron. Hubo una batalla, pero la mayoría de los traidores escaparon.

El pueblo de Judá sabía lo que haría Nabucodonosor cuando se enterara de que su gobernador había sido asesinado. Hicieron planes para huir a Egipto. Fueron a ver a Jeremías y le dijeron: «Pregunta al Señor qué debemos hacer. Prometemos que haremos lo que él diga».

Diez días después, Jeremías les dio un mensaje del Señor. «No se vayan a Egipto, sino quédense en Judá. Yo estaré con ustedes y los protegeré del rey de Babilonia. Si se quedan, los fortaleceré y los estableceré aquí.

Sé que tenéis miedo, pero escuchadme. Vuestros miedos os esperan en Egipto. En Judá no encontraréis guerra, hambre ni enfermedades. No, eso os espera en Egipto».

El pueblo gritó a Jeremías: «Nos estás mintiendo. El Señor no te ha dicho eso. Quieres que nos quedemos aquí para que Babilonia nos mate».

El pueblo abandonó Judá y se fue a Egipto. Se llevaron consigo al profeta y a Baruc. Jeremías terminó su libro en Egipto y luego murió.

Años más tarde, un nuevo rey gobernó Babilonia. Sacó al rey Joacim de la cárcel y le dio la libertad. También le concedió una pensión y le invitó a comer en la mesa del rey de Babilonia. Vivió cómodamente el resto de su vida.

165 El valle de los huesos secos

Ezequiel 37

Ezequiel fue llevado al cautiverio, junto con muchos otros judíos. Se convirtió en profeta de Dios.

Un día, el Señor llevó su espíritu a un valle. Vio que estaba lleno de huesos. Estaban tan secos que se convertían en polvo al tocarlos.

El Señor dijo: «Hijo de hombre, ¿pueden estos huesos volver a la vida?».

«Oh Señor, solo tú puedes dar la respuesta a eso».

Dios dijo: «Ponte entre ellos y diles: «Huesos secos, escuchad lo que Dios os dice. Sí, el Señor os está hablando. Os está diciendo que va a devolveros el aliento y que volveréis a estar vivos. Tendréis carne, músculos y piel... y vida. Entonces sabréis que él es el Señor»».

Así que Ezequiel se puso de pie y les dijo esto a los huesos. De repente, oyó un ruido metálico en todo el valle. Los huesos se habían vuelto sólidos y se estaban reconectando. Pronto había esqueletos completos tirados por todo el suelo.

Mientras el profeta observaba, se formaron tendones y músculos en los esqueletos. Y luego la piel se estiró sobre la carne. Eran como cadáveres tirados en el suelo, por todo el valle. Pero incluso con todo esto, no tenían vida.

El Señor le dijo a Ezequiel: «Hijo de hombre, predica al aliento. Di: «Escucha lo que Dios te dice. Sí, el Señor te está hablando. Te está diciendo que cabalgues sobre los cuatro vientos y vengas y entres en estos cadáveres»».

Así que Ezequiel dijo esto al aliento. De repente, sopló el viento y el aliento entró en todos los cadáveres, ¡y cobraron vida! Se sentaron... y luego se levantaron. Fue entonces cuando Ezequiel se dio cuenta de que eran un vasto ejército.

El Señor dijo: «Hijo de hombre, estos huesos representan a las doce tribus de Israel. Ahora mismo están diciendo: «Ya no somos una nación. No hay esperanza para nosotros. Nuestros huesos están secos».

Predícales. Diles: “Escuchad lo que Dios os dice. Sí, el Señor os está hablando. Os está diciendo que va a abrir vuestras tumbas del exilio y os traerá de vuelta a la tierra de Israel. Pondrá su Espíritu en vosotros y volveréis a vivir. Entonces sabréis que él es el Señor”.

El Señor volvió a hablar a Ezequiel. «Hijo de hombre, busca un trozo pequeño de madera. Talla en él la palabra «Judá». Busca otro trozo de madera y talla en él la palabra «Israel»».

Ezequiel lo hizo. Entonces el Señor dijo: «Únelos como si fueran un solo trozo de madera. Llévalos contigo hasta que la gente te pregunte qué significan.

Diles que el Señor Dios dice: “Llegará un momento en que reuniré a ambas naciones. Ya no serán dos naciones, sino una sola. Les daré su propia tierra, la tierra que le di a Jacob. Tendrán un solo rey. David reinará sobre ellos. Ya no se corromperán con ídolos. Los purificaré y serán mi pueblo, y yo seré su Dios”.

166 La decisión de Daniel

Daniel 1:1-16

Nabucodonosor era rey de Babilonia. Conquistó Jerusalén y llevó cautivo al pueblo. Luego ordenó a sus oficiales que seleccionaran a los mejores jóvenes y los entrenaran para servir en la corte real. Se les daría la mejor instrucción en lengua, literatura y sabiduría. Este entrenamiento duraría tres años, y durante ese tiempo, el rey les proporcionaría la mejor comida y el mejor vino.

Cuatro de los jóvenes seleccionados fueron Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego. Estos hombres decidieron ante el Señor que no se contaminarían comiendo y bebiendo cosas que fueran contra la ley de Dios. Daniel le pidió al supervisor que dejara esas cosas fuera de su dieta diaria.

«¡Oh, no! ¡No puedo permitir que hagáis eso! Llegará el día en que os presentaréis ante el rey. Él verá que estáis más delgados que los demás y entonces me mandará matar».

En ese momento, Daniel eligió cuidadosamente sus palabras. «Por favor, antes de decidir, haz una prueba. Permítenos a los cuatro comer verduras y beber agua durante diez días. Luego compara nuestro aspecto con el de los demás».

El supervisor respetaba mucho a Daniel, por lo que accedió a hacer la prueba. Al cabo de diez días, Daniel y sus amigos tenían mejor aspecto y estaban más sanos que todos los que habían estado comiendo la comida y bebiendo el vino del rey. Así que el supervisor les permitió a los cuatro seguir comiendo solo verduras y bebiendo agua.

Dios estaba con Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego. Les dio conocimiento y les permitió comprender la sabiduría. Daniel también entendía las visiones y los sueños.

Al cabo de tres años, Nabucodonosor entrevistó a todos los jóvenes que habían pasado por su programa de formación. Ninguno de los demás le causó mejor impresión que Daniel, Sadrac, Mesac y Abednego. Así que comenzaron a servir en la corte del rey. Él les consultaba en todos los asuntos relacionados con la sabiduría y el entendimiento.

Con el tiempo, el rey valoró su consejo diez veces más que el de sus otros consejeros. Daniel continuó sirviendo en la corte durante el reinado de muchos reyes.

167 El sueño de Nabucodonosor

Daniel 2

Nabucodonosor tuvo un sueño que le inquietaba. Llamó a sus consejeros y les dijo que debían interpretar su sueño. Ellos le respondieron: «Cuéntanos el sueño y te diremos lo que significa».

El rey dijo: «Escuchad atentamente lo que voy a decir. Debéis decirme mi sueño y su interpretación. Si podéis hacerlo, os daré grandes recompensas y os honraré ante todos. Pero si no podéis hacerlo, moriréis lentamente y todas vuestras propiedades serán destruidas. Ahora, ¡decidme mi sueño!».

Sus consejeros se quedaron sorprendidos. Le pidieron por segunda vez: «Por favor, cuéntanos tu sueño y te diremos su significado».

Nabucodonosor se impacientó. «Estáis ganando tiempo. Ya habéis oído lo que he dicho. Si os cuento mi sueño, simplemente inventaréis algo para complacerme. La única forma de saber si vuestra interpretación es correcta es que me contéis el sueño.

En ese momento, los consejeros le suplicaron: «Ningún rey ha pedido nunca a sus consejeros que hagan esto. Solo los dioses saben lo que sueña la gente cuando duerme».

Nabucodonosor se enfadó. Declaró que todos los consejeros debían ser ejecutados. Así que los guardias comenzaron a reunirlos. Daniel se enteró de esto e inmediatamente envió un mensaje al rey: «Dame algo de tiempo y te diré tu sueño, así como su interpretación».

Dios le mostró a Daniel el sueño del rey y le dio la interpretación. Entonces Daniel fue a reunirse con el rey. Nabucodonosor lo miró y le dijo: «¿Es cierto que puedes decirme mi sueño y su interpretación?».

Daniel fue cuidadoso con su respuesta. «Ningún hombre es capaz de hacer lo que tú pides, pero hay un Dios en el cielo que me ha mostrado lo que soñaste mientras dormías.

Él te dio una visión de lo que va a suceder en el futuro del mundo. En tu sueño viste una estatua enorme. Tenía la cabeza de oro. Sus brazos y su pecho eran de plata, y su vientre y sus caderas eran de bronce. Tenía las piernas de hierro y los pies eran una mezcla de hierro y barro cocido. De repente, una piedra fue cortada de una montaña, pero no se veían las manos que lo hicieron. Esta piedra golpeó los pies y toda la estatua quedó destruida.

«Los pedazos se estrellaron contra el suelo y el viento se los llevó como si no tuvieran peso alguno. Mientras tú observabas, la piedra se hizo más grande hasta llenar toda la tierra.

«Ese fue tu sueño. Ahora te daré la interpretación. Dios te ha hecho la cabeza de oro. Después de ti, surgirá otro reino que no será tan bueno como el tuyo.

«Luego, un tercer reino de bronce gobernará el mundo. El cuarto reino será tan fuerte como el hierro y aplastará todo a su paso. Este reino se dividirá en dos partes, como las piernas de la estatua. El último reino también se dividirá en dos pies con diez dedos. Tendrá la fuerza del hierro, pero será tan frágil como el barro común.

«La piedra tallada en la montaña es el reino de Dios, que se formará sin manos humanas. Dios destruirá todos los reinos de este mundo, pero su reino nunca tendrá fin.

Oh, rey, Dios te ha mostrado el futuro con un sueño, y sucederá tal y como lo ha dicho el sueño».

Nabucodonosor cayó con la cara en tierra. Dijo: «¡Tu Dios es Dios! ¡Él es el Señor!». Nabucodonosor nombró entonces a Daniel gran gobernante de su reino.

168 Rescatados del horno de fuego

Daniel 3

Nabucodonosor hizo una estatua de oro. Medía 27 metros de alto y 2,7 metros de ancho. Luego reunió a todos los funcionarios de su reino. Estos se presentaron y se colocaron delante de la estatua.

Uno de los funcionarios hizo una declaración. «Cuando oigan tocar a la orquesta, postraos en tierra y adorad la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha erigido. Si no lo hacéis inmediatamente, seréis arrojados a un horno lleno de fuego». La orquesta comenzó a tocar y la multitud se postró ante la estatua de oro.

Esta ocasión dio una idea a algunos de los funcionarios. Pensaron que era su oportunidad de deshacerse de algunos de los judíos que había entre ellos.

Le dijeron al rey: «Tu orden fue clara. Cuando la orquesta tocara, todos debían postrarse en el suelo y adorar la estatua. Tú dijiste que, si alguien no lo hacía, sería arrojado a un horno lleno de fuego. Hay tres judíos que te ignoraron, y ocupan altos cargos en el reino. Sus nombres son Sadrac, Mesac y Abednego. No sirven a tu dios y no adoraron la estatua de oro».

Nabucodonosor se enfureció. Mandó llamar a los tres judíos y los hizo presentarse ante él. «Me han dicho que ustedes no sirven a mi dios y que no adoraron la estatua de oro. Quiero ver si esto es cierto. La orquesta tocará, y cuando lo haga, ustedes deben postrarse en el suelo y adorar la estatua de oro. Si no lo hacen, serán arrojados al horno lleno de fuego. No hay dios que pueda rescataros de mi poder».

Los tres hombres no dudaron en responder al rey. Dijeron: «Nunca discutiríamos contigo, pero por favor, compréndelo. Nuestro Dios es capaz de rescatarnos del horno lleno de fuego. Él puede rescatarnos fácilmente de tu poder, pero si no lo hace, que se sepa que aun así no adoraremos la estatua de oro que has erigido».

Nabucodonosor se enfureció tanto que su rostro se retorció de rabia. Gritó a sus guardias: «¡Haced que el horno arda siete veces más! ¡Atad a estos hombres y arrojadlos dentro!».

El horno se calentó aún más, y los tres judíos fueron atados y arrojados al fuego. Como el horno estaba tan caliente y el rey quería que la ejecución se llevara a cabo rápidamente, las llamas mataron a los guardias cuando arrojaron a los hombres dentro.

De repente, el rey se sorprendió por lo que vio. Se levantó y gritó: «¿No echamos a tres hombres al fuego?».

«Por supuesto, Majestad. Echamos a tres hombres».

«¡Pero mirad! Veo a cuatro hombres allí dentro. El fuego no les hace daño y no están atados. Caminan libremente. ¡Y mirad! El cuarto hombre es como un dios».

Nabucodonosor se acercó al horno y gritó: «Sadrac, Mesac y Abednego, siervos del Dios Altísimo. Por favor, salid».

Los tres hombres salieron del fuego. Todos se reunieron alrededor y vieron que los hombres y sus ropas no habían sufrido ningún daño por el fuego. Ni siquiera olían a humo.

Nabucodonosor hizo una proclamación. «Alabo al Dios de Sadrac, Mesac y Abednego. Ellos prefirieron morir antes que adorar a cualquier otro dios que no fuera su Dios. Por eso, Él envió a su ángel para rescatarlos. Nadie debe decir nada ofensivo sobre el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego. Si alguien lo hace, esa persona será destrozada y su casa convertida en un vertedero de basura».

169 Convirtiéndose en un animal salvaje

Daniel 4

Una noche, el rey Nabucodonosor tuvo un sueño que lo aterrorizó. Inmediatamente llamó a todos sus consejeros y adivinos. Les contó el sueño, pero ellos no pudieron darle sentido.

Finalmente llamó a Daniel y le dijo: «Sé que tienes el espíritu de los dioses en ti. Tienes las respuestas a todos los misterios. Anoche tuve un sueño terrible y nadie puede interpretarlo. Te lo contaré para que tú me digas lo que significa.

Vi un árbol en medio de la tierra. Era alto y fuerte. Todos en la tierra podían verlo. Incluso el cielo lo miraba. Tenía hojas hermosas y frutos suficientes para que todos tuvieran todo lo que quisieran. Proporcionaba refugio a los animales y las aves vivían en sus ramas.

Estaba admirando el árbol cuando llegó un mensajero del cielo. Este santo gritó para que todos lo oyeran: «¡Cortad este árbol! Cortad sus ramas, arrancad sus hojas y esparcid sus frutos. Ahuyentad a los animales y a los pájaros. Pero tened cuidado. Dejad el tocón con sus raíces aún en la tierra. Aseguradlo con bandas de hierro y bronce.

«Ahora déjenlo solo durante siete años. Tendrá la mente de un animal y comerá hierba en el campo. Cada mañana estará cubierto por el rocío del cielo. Permanecerá así hasta que se dé cuenta de que el Altísimo es el gobernante supremo de todos los reinos de la tierra. Él los da a quien quiere. Incluso podría dar un reino a un humilde esclavo».

Daniel, esto es lo que soñé. Tú eres el único que puede decirme lo que significa».

¡Daniel se quedó impactado! No dijo nada, solo se quedó mirando al rey.

Nabucodonosor dijo: «Daniel, no temas. Solo dime lo que significa».

«Oh, mi rey. Ojalá el significado fuera para tus enemigos. Pero no es así. Tú eres el árbol, alto y fuerte. Beneficias a la gente de todas partes. El santo, bajando del cielo, te ha juzgado.

Serás expulsado de entre los hombres y vivirás como un animal salvaje. Comerás hierba y dormirás bajo el rocío de la noche. Permanecerás así durante siete años, hasta que te des cuenta de que el Altísimo es el gobernante supremo de todos los reinos. Él los da a quien quiere.

«Sin embargo, el santo dijo que se dejara el tocón del árbol con sus raíces. Esto significa que tu reino te estará esperando una vez que reconozcas que el cielo gobierna.

«Este es mi consejo. Elimina el pecado de tu vida. Sé justo. Muestra misericordia. Quizás Dios te muestre misericordia».

Un año más tarde, Nabucodonosor caminaba por la azotea de su palacio en Babilonia. De repente, se detuvo y dijo: «¡Mirad esto! Es la gran Babilonia, y yo la he construido. Lo he hecho porque soy poderoso. ¡Este reino muestra mi gran gloria!».

Mientras aún decía estas palabras, una voz del cielo le dijo: «Rey Nabucodonosor, te voy a quitar este reino. La gente te expulsará y vivirás entre los animales. Pastarás hierba durante siete años. Permanecerás allí hasta que aprendas que el Altísimo tiene el control sobre todos los reinos. Él puede dárselos a quien él elija».

Al instante, el rey enloqueció. La gente finalmente lo expulsó del palacio y él se fue al campo. Comía hierba como alimento. Su cabello creció y sus uñas se volvieron como garras. El rocío lo cubría cada noche.

Al cabo de siete años, miró al cielo y recuperó la cordura. Dijo: «Alabo al Altísimo. Él vive para siempre y su reino no tiene fin. Hace lo que quiere y nadie puede detenerlo».

Dios envió a nobles y consejeros a buscarlo. Cuando vieron que había recuperado la cordura, lo reinstauraron en su antiguo cargo. Recuperó su reino, pero desde ese día siempre decía: «Alabo, exalto y glorifico al Rey del cielo. Sus obras son verdaderas y justas».

170 La escritura en la pared

Daniel 5 y 9

El rey Belsasar, nieto de Nabucodonosor, decidió celebrar un banquete con mil nobles babilonios. Mandó traer las copas de oro que el ejército babilónico había tomado del Templo de Dios en Jerusalén. Se usaban para beber en honor a sus numerosos dioses.

De repente... aparecieron los dedos de una mano humana cerca de una pared bien iluminada por lámparas. Mientras Belsasar observaba, los dedos comenzaron a escribir en la pared. Esto aterrorizó tanto al rey que temblaba de miedo.

Cuando la mano terminó de escribir, desapareció. Belsasar leyó las palabras en la pared, pero no sabía lo que significaban. Mandó llamar a sus consejeros y les dijo: «Si tú puedes interpretar lo que significan estas palabras, ¡te daré grandes riquezas y te nombraré tercer gobernante de Babilonia!».

Ellos miraron la escritura, pero no pudieron entender lo que significaba. Esto aterrorizó aún más a Belsasar.

La reina madre dijo: «No temas. Hay un consejero al que no has llamado. Se llama Daniel y es un hombre lleno del espíritu de los dioses santos. Tu abuelo siempre lo llamaba cuando tenía un problema que no podía resolver. Él te dirá lo que significa esto».

Belsasar llamó a Daniel y le dijo: «Sé que tienes el espíritu de los dioses en ti. Si puedes decirme qué significa esto, te daré grandes riquezas y te nombraré el tercer gobernante más importante de Babilonia».

Daniel no dudó. «Puedes quedarte con tus regalos y títulos. Leeré la escritura y te diré lo que significa.

El Dios Altísimo le dio a Nabucodonosor este imperio y lo convirtió en el hombre más poderoso de la tierra. Sin embargo, él se humilló ante Dios y reconoció que Él era el Señor de todo. Tú sabes esto, pero eres orgulloso y desafías al Señor Dios. Usaste las copas de oro del templo de Dios para alabar a dioses falsos. Te burlas del Dios que tiene tu vida en sus manos. Por lo tanto, Él te ha enviado este mensaje: NUMERADO, NUMERADO, PESA y DIVIDIDO.

«Esta es la interpretación:

NUMERADO: Dios ha numerado los días de tu reino. ¡Tu tiempo se ha acabado!

PESA: Fuiste pesado en una balanza para determinar tu valor. ¡Vales muy poco!

DIVIDIDO: Tu reino ya no es tuyo. Ha sido dividido entre los medos y los persas».

Inmediatamente, Belsasar llamó a sus siervos y les dijo que vistieran a Daniel con ropas finas y le pusieran joyas costosas alrededor del cuello. Proclamó a Daniel como el tercer gobernante más importante de Babilonia.

Esa misma noche, el ejército de los medos y los persas entró en la ciudad, mató a Belsasar y se apoderó del reino. Daniel se convirtió en un consejero respetado en la corte persa.

Años más tarde, Daniel estaba leyendo cómo Jeremías decía que la ciudad de Jerusalén estaría en ruinas durante setenta años. Daniel oró y le preguntó a Dios qué pasaría después de eso. Dios le envió un ángel para explicarle lo que sucedería.

El ángel dijo: «Se dará la orden de reconstruir Jerusalén. Esa orden dará comienzo a un período especial de 490 años para tu pueblo. Después de los primeros 483 años, vendrá el Mesías. Será asesinado y Jerusalén será destruida de nuevo. Los últimos siete años comenzarán cuando un gobernante malvado firme un acuerdo de paz de siete años con Israel».

Al decirle esto a Daniel, Dios le mostró a Israel lo que sucedería antes de establecer su reino en la tierra.

171 El Foso de los leones

Daniel 6

Cuando Darío ascendió al trono, nombró un funcionario para cada una de sus 120 provincias. Luego, seleccionó a tres administradores para supervisar a los 120 funcionarios.

Daniel era uno de los tres administradores, y era el más capaz. El rey estaba a punto de darle autoridad sobre todo el reino.

Los funcionarios y los otros dos administradores no querían que esto sucediera. Decidieron hacer quedar mal a Daniel ante el rey. Buscaron alguna falla en su vida o algún tipo de corrupción en su trabajo para el gobierno. No pudieron encontrar nada. Finalmente, dijeron: «Solo hay una manera de hacerlo. Debemos encontrar algo en las leyes de su Dios».

Finalmente lo encontraron, así que idearon un plan. Fueron al rey y le dijeron: «Oh, rey Darío, vive para siempre. Los funcionarios y administradores han acordado una manera de honrarte. Con tu permiso, queremos que todos te adoren durante 30 días. Elaboraremos una ley que diga que nadie puede adorar a ningún otro dios durante ese tiempo. Queremos que la firmes como una ley de los medos y los persas que no se puede cambiar. Si alguien desobedece esta ley, será arrojado al foso de los leones». Darío estaba complacido con este honor, así que firmó la ley.

Daniel se enteró de esto después de que se hizo. Aun así, continuó con su rutina habitual de adoración. Tres veces al día, entraba en su casa y abría las ventanas superiores que daban a Jerusalén. Allí, se arrodillaba y oraba, dando gracias a Dios. Era exactamente lo que los hombres sabían que haría. Fueron al rey y le preguntaron: "¿Es cierto que firmaste una ley que decía que durante 30 días nadie podía adorar a otro dios aparte de ti? ¿Y no decía que quien la violara sería arrojado al foso de los leones?".

Él respondió: "Por supuesto. La convertí en una ley de los medos y los persas, que no se puede cambiar".

"Oh, rey, nos entristece informarle que Daniel, un exiliado judío, está quebrantando esa ley. Se inclina y adora a su Dios tres veces al día".

Darío estaba conmocionado. Sabía que tenía que encontrar la manera de rescatar a Daniel. Trabajó en ello todo el día. Finalmente, los hombres llegaron y le dijeron: "Ustedes saben que la ley de los medos y los persas no se puede cambiar".

Así que el rey dio la orden de ir a buscar a Daniel. El rey le habló justo antes de que lo arrojaran al foso: "Oh, que el Dios a quien sirves te libre de estos leones".

Bajaron a Daniel al foso y luego colocaron una piedra sobre la abertura. El rey puso su sello para que nadie pudiera interferir en este juicio. Regresó a su palacio y canceló la velada. Se negó a comer y no pudo dormir en toda la noche.

Cuando finalmente amaneció, corrió de vuelta al foso de los leones. Una vez que quitaron la piedra, gritó: «Oh Daniel, siervo del Dios viviente. ¿Pudo tu Dios rescatarte de los leones?»

Daniel respondió: «Mi rey, Dios envió a su ángel, quien cerró las bocas de estos leones. No he sufrido ningún daño. Dios sabe que soy inocente. Su Majestad, no le he hecho ningún mal».

El rey dio la orden de sacar a Daniel del foso. Darío entonces les dijo a los guardias: «Vayan por esos hombres que conspiraron contra Daniel. Traigan a sus esposas e hijos. Arrójenlos a todos al foso de los leones».

Todos los hombres y sus familias fueron llevados y empujados al foso de los leones. Los leones los esperaban abajo y los despedazaron antes de que llegaran al suelo. El rey Darío envió un decreto por todo su reino. Decía: «Todos teman al Dios de Daniel, porque él es el Dios viviente. Su reino durará para siempre. Él puede rescatar a quienes le sirven».

172 Reconstrucción del Templo

2 Crónicas 36:21-23, Esdras 1 –6

Hageo 1 – 2

Jeremías había dicho que Judá estaría en cautiverio durante 70 años. Al final de ese tiempo, el rey de Persia dijo: «El Señor me ha dicho que envíe a su pueblo de regreso a Jerusalén para reconstruir su templo. Por lo tanto, son libres de ir y construir la casa de Dios».

El rey dio oro y plata para el proyecto, y devolvió los utensilios del templo que se habían llevado cuando Jerusalén fue destruida. Donó dinero para comprar cedro del Líbano para revestir el interior del templo.

Incluso proporcionó ganado para que el pueblo pudiera ofrecer sacrificios a Dios. El Señor conmovió los corazones de su pueblo. Muchos aceptaron el reto de volver a Judá para hacer la obra de Dios. Algunos, que no podían ir ellos mismos, dieron dinero y provisiones.

Cuando el pueblo llegó, ofrecieron sacrificios a Dios en el lugar del templo. El pueblo gritó de alegría y luego comenzó a construir el templo.

Los habitantes de la zona estaban molestos porque los judíos habían regresado. Intentaron detener el proyecto, pero nada funcionó. Finalmente, un nuevo rey gobernó Persia. Le enviaron un mensaje y le dieron una versión sesgada de las noticias sobre el nuevo templo. Lo convencieron de que detuviera la construcción.

Los constructores judíos no tuvieron más remedio que detenerse y esperar a que la situación cambiara. Esto les dio la oportunidad de construir sus propias casas. En poco tiempo, una familia tras otra tenía paneles de cedro en sus hogares. ¡Al final, las reservas de cedro del Líbano se agotaron! Sabían que no se podían reemplazar. Así que, cada vez que alguien hablaba de construir el templo, la gente decía: «No es un buen momento para construir».

El profeta Hageo dijo al pueblo: «¡Tengo un mensaje del Señor! ¡Considerad vuestros caminos! Decís que no es momento de construir la casa de Dios. Sin embargo, vivís en casas con paneles mientras mi casa yace en ruinas. ¡Considerad vuestros caminos!».

Hageo les dijo que Dios había quitado su bendición de sus vidas. «Tú siembras una gran cantidad de grano, pero cosechas muy poco. Tú comes, pero sigues teniendo hambre. Tú bebes, pero sigues teniendo sed. Tú vistes ropa, pero no te abriga. Tú ganas dinero y lo guardas en bolsas, sin saber que las bolsas tienen agujeros. ¡Considera tus caminos!».

El pueblo escuchó, pero sabía que no había cedro para terminar el templo. Hageo dijo: «Dios dice que vayan a las colinas, consigan madera común y la usen en el templo. Él dice que se complacerá con lo que construyan y que será glorificado». Así que el pueblo obedeció, fue a las colinas y consiguió madera para reemplazar el cedro que faltaba. Luego hicieron los preparativos para reiniciar el proyecto.

Con el tiempo, otro rey llegó al poder en Persia. Este dio la orden: «¡Cualquiera que se oponga a la construcción del templo será condenado a muerte!». Con este decreto, a las personas que vivían alrededor de Jerusalén no se les permitió obstaculizar la construcción del templo. En cambio, se les ordenó que proporcionaran suministros para su finalización.

El pueblo trabajó con entusiasmo. Hageo vino con otro mensaje del Señor: «¡Me complace que me obedezcáis! Mirad, yo os proveo. No habéis sembrado vuestra semilla, vuestras vides aún no han dado uvas y vuestros árboles no han florecido. Sin embargo, estáis cosechando mis bendiciones y provisiones».

La mayoría de la gente se alegró al ver que el edificio estaba casi terminado, pero algunos de los ancianos dijeron: «Recordamos el templo de Salomón.

¡Era hermoso! Este templo es pequeño y no es nada hermoso». Los constructores se desanimaron.

Hageo trajo otro mensaje de Dios. «¿Quién recuerda el templo construido por Salomón? ¿Cómo se compara este? No se desanimen. La gloria de este templo será mayor de lo que podéis imaginar. Voy a sacudir a las naciones y el mundo entero se centrará en este mismo lugar. El «Deseado de todas las naciones» vendrá y llenaré este templo de gloria. Sed fuertes y mantened vuestros ojos centrados en la obra presente. Estoy con vosotros, como siempre lo he estado».

Así que el pueblo se animó... y trabajó... y terminó el templo.

173 Esdras

Esdras 7 – 10

Esdras era un experto en las leyes de Dios. Por lo tanto, se decidió que debía ir al nuevo templo de Jerusalén y enseñar al pueblo.

El rey de Persia le entregó cartas que le autorizaban a él y a sus ayudantes a ir a Jerusalén. El rey envió también una gran cantidad de oro y plata.

Esdras también fue autorizado para nombrar jueces que conocieran las leyes de Dios. Se le dijo que el reino de Persia castigaría a cualquiera que desobedeciera esas leyes.

Algunos hombres se ofrecieron voluntarios para ir con Esdras y trasladar a sus familias a Judá. De repente se dieron cuenta de que no había levitas en el grupo. Entonces Esdras hizo un llamamiento y varios levitas se ofrecieron voluntarios para ir.

Todos sabían que ir de Persia a Jerusalén era un viaje peligroso. Tenían familias, sus posesiones y una gran cantidad de oro y plata. Sin embargo, no tenían soldados que los protegieran. Esdras no pidió al rey guardias armados porque había dicho: «Dios es nuestro protector. Su mano poderosa está sobre las personas que le sirven».

Así que el grupo oró y ayunó, pidiendo a Dios su protección. Emprendieron el viaje y Dios los protegió durante el trayecto. Nadie intentó tenderles una emboscada por el camino.
Llegaron sanos y salvos a Jerusalén y llevaron todo el oro y la plata al templo.

Varios líderes acudieron a Esdras mientras preparaba sus instrucciones sobre las leyes de Dios. Le dijeron: «Muchos de los nuestros no se han separado de los no judíos que viven en la zona. Se han casado con sus mujeres, y estas esposas han traído consigo sus costumbres paganas».

Esdras se sorprendió al oír esto. Rasgó sus vestiduras, fue al templo, se arrodilló y extendió sus manos hacia el Señor. Oró: «Oh Dios. Lo estamos haciendo de nuevo, igual que nuestros antepasados. Tú los enviaste al cautiverio porque tomaron esposas extranjeras y comenzaron a adorar ídolos.

Ahora nos has dado un breve momento, permitiéndonos regresar aquí. ¿Y qué hemos hecho? Nos hemos casado con esposas extranjeras. Oh, Dios, no somos dignos de tu bendición. Tienes derecho a destruir totalmente a este pequeño grupo de personas que vive aquí».

Esdras siguió llorando, orando y confesando sus pecados. Mientras lo hacía, la gente se acercó, se sentó y oró con él. Cada vez se acercaban más personas, hasta que se formó una gran multitud a su alrededor. Todos lloraban y confesaban sus pecados.

Finalmente, el pueblo dijo: «Sabemos que hemos hecho mal, pero aún hay esperanza. Haremos una promesa ante Dios. Mandaremos lejos a nuestras esposas extranjeras y a sus hijos. Pero tú debes ayudarnos si queremos hacer esto correctamente. ¡Levántate! ¡Actúa! Muéstranos lo que debemos hacer y lo haremos».

Así que Esdras accedió a supervisar esto y asegurarse de que se hiciera correctamente. Todo el pueblo mandó lejos a sus esposas extranjeras y se apartó de los ídolos. Entonces se comprometieron totalmente con el Señor.

174 Reconstrucción de los muros

Nehemías 1 – 13

Nehemías era un judío que servía al rey de Persia. Un día recibió la noticia de que el pueblo de Judá estaba sufriendo. Se sorprendió al saber que los muros de Jerusalén estaban en ruinas. Comenzó a llorar y estuvo deprimido durante días. Oró y le pidió a Dios que ayudara a su pueblo.

El rey vio que estaba triste, así que Nehemías le contó la situación en Jerusalén. El rey dijo: «¿Cómo puedo ayudar?».

«Por favor, envíame a Jerusalén y dame permiso para reconstruir los muros».

«Ve. Te daré cartas para que viajes seguro».

Cuando llegó a Jerusalén, no le dijo a la gente por qué había venido. En cambio, pasó tres días observando la situación. Finalmente, reunió a los líderes y les explicó que el rey de Persia le había dado permiso para reconstruir los muros de la ciudad. Dijo: «No podemos seguir viviendo con esta vergüenza. ¡Es hora de reconstruir los muros!».

Los líderes estuvieron de acuerdo y se comprometieron con el proyecto. Se decidió que cada líder elegiría una sección del muro como su responsabilidad personal. Inmediatamente organizaron a sus familias para comenzar a construir.

Los no judíos de la zona se sorprendieron al ver lo que estaba sucediendo.

Se rieron y contaron chistes. «Esta gente es demasiado débil para reconstruir su ciudad. ¡Ja! Ya me lo imagino. Construyen una sección de la muralla y se derrumba cuando un pequeño zorro salta sobre ella».

Aun así, los constructores estaban decididos y trabajaban más rápido. Pronto la muralla estaba a medio construir y comenzaron a unir las distintas secciones. Esto enfureció a sus enemigos. Se dieron cuenta de que tenían que detener esta construcción. Amenazaron con acercarse sigilosamente y matar a los trabajadores. Dijeron: «¡Haremos lo que sea necesario para detener este muro!».

El miedo se apoderó de los corazones de los constructores, por lo que colocaron guardias para vigilar día y noche.

Nehemías dijo: «No temáis. Dios es más fuerte que vuestros enemigos. ¡Preparaos para luchar! Luchad por vuestros hermanos judíos. Luchad por vuestros hijos e hijas. Luchad por vuestras esposas y vuestros hogares».

Los trabajadores establecieron un sistema de alerta en caso de que se produjera un ataque en cualquier sección del muro. Los hombres estaban preparados para acudir rápidamente a esa zona y luchar.

Todos trabajaron juntos y pronto se terminaron los muros, excepto las puertas. El enemigo decidió que su única esperanza de detener el proyecto era matar a Nehemías. Para ello, tenían que sacarlo de la ciudad. Así que le enviaron un mensaje pidiéndole que se reuniera con ellos en un pueblo cercano.

Nehemías dijo: «Estoy haciendo una gran obra aquí. ¿Por qué debería detenerla para que podamos hablar?».

Le rogaron que se reuniera con ellos. Finalmente, le enviaron un mensaje: «La gente dice que estás construyendo el muro para rebelarte contra el imperio y convertirte en rey. A menos que te reúnas con nosotros, le contaremos al rey de Persia sobre tu rebelión».

Nehemías ignoró sus amenazas y siguió trabajando hasta que terminaron el muro y las puertas. Solo tardaron cincuenta y dos días en completar el proyecto. Por fin, la ciudad estaba protegida.

Esdras se puso delante del pueblo y leyó la Ley de Moisés. Adoraron a Dios por habérsela dado. Luego empezaron a llorar cuando escucharon el significado de la ley. Se dieron cuenta de que no la habían obedecido.

Nehemías y Esdras dijeron: «No lloréis. Este día es santo para el Señor vuestro Dios. Comed, bebed y celebrad lo que Dios ha hecho. ¡El gozo del Señor es vuestra fuerza!».

El pueblo se dedicó a seguir los mandamientos de Dios. Los judíos que vivían en las ciudades vecinas decidieron que una de cada diez familias se trasladaría a la ciudad. Dios había hecho grandes cosas por Israel, ¡e incluso sus enemigos estaban asombrados!

175 Ester se convierte en reina

Ester 1 – 5:8

Un día, la reina de Persia avergonzó al rey delante de los señores de la corte. Todos estuvieron de acuerdo en que el rey debía sustituirla. Así que se dio una orden para que todas las vírgenes hermosas acudieran al palacio. De entre ellas, el rey elegiría a una nueva reina.

Ester era una joven hermosa que había sido criada por su primo mayor, Mardoqueo. Acudió al palacio por su belleza y virtud. Pero... su primo le dijo que no le dijera a nadie que era judía.

Con el tiempo, fue elegida para ser la nueva reina. Poco después, ocurrieron dos acontecimientos casi al mismo tiempo. El primero fue que Mardoqueo se enteró de un complot para matar al rey. Lo denunció y el complot fue frustrado. Su buena acción quedó registrada en los archivos oficiales.

El segundo acontecimiento fue que un hombre llamado Amán fue nombrado el funcionario de más alto rango del gobierno. A partir de entonces, la gente se inclinaba cuando él pasaba, todos excepto Mardoqueo.

Cuando Amán vio esto, se enfadó y quiso matar a Mardoqueo. Pero quería más que eso: quería destruir por completo a los judíos.

Así que fue al rey y le dijo: «Hay personas en el imperio que son diferentes a todos los demás. No obedecen tus leyes porque tienen las suyas propias. No es bueno dejarlos vivir. Permíteme servirte organizando su destrucción. Sería un honor para mí pagar personalmente el costo de hacerlo».

El rey se alegró de la disposición de Amán a servir al reino, por lo que le dio autoridad para destruir al pueblo judío. Amán fijó una fecha y luego envió un edicto. Decía que todos los judíos debían ser asesinados en esa fecha. Esto incluiría a hombres, mujeres y niños. Sus posesiones serían entregadas a quienes los mataran.

Una vez que el edicto fue traducido a muchos idiomas, se envió a todas las naciones del imperio. El miedo y el pánico se apoderaron de todos los judíos de la tierra.

Ester estaba en el palacio y no sabía nada de este decreto. Pronto se enteró de que Mardoqueo estaba de luto en un lugar público. Envió a un sirviente para preguntarle qué le pasaba. Mardoqueo le contó todo al sirviente y le dio una copia del decreto. Le dijo: «Dile a la reina que debe hablar con el rey y rogarle que tenga misericordia de su pueblo».

Ella le envió un mensaje de vuelta: «Nadie puede presentarse ante el rey sin una invitación. Los que lo hacen son condenados a muerte, a menos que él les muestre el cetro de oro. Han pasado treinta días desde la última vez que me mandó llamar».

Mardoqueo le envió un mensaje: «No creas que escaparás solo porque vives en el palacio. Escucha, si no ayudas, tu pueblo será liberado por otros medios. Aun así, ¡morirás! Creo que fuiste traída al reino para un momento como este».

Ella le envió una nota: «Dile a nuestro pueblo que ayune durante tres días. No deben comer ni beber nada. Mis sirvientes y yo haremos lo mismo. Luego iré y me presentaré ante el rey, aunque sea contra la ley. Si muero, muero».

Después de tres días, Ester se puso sus ropas reales y se paró en el patio interior para que el rey pudiera verla desde su trono. Cuando él levantó la vista, se alegró de verla e inmediatamente señaló el cetro de oro hacia ella. Ella se acercó y tocó la punta del cetro.

Él dijo: «Dime lo que quieres y te lo daré».

Ella dijo: «Si te place, quiero que tú y Amán vengan a un banquete que he preparado».

«¡Hecho!», dijo el rey. «Guardia, corre a buscar a Amán y tráelo aquí. Vamos al banquete de la reina Ester».

Continúa en la siguiente historia

176 Ester salva a su pueblo

Ester 5:9 – 10:3

Continuación de la historia anterior

El rey y Amán asistieron al banquete de la reina Ester. Después, el rey dijo: «Ahora dime cuál es tu petición para que yo te la conceda».

«Oh, rey, si es verdad que quieres concederme mi petición, por favor, trae a Amán y ven a otro banquete mañana. Entonces te diré cuál es mi petición».

Amán se marchó orgulloso de la corte ese día. ¡Había sido invitado al banquete de la reina dos días seguidos! De repente, su alegría se convirtió en ira cuando se dio cuenta de que Mardoqueo, una vez más, no se inclinaba ante él. Esa noche estaba con unos amigos y les contó cómo ese judío había arruinado su alegría.

Ellos le dijeron: «Construye una horca de 23 metros. Ve al rey temprano por la mañana y pídele que ordene la muerte de Mardoqueo. Cuélgalo en la horca de inmediato para que puedas disfrutar del banquete de la reina». Amán mandó llamar a un sirviente y ordenó que construyeran la horca.

El rey no pudo dormir esa noche. Así que mandó llamar a alguien a su dormitorio para que le leyera los registros oficiales. El sirviente leyó cómo Mardoqueo había salvado la vida del rey al revelar un complot para matarlo. El rey dijo: «¿Cómo fue recompensado este hombre?».

El sirviente volvió a mirar los registros y dijo: «No lo fue, mi rey».

«¿No se hizo nada para recompensar a este hombre? Ve a la corte y mira si hay alguien allí».

El sirviente encontró a Amán esperando para ver al rey. El rey dijo: «Tráelo». Antes de que Amán pudiera hablar, el rey dijo: «¿Qué debo hacer por un hombre al que quiero honrar de manera especial?».

Amán inmediatamente pensó en sí mismo. Dijo: «Oh, mi rey. Tú deberías honrar a este hombre poniéndole tu manto real y tu corona. Ponlo en tu caballo y haz que tu funcionario más noble lo lleve por las calles gritando: «¡Esto es lo que el rey hace por un hombre al que quiere honrar!»».

El rey quedó complacido. «Excelente. Ve a buscar a Mardoqueo y haz todo lo que has dicho. Ten cuidado de no omitir nada».

Amán se quedó allí en estado de shock, pero tuvo que cumplir todo lo que le había sugerido al rey. Le puso la túnica real y la corona a Mardoqueo, lo subió al caballo real y lo llevó por la ciudad gritando: «Esto es lo que hace el rey por un hombre al que quiere honrar».

Cuando todo terminó, Amán se fue a casa humillado, pero la convocatoria al banquete de la reina lo estaba esperando. Así que tuvo que apresurarse para llegar allí.

Después de comer, el rey le preguntó a Ester: «Dime lo que quieres para que te lo conceda».

«Oh, rey, si te place conceder mi petición, perdona mi vida y la vida de mi pueblo. Un hombre ha conspirado para destruir a toda mi raza».

El rey se sorprendió: «¿Quién es este hombre y dónde está?».

Ester señaló a Amán. «Nuestro enemigo es este hombre malvado».

Amán estaba aterrorizado. Ni siquiera podía hablar. El rey lo miró y se enfadó. Se levantó y se fue al jardín para poder pensar.

Amán corrió y se postró junto a Ester para suplicarle que le perdonara la vida. El rey volvió a entrar en la sala y vio a Amán postrado junto a la reina. Dijo: «¿Vas a violar a la reina delante de mí?».

Tan pronto como dijo esto, los sirvientes se apresuraron a cubrir la cabeza de Amán con una capucha. Uno de ellos se volvió hacia el rey. «Amán ha construido una horca para ahorcar al hombre que te salvó la vida».

Esto enfureció aún más al rey. Señaló a Amán y dijo: «¡Cuélguenlo en ella!».

Amán fue llevado inmediatamente y colgado en la horca que él mismo había construido. Después de esto, el rey lo sustituyó por Mardoqueo.

Así, el pueblo judío se salvó del desastre que Amán había planeado para ellos, y Mardoqueo se convirtió en el funcionario de más alto rango del gobierno.

177 Los anuncios de Gabriel

Lucas 1:5-80

Zacarías era un sacerdote que seguía a Dios. Él y su esposa Elisabet no tenían hijos y ya habían pasado la edad de tenerlos.

Un día, Zacarías fue elegido para ir al templo y quemar incienso en el altar. La gente esperaba fuera orando. De repente, un ángel se le apareció al sacerdote y le dijo: «Zacarías, tus oraciones han sido escuchadas. Elisabet dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Juan.
Será una alegría para tu corazón. Será grande ante el Señor y preparará el camino para el Mesías».

Zacarías se asustó y dijo: «¿Cómo es posible? Somos demasiado viejos para tener hijos».

El ángel dijo: «Mi nombre es Gabriel y estoy en presencia de Dios. Él me envió para darte esta buena noticia, y tú no me crees. Por lo tanto, no podrás hablar hasta que se cumpla lo que te he dicho».

La gente que estaba fuera se preguntaba por qué tardaba tanto el sacerdote. Después de que el ángel se marchara, Zacarías salió y se puso delante de ellos. Intentó decir algo, pero se dio cuenta de que no podía hablar. Así que la gente supo que había tenido una visión.

El sacerdote se fue a casa y pronto Elisabet quedó embarazada. Llena de alegría, se aisló.

Cuando llevaba seis meses de embarazo, ese mismo ángel fue a una ciudad llamada Nazaret. Se le apareció a una joven llamada María. Ella estaba comprometida para casarse con un hombre llamado José. Ambos eran descendientes de David.

Gabriel le dijo: «María, eres bendita por Dios». La joven se asustó y no supo qué decir.

El ángel le dijo: «No temas. Has hallado gracia ante Dios. Darás a luz un hijo y le llamarás Jesús. Él será grande y su reino no tendrá fin».

María dijo: «¿Cómo puede ser esto, si soy virgen?».

«Concebirás cuando el Espíritu Santo se pose sobre ti. Por lo tanto, ¡el niño será llamado Hijo de Dios! María, todo es posible para Dios. Incluso tu prima Isabel está a punto de tener un bebé a su avanzada edad».

Con eso, María inclinó la cabeza y dijo: «Soy la sierva del Señor. Que suceda tal como tú has dicho».

Después de que el ángel se fue, María fue a visitar a su prima. Tan pronto como Elisabet oyó su voz, su bebé saltó dentro de ella y se llenó del Espíritu Santo. Ella dijo: «Oh, María, eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿Cómo soy digna de que la madre de mi Señor me visite?».

María se quedó con esta sabia anciana durante tres meses, aprendiendo de ella y recibiendo ánimos. Después, regresó a casa para enfrentarse a su familia.

Después de que María se marchara, Elisabet dio a luz a un niño. Los vecinos y la familia acudieron a alegrarse con la pareja de ancianos. Dijeron: «Llamaremos al niño Zacarías, como su padre».

Elisabet dijo: «¡No! Su nombre es Juan».

«¡Juan! No hay nadie en tu familia que se llame Juan. Hablaremos con Zacarías sobre esto». El sacerdote escribió en una tablilla: «¡Su nombre es Juan!».

Inmediatamente pudo hablar. «Oh, bendito sea el Señor. Él está enviando al Prometido, que nos llevará de vuelta a Dios».

Cogió a su hijo en brazos. «Serás un profeta de Dios y prepararás el camino para el Mesías. Él nos traerá la salvación y el perdón de los pecados. Él nos traerá la paz».

178 El nacimiento de Jesús

Mateo 1:18-25, Lucas2:1-38

José se enteró de que María estaba embarazada poco después de que ella regresara a casa tras visitar a Elisabet. Él sabía que no era el padre. Sin embargo, como era un hombre justo, no quería hacerla pasar por una vergüenza pública. No, decidió simplemente romper el compromiso y despedirla discretamente.

Estaba sumido en sus pensamientos cuando un ángel se le apareció en sueños. «José, no temas tomar a María como esposa. El niño que lleva en su vientre es del Espíritu Santo. Cuando nazca, le pondrás por nombre Jesús. Él es el Salvador. Él salvará a su pueblo de sus pecados». José no dudó. Inmediatamente tomó a María por esposa, pero no tuvo relaciones con ella hasta después de que naciera el niño.

Vivían en Nazaret, que estaba en la parte norte de Israel. Sin embargo, las Escrituras decían que el Mesías nacería en Belén, que está cerca de Jerusalén. En aquella época, el imperio romano envió una orden que exigía a todos registrarse en la ciudad de sus antepasados. Por lo tanto, José y su esposa tuvieron que ir a Belén.

Poco después de llegar allí, llegó el momento de que María diera a luz a su hijo. Tan pronto como nació el bebé, lo envolvió en tiras de tela y lo acostó en un pesebre porque no había sitio en la zona de descanso. El Mesías había nacido.

Esa misma noche, unos pastores vigilaban su rebaño en un campo cercano. De repente, un ángel se les apareció y el lugar se llenó de la gloria del Señor. Los pastores se asustaron mucho, pero el ángel les dijo: «No temáis. ¡Os traigo una gran noticia!».

Luego señaló hacia la ciudad cercana. «Esta noche, el Salvador ha nacido en Belén. Él es el Mesías. Id allí y buscad a un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre».

De repente, toda la zona se llenó de ángeles que alababan a Dios y decían: «¡Gloria a Dios en las alturas! Paz y buena voluntad en la tierra». Luego, desaparecieron.

Los pastores hicieron inmediatamente lo que se les había dicho. Fueron a Belén y encontraron a María, José y al bebé, tal como había dicho el ángel. Les contaron lo que había sucedido esa noche y todos se quedaron asombrados. Después, regresaron al campo, alabando a Dios por lo que habían visto.

Cuarenta y un días después, llegó el momento en que José y María llevaran a Jesús al templo y ofrecieran un sacrificio al Señor. Así que los tres fueron a Jerusalén.

En el templo había un hombre llamado Simeón. Dios le había dicho que no moriría hasta que hubiera visto al Prometido. El Espíritu de Dios le había impulsado a ir al templo ese día. Vio a José y a María y les pidió que le dejaran sostener al bebé. Mirando el rostro de Jesús, dijo: «¡Oh, alabado sea Dios!». Mirando hacia el cielo, dijo: «Señor, ahora puedes dejarme morir. Mis ojos han visto tu salvación».

Una mujer llamada Ana se acercó a ellos. Tenía 84 años y había servido a Dios en el templo desde que su marido murió tras siete años de matrimonio. Pidió ver al niño. Después, dijo a todos: «¡El Prometido ha llegado! ¡El Prometido ha llegado!».

José llevó entonces a su pequeña familia de vuelta a su casa en Belén.

179 Regalos para el Rey

Mateo 2

Cuando Jesús aún era un niño pequeño, llegaron unos hombres procedentes del este. Sus investigaciones revelaron que un día vendría a Israel un redentor real. Estudiaron las estrellas y vieron señales que indicaban que ese rey finalmente había nacido.

Fueron a Jerusalén y hablaron con Herodes, el rey nombrado por los romanos para gobernar Israel. Le dijeron: «¿Dónde está el niño que ha nacido rey de los judíos? Hemos visto su estrella y hemos venido a adorarlo».

Herodes era malvado y cruel. Se enfadó cuando oyó la noticia de que había nacido otro rey en su territorio. Aun así, se controló y les dijo a los hombres que investigaría el asunto. Llamó a los sacerdotes y maestros y les preguntó: «¿Dónde dice vuestra Escritura que nacerá el Mesías?».

Ellos respondieron rápidamente: «Nacerá en Belén».

Herodes volvió con sus visitantes y les pidió que le contaran más sobre las señales celestiales y cuándo exactamente había aparecido por primera vez la estrella real. Luego les dijo: «Id a Belén. Cuando hayáis encontrado al niño, informadme. Me gustaría ir... eh... a adorarlo también».

Los hombres recorrieron los pocos kilómetros que separaban Belén y se dirigieron directamente a la casa donde vivían José, María y el niño. Se postraron ante Jesús y lo adoraron. Le ofrecieron regalos de oro, incienso y mirra.

Dios advirtió a estos hombres que no debían volver con Herodes, por lo que evitaron Jerusalén y regresaron a casa por otro camino. Esa noche, un ángel se le apareció a José. «¡Levántate! Herodes enviará soldados para matar al niño. Ve a Egipto y quédate allí hasta que yo te diga que regreses». Así que José se levantó en la noche y llevó a su familia a Egipto.

Herodes se enojó cuando se dio cuenta de que los hombres del este le habían desobedecido. Envió soldados a Belén y mandó matar a todos los niños menores de dos años.

Con el tiempo, Herodes murió, y el ángel le dijo a José que era seguro regresar a Israel. Aun así, decidió trasladar su familia a Nazaret en lugar de volver a Belén.

Jesús creció y se hizo fuerte. Estaba lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba sobre él.

180 Doce años

Lucas 2:40-52

Cuando Jesús tenía doce años, José y María lo llevaron a Jerusalén para celebrar la Pascua. Cuando llegó el momento de regresar a casa, Jesús se quedó en el templo, sin que sus padres lo supieran. Viajaron todo un día, pensando que él estaba entre la multitud.

Esa noche se dieron cuenta de que faltaba. Regresaron a Jerusalén y lo buscaron durante tres días. Finalmente lo encontraron en el patio del templo, sentado entre los maestros. Los escuchaba y les hacía preguntas. Todos los que lo oían se maravillaban de su inteligencia y de su capacidad para responder preguntas.

Su madre corrió hacia él y le dijo: «Hijo, ¿cómo has podido hacernos esto? Te hemos estado buscando».

Él respondió: «¿Por qué no me buscaban aquí, en la casa de mi Padre, ocupándome de sus asuntos?». Ellos no entendieron lo que quería decir.

Jesús regresó a Nazaret y vivió sometido a sus padres. Creció, maduró y fue respetado por todos los que lo conocían. La bendición de Dios estaba sobre su vida.

181 El bautismo y la tentación

Mateo 3:1 – 4:11, Marcos1:9-13
Lucas 3:21 – 4:13, Juan1:19-34

Cuando Juan se hizo hombre, Dios lo llevó al desierto. Vestía ropa hecha de pelo de camello y comía langostas y miel silvestre. Predicaba que las personas debían arrepentirse de sus pecados y abandonar sus malas acciones. Les decía: «No confíen en ser hijos de Abraham. Dios puede hacer hijos de Abraham a partir de las piedras». Luego bautizaba a aquellos que querían vivir para Dios.

Algunos líderes religiosos le preguntaron: «¿Eres tú el Mesías?».

Él respondió: «No, yo no soy el Cristo. He sido enviado para preparar el camino para él. Él vendrá después de mí. Ni siquiera soy digno de desatar sus sandalias».

Al día siguiente, Juan estaba bautizando en el río Jordán, cuando vio a Jesús que venía hacia él. Juan gritó a la multitud: «¡He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo! Este es el Hijo de Dios».

Jesús se metió en el agua y le pidió a Juan que lo bautizara. Juan dijo: «No, yo debería ser bautizado por ti».

Jesús dijo: «Déjalo así. Es la voluntad de Dios».

Así que Juan bautizó a Jesús delante de todo el pueblo. Cuando salió del agua, el cielo se abrió de repente y el Espíritu de Dios, como una paloma, descendió sobre él. Entonces una voz dijo: «¡Tú eres mi Hijo! Estoy complacido contigo».

Después del bautismo, el Espíritu de Dios llevó a Jesús al desierto para ser tentado por el diablo. Ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches. Después de eso, el hambre se apoderó de todo su cuerpo.

De repente, el tentador estaba a su lado: «Si eres el Hijo de Dios, convierte estas piedras en pan para que puedas comer».

Jesús dijo: «La Palabra de Dios dice: «No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios»».

El diablo lo llevó a Jerusalén, al punto más alto del muro del templo. Jesús miró hacia abajo, a las rocas que se encontraban muy por debajo. El diablo dijo: «Si eres el Hijo de Dios, tírate desde este muro. La Palabra de Dios dice que hay ángeles que te cuidan. Ellos evitarán que te golpees contra las rocas de abajo. Ni siquiera te lastimarás un dedo del pie».

Jesús respondió: «Sí, pero la palabra de Dios también dice: “¡No tentarás a Dios ni lo pondrás a prueba!”».

Entonces el diablo llevó a Jesús a una montaña muy alta. Hizo que los reinos de la tierra, con toda su gloria, aparecieran ante ellos. Se volvió hacia Jesús y le dijo: «Te daré todo lo que ves. Solo tienes que postrarte y adorarme».

Jesús se volvió y lo miró. «¡Vete, Satanás! La Palabra de Dios dice: “Él es el único que debe ser adorado. Dios es el único al que hay que servir”».

Con eso, el diablo lo dejó. Pronto vinieron ángeles a Jesús y atendieron sus necesidades

182 El agua se convierte en vino

Juan 1:35 – 2:11

Un día, Juan vio pasar a Jesús. Se volvió hacia sus discípulos y les dijo: «Mirad, ahí está el Cordero de Dios». Dos de los discípulos de Juan empezaron inmediatamente a seguir a Jesús y pasaron todo el día con él. Uno de ellos era un hombre llamado Andrés. Fue a ver a su hermano y le dijo: «Simón, ¡hemos encontrado al Mesías!».

Su hermano sintió curiosidad, así que fue a verlo por sí mismo. En cuanto Jesús lo vio, le dijo: «Tu nombre es Simón, pero a partir de ahora te llamarás Pedro».

Al día siguiente, Jesús encontró a un hombre llamado Felipe y le dijo: «¡Sígueme!».

Felipe fue y encontró a su amigo Natanael. «Hemos encontrado a aquel de quien hablaron Moisés y todos los profetas. Se llama Jesús y es de Nazaret».

Natanael se sorprendió. «¡Nazaret! ¿Puede salir algo bueno de Nazaret?».

«Ven y compruébalo por ti mismo».

Cuando Jesús vio venir a Natanael, dijo: «Aquí viene un verdadero israelita, un hombre honesto, sin fingimiento».

Natanael se sorprendió de nuevo. «¿Cómo me conoces?».

«Ah, te vi antes de que Felipe te hablara, cuando aún estabas debajo de la higuera».

Por tercera vez, Natanael se sorprendió. Entonces dijo: «Tú eres el Hijo de Dios, el verdadero Rey de Israel».

Jesús dijo: «Natanael, tú crees porque te dije que te vi debajo de la higuera. ¡Vas a ver cosas más grandes que estas!».

Fue durante este tiempo que Jesús y sus discípulos fueron invitados a unirse a su madre y asistir a una boda en Caná. Más tarde ese mismo día, María se acercó a Jesús y le dijo: «Se han quedado sin vino».

Él la miró y le dijo: «¿Por qué me traes esta situación? Sabes que aún no ha llegado mi hora».

Ella se volvió hacia los sirvientes. «Hagan lo que él les diga».

Ellos lo miraron esperando sus instrucciones. Él vio seis grandes tinajas de piedra cerca. Cada una podía contener unos 75 litros de agua.

Les dijo a los sirvientes: «Llenen esas tinajas con agua».

Rápidamente llenaron las seis tinajas con agua, hasta el borde. Una vez hecho esto, miraron a Jesús. Él les dijo: «Ahora saquen un poco y llévenlo al encargado de la fiesta».

Los sirvientes hicieron lo que se les dijo. El encargado de la fiesta no sabía de dónde había salido ese vino, así que lo probó. Para su sorpresa, ¡era mejor que cualquiera de los que habían servido ese día! Se acercó al novio y le dijo: «¿Dónde has estado escondiendo esto? Normalmente, el mejor vino se sirve al comienzo de la fiesta. Luego, a medida que avanza el día, se sirve el de menor calidad. Tú has guardado lo mejor hasta ahora».

Este fue el primer milagro que realizó Jesús.

183 Nuevo nacimiento

Juan 2:13 – 3:21, Números 21:4-9

Jesús llevó sus discípulos a Jerusalén para celebrar la Pascua. Cuando llegó allí, vio a gente en el templo cambiando dinero extranjero y vendiendo animales para el sacrificio.

Hizo un látigo con tiras de cuero y expulsó a los animales del templo. También volcó las mesas de los cambistas, esparciendo las monedas por todas partes. Les dijo a los dueños de las palomas: «¡Sacad estas cosas de aquí! Habéis convertido la casa de mi Padre en un mercado».

Algunos de los líderes lo desafiaron y le dijeron: «¿Quién te ha dado autoridad para hacer esto? Danos una señal».

Él dijo: «Derribad este templo y yo lo reconstruiré en tres días». ¡Se quedaron asombrados! No se dieron cuenta de que estaba hablando de su propio cuerpo.

Otros se reunieron alrededor de Jesús durante la Pascua y escucharon sus enseñanzas. Creyeron en él cuando vieron sus milagros.

Nicodemo era un gobernante judío y fariseo. Vino a Jesús por la noche y le dijo: «Maestro, sabemos que eres de Dios porque vemos tus milagros».

Jesús fue directo al grano: «Escúchame con atención. A menos que una persona nazca de nuevo, no puede ver el reino de Dios».

Nicodemo se sorprendió. «¡Eso es imposible! ¿Cómo puede un hombre volver al vientre de su madre y nacer por segunda vez?».

Jesús le explicó: «Para llegar al cielo, una persona tiene que experimentar tanto el nacimiento físico como el nacimiento espiritual. Si solo naces una vez, te centrarás en las cosas de esta tierra. Los que nacen espiritualmente se centran en las cosas del Espíritu. Debes nacer por segunda vez.

No te sorprendas tanto. Hay muchas cosas que no puedes ver con tus ojos. Oyes y sientes el viento, pero no puedes verlo. Lo mismo ocurre con el Espíritu de Dios».

Nicodemo negó con la cabeza: «Es que no lo entiendo».

Jesús se recostó y lo miró. «¿Eres maestro de Israel y no entiendes estas cosas?

En el desierto, el pueblo de Israel se quejó contra Dios. Él envió serpientes entre ellos y muchos murieron. Entonces le dijo a Moisés que hiciera una serpiente de bronce y la colocara en un poste. Los que la miraban eran sanados.

Así será con el Hijo del Hombre. Él será levantado, y los que crean en él tendrán vida eterna. Dios amó tanto al mundo que envió a su Hijo para salvarlo y dar vida eterna a los que creen.

Déjame explicártelo con cuidado para que lo entiendas. Si crees en el Hijo de Dios, tendrás vida eterna. Si no crees en él, sufrirás el juicio de Dios».

184 La mujer en el pozo

Juan 4:1-42

Una vez, Jesús llevó a sus discípulos a Samaria mientras viajaba de Jerusalén a Galilea. Esto era inusual, ya que los judíos evitaban cualquier contacto con los samaritanos.

Alrededor del mediodía, llegaron a un pozo cerca de una de las aldeas samaritanas. Jesús estaba cansado, así que se sentó mientras sus discípulos iban al pueblo a comprar comida.

Una mujer samaritana vino al pozo a sacar agua. Jesús le dijo: «Por favor, dame de beber».

La mujer se sorprendió. «Los judíos no suelen hablar con los samaritanos. Entonces, ¿por qué me pides de beber, si soy una mujer samaritana?».

Jesús le dijo: «Si supieras quién soy, me pedirías que te diera agua viva».

Ella dijo: «Señor, el pozo es profundo y tú no tienes cubo. ¿Cómo puedes obtener "agua viva"? ¿Eres tú más grande que Jacob, que cavó este pozo?».

Jesús dijo: «Los que beben de este pozo volverán a tener sed. Pero los que beben de mi agua tendrán dentro de sí un pozo de agua viva que brota continuamente para la vida eterna».

La mujer se quedó asombrada. «Por favor, dame esa agua para que nunca más tenga sed. Entonces no tendré que volver a este pozo».

«Ve a buscar a tu marido y tráelo aquí».

Ella apartó la mirada. «No tengo marido».

«Sé que no lo tienes. Has tenido cinco maridos, y el que ahora vive contigo no es tu marido».

Ella volvió a mirarlo. «Eh, señor, puedo decir que eres un profeta. Por favor, resuelve esta antigua discusión. Nosotros, los samaritanos, decimos que esta montaña es el lugar para adorar a Dios. Los judíos dicen que una persona tiene que ir a Jerusalén para adorar. ¿Quién tiene razón?».

«Mujer, escucha con atención. Ha llegado el momento en que Dios busca a aquellos que lo adoren en espíritu y en verdad».

Ella se quedó casi sin palabras. «Sé que algún día vendrá el Mesías y nos explicará todas estas cosas».

Jesús sonrió. «La persona que te está hablando es el Mesías».

La mujer dejó su jarra de agua y se apresuró a volver al pueblo justo cuando los discípulos regresaban con la comida. Se sorprendieron de que Jesús hubiera estado hablando con ella, pero nadie dijo nada al respecto.

Cuando la mujer llegó al pueblo, les contó a todos sobre el hombre que había conocido en el pozo. «Vengan a ver a alguien que me ha dicho todo lo que he hecho en mi vida. Sin duda, él es el Cristo». Los hombres sintieron curiosidad, así que salieron a ver de qué estaba hablando.

Mientras tanto, los discípulos intentaban que Jesús comiera la comida que habían traído del pueblo. Él dijo: «Yo tengo una comida que vosotros no conocéis».

Se miraron unos a otros. «¿Alguien le ha traído algo de comer?».

Jesús negó con la cabeza. «No, mi comida es hacer la voluntad de Dios.

«Tú crees que aún faltan cuatro meses para la cosecha». Señaló a los hombres que salían del pueblo. «Mirad allí. Ahora es el momento de la cosecha».

Los hombres se acercaron y hablaron con Jesús, y finalmente le pidieron que se quedara con ellos un tiempo. Se quedó dos días, y muchos creyeron en él como su Señor y Salvador.

185 Rechazado en Nazaret

Mateo 4:13-17, 13:54-58
Lucas 4:14-32, Juan 4:43-54

Un funcionario real de Capernaúm fue a ver a Jesús. Le dijo: «Mi hijo está enfermo y a punto de morir. Por favor, ven a Capernaúm y cúralo».

Jesús lo puso a prueba diciéndole: «Tú eres como todos los demás. No creerás si no ves milagros».

El hombre le suplicó: «Señor, por favor, ven y sana a mi hijo. Morirá si no vienes pronto».

Jesús se compadeció de él y le dijo: «Vete en paz. Tu hijo vivirá».

El padre miró a Jesús y, de repente, creyó en él. De camino a casa, sus sirvientes se encontraron con él y le dijeron: «¡Tu hijo vive!».

El funcionario les preguntó: «¿A qué hora mejoró?».

Ellos respondieron: «La fiebre le bajó alrededor de la una de la tarde».

El padre sabía que era la hora exacta en que Jesús había dicho que su hijo se había curado. Toda la familia del hombre puso su confianza en Jesús como el Cristo.

Después de eso, Jesús fue a Nazaret (donde había crecido de niño). Fue a la sinagoga como solía hacer. Se puso de pie y le entregaron el libro de Isaías. Leyó:

«El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha ungido
para anunciar buenas nuevas a los pobres;
para sanar a los quebrantados de corazón,
para proclamar libertad a los cautivos,
para devolver la vista a los ciegos,
para liberar a los oprimidos,
para anunciar el año favorable del Señor».

Una vez que terminó de leer, cerró el libro y se lo devolvió al asistente. Luego se sentó. Todos en la sinagoga lo miraban. Finalmente, dijo: «Hoy se ha cumplido esta Escritura».

Todos estaban asombrados. Decían: «¿No es este el hijo de José que creció en nuestra ciudad?».

Jesús los miró y les dijo: «Sé lo que están pensando. Están diciendo: “Hemos oído hablar de sus milagros en otras ciudades. Queremos ver algunos aquí”».

Oh, es cierto el dicho: “Un profeta será honrado, excepto en su propia ciudad”. Durante la gran hambruna en tiempos de Elías, había muchas viudas en Israel, pero Dios proveyó para una viuda gentil. En tiempos de Eliseo, había muchas personas en Israel con la enfermedad de la lepra, pero Dios sanó a un gentil de Siria».

La gente de la sinagoga se enfureció. Lo agarraron y lo sacaron de la ciudad. Se dirigieron al lugar donde ejecutaban a las personas arrojándolas por un precipicio. Cuando llegaron allí, se dieron cuenta de que él no estaba con ellos. Se había dado la vuelta, había atravesado la multitud y se había marchado.

Después de eso, Jesús ya no vivió en Nazaret, sino que se estableció en Capernaúm.

186 Pesca de hombres

Mateo 8:1-4, 14-17, Marcos 1:21-45, Lucas 4:31 – 5:11

Jesús fue a la sinagoga de Capernaúm. Un hombre poseído por un demonio le gritó: «¡Vete! ¡Déjame en paz! ¡Sé quién eres! ¡Tú eres el Santo de Dios!».

Jesús dijo: «¡Cállate! Sal de él».

El demonio arrojó al hombre al suelo. Este gritó cuando el demonio salió de su cuerpo. La multitud quedó impactada. Nunca habían visto tal autoridad y poder.

Después, Jesús fue a la casa de Pedro y Andrés. La suegra de Pedro estaba enferma en cama con fiebre alta. La familia le pidió a Jesús que la sanara. Entonces, él le tocó la mano y le dijo a la fiebre: «¡Sal de esta mujer!».

Tomándola de la mano, le dijo: «Por favor, levántate». Inmediatamente la fiebre la abandonó y ella se levantó. Se recuperó por completo, así que comenzó a servir a los invitados en su casa.

Al anochecer, casi todo el pueblo estaba en la casa. Jesús enseñó a la gente, sanó a los enfermos y expulsó a los demonios.

A la mañana siguiente, se levantó antes del amanecer y se fue a un lugar donde pudiera estar solo. Allí oró y habló con su Padre.

Cuando la gente del pueblo se despertó, comenzaron a buscar a Jesús y finalmente lo encontraron. Él les dijo que iba a visitar otros pueblos de la zona. Le rogaron que se quedara con ellos, pero él dijo: «No, necesito predicar el reino de Dios también en otras ciudades». Luego viajó por toda Galilea, enseñando a la gente, sanando a los enfermos y expulsando demonios.

En un momento dado, un hombre con lepra se acercó, se arrodilló ante Jesús y le suplicó: «Si quieres, puedes curarme».

Jesús lo miró con compasión. «Sí, quiero. ¡Queda limpio!». Al instante, la lepra abandonó al hombre y quedó curado.

Entonces Jesús le dio instrucciones precisas: «Escúchame. No le digas a nadie lo que acaba de pasar. En cambio, ve inmediatamente al sacerdote y da la ofrenda según las instrucciones de Moisés. Así es como debes dar testimonio de tu curación».

Pero el hombre estaba tan emocionado que empezó a contarle a todo el mundo lo que había pasado, tanto que Jesús ya no podía entrar en ninguna de las ciudades. En cambio, se fue a otras zonas y permitió que la gente acudiera a él.

Un día fue a la orilla del mar de Galilea para enseñar a la gente. Había dos barcos de pesca en la orilla y los pescadores estaban lavando sus redes cerca. Jesús se subió al barco que era propiedad de Simón Pedro y le pidió que se alejara un poco de la orilla. Una vez hecho esto, se sentó y enseñó a la gente.

Cuando terminó, le dijo a Pedro: «Ve a aguas más profundas y echa las redes».

Pedro dijo: «Señor, hemos pescado toda la noche y no hemos capturado nada. Sin embargo, si eso es lo que tú quieres, echaré la red».

Entonces llevó la barca a aguas más profundas. Cuando echó la red, inmediatamente capturó un gran banco de peces, tantos que la red comenzó a romperse. Pedro gritó a sus compañeros: «¡Santiago, Juan!». Ellos se apresuraron a salir y le ayudaron a recoger los peces. Llenaron ambas barcas... hasta el punto de que corrían peligro de hundirse.

Pedro quedó totalmente sobrecogido por este milagro. Cayó de rodillas y le dijo a Jesús: «¡Vete! ¡Soy un hombre pecador!».

Jesús le dijo: «Simón, no temas. En el pasado pescabas peces. A partir de ahora, pescarás personas».

Los pescadores llevaron sus barcas a la orilla, donde lo dejaron todo y siguieron a Jesús.

187 Sermón de la montaña

Mateo 5 – 7, Lucas 6:37-42

Jesús subió a una montaña para enseñar a sus seguidores. Les explicó lo que significaba ser discípulo del Mesías y cómo vivir una vida que agradara a Dios. Comenzó diciendo:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.

Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra.

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados.

Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia.

Bienaventurados los de corazón puro, porque ellos verán a Dios.

Bienaventurados los pacificadores, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

Bienaventurados los que son perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

Bienaventurados seréis cuando os insulten y os persigan por mi causa.

Regocijaos y alegraos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Así trataron a los profetas que vinieron antes de vosotros.

Si hacéis estas cosas, seréis la sal de la tierra. Seréis la luz del mundo. Muchos lo verán y glorificarán a Dios.

No penséis que he venido a abolir la ley de Dios, ¡todo lo contrario! Mis discípulos deben vivir según un estándar más elevado.

Por ejemplo, la ley dice que no debes matar. Debes vivir según un estándar más elevado. No debes odiar a nadie. Cuando odias a una persona, es tan malo como matarla.

La ley dice que no debes cometer adulterio. Debes vivir según un estándar más elevado. No debes tener lujuria en tu corazón. Los pensamientos descontrolados son la base de la miseria, la infidelidad y el divorcio.

La ley establece la justicia igualitaria:

«Ojo por ojo, diente por diente». Debes vivir según un estándar más elevado. Ama a quienes te maltratan y se aprovechan de ti. Si alguien te hace algo malo, haz algo bueno por él.

Los discípulos se inquietaron al oír hablar de este «estándar más elevado». Era una forma de vida diferente. No parecía posible. Jesús continuó diciendo:

Hay tres grandes áreas que te impedirán servir a Dios: el orgullo, el dinero y las preocupaciones.

Ten cuidado con el orgullo en tu vida espiritual. Dios quiere que des a los pobres, pero no para mostrar tu generosidad. Quiere que ores, pero no con el propósito de impresionar a los demás. Dios quiere que ayunes, pero no para que los demás lo disfruten. Él quiere que hagas estas cosas en privado. No están ocultas a Dios, y él te recompensará.

El dinero es otra área que te impedirá servir a Dios. Tanto el dinero como Dios son amos que exigen tu dedicación total. No puedes servir a ambos. Dedícate a Dios y usa el dinero para glorificarlo. Si no lo haces, serás controlado por el dinero y lo que este puede comprarte. Enfoca tu vida en el tesoro celestial.

Cuidado con las preocupaciones comunes, como la comida y la ropa. Estas cosas no deben llenar vuestras vidas de miedo. Mantened vuestros ojos fijos en Dios y aceptad lo que Él os da. Mirad a vuestro alrededor. Él cuida de los pájaros y las flores. ¿No creéis que se preocupa más por vosotros? Él sabe lo que necesitáis. Centraos en Él y dejad que Él se preocupe por vosotros.

Toda la multitud se inquietó ante una enseñanza tan radical, pero volvió a callarse cuando Jesús continuó. Habló sobre su actitud hacia los demás. Dijo:

No os erijáis en jueces de por qué otras personas hacen lo que hacen. Recordad. Seréis juzgados con los mismos criterios que establecéis para los demás.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Juzgar a los demás es tan absurdo como un hombre con un trozo de madera clavado en el ojo. Lo ignora porque está concentrado en la mota de serrín que tiene otra persona en el ojo. Es tan absurdo como un ciego que intenta ayudar a otro ciego a cruzar la calle. Ambos caerán en una zanja.

En lugar de juzgar a los demás, dales. No, no solo un poco. Dales en grande. Es como un tendero que dice: «Por un precio determinado, puedes tener un cubo lleno». A medida que llenas ese cubo, lo agitas y lo presionas para que quepa más. Luego usas tu cuerpo para llenar el cubo por encima del borde. ¡Así es como debes dar a los demás! Y si lo haces, ¡así es como se te dará a ti!

La multitud se quedó en silencio mientras pensaba en lo que estaba escuchando. Jesús les extendió la mano y les dijo:

Si vais a ser mis discípulos, haced lo que yo digo. Hay dos caminos ante vosotros. Uno es ancho y muy transitado. Es el camino natural, y la mayoría de la gente lo utiliza. Vosotros debéis ir por un camino diferente. Es estrecho y menos transitado. La elección es vuestra.

Es como dos hombres que decidieron construir una casa. El primero la construyó sobre una roca sólida. El otro la construyó sobre arena. Cuando las casas estuvieron terminadas, se parecían mucho. Pero entonces llegaron las tormentas y azotaron ambas casas. La casa construida sobre la roca se mantuvo firme, mientras que la otra se derrumbó.

Construye tu vida sobre los cimientos firmes de lo que te estoy enseñando. Si lo haces, serás fuerte cuando las tormentas de la vida soplen contra ti. Ignora lo que digo y tu vida se derrumbará.

Cuando Jesús terminó de enseñar a la gente, ellos quedaron asombrados. Se dieron cuenta de que él enseñaba como alguien con gran autoridad.

188 Perdona los pecados

Mateo 9:9-13, Marcos2:1-17

Jesús entró en una casa para enseñar. Tan pronto como se corrió la voz, la casa se llenó de gente. Entre ellos había fariseos y maestros de la ley. La multitud salió por la puerta, y la gente se quedó fuera.

Llegaron cuatro hombres que llevaban a un paralítico en una camilla. Rápidamente se dieron cuenta de que no tenían forma de acercarse a Jesús. Así que llevaron al hombre y su camilla por las escaleras exteriores hasta el tejado. Allí hicieron una abertura quitando las tejas. Cuando fue lo suficientemente grande, bajaron al hombre en medio de la multitud y delante de Jesús.

Cuando Jesús vio la fe de los cuatro hombres, se volvió hacia el hombre en la camilla y le dijo: «Hijo, tus pecados te son perdonados».

Los líderes religiosos se sorprendieron al oír esto. Pensaron: «¡Cómo se atreve a decir eso! ¡Es una blasfemia! Solo Dios puede perdonar los pecados».

Jesús sabía lo que estaban pensando. Dijo: «¿Por qué os turbáis tanto? Habría sido fácil para mí decir: “Levántate y anda”. Pero necesitabais saber que el Hijo del Hombre tiene autoridad para perdonar los pecados».

Luego le dijo al hombre: «Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa».

Inmediatamente, el hombre se levantó, tomó su camilla y salió delante de todos. La gente se asombró y glorificó a Dios. Dijeron: «Nunca hemos visto nada igual».

Después de eso, Jesús salió de la casa y se dirigió hacia la orilla del mar. En el camino, vio a un recaudador de impuestos llamado Mateo sentado en una oficina de impuestos. El pueblo judío odiaba a los recaudadores de impuestos y decía que eran traidores a Israel.

Jesús se detuvo y le dijo: «Mateo, sígueme». Inmediatamente, el hombre lo dejó todo y siguió a Jesús.

Poco después, organizó una recepción para Jesús en su casa. Invitó a muchos otros recaudadores de impuestos. Estos acudieron, al igual que otras personas de mala reputación.

¡Los líderes religiosos se horrorizaron! Les dijeron a sus discípulos: «¿Por qué vuestro Maestro come con recaudadores de impuestos y pecadores?».

Jesús oyó esto y les respondió: «Los médicos son para los enfermos, no para los sanos. No he venido a trabajar con personas que se creen justas. He venido a traer el arrepentimiento a los pecadores».

189 Elección de los doce apóstoles

Mateo 10, 12:9-15
Marcos 3:13-19, Lucas 6:6-16

Una tarde, Jesús dejó a la multitud y subió a una montaña. Quería estar solo para poder hablar con el Padre. Oró toda la noche.

Al amanecer, bajó y llamó a un grupo selecto de discípulos. Estos debían quedarse con él para que pudiera enseñarles y prepararlos para predicar. Les dio poder para sanar a los enfermos y expulsar demonios.

Seleccionó a Simón, que pasó a llamarse Pedro, y a su hermano Andrés.

Los siguientes dos fueron Santiago y su hermano Juan, a quienes se les llamaba «los hijos del trueno».

Estaban Felipe y Bartolomé,

Tomás, que era gemelo, y

Mateo, que había sido recaudador de impuestos.

Dentro de este grupo había otro Santiago, por lo que la historia lo llama «Santiago el Menor».

Tadeo también se llamaba Judas, pero no fue él quien traicionó a Jesús.

Había otro Simón, conocido como «el Zelote».

Por último, estaba Judas Iscariote, que traicionó a Jesús.

Él les dijo a estos hombres: «Os envío como ovejas en medio de lobos. Por lo tanto, sed prudentes como serpientes, pero inofensivos como palomas.

La gente os odiará igual que me odia a mí. Pero no temáis. El Padre os cuida. Él sabe cuándo cae un gorrión al suelo, y vosotros valéis más que un gorrión. Él sabe incluso cuántos cabellos tenéis en la cabeza.

Los miembros de tu familia querrán que les seas leal a ellos en lugar de a mí. Si eliges su aprobación, no eres digno de mí. Si me sigues, debes tomar tu cruz y soportar mi vergüenza».

Si encuentras una vida sin mí, la perderás, y si pierdes tu vida por mí, la encontrarás».

Jesús fue a una sinagoga a enseñar. Entre la multitud había un hombre con una mano lisiada. Algunos de los líderes religiosos vieron esto como una oportunidad para pillar a Jesús infringiendo la ley de Dios. La ley decía que no se debía trabajar en sábado, y ellos consideraban que Jesús estaba trabajando cuando sanaba a alguien. Así que le preguntaron: «¿Es legal sanar en sábado?».

Jesús sabía lo que estaban pensando, así que se volvió hacia el hombre con la mano lisiada. «Levántate y ponte aquí». Entonces el hombre se levantó y se puso delante de todos ellos.

Jesús dijo entonces a sus acusadores: «Tengo una pregunta para vosotros. ¿Es legal hacer el bien en sábado, o hacer el mal? ¿Es mejor salvar una vida o destruirla?». No respondieron.

«Si tú tuvieras una oveja que cayera en un hoyo en sábado, no dudarías en sacarla. ¡Las personas son mejores que las ovejas! Por lo tanto, responderé a tu pregunta. Sí, es absolutamente legal hacer el bien en sábado».

Luego se volvió hacia el hombre lisiado. «¡Extiende tu mano!».

El hombre extendió su mano y, al hacerlo, quedó curada y tan fuerte como la otra.

Esto enfureció a los líderes religiosos, que inmediatamente comenzaron a discutir cómo podían matar a Jesús.

190 Un romano y un funeral

Lucas 7:1-17

Un oficial romano vivía en Capernaúm. Era un buen hombre y hacía cosas maravillosas por el pueblo de Israel. Un día, su sirviente enfermó y estaba a punto de morir. Le pidió a algunos de los líderes judíos que fueran a hablar con Jesús en su nombre. Les dijo: «Rogadle que venga a sanar a mi sirviente».

Fueron a ver a Jesús y le dijeron: «Es un buen hombre y ama a nuestra nación. Incluso nos ha construido una sinagoga». Jesús accedió a ir con ellos a la casa del hombre.

Cuando se acercaban, el oficial romano envió a unos amigos a Jesús con este mensaje: «Por favor, no soy digno de que entres en mi casa. Entiendo lo que es la autoridad. Cuando digo algo, los demás tienen que obedecer. Por eso sé que si tú lo dices, mi siervo se curará».

Jesús se sorprendió y dijo: «¡No he visto tanta fe en todo Israel!». Los amigos del hombre regresaron a su casa y encontraron que el siervo estaba curado.

Jesús llevó a sus discípulos a otra ciudad, y una gran multitud los siguió. Al acercarse a las puertas, vieron un cortejo fúnebre. Era el de un joven que era único hijo de una mujer que también había perdido a su marido.

Jesús vio su desesperada situación y se acercó a ella. Le dijo: «No llores».

Luego se acercó al ataúd abierto y puso su mano sobre él. Inmediatamente, los que llevaban el féretro se detuvieron. Jesús dijo: «Joven, escúchame. ¡Levántate!».

El hombre abrió los ojos y se sentó. Miró a su alrededor y preguntó qué estaba pasando. Jesús lo ayudó a bajar y lo llevó con su madre.

La multitud quedó atónita y luego asustada. Finalmente, comenzaron a alabar a Dios. La noticia se extendió por todo Israel y por los países vecinos.

191 Perdonado y agradecido

Lucas 7:36-50

Un fariseo llamado Simón invitó a Jesús a su casa para comer. La gente comía apoyada en un cojín junto a la mesa, con los pies detrás.

Mientras comían, llegó una mujer conocida por ser una gran pecadora. Se colocó detrás de Jesús y comenzó a llorar. Luego se arrodilló y le lavó los pies con sus lágrimas. Se soltó el cabello y lo utilizó para secarle los pies. A continuación, los besó y los ungió con un aceite muy caro.

Simón pensó para sí mismo: «Bueno, esto demuestra que Jesús no es un profeta. Si lo fuera, sabría qué tipo de mujer es esta y no dejaría que lo tocara».

Jesús sabía lo que estaba pensando. Le dijo: «Simón, tengo una pregunta para ti. Dos hombres tenían una deuda con el mismo banquero. Uno debía 2500 dólares, mientras que el otro debía 25 000 dólares. Ninguno de los dos podía pagarla, lo que significaba que serían vendidos como esclavos. En lugar de eso, el banquero decidió perdonarles sus deudas y liberarlos. ¿Cuál de estos hombres será más agradecido y leal al banquero?».

Simón respondió rápidamente: «Por supuesto, el que debía 25 000 dólares».

Jesús dijo: «Tienes toda la razón. Entré en tu casa y no me diste agua para lavarme los pies. Mira a esta mujer. No dijo ni una palabra, sino que simplemente me lavó los pies con sus lágrimas y me los secó con su cabello».

«Tú no me recibiste con un beso. Pero esta mujer no ha dejado de besar mis pies».

«Tú no me ofreciste aceite para refrescarme. Mira, ella ha ungido mis pies con una generosa cantidad de aceite caro».

«¿Por qué hace esto? Es porque sus pecados son muchos y está agradecida por haber sido perdonada. Aquellos que sienten que han sido buenos toda su vida no experimentan una gratitud tan profunda».

Se volvió hacia la mujer. «Tus pecados te son perdonados». Esto sorprendió a los que estaban sentados alrededor de la mesa, pero Jesús continuó. «Vete en paz. Tu fe te ha salvado».

192 Cuatro tipos de suelo

Mateo 13:1-23, 31-32, Marcos 4:1-32

Jesús contó a la multitud una historia sobre un agricultor que salió a sembrar su campo. Mientras caminaba, esparció las semillas a su alrededor.

Algunas semillas cayeron en el camino. Quedaron sobre el suelo duro y nunca germinaron, por lo que los pájaros vinieron y se las comieron. Otras semillas cayeron entre las rocas, donde había muy poca tierra. Germinaron, pero no tenían raíces fuertes. Así que se marchitaron por el calor del sol.

Algunas semillas cayeron entre las malas hierbas. Brotaron, pero las malas hierbas consumieron toda la humedad y la luz del sol. Los nuevos brotes no pudieron madurar y dar fruto.

Pero algunas semillas cayeron en buena tierra que estaba preparada para ellas. Allí fueron cuidadas, nutridas y crecieron hasta convertirse en plantas maduras. ¡La cosecha fue abundante!

Jesús no explicó el significado de esta parábola a la multitud, por lo que los discípulos le preguntaron: «¿Qué significa?».

Jesús dijo: «La semilla es la Palabra de Dios. Los diferentes tipos de tierra representan cómo la reciben las personas. Algunas personas reciben la Palabra de Dios como la semilla que cayó en el camino. La oyen, pero no la entienden, y como los pájaros, el diablo viene y les quita la semilla para que no crean.

Algunos reciben la Palabra como la semilla que cayó entre las rocas. La reciben con alegría, pero no se toman el tiempo para echar raíces. No perseveran debido a las pruebas y persecuciones.

Algunas personas reciben la Palabra como la semilla que cayó entre las malas hierbas. La reciben, pero sus prioridades les impiden madurar y producir una cosecha. Las preocupaciones, el dinero y los placeres acaparan todo su tiempo y atención.

Pero algunas personas reciben la Palabra de Dios como la semilla que cayó en buena tierra. Escuchan la Palabra con el corazón abierto y la entienden. Por lo tanto, maduran y la cosecha es abundante.

Jesús continuó diciendo: «El reino de los cielos se puede comparar con una semilla de mostaza. Un hombre vio que era una semilla muy pequeña. Aun así, la plantó en la tierra para ver qué pasaba. Esa pequeña semilla produjo un árbol. Tenía ramas que se extendían, de modo que los pájaros venían y hacían sus nidos allí.

193 Enseñando con historias

Mateo 13:24-30, 34-43
Mateo 25:14-30

Jesús siguió contando historias a la gente. De hecho, no decía nada a las multitudes sin recurrir a las historias.

Una vez les habló de un granjero que sembró trigo en su campo. Después de un largo día, regresó a casa y se acostó. Durante la noche, un hombre que lo odiaba entró en los campos y sembró malas hierbas.

Esas malas hierbas en particular se parecen mucho al trigo mientras crecen. Así que, al principio, nadie sabía lo que había pasado. Se hizo evidente cuando las plantas comenzaron a madurar. Los jornaleros dijeron: «¿Qué debemos hacer? ¿Debemos ir al campo y arrancar las malas hierbas?».

El granjero dijo: «No, si hacéis eso, destruiréis el trigo. Esperemos hasta la cosecha».

Cuando llegó la cosecha, el granjero envió a sus trabajadores al campo. Arrancaron las malas hierbas, las ataron en manojos y las quemaron. Luego recogieron el trigo y lo guardaron en los graneros.

Los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron qué significaba eso. Él les dijo: «El agricultor es el Hijo del Hombre, el campo es este mundo y el trigo son los hijos de Dios. El enemigo es el diablo y la cizaña son los que le siguen.

Al final de los tiempos, el Hijo del Hombre enviará a sus ángeles para que reúnan a los hijos de Dios. Después, reunirán a los malvados y los arrojarán al horno ardiente».

En otra ocasión, Jesús dijo que el reino de Dios es como un hombre rico que decidió emprender un largo viaje. Llamó a sus siervos de confianza y les asignó responsabilidades para que su negocio prosperara mientras él estaba fuera. Repartió dinero a cada uno de ellos, según sus capacidades. A uno le dio 5000 dólares, al siguiente 2000 y al último 1000.

Inmediatamente, el primer siervo salió y puso su dinero a trabajar. Al hacerlo, ganó otros 5000 dólares. El segundo hizo lo mismo y ganó otros 2000 dólares. Pero el tercero encontró un lugar seguro, cavó un hoyo y enterró sus 1000 dólares.

Después de mucho tiempo, el amo regresó. Los tres siervos se presentaron ante él para rendir cuentas de lo que habían hecho. El primero dijo: «Tú me asignaste 5000 dólares. Mira, he puesto ese dinero a trabajar y lo he duplicado».

El amo estaba encantado. Dijo: «¡Buen trabajo! Estoy orgulloso de ti. Te voy a ascender a un puesto más alto, con mucho mejores beneficios».

El segundo dijo: «Me asignaste 2000 dólares. Mira, he invertido ese dinero y lo he duplicado».

Una vez más, el amo estaba encantado. «¡Buen trabajo! Estoy orgulloso de ti. Te ascenderé a un puesto más alto, con mejores beneficios».

El tercer hombre dio un paso al frente y dijo: «Señor, sabía que eras un hombre de negocios astuto y que no tolerabas los errores. Tenía miedo, así que fui y escondí mis 1000 dólares en un lugar seguro. Aquí están, hasta el último centavo».

¡El amo se enfureció! Dijo: «Inútil, bueno para nada. ¿Cómo puedes ser tan perezoso? Al menos podrías haber obtenido un poco de interés en un banco. Pero no, no hiciste nada».

Gritó a los guardias: «Quiten los 1000 dólares a este hombre y déselos al siervo que tiene 10 000 dólares. Luego, lleven a este siervo inútil y arrójenlo a la oscuridad. Allí estará indigente, sin nada más que su estupidez».

194 Calmando dos tormentas

Mateo 8:23-34, Marcos 4:35–5:20
Lucas 8:22-39

Jesús enseñó a la multitud durante todo el día. Al atardecer, dijo a sus discípulos: «Vamos al otro lado del lago». Así que tomaron varias barcas y emprendieron el viaje hacia la orilla gentil del mar de Galilea.

Cansado, Jesús se dirigió a la parte trasera de la barca y se acostó sobre un gran cojín. Pronto cayó en un sueño profundo. Durante la noche, una fuerte tormenta azotó el lago. Grandes olas se estrellaban contra la barca y amenazaban con volcarla. Jesús siguió durmiendo.

Los discípulos lo despertaron y le dijeron: «¡Maestro, despierta! ¿No te importa que estemos a punto de morir?».

Jesús se despertó y se enfrentó a la tormenta. Dijo: «¡Callaos! ¡Callaos!». Inmediatamente, el viento se calmó y el mar se tranquilizó.

Luego se volvió hacia los discípulos y les dijo: «¿Por qué teméis? ¿Dónde está vuestra fe?». Después se acostó y volvió a dormirse.

Los hombres miraron al cielo y al mar en calma. Dijeron: «¿Qué clase de hombre es este, que incluso el viento y el mar obedecen su voz?».

Su barca llegó a la orilla cerca de un lugar donde vivía un hombre salvaje en las tumbas. Nadie podía controlarlo. Muchas veces intentaron encadenarlo, pero él rompía las cadenas con facilidad. Vagaba desnudo por las colinas y vivía en las tumbas. Lloraba y gritaba, y se cortaba con piedras.

Cuando vio a Jesús y a sus discípulos salir de la barca, corrió y se arrodilló ante él. Gritó: «Sé quién eres. ¡Tú eres Jesús, el Hijo del Dios Altísimo! Déjame en paz. No me tortures».

Jesús le dijo: «¿Cómo te llamas?».

«Nos llamamos Legión porque somos muchos. Por favor, no nos envíes al abismo. Mira, hay cerdos en esa colina. Envíanos allí».

Jesús miró a los cerdos y dijo: «Sí, podéis ir allí».

Con eso, los demonios salieron del hombre y entraron en los cerdos. Los dos mil se volvieron locos y se precipitaron colina abajo y por el terraplén escarpado. Se zambulleron en el mar y se ahogaron.

Los hombres que cuidaban los cerdos corrieron al pueblo y contaron a la gente lo que había sucedido. Una multitud salió a ver por sí misma. Cuando llegaron a Jesús, vieron al hombre que había estado poseído por los demonios. Estaba sentado en silencio, completamente vestido, y escuchando a Jesús.

Una vez más, los hombres contaron lo que había sucedido. Todos tenían miedo, así que le pidieron a Jesús que se fuera.

Cuando subió a la barca, el hombre que había sido sanado dijo: «Por favor, ¿puedo ir contigo?». Jesús se volvió hacia él y le dijo: «Vuelve con los tuyos y cuéntales lo mucho que el Señor ha hecho por ti. Cuéntales la misericordia de Dios en tu vida».

Así que Jesús y sus discípulos abandonaron la orilla y regresaron al lado judío del lago. El hombre fue a su ciudad natal y comenzó a contarles a todos lo que Jesús había hecho por él. Las personas que lo escucharon quedaron asombradas.».

195 Doce años

Mateo 9:18-26, Marcos 5:21-43
Lucas 8:40-56

Jesús y sus discípulos dejaron la orilla gentil del lago y regresaron a la orilla judía. Una gran multitud lo esperaba.

Un hombre llamado Jairo corrió hacia él y se postró ante Jesús. Era un jefe de la sinagoga. Le dijo: «¡Mi hija se está muriendo! Solo tiene doce años. Te lo ruego, ven y cúrala».

Jesús aceptó, así que él y sus discípulos siguieron a Jairo. Una gran multitud también los siguió.

Mientras caminaban por el camino, pasaron por la casa de una mujer. Ella había sufrido un trastorno hemorrágico durante doce años. Muchos médicos intentaron ayudarla, pero su condición solo empeoró. Esto continuó hasta que se le acabó todo su dinero.

Cuando oyó que Jesús pasaba por allí, pensó: «Si pudiera acercarme lo suficiente como para tocar el borde de su manto, quedaría curada. Nadie tendría por qué saberlo».

Así que se abrió paso entre la multitud, extendió la mano y tocó el borde de su manto. Al instante supo que había sido curada. Jesús sintió que un poder salía de su cuerpo, por lo que se detuvo y dijo: «¿Quién me ha tocado?».

Pedro miró a la multitud y dijo: «¿Cómo que quién te ha tocado? Mira a toda la gente que te rodea».

Jesús lo ignoró y siguió buscando a la persona que lo había tocado. Cuando la mujer se dio cuenta de que no podía ocultar lo que había hecho, se arrodilló ante él, temblando.

Jesús le dijo: «No temas. Tu fe te ha sanado. Vuelve a tu casa. Esa enfermedad no volverá».

Mientras hablaban, algunas personas se acercaron y le dijeron a Jairo: «Ya no es necesario que molestes al Maestro. Tu hija ha muerto».

Jesús los oyó y le dijo a Jairo: «No temas. Solo cree en mí». Continuaron hacia su casa.

Cuando llegaron, vieron que los dolientes ya habían llegado. Su trabajo consistía en tocar flautas y llorar muy fuerte. Jesús dijo: «¿Por qué hacéis tanto ruido? La niña solo está dormida».

Se rieron de él porque sabían que estaba muerta. Entonces los echó de la casa. Luego tomó a Jairo y a su esposa, así como a Pedro, Santiago y Juan, y fue al lugar donde yacía la niña. Extendió la mano y la tomó. «Niña, levántate».

Al instante, la niña abrió los ojos y se levantó. Los padres la miraban asombrados. Finalmente, Jesús dijo: «Dadle algo de comer».

Luego les dijo: «No contéis esto a nadie». Aun así, la noticia de este suceso se extendió por toda la región.

196 El estanque de Betesda

Juan 5

En Jerusalén había un estanque llamado Betesda. Estaba cerca de la Puerta de las Ovejas. La gente del lugar creía que, de vez en cuando, un ángel agitaba las aguas del estanque. Pensaban que cualquier enfermo que se metiera en el agua después de que fuera agitada sería sanado. Por eso, un gran grupo de personas se quedaba cerca del estanque, esperando al ángel.

Jesús fue a ese estanque cuando estaba en Jerusalén para una fiesta judía. Vio a un hombre que había estado enfermo durante 38 años. El Señor le dijo: «¿Quieres ser sanado?».

El hombre respondió: «Sí, pero cuando veo que se agitan las aguas, siempre hay alguien que se mete en el estanque antes que yo».

Jesús le dijo: «¡Levántate! Toma tu camilla y anda». Al instante, el hombre fue sanado y se levantó. Jesús se escabulló entre la multitud mientras el hombre recogía su camastro.

Algunos de los líderes judíos vieron al hombre llevando su camastro. Le dijeron: «¡Cómo te atreves! Hoy es sábado. No es legal llevar camastros en sábado».

El hombre respondió: «Pero... pero... un hombre me sanó y luego me dijo que recogiera mi camastro y me fuera a casa».

«¿Quién te dijo que hicieras este trabajo en sábado?».

«No lo sé. Me sanó y luego desapareció entre la multitud».

Más tarde, Jesús vio a este hombre en el templo. El Señor le dijo: «Has sido sanado, pero debes dejar de pecar. Si no lo haces, te sucederá algo peor». Entonces el hombre supo quién lo había sanado. Así que corrió hacia los líderes judíos y les dijo que había sido Jesús.

Al oír esto, se sintieron más decididos a acabar con la influencia que Jesús tenía sobre el pueblo. Consideraban que sus acciones en sábado eran totalmente inaceptables.

Jesús les dijo: «Mi Padre trabaja en sábado, así que yo también lo haré».

Al oír esto, los líderes comenzaron a hablar de matarlo. Dijeron: «Él rompe las reglas sobre el sábado. Ahora llama a Dios su padre. ¡Se cree igual a Dios!

Jesús dijo: «El Hijo solo hace lo que el Padre le dice que haga. El Padre ama al Hijo y le da poder para que pueda dar vida a quien quiera. El Padre ha hecho al Hijo juez de las personas. Si no honras al Hijo, no estás honrando al Padre que lo envió.

«Daré vida eterna a los que me escuchan y creen en aquel que me envió. Los que creen no serán juzgados, sino que han pasado de la muerte a la vida.

«¿Cómo sabes si te estoy diciendo la verdad? Te lo he dicho, pero no es suficiente porque estoy hablando de mí mismo. Oísteis a Juan el Bautista hablar de mí, pero no le creísteis. El Padre habló de mí, pero cerrasteis vuestros oídos. Mis milagros demuestran que digo la verdad, pero no los aceptáis como prueba.

Estudiáis constantemente las Escrituras. Hablan de mí, pero apartáis vuestros ojos de ellas. La verdad es que simplemente no estáis dispuestos a venir a mí y tener vida».

197 Juan decapitado

Marcos 6:14-29, Lucas 9:7-9

Para complacer a su esposa, el rey Herodes mandó arrestar a Juan el Bautista. Juan había predicado en contra de su matrimonio, diciendo: «Es pecado casarse con la esposa de tu hermano».

¡La esposa de Herodes quería verlo muerto! Pero Herodes sabía que Juan era un hombre justo. El rey también temía al pueblo, sabiendo que lo consideraban un profeta. Además, le gustaba escuchar las predicaciones de Juan. Por lo tanto, decidió mantener al profeta en prisión, en lugar de matarlo.

Herodes organizó un gran banquete para celebrar su cumpleaños. Invitó a una gran multitud de personas importantes. Durante la fiesta, mandó llamar a la hija de su esposa y la hizo bailar para los invitados. Herodes quedó encantado con su actuación. Así que le dijo a la joven: «Pídeme lo que quieras y te lo daré».

Se dio cuenta de que esto había impresionado a los invitados al banquete, así que añadió: «Pídeme lo que quieras. Te juro que te lo daré, hasta la mitad de mi reino».

La hija sabía que debía pedir consejo al respecto. Así que habló con su madre. «¿Qué debo pedir?».

Eso era exactamente lo que quería su madre. «Pide la cabeza de Juan el Bautista».

La joven regresó corriendo a la fiesta y dijo: «Quiero la cabeza de Juan el Bautista en una bandeja. Y la quiero ahora».

Herodes se quedó impactado. Sin embargo, había hecho su promesa delante de sus invitados. Así que le dijo al guardia que fuera a decapitar a Juan y le diera la cabeza a la joven.

El guardia hizo lo que se le ordenó. Fue a la prisión y decapitó a Juan. Luego trajo la cabeza y se la entregó a la joven en una bandeja. Ella se la llevó a su madre.

Los discípulos de Juan fueron a la prisión y recogieron su cuerpo. Después de enterrarlo, fueron a contárselo a Jesús.

Algún tiempo después, Herodes se enteró de las cosas que Jesús estaba haciendo. Esto le impactó profundamente. Dijo: «Yo maté a Juan, y ahora ha resucitado de entre los muertos. Ha vuelto con grandes poderes».

A partir de ese día, Herodes quiso conocer a Jesús y hablar con él.

198 Comida y una caminata

Mateo 14:14-33, Juan 6:1-21
Marcos 6:30-52, Lucas 9:10-17

Alimentar a los 5000 es el único milagro que se registra en los cuatro evangelios.

Jesús subió a una montaña donde enseñó a sus discípulos. Una gran multitud los acompañó para poder escuchar sus enseñanzas.

Pronto se hizo evidente que tenían hambre y no había comida. Jesús sabía lo que iba a hacer, pero aun así le preguntó a Felipe: «¿Dónde podemos conseguir comida para esta gente?».

«Señor, ni siquiera con ocho meses de salario se podría comprar comida suficiente para toda esta gente». Los otros discípulos dijeron: «Envíalos a las aldeas para que compren comida».

Jesús dijo: «No, quiero que tú les des de comer. Ve a ver cuánta comida tenemos».

Andrés regresó con un muchacho. «Señor, este muchacho tiene cinco panes de cebada y dos peces pequeños. Pero, ¿cómo nos va a servir eso con tanta gente?».

Jesús dijo: «Dádmelos».

Tomó el pan y los peces, los bendijo, los repartió entre los discípulos y les dijo: «Dad esto a la gente y decidles que coman todo lo que quieran».

Sirvieron la comida a la gente, que comió hasta quedar satisfecha. Había más de 5000 personas allí. Entonces Jesús dijo: «Id y recoged los restos». Cuando lo hicieron, llenaron doce cestas con pan y pescado.

La gente dijo: «Este es aquel de quien habla la Escritura: «el gran profeta como Moisés»». Comenzaron a hablar entre ellos sobre hacerle rey.

Jesús sabía lo que pensaban, así que los despidió y dijo a sus discípulos que regresaran por el mar. Y subió a la montaña y oró.

Mientras Jesús oraba, se desató una tormenta en el mar. Enormes olas empujaron la barca hacia el centro. Los hombres remaban con fuerza para volver a la orilla, pero el viento era demasiado fuerte para ellos.

A las tres de la madrugada, Jesús caminó sobre el agua. Los hombres miraron y vieron a alguien caminando entre las olas. Gritaron porque pensaron que era un espíritu.

Jesús dijo: «No temáis. Soy yo».

Pedro dijo: «Señor, si eres tú, mándame ir hacia ti».

«Ven».

Entonces Pedro salió de la barca y comenzó a caminar hacia Jesús. De repente, miró las olas y el viento. Se asustó y comenzó a hundirse. Gritó: «Señor, sálvame».

El Señor extendió la mano y lo agarró. Dijo: «Oh, Pedro, tu fe es muy pequeña. ¿Por qué dudaste?».

Los dos regresaron y se subieron a la barca. De repente, la tormenta se detuvo. Los discípulos se arrodillaron y adoraron a Jesús. Dijeron: «Es verdad. Tú eres el Hijo de Dios».

199 Pan de vida

Mateo 15:21-28, Marcos 7:24-30
Juan 6:22-71

Al día siguiente de que Jesús alimentara a los 5000, la gente lo encontró en la otra orilla y supo que había llegado en una barca concreta. También sabían que esa misma barca había partido el día anterior sin él. Le preguntaron: «¿Cómo has llegado allí?».

Jesús ignoró su pregunta y fue directo al grano. Les dijo: «Estáis aquí porque llenasteis vuestros estómagos con el pan que os di. Deberíais buscar el pan vivo que os da la vida eterna».

Ellos dijeron: «¿Qué exige Dios de nosotros?».

Jesús dijo: «Esto es lo que Dios exige. Creed en aquel que Él os ha enviado».

Ellos dijeron: «Danos una señal para que podamos creer. Podrías alimentarnos a partir de ahora. Sería como Moisés, que nos dio maná en el desierto».

Él dijo: «Vuestros padres recibieron maná en el desierto, pero finalmente murieron. Yo soy el Pan de Vida que Dios envió del cielo. El pan que ofrezco es mi cuerpo, y la bebida que doy es mi sangre. Mi carne y mi sangre os darán vida eterna».

La gente se quedó impactada. Se decían unos a otros: «¿Cómo puede este hombre decir que ha bajado de Dios? Conocemos a sus padres. ¿Y cómo puede darnos su carne para que la comamos y su sangre para que la bebamos?».

A partir de ese día, muchos de los que le escuchaban dejaron de seguirle. Decían: «Esto es demasiado difícil de creer».

Jesús se volvió hacia los doce y les dijo: «¿También vosotros queréis marcharos?».

Pedro respondió: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Tú eres el que nos da la vida eterna. Hemos visto y ahora creemos. Tú eres el Santo de Dios».

Jesús dijo: «Yo os he elegido a vosotros doce, pero uno de vosotros se volverá contra mí».

Después de eso, Jesús llevó a sus discípulos a Tiro y Sidón, una zona gentil al norte de Israel. Mientras estaba allí, una mujer gentil se acercó y le suplicó: «Hijo de David, ten piedad de mí. Un demonio se ha apoderado de mi hija y la tortura constantemente».

Jesús la ignoró por completo y no dijo ni una palabra. Ella siguió suplicando hasta que sus discípulos dijeron: «Señor, despídela. Sus gritos nos están empezando a molestar».

Jesús la miró y dijo: «Dios me envió para ayudar a sus ovejas perdidas, el pueblo de Israel».

Con eso, ella se arrodilló frente a él y dijo: «Señor, ayúdame».

Él dijo: «No está bien tomar el alimento que pertenece a los niños y dárselo a los perros salvajes».

Ella dijo: «Sí, Señor, es verdad. Pero a los cachorros se les permite sentarse debajo de la mesa y comer las migajas que caen».

Él dijo: «Mujer, ¡grande es tu fe! Ahora puedes irte a casa. El demonio ha abandonado a tu hija».

Ella se levantó y se fue a casa. Allí encontró a su hija acostada en la cama. El demonio se había ido.

200 Alimentación de los 4.000

Mateo 15:29–16:16,
Marcos 8:1-21, 27-30

Jesús salió de la región de Tiro y Sidón y se dirigió a la orilla gentil del mar de Galilea. Mientras enseñaba al pueblo, una gran multitud trajo a personas con diversos problemas físicos. Trajeron a cojos, ciegos, lisiados y enfermos de muchas dolencias. Jesús los sanó a todos, y la multitud quedó asombrada.

Entonces Jesús dijo a sus discípulos: «Me preocupa la multitud. Llevan tres días con nosotros y se les ha acabado la comida. No quiero despedirlos sin darles de comer, porque se desmayarán de hambre por el camino».

Los discípulos dijeron: «Señor, no tenemos suficiente comida para alimentar a tanta gente».

«¿Cuánto tenéis?».

Tenemos siete panes y unos pocos peces pequeños».

«Decid a la multitud que se siente».

Tomó el pan y los peces, los bendijo, los partió en pedazos y se los dio a sus discípulos. Estos se los repartieron entre la multitud. Había allí cuatro mil personas. Todos comieron hasta saciarse. Los discípulos recogieron los restos y llenaron siete cestas.

Después, enviaron a la multitud a sus casas. Jesús y sus discípulos se subieron a la barca y se dirigieron a la orilla judía del lago.

Los líderes judíos estaban allí y comenzaron a discutir con él. Querían que les diera señales del cielo. Él se negó y volvió a subir a la barca.

Mientras regresaban a la orilla gentil del lago, los discípulos se dieron cuenta de que habían olvidado llevar suficiente comida para el viaje. Solo tenían una pequeña hogaza de pan.

Jesús les dijo: «Cuidado con la levadura de los líderes religiosos». Los discípulos asumieron que los estaba regañando por haber olvidado el pan.

Él dijo: «¡Tu fe es aún muy pequeña! ¿Por qué piensas que me preocupa la situación del pan? Tú estabas allí. Viste cómo se alimentó a 5000 personas con solo cinco panes y dos peces. ¿Cuántas cestas recogimos después?».

«Doce».

Visteis cómo se alimentó a 4000 personas con solo siete panes y unos pocos peces pequeños. ¿Cuántas cestas recogimos después?».

«Siete».

«Así que escuchad con atención y comprendéis lo que os digo. Cuidado con la levadura de los líderes religiosos». Finalmente, los hombres comprendieron lo que quería decir.

Una vez que llegaron al otro lado, Jesús los llevó a Cesarea de Filipo. Allí les preguntó: «¿Quién dice la gente que soy yo?».

«Algunos dicen que eres Juan el Bautista. Otros dicen que eres Elías o Jeremías».

«¿Quién dicen ustedes que soy yo?».

Pedro dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente».

Jesús dijo: «Pedro, ¡eres bendito! No has aprendido esto de fuentes humanas, sino que el Padre te lo ha revelado».

Luego dijo a todos sus discípulos: «Por ahora, no le digan a nadie que yo soy el Mesías».

201 Transfiguración

Mateo 17:1-13, Marcos 9:2-29
Lucas 9:28-36

Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan y subió a una montaña para orar. Mientras el Señor oraba, los tres discípulos se quedaron dormidos. De repente, se despertaron y vieron que el rostro de Jesús se volvía cada vez más brillante. Sus ropas eran de un blanco resplandeciente y brillaban como la luz.

Entonces se dieron cuenta de que había dos hombres con él, y supieron que eran Moisés y Elías. También ellos brillaban como el sol. Moisés y Elías hablaron con Jesús sobre su muerte.

Pedro habló cuando los dos hombres comenzaron a irse. Dijo: «Señor, es bueno que estemos aquí. Por favor, permítenos construir tres refugios: uno para ti, uno para Moisés y uno para Elías».

Mientras hablaba, una nube brillante los cubrió. Esto asustó a los discípulos. Una voz dijo: «Este es mi Hijo. ¡Escúchenlo!».

Los discípulos cayeron al suelo aterrorizados. Jesús se acercó y los tocó. «No tengan miedo. Levántense». Miraron a su alrededor y todo había vuelto a la normalidad. La única persona que estaba con ellos era Jesús.

Mientras bajaban de la montaña, Jesús dijo: «No le cuenten a nadie lo que vieron hoy, hasta que yo haya resucitado de entre los muertos». Se preguntaron qué quería decir con «resucitado de entre los muertos», pero nadie dijo nada al respecto.

En cambio, dijeron: «Señor, ¿por qué nos dicen los escribas que primero debe venir Elías?».

Él respondió: «Es cierto. Elías vendrá en los últimos días, antes de que todo se arregle. Pero escuchad con atención. Elías ya vino, y la gente no lo reconoció. Le hicieron sufrir de la misma manera que yo también sufriré a manos de ellos». Entonces los discípulos comprendieron que Jesús se refería a Juan el Bautista.

Una gran multitud los esperaba al pie de la montaña. Un hombre corrió hacia Jesús y se arrodilló ante él. «Señor, ten piedad de mi hijo, mi único hijo. Un espíritu lo toma y lo arroja al suelo, a veces al fuego, a veces al agua. No puede hablar. Babea y tiene convulsiones.

Fui a tus discípulos, pero no pudieron ayudarlo. Si tú puedes hacer algo por él, por favor, ayúdanos».

Jesús se dio cuenta de que el padre había dicho: «Si tú puedes hacer algo...», así que dijo: «Todo es posible para quien cree».

El padre comenzó a entrar en pánico. «Señor, yo creo... ¡Oh Señor, ayuda mi incredulidad!».

Jesús dijo: «Trae al niño a mí».

Cuando el espíritu vio a Jesús, tiró al niño al suelo. Este se revolcó por el suelo, echando espuma por la boca.

Jesús dijo al espíritu: «Sal de este niño y no vuelvas a entrar en él».

El espíritu salió del niño violentamente. El niño gritó y cayó al suelo. La gente se quedó sin aliento y dijo: «Está muerto». Jesús se acercó, tomó al niño de la mano y lo ayudó a levantarse.

Más tarde, los discípulos preguntaron al Señor: «¿Por qué nosotros no pudimos expulsar al espíritu?».

Jesús dijo: «Este tipo solo puede salir con oración y ayuno».

202 Pago del impuesto del templo

Mateo 17:22-27, Marcos 9:33-42

Jesús regresó a Capernaúm con sus discípulos. Por el camino dijo: «Entregarán al Hijo del Hombre a quienes lo matarán. Pero al tercer día resucitará de entre los muertos».

Los discípulos no entendían lo que quería decir. Sin embargo, no le preguntaron nada porque estaban enfrascados en su propia discusión. Discutían sobre cuál de ellos era el más grande.

Cuando llegaron a la casa en Capernaúm, Jesús reunió a los doce hombres a su alrededor. Luego hizo un gesto para que un niño se acercara y se parara junto a él. Dijo: «Si tú quieres ser el más grande de todos, debes convertirte en el servidor de todos».

Luego rodeó al niño con su brazo. «Cuando recibes a un niño pequeño como este en mi nombre, me estás recibiendo a mí. Pero es mucho más que eso. Estás recibiendo a Dios».

Juan tomó la palabra. «Señor, encontramos a un hombre que expulsaba demonios en tu nombre. Pero no formaba parte de nuestro grupo. Así que le dijimos que dejara de hacerlo».

«¡No, no! No le impidáis hacerlo. Un hombre no está trabajando en mi contra si hace milagros en mi nombre. Si no está en contra nuestra, está a favor nuestra. Escuchad, si alguien da siquiera un vaso de agua en mi nombre, ese hombre será recompensado».

Una vez más, rodeó al niño con el brazo. «Escuchadme con mucha atención. Si uno de estos pequeños cree en mí y alguien le hace pecar, sería mejor que le ataran a una gran roca y le arrojaran al mar».

Al día siguiente, un recaudador de impuestos del templo se acercó a Pedro y le dijo: «¿Tu maestro paga los impuestos del templo?».

«Eh, sí, los paga». Pero Pedro no estaba seguro.

De vuelta en Capernaúm, Jesús lo vio sumido en sus pensamientos. Le dijo: «Simón, dame tu opinión. Cuando un rey establece un impuesto, ¿hace que su familia lo pague?».

«Oh, no. Los demás tienen que pagarlo, pero su familia no».

Jesús dijo: «Es cierto. Los hijos del rey no tienen que pagarlo. Pero no queremos ofender a los demás con este tema. Así que ve al mar y pesca un pez. Cuando lo tengas, ábrele la boca. Allí encontrarás una moneda. Será suficiente para que pagues el impuesto, tanto el tuyo como el mío».

203 Setenta veces siete

Mateo 18:21-35

Pedro le hizo una pregunta a Jesús. «Señor, ¿qué pasa si alguien me hace daño y yo lo perdono, pero vuelve a hacerme daño? ¿Cuántas veces debo seguir perdonándolo? ¿Siete veces?».

Jesús le respondió: «Pedro, escucha con atención. ¡Debes perdonarlo setenta veces siete!

Piénsalo de esta manera. Un rey decidió saldar las cuentas con aquellos que le debían dinero. Así que trajo a un hombre que le debía un millón de dólares. El rey se dio cuenta de que no había forma de que este hombre pudiera pagarle. Así que le dijo a su contador: «Toma a este hombre, a su esposa y a sus hijos, y véndelos. Luego vende todo lo que él posee. Consigue todo lo que puedas y aplícalo a su deuda».

El hombre se postró en el suelo y gritó: «Oh, rey, ten paciencia conmigo y te pagaré todo lo que te debo».

El rey sabía que era una promesa vacía, pero se compadeció de él. Dijo: «Libera a este hombre. Le perdonaré toda su deuda». El hombre no podía creer lo que oía. Toda su deuda había desaparecido y era libre.

Unos días más tarde, este mismo hombre encontró a un amigo que le debía 5000 dólares. Lo agarró y empezó a estrangularlo. «Tú me debes 5000 dólares, y los quiero ahora».

El amigo se cayó y gritó: «Oh, por favor, ten paciencia conmigo y te pagaré todo lo que te debo».

«No, ¡he perdido la paciencia contigo! Te voy a meter en una prisión de trabajo y te quedarás allí hasta que me devuelvas todo mi dinero».

El rey se sorprendió cuando se enteró de lo que había pasado. Hizo que trajeran al hombre ante él. «¡Desagradecido miserable! Te perdoné tu deuda de un millón de dólares porque tuve piedad de ti. ¿Cómo pudiste tratar así a tu amigo, y por 5000 dólares? Guardia, llévate a este hombre y échalo a la cárcel».

Entonces Jesús le dijo a Pedro: «Mi Padre celestial ha sido generoso contigo al perdonarte todos tus pecados. Por lo tanto, tú debes ser generoso al perdonar a los demás».

204 Atrapados en la inmoralidad

Jesús - de regreso al sur

Juan 7:1 – 8:12

Era tiempo de fiesta en Jerusalén. Jesús fingió que no iba a ir, pero fue sin que nadie lo supiera. Los líderes religiosos lo buscaban... pero no lo encontraban.

Aun así, todos hablaban de él. Algunos decían que Jesús era un buen hombre, mientras que otros decían que engañaba a la gente con sus enseñanzas. Nadie quería decir demasiado porque temían a los líderes religiosos.

A mitad de la fiesta, Jesús fue al templo y comenzó a enseñar a la multitud. Todos estaban asombrados por lo que decía.

Los líderes religiosos enviaron guardias para que lo trajeran. Ellos fueron, pero no pudieron apresarlo porque aún no había llegado su hora. Pronto, los guardias quedaron fascinados por sus enseñanzas. Finalmente regresaron con los líderes religiosos. Los líderes dijeron: «¿Dónde está? ¿Por qué no lo trajeron?».

Los guardias respondieron: «Nunca hemos oído a nadie hablar como este hombre».

A la mañana siguiente, Jesús estaba de nuevo enseñando en el templo. Los líderes religiosos se acercaron a él con una mujer que habían sorprendido en flagrante adulterio. Pensaban que podían utilizarla para tenderle una trampa a Jesús y obtener pruebas contra él.

Dijeron: «Maestro, esta mujer fue sorprendida en flagrante adulterio. La ley de Moisés dice que debemos apedrearla. Pero queremos que tú nos digas qué debemos hacer».

Él actuó como si no los oyera. Se agachó y escribió con el dedo en el polvo. No le permitieron ignorarlos. Siguieron preguntándole sobre esta situación. Finalmente, se levantó y los miró. «Adelante, apedreadla. Pero que el que esté libre de pecado tire la primera piedra». Luego se agachó y volvió a escribir en el suelo.

Los hombres se quedaron allí sin decir nada. Finalmente, comenzaron a marcharse uno por uno, empezando por los más ancianos. Entonces Jesús se levantó y miró a su alrededor. Él y la mujer eran los únicos que permanecían de pie en medio de la multitud. Él le dijo: «Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿No te condenaron a muerte?».

Ella respondió: «No, Señor».

Él dijo: «Bueno, yo tampoco te condenaré a muerte. Vete y no peques más».

Luego se volvió hacia la multitud y dijo: «Yo soy la luz del mundo. Los que me siguen nunca caminarán en la oscuridad, porque tendrán la luz de la vida».

205 El hombre ciego de nacimiento Jesús - de regreso al sur

Juan 9

Jesús y sus discípulos pasaron junto a un hombre que era ciego de nacimiento. Sus discípulos le preguntaron: «Maestro, ¿quién pecó para que este hombre naciera ciego? ¿Fue él o fueron sus padres?».

Jesús respondió: «Su ceguera no es el resultado de un pecado en particular. Se le dio para que pudiera mostrar el poder de Dios. No olvidéis que yo soy la luz del mundo».

Entonces Jesús escupió en el suelo e hizo barro húmedo. Lo puso sobre los ojos del hombre y le dijo: «Ve al estanque y lávate».

El hombre fue al estanque, se lavó los ojos y, de repente, pudo ver. Se fue a casa y sus vecinos se sorprendieron de que pudiera ver. Pensaron que tal vez no era el mismo hombre. Él dijo: «Es cierto, ¡soy el hombre que nació ciego!».

«¿Cómo recuperaste la vista?».

«Un hombre llamado Jesús escupió en el suelo e hizo barro húmedo. Me lo puso en los ojos y me dijo que fuera a lavarme. Tan pronto como lo hice, pude ver».

Ellos dijeron: «¿Dónde está ese hombre?».

«No lo sé».

Lo llevaron a los fariseos y él les explicó todo lo sucedido. Terminó su relato diciendo: «Fui al estanque y me lavé, tal como él me dijo. Ahora veo».

Esto provocó una discusión entre los líderes religiosos. Algunos no creían que este milagro fuera obra de Dios, porque se había realizado en sábado. Otros señalaron que los hombres malvados no pueden hacer milagros.

Así que le preguntaron al hombre: «¿Qué dices tú? ¿Qué clase de hombre te curó la ceguera?».

Sin dudarlo, él respondió: «¡Es un profeta!».

No querían oír eso. Así que algunos cuestionaron si el hombre había estado ciego en primer lugar.

Llamaron a sus padres. «¿Es este vuestro hijo ciego? Si es así, ¿cómo es que ve?».

Los padres tenían miedo de responder porque sabían que los líderes religiosos podían expulsarlos de la sinagoga. Dijeron: «Es nuestro hijo y sí, nació ciego. Eso es todo lo que sabemos. No tenemos ni idea de por qué ahora puede ver. Es adulto, pregúntenselo a él».

Así que volvieron a dirigirse al hombre. «No alabéis a este hombre, Jesús, que es malvado. Alabad a Dios».

El hombre dijo: «No sé nada de teología. Lo único que sé es que antes era ciego y ahora puedo ver».

Una vez más, no les gustó su respuesta. Así que le preguntaron de nuevo cómo había sucedido.

Él dijo: «Ya os he dicho lo que pasó. ¿Por qué queréis oírlo otra vez? ¿Estáis pensando en convertiros en sus discípulos?».

Quedaron atónitos ante su audacia. «¡No! Somos discípulos de Moisés, que habló con Dios. ¿Este hombre? No sabemos qué autoridad tiene».

El hombre se sorprendió. Dijo: «¿No sabéis de dónde viene su autoridad? ¡Miradme a mí! ¡Yo era ciego y él me curó! ¡Dios no da ese tipo de poder a las personas malvadas!».

Esto enfureció a los fariseos. «¡Cómo te atreves a enseñarnos!». Inmediatamente lo echaron de la sinagoga.

Jesús se enteró de lo que había sucedido, así que fue a buscar al hombre. Le dijo: «¿Crees en el Hijo de Dios?».

«Señor, ¿quién es para que yo crea en él?».

Jesús sonrió y dijo: «Lo has visto con tus propios ojos. Es el que está hablando contigo».

El hombre se postró y dijo: «Señor, creo».

206 Los leprosos, el juez y el orgullo Jesús - de regreso al sur

Lucas 17:11-19, 18:1-14

Mientras Jesús viajaba a Jerusalén, pasó por cierta aldea. Diez hombres con lepra caminaban hacia él. Se les exigía que mantuvieran una distancia entre ellos y las demás personas. Así que le gritaron desde lejos: «Maestro, ten piedad de nosotros».

Jesús se volvió hacia ellos y les gritó: «Id a mostraros a los sacerdotes».

Se miraron unos a otros y decidieron hacer lo que él les había dicho. Por el camino, de repente se dieron cuenta de que todos estaban curados.

Uno de los diez hombres era de Samaria. Inmediatamente se dio la vuelta y corrió hacia Jesús. Gritaba alabanzas a Dios mientras corría. Se postró ante el Señor y le dio las gracias.

Jesús miró a su alrededor y dijo: «¿No habéis sido curados los diez? ¿Dónde están los otros nueve? Tú eres de Samaria, pero eres el único que ha vuelto para dar gracias a Dios».

Entonces Jesús ayudó al hombre a levantarse. «Vete, tu fe te ha sanado».

Más tarde, Jesús estaba enseñando a la multitud la importancia de no desanimarse nunca cuando se ora. Dijo: «Había un juez que no temía a Dios y no se preocupaba en absoluto por las personas.

En su ciudad había una viuda que acudía continuamente a él diciendo: “Quiero que el tribunal me haga justicia contra el hombre que me ha hecho daño”. Al principio, el juez se negó a ayudarla. Finalmente, dijo: “No me importa lo que le pase a esta mujer, pero voy a ayudarla de todos modos porque estoy cansado de que me moleste”.

El Señor dijo: «Debes acudir a Dios con esa misma determinación. Pero tú tienes una ventaja sobre esa viuda. A su juez no le importaba ella, pero tú tienes al Padre celestial, que te ama y quiere ayudarte».

Jesús contó otra historia a una multitud cuando se dio cuenta de que algunos se creían mejores que otros. Dijo: «Dos hombres fueron al templo a orar. Uno era fariseo, y todos lo honraban. El otro era recaudador de impuestos, y todos lo odiaban, pensando que era un traidor a la nación.

El fariseo se paró en un lugar prominente y oró: “Dios, me alegro de no ser como los demás, como los que son codiciosos o deshonestos, o como los que son infieles a sus esposas. Me alegro especialmente de no ser como ese miserable recaudador de impuestos que está allí. Señor, como tú sabes, ayuno dos veces por semana y te doy la décima parte de todo lo que gano”.

El recaudador de impuestos se quedó a un lado, alejado de todos. Ni siquiera levantó la vista, sino que se golpeaba el pecho avergonzado. Dijo: “Dios, sé que soy un pecador. Por favor, ten piedad de mí”.

Jesús dijo: «Ambos hombres se fueron a casa, pero solo uno fue justificado ante Dios. Fue el recaudador de impuestos, no el fariseo. Dios exaltará a los que se humillan a sí mismos, pero humillará a los que se exaltan a sí mismos».

206B El joven rico

Mateo 19:16-26, Marcos 10:17-27, Lucas 18:18-27

Jesús caminaba por el camino cuando un joven funcionario corrió hacia él y se arrodilló ante él. Le dijo: «Maestro bueno, ¿qué debo hacer para heredar la vida eterna?».

Jesús le respondió: «¿Por qué me llamas bueno? Solo Dios es bueno. Pero en cuanto a tu pregunta, obedece los mandamientos y encontrarás la vida».

«¿Cuáles?».

«No mates. No cometas adulterio. No robes. No des falso testimonio. Honra a tus padres».

«Maestro, he cumplido todo esto desde que era niño. ¿Qué me falta?».

Jesús lo miró y lo amó. Le dijo: «Te falta una cosa. Si quieres un tesoro en el cielo, vende todo lo que tienes y dáselo a los pobres. Una vez que lo hayas hecho, ven y sígueme».

El joven se quedó atónito al oír esto. Era muy rico y no estaba dispuesto a renunciar a sus riquezas. Con tristeza, se alejó.

Jesús se dio cuenta de lo triste que estaba el joven al alejarse. Entonces el Señor se volvió hacia sus discípulos y les dijo: «Es difícil que un rico entre en el reino de Dios. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios».

Los discípulos se quedaron impactados al oír esto. Dijeron: «Entonces, ¿quién puede salvarse?».

Jesús los miró y dijo: «Esto es imposible para los hombres, pero no para Dios. Todo es posible para Dios».

207 El buen samaritano

Jesús - de regreso al sur

Lucas 10:25-42

Había un hombre que era experto en la ley de Moisés. Le preguntó a Jesús: «¿Cómo puede una persona ganarse el derecho a ir al cielo?».

Jesús le dijo: «Dime lo que está escrito en la ley».

Él respondió: «Ama a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente; y ama a tu prójimo como a ti mismo».

«Ah», dijo Jesús. «Ve y haz eso, y vivirás».

El hombre se dio cuenta de lo imposible que era eso. «Eh, bueno, ¿quién es exactamente mi prójimo?».

Jesús dijo...

«Un hombre viajaba por el camino de Jerusalén a Jericó. Unos ladrones lo atacaron y lo golpearon hasta dejarlo casi muerto. Luego le quitaron su dinero y su ropa, y lo dejaron tirado al borde del camino.

El hombre necesitaba ayuda desesperadamente, y pronto pasó por allí un sacerdote. Vio al hombre, pero se pasó al otro lado del camino y siguió su camino apresuradamente. Después pasó un levita, pero también evitó la situación e ignoró al hombre.

Un tercer hombre viajaba por el camino, pero por desgracia era samaritano, un grupo de personas odiadas por los judíos. Aun así, se compadeció del judío. Se detuvo y le curó las heridas. Lo subió a su burro y lo llevó a una posada. Allí lo acomodó y le volvió a curar las heridas.

Al día siguiente, el samaritano le dio dinero al posadero y le dijo que cuidara del hombre herido. Le dijo: «Si cuesta más, te lo pagaré cuando vuelva».

«Entonces», dijo Jesús, «tres personas vieron al hombre tirado al lado de la carretera. ¿Cuál de ellas fue su prójimo?».

La respuesta era sencilla: «El que mostró misericordia».

«Sí», dijo Jesús, «ve y sigue su ejemplo».

Después de esto, Jesús fue a un pueblo. Tenía amigos que vivían allí y lo invitaron a él y a sus discípulos a su casa para comer.

Mientras hablaban, una de las hermanas, llamada María, se sentó a los pies del Señor y escuchó todo lo que él decía. Marta, su hermana, estaba ocupada preparando la comida para su invitado. Frustrada, se acercó a Jesús. «Señor, ¿te has dado cuenta de que mi hermana me ha dejado todo el trabajo? Por favor, dile que venga a ayudarme».

El Señor dijo: «Oh, Marta, Marta. Te preocupas demasiado. Has olvidado que solo hay una cosa que es absolutamente necesaria. María ha elegido esa cosa, y no se la quitarán».

207B El rico insensato

Lucas 12:13-31

Un hombre de entre la multitud dijo: «Maestro, habla con mi hermano y dile que divida la herencia conmigo».

Jesús lo miró y le dijo: «Dios no me ha puesto como juez entre vosotros dos». Luego dijo a la multitud: «¡Cuidado! La codicia quiere apoderarse de vuestra vida. Entended lo que os digo. La vida no consiste en la abundancia de posesiones».

Es como un hombre rico cuya tierra produjo una gran cosecha. Pensó para sí mismo: «¿Qué voy a hacer? No tengo suficiente espacio para almacenar mi cosecha. Ah, ya sé lo que haré. Derribaré mis graneros más pequeños y construiré otros más grandes. Así podré guardarlo todo. Con esto, podré decirle a mi alma: «Alma, ¡lo has conseguido! Aquí hay suficiente para muchos años. Relájate, come, bebe y sé feliz».

Pero Dios le dijo: «¡Eres un necio! ¡Esta noche te pediré que entregues tu alma! ¿Qué pasará ahora con todas estas cosas que has acumulado? ¿Quién las tendrá y qué harán con ellas?

Entonces Jesús se dirigió a sus discípulos: «No sean como este hombre que era rico en bienes terrenales, pero no era rico ante Dios. Vivan una vida diferente. No se preocupen por cosas como la comida, la ropa y el cuerpo. La vida es más que estas cosas.

Mirad a las aves. No siembran ni cosechan. No construyen graneros. No, Dios las alimenta. ¡No creáis que sois mucho más valiosos para Dios que las aves! Escuchad. Vuestro miedo y vuestra ansiedad no pueden añadir ni una sola hora a vuestra vida. Si no podéis hacer algo tan sencillo como eso, ¿por qué os preocupáis por el resto?

Considera los lirios. Mira cómo crecen. No se preocupan por su aspecto, y no trabajan para hacer ropa más bonita, sin embargo (sabes que es cierto) ni siquiera Salomón en toda su gloria se vestía como uno de ellos. Así que, si Dios hace todo esto por la hierba, que hoy está en el campo y mañana en el horno, ¿cuánto más te vestirá a ti?

«¡Oh, gente de poca fe! No os esclavicéis por el miedo a las cosas terrenales como la comida y la bebida. Todos los demás dejan que la preocupación domine sus corazones. Tú no lo hagas. Tu Padre sabe lo que necesitas. Por lo tanto, busca su reino y deja que él te proporcione lo que necesitas».

208 Un gran banquete

Lucas 14

Un destacado fariseo invitó a Jesús a su casa en sábado. El Señor se dio cuenta de que todos lo observaban atentamente, y entonces comprendió por qué. Frente a él había un hombre que sufría porque su cuerpo estaba hinchado.

Jesús se volvió hacia los líderes religiosos y les dijo: «Tengo una pregunta para ustedes. ¿Es legal sanar en sábado?». Nadie dijo nada.

Jesús se volvió y sanó al hombre que sufría. Después de despedirlo, el Señor dijo a los que le rodeaban: «Si vuestro hijo cayera en un pozo, no os preocuparíais por si es sábado o no. Lo sacaríais rápidamente. Haríais lo mismo por un animal». La gente no pudo contradecirle, así que no dijeron nada.

Durante la comida, Jesús vio que la gente se apresuraba a ocupar los mejores asientos. Dijo: «Cuando te inviten a una cena especial, no te apresures a sentarte en el lugar más destacado. Si lo haces, tu anfitrión podría tener que cambiarte de sitio para dejar espacio a alguien más digno. Podría asignarte un lugar inferior mientras todos miran.

Sería mucho mejor que tú eligieras un lugar más bajo. Entonces tu anfitrión podría venir y decirte: «No te sientes ahí. Por favor, pasa a un lugar más alto». Esto se haría delante de todos.

Ten siempre presente que, si te promocionas constantemente, al final serás humillado. Pero si vives con humildad, créeme, serás exaltado por los demás».

Luego se dirigió a los anfitriones de la cena: «Lo mismo ocurre con vosotros. Cuando preparéis una comida especial, no invitéis a aquellos que os hacen quedar bien, ni a aquellos que tienen la capacidad de devolveros el favor. No, invitad a los pobres, a los lisiados y a los ciegos. Si lo hacéis, ¡seréis bendecidos! Invitad a aquellos que no tienen forma de devolveros el favor. Dios lo verá y os recompensará en la resurrección.

Jesús contó esta historia: «Un gran hombre decidió organizar un gran banquete. Preparó la lista de invitados y todos aceptaron venir. Así que se fijó una fecha. El hombre y sus sirvientes hicieron todos los preparativos. Una vez que todo estuvo listo, los sirvientes fueron enviados a los invitados. Les dijeron: «¡Venid! Ya está todo listo».

Sin excepción, todos los hombres pusieron excusas para no asistir. Uno dijo: «Acabo de comprar un campo. Tengo que ir a verlo». Otro dijo: «Acabo de comprar cinco yuntas de bueyes y voy a ver qué tal están». Otro dijo: «¿No lo has oído? Me acabo de casar. Me voy a quedar aquí con mi nueva esposa».

El maestro de ceremonias se enfadó al oír todas estas excusas. Dijo a sus sirvientes: «Salid a las calles y callejones de la ciudad. Traed a los pobres, los lisiados y los ciegos».

«Una vez hecho esto, aún quedaba sitio. Entonces el maestro dijo: “Salid al campo, por los caminos y las carreteras. Insistid en que vengan a mi banquete. Quiero que mi casa esté llena. Pero aseguraos de que no se permita entrar a ninguno de los invitados originales”».

209 La oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo

Mateo 18:12-14, Lucas 15

La multitud religiosa se molestó cuando vio a los pecadores comunes reuniéndose alrededor de Jesús. Dijeron: «Él permite que los recaudadores de impuestos y los pecadores estén a su alrededor. Incluso come con ellos».

Jesús respondió contándoles estas tres historias. Dijo...

«Un pastor tenía cien ovejas. Al contar las ovejas por la noche, se dio cuenta de que faltaba una. Así que dejó las noventa y nueve y se puso a buscar la oveja perdida. Cuando la encontró, la cargó sobre sus hombros y la llevó a casa. Llamó a sus amigos y vecinos y les dijo: «Venid a celebrar conmigo. ¡He encontrado la oveja que se había perdido!».

Así es en el cielo. Hay alegría cuando un pecador se arrepiente y entrega su vida a Dios.

Una mujer se dio cuenta de repente de que le faltaba una de sus diez monedas de boda. Encendió una lámpara y barrió cuidadosamente toda la casa hasta que la encontró. Estaba tan aliviada que llamó a sus amigos y vecinos y les dijo: «Venid a regocijaros conmigo. Había perdido una de mis monedas, pero ahora la he encontrado».

Así es en el cielo. Cuando un pecador se vuelve a Dios, hay alegría entre los ángeles.

Un hombre tenía dos hijos. El menor se acercó a él y le dijo: «Quiero mi herencia, y la quiero ahora. Divide tus bienes y dame mi parte». Esto entristeció al padre, pero dividió sus bienes y le dio a cada hijo su parte.

El hijo menor se marchó de casa y se fue a un lugar lejano. Allí se dedicó a vivir en el desenfreno y a gastar su dinero sin control, hasta que lo perdió todo. De repente, una gran hambruna azotó la tierra, y él no tenía dónde vivir ni qué comer.

Consiguió un trabajo cuidando cerdos. Su hambre era tan grande que empezó a envidiar lo que comían los cerdos. Estaba totalmente indigente y nadie le daba nada.

Un día dijo: «Estoy a punto de morir de hambre, pero los que trabajan para mi padre tienen suficiente para comer. Volveré y me humillaré ante mi padre. Le pediré que me contrate como uno de sus sirvientes. Le diré: «Padre, he pecado contra Dios y contra ti. Sé que no puedo volver a ser miembro de la familia, pero por favor, contrátame como peón»».

Empezó a caminar hacia casa. Cuando aún estaba lejos, su padre lo vio venir. Con alegría, el hombre corrió hacia su hijo, lo abrazó y lo besó. El hijo se apartó, inclinó la cabeza y empezó a dar su discurso: «Padre, he pecado contra Dios y contra ti. Sé que no puedo volver a ser miembro de la familia...».

El padre llamó a sus sirvientes: «Rápido, traed la mejor ropa y los mejores zapatos, y ponédselos a mi hijo. Traed un anillo familiar para su dedo». Se volvió hacia otros sirvientes. «Id al campo y traed el mejor ternero. ¡Esta noche vamos a celebrar un banquete! Mi hijo estaba muerto, pero ahora está vivo. Estaba perdido, pero ahora lo hemos encontrado. ¡Vamos a celebrarlo!».

«Esa tarde, el hijo mayor terminó de trabajar en el campo y se dirigió hacia la casa. De repente, oyó música y vio gente bailando. Preguntó a uno de los sirvientes: «¿Qué está pasando?».

«Es tu hermano. Ha vuelto a casa, así que tu padre ha matado el mejor ternero y está celebrando una fiesta. Quiere que te unas a él».

El hijo mayor se enfadó y no quiso ir a la fiesta. El padre salió a su encuentro y le dijo: «Hijo, ven y regocíjate conmigo».

El hijo, enfadado, dijo: «Te he sido fiel todos estos años y he hecho todo lo que me has pedido. Ni una sola vez has matado ni siquiera una cabrita para honrar mi fidelidad».

«Pero ahora, este sinvergüenza se lleva la propiedad familiar y se la da a las prostitutas, y tú lo recompensas con un ternero cebado».

El padre lo miró y le dijo: «Hijo mío, tú siempre has estado aquí, cerca de mí. Todo lo que tengo es tuyo. Pero tu hermano estaba muerto, ¡y ahora está vivo! Estaba perdido, ¡y ahora lo hemos encontrado! Ven a celebrar conmigo. Alegrémonos juntos».

210 El hombre rico y Lázaro

Mateo 13:44-46, 25:1-13
Lucas 16:19-31

Jesús dijo: «Había un hombre rico que vestía ropas fabulosas, vivía en una casa lujosa y comía los mejores manjares.

Lázaro era un hombre pobre que yacía a la puerta. Estaba enfermo y cubierto de llagas. Anhelaba comer las migajas que caían de la mesa del rico. Los perros solían venir y lamer sus llagas.

Con el tiempo, Lázaro murió y los ángeles lo llevaron al lado de Abraham. El hombre rico también murió y se encontró en el lugar de los muertos, un lugar lleno de fuego y sufrimiento.

Levantó la vista y vio a Lázaro junto a Abraham. El hombre rico gritó: «Padre, por favor, envía a Lázaro con una gota de agua en su dedo para refrescar mi lengua. ¡Estoy en constante tortura!».

Abraham dijo: «Hijo, ¿recuerdas cómo disfrutabas de todas las cosas buenas de la vida, mientras que Lázaro vivía en la miseria? Ahora él vive cómodamente, mientras que tú vives en agonía. Además, ir allí es imposible. Se ha colocado un gran abismo entre nosotros».

El hombre rico dijo: «Oh, padre Abraham, te lo ruego, envía a Lázaro a mis hermanos. Él puede hablarles de este lugar de tormento. No quiero que vengan aquí».

«Hijo, ellos ya tienen advertencias. Tienen los escritos de Moisés y los profetas».

El hombre dijo: «¡Eso no es suficiente! Escucharán si alguien regresa de entre los muertos. Entonces se arrepentirán».

Abraham dijo: «No, eso no es cierto. Si ignoran los escritos, no escucharán, aunque alguien vuelva de entre los muertos».

Algún tiempo después, Jesús contó esta parábola: «El reino de los cielos es como diez damas de honor que salieron al encuentro del novio antes de la boda. Cinco de ellas eran prudentes y cinco eran necias. El novio tardaba en llegar, así que las diez jóvenes se quedaron dormidas y sus lámparas se apagaron. En medio de la noche, oyeron el grito: «¡El novio viene!».

Las mujeres se despertaron e intentaron volver a encender sus lámparas, pero el aceite se había agotado. Las cinco damas de honor prudentes habían traído aceite extra, pero las otras cinco no. Las cinco muchachas necias dijeron: «Por favor, dadnos un poco de vuestro aceite».

Las otras respondieron: «No, no hay suficiente para compartir. Daos prisa, id a comprar más». Así que las jóvenes necias corrieron a comprar más aceite.

Mientras estaban fuera, llegó el novio. Todos entraron en la casa y cerraron las puertas con llave. Cuando las jóvenes necias regresaron, llamaron a la puerta. «Por favor, dejadnos entrar. Abrid la puerta».

Entonces, desde dentro de la puerta oyeron: «¡No! No os conozco».

Jesús dio otro ejemplo sobre el reino de los cielos. Dijo: «Es como un hombre que caminaba por un campo. De repente, vio un tesoro valioso. Sabía que no podía sacarlo de la propiedad. Así que vendió todo lo que tenía y compró el campo.

«También es como un hombre que estaba en el mercado buscando perlas valiosas. De repente vio una que estaba infravalorada y cuyo propietario no conocía su verdadero valor. Acordaron un precio, y entonces el hombre fue y vendió todo lo que tenía. Cuando reunió suficiente dinero, fue y pagó por la perla».

211 La resurrección de Lázaro

Juan 11

Lázaro y sus hermanas María y Marta vivían a unos tres kilómetros de Jerusalén, en un pueblo llamado Betania. Lázaro enfermó gravemente, por lo que sus hermanas enviaron a buscar a Jesús, que era amigo de la familia. Le dijeron: «Señor, tu amigo está enfermo».

Jesús esperó dos días después de recibir el mensaje. Luego dijo a sus discípulos: «Vamos a Judea».

Ellos dijeron: «Señor, no es seguro ir allí. Los judíos te buscan para matarte».

Él dijo: «Nuestro amigo Lázaro está dormido, y tengo que ir a despertarlo».

«Señor, es bueno que esté dormido. Eso le ayudará a mejorar».

Jesús les dijo claramente: «¡Lázaro ha muerto! Y fue por ti que no fui antes. Lo que estoy a punto de hacer te ayudará a creer en mí. Ahora, vamos a Betania».

Tomás dijo: «Bueno, más vale que vayamos y muramos con él».

Cuando estaban a punto de llegar, se enteraron de que Lázaro llevaba cuatro días muerto. Marta oyó que venía, así que salió a su encuentro. «Señor, podrías haber sanado a mi hermano. Estaría vivo hoy si hubieras estado aquí. Sé que todo es posible para ti».

Jesús dijo: «Marta, tu hermano resucitará».

«Lo sé, Señor. Formará parte de la resurrección en el último día».

Jesús dijo: «Yo soy la resurrección y la vida. Los que creen en mí vivirán, aunque mueran. Siempre estarán vivos, para siempre. Marta, ¿crees esto?».

«Sí, Señor. Creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios».

Luego regresó a su casa y le susurró a su hermana: «María, el Maestro está aquí y te busca».

María se levantó y corrió hacia Jesús, y otros la siguieron. Cuando llegó a él, cayó a sus pies. «Señor, mi hermano aún estaría vivo si hubieras venido antes». Entonces comenzó a llorar.

Jesús se conmovió mucho cuando vio a María y a los demás llorando. Dijo: «¿Dónde lo pusieron?». Ella se levantó para llevarlo allí. Con eso, Jesús comenzó a llorar.

Lo llevaron al lugar donde habían depositado el cuerpo, que era una cueva con una piedra en la entrada. Cuando Jesús lo vio, dijo: «Quiten la piedra».

Marta se adelantó. «Señor, lleva cuatro días muerto. A estas alturas, el olor será insoportable».

Él se volvió hacia ella y le dijo: «¿Recuerdas lo que te dije? Si crees, verás la gloria de Dios».

Entonces ella se apartó y los hombres quitaron la piedra. Jesús alzó la vista y oró: «Padre, te doy gracias porque siempre me escuchas. Toma este milagro y úsalo para ayudar a la gente a creer que tú me enviaste».

Luego miró hacia la entrada de la tumba y gritó: «¡Lázaro, sal fuera!».

Todos los ojos se volvieron hacia la tumba. De repente, el muerto salió, todavía envuelto en vendas de lino de pies a cabeza. Jesús dijo: «Desatadle y dejadle ir».

Muchos de los judíos creyeron en Jesús ese día. Pero cuando los líderes religiosos se enteraron, convocaron un consejo. Se decidió que Jesús debía morir antes de que todos creyeran en él.

También hicieron planes para matar a Lázaro, porque su resurrección estaba haciendo que mucha gente se convirtiera a Jesús.

212 Los grandes, los ricos y los pobres

Mateo 20:20-28, Marcos 10:46-52
Lucas 19:1-10

El viaje a Jerusalén llevó a Jesús a través de Jericó. En el camino, la madre de Santiago y Juan se arrodilló ante él y le dijo: «Señor, quiero que mis hijos se sienten a tu lado cuando estés en tu reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda».

Él respondió: «No sabes lo que pides». Volviéndose hacia los hombres, les dijo: «¿Podéis sufrir como yo voy a sufrir?».

Ellos respondieron con confianza: «Sí, Señor. Estamos dispuestos a sufrir».

Jesús los miró por un momento. «Es cierto. Sufriréis por mí, pero lo que pedís no está en mi mano. El Padre elegirá quién se sentará a mi derecha y quién a mi izquierda».

Los otros diez se enojaron con los hermanos cuando escucharon esta conversación. Jesús los reunió y les dijo: «En este mundo, las personas con autoridad se convierten en señores de los demás. Esperan ser alabados y servidos. Esto no debe ser así para ustedes. Si quieren ser grandes, comiencen a servir a los demás. Si quieren ser los más grandes de todos, comiencen a servir a todos».

«Seguid mi ejemplo. Yo no he venido para que otros me sirvan. Yo doy mi vida para que otros puedan vivir».

En Jericó vivía un jefe de recaudadores de impuestos llamado Zaqueo. Quería ver a Jesús cuando pasara por la ciudad, pero era un hombre bajito y no podía ver por encima de la multitud.

Así que corrió por el camino delante de la gente y se subió a un sicómoro. Sabía que podría ver a Jesús cuando pasara debajo del árbol.

Cuando el Señor llegó a ese lugar, ¡se detuvo! Miró hacia arriba y dijo: «Zaqueo, baja de ese árbol. Hoy me quedaré en tu casa».

Zaqueo bajó rápidamente del árbol y recibió a Jesús en su casa. La gente comenzó a murmurar: «¿Cómo se le ocurre quedarse en la casa de ese gran pecador?».

Pero Zaqueo le dijo al Señor: «Voy a dar la mitad de todo lo que tengo a los pobres. Y a quienes he engañado, les devolveré cuatro veces lo que les quité».

Jesús dijo: «Hoy ha llegado la salvación a esta casa. He venido a buscar y a salvar a los que están perdidos».

Cuando Jesús salió de Jericó, pasó junto a un ciego llamado Bartimeo. Estaba mendigando al borde del camino. Oyó a la multitud y dijo: «¿Qué pasa?

«Jesús de Nazaret está pasando».

Al oír esto, gritó: «¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!».

La gente que estaba cerca le dijo que se callara. Pero él gritó aún más fuerte: «¡Hijo de David, ten piedad de mí!».

Jesús se detuvo y miró en su dirección: «Id, traedlo aquí».

Se acercaron a Bartimeo y le dijeron: «Jesús te llama. Date prisa, levántate y ve a él».

Bartimeo se levantó, tiró su manto de mendigo y fue hacia Jesús. El Señor le dijo: «¿Qué quieres que haga por ti?».

«Maestro, quiero ver».

El Señor le dijo: «Ve, tu fe te ha sanado». Al instante, Bartimeo pudo ver y comenzó a seguir a Jesús.

213 Entrada triunfal

Mateo 21:1-11, Marcos 11:1-11
Lucas 19:28-44, Juan 12:1-19

Jesús y sus discípulos fueron invitados a comer a una casa. Lázaro también fue invitado y Marta ayudó a servir. Mientras comían, su hermana María derramó un aceite muy caro sobre los pies de Jesús y se los secó con su cabello. La casa se llenó del aroma del aceite perfumado.

Judas Iscariote dijo: «¡Señor, qué desperdicio de aceite! Se podría haber vendido y el dinero se podría haber dado a los pobres». En realidad, él no se preocupaba por los pobres, sino que estaba a cargo del dinero de los discípulos y lo estaba robando.

Jesús dijo: «Déjala en paz. Tú siempre podrás ayudar a los pobres, pero no siempre me tendrás a mí. María me ha ungido para mi entierro. Y a medida que el evangelio se difunda por todo el mundo, la gente oirá hablar de lo que ella ha hecho».

Al día siguiente, Jesús fue al monte de los Olivos. Les dijo a dos de sus discípulos: «Id al pueblo y allí encontraréis una burra con su pollino. Desatadlos y traédmelos. Si alguien os pregunta qué estáis haciendo, decidle que el Señor los necesita».

Los dos fueron al pueblo y encontraron la burra y el pollino. Los desataron y se pusieron en camino. Los dueños les preguntaron: «¿Qué hacéis?». Ellos respondieron: «El Señor los necesita», y les dejaron ir. Así que los discípulos llevaron la burra y el pollino a Jesús.

Nadie había montado al pollino antes de ese día, pero los discípulos le pusieron sus mantos y ayudaron a Jesús a montarse. Mientras cabalgaba por el camino, la gente extendía sus mantos delante de él. La multitud crecía a medida que bajaba por el monte de los Olivos. Cogieron ramas de palmera y las pusieron en el camino.

La gente gritaba de alegría y alababa a Dios por todos los milagros que habían visto. «¡Bendito el Rey que viene en nombre del Señor!». Mientras Jesús continuaba su camino, gritaban: «¡Hosanna! ¡Hosanna al Hijo de David!».

Algunos de los fariseos le dijeron a Jesús: «¿Oyes lo que dicen tus seguidores? ¡Haz que se callen!».

Jesús respondió: «Si ellos se callan, las piedras gritarán».

Cuando estaba a punto de entrar en la ciudad, se detuvo y comenzó a llorar. Dijo: «¡Oh, Jerusalén! ¡Jerusalén! ¡Si tan solo hubieras sabido! Este era un día especial para ti, un día que te traería paz. Pero ahora tus ojos estarán cubiertos y no podrás ver. Un poderoso ejército te destruirá. Todo porque no reconociste el momento en que Dios vino a ti».

Él y la multitud continuaron hacia Jerusalén. Toda la ciudad se vio sacudida por el acontecimiento. Los visitantes de otros países preguntaban: «¿Quién es este?». La gente respondía: «Este es el profeta Jesús de Nazaret».

214 La última semana del ministerio

Mateo 21:12-46, Marcos 11:12–12:44
Lucas 19:45–21:4

Durante la última semana antes de la Pascua, Jesús pasó cada día en Jerusalén, mientras pasaba la noche en una ciudad cercana. Mientras él y sus discípulos caminaban hacia la ciudad en la segunda mañana, Jesús vio una higuera a lo lejos. Se acercó a ella, pero no había fruto en el árbol, solo hojas. Entonces le dijo al árbol:
«Nunca más volverás a dar fruto».

Cuando llegaron al templo, Jesús vio a gente vendiendo animales para sacrificar e intercambiando dinero extranjero. Los echó fuera y volcó sus mesas.

Luego se sentó y dijo a la gente: «Las Escrituras dicen: «Mi casa será conocida como casa de oración». Vosotros la habéis convertido en una cueva de ladrones». Esto enfureció a los líderes religiosos. Hablaron de matarlo porque se estaba volviendo muy popular.

A la mañana siguiente, los discípulos se fijaron en la higuera. «Maestro, ¡mira! ¡El árbol está completamente seco!».

Jesús dijo: «Tened fe en Dios y haréis más que esto. Podéis decirle a una montaña: «Tírate al mar», y así sucederá. Pero debéis creer que así será, sin dudar en vuestro corazón. Además, no podéis guardar rencor a nadie».

Jesús siguió enseñando al pueblo en el templo. Un día dijo: «Un hombre plantó una viña y la rodeó con una cerca. Luego se fue de viaje por mucho tiempo, pero antes de partir contrató a unos hombres para que cuidaran su viña.

Cuando llegó el momento de la cosecha, envió a un siervo a recoger sus frutos. Los hombres golpearon al siervo y lo despidieron con las manos vacías. El propietario envió a otros siervos, pero todos recibieron el mismo trato. Incluso mataron a algunos.

Finalmente, el propietario dijo: «Tengo que enviar a alguien con autoridad para que le escuchen. Por lo tanto, enviaré a mi único hijo».

Cuando los hombres vieron al hijo, dijeron: "Si lo matamos, ¡heredaremos todo!". Así que lo agarraron, lo mataron y lo arrojaron fuera de la viña».

Jesús dijo: «¿Qué creéis que hará el dueño con esos hombres?».

La gente respondió rápidamente: «¡Matará a esos hombres! Luego le dará la viña a personas en las que pueda confiar».

Los líderes religiosos sabían que esta historia se refería a ellos. Estuvieron de acuerdo en que Jesús debía ser arrestado pronto, pero no sabían cuándo ni dónde. Debían hacerlo con cuidado porque temían a la multitud.

Más tarde, Jesús miró al otro lado del templo, hacia el tesoro. Observó a la multitud echando dinero en el tesoro, especialmente a los ricos, que echaban grandes cantidades. De repente, llegó una viuda pobre y echó dos monedas diminutas que valían menos de un centavo.

Jesús llamó a sus discípulos y les dijo: «Escuchadme. Esa viuda pobre ha puesto más en el tesoro del templo que todas esas otras personas. Ellos dieron un poco de todo lo que tenían. Pero ella es extremadamente pobre. Lo que dio era todo lo que tenía. Dio el único dinero con el que contaba para vivir».

215 La última cena

Mateo 26:14-30, Marcos 14:10-26
Lucas 22:1-30, Juan 13:1-30

Los líderes religiosos se reunieron para decidir cómo iban a matar a Jesús. Mientras hablaban, Judas Iscariote se acercó y dijo: «¿Qué me daréis si os lo entrego?». Ellos se alegraron y acordaron darle treinta piezas de plata.

Al mismo tiempo, Jesús estaba haciendo planes para celebrar la Pascua con sus discípulos. Les dijo a Pedro y Juan: «Id a la ciudad y buscad a un hombre que lleve una jarra de agua. Seguidlo hasta que entre en una casa. Decidle al dueño de la casa: "El Señor dice que ha llegado su hora. Comerá la Pascua en tu sala de huéspedes". Él os llevará a su sala superior. Preparad allí la comida. Tenedlo todo listo para nosotros».

Los dos hombres encontraron todo tal como Jesús había dicho. Así que prepararon la comida. Esa noche, Jesús y sus discípulos se reunieron allí para celebrar la Pascua.

Durante la comida, Jesús se levantó y se quitó el manto. Se ciñó una toalla a la cintura y vertió agua en una palangana. Luego comenzó a lavar los pies de sus discípulos.

Pedro se sorprendió. Dijo: «Señor, ¿vas a lavarme los pies?».

«Pedro, tú no entiendes lo que estoy haciendo ahora, pero algún día lo entenderás».

«No, Señor. No dejaré que me laves los pies. Yo debería lavarte los tuyos».

Jesús lo miró. «Si no te lavo los pies, no podrás ser parte de lo que estoy haciendo».

«Oh, maestro, si ese es el caso, entonces lávame todo: los pies, las manos y la cabeza».

«No, Pedro. Cuando una persona se baña regularmente, solo necesita lavarse los pies».

Una vez que terminó, se sentó de nuevo a la mesa y dijo: «Habéis visto lo que he hecho. Un siervo no es mejor que su amo. Si yo me he humillado ante vosotros, vosotros debéis humillaros unos ante otros».

Pronto, Jesús se entristeció mucho. Dijo: «Uno de vosotros me traicionará. Tiene que ser así, porque fue predicho desde tiempos inmemoriales. Sin embargo, sería mejor para esa persona que nunca hubiera nacido».

Los discípulos se sorprendieron y comenzaron a preguntar: «Señor, ¿soy yo? ¿Soy yo?».

Jesús dijo: «Durante esta comida, mojaré pan en el caldo y se lo daré a la persona que hará esto».

Judas se inclinó y susurró: «¿Soy yo, Señor?».

Jesús lo miró y le dijo en voz baja: «Tú sabes que eres tú», y le dio el pan mojado en el caldo. Cuando Judas lo tomó, Satanás entró en su corazón y se levantó.

Jesús lo miró y le dijo: «Ve y hazlo rápidamente». Judas salió entonces de la habitación. Los demás pensaron que simplemente iba a hacer un recado.

Mientras comían, Jesús tomó el pan y lo bendijo. Luego lo partió y dijo: «Tomad y comed. Este es mi cuerpo, que yo entrego por vosotros. Recordadme mientras coméis».

Después de la cena, tomó la copa y la bendijo. Se la dio a ellos y les dijo: «Bebed todos de ella. Es mi sangre, que será derramada para el perdón de los pecados. No volveré a beber vino hasta que me siente con vosotros en el reino de Dios».

Jesús habló con ellos durante mucho tiempo y luego oró por ellos. Después cantaron un himno y salieron al monte de los Olivos.

216 Getsemaní

Mateo 26:31-56, Marcos 14:27-52
Lucas 22:39-53, Juan 18:1-11

Cuando Jesús y sus discípulos salieron por las puertas de Jerusalén, él dijo: «Todos vosotros me abandonaréis esta noche... pero después de resucitar de entre los muertos, os encontraré en Galilea».

Pedro dijo: «Señor, yo nunca te abandonaré, aunque todos los demás lo hagan».

Jesús se detuvo y lo miró. «Oh, Pedro, esta misma noche negarás que me conoces, y no solo una vez. Antes de que cante el gallo por la mañana, tres veces dirás a la gente que no me conoces».

Pedro se quedó sorprendido: «¡Señor! Aunque eso signifique la muerte, nunca te negaré». Todos los demás discípulos dijeron lo mismo.

Llegaron a una arboleda de olivos llamada Jardín de Getsemaní. A la entrada, Jesús dijo a sus discípulos: «Sentaos aquí mientras yo voy a orar». Luego llevó a Pedro, Santiago y Juan al jardín. Una vez allí, comenzó a agonizar. Dijo: «Estoy abrumado por el dolor. Permaneced despiertos y orad conmigo».

Luego se alejó un poco y se postró. «Padre, esta copa de agonía, ¿tengo que beberla? Tú puedes hacer cualquier cosa. ¡Quítamela! Pero si no, seguiré tu plan para mí».

Volvió con los tres hombres y los encontró durmiendo. Los despertó y les dijo: «Pedro, mantente despierto y ora conmigo. El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil».

Volvió y una vez más oró en profunda agonía. «¡Oh Padre, quítame esta copa! Aun así, la beberé si es tu voluntad».

Una vez más vio que los tres hombres estaban durmiendo. Les dijo: «¿Por qué estáis durmiendo?». Lo miraron y no supieron qué decir.

Cuando oró por tercera vez, comenzó a sudar, pero eran gotas de sangre que caían al suelo. Apareció un ángel y le dio fuerzas.

Volvió donde sus discípulos, que seguían durmiendo. Mirándolos, les dijo: «Duerman, porque se acerca la hora».

En ese momento, Judas entró en el jardín con un grupo de guardias. Sabía que era un lugar al que Jesús solía ir con sus discípulos. Dijo: «Miradme con atención. Jesús es aquel a quien besaré».

Entraron en el jardín con antorchas, espadas y palos. Jesús se volvió hacia sus discípulos. «¡Levantaos! Mi traidor está aquí».

Judas se acercó a él y le dijo: «Hola, Maestro». Y luego le dio un beso.

Jesús dijo: «Oh, Judas, ¿me traicionas con un beso?». Luego se volvió hacia los guardias: «¿A quién buscáis?».

«¡A Jesús de Nazaret!».

«¡Yo soy!».

Al instante, fueron derribados y cayeron al suelo. Cuando se levantaron, Jesús volvió a decir: «¿A quién buscáis?».

Se miraron unos a otros y dijeron: «A Jesús de Nazaret».

«Bueno, ya os he dicho que soy yo. Ahora dejad que los demás se vayan».

De repente, Pedro se dio cuenta de lo que estaba pasando. Sacó su espada y atacó a un siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja.

Jesús lo detuvo y le dijo: «Guarda tu espada. ¿No entiendes? Podría orar ahora mismo y mi Padre enviaría miles de ángeles para protegerme». Luego se volvió, tocó la oreja del siervo y la sanó.

Con eso, todos los discípulos huyeron. Entonces los guardias tomaron a Jesús, lo ataron y lo sacaron del jardín.

217 Juicio ante los judíos

Mateo 26:57-75, 27:1-10
Marcos 14:53-72, Lucas 22:54-71
Juan 18:15-27

Los guardias se llevaron a Jesús del huerto de Getsemaní y lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote. Pedro los siguió de lejos. Una vez allí, se sentó junto a un fuego de carbón en medio del patio. Una sirvienta lo miró y le dijo: «¿No eres tú uno de sus discípulos?».

«No... no, no lo soy». Luego se trasladó a otra parte del patio.

El antiguo sumo sacerdote interrogó a Jesús sobre sus enseñanzas. Jesús dijo: «Enseñé en lugares públicos y no oculté nada. Si quieres saber lo que enseñé, pregunta a los que me escucharon».

Uno de los guardias le abofeteó. «¡Debes ser respetuoso cuando hablas con este hombre de Dios!».

Jesús se volvió hacia él y le dijo: «¿Por qué golpeas a alguien que dice la verdad?».

Luego llevaron a Jesús a un balcón que daba al patio para que pudiera presentarse ante el sumo sacerdote. Varias personas testificaron contra él, pero no se ponían de acuerdo sobre lo que había dicho. Llamaron a otras personas para aclarar la confusión, pero solo la empeoraron.

Finalmente, frustrado, el sumo sacerdote dijo: «Dime claramente: ¿eres tú el Mesías, el Hijo de Dios?».

Jesús dijo: «Sí, lo soy».

El sacerdote se sorprendió y rasgó sus vestiduras. Gritó: «¡No necesitamos nada más! Tú lo has oído. Él blasfema contra Dios».

Todos gritaron: «¡Mátalo!». Lo golpearon y le escupieron.

Pedro observaba esto desde el patio. Uno de los hombres lo miró y dijo: «¡Aquí hay uno de ellos! ¡Él estaba con Jesús!».

Pedro vio que todos lo miraban. «No, no sé de qué habláis. No lo conozco».

Aproximadamente una hora más tarde, un hombre dijo: «Te vi en el huerto. Tú eres uno de ellos». Volviéndose hacia los demás, dijo: «Escuchad su forma de hablar. Es de Galilea».

Con eso, Pedro comenzó a jurar. Luego dijo: «¡Déjenme en paz! ¡Les digo que no conozco a este hombre!».

Tan pronto como esas palabras salieron de su boca, cantó un gallo. Pedro levantó la vista y vio a Jesús mirándolo.

Recordó las palabras: «Me negarás tres veces antes de que cante el gallo por la mañana». Salió del patio y lloró amargamente.

Cuando salió el sol, se reunió el tribunal judío y Jesús fue condenado a muerte. Luego lo llevaron ante los romanos para que lo ejecutaran.

Cuando Judas vio todo lo que había sucedido, fue a ver a los líderes religiosos. «¡He pecado! He traicionado a un hombre inocente».

Ellos se rieron: «¿Por qué nos tiene que importar? Tú te encargas de eso».

Judas arrojó entonces las monedas de plata al suelo y se marchó. Encontró un árbol y se ahorcó.

218 Juicio ante los romanos

Mateo 27:11-26, Marcos 15:1-15
Lucas 23:1-25, Juan 18:28–19:16

Jesús fue llevado ante Pilato, el gobernador romano. Pilato preguntó a los líderes religiosos: «¿De qué es culpable este hombre?».

Ellos respondieron: «Dice que es rey. Debe morir porque es un rebelde contra César. Nosotros lo ejecutaríamos, pero no se nos permite hacerlo. Por eso lo hemos traído ante ti».

Pilato se volvió hacia Jesús y le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?».

«Sí, lo soy».

Pilato descubrió entonces que Jesús era de Galilea, que estaba bajo el dominio de Herodes. Herodes se encontraba en Jerusalén, por lo que Pilato lo envió ante él.

Herodes se alegró porque quería ver algunos milagros. Pero Jesús ni siquiera le dirigió la palabra. Finalmente, Herodes y sus guardias se burlaron de Jesús poniéndole ropas reales y enviándolo de vuelta a Pilato.

Los líderes judíos acusaron a Jesús de muchos crímenes, pero él permaneció allí y no se defendió. Pilato dijo: «¿No oyes lo que dicen? ¿Cuál es tu defensa?». Aun así, Jesús no dijo nada.

Finalmente, Pilato concluyó que no había pruebas de que Jesús fuera culpable de ningún delito digno de muerte. Entonces pensó en una forma de liberar al hombre. Cada Pascua, liberaba a un prisionero al pueblo. Pensó que simplemente podría golpear a Jesús y luego liberarlo.

Pilato estaba a punto de presentar esto al pueblo, cuando su esposa le envió un mensaje. «He tenido pesadillas sobre el hombre que estás juzgando. No le hagas nada. Es inocente».

Pilato se presentó ante el pueblo. «¿A quién queréis que os suelte: a Jesús, llamado el Mesías, o a Barrabás, un ladrón y asesino?».

Los líderes religiosos sabían que Pilato podría hacer esto, por lo que habían preparado al pueblo. «¡Barrabás! ¡Danos a Barrabás!».

Pilato se sorprendió. «¿Qué debo hacer con Jesús, llamado el Cristo?».

«¡Crucifícalo!».

Pilato se dio la vuelta porque no quería matar a un hombre inocente. Finalmente, los líderes judíos lo amenazaron: «Si liberas a este hombre, le diremos a César que ayudaste a un hombre que se rebeló contra el imperio».

Pilato volvió a razonar con el pueblo: «¿Quieren que crucifique a su rey?».

Ellos gritaban cada vez más fuerte: «¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! ¡No tenemos más rey que César!».

Pilato se dio cuenta de que el pueblo estaba a punto de amotinarse. Finalmente cedió a sus deseos y pidió una palangana con agua. Se lavó las manos delante de ellos y dijo: «Sois testigos de que soy inocente. La sangre de este hombre no está en mis manos».

Ellos gritaron: «¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!».

Con eso, Pilato mandó azotar a Jesús y luego lo entregó a los guardias para que lo crucificaran.

219 Crucifixión y entierro

Mateo 27:27-61, Marcos 15:16-47
Lucas 23:26-54, Juan 19:16-42

Jesús fue condenado a morir crucificado. Pilato lo entregó a los soldados romanos, quienes le colocaron una corona de espinas en la cabeza. Se burlaron de él y dijeron: «Mirad, el rey de los judíos». Lo golpearon y le escupieron.

Luego lo llevaron para crucificarlo.

Por el camino, agarraron a un hombre y lo obligaron a llevar la cruz. Una gran multitud los seguía, llorando y lamentándose.

Llevaron a Jesús y a dos criminales fuera de las murallas de la ciudad, a un lugar llamado «La Calavera». Los tres fueron clavados en cruces, con Jesús en medio.

Pilato puso un letrero en su cruz que decía: EL REY DE LOS JUDÍOS. El sumo sacerdote dijo: «¡No escribas El Rey de los Judíos!». Pero Pilato dijo: «He escrito lo que he escrito».

Después de que colocaran las cruces, Jesús oró: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Eran las nueve de la mañana.

Algunas personas gritaban: «Si eres el Hijo de Dios, baja de la cruz».

Los líderes religiosos se rieron: «¡Oh, puede salvar a otros, pero no puede salvarse a sí mismo! Dijo que era el Hijo de Dios. ¿Por qué Dios no le ayuda?».

Uno de los criminales crucificados junto a Jesús gritó: «Si tú eres el Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros».

El otro criminal le respondió gritando: «¿No temes a Dios? Nosotros merecemos ser crucificados, pero este hombre es inocente!». Luego dijo: «Señor, acuérdate
de mí cuando vengas en tu reino».

Jesús dijo: «Hoy estarás conmigo en el Paraíso».

Los soldados tomaron y se repartieron las ropas de Jesús. Su túnica era sin costuras, así que echaron suertes para ver quién se la quedaría.

Jesús vio a su madre de pie cerca de la cruz, y a Juan cerca. Dijo: «Madre, mira a Juan como tu hijo. Juan, cuida de mi madre».

Alrededor del mediodía, la oscuridad cubrió toda la zona y duró tres horas.

A las tres de la tarde, Jesús gritó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?». Poco después, supo que todo había terminado. Dijo: «Tengo sed». Los soldados tenían cerca una jarra de vino agrio. Uno de ellos la tomó, junto con una esponja. Llenó la esponja con el vino agrio y la puso en una rama de hisopo. Nadie lo detuvo cuando se la acercó a la boca de Jesús.

Después de probar el vino, se incorporó, respiró hondo y gritó: «Todo está consumado». Luego se dejó caer, inclinó la cabeza... y murió.

En ese momento, hubo un terremoto. Enormes rocas se partieron en dos. El velo del templo se rasgó de arriba abajo. Los soldados que estaban cerca de la cruz se asustaron al ver todo esto. Miraron a Jesús y dijeron: «¡Es verdad! ¡Este era el Hijo de Dios!».

Más tarde, por la tarde, otros soldados vinieron a romper las piernas de los que estaban en las cruces. Lo hicieron para acelerar su muerte. Primero rompieron las piernas de los dos criminales.
Cuando llegaron a Jesús, vieron que ya estaba muerto. Para asegurarse, un soldado le clavó una lanza en el costado.

Un hombre rico llamado José fue a Pilato y obtuvo permiso para enterrar el cuerpo de Jesús. Los líderes religiosos también se reunieron con Pilato y le dijeron: «Este engañador les dijo a sus discípulos que después de su muerte resucitaría al tercer día. Tememos que vengan y roben el cuerpo y luego le digan a todos que resucitó de entre los muertos». Pilato accedió a poner un sello romano en la piedra y asignó guardias para vigilar la tumba.

José y su amigo Nicodemo ayudaron a bajar el cuerpo de la cruz. Lo envolvieron en tiras de tela de lino, con una mezcla de especias. José lo depositó en su propia tumba y colocó una gran piedra en la entrada. Se puso un sello romano en la piedra. Luego, los soldados se colocaron frente a la tumba para vigilar el cuerpo de Jesús.

220 Resurrección

Jesús - después de la resurrección

Mateo 27:62–28:15, Marcos 16:1-8
Lucas 24:1-12, Juan 20:1-18

Todo estaba tranquilo en la tumba de Jesús hasta la madrugada del domingo, cuando aún estaba oscuro. De repente, hubo un terremoto y un ángel apareció en el lugar de la tumba. ¡Giró la enorme piedra y se sentó sobre ella! Los guardias se asustaron y se desmayaron. Y entonces... todo volvió a estar tranquilo.

Cuando salió el sol, María Magdalena y otras mujeres entraron en el jardín para poner especias en el cuerpo de Jesús. Se preguntaban cómo iban a conseguir que alguien apartara la piedra de la tumba.

Cuando llegaron a la tumba, se dieron cuenta de que los soldados se habían ido y que la piedra estaba apartada. Miraron y vieron que la tumba estaba vacía.

María se dio la vuelta y corrió a contarles a los discípulos lo de la tumba vacía. Las otras mujeres se quedaron en el jardín. Finalmente, entraron en la tumba. Vieron a dos ángeles. Uno de los ángeles dijo: «¡No temáis! Buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado. Id a decírselo a sus discípulos y a Pedro». Así que las mujeres fueron a hacer lo que se les había dicho.

Mientras tanto, María encontró a los discípulos y les dijo: «¡Han llevado el cuerpo de Jesús y no sabemos dónde está!».

Cuando Pedro y Juan oyeron esto, corrieron hacia la tumba. Juan llegó primero, pero no entró. Pedro entró corriendo y Juan lo siguió. Vieron las vendas que habían envuelto el cuerpo de Jesús, pero el cuerpo había desaparecido. Salieron del sepulcro y se fueron a casa, confundidos por lo que había sucedido.

Después de que se fueron, María Magdalena regresó al jardín, llorando mientras caminaba. Cuando llegó al sepulcro, vio a los ángeles. Uno de ellos le dijo: «¿Por qué lloras?».

«Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde está».

Se volvió y vio a un hombre de pie cerca de ella. No se dio cuenta de que era Jesús. Pensó que era el jardinero. «Señor, si tú lo has llevado, por favor, dime dónde está para que pueda ir a buscarlo».

Jesús dijo: «¡María!».

Al instante, ella supo quién era. Se postró y le agarró los pies: «¡Mi Maestro!».

Él dijo: «No me toques, pero ve a decirles a mis discípulos que me has visto». Inmediatamente se levantó y corrió a buscar a los discípulos.

Entonces Jesús se apareció a las otras mujeres mientras regresaban a la ciudad. Ellas se postraron y lo adoraron. Él les dijo: «Id a buscar a mis hermanos y decidles que los veré en Galilea».

Todas las mujeres encontraron a los discípulos y les dijeron: «¡Jesús está vivo! Lo hemos visto y hemos hablado con él. ¡Está vivo!». Los hombres se sintieron abrumados y no podían creer que fuera verdad.

Los guardias que estaban en la tumba estaban aterrorizados por los acontecimientos de esa mañana. Fueron y contaron a los líderes religiosos exactamente lo que había sucedido. Después de discutirlo, el sumo sacerdote les dio a los guardias una gran cantidad de dinero y les dijo: «Decidle a la gente que los discípulos de Jesús vinieron y robaron su cuerpo mientras vosotros dormíais. Nosotros nos aseguraremos de que no tengáis problemas con Pilato». Los guardias tomaron el dinero e hicieron lo que se les había dicho.

221 El camino a Emaús

Lucas 24:13-45

Jesús - después de la resurrección

En la tarde del día en que Jesús resucitó de entre los muertos, dos discípulos salieron de Jerusalén y comenzaron a caminar hacia Emaús. Estaban discutiendo los acontecimientos de los últimos días. De repente, notaron que alguien caminaba cerca de ellos. No se dieron cuenta de que era Jesús.

Él les dijo: «¿De qué están hablando?».

Se volvieron y lo miraron. «¿Eres forastero aquí? ¿No sabes lo que ha pasado en los últimos días?».

«¿Qué ha pasado?».

«Estamos hablando de Jesús de Nazaret, el que predicaba las palabras de Dios. Nuestros líderes lo crucificaron hace tres días.

Esta mañana, algunas mujeres fueron a la tumba. Vinieron y nos dijeron que el cuerpo había desaparecido. Un par de hombres fueron y, efectivamente, había desaparecido. Ahora las mujeres dicen que vieron ángeles y que, de hecho, han visto al Señor vivo».

Jesús habló. «¿Por qué sois tan lentos para comprender? Los profetas dijeron claramente que el Mesías tenía que sufrir estas cosas». Entonces comenzó por el principio de las Escrituras y explicó las partes que se referían a él.

Cuando se acercaban a Emaús, le dijeron: «Es demasiado oscuro para continuar. Por favor, quédate con nosotros». Así que entró en la casa con ellos.

Durante la cena, Jesús tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Inmediatamente reconocieron quién era. Y entonces... ¡desapareció!

Se miraron unos a otros con asombro. Finalmente, uno de ellos dijo: «¡Nuestros corazones ardían mientras nos explicaba las Escrituras!».

Rápidamente regresaron a Jerusalén para contarles a los discípulos lo que había sucedido. Estaban en una habitación bien cerrada con llave porque temían a los líderes judíos.

Cuando los dos hombres llegaron, dijeron: «¡Es verdad! El Señor ha resucitado. Caminó con nosotros explicándonos las Escrituras. No lo reconocimos hasta que partió el pan con nosotros». Los discípulos no podían creerlo.

De repente, el Señor se puso en medio de ellos y dijo: «¡La paz sea con vosotros!». Aun así, los discípulos no podían creer que lo que veían era realmente Jesús. Pensaban que era un espíritu.

Él dijo: «Mirad las cicatrices de mis manos y mis pies. Tocadlas. Un espíritu no tiene carne ni huesos como estos».

Aún no podían creerlo debido a su alegría. Él dijo: «¿Tenéis algo de comer?». Le dieron un poco de pescado y panal de miel, y él lo comió.

Entonces Jesús les abrió la mente para que pudieran comprender las Escrituras.

222 Recuperando a dos discípulos

Jesús - después de la resurrección

Juan 20:24 – 21:19

Tomás no estaba con los discípulos cuando Jesús se les apareció. Así que lo buscaron y le dijeron: «¡Tomás, hemos visto al Señor! ¡Está vivo!».

«¡Eso es imposible! Para creerlo, tendría que sentir las marcas de los clavos en sus manos y tocar su costado, donde lo atravesaron».

Ocho días después, Jesús se apareció de repente a los discípulos, y Tomás estaba con ellos. El Señor dijo: «¡La paz sea con vosotros!».

Se volvió hacia Tomás y le dijo: «Ven y toca las cicatrices de mis manos y de mi costado. Deja de preguntarte si estoy vivo o no».

Tomás cayó de rodillas. «¡Mi Señor y mi Dios!».

Jesús dijo: «Tomás, tú crees porque me ves. Bienaventurados los que no me ven y sin embargo creen».

Algún tiempo después, algunos de los discípulos estaban en el mar de Galilea. Pedro dijo a los demás: «Voy a pescar». Ellos respondieron: «Nosotros también vamos».

Salieron en una barca y pescaron toda la noche, pero no capturaron nada. En la penumbra de la madrugada, un hombre se paró en la orilla y preguntó: «¿Han pescado algo?».

«No».

«Echa la red a la derecha de la barca».

Lo hicieron, y de repente la red se llenó de peces. Juan le dijo a Pedro: «Es el Señor».

Cuando Pedro oyó esto, se envolvió en sus ropas, se lanzó al agua y nadó hasta la orilla. Los demás llegaron en la barca, arrastrando la red llena de peces.

Una vez allí, vieron a Jesús cocinando pan y pescado sobre el fuego. Él se volvió y dijo: «Traedme más pescado». Pedro ayudó a los demás a sacar la red, que contenía 153 peces grandes.

Una vez que todo estuvo listo, Jesús dijo: «Venid y comed». Se reunieron a su alrededor y él les dio pan y pescado.

Cuando terminaron de comer, Jesús dijo: «Simón, ¿me amas más que estos?».

Pedro se sorprendió por la pregunta: «Sí, Señor. Te amo».

«Entonces apacienta mis corderos».

Le preguntó por segunda vez: «Simón, ¿me amas?».

«Sí, Señor, tú sabes que te amo».

«Entonces apacienta mis ovejas».

Por tercera vez Jesús le hizo la pregunta: «Simón, ¿me amas?».

Pedro se entristeció por esta pregunta. Dijo: «Señor, tú lo sabes todo. Tú sabes que te amo».

«Entonces apacienta mis ovejas. Cuando eras joven, ibas a donde querías. Pero cuando seas viejo, otro te llevará a donde no quieres ir». Esto se refería a cómo la muerte de Pedro traería gloria a Dios.

Entonces Jesús dijo: «¡Sígueme!».

223 Comisión y ascensión

Jesús - después de la resurrección

Mateo 28:16-20, Lucas 24:47-53
Hechos 1

Los discípulos fueron a Galilea, a la montaña donde Jesús los había seleccionado por primera vez para ser sus discípulos. De repente, Él apareció y ellos lo adoraron. Él dijo: «Yo les doy autoridad para predicar. Vayan a todas las naciones y hagan discípulos. Bautícenlos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Enséñenles lo que yo les he enseñado. Recuerden, yo estoy siempre con ustedes».

Durante los cuarenta días que siguieron a su resurrección, Jesús pasó tiempo con sus discípulos enseñándoles cosas sobre el reino de Dios. También se apareció a muchas otras personas, una vez a una multitud de más de quinientas personas.

Luego llevó a sus discípulos al monte de los Olivos dijo: «No salgáis de Jerusalén hasta que recibáis la promesa del Padre. Juan bautizó con agua, pero ahora vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo».

Ellos dijeron: «Señor, ¿es ahora cuando vas a convertir a Israel en un reino de nuevo?».

Jesús dijo: «Solo el Padre sabe cuándo sucederá eso. Mientras tanto, debéis difundir la buena nueva de que las personas pueden recibir el perdón de los pecados».

«Esperad en Jerusalén hasta que el Espíritu Santo venga sobre vosotros. Él os dará poder para difundir esta buena nueva. Comenzad en Jerusalén y luego llevadla a toda la nación incluyendo a Samaria. Por último, id a todo el mundo».

Entonces Jesús los bendijo. Al hacerlo, se elevó repentinamente y desapareció en una nube. Los discípulos se quedaron allí mirando hacia arriba.

Dos hombres vestidos de blanco aparecieron junto a ellos. Les dijeron: «¿Por qué estáis ahí mirando al cielo? Habéis visto a Jesús ascender. Él volverá de la misma manera».

Así que los discípulos regresaron a Jerusalén. ¡Sus corazones rebosaban de alegría! Se reunieron en una habitación superior con otros creyentes, tanto hombres como mujeres. María, la madre de Jesús, estaba allí, así como sus hermanos. Todos los creyentes estaban de acuerdo y pasaron ese tiempo en oración.

En un momento dado, Pedro se puso de pie y habló al grupo. Dijo: «Judas cumplió las Escrituras cuando llevó a la multitud al huerto y traicionó a Jesús. Judas era uno de nosotros y tenía todos los privilegios de este ministerio. Sin embargo, lo vendió todo por un precio. Con ese dinero compró un campo, y hoy se llama «Campo de Sangre»».

«Aun así, necesitamos a alguien que ocupe su lugar entre los apóstoles. Elijamos a un hombre, pero asegurémonos de que haya estado con nosotros desde que Jesús fue bautizado por Juan. La persona que elijamos debe haber visto todos los milagros hasta que el Señor fue llevado al cielo. Con nosotros, dará testimonio de la resurrección de Cristo».

Se seleccionó a dos hombres para la consideración final. La gente oró y luego echó suertes para tomar la decisión final. Matías fue elegido.

224 La venida del Espíritu Santo

Hechos 2

El día de Pentecostés, los creyentes estaban orando en el aposento alto. De repente, oyeron un ruido fuerte. Sonaba como una violenta tormenta que venía del cielo. El sonido llenó la habitación y vieron lo que parecía fuego. De repente, se separó y se posó sobre cada creyente. Al instante, se llenaron del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en lenguas extranjeras.

La gente de la ciudad se enteró de esto. Entre ellos había judíos de muchos países que hablaban diferentes idiomas. Fueron a ver qué estaba pasando. Cuando llegaron, oyeron a los apóstoles hablar en varios idiomas, incluidos los de todos los que estaban en la multitud.

Algunos dijeron: «¡Esto es imposible! Estos hombres no pueden hablar nuestro idioma. Son de Galilea. Sin embargo, los oímos hablar en nuestra propia lengua».

Otros dijeron: «Oh, solo están borrachos».

Pedro se puso de pie delante de ellos y dijo: «Estos hombres no están borrachos. Esto es lo que los profetas de antaño dijeron cuando afirmaron que Dios derramaría su Espíritu sobre la gente común».

«Vosotros visteis los milagros de Jesús. Aun así, lo crucificasteis, lo clavasteis en una cruz y lo pusisteis en la tumba. ¡Pero nosotros somos testigos de que Dios lo resucitó de entre los muertos! Él está vivo. Está sentado a la derecha del Padre. Ahora nos ha enviado su Espíritu Santo. Esto es lo que estáis viendo.

Entended lo que os digo. Vosotros crucificasteis a Jesús, pero Dios lo exaltó y lo hizo Señor y Mesías».

La gente dijo: «Lo que dices es cierto, pero ¿qué podemos hacer?».

Pedro dijo: «Arrepentíos y os bautizaremos en el nombre de Jesús. Una vez que hayáis recibido el perdón de vuestros pecados, Dios os llenará del Espíritu Santo».

Ese día, los apóstoles bautizaron a los que recibieron el mensaje. El número de creyentes creció hasta más de 3000 personas. Se reunían a menudo para aprender unos de otros y de los apóstoles.

Los apóstoles hicieron muchos milagros y prodigios, y el número de creyentes crecía día a día. Estos creyentes se dedicaban a la oración, compartían comidas y pasaban tiempo juntos.

225 Un hombre lisiado sanado

Hechos 3 – 4:31

Una tarde, Pedro y Juan fueron al templo a la hora de la oración. Allí vieron a un hombre mendigando que había sido lisiado desde que nació. Todos los días la gente lo llevaba a una puerta llamada Hermosa para que pudiera pedir dinero a los que entraban en el templo.

Pedro se detuvo frente al hombre y le dijo: «Mírame».

El hombre lo miró, esperando recibir algo de dinero. Pedro dijo: «No tengo dinero para darte, pero tengo algo mejor. En el nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda».

Mientras Pedro y Juan ayudaban al hombre a levantarse, sus pies y piernas se fortalecieron. Se puso de pie por sí mismo y luego caminó. ¡Incluso saltó de alegría mientras alababa a Dios!

La gente vio al hombre caminando y lo reconoció como el que estaba lisiado y se sentaba a mendigar en la puerta. Se reunieron alrededor de los tres hombres.

Pedro dijo: «Este hombre fue sanado por el nombre de Jesús, a quien ustedes mandaron crucificar a Pilato. Ustedes mataron a Jesús, pero Dios lo levantó de entre los muertos. Lo hemos visto y podemos decirles que está vivo.

Miren a este hombre. Está de pie por el poder de Jesús. Abandonen sus pecados y acepten a Jesús como su Mesías. Dios perdonará sus pecados».

Los gobernantes judíos se enteraron de que Pedro y Juan estaban predicando al pueblo, así que enviaron guardias que encarcelaran a los dos discípulos. Aun así, muchas personas se convirtieron en seguidores de Cristo. El número de creyentes aumentó a más de 5000.

A la mañana siguiente, el sumo sacerdote mandó llamar a los dos hombres para que comparecieran ante el concilio. Los líderes religiosos les preguntaron: «¿Quién os ha dado autoridad para predicar al pueblo?».

El Espíritu Santo guio a Pedro en su respuesta. «Este hombre fue sanado por el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros matasteis en una cruz. Dios lo resucitó de entre los muertos, y él es el único camino a la salvación».

Los gobernantes se sorprendieron por la confianza de Pedro y Juan. Como los dos hombres no tenían una educación formal, sabían que su audacia provenía de estar con Jesús.

El consejo no pudo decir nada sobre el milagro porque el hombre lisiado estaba delante de ellos. Podían ver que estaba curado.

Decidieron amenazar a los discípulos y exigirles que dejaran de enseñar sobre Jesús. Pedro y Juan no dudaron en responder. «Nos estás pidiendo que desobedezcamos a Dios para que podamos obedecerte a ustedes. ¡Eso es imposible! Sabemos lo que hemos visto y oído».

Los líderes finalmente liberaron a Pedro y Juan. Los dos hombres regresaron a la comunidad de creyentes y les contaron lo que había sucedido. Todos se regocijaron juntos. De repente, el edificio comenzó a temblar y todos se llenaron del Espíritu Santo. Con esto, tuvieron una nueva audacia para contarles a otros sobre el mensaje de Dios.

226 Ananías y Safira

Hechos 4:32 – 5:16

Los creyentes compartían todo lo que tenían. Si alguien tenía alguna necesidad, los demás vendían sus posesiones y le daban lo necesario.

Un hombre piadoso llamado Bernabé tenía unas tierras y las vendió para satisfacer las necesidades de los demás. Llevó el dinero y se lo entregó a los apóstoles.

Una pareja casada llamada Ananías y Safira también decidió vender unas tierras y dar el dinero a los apóstoles. Se iba a utilizar para el bien de la iglesia. Pero Ananías cambió de opinión después de vender las tierras. Él y su esposa decidieron quedarse con parte del dinero. Los dos acordaron que seguirían dando parte del dinero a la iglesia, pero dirían que lo habían dado todo.

Ananías fue a la reunión de creyentes sin Safira. Le dio su ofrenda a Pedro y dijo que era la cantidad total que había obtenido al vender la tierra. Pedro lo miró y le dijo: «Satanás ha llenado tu corazón y te ha llevado a mentir al Espíritu Santo. No tenías que vender tu tierra; y una vez vendida, no tenías que dar todo el dinero a la iglesia. ¿Por qué decidiste mentir sobre esto? No nos mentiste a nosotros. Le mentiste a Dios».

Tan pronto como Ananías escuchó esto, cayó y murió. Esto causó que un gran temor se extendiera por toda la congregación. Varios jóvenes lo levantaron, lo envolvieron en tiras de tela, lo llevaron afuera y lo enterraron.

Tres horas más tarde, Safira llegó a la reunión. Ella no se había enterado de lo que le había sucedido a su esposo. Pedro le dijo: «¿Vendisteis tú y tu esposo la tierra por la cantidad de dinero que disteis a la iglesia?».

«Sí, ese fue el precio total de venta».

Pedro la miró y le dijo: «¿Por qué acordaron poner a prueba al Espíritu Santo? Escucha. ¿Oyes esos pasos? Son los jóvenes que acaban de enterrar a tu esposo. Ahora llevarán tu cadáver y lo enterrarán».

Inmediatamente, ella cayó y murió. Los jóvenes llegaron y la encontraron muerta en el suelo. La levantaron y la enterraron junto a su esposo.

La noticia se extendió por toda la región. Debido a ello, la gente era más cautelosa a la hora de unirse al grupo de creyentes. Aun así, su número aumentó considerablemente, tanto de hombres como de mujeres.

La gente de Jerusalén y de los pueblos de los alrededores traía a los enfermos y los colocaba al borde del camino. Estos se curaban cuando Pedro pasaba y su sombra se proyectaba sobre ellos.

227 Apóstoles y diáconos

Hechos 5:17 – 6:7

El mensaje de Jesús se extendió por toda Jerusalén, lo que enfureció a los líderes judíos. Enviaron guardias, que arrestaron a los apóstoles y los encarcelaron.

Esa noche, un ángel vino y los liberó sin que los guardias lo vieran. El ángel les dijo: «Id al templo por la mañana y predicad al pueblo». Al amanecer, los apóstoles fueron al templo.

Más tarde, por la mañana, el sumo sacerdote reunió al consejo gobernante. Luego envió al capitán de la guardia para que sacara a los apóstoles de la cárcel. Cuando el capitán llegó allí, la celda estaba vacía. Regresó apresuradamente y dijo: «Los guardias están en sus puestos y las puertas están cerradas, ¡pero los hombres no están dentro!».

En ese momento, alguien entró corriendo y dijo: «¡Los hombres que tú encarcelaste ahora están enseñando en el templo!».

El capitán de la guardia tomó a sus hombres y fue al templo, donde encontraron a los apóstoles enseñando al pueblo. Entonces se dio cuenta de que no podía usar la fuerza contra ellos porque sus hombres tenían miedo del pueblo. Aun así, los apóstoles lo acompañaron voluntariamente.

El sumo sacerdote dijo: «Os dijimos que no enseñarais en el nombre de Jesús. Sin embargo, habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina. Incluso estáis diciendo que somos culpables de matar a Jesús».

Pedro respondió: «Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres. Tú mataste a Jesús crucificándolo, pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Ahora está sentado a la derecha de Dios y concede el arrepentimiento y el perdón de los pecados».

Esto enfureció a los líderes religiosos. Expulsaron a los apóstoles de la sala y discutieron cómo iban a matarlos. Un miembro respetado del consejo dijo: «Tened cuidado con lo que hacéis con estos hombres. Mi consejo es que los dejéis en paz. Si solo están siguiendo emociones humanas, no pasará nada. Pero si este movimiento viene de Dios, no podéis detenerlo. De hecho, estaréis luchando contra Dios».

Después de discutirlo, aceptaron este consejo. Sin embargo, antes de dejar ir a los hombres, golpearon a los apóstoles y les dijeron: «Nunca más hablen en nombre de Jesús».

Los apóstoles salieron del consejo regocijándose. Dijeron: «¡Dios nos ha permitido sufrir por el nombre de Jesús!». Continuaron predicando a Cristo, y el número de creyentes creció aún más.

En ese momento surgió un problema. La iglesia se ocupaba de las viudas que había entre ellos. Algunas de las viudas eran de Israel y otras de comunidades judías de otros países. Las de Israel recibían mejor atención que las demás.

Los apóstoles dijeron: «Debemos centrarnos en predicar la Palabra de Dios y en la oración. Sin embargo, hay que satisfacer esta necesidad».

Le dijeron a la congregación que eligiera a siete hombres que se encargaran de esta responsabilidad. Dijeron: «Quienesquiera que elijáis deben ser muy respetados y estar llenos del Espíritu Santo. Deben ser conocidos por su sabiduría». A todos les gustó esta idea, así que seleccionaron a siete hombres que reunían los requisitos. El grupo incluía a Esteban y Felipe.

Los apóstoles oraron por estos hombres y les dieron la responsabilidad de satisfacer esta necesidad. Esto hizo que el número de creyentes creciera más rápidamente. Incluso un gran grupo de sacerdotes judíos puso su fe en Cristo.

228 Esteban, el primer mártir cristiano

Hechos 6:8 – 7:60

El poder de Dios estaba sobre Esteban. Varios grupos judíos intentaron debatir con él, pero se dieron cuenta de que no podían competir con su sabiduría y poder. Decidieron difundir mentiras sobre él y decir que blasfemaba contra Dios. Estos rumores se extendieron por toda la ciudad hasta que los guardias lo llevaron ante el consejo gobernante.

Los hombres se levantaron y mintieron sobre él. Dijeron: «Él dijo que Jesús va a derribar este templo y cambiar todo lo que Moisés nos dio».

Se volvieron y miraron a Esteban, cuando de repente su rostro se volvió como el de un ángel. El sumo sacerdote habló. «¿Eres culpable de estas cosas?».

Esteban respondió: «Dios le dijo a Abraham: «Deja tu país y ve al lugar que yo te mostraré»».

Esteban continuó contando una breve historia de Israel. Contó cómo Dios prometió darle la tierra a Abraham y convertir a sus descendientes en una gran nación. Abraham creyó en Dios a pesar de que no tenía hijos.

Finalmente tuvo un hijo llamado Isaac, quien tuvo un hijo llamado Jacob. De él descendieron las doce tribus de Israel. Sus descendientes fueron esclavizados en Egipto.

Esteban dijo: «Dios utilizó a Moisés para sacar a su pueblo de Egipto. Moisés le dijo al pueblo que vendría un gran profeta que sería como él».

Esteban contó cómo el rey David quería construir un templo para Dios, pero fue su hijo Salomón quien realmente lo construyó. Finalmente, dijo: «¡Sois un pueblo rebelde y de corazón frío! Resistís al Espíritu Santo, igual que lo hicieron vuestros antepasados. Ellos persiguieron a todos los profetas, y ahora vosotros seguís sus pasos. Habéis traicionado y asesinado al Justo».

El consejo se enfureció. Gritaron contra él. A pesar de todo, el Espíritu Santo controlaba a Esteban. De repente, levantó la vista y dijo: «Los cielos se abren y veo a Jesús de pie a la derecha de Dios».

La multitud se tapó los oídos y gritó tan fuerte como pudo. Agarraron a Esteban, lo sacaron de la ciudad y lo arrojaron al suelo. Le dieron sus mantos a un joven llamado Saulo. Luego tomaron piedras grandes y las arrojaron contra Esteban.

Mientras las piedras lo golpeaban, Esteban alzó la vista y dijo: «Señor Jesús, recibe mi espíritu». Luego oró: «Señor, perdónales por este pecado». Con eso, cayó bajo los golpes y murió.

Esto dio inicio a una gran persecución de la iglesia en Jerusalén. Saulo lideró una turba que sacó a hombres y mujeres de sus hogares y los arrojó a la cárcel. Debido a esto, muchos creyentes abandonaron Jerusalén y se fueron a las zonas aledañas. Aun así, los apóstoles permanecieron en Jerusalén.

229 Ministerio de Felipe

Hechos 8:4-40

Cuando comenzó la persecución en Jerusalén, los creyentes se dispersaron por toda la región. Dondequiera que iban, hablaban a la gente sobre el evangelio de Jesucristo.

Felipe fue a la ciudad de Samaria y predicó de Cristo. El Espíritu Santo le permitió realizar milagros entre la gente. Los espíritus inmundos fueron expulsados, gritando. Los paralíticos fueron sanados, así como los cojos. La gente de la ciudad se asombró de lo que vio, por lo que escuchó atentamente su predicación. Se llenaron de alegría por lo que oyeron.

La gente de allí había estado siguiendo la brujería de un hombre llamado Simón. Pero cuando escucharon el evangelio de Cristo, lo recibieron con alegría. Simón también creyó y fue bautizado con los demás.

Los apóstoles oyeron que el pueblo de Samaria había acogido el evangelio, por lo que enviaron a Pedro y Juan a reunirse con ellos. Después de llegar, oraron por los creyentes, pidiendo a Dios que les diera el Espíritu Santo. Luego, los dos hombres impusieron las manos sobre la gente, y esta recibió inmediatamente el Espíritu Santo.

Simón observó esto con asombro. Ofreció dinero a Pedro y Juan y les dijo: «Denme este poder, para que yo pueda imponer las manos sobre la gente y ellos reciban el Espíritu Santo».

Pedro le respondió: «Tú serás destruido junto con tu dinero. Sigues aferrado a tus viejas costumbres. El mal vive dentro de ti. Ora y pide a Dios que lo elimine».

Simón gritó: «Por favor, oren por mí. No quiero que estas cosas sucedan».

Después de que Pedro y Juan regresaran a Jerusalén, Dios envió un ángel a Felipe. «Ve al camino que va hacia el sur desde Jerusalén».

Cuando Felipe llegó allí, vio a un importante funcionario de Etiopía. Era el tesorero de su reina. Había estado en Jerusalén para adorar.

El Espíritu le dijo a Felipe que se acercara al carruaje del hombre. Cuando lo hizo, descubrió que el funcionario estaba leyendo a uno de los profetas que había escrito sobre Cristo varios cientos de años antes.

Felipe le preguntó: «¿Entiendes lo que estás leyendo?».

El hombre respondió: «No, necesito que alguien me lo explique. ¿El profeta está hablando de sí mismo o de otra persona?». Felipe se subió al carruaje y le habló de Jesús y del perdón de los pecados.

Mientras viajaban, el hombre dijo: «Mira, hay agua. ¿Puedo ser bautizado ahora mismo?».

Felipe respondió: «Puedes, si crees que Jesús es el Mesías y lo aceptas como tu Señor».

El etíope se detuvo y dijo: «Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios».

Detuvieron el carruaje, se metieron en el agua y Felipe lo bautizó. Tan pronto como el hombre salió del agua, vio que Felipe había desaparecido. El Espíritu se lo había llevado.

Felipe se encontró en otro lugar, así que fue de ciudad en ciudad predicando de Cristo.

230 Conversión de Saulo

Hechos 9:1-31

Saulo estaba en una campaña de perseguir y matar a los seguidores de Jesús. El sumo sacerdote le había dado autoridad para ir a Damasco y traer a los creyentes de vuelta a Jerusalén.

Cuando él y sus hombres se acercaban a Damasco, de repente una luz brillante los rodeó y Saulo cayó al suelo. Oyó una voz que decía: «¡Saulo, Saulo! ¿Por qué luchas contra mí?».

«¿Quién eres, Señor?».

«Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Es difícil luchar contra mi voluntad por tu vida».

Los que estaban con Saulo no sabían lo que estaba pasando. Podían oir el sonido de una voz, pero no veían a nadie.

Saulo temblaba. «Señor, ¿qué quieres que haga?».

«Entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer».

Cuando Saulo se levantó, se dio cuenta de que estaba ciego. Otros lo llevaron a la ciudad. Esperó tres días y se negó a comer o beber nada.

El Señor habló a un discípulo en Damasco. «Ananías, ve a una casa en la calle llamada Recta y pregunta por Saulo de Tarso. Pon tus manos sobre él y recuperará la vista».

Ananías estaba preocupado. «Señor, todo el mundo conoce a este hombre violento. Está aquí para encarcelar a cualquiera que invoque tu nombre».

El Señor dijo: «Es un siervo mío elegido. Difundirá el evangelio a judíos, gentiles y reyes. Sufrirá mucho por mí».

Ananías lo encontró y le dijo: «Hermano Saulo, Jesús se te apareció en el camino y luego me dijo que viniera a verte». Ananías puso sus manos sobre la cabeza de Saulo. «¡Recupera la vista y sé lleno del Espíritu Santo!».

Inmediatamente Saulo pudo ver. Con alegría, fue bautizado y luego comió algo.

Saulo pasó varios días con los creyentes en Damasco y luego comenzó a predicar que Jesús era el Hijo de Dios. La gente se sorprendió porque sabían que había ido allí para matar a los seguidores de Jesús.

Pero ahora lo escuchaban y descubrieron que era muy persuasivo cuando hablaba de Jesús. Nadie podía discutir con él. Así que decidieron matarlo.

Su plan era capturarlo cuando intentara salir de la ciudad. Los creyentes se enteraron de esto y lo llevaron a la muralla de la ciudad. Lo metieron en una gran cesta y lo bajaron al otro lado. Desde allí, regresó a Jerusalén.

Los creyentes de Jerusalén le tenían miedo. Sentían que estaba tratando de atraparlos. Entonces Bernabé llevó a Saulo ante los apóstoles y les contó lo que le había sucedido. «El Señor se le apareció a Saulo en el camino a Damasco. Desde entonces, ha estado hablando en nombre de Jesús con gran valentía».

Los creyentes finalmente aceptaron a Saulo y él se movía libremente entre ellos. Entró en Jerusalén y les habló a todos sobre el Señor. Algunos comenzaron a discutir con él, pero nuevamente no pudieron competir con su poder de persuasión. Entonces, tramaron matarlo.

Los creyentes en Cristo se enteraron de su plan, por lo que lo enviaron a Tarso.

Esto marcó el comienzo de un tiempo de paz para los creyentes en Israel. El Espíritu Santo estaba con ellos. Crecieron en su fe y aumentaron en número.

231 La curación de Dorcas

Hechos 9:32-43

Pedro viajaba de un lugar a otro, predicando el evangelio de Cristo y animando a sus hermanos en la fe. En un lugar, encontró a un hombre paralítico que llevaba ocho años postrado en cama.

Pedro le dijo: «El Señor Jesús te ha sanado, levántate». Al instante, el hombre se curó y se levantó. La gente de la zona vio al hombre y oyó lo que había sucedido, y muchos de ellos creyeron en Cristo.

Había una mujer llamada Dorcas que vivía cerca, en la ciudad de Jope. Como discípula de Jesús, amaba a las personas y hacía buenas obras por ellas. Enfermó y murió.

Sus amigos prepararon su cuerpo para el entierro y lo colocaron en una habitación del piso superior. Los discípulos de Jope oyeron que Pedro estaba en la zona, así que enviaron a dos hombres a buscarlo. Le dijeron: «Por favor, ven con nosotros inmediatamente». Pedro aceptó y fue con ellos.

Cuando llegó a Jope, lo llevaron a la casa donde habían depositado el cuerpo de Dorcas. Subió al piso de arriba y encontró a las mujeres llorando por ella. Cuando lo vieron, le mostraron las diversas túnicas y prendas que Dorcas había confeccionado mientras vivía.

Pedro las hizo salir de la habitación, se arrodilló y oró. Volviéndose hacia el cuerpo, dijo: «Dorcas, ¡levántate!».

Entonces ella abrió los ojos y vio a Pedro. Se incorporó y él la ayudó a levantarse de la cama. Luego llamó a las demás mujeres y les presentó a Dorcas, viva.

La noticia se difundió por toda Jope y muchos creyeron en Jesús.

232 Cornelio

Hechos 10 – 11:18

Cornelio era un oficial militar del ejército romano. Era un buen hombre que adoraba a Dios.

Un ángel se le apareció y le dijo: «Cornelio, Dios ha escuchado tus oraciones. Envía hombres a Jope, a la casa de Simón el curtidor, que vive junto al mar. Allí encontrarán a un hombre llamado Pedro, y él te dirá lo que debes hacer». Dicho esto, el ángel desapareció.

Cornelio envió inmediatamente a unos hombres a Jope. Llegaron al día siguiente, alrededor del mediodía. Antes de que llegaran, Pedro subió a la azotea para orar. Estaba esperando la comida del mediodía.

De repente, sintió mucha hambre y cayó en trance. Vio que se abrían los cielos y descendía un gran lienzo. En él había todo tipo de animales que los judíos no podían comer. Una voz dijo: «Pedro, levántate. Mata uno de estos animales y cómelo».

«Señor, tú sabes que nunca he comido nada común o impuro».

La voz dijo: «Cuando Dios ha hecho algo limpio, nunca lo llames común o impuro». Esto sucedió una segunda vez, y una tercera. Luego, la sábana volvió al cielo.

Pedro se despertó, pero estaba confundido sobre el significado de esta visión. En ese momento, los hombres de Cornelio estaban en la puerta. El Espíritu Santo dijo: «Te he enviado a estos hombres. No dudes en ir con ellos».

Pedro bajó y saludó a los hombres. Le hablaron de Cornelio, y él accedió a ir con ellos. Por la mañana, tomó consigo a varios creyentes y emprendieron el viaje.

Llegaron al día siguiente, y Cornelio corrió a su encuentro. Se postró ante Pedro y comenzó a adorarlo. Pedro dijo: «¡Levántate! Solo soy un hombre».

Entró en la casa de Cornelio y vio que había invitado a otras personas para que escucharan el mensaje de Dios. Pedro dijo al grupo: «Dios me ha revelado que ha abierto la puerta y ahora está llamando a personas de otras naciones para que vayan a él. Por lo tanto, os diré el mensaje que fue dado a Israel. Es que Jesucristo es el Señor de todos».

Luego les habló de Jesús y sus milagros. Les describió cómo los líderes judíos lo mataron, pero Dios lo resucitó de entre los muertos. Pedro dijo: «Todo aquel que pone su fe en Jesús recibirá el perdón de los pecados».

Tan pronto como dijo esas palabras, el Espíritu Santo llenó a todas las personas que estaban en la casa. Esto sorprendió a los creyentes judíos cuando vieron que el don del Espíritu Santo era dado a los gentiles.

Pedro se volvió hacia ellos y les dijo: «¿Hay alguna razón por la que no debamos bautizar a estas personas?». Todos estuvieron de acuerdo, por lo que los nuevos creyentes fueron bautizados en el nombre de Jesucristo.

La noticia se difundió rápidamente entre los creyentes de toda la nación. Los líderes de Jerusalén le preguntaron a Pedro: «¿Te quedaste en la casa de gentiles e incluso comiste con ellos?».

Él les explicó exactamente lo que había sucedido. Les contó sobre la visión en la azotea, la multitud en la casa de Cornelio y cómo el Espíritu Santo había llenado a las personas. Concluyó diciendo: «Dios les dio el mismo don que nos dio a nosotros cuando creímos en el Señor Jesucristo. ¿Cómo podría yo luchar contra Dios?».

Los creyentes en Jerusalén no tuvieron ningún argumento cuando escucharon esto. Dijeron: «Dios ha dado el perdón de los pecados y la vida eterna a los gentiles».

233 Cristianos en Antioquía

Hechos11:19-30

El asesinato de Esteban desencadenó una gran persecución. Por eso, algunos creyentes se dirigieron al norte, a una ciudad llamada Antioquía. Al principio, solo predicaban a los judíos, pero con el tiempo también compartieron el mensaje de Cristo con los gentiles. Dios honró esto y dio gran poder a su enseñanza. Muchos gentiles pusieron su fe en Jesús.

La iglesia de Jerusalén se enteró de lo sucedido y sintió que debía investigar, por lo que envió a Bernabé. Cuando llegó allí, observó lo que hacía la iglesia y descubrió que Dios los bendecía con abundante gracia.

Bernabé se emocionó mucho, por lo que animó a los creyentes. Les dijo que siguieran siempre a Jesús y se mantuvieran fieles a las enseñanzas del Señor. La gente respondió a las enseñanzas de Bernabé porque sabían que era un buen hombre, lleno del Espíritu Santo y de fe.

Esto hizo que aún más personas se acercaran a Cristo, en gran número. Bernabé pronto se dio cuenta de que necesitaba ayuda. Así que fue a Tarso y encontró a Saulo. Los dos regresaron a Antioquía y durante un año completo trabajaron juntos con los creyentes. Enseñaron a grandes multitudes.

Fue en Antioquía donde los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez.

El Señor reveló a la iglesia de Antioquía que habría una gran hambruna. Cuando llegó, fue especialmente grave en Judea.

Los cristianos de Antioquía estaban preocupados por sus hermanos en la fe de Jerusalén. Hicieron una colecta y cada familia dio según sus posibilidades. Luego pidieron a Bernabé y Saulo que llevaran sus ofrendas a la iglesia de Jerusalén.

234 Fuga de la cárcel

Hechos 12

Bernabé y Saulo llegaron a Jerusalén más o menos cuando el rey Herodes decidió perseguir a los cristianos. Comenzó arrestando a Santiago, el hermano de Juan. Finalmente, Herodes mandó matar a Santiago. Al ver cuánto complacía esto a los judíos, arrestó a Pedro y lo encarceló. Dieciséis soldados lo custodiaban. La iglesia comenzó a orar por Pedro y no cesó en su oración.

La noche antes de su ejecución, Pedro dormía entre dos guardias. Tenía las manos y los pies encadenados. Los demás guardias estaban de pie junto a varias puertas de la prisión.

De repente, apareció un ángel y llenó la celda de luz. Pedro no se despertó, así que el ángel le dio un codazo. «Despierta y vístete». Pedro levantó la vista y vio al ángel, pero no creía que aquello estuviera sucediendo realmente. Pensó que estaba teniendo una visión. Aun así, se levantó y sus cadenas cayeron al suelo.

El ángel le dijo: «Sígueme». Pedro lo siguió a través de varios puestos de guardia hasta que llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. Pedro vio cómo se abría sola.

Caminaron por una calle de la ciudad cuando, de repente, el ángel desapareció. Pedro se quedó solo en la noche y finalmente se dio cuenta de que no estaba soñando.

Fue al lugar donde los creyentes estaban orando por él y llamó a la puerta. Una sirvienta salió a abrir. Se sorprendió al oír la voz de Pedro a través de la puerta. Corrió hacia la casa y gritó: «Pedro está en la puerta».

No le creyeron, pero ella seguía diciendo: «Sé lo que he oído. Pedro está en la puerta».

Ellos dijeron: «¡Eso es imposible! Pedro está en la cárcel. Probablemente has oído a su ángel».

Pedro siguió llamando a la puerta, así que finalmente la abrieron. Se quedaron sorprendidos al verlo allí de pie, y todos empezaron a hablar al mismo tiempo. Pedro dijo: «Por favor, dejadme que os cuente lo que ha pasado».

Luego les contó exactamente cómo el Señor había enviado a un ángel para liberarlo. Todos alabaron a Dios por lo que había hecho.

A la mañana siguiente, los guardias se horrorizaron al descubrir que Pedro había desaparecido. Cuando Herodes se enteró, mandó ejecutar a los dieciséis hombres.

Herodes se fue entonces a un balneario en la costa y pronunció un discurso ante una multitud. Cuando terminó, gritaron: «¡Esta es la voz de un dios!». Herodes se llenó de orgullo. De repente, un ángel lo golpeó, y se llenó de gusanos y murió.

La obra de Dios siguió creciendo y extendiéndose. Bernabé y Saulo salieron de Jerusalén y regresaron a Antioquía, llevando consigo a Juan Marcos.

235 Primer viaje misionero

Hechos 13

El Espíritu Santo dijo a la iglesia de Antioquía: «He llamado a Bernabé y a Saulo para una obra especial». Así que los líderes los enviaron a servir al Señor.

Llevaron consigo a Juan Marcos y navegaron hasta la isla de Chipre. Allí predicaron en las sinagogas judías mientras recorrían la isla. Saulo también fue llamado Pablo.

El gobernador de la isla era conocido por su sabiduría y su disposición a aprender. Llamó a Bernabé y a Pablo para que le contaran el mensaje de Dios. Mientras hablaban, un hombre que practicaba la brujería no dejaba de interrumpirles. Intentaba impedir que el gobernador pusiera su fe en Cristo.

Pablo se volvió hacia el brujo y le dijo: «Tú eres enemigo de Dios. Deja de hablar contra el Señor. ¡Mira! El Señor está a punto de dejarte ciego».

Al instante, el hombre quedó ciego. Otros tuvieron que sacarlo de la habitación. El gobernador se quedó impactado y escuchó a Pablo con aún más atención. Pronto puso su fe en Cristo.

Después de esto, Pablo y los demás navegaron hacia el continente, donde Juan Marcos regresó a su hogar en Jerusalén. El resto de ellos fue a la sinagoga porque era sábado. El líder les dijo: «Amigos, háblennos si tienen un mensaje alentador».

Pablo se puso de pie y les habló. Comenzó recordándoles las historias de Israel. Luego dijo: «Dios prometió traer un Salvador de la descendencia del rey David. Jesús cumplió esa promesa. Los gobernantes de Jerusalén sabían estas cosas. Aun así, mataron a Jesús crucificándolo. Luego lo enterraron en una tumba, ¡pero Dios lo resucitó de entre los muertos!».

Estamos aquí para decirles que Jesús es el Hijo de Dios y que trae el perdón de los pecados a quienes creen en él. Tengan cuidado de no perder lo que Dios está haciendo por ustedes».

Algunos de los judíos escucharon a Pablo y recibieron la gracia de Dios. Otros querían que volviera el sábado siguiente para poder hablar más sobre el tema.

Los judíos regresaron la semana siguiente y encontraron que casi toda la ciudad estaba allí para escuchar el mensaje de Dios. Se pusieron celosos y hablaron en contra de Pablo y Bernabé.

Pablo dijo: «Era justo que les lleváramos primero el mensaje de Dios a ustedes. Pero ustedes no lo aceptaron. No son dignos de la vida eterna. Ahora nos dirigiremos a los gentiles, porque ellos nos escucharán».

Los gentiles se alegraron al oír esto, y muchos recibieron el mensaje. La Palabra de Dios se extendió por toda la región, lo que enfureció a los judíos. Finalmente convencieron a los líderes de la ciudad para que persiguieran a Pablo y Bernabé.

Al final, los hombres tuvieron que abandonar esa zona. Aun así, los discípulos de la ciudad estaban llenos del Espíritu Santo y había alegría en sus corazones.

236 De la adoración a la lapidación

Hechos 14

Pablo y Bernabé fueron a una ciudad llamada Iconio y predicaron el mensaje de Cristo en la sinagoga judía. Las reacciones fueron extremas. Un gran número de judíos y gentiles pusieron su fe en Jesús. Pero otros se ofendieron y finalmente incitaron a la población contra los cristianos. Pronto toda la ciudad estaba alborotada.

Las autoridades de la ciudad decidieron que la única manera de resolver el problema era matar a Pablo y Bernabé. Los apóstoles se enteraron de esto y pudieron escapar.

Fueron a una ciudad llamada Listra, y Pablo predicó el evangelio de Cristo. Había un hombre sentado cerca que era lisiado desde su nacimiento. Escuchaba atentamente todo lo que se decía. Pablo miró al hombre y se dio cuenta de que Dios había puesto fe en su corazón. Así que le dijo: «¡Levántate!». Inmediatamente, el hombre se levantó y comenzó a caminar.

La gente vio esto y se asombró. Comenzaron a gritar: «¡Los dioses han venido a visitarnos!». La gente se agolpó para ver a los dioses que parecían hombres. Pronto, un sacerdote pagano llegó corriendo con algunos animales. Él y la gente comenzaron a ofrecer sacrificios a Pablo y Bernabé.

Los apóstoles se horrorizaron y corrieron entre la gente: «¿Qué están haciendo? Somos hombres como ustedes. Estamos aquí para traerles buenas noticias. Dios quiere que dejen esas tonterías y se vuelvan a él. Él creó todas las cosas y es quien provee para sus necesidades diarias». Aun así, la gente quería sacrificar animales para ellos.

Durante este alboroto, llegaron judíos de otras ciudades donde habían estado Pablo y Bernabé. No tardaron mucho en convertir a la multitud en una turba enfurecida. Recogieron grandes piedras para matar a Pablo. Lo rodearon y le lanzaron piedras hasta que cayó bajo los golpes. Esto continuó hasta que creyeron que estaba muerto. Arrastraron su cuerpo fuera de la ciudad y lo arrojaron a un montón de basura.

Los creyentes en Cristo se reunieron alrededor del cuerpo de Pablo para llorar su muerte. De repente, él se levantó y regresó a la ciudad.

Al día siguiente, él y Bernabé fueron a otra ciudad, donde muchas personas pusieron su fe en Cristo. En ese momento, volvieron a visitar los diversos lugares en los que habían estado. Animaron a los creyentes y nombraron ancianos para las iglesias. Todas estas ciudades estaban en una región llamada Galacia.

Finalmente, navegaron de regreso a Antioquía para visitar la iglesia que los había enviado. Cuando llegaron, la gente se reunió para escuchar todo lo que había sucedido en su viaje. Pablo y Bernabé contaron lo que Dios había hecho y cómo había abierto las puertas para que los gentiles pudieran creer en Cristo.

237 Manteniendo las leyes judías

Hechos 15:1-35

Los maestros judíos de Jerusalén fueron a Antioquía. Comenzaron a enseñar a los miembros de la iglesia que una persona tenía que obedecer la ley judía para ser salva. Pablo y Bernabé se sorprendieron por esta enseñanza y trataron de corregirla. Esto solo provocó una discusión.

Finalmente, los líderes de la iglesia sintieron que necesitaban recibir orientación de los apóstoles. Así que enviaron a Pablo y Bernabé a Jerusalén, junto con varios otros.

Cuando llegaron a la iglesia de Jerusalén, los dos hombres informaron con entusiasmo cómo los gentiles habían recibido el evangelio de Jesucristo. Los fariseos entre los miembros respondieron diciendo: «Es maravilloso que hayan puesto su fe en Cristo. Pero ahora deben ser circuncidados y se les debe enseñar a obedecer las leyes de Moisés».

Esto provocó mucha discusión. Finalmente, los líderes de la iglesia se dieron cuenta de que este asunto debía resolverse si querían que la obra de Dios prosperara. Decidieron reunirse y no marcharse hasta conocer la voluntad de Dios al respecto.

En un momento dado, Pedro se dirigió al grupo. Dijo: «Yo fui el primero en predicar el evangelio a los gentiles. Dios perdonó sus pecados y les dio el Espíritu Santo. Los trató de la misma manera que nos ha tratado a nosotros. No creo que Dios se complacería si les exigimos que hagan algo que nosotros, los judíos, no hemos sido capaces de hacer. Escuchen lo que digo. Solo por la gracia del Señor Jesucristo podemos ser salvos de nuestros pecados, tanto los judíos como los gentiles».

Pablo y Bernabé contaron entonces lo que Dios había hecho entre los gentiles. Describieron los milagros y las maravillas que se habían realizado.

Finalmente, Santiago (el hermano de Jesús) se levantó y habló a los demás. Dijo: «Debemos recordar que hace años las Escrituras nos hablaron de esto. Afirman claramente que Dios llamará a los gentiles por su nombre. Este es mi consejo. No sería correcto imponer todas nuestras normas a los gentiles. En lugar de eso, démosles tres mandamientos sencillos:

• No comáis carne que haya sido ofrecida a los ídolos.

• No ser inmorales.

• No comer sangre ni nada que haya sido estrangulado».

La iglesia estuvo de acuerdo con esta idea. La pusieron en una carta y la enviaron a Antioquía con Pablo y Bernabé. También enviaron a un par de hombres para que no hubiera ninguna duda de que la carta era de ellos. Uno de los hombres era Silas.

Cuando llegaron a Antioquía, entregaron la carta a los líderes de la iglesia, quienes la leyeron a la congregación. La iglesia recibió la carta con alegría. Todos se sintieron animados al escuchar acerca de su libertad en Cristo.

238 Libertad para servir – Gálatas

Gálatas 1 – 6

Los maestros de Jerusalén fueron a la iglesia de Antioquía y enseñaron que los gentiles tenían que obedecer las leyes de Moisés para que sus pecados fueran totalmente perdonados. Después de que los cristianos de Antioquía rechazaran esta doctrina, esos mismos maestros fueron a Galacia, a las iglesias que Pablo y Bernabé habían fundado durante su primer viaje misionero.

Pablo descubrió que los cristianos de Galacia estaban aceptando esta enseñanza, por lo que les escribió una carta explicándoles su libertad en Cristo. Él dijo:

Me sorprende que hayáis rechazado la gracia de Dios. Estos falsos maestros os han dicho que tenéis que cumplir la ley judía para ser completamente salvos, ¡y vosotros les habéis creído! ¿Cómo podéis ser tan necios como para aceptar este «otro evangelio»?

Yo os di el evangelio puro de Cristo. Así que, aunque un ángel del cielo viniera y os dijera algo diferente, ¡ese ángel estaría maldito! Sí, me habéis oído bien. Dejadme ser muy claro. Cualquiera que predique esta herejía está maldito.

Creedme, entiendo lo que están enseñando. Yo amaba la tradición judía, tanto que intenté destruir las iglesias de Dios. Pero Cristo me salvó y me llamó para predicar el evangelio a los gentiles. Él mismo me instruyó durante tres años en Arabia.

Ahora escucha. Esos mismos falsos maestros vinieron a Antioquía e intentaron esclavizar a nuestros creyentes. No lo toleré ni por un momento, ¡de ninguna manera! La iglesia finalmente nos envió a Bernabé y a mí a Jerusalén para presentar este asunto ante los apóstoles. Ellos vieron que Dios me llamó a los gentiles de la misma manera que Pedro fue llamado a los judíos.

Pero más tarde, tuve que confrontar a Pedro sobre este mismo tema. Él vino a Antioquía y comió libremente con los gentiles. Pero entonces llegaron algunos judíos de Jerusalén. Inmediatamente se separó de sus hermanos gentiles. Otros judíos se unieron a él en esto. Incluso Bernabé se vio arrastrado a esta hipocresía. ¡Le dije a Pedro delante de todos que eso no estaba bien!

Este es el principio que él estaba ignorando: en Cristo no hay judíos ni gentiles. No hay esclavos ni libres, hombres ni mujeres. Todos morimos con Cristo cuando fue crucificado. Resucitamos de entre los muertos con él, por lo que ahora Cristo vive en nosotros. La salvación viene por la muerte de Cristo y no tiene nada que ver con guardar la ley.

¿Entiendes esto? ¿Cómo es que te engañan tan fácilmente? ¿Recibiste el Espíritu de Dios porque obedeciste la ley? ¿Hizo Dios milagros entre vosotros porque erais tan buenos? ¡Por supuesto que no! Fue por vuestra fe en Cristo. No seas tan tonto como para pensar que al guardar la ley puedes añadir una pequeña cosa a lo que Dios ha hecho.

Dios ni siquiera le dio a Abraham la justicia porque guardara la ley. No. Él nació 430 años antes de que fuera escrita. Era justo por su fe en Dios. La Ley fue dada más tarde para mostrar que las personas son pecadoras y están condenadas. Revela nuestra necesidad de aceptar a Cristo.

Dios le dijo a Abraham: «Todas las naciones serán bendecidas a través de ti». Piénsalo. Las promesas que se le hicieron a Abraham ahora te son dadas a ti gracias a Cristo. ¿Vas a darles la espalda?

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Estos falsos maestros quieren quitarte estas bendiciones y quieren quitarte la libertad que disfrutas en Cristo. ¡No les permitas hacerlo! Esta libertad te da la capacidad de servir a los demás.

En lugar de preocuparte por la ley, concéntrate en ser guiado por el Espíritu de Dios. Él te mantendrá alejado de cosas como la inmoralidad, seguir a dioses falsos, consumirte en ti mismo, aprovecharte de los demás y perder el control de tu buen juicio.

El Espíritu de Dios te da el don del amor, el gozo, la paz, la paciencia, la bondad, la fe, la mansedumbre y el dominio propio. La ley no puede hacer eso. El Espíritu de Dios controla tus pensamientos y deseos. Él te da el poder

- para restaurar con mansedumbre a los que han hecho mal
- para ayudar a otros cuando te necesitan
- para lograr grandes cosas para Dios
- para dar a los que invierten sus vidas en ti.

No te sometas a la ley. En cambio, permite que el Espíritu de Dios controle tu vida. Escucha, no puedes engañar a Dios. Cosecharás los resultados de lo que hagas. La destrucción espera a aquellos que están controlados por los deseos carnales. La vida se da a aquellos que permiten que el Espíritu de Dios los use para ayudar a otros.

Dios conoce mi corazón, y sabe que no te escribo para presumir ante los demás. Eso es lo que hacen los falsos maestros. No, yo no presumo de nada excepto de la cruz de Jesucristo. Fui crucificado con él, por lo que este mundo está muerto para mí. Llevo las marcas de esta muerte en mi cuerpo.

Presta atención a lo que digo, y que la gracia de Jesucristo esté contigo.

239 Cantando en la cárcel

Hechos 15:36 – 16:40

Pablo le dijo a Bernabé: «Es hora de que visitemos Galacia y veamos cómo están las iglesias». Bernabé estuvo de acuerdo, pero quería llevar consigo a Juan Marcos. Pablo se negó, señalando que Marcos los había abandonado en el último viaje. No pudieron ponerse de acuerdo, así que decidieron ir por caminos diferentes. Pablo eligió a Silas para que lo acompañara.

Mientras visitaban Galacia, encontraron a un joven llamado Timoteo. Era muy respetado por todos los creyentes, así que Pablo lo animó a unirse a su ministerio.

Una noche, Pablo soñó que veía a un hombre que le decía: «Ven. Cruza el mar y ayúdanos». Pablo se despertó y supo que era un mensaje de Dios.

Una vez que cruzaron el mar, fueron a una ciudad llamada Filipos. Hablaron con un grupo de mujeres que habían ido al río a orar. Una de ellas era Lidia, una mujer que vendía telas púrpuras muy caras. Ella escuchó la predicación de Pablo y luego ella y su familia pusieron su confianza en Cristo. Después de ser bautizados, convencieron a Pablo de que utilizara su casa como base para su ministerio.

En esa misma ciudad había una esclava poseída por un demonio que ganaba dinero para sus dueños prediciendo el futuro. Ella comenzó a seguir a Pablo y Silas por las calles de Filipos. De repente, gritó: «Estos hombres están aquí para hablarnos de la salvación».

Hizo esto durante varios días. Finalmente, Pablo se volvió y le dijo al espíritu que estaba dentro de ella: «¡Sal de esa chica! En el nombre de Jesucristo, sal de ella». Inmediatamente, el espíritu la abandonó.

¡Sus dueños se enfurecieron! Sabían que la esclava ya no les reportaba beneficios. Así que reunieron a una multitud que llevó a Pablo y a Silas ante las autoridades de la ciudad. Dijeron: «Estos judíos han venido a Filipos y han empezado a enseñar a los ciudadanos de Roma acerca de su Dios. ¡No es justo!».

Las autoridades de la ciudad estuvieron de acuerdo y mandaron azotar públicamente a los dos hombres. Luego los llevaron a la cárcel, donde el carcelero los encadenó.

Hacia la medianoche, Pablo y Silas comenzaron a orar, cantar y alabar a Dios. De repente, un terremoto sacudió los cimientos de la cárcel. Las puertas se abrieron de golpe y las cadenas se cayeron de los prisioneros.

El carcelero despertó y vio que las puertas estaban abiertas. Supuso que los prisioneros habían escapado, así que sacó su espada para suicidarse. Pablo gritó: «¡Espera! ¡No lo hagas! Todos estamos aquí».

El carcelero tomó una antorcha y entró corriendo en la celda. Se postró y dijo: «Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?».

«Cree en el Señor Jesús, y serás salvo, tú y tu familia». El carcelero los llevó a su casa y Pablo les explicó el mensaje de Cristo. Toda la familia creyó y fue bautizada. Luego, el carcelero lavó las heridas de los hombres y les sirvió de comer.

A la mañana siguiente, los funcionarios de la ciudad enviaron guardias al carcelero. Le dijeron: «Puedes liberar a esos hombres y dejarlos ir».

Pablo envió un mensaje a los funcionarios de la ciudad: «¡No nos vamos! Somos ciudadanos romanos, y ustedes nos golpearon públicamente y nos encarcelaron sin juicio. Ahora quieren que nos vayamos en silencio. No nos vamos. Si queréis que nos vayamos, tendréis que venir y liberarnos personalmente».

Los funcionarios de la ciudad se sorprendieron al oír que estos hombres eran ciudadanos romanos. Corrieron a la cárcel y rápidamente se disculparon. Los sacaron personalmente de la cárcel y les pidieron que por favor se marcharan de la ciudad.

Pablo y Silas no se marcharon de inmediato. Volvieron a la casa de Lidia y animaron a los creyentes en Cristo. Luego se marcharon.

240 Disturbios y risas

Hechos 17

Pablo, Silas y su grupo viajaron a Tesalónica. Pasaron tres semanas discutiendo con los judíos, explicándoles que el Mesías tenía que venir, sufrir y luego resucitar de entre los muertos. Les dijeron: «Jesús es el Prometido».

Algunos de los judíos aceptaron a Cristo, así como un gran número de griegos. Esto molestó a los demás judíos. Se enfadaron tanto que decidieron destruir el movimiento. Fueron al mercado y reunieron a un grupo de matones. Juntos organizaron una turba contra los cristianos.

¡Pronto toda la ciudad estaba alborotada! No pudieron encontrar a Pablo, así que tomaron a varios otros creyentes y los sacaron a la calle. Los llevaron ante los oficiales de la ciudad y dijeron: «Un grupo de hombres está causando problemas en todo el mundo. No son leales al César, sino que dicen tener otro rey, un hombre llamado Jesús. Ahora estos alborotadores han venido a nuestra ciudad, y estos hombres los han recibido en sus casas».

Los funcionarios se mostraron cautelosos y dijeron que investigarían el asunto. Obligaron a los creyentes a pagar una fianza elevada antes de liberarlos. Esa noche, los cristianos enviaron a Pablo y Silas a Berea.

Los judíos de Berea acogieron el mensaje de Cristo y examinaron las Escrituras para ver si era cierto. Por lo tanto, muchos judíos y griegos recibieron a Cristo. La noticia llegó a oídos de la gente de Tesalónica. Así que los judíos de allí fueron a Berea para continuar su lucha contra el movimiento. Los ataques se volvieron tan severos que los cristianos enviaron a Pablo a Atenas en barco. El plan era que Silas y Timoteo se quedaran en Berea y se reunieran con él más tarde.

Pablo llegó a Atenas y esperó a que sus compañeros se reunieran con él. Mientras caminaba por la ciudad, se sorprendió al ver todos los ídolos. Finalmente, fue al mercado y habló a la gente sobre Jesús. Quedaron fascinados con esta charla sobre un hombre que había resucitado de entre los muertos. Así que llevaron a Pablo a un lugar llamado Areópago y le dejaron hablar a la multitud.

Él dijo: «¡Hombres de Atenas! Veo que sois muy religiosos. Incluso he encontrado un ídolo llamado «Al Dios desconocido». Dejadme que os hable del Dios que no conocéis.

Él es el Señor del cielo y ha creado todo lo que hay en la tierra. No vive en cosas hechas por los hombres. Al principio, Dios creó a un hombre, y todas las naciones de la tierra proceden de él. Todo lo que tenéis proviene de Dios. Él es la razón por la que vivís.

Dios ha sido paciente con vosotros en el pasado, pero ahora debéis arrepentiros. Él os juzgará por medio de Jesús, el que resucitó de entre los muertos».

Algunos de los hombres se rieron cuando oyeron que Jesús había resucitado de entre los muertos. Otros quisieron oír más en otra ocasión. Unas pocas personas creyeron y pusieron su confianza en Cristo.

Pablo se fue de Atenas y se dirigió a Corinto para esperar a Silas y Timoteo.

241 Juicios y persecuciones – 1 Tesalonicenses

1 Tesalonicenses 1 – 5

Pablo fundó una iglesia en Tesalónica, pero no pudo pasar mucho tiempo allí. La persecución se intensificó y los cristianos insistieron en sacarlo de la zona. Así que dejó a Silas y Timoteo para que ayudaran a estos jóvenes cristianos. Él los esperó en Corinto.

Estaba preocupado por esta joven iglesia debido a la persecución que estaban sufriendo. Finalmente, Silas y Timoteo le trajeron la maravillosa noticia de que la gente seguía siendo fiel a Cristo a pesar de todo el sufrimiento. Pablo escribió inmediatamente esta carta para animarlos. Él dijo:

Silas, Timoteo y yo damos gracias a Dios por ustedes constantemente. Oramos por ustedes día y noche. Recordamos cómo aceptaron a Cristo en medio de la tormenta del conflicto. No predicamos con palabras halagadoras, pero ustedes sabían que lo que decíamos estaba ungido por el Espíritu Santo. Demostraron nuestro valor y aceptaron nuestro mensaje. Ahora todos hablan de cómo se apartaron de los ídolos para servir al Dios vivo, y de cómo esperan pacientemente el regreso de Cristo.

Nos recibisteis con gracia, igual que recibisteis el evangelio. Os cuidamos como una madre que amamanta a su hijo. Aceptamos trabajos para pagarnos nuestros gastos y facilitaros las cosas. Nuestro amor por vosotros era como el de un padre devoto, que os ayudaba a aprender a caminar con Dios.

Ahora el evangelio está obrando en ti. La gente te odia porque odia el evangelio. Quería estar allí durante este tiempo de prueba, pero Satanás se interpuso en mi camino. Escucha lo que te digo: ¡Tú eres mi esperanza; tú eres mi alegría; tú eres mi corona de orgullo ante el Señor!

Cuando me di cuenta de que no podía estar contigo, dejé a Timoteo y vine aquí. Le dije que te ayudara mientras enfrentabas esta persecución. Durante mucho tiempo no tuve noticias de cómo te iba. Finalmente, no pude soportarlo más. Envié un mensaje a Timoteo y le pregunté por ti.

Él vino personalmente y me dio la buena noticia de tu fe y amor en Cristo. Me dijo que tú deseas verme tanto como yo deseo verte a ti. ¡Alabado sea Dios! Tú permaneces firme en tu fe. ¡Cuánto anhelo estar contigo y enseñarte más acerca de cómo caminar con el Señor!

Ahora escucha. Continúa viviendo una vida que agrada a Dios. Mantente alejado de la inmoralidad. No seas como aquellos que están esclavizados por pasiones incontroladas. Ese es un estilo de vida que daña a todos los involucrados. También ofende al Espíritu de Dios que vive dentro de ti. No olvides que Dios juzga severamente a las personas que viven con tal inmundicia.

En cambio, deja que tu amor sea piadoso. Pero, ¿por qué te digo esto? Dios te ha enseñado cómo amar a los demás. Solo te pido que lo hagas aún más.

Timoteo me dijo que estás preocupado por aquellos que han muerto recientemente. No te preocupes por ellos. Recuerda, Jesús también murió, ¡pero Dios lo resucitó de entre los muertos! Él hará lo mismo con aquellos que han puesto su confianza en él.

Cuando Jesús regrese a la tierra, primero resucitará a los que han muerto en él. Luego, el resto de nosotros nos encontraremos con él en el aire. No os desaniméis como aquellos que no tienen nuestra esperanza. En cambio, consolaos unos a otros con estas palabras.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Por supuesto, no tenemos una fecha prevista para cuando esto vaya a suceder. Aun así, debemos prepararnos como si fuera a suceder hoy mismo.

Cuando suceda, aquellos que viven en pecado serán tomados por sorpresa. Son como personas que cierran con llave sus puertas por la noche y piensan que están a salvo. ¡De repente, un ladrón irrumpe en su casa!

La venida de nuestro Señor Jesús será como los dolores de parto de una mujer a punto de dar a luz. De repente, las personas se encontrarán ante Dios para ser juzgadas. Pero Jesucristo murió para que podamos vivir con él para siempre. Anímense unos a otros con esta verdad.

Así es como deben funcionar como iglesia hasta que venga el Señor:

• Honren a quienes satisfacen sus necesidades espirituales.

• Llévense bien unos con otros.

• No toleren la pereza.

• Sean pacientes con los desanimados.

• Ayuden a los débiles.

• No busquen venganza cuando la gente les haga daño.

• Hagan siempre lo que es bueno.

Estas son las tres partes de una vida espiritual:

• Primero, regocíjense, oren y den gracias. Esta es la voluntad de Dios para ustedes.

• A continuación, escucha al Espíritu de Dios cuando te hable a través de otros, pero asegúrate de que proviene de Dios.

• Y, por último, aférrate a lo que es bueno y aléjate del mal.

Mis queridos amigos, somos una familia, así que oren por mí y mantengan su dulce comunión. Compartan esta carta con todos en la iglesia. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con ustedes.

242 Día del Señor – 2 Tesalonicenses

2 Tesalonicenses 1 – 3

Los tesalonicenses amaban la primera carta de Pablo y la leían una y otra vez. Hablaban tanto del Día del Señor que pronto pensaron que ya había comenzado. Algunos se preocuparon mucho por lo que esto significaba, mientras que otros dejaron sus trabajos porque sentían que el Señor estaba estableciendo su reino. Pronto, los que dejaron sus trabajos tuvieron que ser mantenidos por los que aún tenían trabajo.
Pablo se enteró de esto, por lo que escribió esta segunda carta. Él dijo:

Silas, Timoteo y yo damos gracias a Dios constantemente por ustedes. Damos gracias a Dios porque están creciendo en su fe y por el gran amor que se tienen los unos a los otros. Hablamos de ustedes a todas las iglesias. Nos jactamos de su fe y de su extraordinaria paciencia ante la severa persecución.

Dios os ha honrado al elegiros para sufrir por él. Sin embargo, llegará el día en que Dios juzgará a los que os causan tanto dolor. Él os dará descanso, y ellos sufrirán para siempre. Cristo volverá con sus ángeles y, con fuego ardiente, se vengará de los que no obedecen el evangelio de Jesucristo. Serán castigados y apartados para siempre de la presencia de Dios y de su gloria.

Oramos constantemente para que Dios siga encontrándote digno de este llamado, para que siga mostrando al mundo su bondad y su poder a través de tu fe. Entonces el nombre de nuestro Señor Jesucristo será glorificado en ti.

Ahora debo hablarte sobre la venida de nuestro Señor Jesucristo. Entiendo que te has preocupado, pensando que el Día del Señor ya ha comenzado. Déjame aclarar esto. No es cierto, y no dejes que nadie te diga lo contrario.

Antes de que comience ese Día, estas cosas deben suceder primero. Un hombre malvado se levantará en poder y organizará al mundo contra el Dios del cielo. Oh, sus fuerzas ya están actuando en el mundo, pero el Espíritu Santo lo está deteniendo. Llegará el día en que el Espíritu se apartará y permitirá que este hombre se oponga a todo lo que es santo. Se sentará en el templo de Dios y afirmará que es Dios. Hará todo tipo de milagros e impresionará a la gente con muchas obras malvadas. Engañará a las personas que se niegan a creer en la verdad. Dios se asegurará de que le crean.

Después de eso, Cristo vendrá y lo destruirá sin ningún esfuerzo. Recuerda que te dije todo esto cuando estaba contigo. ¡Pero también recuerda que Dios te ama! Él te apartó como alguien especial, porque le perteneces; y te ha dado la salvación por su Espíritu. Estamos agradecidos de que nos haya permitido participar en la presentación del evangelio a ti. Mantente firme en lo que te han enseñado.

Entonces, ¿qué debes hacer mientras esperas su venida? Bueno, en primer lugar, ora por nosotros. Ora para que podamos llevar este evangelio a tantas personas como sea posible. Ora para que podamos trabajar sin temor a los malvados. Pero, por supuesto, el Señor siempre nos ha dado fuerzas en los momentos de prueba, tal como lo ha hecho contigo.

Otra cosa que debes hacer es alejarte de cualquier hermano que se niegue a trabajar. ¿Recuerdas lo duro que trabajamos cuando estábamos contigo? No holgazaneábamos ni comíamos la comida de otras personas. No, trabajábamos, y trabajábamos duro, día y noche. No fuimos una carga financiera para ninguno de vosotros.

Por supuesto, habría sido correcto que aceptáramos vuestro apoyo. Pero no lo hicimos porque queríamos ser un ejemplo de diligencia y trabajo duro.

Esta es la regla que os enseñamos: «Si un hombre no trabaja, no come». Hemos oído que hay algunos entre vosotros que no solo se niegan a trabajar, sino que también interfieren en el trabajo de los demás. Ahora escuchad lo que os digo, y esto también es del Señor. Haced vuestro trabajo en silencio, comed vuestra propia comida y no os canséis de hacer el bien. Evitad a cualquiera que no siga esta regla.

Bueno, le pido al Señor de la paz que permanezca cerca de ti y te dé su paz. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros.

243 Multitud en Corinto

Hechos 18

Cuando Pablo llegó a Corinto, conoció a un judío llamado Aquila y a su esposa Priscila. Ellos también eran fabricantes de tiendas, al igual que Pablo, por lo que decidieron trabajar juntos. Cada semana, Pablo iba a la sinagoga y hablaba con los judíos. Les explicaba que Jesús era el Mesías.

Silas y Timoteo finalmente se reunieron con él. Poco después de su llegada, los judíos rechazaron el mensaje de Pablo. Incluso blasfemaron contra el nombre de Cristo. Ante eso, Pablo dijo: «Mi conciencia está limpia. Les anuncié la buena nueva de que el Mesías había venido. Les expliqué cómo tenemos salvación a través de él. Ustedes lo han rechazado. Por lo tanto, su sangre recaerá sobre sus cabezas. Daré este mensaje a los gentiles».

Algunos judíos creyeron en Cristo, incluido el jefe de la sinagoga. Al mismo tiempo, un gran número de gentiles pusieron su fe en Jesús.

El Señor animó a Pablo en un sueño. Le dijo: «No temas. Sigue hablando de mí. Nadie te hará daño aquí porque tengo mucha gente en esta ciudad». Así que Pablo se quedó en Corinto durante un año y medio, enseñando y predicando la Palabra de Dios.

Un día, los judíos eligieron a un nuevo líder, que organizó un ataque contra Pablo. Una turba lo agarró y lo llevó ante el juez diciendo: «Este hombre está haciendo que nuestro pueblo adore a Dios de una manera contraria a nuestra ley».

Antes de que Pablo pudiera defenderse, el juez gritó a los judíos: «¿Cómo os atrevéis a venir a mí con esto? ¡No me importa vuestra ley! Me paso el día castigando a criminales, no discutiendo sobre palabras y nombres. ¡No me hagáis perder el tiempo!». Luego los echó del tribunal.

Una turba agarró al líder de la sinagoga y lo golpeó delante de todos. El juez ni siquiera levantó la vista.

Cuando Pablo pensó que su trabajo en Corinto había terminado, decidió regresar a Antioquía. Aquila y Priscila lo acompañaron hasta Éfeso. Pablo predicó en la sinagoga de allí, y la gente quería que se quedara más tiempo y les enseñara. Pero él se negó, diciendo: «Si Dios quiere, volveré». Luego se marchó y se fue a Jerusalén y de allí a Antioquía.

Después de que Pablo se marchó de Éfeso, un hombre llamado Apolos llegó a la sinagoga. Era un orador poderoso y hablaba abiertamente de Jesús. Por desgracia, solo sabía lo que le había enseñado Juan el Bautista.

Aquila y Priscila lo acogieron en su casa y le explicaron las cosas de Dios con mayor precisión. Después de eso, Apolos se convirtió en un gran predicador de Dios y fue capaz de tomar las Escrituras y mostrar claramente que Jesús era el Mesías.

244 Disturbios en Éfeso

Hechos 19

Pablo salió de Antioquía y se fue a Éfeso. Cuando llegó allí, encontró a doce creyentes. Les preguntó: «¿Habéis recibido ya el Espíritu Santo?».

Ellos se quedaron desconcertados y respondieron: «No hemos oído hablar de ese Espíritu Santo».

Pablo les dijo: «¿Dónde fuisteis bautizados?».

Ellos respondieron: «Fuimos bautizados por Juan».

«Ah, Juan vino a preparar el camino para Jesús. Bautizó a las personas que estaban dispuestas a arrepentirse y buscar al Mesías. Pero ahora Jesús ha venido».

Tan pronto como oyeron esto, fueron bautizados en el nombre de Jesús. Después recibieron el Espíritu Santo y comenzaron a alabar a Dios en varios idiomas.

Pablo permaneció en Éfeso durante varios años. Al principio iba a la sinagoga y predicaba a Cristo, pero con el tiempo los creyentes tuvieron que buscar otro lugar de reunión.

Dios hizo cosas maravillosas a través de Pablo. La gente de toda la región escuchó la Palabra de Dios. Los enfermos fueron sanados y los demonios fueron expulsados. La gente incluso tocaba la piel de Pablo con trozos de tela y los llevaba a los enfermos, y estos se curaban.

Algunos jóvenes vieron a Pablo expulsar a un demonio, así que decidieron intentarlo. Le dijeron a un hombre poseído por un demonio: «Sal de él en el nombre de Jesús, aquel de quien predica Pablo».

El espíritu dijo: «Conozco a Jesús y conozco a Pablo, pero ¿quiénes sois vosotros?». El hombre poseído por el demonio se abalanzó sobre ellos y los golpeó. Les arrancó la ropa y ellos huyeron de la casa magullados y desnudos.

La gente se asustó cuando se enteró de esto. De repente, el nombre de Jesús fue muy respetado. Muchos se arrepintieron de sus pecados e invocaron el nombre del Señor. Recogieron sus libros de brujería y los quemaron delante de todos.

Un platero convocó una reunión de los que fabricaban santuarios caros para un ídolo llamado Diana. Dijo: «Pablo está apartando a la gente del culto a Diana, a quien todos adoran. Dice que un dios hecho por manos humanas no es realmente un dios. Esto es un insulto a Diana. Además, estamos perdiendo dinero».

La gente se enfureció cada vez más hasta que empezaron a gritar: «¡Grande es Diana de los efesios!». Salieron corriendo y gritando esto por las calles. Pronto se extendió por toda la ciudad y cundió la confusión por todas partes. Una turba agarró a algunos cristianos y los llevó al anfiteatro. Toda la ciudad acudió allí para ver qué estaba pasando.

La multitud seguía gritando. Algunos decían una cosa, mientras que otros decían otra diferente. ¡La situación se volvió totalmente caótica! La mayoría de la gente ni siquiera sabía por qué estaba allí. Esto continuó durante dos horas.

Pablo quería ir al anfiteatro y defender la causa de Cristo, pero sus compañeros creyentes se negaron a dejarlo ir. Incluso los funcionarios de la ciudad le enviaron un mensaje diciendo: «¡No vayas al anfiteatro!».

Finalmente, uno de los funcionarios se paró frente a la multitud y dijo: «¡Pueblo de Éfeso! Nadie puede negar que la imagen de Diana cayó del cielo y aterrizó aquí. Por lo tanto, cálmense. Los hombres que han traído aquí no le han hecho nada malo a Diana. No han robado sus templos ni blasfemado contra su nombre.

Si los plateros tienen algún problema con alguien, que lo lleven a los tribunales. Por ahora, vayan a casa antes de que se les acuse de provocar disturbios sin motivo».

Con eso, la gente se fue a casa.

245 Peleas en la iglesia – 1 Corintios (a)

1 Corintios 1 – 7

Pablo estaba en Éfeso cuando se enteró de los problemas en la iglesia de Corinto. Inmediatamente escribió esta carta. Él dijo:

Alabo a Dios por ti constantemente. Es obvio para todos que Dios te ha enriquecido con dones espirituales para que puedas servirle hasta que Cristo vuelva.

Iré directo al grano. Entiendo que hay divisiones entre ustedes. He oído que algunos dicen: «Yo sigo a Pablo», o «Yo me apego a las enseñanzas de Apolos», o «Mi cristianismo proviene de Pedro». Otros dicen: «Yo no sigo a nadie excepto a Cristo».

¿Por qué pierden el tiempo con tales disputas? Cuando estuve con ustedes, me concentré totalmente en darles el evangelio sencillo. No permití que nada me distrajera de la cruz de Cristo. No me importaba que otros pensaran que predicar sobre la cruz era ridículo. Sabía que era el poder de Dios.

Estas disputas provienen de su orgullo. ¿No se dan cuenta de que Dios usa las cosas necias para mostrar su sabiduría? Recordad que vine a vosotros en debilidad. No me mostré como una gran persona con palabras fluidas. No, me quedé entre vosotros temblando de miedo. Confié totalmente en el Espíritu de Dios para que hiciera su obra en vuestras vidas. ¡Y lo hizo! Vuestra fe nació en su poder. No vino con el razonamiento humano. Apolos y yo no os enseñamos la sabiduría de Dios. El Espíritu de Dios os enseñó esas cosas.

Sé cómo enseñar la sabiduría de Dios a aquellos que son maduros en su caminar con el Señor. Pero os alimenté con leche, porque erais bebés en la fe. Obviamente, todavía no podéis ser alimentados como cristianos maduros. Lucháis entre vosotros. Estáis celosos unos de otros. Cuando uno dice: «Yo soy de Pablo», y otro dice: «Yo prefiero a Apolos», estáis actuando como si ni siquiera conocierais a Cristo.

¿Quiénes son Pablo y Apolos? ¡Son esclavos de Cristo! Se les dijo que trabajaran con ustedes. Dios dijo: «Pablo, ve y planta las semillas de la fe. Apolos, riega las plantas. Ahora déjalas en paz. Yo las haré crecer». Solo somos esclavos que hacemos el trabajo que se nos ha asignado. Dios es quien lo planeó todo.

Fíjate bien en los que somos llamados apóstoles. Somos como prisioneros de guerra, a los que pasean por las calles hasta que finalmente los matan. Somos necios por Cristo, débiles y odiados. No tenemos hogar, y nuestro compañero constante es el hambre. Tenemos que trabajar duro solo para seguir con vida.

Tenemos que bendecir a los que nos maldicen. Tenemos que ser pacientes con los que nos maltratan. Cuando la gente nos calumnia, tenemos que decir cosas buenas de ellos. ¡Somos la «basura» del mundo! Aun así, soy vuestro padre espiritual y debéis imitarme.

Estoy planeando ir a visitarte. Cuando llegue, ¿tengo que corregirte como a un niño? No, creo que tú quieres que vaya con un espíritu de mansedumbre. Por lo tanto, voy a enviar a Timoteo para que te recuerde los caminos de Cristo.

Hay algunos asuntos que deben resolverse de inmediato. En primer lugar, he oído que hay un hombre en la iglesia que se acuesta con su madrastra. No puedo creer que permitáis este pecado repugnante. ¡Expulsad a ese hombre de vuestra comunidad inmediatamente! El pecado es como la levadura. Con el tiempo, se apoderará de toda la masa.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

También me han dicho que os lleváis unos a otros ante los tribunales para comparecer ante jueces no cristianos. ¿Acaso no hay personas piadosas en la iglesia que puedan juzgar estas cosas? Escuchad, llegará el día en que juzgaréis a los ángeles. También juzgaréis a las personas de este mundo. Seguramente podéis ocuparos de estos pequeños asuntos entre hermanos. Si no hay nadie en la iglesia que juzgue entre vosotros, ¡simplemente soportad la injusticia! ¡Permítete ser engañado!

También está el tema de la inmoralidad. El hecho es muy simple. Tu cuerpo no fue creado para la impureza sexual. Dios creó a las personas para sí mismo y, como cristiano, tu cuerpo es el templo del Espíritu Santo. Cuando pagó por ti, el Espíritu de Dios tomó posesión de tu cuerpo. Ya no te perteneces a ti mismo. Debes glorificar a Dios en todas las cosas.

Las necesidades sexuales deben satisfacerse dentro del matrimonio. Dios me ha dado la capacidad de permanecer soltero, pero no todo el mundo tiene este don. Por lo tanto, deben casarse en lugar de vivir con una frustración ardiente. Una vez que una pareja se casa, deben ser conscientes de las necesidades del otro.

Sé que algunos de vosotros estáis casados con alguien que no conoce a nuestro Señor. Quédate con esa persona con la esperanza de ganarla para Cristo. Si te deja... bueno, no hay nada que puedas hacer al respecto.

Acepta la situación en la vida que Dios te ha dado. Por supuesto, está bien mejorar cuando puedas, pero no te agobies tratando de luchar contra el lugar donde Dios te ha puesto. Él perfeccionará tu ministerio justo donde estás.

Continúa en la siguiente historia

246 Dones espirituales – 1 Corintios (b)

1 Corintios 8 – 16

Pablo comenzó esta carta reprendiendo a la iglesia por dividirse en grupos que juzgaban a los demás. Luego trató varios pecados que se habían arraigado en la asamblea. Continuó diciendo:

Me habéis preguntado varias cosas, así que responderé a cada una de ellas. La primera tiene que ver con comer carne que ha sido ofrecida a un ídolo. Por supuesto, sabemos que un ídolo no es realmente un dios. Es solo un trozo de madera o piedra. Sin embargo, comer este tipo de carne puede ofender a alguien que acaba de salir de la idolatría. Nunca debemos pecar contra un compañero cristiano. Por lo tanto, he decidido no hacer nada que haga tropezar a un hermano en su fe.

Aquí hay otra regla para vivir. Haz todo lo que sea lícito para ganar a otros para Cristo. Has visto mi ejemplo. He dejado de lado muchos privilegios y me he convertido en todo para todos para poder ganar a algunos. Es como un corredor que hace lo que sea necesario para ganar una carrera. Esto requiere autocontrol en todos los ámbitos de la vida. No hace nada que lo ralentice, ¡y todo esto por un premio terrenal! Mi recompensa es eterna. Por lo tanto, hago lo que sea necesario para ganar.

Dios se asegurará de que no seas tentado de ninguna manera que supere tu capacidad de resistir. Siempre encontrarás una salida si la buscas.

Todo esto tiene que ver con comer carne ofrecida a los ídolos. Concéntrate en ayudar a los demás y en fortalecer su fe. Cuando alguien te invite a comer, come sin hacer preguntas. Pero si te dicen que ha sido ofrecida a los ídolos, no la comas. Lo que comas, o bebas, o lo que sea que hagas, hazlo todo para la gloria de Dios, y no ofendas a los demás.

He oído algunas noticias inquietantes. Algunos de vosotros estáis utilizando la Cena del Señor como una ocasión para comer vuestra propia cena. Algunos miembros están comiendo abundantemente mientras otros se sientan allí hambrientos. ¿Cómo podéis avergonzar así a vuestros hermanos en la fe?

Recordad que el pan y la copa representan el cuerpo y la sangre de nuestro Señor. No seáis culpables de abusar de estos símbolos. La falta de respeto al cuerpo de nuestro Señor es la razón por la que algunos de vosotros estáis enfermos y, sí, algunos han muerto. Por lo tanto, examinaos a vosotros mismos cuando os reunáis alrededor de la mesa del Señor. Mostrad reverencia y consideración los unos por los otros.

Me habéis preguntado sobre los dones espirituales. Recordad esto: el Espíritu de Dios trata a los cristianos de manera diferente. Él nos da a cada uno de nosotros dones con el propósito de servir a los demás. Esto es como el cuerpo humano. Cada parte trabaja para el bien del todo. Lo mismo ocurre con el cuerpo de Cristo. Una parte no le dice a otra: «No te necesito». ¡No, no! Todos necesitamos los dones de los demás. Los dones son diferentes, pero todos provienen del mismo Espíritu.

Sin embargo, nuestros dones son inútiles sin amor. Es el amor lo que hace que nuestros dones funcionen para el beneficio de los demás. El amor te hace paciente y amable en lugar de centrarte en ti mismo. Te impulsa a actuar correctamente con los demás y a no ser irascible ni egoísta.

El amor abraza la verdad, pero no lleva la cuenta de lo que los demás han hecho mal. Siempre es solidario y cree lo mejor de los demás. Recuerda, nuestros dones son maravillosos, pero solo son herramientas temporales. El amor nunca pasará.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Antes de terminar esta carta, quiero dejarte claro el evangelio. Cristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó de entre los muertos. Los apóstoles y otros fueron testigos de su resurrección. Finalmente, se me apareció a mí, el más indigno de todos los apóstoles, porque perseguí a la iglesia de Dios. Sin embargo, la gracia de Dios obra en mí.

La resurrección de Cristo es el fundamento de nuestra fe. Si él no está vivo, entonces los que mueren ya no existen. Si Cristo no resucitó de entre los muertos, no hay esperanza en el mundo, y todo lo que tenemos es esta vida.

Pero la buena noticia es esta: Cristo sí resucitó de entre los muertos. Y porque él lo hizo, nosotros también lo haremos. Cristo gobernará sobre este mundo y abolirá la muerte misma. Sonará la última trompeta, y los muertos resucitarán con sus cuerpos glorificados. Entonces los cuerpos de los que aún están vivos serán transformados. Esto le quita el aguijón a la muerte, y la muerte ya no es victoriosa. ¿No lo ves? Dios nos da la victoria a través de nuestro Señor Jesucristo.

Terminaré esta carta recordándoles que los cristianos de Jerusalén necesitan nuestra ayuda económica debido a la gran hambruna. Cada uno de ustedes debe apartar algo de dinero para ayudarlos. Den según lo que Dios les ha prosperado. Recojan ofrendas y luego enviaré a algunos de ustedes a Jerusalén con sus dones.

Manténganse firmes en su fe y sean fuertes. Hagan todo con amor.

Ah, Aquila y Priscila me pidieron que os enviara sus saludos.

Le pido a Dios que os conceda la gracia de nuestro Señor Jesucristo. Y amigos míos, quiero que sepáis que os quiero.

247 Las preocupaciones del amor – 2 Corintios (a)

2 Corintios 1 – 6

La iglesia de Corinto no respondió bien a la primera carta de Pablo, por lo que él cruzó el mar y se reunió con ellos. Eso tampoco salió bien. Entonces les envió una carta muy dura, que no está incluida en la Biblia. Tito regresó con noticias alentadoras sobre cómo se la tomaron en serio y se arrepintieron de sus pecados. Pablo entonces envió esta carta. Él dijo:

Que la gracia y la paz de nuestro Señor Jesucristo estén contigo.

Como sabes, tenía pensado visitarte primero antes de visitar las iglesias de Macedonia. Cambié de opinión porque quería ahorrarte otra visita dolorosa. Sentí que, cuando finalmente fuera, quería que fuera una fuente de alegría y no de lágrimas. Así que, en lugar de ir, te escribí esa última carta, no para hacerte daño, sino para mostrarte mi gran amor por ti.

El hombre que estaba detrás de todos estos problemas os ha hecho daño tanto a vosotros como a mí. Alabo a Dios porque se ha arrepentido. Hermanos, no es momento de abrumarlo con culpa. Decidid el castigo adecuado y luego perdonadlo. Demostradle que lo amáis y no dejéis que Satanás se aproveche de esta situación.

Después de escribir esa dura carta, necesitaba saber cómo habías respondido. Envié la carta con Tito y le dije que volviera para informarme de tu reacción. El plan era que nos reuniéramos en Troas. Fui allí, pero él aún no había llegado. El Señor abrió las puertas para compartir el Evangelio en Troas, pero yo estaba totalmente centrado en ti. Me fui y tomé un barco hacia Macedonia, con la esperanza de encontrarlo allí.

Con tú en mi mente, este viaje fue solitario y me sentí abrumado por la preocupación por ti. En mi desesperación, Dios me reveló varias verdades.

Primero, me di cuenta de que nuestra vida en la tierra es como una marcha de victoria romana. La gente quema incienso a lo largo del camino, y el olor les recuerda a los soldados su victoria. Pero ese mismo olor es repulsivo para los cautivos porque les recuerda su ejecución una vez que lleguen a Roma.

Nosotros somos los que quemamos a lo largo del camino mientras Cristo marcha triunfalmente. Este mundo le sigue. Para los vencedores en Cristo, somos el olor del triunfo. El mundo nos encuentra repulsivos debido a su juicio venidero.

A continuación, pensé en cómo la gente de este mundo está tan orgullosa de sus cartas de recomendación. Mis pensamientos se centraron en ti, y me di cuenta de que tú eres la carta de Cristo, producida por nosotros, escrita por el Espíritu y leída por todos. Por eso tengo confianza para seguir adelante. No es mi obra. Es el Espíritu de Dios el que da vida.

Compárenlo con las tablas de piedra que le fueron entregadas a Moisés. Temporalmente, su rostro brillaba como el sol, por lo que se cubrió el rostro con un velo. Debido a eso, la gente no se dio cuenta cuando el brillo se desvaneció. ¡Ese velo sigue ahí! Cubre sus corazones cada vez que se lee la Ley, por lo que no pueden entenderla.

Cuando una persona se vuelve a Cristo, este velo se quita. El Espíritu de Dios trae libertad y reflejamos la gloria del Señor.

Mientras pensaba en el velo y la luz del evangelio, me sentí conmovido por la urgencia. ¡La misericordia de Dios brilla a través de nosotros! Es importante que sigamos adelante. Debemos dejar de lado todo lo que nos frena. Nuestro mensaje debe ser claro.

Oh, pero el dios de este mundo ha puesto un velo sobre los ojos de aquellos que no creen. No nos rechazan a nosotros, porque Jesús es la Luz del mundo, no nosotros. Lo rechazan a él.*Continúa en la siguiente página*

Continuación de la página anterior

Mientras viajaba a Macedonia, todos estos pensamientos pasaban por mi mente. Me sentía débil e incapaz de lograr nada. Pero entonces me di cuenta de que es Dios quien nos ha dado este ministerio. Él utiliza a personas débiles para realizar una obra eterna. Podemos ser fácilmente empujados y aplastados, pero eso no cambia nada. Es exactamente lo que le sucedió a Jesús. Como fue con él, así es con nosotros. Nuestras pruebas y nuestra muerte darán vida a otros.

No sabía nada de tu situación. Pero me di cuenta de que nuestro ánimo no proviene de lo que sucede aquí en la tierra. ¡Proviene de Dios! Por eso no nos rendimos.

Además, lo que nos sucede aquí no se puede comparar con lo que Dios nos tiene reservado en el cielo. Él nos dio su Espíritu, pero eso es solo un anticipo de lo que nos espera. Mientras estamos en este cuerpo, no estamos en nuestro hogar celestial. Pero una vez que dejamos nuestro cuerpo, finalmente estamos con el Señor.

No importa si estamos aquí o allí. Nuestro propósito es el mismo. Por lo tanto, trabajemos juntos para preparar a las personas para el día en que se presentarán ante Dios. Cristo murió por nosotros, así que vivamos para él.

Pensemos en el ministerio que se nos ha encomendado. Todos los que vienen a Cristo se convierten en una nueva creación. Su antigua vida se desvanece y aparece una nueva vida. ¡Dios nos permite ser parte de esto! Estamos trabajando juntos con Cristo.

Por eso Dios quiere que seamos libres de cualquier cosa que nos retenga. Por eso debemos tener cuidado de no atarnos a un no creyente. Por eso nos mantenemos puros, para poder trabajar juntos y hacer el trabajo.

Continúa en la siguiente historia

248 El gozo de dar – 2 Corintios (b)

2 Corintios 7 – 13

La segunda mitad de 2 Corintios es la más personal de todas las cartas de Pablo. Su propósito es restaurar la relación entre él y la iglesia antes de su próxima visita. Continuó diciendo:

Cuando llegué a Macedonia, pensaba constantemente en ti. Todavía no sabía cómo habías respondido a mi carta. Pero entonces encontré a Tito, ¡y su informe hizo que mi corazón saltara de alegría! Me contó cómo me amabas y querías hacer lo correcto. Dijo que mi carta te causó dolor, pero un dolor piadoso. Te llevó a arrepentirte y a continuar tu caminar con Dios. Mi alegría nunca ha sido tan plena.

Otra fuente de mi alegría es ver cómo las iglesias aquí en Macedonia están dando para ayudar a los que sufren en Jerusalén. Se organizaron juntos para poder satisfacer esa necesidad, a pesar de que ellos mismos son pobres. La gente ha dado según su capacidad para dar, y sí, más allá de su capacidad.

Le pedí a Tito que compartiera esta necesidad contigo porque sabía que querrías seguir el ejemplo de los cristianos de aquí. Pero también es el ejemplo que nos dio el Señor Jesús. Él dejó las riquezas del cielo para hacerse pobre, para que nosotros pudiéramos ser ricos.

Tito me dijo que respondiste inmediatamente y que querías dar para esta necesidad. ¡Alabado sea Dios!

Ahora escucha. Los principios de dar son simples. Primero, todo agricultor sabe que no se cosecha mucho si no se siembran muchas semillas. Tu donación es como sembrar semillas. Si eres generoso, obtendrás una cosecha generosa.

A continuación, cada persona debe decidir lo que quiere dar y luego darlo. A Dios le encanta que las personas den con alegría en sus corazones.

Por último, cuando se planta una semilla, produce muchas semillas. Lo mismo ocurre con las donaciones. Dios multiplica tu donación. Así es como se multiplica. En primer lugar, el receptor está agradecido por la donación. En segundo lugar, tú eres bendecido por dar. A continuación, ellos oran por ti y luego tú oras por ellos. Y, por último, se sienten impulsados a ser generosos con los demás cuando pueden. Y así sucesivamente.

Ahora, en cuanto a mis cartas. Sé que algunos dicen: «Pablo es audaz cuando escribe cartas, pero no es nada cuando está cara a cara».

No lo creas. Soy la misma persona. Puede que sea débil por fuera, pero mis armas son poderosas a través de Dios. Él obra a través de mí para derribar todo lo que se opone a él. No me hagas ser así cuando nos veamos.

¿Ayudaría si me jactara de mí mismo? Sabes que no me gusta hacerlo, pero lo haré si eso te ayuda a ser fiel a Cristo. Dejas que otros se jacten de sí mismos, y ellos ni siquiera te aman. Yo me he entregado totalmente por ti, así que tal vez puedas soportar un poco de jactancia.

Soy hijo de Abraham en todos los sentidos. Sirvo a Cristo con más entusiasmo que nadie. Debido a mi camino con Cristo, mi cuerpo ha sufrido todos los abusos que el hombre puede infligir. Mis viajes por Dios me han expuesto a todos los desastres que un hombre puede soportar. El peligro ha sido mi compañero constante. He renunciado a todas las comodidades de la vida por Cristo. Además de todo eso, me preocupa constantemente el bienestar de todas las iglesias.

No puedo seguir así. Déjame decirlo de esta manera. Conozco a un hombre que fue llevado al tercer cielo.

No sé si estaba vivo o muerto. Lo único que sé es que, mientras estaba en el paraíso, vio y oyó cosas de las que no se puede hablar.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Tengo que dejar esta tontería. En realidad, solo estoy orgulloso de una cosa. Dios me ha dado una espina en la carne por todas las revelaciones especiales que me ha dado. Oré tres veces, pidiéndole que la quitara. Finalmente, él dijo: «Mi gracia es todo lo que necesitas, porque mi poder se manifestará en tu debilidad».

¡Ahí es donde me jacto, en mi debilidad! Dios me la dio para demostrar su poder. Por lo tanto, cuando soy débil, soy fuerte.

Bueno, soy un tonto por jactarme tanto. En realidad, son ustedes quienes deberían jactarse de mí. Mientras otros debaten si soy o no apóstol, para ustedes no debería ser un debate.

Oh, mis queridos hermanos. Un temor empaña toda mi alegría. Me temo que todos nos decepcionaremos cuando vaya a veros. Me aterra la idea de que quizá no encuentre ningún cambio. Os lo advierto. Si eso es lo que encuentro, veréis el poder de Dios obrando a través de mí, y no os gustará.

Nuestro tiempo juntos sería mucho mejor si tú fueras fuerte y yo débil. Por eso te escribo esto ahora.

Por último, hermanos, mantened el ánimo y aseguraos de mantener la salud espiritual. Dadles a todos un abrazo de mi parte. Que la gracia del Señor Jesús, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con vosotros.

249 La vida sin Cristo – Romanos (a)

Romanos 1 – 7

Pablo viajó a Corinto y pasó tres meses allí. Durante ese tiempo, envió esta carta a los cristianos de Roma. Él dijo:

Oigo hablar de vuestra fe por todas partes. Alabo a Dios por vosotros todo el tiempo. Quiero ir y dedicarme a vuestro camino espiritual. Dios me obligó a compartir su mensaje con los gentiles de todas partes. Por lo tanto, comparto el Evangelio con los cultos y con los bárbaros. No importa si son inteligentes o simples de mente.

Estoy orgulloso del evangelio porque es el poder de Dios para aquellos que creen, sin importar quiénes sean. Las personas solo pueden llegar a Dios por la fe. Sin ella, deben enfrentar su juicio.

¿Por qué es así? ¡Porque las personas son malvadas! Dios se les revela de muchas maneras. Todo lo que las rodea habla de Dios. Pero han cerrado sus mentes.

Hay dos tipos de personas en este mundo. Un tipo adora lo que Dios ha creado. Creen que esto los hace sabios, pero se vuelven necios en el proceso. Al excluir a Dios, se hunden en la perversión moral. Sus pecados destruyen sus mentes. Llevan la muerte consigo a dondequiera que van. Se vuelven buenos haciendo el mal y disfrutan viéndolo en los demás.

El otro tipo de personas en este mundo son aquellas que crean su propia justicia. Se jactan de sus buenas obras y piensan que son expertos en lo que es bueno y malo. Juzgan a los demás por el mal que cometen, mientras cometen el mismo tipo de pecados a escondidas. Piensan que juzgar a los demás les ayudará a evitar el juicio de Dios.

Todos nos encontramos en uno de estos dos grupos, y la ira de Dios es ardiente hacia ambos. Ambos grupos son pecadores. Discuten sobre quién es mejor, pero la verdad es que el mundo entero está totalmente entregado al pecado. No hay ni una sola persona que sea justa, ni siquiera una. Todos somos culpables ante el juicio de Dios.

Por eso Dios envió a su hijo, Jesucristo. Él ofrece su bondad a aquellos que ponen su fe en él. No importa quién seas. Todos somos pecadores que necesitamos la redención.

Los judíos son los más confundidos al respecto. Afirman que Abraham es su padre. Sin embargo, si lo miras más de cerca, él es realmente el padre de la fe. No tenía una relación con Dios basada en su propia bondad. No, simplemente creía en Dios, y Dios estaba complacido.

Los judíos consideran a David como su gran rey. Pero él se deleitaba en la bondad de Dios, no en la suya propia. Ambos hombres eran justos porque creían en Dios.

De la misma manera, solo somos buenos por la fe en Jesucristo, nuestro Señor. A través de él, tenemos paz con Dios y acceso a su gracia. Así es como podemos ser felices incluso en nuestras pruebas. Sabemos que Dios las está utilizando para nuestro bien.

Ahora bien, aquí está mi punto. ¡Cristo hizo esto por nosotros cuando éramos malvados! Esto muestra cuánto nos ama Dios. Cristo murió por nosotros cuando éramos pecadores repugnantes. Teniendo esto en cuenta, ¿cuánto hará por nosotros ahora que somos puros a sus ojos?

Piénsalo de esta manera. Todos descendemos de un solo hombre, Adán. Todos somos pecadores por su culpa. La muerte y el juicio recaen sobre todos los que han vivido, por su culpa.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Ahora hay otro hombre: Jesús. Gracias a él, podemos ser justificados. Gracias a él, podemos tener gracia y vida eterna.

Puedo oír a alguien decir: «Entonces, si nuestras buenas obras no tienen nada que ver con nuestra pureza ante Dios, podemos pecar todo lo que queramos». ¡Por supuesto que no!

El bautismo es una imagen de esta verdad. Sumergirnos en el agua muestra cómo morimos al pecado y somos sepultados, tal como Jesús murió por nuestros pecados y fue sepultado. Cuando resucitó de entre los muertos, dejó atrás el pecado. Salir del agua es una imagen de su resurrección, pero también es una imagen de nosotros dejando atrás el pecado. Debemos vivir una nueva forma de vida.

Nos mantenemos alejados del pecado porque esclaviza a las personas. Cuando te rindes a él, te conviertes en su esclavo. De la misma manera, cuando te sometes a la gracia de Dios, te conviertes en su esclavo.

De cualquier manera, no eres libre para hacer lo que quieras. Así que tienes que elegir. ¿A cuál te someterás? El pecado trae muerte, pero Dios te da vida eterna a través de Jesucristo nuestro Señor.

Alguien preguntará: «¿No se nos dio la Ley de Dios como una forma de hacernos justos?». ¡Debes estar bromeando! Es imposible obedecer la Ley. Se nos dio para revelar nuestra pecaminosidad, para que supiéramos que no tenemos esperanza y necesitamos ayuda.

Cuando busco ayuda en la Ley, de repente tengo un problema. Quiero ser bueno, pero no sé cómo. No quiero hacer el mal, pero me doy cuenta de que lo hago todo el tiempo. Soy un esclavo y no tengo otra opción. Grito: «¿Cómo puedo liberarme?».

¡Alabado sea Dios! Somos libres a través de Jesucristo, que murió por nosotros. Ya no estamos condenados y tenemos el poder de resistir el pecado.

Continúa en la siguiente historia

250 La vida con Cristo – Romanos (b)

Romanos 8 – 16

Pablo continuó su carta a los cristianos de Roma diciendo:

La salvación en Cristo nos da varios beneficios. En primer lugar, somos adoptados en una nueva familia. Dios es nuestro Padre. Su Espíritu vive dentro de nosotros y heredamos todo lo que pertenece a Jesús.

Como miembros de la familia celestial, tenemos paz respecto a lo que nos sucede en esta vida. Puede que suframos aquí, pero eso no es nada comparado con la gloria que nos espera en el cielo.

El segundo beneficio es lo que el Espíritu de Dios está haciendo en nuestras vidas. Nos está preparando para el cielo. Nos ayuda a orar. Cambia nuestra forma de pensar. Se asegura de que todas nuestras pruebas sean buenas para nosotros. Nos moldea para que seamos más como Jesús.

El tercer beneficio es que ¡Dios es ahora nuestro Padre! ¡Eso significa que somos importantes para él! No permitirá que nos suceda nada que no considere bueno para nosotros. Nada puede separarnos de su amor.

A pesar de todos estos beneficios, sigo teniendo una gran pena. Desearía que los judíos no se estuvieran perdiendo lo que Dios está haciendo con nosotros. Son mi familia terrenal, y daría cualquier cosa para que tuvieran la salvación. Renunciaría a mi propia salvación si ellos pudieran tenerla.

Sin embargo, entiendo que su rechazo a Cristo no cambia las promesas de Dios a Abraham. Debo tener siempre presente que las promesas de Dios no son para aquellos que han nacido en una familia en particular. Dios siempre ha seleccionado un pueblo para sí mismo entre la multitud.

Los judíos no pueden culpar a nadie más que a sí mismos, porque Dios ha hecho que su plan sea sencillo. Las personas se salvan si Jesús es su Señor y creen que Dios lo resucitó de entre los muertos. Cualquiera puede salvarse si invoca el nombre del Señor.

¿No lo ves? El hecho de que Israel esté rechazando a su Mesías es tu oportunidad. ¡Ahora puedes ser llevado a la familia de Dios! Es como cortar una rama de un árbol e injertar una rama silvestre. Israel ha sido cortado temporalmente, para que los gentiles puedan conocer a Dios.

¡Pero no te enorgullezcas demasiado! Si una rama natural puede ser cortada, cuánto más fácil sería cortar la rama injertada. Llegará el momento en que el Día de los Gentiles termine. En ese momento, Dios dará la vuelta a la tortilla e Israel aceptará la salvación.

Aprovecha la misericordia de Dios mientras puedas. Entrega tu cuerpo a Él como sacrificio vivo. Deja a un lado el pecado y vive una vida que le complazca. Cambia tu forma de pensar y actuar.

Ahora, aquí tienes una lista de cosas que debes hacer mientras vives para Dios en la tierra:

- Trabaja en conjunto con tus compañeros creyentes. Cada uno tiene su don especial de Dios. Juntos forman un solo cuerpo.
- Ten un alto nivel de vida y concéntrate en lo que Dios quiere que hagas.
- Sométete a las autoridades civiles. El hecho de que tengas un hogar celestial no significa que no seas responsable ante los funcionarios del gobierno terrenal. Cuando te resistes a ellos, te resistes a Dios.
- No debes deber dinero a nadie. En cambio, les debes tu amor. Así que págales con intereses.
- Vive siempre como si tu tiempo de servicio estuviera a punto de terminar.
- No te distraigas con los deseos carnales y la lujuria. En cambio, empieza a actuar como lo haría Jesús.

Continúa en la siguiente página

Continuación de la página anterior

Escucha, Dios trata a cada uno de nosotros de manera diferente. Por lo tanto, honra el camino que cada uno recorre con el Señor. Una persona obedece a Dios apartando un día en particular o no comiendo ciertos alimentos. Otra persona obedece a Dios tratando todo por igual. ¿Qué te importa eso a ti? El Señor tiene una relación individual con cada creyente.

Dicho esto, también debes ser consciente del hecho de que algunas personas aún son débiles en su caminar con Dios. Eres libre de seguir tus propias convicciones sobre las cosas, pero no eres libre de hacer tropezar a un compañero cristiano. Tu trabajo es edificarlos, no derribarlos con tus acciones. Los que son fuertes en la fe tienen la responsabilidad de velar por los que son más débiles.

Bueno, estos son mis planes. Voy a Jerusalén a entregar la ofrenda que fue recogida por las iglesias de aquí. Cuando termine, tengo pensado pasar por Roma de camino a España. ¡Hace tanto tiempo que quiero conocerte!

Saluda a todos mis amigos en el Evangelio. Han trabajado fielmente conmigo a lo largo de los años.

Ah, una cosa más. Ten cuidado con aquellos que hacen una montaña de un grano de arena. Evítalos. Sus palabras melosas pueden herir a los creyentes más débiles.

Dondequiera que voy, la gente me habla de tu obediencia a Cristo. Todos aquí quieren enviarte saludos.

La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea contigo.

251 Viaje a Jerusalén

Pablo – Tercer viaje misionero

Hechos 20 – 21:17

Pablo permaneció tres meses en Corinto. Después regresó a Troas, donde pasó una semana antes de emprender su viaje a Jerusalén.

La noche antes de partir de Troas, Pablo predicó a la iglesia en el tercer piso de una casa. Predicó durante horas, hasta bien entrada la noche. Un joven se sentó en el alféizar de la ventana y pronto se quedó muy dormido. Finalmente se quedó dormido y se deslizó por la ventana, ¡cayendo al suelo!

La gente corrió hacia abajo, solo para encontrarlo muerto. Pablo tomó el cuerpo y lo abrazó con fuerza. Finalmente levantó la vista y dijo: «El joven está vivo».

Todos se regocijaron y juntos volvieron a subir las escaleras. Continuaron su comunión hasta el amanecer, cuando Pablo partió en su viaje a Jerusalén. Llevaron al joven a su casa, todavía regocijándose de que estuviera vivo.

Pablo navegó hasta una ciudad cercana a Éfeso, y los ancianos de la iglesia de Éfeso fueron allí para reunirse con él.

Él les dijo: «Mi vida ha sido un libro abierto para ustedes. No hay nada oculto. Hemos sufrido juntos la persecución, pero a través de todo ello he podido explicar el evangelio a todos en esta región. Ahora los dejo y me voy a Jerusalén, y nunca más me volverán a ver.

El Espíritu de Dios ha dejado claro que sufriré por el Señor en Jerusalén. Aceptaré esto porque quiero cumplir con el llamado de Dios en mi vida».

Pablo los animó a vivir para el Señor y a ser fieles a él. Después, todos se arrodillaron y oraron juntos. Todo el grupo lloró y abrazó a Pablo. Se entristecieron por sus palabras: «Nunca más me volverán a ver».

Mientras continuaba su camino hacia Jerusalén, el barco se detuvo en la ciudad de Tiro para descargar la mercancía. Esto le dio a Pablo la oportunidad de quedarse con un grupo de creyentes durante unos días. Le dijeron: «El Espíritu de Dios nos ha dicho que sufrirás grandes pruebas en Jerusalén».

Cuando llegó el momento de partir, toda la iglesia acompañó a Pablo fuera de la ciudad y hasta la orilla. Se arrodillaron en la playa y oraron juntos. Luego subió al barco y partió.

El barco atracó en Cesarea, el puerto más cercano a Jerusalén. Pablo se alojó en la casa de Felipe, uno de los siete diáconos originales. Mientras estaba allí, un profeta tomó el cinturón de Pablo y se ató las manos y los pies. Dijo: «Los judíos de Jerusalén atarán al hombre que posee este cinturón y lo entregarán a los gentiles».

Todos estaban preocupados y le rogaron a Pablo que no fuera a Jerusalén. Él dijo: «Por favor, dejen de llorar. ¡Sus lágrimas me están haciendo llorar a mí! Estoy listo para ser encadenado por el Señor. Estoy listo para morir por él».

Después de unos días, Pablo fue a Jerusalén. Los cristianos de allí lo recibieron con alegría.

252 Disturbios en Jerusalén

Hechos 21:15 – 22:30

Pablo se reunió con los ancianos de la iglesia en Jerusalén y les informó sobre cómo los gentiles se estaban convirtiendo a Cristo. Todos glorificaron a Dios cuando escucharon esto.

Pero entonces los ancianos compartieron sus preocupaciones con Pablo. «Los cristianos judíos piensan que tú estás enseñando a los judíos a abandonar la ley de Moisés. Tenemos que acabar con estos rumores. Cuatro hombres han hecho un voto a Dios. Quieren cumplir sus requisitos en el templo, pero no tienen dinero para pagarlo. Únete a ellos en su voto y paga su cuota. Esto demostrará que no has abandonado las leyes de Dios».

Pablo aceptó. Así que hizo el voto y fue al templo con los hombres. El ritual duró siete días.

El último día, algunos judíos de Éfeso vieron a Pablo en el mercado con un cristiano gentil de su ciudad. Más tarde lo vieron en el templo y asumieron que el gentil estaba con él. Gritaron: «¡Socorro! ¡Aquí está el hombre que ha puesto al mundo entero en contra nuestra! ¡Ahora está trayendo a un gentil a nuestro templo!».

Pronto, la multitud se convirtió en una turba enfurecida. Agarraron a Pablo, lo sacaron del templo y comenzaron a golpearlo. Los soldados romanos corrieron hacia la multitud para detener la paliza. Su comandante encadenó a Pablo y ordenó a sus hombres que se lo llevaran.

La multitud gritó: «¡Mátalo!», y comenzó a avanzar hacia los soldados. Al ver esto, los soldados levantaron a Pablo y se lo llevaron. Cuando llegaron a la puerta del cuartel, Pablo le dijo al comandante: «¿Puedo hablar a la multitud?». El comandante se sorprendió, pero finalmente accedió a dejarlo hablar.

Pablo se paró en el escalón y levantó la mano. Todos se callaron. Él dijo: «Recibí una estricta educación judía. Demostré mi dedicación a nuestra religión persiguiendo a los creyentes en Jesús. Encarcelé a hombres y mujeres, e incluso mandé matar a algunos de ellos.

Un día fui a Damasco para traer más prisioneros a Jerusalén. De repente, una luz brillante me rodeó. Caí al suelo y oí una voz que decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

Yo dije: "¿Quién eres, Señor?". La voz dijo: "Yo soy Jesús de Nazaret, a quien tú persigues". Luego me dijo que fuera a Damasco y que allí se me diría lo que debía hacer.

Una vez en la ciudad, vino un creyente en Cristo, invoqué el nombre del Señor y fui bautizado.

Volví a Jerusalén y estaba orando en el templo. El Señor me habló de nuevo. Me dijo: «Te envío a lugares lejanos, donde predicarás a los gentiles»».

En cuanto Pablo pronunció la palabra «gentiles», la multitud volvió a enloquecer. Empezaron a gritar y a lanzar polvo al aire. Arrojaron sus mantos al suelo y gritaron: «¡Mátalo! ¡Borradlo de la faz de la tierra!».

Rápidamente, el comandante llevó a Pablo al cuartel. Ordenó a los soldados que golpearan a Pablo hasta que respondiera a todas sus preguntas. Mientras los soldados se preparaban para hacerlo, Pablo le dijo a uno de ellos: «¿Es legal golpear a un ciudadano romano sin juicio?».

El soldado se lo contó inmediatamente al comandante. Este se acercó a Pablo y le preguntó: «¿Eres ciudadano romano?».

«Sí, nací ciudadano».

Los que se preparaban para golpear a Pablo se alejaron inmediatamente de él. El propio comandante se preocupó por su vida, porque había encadenado a un ciudadano romano —y casi lo había golpeado— sin un juicio justo.

Continúa en la siguiente historia

253 Conspiración para matar

Hechos 22:30– Hechos 23:35

Continuación de la historia anterior

El comandante quería saber exactamente qué había causado los disturbios cerca del templo de Jerusalén. Así que llevó a Pablo ante el consejo judío. Pablo dijo: «Hermanos, estoy ante Dios con la conciencia tranquila». Al oír esto, el sumo sacerdote ordenó que le abofetearan.

Pablo se volvió hacia él y le dijo: «¡Pared blanqueada! Dios te abofeteará a ti. Has hecho que me golpeen, violando directamente las leyes de Dios».

Uno de los hombres dijo: «¿Cómo te atreves a hablarle así al sumo sacerdote de Dios?».

Inmediatamente Pablo se disculpó: «No me di cuenta de que era el sumo sacerdote. Las Escrituras dicen: "No hables contra el gobernante del pueblo"».

Entonces se dio cuenta de que el consejo estaba formado por dos grupos opuestos. Los saduceos no creían que nadie pudiera resucitar de entre los muertos. Tampoco creían en los ángeles ni en los espíritus. Los fariseos creían en todas estas cosas.

Pablo dijo: «Soy fariseo y me juzgan porque creo en la resurrección de los muertos». Inmediatamente, los dos grupos comenzaron a discutir, hasta que terminaron gritándose unos a otros.

Uno de los hombres agarró a Pablo con ira. Otros trataron de apartarlo. Los soldados tuvieron que rescatarlo para evitar que lo destrozaran. Lo llevaron de vuelta al cuartel.

Esa noche, el Señor se presentó ante Pablo. «No te desanimes. Tú fuiste mi portavoz aquí en Jerusalén, y también hablarás por mí en Roma».

A la mañana siguiente, cuarenta hombres se reunieron e hicieron un voto. Dijeron: «No comeremos ni beberemos hasta que hayamos matado a Pablo». Luego le dijeron a los líderes religiosos: «Dile al comandante que quieres examinar a Pablo de nuevo. Cuando se acerque, lo mataremos».

El sobrino de Pablo se enteró de este plan, así que corrió al cuartel y se lo contó a su tío. Después de escuchar esto, Pablo llamó a uno de los soldados. «Lleva a este joven al comandante. Tiene un mensaje para él».

Así que el soldado llevó al sobrino de Pablo ante el comandante y le dijo: «El prisionero quiere que escuches lo que este joven tiene que decir».

El comandante llevó al joven aparte y le dijo: «¿Qué quieres decirme?».

El joven le contó al comandante exactamente lo que había oído. El comandante dijo: «Vete, pero no se lo digas a nadie más».

Esa noche, reunió a un grupo de guardias que incluía a 200 soldados, 70 jinetes y 200 hombres con lanzas. Envió a Pablo con ellos esa misma noche. Lo llevaron a Cesarea para que estuviera bajo la protección del gobernador Félix.

El comandante escribió una carta para enviarla con él. «Los judíos intentaron matar a este hombre, pero yo lo rescaté porque es ciudadano romano. Lo llevé ante su consejo gobernante, pero descubrí que están molestos con él por algunos asuntos religiosos, definitivamente nada digno de muerte o prisión. Ahora me han dicho que hay un complot para tenderle una emboscada y matarlo. Por lo tanto, te lo envío a ti. También enviaré a sus acusadores para que puedas escuchar su caso».

Cuando Pablo llegó a Cesarea, lo pusieron en el palacio de Herodes para esperar hasta que llegaran sus acusadores.

254 Félix, Festo y Agripa

Hechos 24 – 26

El sumo sacerdote fue a Cesarea junto con algunos ancianos y un abogado. Presentaron su caso contra Pablo ante Félix, el gobernador. Dijeron: «Este hombre es una lacra para el pueblo judío. Provoca disturbios allá donde va. Ahora ha venido aquí y ha profanado nuestro templo».

Pablo se defendió. Dijo: «No he hecho nada para merecer lo que me han hecho. Es cierto que sigo a Jesús de Nazaret, pero no reuní a una multitud para predicarles. Simplemente fui al templo para cumplir un voto. De repente, y sin motivo alguno, una turba me agarró y trató de matarme. ¡Son ellos los que deberían estar aquí defendiendo sus acciones! No yo. Estos hombres que están ante ti no tienen nada en mi contra. Incluso están de acuerdo conmigo en lo fundamental: que Dios puede resucitar a alguien de entre los muertos».

Félix escuchó a ambas partes, pero no dictó sentencia. Pensó que Pablo podría pagarle algo para que lo dejara libre. Aun así, el gobernador concedió a Pablo el privilegio de ver a sus amigos. Félix se reunió con él varias veces para hablar sobre la fe en Cristo. Una vez tembló y dijo: «Ahora mismo no estoy preparado. Tomaré esta decisión cuando sea más conveniente».

Dos años más tarde, Festo se convirtió en gobernador, sustituyendo a Félix. Quería complacer a los líderes judíos, así que le dijo a Pablo: «¿Estás dispuesto a ir a Jerusalén y ser juzgado por estos cargos?».

Pablo respondió: «Estoy dispuesto a morir si realmente merezco la muerte. Pero tú sabes que soy inocente de estos cargos. Por lo tanto, si vas a enviarme a Jerusalén, apelo al César».

Festo dijo: «Así que has apelado al César. En ese caso, irás ante el César».

Unos días más tarde, el rey Agripa y su hermana visitaron al nuevo gobernador. Festo les habló de Pablo y del juicio. Agripa dijo que le gustaría escucharlo. Así que al día siguiente se reunió una gran multitud y Pablo fue llevado ante el gobernador y el rey.

Cuando Pablo entró en la sala, vio su oportunidad. Dijo: «Me complace estar ante ti, rey Agripa, porque eres un experto en las costumbres judías.

No soy un desconocido para los judíos que viven en Israel. Me conocen desde que era niño. Saben que soy fariseo y que he sido muy estricto con respecto a la ley. Hubo un tiempo en que perseguía a los seguidores de Jesús el Nazareno.

Iba de camino a Damasco cuando una luz brillante me derribó al suelo. Entonces oí una voz que decía: "Saulo, ¿por qué me persigues?

Yo dije: “¿Quién eres, Señor?”. La voz dijo: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Levántate. Ahora eres mi siervo. Te envío a ser mi testigo ante los judíos y los gentiles”.

Rey Agripa, he sido fiel a ese llamado. Proclamo a Jesús como Mesías dondequiera que voy. Le digo a la gente que se arrepienta y se vuelva a Dios.

Entonces, ¿por qué los judíos quieren matarme? Saben que nuestras Escrituras enseñan que Cristo sufriría, moriría y resucitaría de entre los muertos. La buena noticia es que ahora él trae luz a todas las personas, incluidos los gentiles».

Festo gritó: «Pablo, estás hablando como un loco. ¡Toda tu educación te ha vuelto loco!».

Pablo dijo: «No estoy loco. Digo la verdad, y el rey sabe estas cosas. Rey Agripa, ¿crees en las Escrituras? Sé que sí...».

El rey lo interrumpió: «¿Crees que puedes hablarme unos minutos y yo me convertiré en cristiano?».

Pablo dijo: «Ya sea que pueda o no, mi deseo es que todos los que me escuchan hoy sean como yo, excepto por estas cadenas».

Más tarde, el rey Agripa y el gobernador acordaron que Pablo no debía estar en prisión. Dijeron: «Lo habríamos liberado si no hubiera apelado al César. Pero apeló al César, así que allí es donde lo enviaremos».

255 Tormenta en el mar

Hechos 27

Se hicieron los arreglos necesarios para que Pablo viajara a Roma en barcos de carga. Lo pusieron bajo la custodia de un oficial romano llamado Julio. Este fue amable con Pablo y permitió que sus amigos lo visitaran cada vez que llegaban a puerto.

El viaje fue lento debido a las tormentas. Después de muchas paradas y de cambiar varias veces de barco, finalmente llegaron a Fair Haven, en la isla de Creta. Se acercaba el invierno, por lo que tuvieron que detenerse.

Aun así, el capitán quería navegar unas millas más arriba por la costa hasta un puerto mejor. El tiempo había mejorado y ahora soplaba una brisa suave.

Pablo le dijo a Julio: «¡Dile al capitán que se quede aquí! Si no lo hace, perderá el barco y su carga, y algunas personas podrían morir». El oficial romano pensó en lo que Pablo le había dicho, pero decidió permitir que el capitán siguiera hacia el otro puerto.

Dejaron Fair Haven y comenzaron a navegar a lo largo de la costa. De repente, un viento feroz empujó el barco hacia aguas más profundas. La tripulación luchó contra el viento, pero la tormenta se intensificó. Finalmente, el capitán dejó de luchar contra el viento y permitió que este impulsara el barco.

Después de varios días en la tormenta, la tripulación arrojó la carga por la borda. Un par de días más tarde, arrojaron por la borda el equipo del barco. Con el tiempo, todos sabían que iban a morir. No habían visto el sol ni las estrellas durante días y no habían comido nada.

Pablo se puso delante de los hombres. Les dijo: «Os dije que no salierais del puerto. No me escuchasteis, pero ahora tengo buenas noticias para vosotros. Anoche se me apareció un ángel con un mensaje de Dios. Me dijo: «¡No temas! Te presentarás ante César. Nadie en este barco morirá». Lo que Dios dice es verdad. Todos viviremos, pero el barco será destruido».

Estuvieron en la tormenta durante catorce días. Alrededor de la medianoche del último día, los marineros se dieron cuenta de que se estaban acercando a tierra. Rápidamente echaron el ancla para evitar chocar contra las rocas.

Algunos de ellos comenzaron a bajar el bote salvavidas para poder bajar del barco. Pablo gritó: «¡Todos moriréis si estos hombres abandonan el barco!». Inmediatamente, los soldados cortaron las cuerdas y dejaron caer el bote salvavidas al agua. Todos oraron para que amaneciera pronto.

Pablo habló con la tripulación justo antes del amanecer. Les dijo: «No han comido en catorce días. Coman algo, porque necesitarán fuerzas para llegar a la costa hoy». Luego tomó un poco de pan, dio gracias a Dios y comenzó a comer. Todos en el barco comieron algo.

Cuando amaneció, pudieron ver tierra a través de la tormenta. El capitán divisó una bahía con una playa. Decidió dirigir el barco hacia la playa tan lejos como fuera posible. Levantaron el ancla e izaron una vela. El fuerte viento los empujó hacia la playa hasta que el barco chocó contra un banco de arena. Se atascó en la arena y luego comenzó a romperse debido a las olas.

Los soldados querían matar a los prisioneros para que no escaparan. Julio los detuvo porque quería salvar la vida de Pablo. Ordenó a los que sabían nadar que saltaran por la borda y llegaran a la orilla. Todos los demás tuvieron que buscar tablones del barco y usarlos para flotar hasta la orilla. Pronto todos estaban en el agua y llegaron a tierra sanos y salvos.

Continúa en la siguiente historia

256 Naufragio y Roma

Hechos 28

Continuación de la historia anterior

Después de catorce días de tormenta feroz, el barco de Pablo chocó contra un banco de arena cerca de la isla de Malta. Todos llegaron a la costa y los lugareños salieron a ayudarlos. Encendieron una hoguera debido a la lluvia y al frío.

Pablo ayudó recogiendo leña. Mientras echaba leña al fuego, una serpiente venenosa le mordió en la mano. Pablo soltó la leña, pero la serpiente quedó colgando de su mano. Los lugareños dijeron: «¡Ah, es un terrible asesino! Escapó de morir en el mar, pero ahora los dioses le están haciendo justicia».

Pablo sacudió la serpiente y la arrojó al fuego, y todos esperaron a que se hinchara y cayera muerto. Después de un rato, finalmente se dieron cuenta de que no iba a morir. Entonces dijeron: «¡Es un dios!».

El gobernador de la isla abrió su casa y proporcionó provisiones a los náufragos. Pablo se enteró de que el padre del gobernador estaba enfermo en cama. Fue y puso su mano sobre la cabeza del hombre. Al instante, este se curó. La noticia se extendió por toda la isla y la gente empezó a llevar a otros a Pablo para que los curara.

Permanecieron en Malta hasta que terminaron los meses de invierno. Julio reservó entonces pasaje para ellos en un barco de carga que iba a Roma. Mientras se preparaban para partir, los habitantes de la isla les llevaron todo lo que necesitaban para el viaje.

Cuando llegaron a Roma, llevaron a Pablo a una casa donde permaneció hasta su juicio ante César. Siempre había un soldado a su lado, pero era libre de recibir visitas de sus amigos. Los cristianos de Roma lo recibieron con amabilidad y lo animaron.

Envió una carta a los líderes judíos de la ciudad. Les contó lo que había sucedido en Jerusalén y por qué estaba en Roma. Los invitó a visitarlo. Se reunieron y hablaron sobre el Reino de Dios y Jesús. La conversación duró todo el día, hasta bien entrada la tarde. Algunos creyeron el mensaje, pero otros no.

Cuando estaban a punto de irse, Pablo dijo: «El profeta tenía razón cuando dijo que “tú escucharías, pero no oirías; mirarías, pero no verías”. Tu obstinación ha cerrado tus oídos y cubierto tus ojos. Puedes estar seguro de esto: los gentiles verán y oirán, y Dios perdonará sus pecados».

Pablo permaneció en la casa durante dos años esperando el juicio. Durante ese tiempo recibió a muchos huéspedes y les predicó a todos sobre Cristo. Nadie intentó detenerlo.

257 Onésimo – Filemón

Filemón 1

Onésimo era un esclavo que huyó de su amo Filemón. Se fue a Roma y finalmente conoció a Pablo, quien lo llevó a tener una relación personal con Jesucristo. Onésimo se quedó con el apóstol y lo ayudó en el ministerio. Finalmente, supieron que era hora de que el «esclavo fugitivo» regresara con su amo. Pablo era amigo personal de Filemón, por lo que le escribió una carta para ayudar a los dos hombres a reconciliar su relación. Él dijo...

Filemón, mi querido amigo, saludos a ti, a tu familia y a la iglesia que se reúne en tu casa. Oro por ti regularmente. Doy gracias a Dios por el amor que tienes por el Señor Jesucristo y por tus hermanos en la fe. Aquellos que te conocen se sienten animados en su fe.

Querido hermano, tú me conoces. Normalmente no dudo en decirte lo que está bien y lo que está mal. Por lo general, soy rápido en recordarte tus deberes en Cristo. Pero esta vez no voy a hacerlo. En cambio, voy a suplicarte.

Imagina esto en tu mente. Soy un anciano que está en prisión por la causa de Jesucristo. En mi debilidad, Dios me envió un ayudante, Onésimo, un hombre que te causó dolor y pena. Pero Dios me lo envió y pude presentarle a Jesús. Él entregó su vida a Cristo y luego se convirtió en un ayudante invaluable para mí.

En cierto modo, fue como si tú lo hubieras enviado aquí para ayudarme porque no podías venir tú mismo. No sé cómo podré seguir adelante sin él, pero tanto él como yo sabemos que debe volver contigo. Me estaba ayudando en tu lugar, pero no teníamos tu permiso.

Escucha, él era un esclavo sin valor cuando huyó de ti. Ahora regresa como un valioso hermano en Cristo, un compañero de trabajo en el ministerio y un querido amigo mío. Recíbelo de nuevo con amor.

Ah, en cuanto a las cosas que te robó, ponlas a mi cuenta. Toma, cogeré la pluma y lo escribiré con mi propia letra: «Yo, Pablo, lo pagaré». No te recordaré el hecho de que en realidad me debes la vida.

Por favor, recíbelo como si me recibieras a mí. Me alegrarás la vida cuando me enteré de que has aceptado a Onésimo de vuelta en tu vida y en tu hogar.

Pero, ¿de qué estoy hablando? Sé que harás esto y mucho más.

Por cierto, prepara tu habitación de invitados para mí. Sé que has estado orando para que me liberen y pueda volver a visitarte. Creo que el Señor va a responder a tus oraciones.

Saluda a todos mis buenos amigos que están allí. Que la gracia de nuestro Señor Jesucristo esté contigo Pablo.

258 Las visiones de Juan

Apocalipsis 1 y 4 – 5

Juan fue exiliado a la isla de Patmos por ser seguidor de Jesús y predicar la Palabra de Dios. El día del Señor, estaba adorando en el Espíritu. De repente, oyó una voz fuerte detrás de él. Sonaba como el sonido de una trompeta que decía: «Vas a ver cosas asombrosas. Escríbelo todo en un libro y envíalo a las siete iglesias de Asia».

Juan se volvió para ver quién hablaba. Allí, justo delante de él, había siete candeleros de oro con el Hijo del Hombre de pie en medio de ellos. Llevaba una túnica larga con un cinturón de oro cruzado sobre el pecho. Su cabello era blanco como la lana, ¡tan blanco como la nieve! Sus ojos eran como llamas de fuego y sus pies como bronce pulido. Su voz retumbaba como las poderosas olas del mar. Sostenía siete estrellas en su mano derecha, y cuando hablaba, era como si una espada afilada de doble filo saliera de su boca. ¡Su rostro brillaba como el sol!

Juan cayó al suelo como si estuviera muerto. El Hijo del Hombre puso su mano sobre Juan y le dijo: «¡No temas! Yo soy el Primero y el Último. Yo soy el que vive. Sí, morí, pero mira... ¡Estoy vivo para siempre! Tengo las llaves de la muerte y del sepulcro. Escribe lo que ves, sobre las cosas que están sucediendo ahora y las cosas que sucederán en el futuro».

A Juan se le dijo lo que debía escribir a las siete iglesias. Y después de eso, vio una puerta en el cielo, abierta. De repente, esa misma voz, que sonaba como una trompeta, le dijo a Juan: «¡Sube aquí!». Al instante, su espíritu estaba en el cielo y vio un trono y a alguien sentado en él. Había un arco iris alrededor del trono. Juan vio entonces que había veinticuatro ancianos junto al trono, pero cada uno de ellos estaba sentado en su propio trono. Estaban vestidos de blanco y llevaban coronas de oro.

También había cuatro seres celestiales que adoraban a Dios día y noche diciendo: «¡Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso!».

Del trono salían relámpagos y truenos. Delante había siete antorchas encendidas, que eran los siete espíritus de Dios. También delante del trono, Juan vio un mar de cristal brillante, que resplandecía como el cristal.

Se fijó en el que estaba sentado en el trono y vio que tenía un rollo en la mano. Estaba sellado con siete sellos. Un ángel fuerte gritó: «¿Quién es digno de romper los sellos de este rollo y abrirlo?». Nadie era capaz de abrir el rollo y leerlo, ni en el cielo ni en la tierra.

Cuando Juan vio esto, comenzó a llorar porque nadie era digno. Uno de los veinticuatro ancianos se volvió hacia él y le dijo: «¡Deja de llorar! Mira, el León de la tribu de Judá ha obtenido la victoria. Él es el heredero del trono de David y es digno de abrir el rollo».

Entonces Juan vio un Cordero que había sido sacrificado, pero que ahora estaba de pie entre los ancianos. El Cordero se adelantó y tomó el rollo de manos del que estaba sentado en el trono. Al hacerlo, los seres celestiales y los ancianos se postraron ante él y cantaron un cántico nuevo. Entonces vinieron millones de ángeles y se unieron a ellos. Todos juntos cantaron: «¡Digno es el Cordero!».

259 El nuevo cielo y la nueva tierra

Apocalipsis 21

Cuando el Cordero abrió el libro, Juan vio las cosas extrañas que había en él, cosas asombrosas sobre nuestro futuro. Escribió sobre esas cosas para que la gente pudiera saber lo que había visto. Cerca del final, Juan dijo...

De repente me di cuenta de que todo era nuevo. Miré al cielo y el antiguo cielo ya no existía. ¡Había un nuevo cielo! Miré a mi alrededor y la antigua tierra había desaparecido. Había una nueva tierra, ¡y no tenía océanos!

Miré hacia arriba y vi la Ciudad Santa que venía de Dios desde el cielo. Era la Nueva Jerusalén, ¡y era hermosa! Era como una novia vestida para su esposo.

Entonces oí una voz que decía: «¡Mirad, Dios va a vivir con la gente! Él será su Dios y ellos serán su pueblo. Él enjugará sus lágrimas de tristeza. Él acabará con la muerte, el dolor, la tristeza y el sufrimiento. Todo será diferente».

Entonces Dios me dijo: «Lo que estás viendo es verdad. Todo será nuevo. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Yo doy «manantiales de agua viva» a los sedientos. Soy padre de los redimidos. Ellos son mis hijos y han encontrado mi victoria.

Pero los que no creyeron son cobardes y viles. Están llenos de asesinatos, inmoralidad y mentiras. Adoran a demonios y dioses falsos. Cuando todo esto termine, los enviaré al lago de fuego. ¡Esa es la segunda muerte!».

Entonces un ángel se me acercó y me dijo: «Ven y te lo mostraré más de cerca».

Llevó mi espíritu a una alta montaña, para que pudiera ver la Ciudad Santa cuando salió del cielo. La Nueva Jerusalén estaba vestida con la gloria de Dios y brillaba como joyas preciosas.

Su muro tenía doce puertas, tres en cada uno de los cuatro lados. Las puertas tenían los nombres de las doce tribus de Israel, y los cimientos de los muros tenían los nombres de los doce apóstoles. Todo estaba hecho de piedras preciosas.

El ángel midió la ciudad. Y descubrí que tenía 1500 millas en cada dirección, como un cubo enorme. Las murallas estaban hechas de jaspe, y la ciudad era de oro puro. Las puertas estaban hechas de perlas. La calle principal era de oro puro y transparente.

No había templo porque Dios y el Cordero eran el templo. Los que estaban en la ciudad no necesitaban el sol ni la luna porque la gloria de Dios era la luz y el Cordero era la lámpara.

Las puertas estaban siempre abiertas porque allí siempre era de día. Todas las naciones eran bienvenidas en cualquier momento. Pero a las personas viles e impuras no se les permitía entrar. Solo aquellos cuyos nombres estaban escritos en el Libro de la Vida del Cordero eran bienvenidos en la ciudad.

Continúa en la siguiente historia

260 La Nueva Jerusalén

Apocalipsis 22

Continuación de la historia anterior

Mientras contemplaba la Nueva Jerusalén, el ángel me mostró el río de agua viva. Era cristalino y fluía desde el trono de Dios y del Cordero. Corría por el centro de la calle principal.

El árbol de la vida estaba a ambos lados de la calle. Tenía doce clases de frutos y daba fruto cada mes. Todas las naciones acudían al árbol y encontraban una preciosa curación en sus hojas. Fue entonces cuando me di cuenta de que nunca más habría maldición.

Los siervos de Dios acudían a su trono y lo adoraban. Se les permitía levantar la vista y ver su rostro. Su nombre estaba escrito en sus frentes.

No había noche en la ciudad. Por lo tanto, la gente no necesitaba la luz del sol ni lámparas. El Señor Dios les proporcionaba luz. Gobernaban para siempre como si fueran reyes.

Estaba mirando todo esto cuando el ángel se volvió hacia mí. Me dijo: «Lo que estás viendo sucederá. El Señor me ha dado este mensaje para ti. Él dijo: «¡La gente debe prepararse! Porque cuando esto suceda, sucederá rápido. Serán bendecidos si se concentran en lo que tú has escrito»».

En ese momento, me postré y adoré al ángel. Él se sorprendió. «¡No hagas eso! Solo soy un siervo como tú. Debes adorar a Dios».

Luego dijo: «Escucha con atención. Lo que has escrito es extremadamente importante. Asegúrate de que la gente lo lea. No te preocupes por su respuesta. Deja eso en manos de Dios».

De repente, oí a Jesús hablarme. Dijo: «¡Vengo, y cuando lo haga, será rápido! Daré recompensas por lo que cada persona haya hecho. Yo soy el Alfa y la Omega, el primero y el último, el principio de todo y el fin de todo.

Bendeciré a los que estén preparados para mi venida. Los invitaré al Árbol de la Vida. Podrán atravesar las puertas de la ciudad y entrar.

Los malvados no son bienvenidos. Tendrán que quedarse fuera.

«Te envié a este ángel. Le dije que te mostrara estas cosas. Recuerda, yo soy la raíz y la rama de David. Soy la estrella brillante de la mañana».

De repente oí: «El Espíritu y la novia dicen: «¡Ven!»». Luego se repitió: «¡Ven!».

Una vez más oí: «Si tienes sed, ¡ven! Ven y bebe agua viva».

Oh, mis queridos amigos. Tened cuidado con lo que hacéis con este libro. Dios os juzgará en consecuencia. No inventéis lo que no está aquí. No elijáis lo que queréis creer. ¡Todo es verdad!

Mientras escribía esto, de repente oí a Jesús decir: «Hay otra cosa que es cierta. Voy a volver, y pronto».

Yo dije: «Sí, Señor. ¡Ven!».